Los jacobinos negros

Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití

C.L.R. JAMES

TURNER
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Los jacobinos

C.L.R. JAMES

TRADUCCIÓN DE RAMÓN GARCÍA

negros

Toussaint L'Ouverture
y la Revolución de Haití

TURNER
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Educación, Cultura y Deportes.

Primera edición en castellano, junio de 2003
Primera edición en inglés, 1938
Título original: *The Black Jacobins*

Diseño de la colección: Enric Satué

Turner Publicaciones, S.L.
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227
México, D.F. 14200

ISBN España: 84-7506-593-7
ISBN México: 968-16-6967-3
Depósito legal: M-25.771-2003
Printed in Spain

ÍNDICE



Môle St. Nicholas
Río Trois
Port Margot
Limbé
Morne Rouge
Gros-Morne
Limonade
Fort Dauphin
(Fort Liberté)
Bederét
Morne à
Bois Pin
Plaisance
Grande Rivière
Dondon
à-Pintades
Vallieres
Marmelade
Ennery
St. Raphael
Río Grande
Bayonnais
Ravine-à-Couleuvres
LA CAPE MADELINE
MONTAÑAS
PETITS CAHOS
MONTAÑAS
GRAND
CAHOS
Río Artibonite
Crête-à-Pierrot
HAITÍ
Petite-Rivière
SANTO DOMINGO
MONTAÑAS CAHOS
GONÂVE
Arcahaye
Mirabelais
LLANURAS
DE CUL-DE-SAC
La Croix-
Bouquets
Léogane
PUERTO PRÍNCIPE
Petit Gôave
Grand Goâve
Jacmel
CUBA
SANTO
DOMINGO

INTRODUCCIÓN

POR JAMES WALVIN

Cabe interpretar la historia de la esclavitud racial en América como una ininterrumpida lucha de los esclavos por resistirse al sometimiento. Pero en una sola ocasión –en Santo Domingo, Haití– consiguieron los esclavos deponer el sistema esclavista. A la sombra de la revolución que estalla en Francia a partir de 1789, los esclavos de la colonia francesa de Santo Domingo, en el Caribe, se rebelaron contra uno de los más estrictos regímenes esclavistas de toda América. Al cabo de una insurrección enquistada, que fue a la vez rebelión de los esclavos, guerra anticolonial y guerra racial (en ocasiones todo ello al mismo tiempo), los esclavos de Santo Domingo se convirtieron en los ciudadanos libres de la República de Haití. El libro de C.L.R. James *Los jacobinos negros*, publicado por vez primera en 1938, se convirtió en el relato pionero de ese episodio crucial de la historia. Actualmente se ha convertido en un clásico y sigue siendo uno de los ejes de partida para todo aquel que desee iniciarse en la cuestión. Como todos los clásicos, sin embargo, *Los jacobinos negros* trasciende su foco inmediato de interés para abordar cuestiones de índole más amplia y universal.

La experiencia de la esclavitud constituye el núcleo del relato de James. Los esclavos africanos fueron claves para el desarrollo y la conformación de vastos espacios del continente americano. Millones de africanos fueron violentamente reclutados y transportados en barco a través del Atlántico, en condiciones que siguen perturbando nuestra imaginación. No queda ya la menor duda de que más de once millones de africanos fueron hacinados en los barcos negreros (europeos, norteamericanos y brasileros) que surcaban las costas de África occidental. Alrededor de diez millones sobrevivieron a la travesía.[1] Como consecuencia de este complejo proceso –esclavitud de los africanos, transporte oceánico y establecimiento en América–, tres continentes quedaron transformados. En primer lugar, por supuesto, África, que sufrió la emigración forzada y

sin precedentes de su población. En segundo lugar, grandes franjas del continente americano (Brasil, el Caribe y zonas de Norteamérica), revitalizadas por el trabajo de los africanos. En tercer lugar, Europa, que experimentó un enorme progreso de su bienestar material a instancias de su participación en la esclavitud africana.[2] Actualmente, cuando el estudio de la esclavitud trasatlántica atrae la atención de legiones de historiadores a ambos lados del océano, ningún erudito serio se atrevería a rechazar la significación de esta diáspora africana y su papel clave en la economía trasatlántica. No siempre ha sido así.

Entre los muchos y notables logros de C.L.R James está el de haber sido uno de los primeros que reconoció la importancia de esta ecuación histórica. Los historiadores, sin embargo, tardaron mucho en percatarse de su importancia y su carácter pionero. La reedición de *Los jacobinos negros* –quizá su estudio histórico más importante–[3] nos brinda la ocasión de reflexionar sobre el hombre y su obra. *Los jacobinos negros* ha sido calificado como uno de los "manifiestos historiográficos antiimperialistas en la antesala de la descolonización".[4] Publicado en 1938, tras desbrozar en los archivos franceses nuevas pautas de investigación, *Los jacobinos negros* se adelantó a su tiempo tanto por su enfoque como por sus presupuestos. Para empezar, la historia del Caribe y de la esclavitud había quedado aparcada, durante los años treinta, en el práctico anonimato. La historiografía de la región agonizaba, y los historiadores de la Europa colonial e imperial centraban su interés en otros contextos. A los historiadores británicos les tentaba más escribir sobre Wilberforce que sobre los esclavos. De hecho, los tratados relativos a la esclavitud y a la abolición apenas habían variado en cuanto a fondo y forma durante más de un siglo, y seguían centrándose en el auge del humanitarismo y su eficaz campaña para acabar con la crueldad del sistema esclavista. C.L.R James logró eficazmente cambiar los rumbos.

Los jacobinos negros estableció –e ilustró– la importancia del Caribe en el desarrollo de la historia trasatlántica. El de James fue un intento no sólo por trasladar el foco de interés imperial al espacio donde había residido en el pasado –la economía trasatlántica– sino también por explicar la esclavitud en América como parte integrante del desarrollo europeo. La originalidad del libro de James radica en sus presupuestos esenciales de que la revolución en Santo Domingo (Haití) fue capital para toda la región y que en el desarrollo de la revolución los esclavos jugaron un papel preponderante. Fueron los esclavos los que obtuvieron su

propia libertad. De golpe, todo el foco de atención se desvió hacia los esclavos mismos y hacia su historia. Eficazmente y por vez primera, James les agenciaba a los esclavos un papel activo; *Los jacobinos negros* reflejó a los esclavos como agentes de su propia historia y no como obsequiosos beneficiarios de la magnanimidad ajena. Actualmente la premisa resulta obvia. En los años treinta era sorprendentemente original. La interpretación se inspiraba en la concepción política del autor; un muy culto intelectual marxista de Trinidad que aplicaba una perspectiva marxista. Su influencia fue inmediata sobre su coetáneo de Trinidad Eric Williams, cuyo libro *Capitalism and Slavery* (fruto de su tesis doctoral en Oxford) se publicó en 1944. Ahora bien, a partir de ese momento la premisa se convirtió en el desafío de toda una generación de historiadores. A partir de la década de 1960 se han invertido grandes esfuerzos en ilustrar los errores y carencias que presentan determinados aspectos de la premisa, pero la tesis central sigue intacta hoy en día, a saber: que los acontecimientos en el Caribe durante la última década del siglo XVIII fueron cruciales.[5] Ahí radica la principal aportación de C.L.R James.

El auge que a partir del siglo XVII experimentaron las colonias esclavas de las Indias Occidentales se basó en el esfuerzo de africanos importados que trabajaban principalmente en las plantaciones de azúcar. La industria azucarera se convirtió en una notable fuente de riqueza y de bienestar material para quienes participaron en ella; para los armadores y sus agentes, para los comerciantes y financieros y para las economías internas de las potencias marítimas europeas implicadas. Tanto españoles como portugueses, holandeses, ingleses y franceses se turnaron en el intento de establecer su propia industria azucarera en el Nuevo Mundo. Por supuesto, los esclavos cultivaron toda una gama de diversos productos tropicales (en particular tabaco, café y arroz) pero el azúcar siguió siendo su principal campo de actividad. Las islas en poder británico, con Barbados a la vanguardia en un principio, sustituida por Jamaica a partir de comienzos del siglo XVIII, se consolidaron como colonias generadoras de riqueza, aunque no, por supuesto, para quienes la hacían posible: los africanos y sus vástagos ya nacidos en los nuevos territorios. Esta pujanza económica de los británicos basada en la esclavitud corrió paralela al surgimiento de su poderío militar y estratégico en el Atlántico. Pero a mediados del siglo XVIII se vieron amenazados por los franceses, cuyas propias islas de esclavos (Martinica, Guadalupe,

Santo Domingo, Santa Lucía) cooperaron a una creciente prosperidad de Francia y de sus colectivos marítimos y mercantiles.

Santo Domingo (la parte occidental de la isla de Hispaniola) no tardó en acaparar los intereses de Francia en el Caribe. A mediados del siglo XVIII, el sector azucarero de Santo Domingo (y el cafetero en regiones más elevadas) planteaba una seria amenaza a las veleidades de Jamaica de convertirse en la principal colonia esclava de la zona. Las cifras de africanos desembarcados en Santo Domingo eran considerables. Los 47.000 de 1720 se habían convertido en 80.000 en 1730. A partir de ese momento el crecimiento fue explosivo: 172.000 hacia 1754, para aumentar con mayor intensidad aun entre 1763 y 1789, de 206.000 a 465.429.[6] Las plantaciones isleñas de azúcar y café rebosaban de africanos (y a ellos debían éstas su existencia). No había ningún precedente para este desplazamiento tan vasto de africanos, en un tan breve lapso de tiempo, hacia las colonias americanas. Constituía una mezcla explosiva que no tardaría en inflamarse al contacto con lo ocurrido en Francia a partir de 1789.

Las ramificaciones de los ideales franceses de libertad, igualdad y fraternidad ya se habían cobrado una contrapartida suficientemente dramática en Francia. En aquellas colonias donde se profesaba que los negros no eran ni siquiera humanos, tales ideales tuvieron consecuencias telúricas, propagando ondas sísmicas desde las islas francesas hasta América. Si se aceptaba la igualdad, la esclavitud habría de ser condenada. Los ideales de revolución democrática fueron el agente en que se disolvió el *ancien régime* francés. Y pocas cosas parecían más arcaicas, más desacompasadas respecto de un mundo europeo cada vez más influido por los ideales de la Ilustración, convencido de su propio vínculo con el progreso, que la barbarie de la esclavitud negra. También en este punto James advirtió mucho antes que nadie la raíz del problema. Su genio natural, ornado por una educación tradicional británica (recreada con mimo en *Beyond a Boundary*) y sus investigaciones en Francia durante los años treinta le inspiraron un marcado (y hasta ese momento exclusivo) análisis caribeño de lo sucedido antes y después de 1789.

Las primeras reacciones frente a lo ocurrido en 1789 en Santo Domingo se concretaron en debates sobre quién debía representar a quién en París. Pero fue un proceso que desestabilizó por completo a una sociedad de Santo Domingo constituida por un gran contingente esclavo de origen afri-

cano, una clase media "mestiza", una plantocracia blanca y un gobierno colonial en manos de funcionarios franceses. La agitación política en Francia tuvo su contrapartida en Santo Domingo, pero con consecuencias inauditas. A favor de las querellas entre los diferentes grupos –mestizos contra blancos, la clase media contra la superior, Francia contra los colonos– los negros aprovecharon su oportunidad. En la creciente confusión política del momento, el control sobre los esclavos se relajó y estos se alzaron en rebeldía, empezando por el norte. Al cabo de un mes se habían unido a la revuelta 40.000 esclavos y Santo Domingo era presa de las convulsiones provocadas por la sublevación de los esclavos. Inspirada por una compleja amalgama –africana, europea, caribeña– la revolución esclava progresó a empujes del poder destructivo en manos de un ejército de ex esclavos dirigidos por unos líderes cada vez más seguros de sí mismos y tácticamente brillantes, en particular Toussaint L'Ouverture. El viejo edificio colonial y plantocrático simplemente se desmoronó antes los ejércitos negros, que aplicaron correctivos igualmente devastadores a las fuerzas invasoras británicas y españolas. Los debates parisinos en torno de la igualdad racial y la emancipación de los esclavos no hicieron sino acelerar la marcha de los ex esclavos hacia la libertad.[7] Los británicos estaban decididos a aprovechar las adversidades de sus rivales y codiciaban añadir esta lucrativa colonia a su propia colección de posesiones caribeñas. Sin embargo se encontraron, como los franceses, sumidos en una guerra colonial de victoria imposible, y en la que miles de hombres sucumbieron a las operaciones militares y a las enfermedades. Todo un ejército británico fue devorado, efectivamente, en Santo Domingo. En el país, la opinión pública empezó a plantearse abiertamente la cuestión: ¿merecían las colonias de esclavos semejante sacrificio?

La guerra se prolongó en Santo Domingo a lo largo de la década de 1790. Napoleón estaba decidido a restablecer la esclavitud en las plantaciones y a utilizar Santo Domingo como base para sus operaciones en la región. Llegó un nuevo e inmenso ejército francés, y su mayor éxito no pasó de atraer a L'Ouverture hacia una lamentable muerte en Francia. Pero se encontró frente a un ejército guerrillero negro decidido a batirse contra el restablecimiento de la esclavitud. Los ex esclavos vencieron una vez más. Las menguadas fuerzas francesas evacuaron la isla en dirección a Francia y el 1 de enero de 1804 el sucesor de L'Ouverture, Dessalines, declaró la independencia de Haití.

Haití se convirtió en la primera república negra fuera del continente africano, y en la segunda sociedad poscolonial de la era moderna (después de los Estados Unidos). *En el proceso* los ex esclavos –sus ejércitos, sus líderes, sus guerrillas– habían derrotado a los ejércitos invasores de Inglaterra, España y Francia. Fue una inversión sorprendente, no sólo del poder ejercido por las armas europeas, sino también de los fundamentos raciales que sostenían el sistema trasatlántico. Los dueños europeos habían sido derrotados por sus siervos africanos en un vuelco sin precedentes de los destinos raciales. Los propietarios de esclavos comprendieron, y temieron, las consecuencias de lo acontecido en Haití. De este modo se materializó, en un contexto explosivo de rivalidades internacionales, enfrentamientos raciales y luchas ideológicas, la peor pesadilla de los plantadores; la de unos esclavos dueños de su propia igualdad, armados y capaces de derrocar al mismo tiempo a los plantadores y al gobierno colonial.

Es una historia extraordinaria, y es fácil entender, ahora, por qué atrajo la atención de James. Para un hombre de talento y apasionado como James –en tanto que marxista, anticolonialista y portavoz de las olvidadas y marginales masas negras del Caribe– los acontecimientos en Santo Domingo estaban impregnados de una irresistible resonancia. Para empezar, el fervoroso lenguaje revolucionario francés –libertad, igualdad, fraternidad– no había perdido su efecto perturbador sobre un mundo colonial con el que James intentaba acabar. El surgimiento de una república negra independiente en el Caribe, a partir de los padecimientos de la esclavitud, poseía sin duda un enorme aliciente intelectual y político para un escritor que se esforzaba por entender el pasado de su región y al mismo tiempo encontrar alternativas a las injusticias irrestañables. Los acontecimientos de la década de 1790 fueron, pues, una imperiosa (y silenciada) historia y una fábula moral con tremendas implicaciones sobre el presente.

Aquí, una vez más, la visión de C.L.R. James resulta sorprendente. *Los jacobinos negros* logra capturar el instante en que los esclavos de Santo Domingo –los jacobinos negros– no sólo desmantelan el solar colonial de los franceses, sino que también inician la disgregación de un sistema británico que previamente no había encontrado oposición. La revuelta de los esclavos a partir de 1791 fue la *única* rebelión de los esclavos coronada con éxito en América. No existía sin embargo la menor garantía de que pudie-

se llegar a prosperar. Los años que promediaron entre la revuelta (1791) y la declaración de la independencia de Haití (1804) conformaron una historia de guerras, invasiones y traiciones. Por supuesto, las revueltas esclavas se escalonaron a lo largo de toda la región. Hubo rebeliones de esclavos en otras posesiones francesas (Guadalupe y Santa Lucía). De hecho ninguna colonia esclava pudo sentirse a salvo de tan corrosivos ideales y sucesos. Las islas en poder de los británicos se enfrentaron a insurrecciones similares de los esclavos. El temor a un contagio de los ideales franceses se generalizó entre los regímenes coloniales y plantocráticos, que intentaron impedir la llegada de los refugiados (blancos y negros) desde Santo Domingo. Jamaica acusaba una vulnerabilidad especial. Pero la violencia y el terror de la revolución de los esclavos en Santo Domingo empujó a miles a buscar amparo a lo largo de toda la región, desde la vecina Jamaica hasta Luisiana, Carolina del Sur y otras zonas.

Así fue como los jacobinos negros de C.L.R. James –los esclavos que obtuvieron su propia libertad– se convirtieron en los más poderosos agentes corrosivos del sistema esclavista en su totalidad. Sólo tres años después de la independencia de Haití, los británicos (y norteamericanos) cesaron el comercio trasatlántico de esclavos. Al cabo de una generación, los británicos habían liberado a todos sus esclavos. Es evidente que ni esto, ni las emancipaciones posteriores, fueron mera consecuencia de lo ocurrido en Haití. Pero los éxitos militares y políticos de los ex esclavos haitianos siguieron ahí, como un bastión permanente frente a los ideales raciales que habían apuntalado a los imperios esclavos en América.

Se trata pues de una historia épica. En manos de C.L.R. James está contada con un brío y una energía que demuestran tanto el dominio del autor sobre los hechos narrados como la amplitud de su visión sobre la situación mundial. Se trata de una compleja historia (sus principales protagonistas, africanos enfrentados a los intereses europeos en América) en la que podría perderse y naufragar un autor de menor fuste. A lo largo de todo su desarrollo James despliega la firmeza que nace de sus propias certezas políticas e históricas. Varios pasajes dejan traslucir, inevitablemente, el paso del tiempo. Algunas de las informaciones de James son erróneas (hallazgos y revisiones históricas durante los años transcurridos han conducido inevitablemente a reconsiderar ciertos datos). En ciertos pasajes, sus declaraciones son merecedoras de reinterpretación y matizaciones. Con todo, debemos recordar que James partía de una

base histórica mucho más limitada que la que hoy está al alcance de los historiadores. Dicho en pocas palabras, en ese momento se conocía mucho menos de lo que se conoce hoy sobre lo ocurrido en la década de 1790. Pero todo esto es ponerle el cascabel al gato. Pese a cuanto hemos llegado a conocer en este tiempo, pese a la vasta acumulación de datos y argumentos adelantados por legiones de eruditos, *Los jacobinos negros* sigue siendo *el* relato por antonomasia. ¿Cuántos libros de los años treinta podrían preciarse de semejante honor?

Los jacobinos negros no es simplemente una obra pionera superada por investigaciones posteriores. Por el contrario, sobrevive como punto de partida, como foco de inspiración intelectual, escrita por un hombre cuyas palabras, siempre merecedoras de atención, tocan acontecimientos que son tanto universales como contemporáneos. He aquí pues un libro que es, a la vez, un singular estudio histórico y el umbral de un debate más amplio (y continuado). Es, simplemente, un clásico de la historiografía contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA

Para un análisis minucioso de la Revolución de Haití véanse los ensayos de David Barry Gaspar y David Patrick Geggus, eds., *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean,* Bloomington, 1997. Para un análisis más en profundidad de la revolución misma puede consultarse el libro de David Geggus, *Slavery, War and Revolution,* Oxford, 1982. Puede consultarse un excelente análisis de la obra de C.L.R. James en "Breaking Bread with History, C.L.R. James and The Black Jacobins, Stuart Hall interviewed by Bill Schwarz", artículo publicado en la revista *History Workshop Journal,* número 46, otoño de 1998. Anna Grimshaw ha reunido en *The C.L.R. James Reader,* Oxford, 1999, una excelente colección de los escritos de C.L.R. James. La biografía más reciente de James es la de James D. Young, *The World of C.L.R. James. The Unfragmented Vision,* Glasgow, 1999. Finalmente –pero es lo mejor– todo aquel interesado en saber más sobre C.L.R. James debería tomarse la molestia de leer *Beyond a Boundary,* 1963 y ediciones posteriores.

PREFACIO

En 1789, la colonia de Santo Domingo en las Indias Occidentales francesas representaba las dos terceras partes del comercio de Francia con el exterior y era la salida comercial más importante para el tráfico de esclavos europeo. Era parte integrante de la vida económica de la época: la mejor colonia del mundo, el orgullo de Francia y la envidia de todas las demás naciones imperialistas. Toda su estructura reposaba sobre el trabajo de medio millón de esclavos.

En agosto de 1791, dos años después de la Revolución Francesa y de que los ecos de la revolución se hicieran sentir en Santo Domingo, los esclavos se rebelaron. Su combate duró 12 años. Los esclavos derrotaron paulatinamente a los blancos de la isla y a los soldados de la monarquía francesa, resistieron a una invasión española, a una expedición británica compuesta por 60.000 hombres y a una expedición francesa de tamaño similar comandada por el cuñado de Napoleón Bonaparte. La derrota del ejército de Bonaparte en 1803 desembocó en la creación del estado negro de Haití, que perdura en la actualidad.

Es la única revuelta esclava de la historia que se saldó con éxito, y los obstáculos que debió superar demuestran la magnitud de los intereses que estaban en juego. La transformación de los esclavos, turbas amedrentadas por la presencia de un simple hombre blanco, en seres capaces de organizarse y de derrotar a las más poderosas naciones europeas de la época conforma uno de los grandes momentos épicos de la lucha y las conquistas revolucionarias. El cómo y el porqué ocurrió constituyen el tema que se aborda en este libro.

Conforme a una pauta que se repite con frecuencia, las líneas maestras para llevar a buen puerto este triunfo sin precedentes fueron gobernadas por un único individuo: Toussaint L'Ouverture. Beauchamp en la *Biographie Universelle* califica a Toussaint como uno de los hombres más notables de una época rica en hombres notables. Manejó los hilos des-

de el momento de sumarse a las operaciones hasta que las circunstancias lo apartaron de la escena. Por eso, la revolución de Santo Domingo será en gran medida una glosa de sus éxitos y de su personalidad política. El escritor cree y confía en que esta narración demostrará que entre 1789 y 1815, con la única excepción del propio Bonaparte, la historia no registra la irrupción de ninguna figura individual más carismática que la de este negro, esclavo hasta la edad de 45 años. Sin embargo Toussaint no fue quien hizo la revolución. Fue la revolución la que hizo a Toussaint. E incluso con esto no se agota la verdad.

Escribir historia resulta cada vez más difícil. Es fácil atribuir al poder de Dios o las debilidades humanas, al cristianismo o a la potestad divina de los reyes para gobernar mal, la caída de los Estados o el nacimiento de nuevas sociedades. Concepciones tan elementales se prestan de buen grado al tratamiento narrativo y desde Tácito hasta Macaulay, desde Tucídides hasta Green, los historiadores tradicionalmente consagrados han tenido más de artistas que de científicos: escribieron tan bien porque vieron tan poco. Hoy en día y por reacción natural tendemos a personificar las fuerzas sociales, a considerar a las grandes personalidades como meros instrumentos o apenas algo más que instrumentos en manos de un destino marcado por la economía. Como tantas otras veces, la verdad no está en el punto medio. Las grandes personalidades hacen la historia, pero sólo la historia que les es dado hacer. Su libertad de acción está limitada por las necesidades de su entorno. Reflejar los límites de tales necesidades y la realización, completa o parcial, de todas las posibilidades: tal es el auténtico desafío del historiador.

En una revolución, cuando la incesante y lenta acumulación de los siglos estalla en una erupción volcánica, la aureola de meteóricas emanaciones y llamaradas forma un caos sin sentido y se presta infinitamente a caprichosas y románticas divagaciones a no ser que el observador las vea siempre como proyecciones del subsuelo original. El escritor ha buscado no sólo analizar las fuerzas económicas del período, sino también presentarlas en su evolución, moldeando la sociedad y la política, moldeando a los hombres en la masa y en su singularidad, moldeando la poderosa reacción de éstos sobre su entorno, en uno de esos raros momentos en que la sociedad está en punto de ebullición y es, por tanto, fluida.

El análisis es la ciencia y la demostración el arte de los que se nutre la historia. Los violentos conflictos de nuestra época nos permiten aquila-

tar nuestra perspectiva y escudriñar, como no había sido posible hasta ahora, la misma médula de revoluciones anteriores. Pero, por la misma razón, es imposible agavillar emociones históricas con esa serenidad que un gran autor inglés atribuía, con excesiva parcialidad, a la poesía.

La serenidad hoy en día o bien es innata (la ignorancia) o bien se adquiere narcotizando deliberadamente la personalidad. Era en la serenidad de un suburbio al lado del mar donde más clara e insistentemente podía oírse el eco de la artillería pesada de Franco, el tableteo de los pelotones de fusilamiento de Stalin, el estridente e indómito tumulto del movimiento revolucionario en busca de concreción e influencia. Así es nuestra época y es éste un libro de nuestra época, imbuido de su fiebre y crispación. Y no es algo de lo que se lamente su autor. El libro es la historia de una revolución y escrito bajo otras circunstancias hubiese sido un libro diferente, pero no necesariamente un libro mejor.

C.L.R. JAMES

PRÓLOGO

Cristóbal Colón fue el primero que desembarcó en el Nuevo Mundo, en la isla de San Salvador, y después de elevar una plegaria de agradecimiento a Dios preguntó inmediatamente dónde estaba el oro. Los nativos, pieles rojas, eran gente pacífica y amistosa y lo guiaron hacia Haití, una vasta isla (casi tan grande como Irlanda) y en la que abundaba, le dijeron, el precioso metal. Colón puso proa hacia Haití. Como quiera que uno de sus barcos encallase, los indios de Haití le echaron tan voluntariosamente una mano que el accidente no tuvo mayores consecuencias, y no se sustrajo ningún artículo de a bordo.

Los españoles, los europeos más adelantados de la época, se anexionaron la isla, la llamaron Hispaniola y asumieron la protección de los atrasados nativos. Introdujeron el cristianismo, el trabajo forzado en las minas, el crimen, la violación, los perros asesinos, las enfermedades desconocidas y la hambruna planificada (mediante la destrucción de los cultivos para que los rebeldes muriesen de hambre). Éstos y otros requisitos de la civilización superior redujeron la población nativa de entre medio a un millón de habitantes a 60.000 en 15 años.

Las Casas, un sacerdote de la orden de los dominicos y hombre de conciencia, viajó a España para defender la abolición de la esclavitud de los nativos. Pero, sin coerción sobre los nativos, ¿cómo iba a existir la colonia? Todo cuanto los nativos recibían como paga era el cristianismo, y era necesario que trabajasen en las minas para ser cristianos.

El gobierno español accedió. Abolió sobre el papel los *repartimientos*, o trabajo forzado, mientras sus agentes seguían practicándolo en la realidad. Las Casas, abrumado ante la perspectiva de ver con sus propios ojos la destrucción total de la población al cabo de una generación, dio con la idea de importar los más robustos negros de la populosa África; en 1517, Carlos V autorizó la exportación de 15.000 esclavos a Santo Domin-

go, y de este modo el sacerdote y el rey trajeron a este mundo el comercio de esclavos africanos y la esclavitud.

El asentamiento español fundado por Colón se hallaba al sudeste de la isla. En 1629 varios vagabundos franceses se buscaron acomodo en la pequeña isla de la Tortuga, diez kilómetros al norte de la costa de Santo Domingo, y pronto los seguirían ingleses y holandeses de Santa Cruz. Tortuga era rica y en los bosques de la parte occidental de Santo Domingo pastaba una infinidad de ganado en libertad cuya caza proveía de alimento y abrigo. A Tortuga llegaron fugitivos de la justicia, galeotes huidos, morosos incapaces de pagar sus deudas, aventureros en busca de aventura o de rápidas fortunas, hombres de todos los delitos y de todas las naciones. Franceses, británicos y españoles se mataron unos a otros durante casi 30 años, los británicos llegaron a quedarse con Tortuga durante algún tiempo, pero al final fueron bucaneros franceses los que se impusieron. Buscaron la soberanía francesa y pidieron un jefe y varias mujeres. Desde Tortuga establecieron una base firme en Santo Domingo y se mudaron allí. Para expulsar a estos pertinaces intrusos los españoles organizaron una gran cacería y mataron todas las cabezas de ganado que se pusieron a tiro para arruinar la ganadería. Los franceses se desquitaron cultivando cacao; después añil y algodón. Ya conocían la caña de azúcar. Faltos de capital, hicieron una incursión en la isla inglesa de Jamaica y se apoderaron de dinero y de dos mil negros. Franceses, británicos y españoles se atacaron y contraatacaron y calcinaron el país, pero en 1695, el Tratado de Ryswick suscrito por Francia y España otorgó a Francia la posesión legal de la parte occidental de la isla. En 1784, los franceses empezaron a cultivar café. La tierra era fértil. Francia era un buen mercado. Pero querían mano de obra. Además de los negros trajeron blancos, los *engagés*, que podían alcanzar la libertad al cabo de unos años. Llevaron muy pocos negros porque eran bárbaros, o de negra piel, y las primeras leyes prescribían normas similares para los esclavos negros y para los blancos *engagés*. Pero bajo las condiciones de aquellos tiempos, los blancos no podían soportar el clima. Así es que los traficantes de esclavos empezaron a llevar cada vez más y más negros, en cantidades que cada año aumentaban por millares, hasta que por el conducto que venía de África empezaron a afluir millones, millones de seres humanos.

I
LA PROPIEDAD

Los traficantes de esclavos saquearon las costas del golfo de Guinea. Devastaban una zona y a continuación proseguían su marcha hacia occidente, y a continuación hacia el sur, década tras década, desde el Níger hasta las riberas del Congo, desde Loango y Angola hasta el cabo de Buena Esperanza, y hacia 1789 habían llegado incluso a Mozambique, en la costa oriental de África. El golfo de Guinea siguió siendo, con todo, su principal coto de caza. Desde la costa organizaban expediciones tierra adentro. Enzarzaban a ingenuos individuos tribales en luchas intestinas, con armamento moderno, a lo largo de miles de kilómetros cuadrados. La propaganda de la época sostenía que, por cruel que fuese el tráfico de esclavos, al esclavo africano le esperaba en América mayor dicha que en su propia cultura africana. También la nuestra es una época de propaganda. Sólo superamos a nuestros antepasados en sistemas y organización: pero ellos mentían con idéntica fluidez y cinismo. En el siglo XVI, África central era un territorio pacífico y felizmente civilizado.[1] Los comerciantes recorrían miles de kilómetros desde una punta a otra del continente sin perturbaciones de ninguna especie. Las guerras tribales de las que los piratas europeos afirmaban liberar a la población no eran más que meras escaramuzas; bastaba que muriese media docena de hombres para que se hablase de una gran batalla. Fue sobre un campesinado en muchos sentidos superior a los siervos de vastas extensiones europeas sobre el que se abatió el tráfico de esclavos. Aniquilado el modo de vida tribal, millones de africanos desenraizados cayeron unos sobre otros. La incesante destrucción de las cosechas llevó al canibalismo; las mujeres cautivas se convirtieron en concubinas y degradaron el estatus de esposa. Las tribus debían suministrar esclavos o en caso contrario sus miembros serían vendidos ellos mismos como esclavos. La violencia y la ferocidad se convirtieron en imprescindibles para la supervivencia, y la violencia y la ferocidad arraigaron.[2] Sonrientes crá-

neos apilados, sacrificios humanos, la venta de los propios hijos como esclavos, tales horrores fueron el resultado de una presión intolerable sobre las poblaciones africanas, cuya ira creció a lo largo de los siglos a medida que las necesidades industriales se incrementaban y los métodos coercitivos se perfeccionaban.

Los esclavos eran capturados en el interior, atados los unos a los otros en columnas, cargados con pesadas piedras de 18 o 20 kilos para evitar tentativas de fuga y a continuación obligados a emprender el largo camino hasta el mar, centenares de kilómetros en ocasiones, los enfermos y los débiles desplomándose para morir en la selva africana. Algunos eran transportados hasta la costa en canoa, tendidos en el fondo de las embarcaciones durante días interminables, las manos atadas, los rostros expuestos al sol y a la lluvia tropicales, las espaldas sobre el agua que nunca era achicada. Al llegar a los puertos de embarque se los encerraba en "empalizadas" para ser inspeccionados por los tratantes de esclavos. Día y noche millares de seres humanos se aglomeraban en estos "antros putrefactos" en los que ningún europeo podía permanecer más de un cuarto de hora sin desmayarse. Los africanos se desmayaban y se recuperaban, o se desmayaban y morían; el número de muertos en las "empalizadas" llegó a rondar el 20%. En el puerto, a la espera de vaciar las "empalizadas" que progresivamente iban saturándose, aguardaba el capitán del barco negrero, con una conciencia tan cristalina que uno de ellos, en el intervalo de una espera para enriquecer al capitalismo británico con los beneficios de otro valioso cargamento negrero, aprovechó para enriquecer a la religión británica con un himno de composición propia: "¡Qué dulce suena el nombre de Jesús!".

Dentro de los barcos, se comprimía a los esclavos en galerías escalonadas las unas sobre las otras. A cada uno le era concedido un espacio de apenas un metro y medio de largo por un metro de alto, de manera que no pudieran ni estirarse a lo largo ni sentarse erguidos. Contrariamente a las mentiras tan pertinazmente difundidas a propósito de la docilidad de los negros, las revueltas en el puerto de embarque y a bordo de los navíos eran incesantes, por lo que a los esclavos se los encadenaba, la mano derecha a la pierna derecha, la mano izquierda a la pierna izquierda, enganchándolos en fila a largas vigas de hierro. En esta posición subsistían durante el viaje, sólo irguiéndose una vez al día para hacer un poco de ejercicio y permitir que los marineros "limpiasen el cubícu-

lo". Pero cuando el cargamento se rebelaba y el tiempo no era bueno, permanecían encerrados durante semanas. La estrecha proximidad de tantos cuerpos desnudos, la carne amoratada y ulcerada, el aire fétido, la disentería reinante, la basura acumulada, convertía estas guaridas en un infierno. Durante las tormentas se cerraban las escotillas, y en la densa, odiosa oscuridad se precipitaban de un lado a otro dentro del barco que cabeceaba entre las olas, sujetos por las cadenas sobre su carne sanguinolenta. Ningún lugar sobre la tierra, observó un escritor de la época, acumulaba tanta miseria como el compartimento de carga de un barco negrero.

Dos veces al día, a las nueve y a las cuatro, recibían alimento. Para los comerciantes de esclavos eran mercancía y nada más. Se sabe de un capitán que, detenido por mar encalmado o vientos desfavorables, envenenó su cargamento.[3] Otro mató a esclavos para alimentar a los demás con su carne. Murieron no sólo a causa de estas condiciones sino también de dolor, de rabia, de desesperación. Emprendieron vastas huelgas de hambre; desataron sus cadenas y se arrojaron sobre la tripulación en fútiles tentativas de insurrección. ¿Qué podían hacer estos miembros de tribus del interior de África en mar abierto, dentro de un complejo navío? Para elevar su ánimo se convirtió en hábito subirlos a cubierta una vez al día y obligarlos a bailar. Algunos aprovecharon la oportunidad para arrojarse al mar, prorrumpiendo en gritos de júbilo mientras caían al mar y se hundían bajo la superficie de las aguas.

El miedo al cargamento infundía una crueldad salvaje en la tripulación. Un capitán, para infundir terror a los demás, mató a un esclavo, dividió el corazón, el hígado y las entrañas en trescientos pedazos y obligó a cada esclavo a comer uno de esos pedazos, amenazando a los que se negaban con someterlos a la misma tortura.[4] Tales incidentes no eran infrecuentes. De darse las circunstancias esto era (y es) inevitable. Y el sistema tampoco perdonaba a los traficantes. Cada año, una quinta parte de cuantos participaban del comercio africano perdía la vida.

Toda América y las Indias Occidentales se surtieron de esclavos. Cuando el barco fondeaba en el puerto, el cargamento subía a la cubierta y se procedía a la venta. Los compradores examinaban deficiencias, inspeccionaban dientes, pinchaban carne, a veces olían el sudor para detectar si la sangre del esclavo era pura y su salud tan buena como aparentaba. Ciertas mujeres afectaban una peculiar curiosidad y, en caso de respon-

der a ella, el esclavo era pateado por un caballo a lo largo de los 18 metros de la cubierta. Pero el esclavo debía resistirlo. A continuación, para recobrar la dignidad tal vez ofendida por un examen demasiado íntimo, el comprador escupía a la cara del esclavo. Una vez convertido en propiedad de su dueño, el esclavo era marcado a ambos lados del pecho con un hierro candente. Un intérprete le explicaba sus deberes y un sacerdote lo instruía en los primeros principios de la cristiandad.[5]

Al extranjero en Santo Domingo lo despertaban el restallido de los latigazos, los gritos sofocados y los profundos gemidos de los negros que no veían en la salida del sol sino una razón para maldecir la repetición de sus labores y sus fatigas. El trabajo empezaba al alba: a las ocho paraban para un breve desayuno y continuaban trabajando hasta el mediodía. Se reincorporaban al trabajo a las dos y trabajaban hasta el anochecer, en ocasiones hasta las diez o las once. Un viajero suizo[6] ha dejado una famosa descripción de una partida de esclavos en plena faena. "Eran alrededor de un centenar de hombres y mujeres de edades diferentes, todos ocupados en cavar fosas en un campo de caña, la mayoría desnudos o cubiertos con harapos. El sol brillaba con toda su intensidad sobre sus cabezas. El sudor resbalaba por todos sus miembros. Sus extremidades, vencidas por el calor, fatigadas con el peso de sus herramientas y la resistencia de la tierra arcillosa tan dura como para doblar sus aperos, luchaban por superar todos los obstáculos. Reinaba un lúgubre silencio. El agotamiento estaba impreso en cada rostro, pero aún no había llegado la hora del descanso. La despiadada mirada del intendente supervisaba la partida y varios capataces equipados con largos látigos se paseaban periódicamente entre ellos, impartiendo restallantes latigazos a todos los que, vencidos por la fatiga, cedían a la necesidad de un descanso: hombres o mujeres, jóvenes o ancianos." No se trata de una descripción aislada. Las plantaciones de azúcar requerían un trabajo incesante y severo. El sol endurece las tierras tropicales. Alrededor de cada "extensión" de terreno prevista para la plantación de caña era necesario excavar una larga fosa que asegurase la circulación del aire. Las cañas tempranas exigían atención durante los tres o cuatro primeros meses y tardaban 14 o 18 meses en llegar a madurar. La caña podía plantarse y crecer en cualquier época del año, y la recogida de una cosecha era la señal para la inminente excavación de fosas y la plantación de una nue-

va. Una vez cortada, debía ser transportada rápidamente al molino para evitar que el jugo fermentase y se volviese ácido. La extracción del jugo y la fabricación del azúcar en bruto continuaba durante tres semanas al mes, durante 16 o 18 horas al día, durante siete u ocho meses al año.

Trabajando como animales, los esclavos vivían como animales, en cabañas ordenadas en torno de una plaza en la que se habían plantado vegetales y árboles frutales. Estas cabañas tenían alrededor de seis o siete metros de largo, tres metros de ancho y unos tres metros y medio de altura, compartimentadas en dos o tres habitaciones. No tenían ventanas y la luz se filtraba únicamente por la puerta. El suelo era de tierra batida; el jergón era de paja, de cueros o una tosca amalgama de lianas atadas a los postes. Allí dormían indiscriminadamente madre, padre e hijos. Indefensos frente a sus dueños, luchaban contra el exceso de trabajo y su compañera habitual: la desnutrición. El Código del Negro, un intento de Luis XIV por asegurarles un tratamiento digno, ordenaba que debía servírseles, cada semana, dos raciones y media de mandioca, tres casabes, dos libras de salazón de buey o tres libras de salazón de pescado: más o menos lo que comería un hombre sano en tres días. En lugar de esto sus dueños les daban media docena de raciones de harina basta, arroz o sémola, y una media docena de arenques. Agotados por el trabajo de toda la jornada y buena parte de la noche, muchos se olvidaban de cocinar y comían los alimentos crudos. La ración era tan escasa y tan irregular que a menudo durante la segunda parte de la semana no tenían nada que llevarse a la boca.

Incluso las dos horas que se les asignaba al mediodía, y los domingos o festivos, no eran para descansar, sino para que pudiesen cultivar un pequeño pedazo de tierra que los ayudase a complementar sus raciones habituales. Los trabajadores esclavos cultivaban vegetales o criaban pollos para venderlos en las ciudades a fin de reunir unos ahorros que les permitiesen comprar ron o tabaco; y aquí y allí un Napoleón de las finanzas, con suerte o con maña, podía reunir lo suficiente como para comprar su libertad. Sus dueños los animaban a practicar estos cultivos porque, en años de escasez, los negros morían por millares, estallaban epidemias, los esclavos huían a los bosques y las plantaciones se arruinaban.

La dificultad residía en que, aunque era posible atraparlos como a alimañas, transportarlos como bestias, hacerlos trabajar como mulas o como asnos, golpearlos con las mismas varas con que se golpeaba a estos ani-

males, encerrarlos en cuadras y matarlos de hambre, seguían siendo, pese a su piel negra y su pelo rizado, seres invenciblemente humanos; con la inteligencia y el resentimiento de los seres humanos. Inducir en ellos docilidad y aceptación requería un régimen de calculada brutalidad y terror, y esto es lo que explica el inusual espectáculo de los señores propietarios aparentemente despreocupados de preservar su propiedad; tenían que empezar por asegurar su propia seguridad.

Por la menor de las faltas los esclavos recibían el más severo de los castigos. En 1685, el Código del Negro autorizaba los latigazos, y en 1702 un colono, un marqués, consideraba que cualquier castigo que requiriese más de cien latigazos era lo bastante grave como para denunciarlo a las autoridades. Más tarde el número se fijó en 39, y a continuación se incrementó hasta cincuenta. Pero los colonos no prestaron ninguna atención a estas directivas y a menudo se aplicaron a los esclavos latigazos hasta morir. El látigo no siempre era de caña ordinaria o de cuerda tejida, tal como ordenaba el Código. A veces era sustituido por el *rigoise,* una espesa correa de cuero, o por las *lianes,* un tipo de vara local, flexible y fibrosa como barba de ballena. A los esclavos se les aplicaba el látigo con más certidumbre y regularidad que el alimento. Era el incentivo para trabajar, y el custodio de la disciplina. Pero no había treta ingeniada por el miedo o una imaginación depravada que no se pusiese en práctica para quebrar su ánimo y satisfacer las ambiciones y el resentimiento de sus propietarios y guardianes: hierros en las manos y en los pies, bloques de madera que los esclavos debían arrastrar consigo fueran donde fuesen, la máscara de latón concebida para impedir que los esclavos comiesen la caña de azúcar, el collar de hierro. Los latigazos se interrumpían para pasar un trozo de madera candente sobre las nalgas de la víctima; sal, pimienta, limón, carbonilla, acíbar y cenizas calientes eran vertidos sobre las heridas sangrantes. Las mutilaciones eran habituales, piernas, oídos, y a veces las partes íntimas, para privarlos de los placeres en los que podrían haber incurrido gratuitamente. Los dueños vertían cera hirviendo sobre sus brazos, manos y hombros, vaciaban el azúcar de caña hirviente sobre sus cabezas, los quemaban vivos, los asaban a fuego lento, los rociaban con dinamita antes de encenderlos con una cerilla; los enterraban hasta el cuello y untaban sus cabezas con melaza para que las moscas las devorasen; los ataban junto a nidos de arañas o de abejas; los obligaban a comer sus excrementos, a beber su orina, a lamer la

saliva de otros esclavos. Cierto colono se arrojaba sobre sus esclavos cuando la ira lo arrebataba e hincaba los dientes en su carne.[7]

¿Eran estas torturas, bien autentificadas, algo habitual o eran meramente incidentes aislados, las extravagancias de unos pocos colonos medio enloquecidos? Pese a que verificar cientos de casos no es posible, lo cierto es que todas las pruebas apuntan a que estas prácticas bestiales eran algo corriente en la vida del esclavo. La tortura del látigo, por ejemplo, disponía de "un millar de refinamientos", pero existían variantes regulares dotadas de nombres especiales, hasta ese punto eran comunes. Cuando las manos y los brazos estaban atados a cuatro postes cavados en el suelo, se decía que el esclavo sufría "el cuarto poste". Si el esclavo estaba atado a una escalera, era la "tortura de la escalera"; si estaba suspendido por las cuatro extremidades se denominaba "la hamaca", etc. Las mujeres embarazadas no estaban exentas del "cuarto poste". Se excavaba un agujero en la tierra para acomodar al niño aún no nacido. La tortura del collar estaba especialmente reservada a las mujeres sospechosas de haber cometido aborto, y no podían liberarse del collar hasta que no hubiesen dado a luz. Hacer explotar a un esclavo recibía su propio nombre: "quemar un poquito de dinamita en el culo de un negro": obviamente no se consideraba una monstruosidad sino que era una práctica admitida.

Tras un examen detallado, lo mejor que De Vaissière está en condiciones de afirmar es que hubo buenos señores y hubo malos señores, y su impresión, "aunque sólo una impresión", es que los primeros fueron más numerosos que los segundos.

Hubo y habrá siempre quien, avergonzado por el comportamiento de sus antepasados, intente demostrar que la esclavitud no fue tan mala al fin y al cabo, que sus desmanes y su crueldad fueron exageraciones de propagandistas y no la suerte habitual que corrían los esclavos. Los hombres dirán (y aceptarán) cualquier cosa en pro del orgullo nacional o para aliviar el peso de la conciencia. Indudablemente hubo amos caritativos que no se excedieron en estos refinamientos de la crueldad y cuyos esclavos sufrieron simplemente el exceso de trabajo, la desnutrición y el látigo. Pero los esclavos de Santo Domingo no pudieron reponer su número por reproducción. Después de ese temido viaje a través del océano una mujer quedaba habitualmente estéril durante dos años. La vida en Santo Domingo pronto acababa con ellos. Los plantadores

los hacían trabajar deliberadamente hasta la muerte, en lugar de aguardar a que los niños crecìesen. Pero los revisionistas profesionales disponen a su favor de los escritos de algunos observadores contemporáneos que describen escenas de idílica belleza. Uno de ellos es Vaublanc, con quien nos volveremos a encontrar más adelante, y cuyo testimonio entenderemos mejor en cuanto sepamos algo más sobre él. En sus memorias[8] nos presenta una plantación en la que no existían prisiones, ni calabozos, ni castigos de ningún tipo. Si los esclavos iban desnudos, el clima era tan benigno que no había en ello nada de malo, y quienes se quejaban es que olvidaban los harapos absolutamente espantosos que tan frecuentemente se utilizaban en Francia. Los esclavos estaban exentos de trabajos insanos, fatigosos o peligrosos como los tan a menudo realizados por los obreros europeos. No tenían que descender a las entrañas de la tierra ni cavar pozos profundos; no construían galerías subterráneas; no trabajaban en las fábricas donde los obreros franceses respiraban un aire inmundo y letal; no trabajaban en andamios a gran altura; no acarreaban pesos enormes. Los esclavos, concluía, no tienen demasiado trabajo y son felices con el que tienen. Vaublanc, tan comprensivo en Santo Domingo con los problemas de la fuerza de trabajo francesa, tuvo que huir de París en agosto de 1792, para escapar de la ira de los trabajadores franceses.

Malouet, un funcionario colonial y simpatizante antirrevolucionario de Vaublanc contra todo tipo de cambio en las colonias, intentó exponer también algunas ideas sobre los privilegios de la esclavitud. Lo primero que observa es que el esclavo, al alcanzar la mayoría de edad, empieza a disfrutar "los placeres del amor" y su amo no tiene ningún interés en impedirle que satisfaga sus apetitos.[9] A tales extremos de impertinente irracionalidad puede arrastrar la defensa de la propiedad, incluso a un hombre inteligente, famoso en su época por su compasión hacia los negros.

La mayoría de los esclavos se acomodaron a esta incesante brutalidad por vía de un profundo fatalismo y una estupidez estólida ante sus amos. "¿Por qué maltratas a la mula de esa forma?", preguntó un colono a un arriero. "Cuando no trabajo, me golpean, cuando ella no trabaja, la golpeo: es mi negro." Un anciano negro, tras perder una de sus orejas y haber sido condenado a perder la otra, suplicó al gobernador que no se la cortase, pues si también le cortaban ésta no tendría ningún lugar donde

colocar la colilla de su cigarrillo. Un esclavo enviado por su amo a robar en el jardín de su vecino es atrapado y devuelto ante la presencia del hombre que sólo unos minutos antes le había encargado la misión. El amo le ordena un castigo de cien latigazos al que se resigna sin chistar. Cuando los atrapaban por descuido, persistían en negar las acusaciones con la misma estupidez fatalista. Un esclavo es acusado de robar una paloma. Lo niega. Se descubre a la paloma oculta en su camisa. "Bueno, bueno, mira tú la paloma. Ha confundido mi camisa con un nido." En la camisa de otro, un amo percibe las patatas que el esclavo niega haber robado. "No son patatas", dice, "son piedras". Lo desvisten y las patatas caen al suelo. "Ah, señor, qué puñetero diablo. Pones piedras, y mira, te encuentras patatas."

En días libres, cuando no trabajaban en sus propios campos, o bailaban, se quedaban sentados durante horas frente a sus cabañas, sin dar ninguna señal de vida. Esposas y esposos, padres y niños, se mantenían separados conforme a los designios del amo, y un padre y su hijo podían encontrarse al cabo de muchos años y no saludarse ni expresar el menor signo de emoción. Muchos esclavos ni siquiera accedían a moverse si no eran golpeados con el látigo.[10] El suicidio era algo habitual, y sentían tal indiferencia por la vida que a menudo se la quitaban no por razones personales, sino por despechar a los amos. La vida era dura y la muerte, pensaban, no sólo una liberación sino también un retorno a África. Aquellos que deseaban persuadirse y persuadir al mundo de que los esclavos eran animales apenas humanos, no aptos sino para la esclavitud, tenían a su disposición amplias pruebas para documentar su fe, y ninguna tan clara como esta obsesión homicida de los esclavos.

El veneno era su método. Una amante envenenaba a su rival para retener el apreciado afecto de su inconstante amo. Una amante despechada envenenaba al amo, a la esposa, a los hijos y a los esclavos. Un esclavo desposeído de su esposa por uno de sus amos envenenaba a éste, lo que constituía una de las causas más habituales de envenenamiento.[11] Si un plantador se apasionaba por una joven esclava, su madre envenenaba a la esposa con idea de colocar a su hija al frente de la propiedad. Los esclavos envenenaban a los hijos más pequeños de un amo para asegurarse de que la plantación pasaba a las manos de un hijo en particular. De esta forma impedían que la plantación se disgregase y la cuadrilla de esclavos se dispersase. En determinadas plantaciones los

esclavos diezmaron con veneno a muchos para mantener reducido el número de esclavos e impedir que los amos se embarcasen en ambiciosas empresas que incrementarían su carga de trabajo. Por esta razón un esclavo podía envenenar a su esposa, otro a sus hijos, y una niñera negra declaró ante los tribunales que durante años había estado envenenando a todos los niños que había traído a este mundo. Las comadronas empleadas en los hospitales envenenaban a los soldados enfermos para librarse de trabajos desagradables. Los esclavos envenenaban incluso la propiedad de un amo respetado. Esperaban a que se marchase; a continuación envenenaban vacas, caballos y mulas, la plantación sucumbía a la anarquía y el amado señor se veía obligado a quedarse. El más espantoso de estos asesinatos a sangre fría era, sin embargo, el mal de mandíbula: una enfermedad que atacaba únicamente a los niños, durante sus primeros días de existencia. Sus mandíbulas quedaban cerradas hasta tal punto que era imposible hacerles tragar nada, con el resultado de que morían de hambre. No era una enfermedad natural y nunca atacaba a los niños de mujeres blancas. Sólo las comadronas negras podían provocarla, y se cree que ejecutaban alguna sencilla operación en el niño recién nacido que daba origen a la enfermedad. Fuera cual fuese el método, la enfermedad provocó la muerte de casi un tercio de los niños nacidos en las plantaciones.

¿Cuál era el nivel intelectual de estos esclavos? Los plantadores, que los odiaban, les daban todo tipo de nombres oprobiosos. "Los negros," rezaba una autobiografía publicada en 1789, "son injustos, crueles, bárbaros, semihumanos, traicioneros, mentirosos, ladrones, borrachos, orgullosos, perezosos, sucios, desvergonzados, celosos hasta la irritación y cobardes". Se valían de este tipo de juicios para justificar las abominables crueldades practicadas. Y se esforzaban mucho para que el negro siguiese siendo el animal salvaje que ellos deseaban que fuese. "La seguridad de los blancos exige que mantengamos a los negros en la más profunda ignorancia. He llegado a la firme convicción de que es preciso tratar a los negros como se trata a las bestias." Tal es la opinión del gobernador de Martinica en una carta enviada al ministro y tal era la opinión de todos los colonos. Salvo los judíos, que no ahorraron energía para convertir a sus esclavos en israelitas, la mayoría de los colonos mantuvieron religiosamente toda instrucción, religiosa o de otra índole, al margen de los esclavos.

Naturalmente había todo tipo de hombres entre ellos, desde jefes nativos, como era el caso del padre de Toussaint L'Ouverture, hasta hombres que habían sido esclavos en su propio país. El negro criollo era más dócil que el esclavo nacido en África. Algunos afirmaban que era más inteligente. Otros dudaban que existiesen grandes diferencias aunque el esclavo criollo conocía el idioma y estaba más familiarizado con su entorno y su trabajo. Sin embargo aquellos que se tomaron la molestia de observarlos lejos del entorno de sus amos y relacionándose entre sí no dejaron de apreciar la sorprendente brillantez intelectual y vivacidad de espíritu que tanto distingue a sus descendientes de las Indias Occidentales hoy en día. El padre Du Tertre, que llegó a conocerlos bien, observó su secreto orgullo y el sentido de superioridad respecto de sus amos, la diferencia entre su modo de comportarse ante los amos y cuando se encontraban en su entorno. De Wimpffen, un excepcional observador y notable viajero, se asombró también ante la personalidad dual de los esclavos. "Uno tiene que oír con qué calidez y locuacidad, y a la vez con qué precisión de ideas y exactitud de juicio, esta criatura, taciturna y lerda durante el día, sentado ahora ante su hoguera, cuenta historias, habla, gesticula, argumenta, opina, aprueba o condena tanto a su amo como a todos los que lo rodean." Era esta inteligencia lo que se negaba a ser pisoteado, estas posibilidades latentes, las que asustaban a los colonos, como asustan a los blancos de África hoy en día. "Ningún tipo humano posee más inteligencia", escribe Hilliard d'Auberteuil, un colono, en 1784, y su libro fue prohibido.

Pero no es necesaria educación o estímulo para acariciar el sueño de la libertad. Cuando a medianoche celebraban el vudú, su culto africano, bailaban y cantaban su canción favorita:

Eh! Eh! Bomba! Heu! Heu!
Canga, bafio té!
Canga, mouné de lé!
Canga, do ki la!
Canga, li!

"Juramos destruir a los blancos y todas sus posesiones; mejor morir que faltar a este juramento."

Los colonos conocían esta canción e intentaron erradicarla, así como también el culto vudú al que estaba ligada. En vano. Durante más de dos-

cientos años los esclavos la cantaron en sus lugares de reunión, tal como los judíos de Babilonia cantaban sobre Sión, y tal como el bantú de hoy en día canta en secreto el himno nacional de África.[12]

No todos los esclavos, sin embargo, pasaron por este régimen. Hubo una pequeña casta privilegiada, los capataces de las partidas, arrieros, cocineros, criados, sirvientas, matronas, doncellas y otros sirvientes domésticos. Éstos retribuyeron el trato amable recibido y la vida comparativamente fácil con una fuerte vinculación a sus amos, permitiendo así que historiadores conservadores, doctos profesores o nostálgicos profesionales representasen el régimen de esclavitud en las plantaciones como una relación patriarcal entre señor y esclavo. Impregnados de los vicios de sus amos y sus amas, estos sirvientes de un escalafón superior se daban ínfulas de grandeza y menospreciaban a los esclavos de los campos. Con sus ropas de seda de segunda mano y sus brocados, daban bailes en los que, como monos amaestrados, bailaban minués y cuadrillas, y se inclinaban y hacían reverencias al estilo de Versalles. Pero algunos de ellos aprovecharon su posición para instruirse, obtener cierta educación, aprender cuanto podían. Los líderes de una revolución son normalmente aquellos que han podido aprovechar las ventajas culturales del sistema que atacan, y la revolución de Santo Domingo no fue ninguna excepción a esta norma.

Christophe, posteriormente emperador de Haití, fue un esclavo, camarero en una fonda de Cap François, donde aprovechó sus oportunidades para instruirse sobre los hombres y el mundo. Toussaint L'Ouverture[13] también pertenecía a esta pequeña y privilegiada casta. Su padre, hijo de un reyezuelo africano, fue capturado en una guerra y vendido como esclavo para luego surcar el mar en un barco negrero. Fue comprado por un colono de cierta sensibilidad que, tras reconocer en este negro a una persona fuera de lo común, le permitió cierta libertad en la plantación y el servicio de cinco esclavos para cultivar una parcela de terreno. Se convirtió al catolicismo, se casó con una mujer buena y bonita, y Toussaint fue el mayor de sus ocho hijos. Cerca de la explotación vivía un viejo negro, Pierre Baptiste, notable por su integridad de carácter y por disponer de algunas nociones culturales. Los negros hablaban un francés corrompido denominado *creole*. Pero Pierre conocía el francés, y también un poco de latín y de geometría, que le había enseñado un misionero. Pierre Baptiste se convirtió en padrino de Toussaint y enseñó a su ahi-

jado los rudimentos del francés; utilizando los servicios de la Iglesia católica lo instruyó también en los rudimentos del latín; Toussaint aprendió también a dibujar. Los esclavos jóvenes estaban al cuidado de los rebaños y el ganado, y ésta fue la primera ocupación de Toussaint. Pero su padre, al igual que muchos otros africanos, conocía algo sobre plantas medicinales y legó a Toussaint todo cuanto conocía. Su educación elemental, sus conocimientos sobre plantas, su inusual inteligencia, lo singularizaban y de este modo se convirtió en el cochero de su amo. Esto le aportó medios de bienestar adicionales y una cultura autodidacta. Finalmente se convirtió en administrador de todo el ganado de la finca, un puesto de responsabilidad normalmente reservado para blancos. Si el genio de Toussaint tenía su origen allá donde se origina el genio, las circunstancias además conspiraron para darle unos padres y unos amigos excepcionales, y un amo respetuoso.

Pero el número de esclavos en puestos que brindasen estas oportunidades era infinitamente escaso en comparación con los cientos de miles que soportaban sobre sus dobladas espaldas el peso de toda la estructura de la sociedad de Santo Domingo. No todos se resignaron a esto. Aquellos cuyo espíritu orgulloso se rebelaba ante la esclavitud como algo intolerable y se negaba a eludirla cometiendo suicidio, escapaban a los bosques y las montañas donde formaban bandas de hombres libres: los cimarrones. Fortificaban sus dominios con empalizadas y con fosas. Había mujeres con ellos. Se reproducían. Y durante los cien años previos a 1789 los cimarrones fueron una fuente de amenaza para la colonia. En 1720, mil esclavos huyeron a las montañas. En 1751 había al menos tres mil. Normalmente formaban bandas independientes, pero cada cierto tiempo encontraban un jefe lo bastante enérgico como para integrar a las diferentes facciones. Muchos de estos líderes rebeldes sembraron el terror entre los colonos mediante incursiones en las plantaciones y mediante la fortaleza y determinación de la resistencia que opusieron a todo intento de exterminarlos. El más importante de estos jefes fue Mackandal.

Él fue quien urdió el ambicioso plan de unir a todos los negros y expulsar a los blancos de la colonia. Era un negro de Guinea que había sido esclavo en el distrito de Limbé, que más tarde llegaría a convertirse en uno de los grandes núcleos de la revolución. Mackandal era un orador, en opinión de un blanco contemporáneo, dotado de tanta elocuencia como

los oradores europeos de la época, y sólo diferente por su fuerza y su vigor superiores. Ignoraba el miedo y aunque a causa de un accidente había quedado manco, poseía una fortaleza de espíritu que sabía preservar en medio de las torturas más crueles. Se jactaba de predecir el futuro; como Mahoma, tenía revelaciones; persuadió a sus seguidores de que era inmortal y ejercía tanta influencia sobre ellos que consideraban un honor servirle de rodillas; las mujeres más hermosas competían por el privilegio de acceder a su lecho. Su banda no sólo atacó y saqueó las plantaciones desde un extremo a otro de la isla sino que él mismo recorrió plantación tras plantación para atraer conversos, estimular a sus seguidores y perfeccionar su ambicioso plan de destruir la civilización blanca en Santo Domingo. Una masa analfabeta, cuando siente que ha llegado el momento de la revolución, normalmente empieza por el terrorismo, y Mackandal intentó liberar a los suyos por medio del veneno. Durante seis años articuló su organización, envenenando tanto él como sus seguidores no sólo a los blancos sino también a los miembros desobedientes de su propia banda. Dispuso entonces que, un día determinado, el agua de cada casa en la capital de la provincia fuese envenenada y se llevase a cabo el ataque general sobre los blancos mientras éstos fueran presa de las convulsiones y la angustia de la muerte. Tenía una relación de todos los miembros de su bando en cada partida de esclavos; nombró capitanes, lugartenientes y otros oficiales; dispuso que bandas de negros abandonasen la ciudad y se extendiesen por las llanuras para masacrar a los blancos. Su temeridad fue la causa de su caída. Fue un día a una plantación, se emborrachó y lo traicionaron, y una vez capturado lo quemaron vivo.

La rebelión de Mackandal nunca dio frutos y fue el único conato de un intento organizado de revolución durante los cien años que precedieron a la Revolución Francesa. Los esclavos parecían eternamente resignados, aunque aquí y allá un esclavo era manumitido o le compraba su libertad al amo. De los amos no llegó nunca referencia alguna a la emancipación. Los colonos de Santo Domingo afirmaban que la esclavitud era necesaria, y dicho esto ya no había más que hablar. La legislación adoptada para la protección de los esclavos quedó en papel mojado, en vista del *dictum* conforme al cual un hombre puede hacer consigo mismo lo que quiera. "Todas las leyes a favor de los negros, por justas y humanas que sean, constituirán siempre una violación de los derechos de propiedad si no están apoyadas por los colonos [...]. Todas las leyes

relativas a la propiedad sólo serán justas en la medida en que cuenten con el apoyo de aquellos a quienes les afecten en tanto que propietarios." Tal seguía siendo la opinión de los blancos al inicio de la Revolución Francesa. No sólo los plantadores sino también los funcionarios dejaron muy claro que fuesen cuales fuesen las sanciones por el maltrato a los esclavos, nunca serían ejecutables en la práctica. Los esclavos podrían entender que disponían de derechos, lo cual sería fatal para la paz y el bienestar de la colonia. Fue la razón por la que un colono nunca dudó en mutilar, torturar o asesinar a un esclavo que le había costado miles de francos. "La Costa de Marfil siempre es una buena madre", rezaba un proverbio colonial. Los esclavos siempre podían ser comprados y los beneficios siempre eran elevados.

El Código del Negro fue aprobado en 1685. Un siglo después, en 1788, el caso Le Jeune[14] reveló a las claras las realidades de la ley y la justicia que se aplicaba a los esclavos en Santo Domingo.

Le Jeune era un plantador de café de Plaisance. Sospechando que la mortalidad entre sus negros estaba causada por el veneno, asesinó a cuatro e intentó extraer confesión de dos mujeres recurriendo a la tortura. Les quemó los pies, las piernas y los codos, al tiempo que simultáneamente las amordazaba para luego retirar la mordaza. No obtuvo nada y amenazó a todos sus esclavos francohablantes con matarlos sin piedad si se atrevían a denunciarlo. Pero Plaisance, situada en la densamente poblada Provincia del Norte, fue siempre centro de reunión de esclavos más avanzados, y catorce de entre ellos fueron a Le Cap y denunciaron a Le Jeune ante el tribunal. Los jueces no pudieron más que aceptar los cargos. Nombraron una comisión que realizó investigaciones en la plantación de Le Jeune y confirmó el testimonio de los esclavos. La comisión descubrió de hecho a dos mujeres maniatadas y encadenadas, con los codos y las piernas en fase de descomposición, pero todavía vivas; el cuello de una de ellas estaba tan lacerado por un collar de hierro que ni siquiera podía tragar. Le Jeune insistió en que eran culpables de los envenenamientos que durante tanto tiempo habían estado asolando su plantación y dio como prueba una caja incautada a una de las mujeres. Esta caja, dijo, contenía veneno. Pero cuando se abrió la caja se descubrió que no contenía más que tabaco ordinario y matarratas. La defensa era imposible, y cuando las dos mujeres murieron, Le Jeune desapareció justo a tiempo de evitar la detención.

El caso se daba por zanjado. En la audiencia preliminar los catorce negros repitieron las acusaciones palabra por palabra. Pero siete testigos blancos testificaron a favor de Le Jeune y dos de sus administradores lo absolvieron formalmente de toda culpa. Los plantadores de Plaisance enviaron una comisión rogatoria al gobernador y al intendente a favor de Le Jeune, y solicitaron que a cada uno de sus esclavos se le aplicasen cincuenta latigazos por haberlo denunciado. La Cámara de Agricultura de Le Cap pidió que Le Jeune fuera simplemente expulsado de la colonia. Setenta plantadores del norte formularon una petición semejante y se pidió al Círculo de Filadelfia, un centro cultural de Santo Domingo, que nombrase representantes a favor de Le Jeune. El padre de Le Jeune solicitó una autorización para intervenir contra uno de los investigadores oficiales cuyas pruebas impugnó. "Para decirlo en pocas palabras", escribieron el gobernador y el intendente al ministro, "parece que la seguridad de la colonia depende de la absolución de Le Jeune". Y así era, si lo que se pretendía era poner a los esclavos en su sitio. Los jueces, tras una infinidad de demoras, cursaron un veredicto negativo, las acusaciones fueron declaradas nulas y sin efecto y el caso fue sobreseído. El fiscal presentó una apelación ante el Consejo Superior de Puerto Príncipe, capital oficial de la isla. Todo el Santo Domingo blanco se levantó en armas. El intendente nombró portavoz al miembro más anciano del consejo, considerándolo persona a la que podía confiarse la administración de justicia. Pero el día del juicio, temiendo que no iba a ser capaz de asegurar la acusación, se ausentó, y el consejo una vez más absolvió a Le Jeune. El gobierno podía aprobar las leyes que quisiese. El Santo Domingo blanco no toleraría interferencia alguna en los métodos empleados para mantener a raya a sus esclavos.[15]

Éste era el problema aún pendiente de solución.

No había esperanza alguna de parte de los plantadores. En Francia el liberalismo seguía siendo una aspiración, y el "fideicomiso", su brote inicial, aún era desconocido. Pero arrastrados por el humanitarismo derivado de la revolución burguesa contra el feudalismo, Diderot y los enciclopedistas habían atacado la esclavitud. "Mejor la destrucción de las colonias que ser foco de tanto mal", afirmaba la Enciclopedia en su artículo sobre el comercio de esclavos. Pero estos arrebatos ni entonces ni ahora han tenido peso. Y los verbosos ataques contra la esclavitud sólo atrajeron de los observadores sonrisas en buena parte merecidas. Se com-

paraba a los autores con doctores que ofrecían a un paciente simples invectivas contra el mal que lo embargaba.

Pero entre estos opositores literarios a la esclavitud hubo uno que, nueve años antes de la caída de la Bastilla, pidió orgullosamente una revolución de los esclavos con una convicción apasionada que estaba llamada a prosperar algún día y liberar a África y a los africanos. Era un sacerdote, el abate Raynal, y expuso su doctrina revolucionaria en el libro *Philosophical and Political History of the Establishments and Commerce of the Europeans in the Two Indies.* Fue un libro famoso en su tiempo y llegó a manos del esclavo que podía hacer un uso más idóneo de ese texto, Toussaint L'Ouverture.

"La libertad natural es el derecho que ha otorgado la naturaleza a cada uno de nosotros para disponer de sí mismo conforme a su voluntad. [...]

El esclavo, un instrumento en manos de la maldad, se considera inferior al perro que el español azuzó contra el americano. [...]

Éstas son verdades memorables y eternas: el fundamento de toda moralidad, la base de todo gobierno; ¿se protestará contra ellas? ¡Sí! [...]"

Y el fragmento más famoso:

"Si sólo el interés propio prevalece en las naciones y sus dueños, existe otro poder. La naturaleza habla en tonos más elevados que la filosofía y el propio interés. Ya están establecidas dos colonias de negros fugitivos, a los que los tratados y el poder protegen contra todo asalto. Estos relámpagos anuncian el trueno. Sólo es necesario un jefe valiente. ¿Dónde está ese gran hombre con quien la Naturaleza ha contraído la deuda de sus hijos vejados, atormentados y oprimidos? ¿Dónde está? Aparecerá, sin duda; surgirá y hará ondear la sagrada bandera de la libertad. Esta señal venerable reunirá en torno a él a sus compañeros de infortunio. Más impetuosos que los torrentes, dejarán en todas partes las huellas indelebles de su justo resentimiento. En todas partes se bendecirá el nombre del héroe que restablezca los derechos de la raza humana; en todas partes se levantarán aras en su honor."

Toussaint leía y releía este fragmento: "Sólo es necesario un jefe valiente. ¿Dónde está?". Era necesario un jefe valiente. La tragedia de los movimientos de masas es que necesitan y rara vez pueden encontrar liderazgo. Pero se necesitaban muchas otras cosas más.

Los hombres tejen su propia historia, y los jacobinos negros de Santo Domingo protagonizarían una historia que alteraría el destino de millones de personas y cambiaría las corrientes económicas de tres continentes. Pero si bien pudieron aprovechar la oportunidad, no pudieron crearla. El comercio de esclavos y la esclavitud estaban estrechamente entretejidos con la economía del siglo XVIII. Tres fuerzas, los propietarios de Santo Domingo, la burguesía francesa y la burguesía británica competían por devastar un continente y explotar brutalmente a millones de personas. Mientras mantuviesen un equilibrio, el tráfico infernal continuaría, y hubiese continuado hasta el día de hoy. Pero nada, por rentable que resulte, dura eternamente. A impulsos de su propio desarrollo, los plantadores coloniales, la burguesía francesa y la británica generaban tensiones internas e intensificaban rivalidades externas, moviéndose ciegamente hacia explosiones y conflictos que harían estallar el fundamento de su dominio y crearían la posibilidad de la emancipación.

II
LOS PROPIETARIOS

De estos tres grupos, plantadores de Santo Domingo, burguesía británica y burguesía francesa, el primero y más importante era el de los plantadores de Santo Domingo.

Sobre tal superficie como la de la esclavitud en Santo Domingo sólo podía prosperar una sociedad corrompida. Y las circunstancias accesorias no eran del tipo que permitiese mitigar la desmoralización inherente a tal método de producción.

Santo Domingo es una isla de cordilleras que en algunos puntos llegan a alcanzar a veces los 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar. Desde allí fluyen innumerables corrientes en dirección a los ríos que irrigan los valles y las no insignificantes llanuras que se extienden entre las colinas. Su alejamiento del ecuador confiere una sensualidad y variedad inusuales a la exuberante naturaleza de los trópicos, y la vegetación trasplantada no desmerece de la natural. Las factorías y residencias señoriales se mantenían resguardadas tras un mar de campos y campos de esbelta y verde caña de azúcar, con sus pequeños troncos mecidos permanentemente en la brisa; ligeramente por encima de los tallos de caña ondulaban las alargadas hojas de los bananos; junto a las casas las ramas de la palmera, coronando una columna perfectamente redondeada y sin hojas de entre 12 y 15 metros de altura, emitían, como enormes plumas, un murmullo continuo y melodioso; mientras que los grupos de palmeras a lo lejos, siempre visibles en el despejado cielo tropical, parecían racimos de parasoles gigantes aguardando al viajero cansado y requemado por el sol. Llegada la estación, los árboles del mango y del naranjo, solitarios o emparrados, se convertían en masas de hojas verdes con frutos rojos o dorados. Miles de pequeños y escrupulosamente finos árboles del café trepaban por las laderas de las colinas, y las abruptas y escarpadas paredes montañosas estaban cubiertas hasta la cima con la exuberante vegetación tropical y los preciosos bosques de madera dura

de Santo Domingo. El viajero que venía de Europa quedaba hechizado al ver por primera vez este paraíso, donde la ordenada belleza de la agricultura y la pródiga naturaleza competían mano a mano para sorprenderlo y encandilarlo.

Sin embargo llegaba a ser monótono. Año tras otro, día tras día, nada cambiaba, un poco más verde en la estación húmeda, algo más oscuro en la estación seca. Los paisajes más salvajes eran incesantemente espléndidos, pero el colono acostumbrado desde su más tierna infancia a la misma escena doméstica apenas era receptivo. El emigrante, encantado y jubiloso al principio, se rendía a una indiferencia alimentada por la monotonía, lo que podía llegar a transformarse en desdén profundo y en ansia ante el decurso de las estaciones.

El clima era duro, y para los europeos del siglo XVIII, desconocedores de la higiene tropical, casi intolerable. El sol ardiente y la húmeda atmósfera se cobraban un elevado tributo sobre todos los recién llegados, tanto europeos como africanos. El africano moría, pero las enfermedades europeas causaban pánico en los plantadores, sin conocimientos ni hábitos capaces de contrarrestarlas. La fiebre y la disentería en la estación cálida; el frío, el reumatismo, los catarros y la diarrea en la estación húmeda; en todo momento la animadversión frente al trabajo prolongado, y aparejado a todo ello la indolencia caprichosa engendrada por la existencia de una multitud de esclavos y esclavas prestos a ejecutar cualquier deber, desde quitar las botas hasta acompañar por la noche.

La autoindulgencia se adueñaba del colono blanco desde su niñez. "Quiero un huevo", dijo el niño de un colono. "No hay." "Entonces quiero dos." Esta conocida anécdota es reveladora. A lo insano del clima y la satisfacción de cualquier deseo se añadía la licenciosidad sin tapujos y la ferocidad habitual de los padres, así como la degradación de la vida humana que rodeaba por completo la existencia del niño.

La ignorancia inherente a la vida rural antes de la revolución industrial estaba acentuada aún más por la irritabilidad y presunción del aislamiento aliado a un dominio indiscutido sobre la vida de cientos de seres humanos. Las plantaciones se encontraban separadas en ocasiones por kilómetros las unas de las otras y, en aquellos tiempos de caballerías y de carreteras malas o escasas sobre territorio agraz, la comunicación con los vecinos era difícil y ocasional. Los plantadores odiaban esa vida y su único deseo era reunir el suficiente dinero para volver a Francia o al menos

pasar unos meses en París, entregados a los lujos de la civilización. La abundancia de alimentos y de bebidas dio lugar a una hospitalidad dispendiada generosamente que terminó por convertirse en hábito, pero la mayoría de las grandes mansiones, contrariamente a lo que afirma la leyenda, estaban pobremente amuebladas y sus propietarios las consideraban como lugares de paso durante los intervalos de sus viajes a París. Siempre ansiosos de vencer su aburrimiento y su excesivo tiempo libre a base de comida, bebida, dados y mujeres negras, se habían alejado ya, mucho antes de 1789, de la frugal existencia y la ruda energía de los individuos anónimos que habían sentado los cimientos de la colonia. Un administrador, un supervisor y el esclavo más dotado se componían de sobra para llevar adelante la plantación. En cuanto podían permitírselo abandonaban la isla, de ser posible para no volver jamás, pero nunca formaron en Francia una fuerza política y social tan influyente como la que en Inglaterra defendía los intereses del país en las Indias Occidentales.

Las mujeres estaban sujetas a las mismas influencias perversas. En los primeros años de la colonia habían sido importadas al igual que los esclavos o la maquinaria. La mayoría de las primeras recién llegadas no eran sino la hez de las cloacas de París, trajeron a la isla "cuerpos tan corruptos como sus hábitos, y sólo aptos para infectar la colonia".[1] Otro funcionario, para requerir mujeres, solicitó a las autoridades que no enviase "a las más feas que encontrasen en los hospitales". Todavía en 1743 el Santo Domingo oficial se quejaba de que Francia seguía enviando muchachas cuya "capacidad para la procreación está destruida en la mayor parte de los casos por una promiscuidad excesiva". El proyecto de instaurar cierto sistema educativo no dio nunca ningún fruto. A medida que aumentaba la riqueza, las hijas de los plantadores más ricos viajaban a París donde, tras un año o dos en la escuela para señoritas, celebraban distinguidos esponsales con los miembros de la empobrecida nobleza francesa. Pero en la colonia empleaban el tiempo en acicalarse, en cantar estúpidas canciones y en prestar oídos a la charlatanería y adulación de sus sirvientes esclavos. Los asuntos del corazón eran su ocupación favorita, estimulada por el exceso de alimentación, el ocio y una crónica envidia a las mujeres mulatas y negras que tan ventajosamente competían por los favores de sus esposos y amantes.

A los individuos de diferentes razas, clases y condiciones que componían la población inicial de Santo Domingo se había añadido con el trans-

curso de los años un elemento más unificado y cohesionado, los vástagos de la aristocracia francesa. Privados de poder político por Richelieu y convertidos por Luis XIV en un apéndice decorativo y administrativo de la monarquía absoluta, los jóvenes descendientes de la nobleza francesa encontraron en Santo Domingo ciertas oportunidades para reconstruir sus maltrechas fortunas y vivir la vida de magnate rural que ahora Francia les negaba. Venían como oficiales del ejército y como funcionarios, y se instalaban con el fin de labrar fortunas y crear familias. Dominaban el ejército, administraban severa justicia. Arrogantes y derrochadores, componían sin embargo una útil capa de la sociedad blanca de Santo Domingo y contribuían a cimentar una sociedad compuesta de tan dispares y disgregados elementos. Pero ni siquiera su educación, tradiciones y orgullo eran basamento firme contra la corrupción dominante y era posible enumerar toda "una retahíla de Vaudreils, Châteauneuf o Boucicaut –último descendiente del famoso mariscal de Francia– cuya vida transcurría entre la botella de ron y la concubina negra".[2]

La vida urbana es la cuna de la civilización. Pero aparte de Puerto Príncipe, la capital, y de Cap François, las ciudades de Santo Domingo en el apogeo de su prosperidad no eran mucho más que unas aldeas. En 1789 St. Marc tenía sólo 150 casas; Môle St. Nicholas, el Gibraltar del Caribe, sólo 250; Léogane, una de las ciudades más importantes de la Provincia Occidental, se componía de entre 300 y 400 casas que se extendían a lo largo de 15 calles; Jacmel, una de las ciudades más importantes del sur, tenía sólo 40. Ni siquiera Cap François, el París de las Antillas, centro de distribución del comercio europeo, superaba una población de 20.000 personas, la mitad de ellas esclavas. Sin embargo Le Cap, como se la denominaba familiarmente, era una ciudad famosa en la época y a su manera única. Reinaba en ella una actividad incesante, el puerto abarrotado de barcos, las calles de mercancías. Pero no le era ajena tampoco la impronta de salvajismo que parecía inseparable de todo cuanto tuviese que ver con Santo Domingo. Uno de sus más distinguidos historiadores coloniales, Moreau de Saint-Méry, admite que las calles eran cloacas, y que los habitantes arrojaban a ellas todos sus desperdicios. El gobierno suplicaba, en vano, que no se cometiesen perturbaciones del orden público, que se tuviese cuidado con las deposiciones de "materia fecal" y que no se abandonasen en las calles ovejas, cerdos o cabras. Nadie hacía caso a estas prescripciones.

En Puerto Príncipe, capital oficial de la colonia, la población lavaba la ropa sucia, fabricaba añil y empapaba la mandioca en el agua de la única fuente que abastecía a la ciudad. Pese a las repetidas prohibiciones continuaban golpeando a los esclavos en las vías públicas. Y las autoridades no eran más prudentes. Si llovía por la noche la ciudad resultaba intransitable al día siguiente, y corrientes de agua inundaban los desagües a la orilla de una calzada en la que podía escucharse el croar de los sapos. De Wimpffen denominó a Puerto Príncipe un campamento tártaro, y Moreau de Saint-Méry, colono a su vez, critica la brusquedad de la expresión pero admite que no es del todo desacertada.

El núcleo de lo que pudiera llamarse vida cultural giraba en torno de estas ciudades. En Le Cap existían varias sociedades masónicas o de otra índole, la más famosa de las cuales era el Círculo de Filadelfia, un organismo consagrado a la política, la filosofía y la literatura. Pero la lectura principal de la población eran las novelas lascivas. Para esparcirse existían teatros, no sólo en Le Cap y Puerto Príncipe sino también en las pequeñas ciudades de Léogane y de St. Marc, donde los melodramas y suspenses de la época eran representados ante aforos completos. En 1787 funcionaban tres compañías sólo en Puerto Príncipe.

La carencia de impulso intelectual en las ciudades se veía equilibrada por las oportunidades licenciosas: antros dedicados al juego (pues todo el mundo jugaba en Santo Domingo y en el espacio de unos pocos días se amasaban y se perdían enormes fortunas), salas de bailes, burdeles privados donde las mujeres mulatas vivían tan lujosa y holgadamente que, hacia 1789, de las siete mil mulatas de Santo Domingo cinco mil eran o bien prostitutas o bien las amantes mantenidas de hombres blancos.

El clero regular de Santo Domingo en lugar de ejercer una influencia moderada se destacaba por su irreverencia y degeneración. En los primeros años se componía de monjes sin sotana. Después llegaron mejores sacerdotes, pero en esa sociedad opulenta y ampulosa pocos eran los que podían resistirse a la tentación del dinero fácil, la vida fácil y las mujeres fáciles; muchos de ellos convivían abiertamente con sus concubinas. Su codicia los llevaba a explotar a los negros con la misma crueldad que el resto del Santo Domingo blanco. Hacia mediados del siglo XVIII, uno de ellos solía bautizar a los mismos negros siete u ocho veces, porque la ceremonia divertía a los esclavos, que estaban dispuestos a pagar una pequeña suma por cada bautismo. Aún en 1790 otro de ellos com-

petía con los chamanes negros por quedarse con el dinero de los esclavos, vendiéndoles magias contra la enfermedad y talismanes que garantizasen el éxito de sus miserables empresas.

En las ciudades, los grandes comerciantes y los prósperos agentes de la burguesía marítima conformaban junto a los plantadores la categoría de "los grandes blancos". En las plantaciones los administradores y capataces eran o bien agentes del propietario ausente, o bien trabajaban bajo la tutela del plantador mismo y se hallaban, por este mismo motivo, subordinados a él. A éstos en el campo, así como en las ciudades a los abogados de poca monta, los notarios, los funcionarios, los artesanos y los tenderos era a los que se consideraba como "pequeños blancos".[3] Entre los pequeños blancos figuraba también una pléyade de vagabundos urbanos, fugitivos de la justicia, esclavos que habían escapado de las galeras, morosos que no podían pagar sus deudas, aventureros en busca de aventura o de rápidas fortunas, hombres de todos los delitos y de todas las naciones. Los bajos fondos de dos continentes eran su cuna, franceses y españoles, malteses, italianos, portugueses y norteamericanos. Pues fuera cual fuese el origen de un hombre, sus antecedentes o su carácter, su piel blanca lo convertía aquí en una persona distinguida y los fracasados o los rechazados en su propio país acudían en tropel a Santo Domingo, donde se alcanzaba consideración a tan menguado precio, donde fluía el dinero y donde existían abundantes oportunidades para el libertinaje.

Ningún pequeño blanco era sirviente, ningún hombre blanco hacía nada que un negro pudiese hacer por él. Cuando un barbero debía atender a su cliente comparecía vestido con sedas, el sombrero bajo el brazo, la espada de costado, el bastón sobre el codo y su séquito de cuatro negros. Uno de los negros le peinaba el pelo al cliente, otro lo preparaba, un tercero se lo rizaba y el cuarto se lo atusaba. Mientras procedían su jefe presidía las diversas operaciones. A la menor torpeza, al menor error, golpeaba con tanta fuerza el rostro del infortunado esclavo que con frecuencia lo noqueaba. El esclavo se levantaba sin dar señal alguna de resentimiento y volvía a retomar su tarea. La misma mano que había golpeado al esclavo se cerraba sobre una suma enorme, y el barbero salía con la misma insolencia y petulancia con la que había entrado.

Éste era el tipo para el que el prejuicio racial era más importante incluso que la posesión de los esclavos, escasa en su caso. La distinción entre un hombre blanco y un hombre negro era para ellos esencial. Era su todo. En defensa de esta distinción serían capaces de tirar abajo todo su mundo.

Con los grandes y pequeños blancos no se agotaba la población blanca de Santo Domingo. Sobre ellos se hallaba la burocracia, compuesta casi enteramente de franceses originarios de Francia, y gobernadores de la isla. Al frente de la burocracia se encontraban el gobernador y el intendente. El gobernador era el representante oficial del rey, con todo lo que esto implica incluso hoy mismo en lo que se refiere a la administración de lejanas colonias. Su salario oficial podía llegar hasta las 100.000 libras al año,[4] aparte las ventajas derivadas de estos puestos y tan habituales en el siglo XX como en el siglo XVIII: otorgar concesiones, actuar solapadamente como intermediario de las mercancías europeas en las colonias y de las mercancías coloniales en Europa. Un noble francés ambicionaba tanto el puesto de gobernador de Santo Domingo como un noble británico el Virreinato de la India. En 1787 el gobernador era hermano del embajador de Francia en Londres, y dejó el puesto de gobernador para convertirse en ministro de Marina.

Próximo al gobernador se hallaba el intendente, responsable de justicia, finanzas y administración general, con un salario que en ocasiones podía ascender a 80.000 libras anuales. El gobernador era soldado y aristócrata, el intendente un burócrata, y entre lo civil y lo militar surgían continuas diferencias. Pero para los blancos locales tanto ellos como su personal, comandantes de distrito y funcionarios de mayor rango, representaban la autoridad del rey y los privilegios comerciales de la burguesía francesa. Podían arrestar sin mandato judicial, negarse a ejecutar las órdenes del ministro, forzar la dimisión de los miembros de las juntas locales, otorgar favores, dictaminar confiscaciones, aumentar los impuestos; de hecho su arbitrariedad no conocía límites legales. "Dios estaba demasiado arriba y el rey demasiado lejos."

Los colonos los odiaban. Además de su poder absoluto eran disolutos y extravagantes, malversaban constantemente sumas enormes y trataban a los blancos locales con una arrogancia y displicencia que exasperaba a estos pequeños potentados dueños de doscientos o trescientos esclavos.

Había buenos y malos gobernadores, buenos y malos intendentes, como había buenos y malos propietarios de esclavos. Pero esto era una cuestión de puro azar. Era el sistema el que fallaba.

Hubo cierta pretensión de autonomía local. Tanto en Le Cap como en Puerto Príncipe funcionaron juntas locales que archivaron los edictos reales y las decisiones de las autoridades locales. Poco antes de la revolución se formó asimismo una junta integrada por los blancos más ricos y poderosos que en teoría constituían la opinión pública local. Pero el intendente, como el gobernador de los actuales Consejos Legislativos británicos, podía rechazar o aceptar sus dictámenes como le viniese en gana.

La burocracia, cuyas fuentes de poder se hallaban a tantos miles de kilómetros de distancia, no podía depender exclusivamente de los dos regimientos franceses de la colonia. En 1789 en Santo Domingo, donde la población blanca era de 30.000 personas, sólo había 513 funcionarios. Sin apoyo masivo hubiese sido imposible gobernar. Los burócratas, que se traían de Francia la tradicional hostilidad de la monarquía absoluta al poder político de la nobleza feudal, intentaban equilibrar el poder de los plantadores favoreciendo a los pequeños blancos de la ciudad y del campo. La principal queja de los pequeños blancos iba dirigida contra la milicia que patrullaba los barrios y frecuentemente invadía las competencias del intendente en el ámbito de la administración de justicia y las finanzas. El intendente siempre era receptivo a estas quejas. En 1760 un intendente llegó incluso a disolver por completo la milicia y a nombrar síndicos para que ejecutasen las tareas de la administración local. La colonia fue víctima de disturbios, el departamento de interior tuvo que volver a implantar la milicia y devolverle al ejército sus competencias previas. Inmediatamente estalló una insurrección en la isla, liderada por los jueces de paz, abogados, notarios y fiscales. Los plantadores se quejaron de que esta rebelión contaba con el apoyo de los estratos inferiores de la población, en un distrito tres judíos portugueses, un notario, un estibador, un sastre, un zapatero, el ayudante de un carnicero y un ex soldado raso. El desprecio de los plantadores era absoluto hacia "los maleantes que han provocado estos disturbios, de los que con justicia puede afirmarse que componen la peor *canaille* y cuyos padres y madres fueron sirvientes, lacayos o hasta quizá de origen inferior".[5] No era su origen inferior lo que justificaba el ataque de los plantadores a los pequeños blancos. Sastres, carniceros y soldados rasos iban a repre-

sentar el papel decisivo en la Revolución Francesa, salvando a París, por iniciativa espontánea, de la contrarrevolución interna y extranjera. Pero muchos de los pequeños blancos eran una inutilidad y no desempeñaban ninguna función destacada en la economía de la colonia. Si cada uno de ellos hubiese sido deportado del país, sus cometidos hubiesen podido recaer en manos de mulatos libres, negros libres o incluso esclavos. No eran parte integral de la sociedad de Santo Domingo, ni por función, ni por tradición, ni por nacimiento. Pero eran blancos, y en tanto que tales, útiles para la burocracia. En 1771 volvemos a encontrar al intendente quejándose de la tiranía militar. "Desde que ha vuelto a implantarse la milicia", lamenta, "los oficiales están limitando cada día todas las competencias de los jueces ordinarios".

Aquí estaba pues la primera gran fractura, la división entre grandes blancos y pequeños blancos, con la burocracia a la búsqueda de un equilibrio intermedio y apoyando en este sentido a los pequeños blancos. Nada podría mitigar o solventar este conflicto. Cuando la revolución estalla en Francia, ambas facciones se abalanzarán la una sobre la otra, para pelear hasta la muerte.

Había otra clase de personas libres en Santo Domingo, los mulatos libres y los negros libres. Ni la legislación ni el crecimiento de los prejuicios raciales pudieron destruir el poder de atracción de las mujeres negras sobre los hombres blancos de Santo Domingo. Era característico de todas las clases; una multitud a la entrada de la cabaña, el plantador o el capataz que elegía una esclava con la que pasar la noche y que a la mañana siguiente la apartaba de su lecho bajo los latigazos del conductor esclavo; un gobernador de la colonia, recién llegado desde Francia, trastornado al descubrir la pasión que lo embarga por la más hermosa de sus cuatro criadas negras.

En los primeros tiempos todo mulato era libre hasta la edad de 24 años, no por ley, sino porque los blancos eran tan escasos en comparación con los esclavos que sus amos intentaban mantener fiel a esta raza intermedia antes de permitir que viniese a incrementar las filas de sus enemigos. En aquellos primeros años el prejuicio racial no era muy fuerte. El Código del Negro de 1685 autorizaba el matrimonio entre el blanco y la esclava que le hubiese dado hijos, y esta ceremonia la liberaba tanto a ella como a sus hijos. El Código otorgaba a los mulatos libres y

a los negros libres los mismos derechos que a los blancos. Pero a medida que la población blanca se incrementó, el Santo Domingo blanco dejó de lado este convenio y convirtió en esclavos, o vendió, a gran número de sus hijos, como cualquier rey de la selva africana. Fracasados todos los esfuerzos por frenar el concubinato, los niños mulatos se multiplicaron, dependiendo su libertad o su esclavitud del capricho de sus padres. Muchos fueron liberados, convirtiéndose en artesanos o en sirvientes domésticos. Empezaron a amasar propiedad, y los blancos, a la vez que contribuían a incrementar incesantemente el número de mulatos, empezaron a ponerles coto y a hostigarlos a base de pérfidas leyes. Los blancos se allegaron tantas responsabilidades del gobierno del país como pudieron. Al alcanzar la mayoría de edad, los mulatos se veían obligados a ingresar en la *maréchaussée*, una organización policial encargada de arrestar a negros fugitivos, velar por la seguridad de los viajeros en los caminos, capturar a negros peligrosos, combatir a los cimarrones, todos los deberes difíciles y peligrosos que a los blancos se les pasase por la cabeza ordenar. Después de tres años de servicio en la *maréchaussée*, debían ingresar en la milicia local, proporcionar sus propias armas, municiones y equipo, y, sin pagas ni derechos de ningún tipo, servir al capricho del oficial blanco de rango superior. Deberes tales como la vigilancia obligatoria de las carreteras se les imponían con un rigor añadido. Estaban excluidos de los departamentos navales y militares, de la práctica de la abogacía, de la medicina y de la religión, de todas las oficinas públicas o puestos de responsabilidad. Un blanco podía allanar la propiedad de un mulato, seducir a su esposa o a su hija, insultarlo como le viniese en gana, seguro de que a la menor sospecha de resentimiento o venganza la totalidad de los blancos y el gobierno se aprestarían rápidamente a linchar al mulato. En todos los actos legales, la decisión final casi siempre perjudicaba a los mulatos, y para inculcarles la sumisión por vía del terror, a un hombre libre de color que golpease a un blanco se le arrancaba, fuera cual fuese su posición, el brazo derecho.

Pero por cierta feliz casualidad, la cantidad de propiedad que podían poseer no estaba, como en las islas bajo dominio inglés, limitada. De complexión elegante e inteligentes, administrando por cuenta propia sus empresas sin malgastar sus fortunas en extravagantes viajes a París, empezaron a adquirir riqueza en tanto que maestros artesanos y, más adelante,

como propietarios. A medida que empezaban a establecerse, los celos y la envidia de los colonos blancos fueron transformándose en odio feroz y en miedo. Dividieron a los descendientes de blanco, negro y matices intermedios en 128 divisiones. El verdadero mulato era el hijo de negro puro y blanco puro. El hijo del blanco y de la mujer mulata era un cuarterón, con 96 partes de blanco y 32 partes de negro. Pero el cuarterón podía descender del blanco y del marabú con una proporción de 88 a 40, o del blanco y el sacatra, en una proporción de 72 a 56, y así hasta llegar a 128 variedades. Mas el *sang-mêlé* o de sangre mezclada, con 127 partes de blanco y 1 de negro, seguía siendo un hombre de color.

En una sociedad esclava, la mera posesión de la libertad personal es un valioso privilegio, y las leyes de Grecia y Roma atestiguan que el rigor de la ley aplicada a esclavos y hombres liberados nada tiene que ver con la cuestión racial. Tras esta compleja carnavalada de cuarterón, sacatra y marabú no había sino el factor crucial de la sociedad de Santo Domingo: el miedo a los esclavos. Las madres de los mulatos engrosaban las cuadrillas de esclavos, con quienes los mulatos estaban semihermanados, y por mucho que el mulato mismo despreciase esta otra mitad de su origen, los esclavos eran su segunda familia y podía tener una influencia sobre ellos, sumada a su educación y a su fortuna, que para un hombre blanco siempre estaría vedada. Además, aparte del terror físico, había que mantener subyugados a los esclavos asociando inferioridad y degradación con el rasgo más obviamente identificador del esclavo: la piel negra. Siendo muy pocos los esclavos capacitados para leer, los colonos no dudaban en proclamar abiertamente: "Es esencial mantener la mayor distancia posible entre los que obedecen y los que ordenan. Uno de los medios más seguros para lograrlo consiste en perpetuar la huella que la esclavitud ha dejado". Ningún mulato, por tanto, fuera cual fuese el número de sus partes blancas, estaba autorizado a emplear el nombre de su padre blanco.

Pese a tales restricciones, los mulatos continuaron progresando. Hacia 1755, apenas tres generaciones después del Código Negro, empezaron a multiplicarse en la colonia, y tanto su número como su riqueza cada vez mayor provocaron incipiente alarma en los blancos.

Vivían (según consta en un informe)[6] como sus antepasados, de las hortalizas del país, sin beber una gota de vino, limitándose a los licores locales fermentados a partir de la caña de azúcar. Por ello, su consumo

no contribuía en nada a preservar el importante comercio con Francia. Sus sobrios hábitos de vida y su escaso nivel de gasto les permitían ahorrar cada año la mayor parte de sus ingresos, acumularon un inmenso capital y se volvieron más prepotentes a medida que se incrementaba su riqueza. Pujaron por todas las propiedades a la venta en los diversos distritos y elevaron los precios hasta tan inconcebibles niveles que los blancos no adinerados no podían comprar, o se arruinaron en el intento de mantenerse a su nivel. Así, en algunos distritos, las mejores propiedades estaban en manos de mestizos, y sin embargo en todas partes eran los menos dispuestos a subordinarse al trabajo obligatorio y a las contribuciones públicas. Sus plantaciones eran santuario y asilo de hombres liberados sin oficio ni beneficio, así como de numerosos esclavos fugitivos que se habían fugado de sus cuadrillas. Su riqueza los inducía a imitar el estilo de los blancos y pretendían borrar todo rastro de su origen. Intentaban obtener rangos elevados en el ejército. Los que tenían habilidad suficiente para correr un tupido velo sobre su vicio de origen buscaron incluso el acceso a la judicatura. Si todo continuaba así, pronto contraerían bodas con familias distinguidas, vinculando por alianza a estas familias con los esclavos de las cuadrillas, lugar de origen de sus madres.

Esto no era ningún arrebato cascarrabias de un colono celoso. Era un memorándum oficial de la burocracia destinado al ministro. Una demografía en aumento y una riqueza en aumento estaban contribuyendo a un orgullo acrecentado entre los mulatos, y a que se agudizase el resentimiento por las humillaciones padecidas. Algunos estaban enviando a sus hijos a educarse en Francia, y en Francia, incluso cien años antes de la revolución, no había grandes prejuicios raciales. Hacia 1716 todo esclavo negro que tocaba suelo francés se convertía en libre, y transcurrido un intervalo de cincuenta años, otro decreto de 1762 vino a ratificar este principio. En 1739 un esclavo sirvió como trompetista en el regimiento real de carabineros; jóvenes mulatos fueron admitidos en cuerpos militares reservados para los jóvenes nobles así como en las oficinas de la magistratura; sirvieron como pajes en la corte.[7] Sin embargo estos hombres debían volver a la isla y someterse a las discriminaciones y a la brutalidad de los blancos de Santo Domingo. Y a medida que los mulatos empezaron a presionar contra los barrotes, los blancos de Santo Domingo aprobaron una serie de leyes que por su salvajismo paranoico no tienen

parangón en el mundo moderno (diríamos que hasta 1933) y apenas podrán volver a tenerlo en la historia. El Consejo de Puerto Príncipe, sosteniendo el problema racial como pantalla, se propuso exterminarlos. De este modo los blancos pudieron expulsar de su sistema a una amenaza creciente, liberándose de personas de las que habían tomado prestado dinero, y de muchas de cuyas propiedades se habían incautado. El Consejo propuso expulsar a todos los mestizos hasta el grado de cuarterón a las montañas ("que convertirían en terreno cultivable"), prohibir la venta a mestizos de toda propiedad en las llanuras, negarles el derecho a adquirir ninguna propiedad inmobiliaria y forzar a todos aquéllos hasta el grado de cuarterón y a todos aquellos blancos que se habían casado con personas de color hasta ese grado a vender a todos sus esclavos en el plazo de un año. "Porque", según el Consejo, "son personas peligrosas, más fieles a los esclavos, a los que están ligados, que a nosotros que los oprimimos mediante la subordinación exigida y el desdén de nuestro trato. En una revolución, en un momento de tensión, serían los primeros en desembarazarse del yugo que pesa sobre ellos, tanto más cuanto que ahora son más ricos y se han acostumbrado a tener deudores blancos, y por ello carecen del suficiente respeto hacia nosotros". Pero los colonos no pudieron poner en práctica estos planes fulminantes. Los mulatos, al contrario que los judíos en Alemania, eran ya demasiados en número y la revolución se hubiese desencadenado ahí mismo y al instante.

Los colonos debieron contentarse con imponer a estos rivales todas las humillaciones que el ingenio y la perversidad les permitieron concebir. Entre 1758 y la revolución las persecuciones arreciaron.[8] Se prohibió a los mulatos ostentar espadas o sables y llevar ropas europeas. Se les prohibió adquirir municiones salvo mediante permiso especial en el que figurase la cantidad exacta. Se les prohibió el derecho de reunión "bajo el pretexto" de bodas, celebraciones o bailes, con el castigo de una multa para el primer delito, cárcel para el segundo y algo peor para los siguientes. Se les prohibió permanecer en Francia. Se les prohibieron los juegos europeos. Se prohibió a los sacerdotes que elaborasen documento alguno para ellos. En 1781, ocho años antes de la revolución, se les prohibió utilizar los títulos de monsieur y madame. Hasta 1791, si un hombre blanco comía en su casa, no podían sentarse a la misma mesa. El único privilegio concedido por los blancos era el de que les prestasen dinero.

Sin grandes visos de rebelión en el horizonte, la situación parecía insoluble. Y hasta que se produjo la toma de la Bastilla, los intentos de los mulatos por emanciparse asumieron extrañas formas. De Vaissière ha desenterrado una historia que, después de Hitler, resulta más fácil de entender. En 1771 *sieur* Chapuzet había obtenido del Consejo de Le Cap una resolución que le confería los privilegios de un hombre blanco, a la vez que su oscuro pasado impedía que llegara a cuestionarse sus orígenes. Poco después intentó incorporarse como agente a la milicia. Cuatro lugartenientes de la milicia de la Llanura Norte llevaron a cabo minuciosas investigaciones en los archivos y presentaron una genealogía exacta de la familia Chapuzet, demostrando que un antepasado por vía materna, 150 años antes, había sido un negro de San Cristóbal. De Chapuzet se defendió, "con la ley y con los hechos": con ley, porque la facultad para decidir sobre la condición de un ciudadano competía al gobierno y no a individuos particulares; con los hechos, porque en 1624 no había negros en San Cristóbal. Ahora el terreno era la historia colonial. Apelando a extractos de los historiadores, los blancos demostraron que en 1624 había esclavos en San Cristóbal. Chapuzet aceptó la derrota y partió hacia Francia.

Tres años después volvió y se hizo llamar M. Chapuzet de Guérin, o, de manera más familiar, M. le Guérin. Aristócrata al menos de nombre y respaldado por un garante, volvió a presentar su recurso para que se lo considerase como un hombre blanco ante los tribunales. Una vez más volvió a ser derrotado. Pero Chapuzet era un hombre de recursos. Sostuvo que su antepasado, "el negro de San Cristóbal", no era ningún negro, sino un caribe, un caribe libre en su nacimiento, un miembro de "esa noble raza sobre la que franceses y españoles habían impuesto el derecho de conquista". Chapuzet se salió con la suya. En 1779 dos decretos del Consejo afirmaron que sus demandas estaban justificadas. Pero no consiguió el rango al que aspiraba. Los funcionarios locales no se atrevieron a nombrarlo. Tras la publicación de los decretos las personas de color dieron rienda suelta a tal demostración de júbilo y albergaron tan desmesuradas esperanzas que las consecuencias de un nombramiento en la persona de Chapuzet hubiesen podido resultar peligrosas. Las puertas del abogado de Chapuzet fueron sitiadas por cuarterones y otros mulatos de piel clara ansiosos de ver a sus remotos antepasados esclavos transformados en libres y nobles caribes.

Las ventajas de ser blanco eran tan evidentes que el prejuicio racial contra los negros permeaba la mentalidad de unos mulatos que tan amargamente se resentían del mismo prejuicio por parte de los blancos. Los esclavos negros y los mulatos se odiaban entre sí. Aun cuando con palabras, con su éxito en la vida, y también con muchos de sus actos, los mulatos demostraban la falsedad de la inherente superioridad que los blancos se arrogaban para sí mismos, el hombre de color que era casi blanco despreciaba al hombre de color que sólo era la mitad blanco, que a su vez despreciaba al hombre de color que era sólo un cuarterón blanco, y así escala por escala de color.

Los negros libres, en términos comparativos, eran escasos, y tan despreciada era la piel negra que hasta un esclavo mulato se sentía superior al negro libre. Antes que ser esclavo de un negro, el mulato hubiese optado por el suicidio.

Todo esto cabe interpretarlo como una mezcla de pesadilla y de mal chiste. Pero estas distinciones aún ejercen influencia en las Indias Occidentales de hoy en día.[9] Mientras que los blancos de Inglaterra desprecian a los mestizos más que al negro de pura sangre, los blancos de las Indias Occidentales prefieren al mestizo antes que a los negros. Éstas, sin embargo, son cuestiones de prestigio social. Pero las discriminaciones raciales en el África de hoy en día son, como lo eran en Santo Domingo, cuestiones de política gubernamental, aplicada con balas y bayonetas, y hemos vivido lo suficiente para ver cómo los gobernantes de una nación europea convertían a su abuela aria en algo tan precioso para los habitantes del país como lo era el antepasado caribe para el mulato. La causa en cualquier caso es la misma: justificar el saqueo mediante alguna identificación obvia de aquellos que ostentan el poder. Recordémosle al lector las observaciones de un cualificado observador que viajó por las Indias Occidentales en 1935 y apreció *in situ* la situación de los hombres de color, "algunos en el escalafón superior, jueces, abogados, doctores, fuera cual fuese el matiz de su piel, se movían a gusto en cualquier círculo. Hay muchos otros más que son intelectualmente iguales o superiores a sus propios contemporáneos blancos".[10] Muchos de los mulatos y de los negros libres estaban retrasados en comparación con los blancos, pero sus capacidades eran perfectamente obvias en el Santo Domingo de los años previos a 1789. Hubo que recurrir a la dinamita y al frío acero para convencer a los blancos de Santo Domingo. Y si,

como hemos visto, los más inteligentes de los blancos no se engañaron a sí mismos en relación con los orígenes materialistas de su prejuicio contra los mulatos, cometeríamos un error si pensásemos que eran hipócritas al sostener que una piel blanca garantizaba a los propietarios capacidades superiores y los autorizaba al monopolio de lo mejor que la colonia podía ofrecer.

"Sobre las diferentes formas de propiedad, sobre las condiciones sociales de la existencia como fundamento, existe una superestructura de sentimientos diversificados y característicos, ilusiones, hábitos de pensamiento y perspectivas sobre la vida en general. La clase como un todo las crea y las moldea a partir de su propio fundamento material, y a partir de las relaciones sociales correspondientes. El individuo en que se generan, por tradición y educación, puede considerarlas los auténticos determinantes, el origen real de sus actividades."[11] Sobre esta derivación común del prejuicio, los pequeños blancos, los grandes blancos y la burocracia estaban unidos contra los mulatos. Así había sido durante ciento cincuenta años, y por tanto así sería siempre. Pero ¿de verdad lo sería? Los burócratas en cargos más elevados, los franceses cultos, llegaban a la isla sin prejuicio; y para procurarse apoyo popular solían prestar cierta ayuda a los mulatos. Y los mulatos y los grandes blancos tenían un nexo común: la propiedad. Una vez que la revolución se puso en marcha, los grandes blancos tuvieron que elegir entre sus aliados de raza y sus aliados de propiedad. No dudaron demasiado tiempo.

Tal era la sociedad de esta famosa colonia. Éstas eran las personas, y ésta era la vida, por la que se vertió tanta sangre, se arrostró tanto sufrimiento. Las mejores mentes de la época no se hacían ninguna ilusión sobre ella. El barón De Wimpffen, que visitó la colonia en 1790, en la cúspide de su prosperidad, vio un día a un esclavo reclinado sobre el mango de su azada y contemplando con tristeza el crepúsculo. "¿Qué haces, Nazimbo?", le preguntó. "¿Qué estás mirando?" Nazimbo alargó su mano hacia el sol que se ponía. "Veo mi país", replicó, mientras caían lágrimas de sus ojos. "Yo también veo ahí mi país", se dijo para sí De Wimpffen, "y tengo la esperanza de volver a verlo un día, pero tú, pobre negro, no volverás a ver nunca el tuyo". El liberal cultivado y el esclavo común detestaban por igual el lugar. Pocos meses después De Wimpffen se marchó y escribió su relación. Es un epitafio adecuado para una sociedad que tres

años después iba a ser destruida. "¿Quieres conocer mi conclusión final sobre este país? Opino que, cuanto más conozco a los hombres que lo habitan, más me congratulo de abandonarlo. [...] Cuando uno es lo que la mayor parte de los plantadores son, uno ha nacido para poseer esclavos. Cuando uno es lo que la mayor parte de los esclavos son, uno ha nacido para ser esclavo. En este país todo está en su lugar."

La prosperidad no es una cuestión moral y la justificación de Santo Domingo era su prosperidad. Nunca en muchos siglos había conocido el mundo occidental tal progreso económico. Hacia 1754, dos años antes de iniciarse la Guerra de los Siete Años, había 599 plantaciones de azúcar y 3.379 de índigo. Durante la Guerra de los Siete Años (1756-1763) la marina francesa, expulsada de los mares por la británica, no pudo transportar los suministros de los que dependía la colonia, y el extenso contrabando no consiguió paliar el déficit, miles de esclavos murieron de hambre y una producción siempre en aumento, aunque no paralizada, disminuyó. Pero tras el Tratado de París en 1763 la colonia dio un gran paso adelante. En 1767 exportó 32.700 toneladas de azúcar en bruto y 23.200 toneladas de azúcar refinado, 454 toneladas de índigo, 900 toneladas de algodón y grandes cantidades de cuero, melaza, coco y ron. El contrabando, frente al que las autoridades hacían la vista gorda, engrosó las cifras oficiales en al menos el 25%. Y no sólo en cantidad abundaba Santo Domingo sino también en calidad. Cada árbol del café producía como media unos 450 gramos, de una calidad a veces similar a la moca. El algodón surgía de manera espontánea, sin precisar atención de ningún tipo, en terrenos pedregosos y en las fallas de las rocas. El índigo prosperaba también espontáneamente. La hoja del tabaco era mayor allí que en cualquier otro lugar de América y a veces igualaba en calidad al tabaco de La Habana. El grano del cacao de Santo Domingo era más acidulado que el de Venezuela y no le iba a la zaga en otros sentidos, la experiencia demostraba que el chocolate elaborado combinando ambos cacaos tenía un sabor más delicado que el chocolate fabricado a partir del cacao venezolano únicamente.

Si en ningún lugar sobre la tierra se concentraba tanta miseria como en un barco negrero, en ningún lugar del globo abundaba tanta riqueza, proporcionalmente a su superficie y sus dimensiones, como en la colonia de Santo Domingo.

Y sin embargo fue esta misma prosperidad la que llevó a la revolución.

Desde el inicio los colonos mantuvieron divergencias con el gobierno francés y con los intereses que representaba. Los franceses, como cualquier otro gobierno en aquellos días, consideraban que las colonias existían exclusivamente para el beneficio de la metrópoli. Conocido en Inglaterra como sistema mercantilista, los franceses habían bautizado esta tiranía económica con una denominación más honesta, el sistema exclusivista. Todo producto manufacturado que necesitasen los colonos estaban obligados a comprárselo a Francia. Únicamente a Francia podían venderle sus productos. Los bienes sólo podían ser transportados en barcos franceses. Incluso el azúcar en bruto producido en las colonias sólo podía ser refinado en la madre patria, y los franceses imponían severos gravámenes sobre el azúcar refinado de extracción colonial. "Las colonias", afirmó Colbert, "han sido fundadas por y para la metrópoli". Lo cual no era cierto. Los colonos habían fundado solos Santo Domingo y la falsedad de esta declaración sólo contribuyó a que la explotación resultase aún más difícil de sobrellevar.

En 1664, el gobierno francés, siguiendo la costumbre de la época, concedió a una empresa privada los derechos del comercio con Santo Domingo. Pero los gestores del monopolio o bien no podían o bien no querían enviar todas las mercancías que los colonos deseaban, y les gravaron casi el doble de lo que estaban habituados a pagar. Los colonos protestaron y el gobernador se vio obligado a flexibilizar las restricciones. En 1722 volvió a ocurrir lo mismo. La empresa otorgó a determinados agentes la concesión exclusiva del comercio africano como pago por suministrar a Santo Domingo dos mil negros cada año. Pero hacia 1720 los colonos precisaban ocho mil esclavos al año, y sabían que además de suministrarles sólo un cuarto de sus necesidades, la empresa elevaría el precio. Se produjo otra insurrección. Los colonos arrestaron al gobernador y lo encerraron en la cárcel, y el gobierno tuvo que modificar los privilegios de los que disfrutaba la empresa. Los colonos se vieron atados de pies y manos por el sistema exclusivista en beneficio de la metrópoli, y a medida que aumentaba su prosperidad pasaron a considerar las restricciones cada vez más intolerables. La dependencia política de la madre patria estaba retrasando ahora el crecimiento económico de Santo Domingo. Los colonos deseaban liberarse de estos grilletes tal como las colonias inglesas de Norteamérica deseaban liberarse de los suyos. Y así, si los grandes blancos y los pequeños

blancos estaban en conflicto permanente, los unía la causa común contra los mulatos, por una parte, y contra la burguesía francesa por la otra. Podían perseguir a los mulatos, pero contra la burguesía francesa no podían hacer nada salvo montar en cólera. Mucho antes de 1789 la burguesía francesa era la fuerza económica más poderosa de Francia, y el comercio de esclavos y las colonias eran la base de su influencia y bienestar.

El comercio de esclavos y la esclavitud fueron el fundamento económico de la Revolución Francesa. "Triste ironía de la historia humana", comenta Jaurès. "Las fortunas creadas en Burdeos, en Nantes, por el comercio de esclavos, dieron a la burguesía ese orgullo que precisa de la libertad y que contribuyó a la emancipación humana." Nantes era el centro del comercio de esclavos. Ya en 1666, 108 barcos fondearon en la costa de Guinea para subir a bordo 37.430 esclavos[12] por un valor total de más de 37 millones de francos, equivalente a entre el 15 y el 20% de la riqueza de la burguesía de Nantes. En 1700, Nantes enviaba 50 barcos cada año a las Indias Occidentales abastecidos de salazón de buey irlandés, ajuares domésticos, pertrechos para esclavos y maquinaria para los ingenios azucareros. Casi todas las industrias que prosperaron en Francia durante el siglo XVIII tenían su origen en bienes o mercancías destinadas o bien a la costa de Guinea o bien a América. El capital del comercio de esclavos les abonaba el terreno; aunque la burguesía comerciaba con otros objetos además de con esclavos, del éxito o del fracaso de este tráfico dependía todo lo demás.[13]

Algunos barcos cargaban durante el trayecto vino de Madeira para los colonos y tortuga seca de Cabo Verde para los esclavos. A la vuelta traían productos coloniales hasta Nantes, que a su vez viajaban hacia el norte de Europa en barcos holandeses. Algunos efectuaban el trayecto de vuelta a través de España y Portugal, intercambiando sus productos coloniales por productos de esos países. Sesenta barcos de La Rochelle y de Oberon traían sus salazones de bacalao hasta Nantes, para llevarlo hacia los mercados del interior del país o transportarlo hasta las colonias como alimento para los esclavos. En el año 1758 se manufacturó por vez primera hilo de la India, para tejer el algodón en bruto de la India y de las islas de las Indias Occidentales.

Los plantadores y los pequeños fabricantes de Santo Domingo sólo pudieron establecerse gracias al capital adelantado por la burguesía marí-

tima. Hacia 1789 sólo los comerciantes de Nantes habían invertido 50 millones en las Indias Occidentales.

Burdeos fue quien abrió la puerta con su industria vinícola, que proporcionó a sus armadores y comerciantes una oportunidad para comerciar por todo el mundo; después llegó el brandy, también para todos los puertos, pero principalmente para las colonias. Mediado el siglo XVIII, 16 factorías refinaban cada año 10.000 toneladas de azúcar procedente de Santo Domingo, utilizando casi 4.000 toneladas de carbón. Las factorías locales suministraban a la ciudad jarrones, platos y botellas. El comercio era cosmopolita: flamencos, alemanes, holandeses, irlandeses e ingleses vinieron a instalarse en Burdeos, contribuyendo a la expansión general y amasando grandes fortunas. Burdeos comerciaba con Holanda, Alemania, Portugal, Venecia e Irlanda, pero la esclavitud y el comercio colonial eran la fuente, el origen y el sustento de esta próspera industria y de este ambicioso comercio.

Marsella era el centro del comercio por Oriente y el Mediterráneo, y un real decreto de comienzos de siglo había intentado excluirla del comercio con las colonias. El intento fracasó. Santo Domingo era el centro neurálgico del comercio de Marsella. Marsella enviaba allí no sólo los vinos de Provenza: en 1789 había en Marsella 12 refinerías de azúcar, casi tantas como en Burdeos.

En los primeros años este comercio se había llevado a cabo en barcos construidos en el extranjero o propiedad de otros países. Pero hacia 1730 la burguesía marítima empezó a convertirse en armadora. En 1778 los armadores de Burdeos construyeron siete navíos, en 1784 construyeron 32, un total de 115 a lo largo de los seis años. Un armador de Marsella, Georges Roux, pudo aparejar una flota costeada con recursos propios para vengarse de la flota británica y de las exacciones que había cometido.

Nantes, Burdeos y Marsella eran los centros principales de la burguesía marítima, pero Orleáns, Dieppe, Bercy-Paris, una docena de grandes ciudades, refinaban azúcar en bruto y compartían todas las industrias subsidiarias.[14] Una gran parte del cuero que se trabajaba en Francia procedía de Santo Domingo. La floreciente industria algodonera de Normandía obtenía en parte su algodón bruto de las Indias Occidentales, y el comercio del algodón daba ocupación en todas sus ramificaciones a la población de más de un centenar de ciudades francesas. En 1789 los

intercambios con las colonias americanas ascendían a 296 millones. Francia exportaba a las islas 78 millones en harina, carnes saladas, vinos y mercancías varias. Las colonias enviaban a Francia 218 millones en azúcar, café, cacao, madera, índigo y cuero. De los 218 millones importados sólo 71 millones eran consumidos en Francia. El resto era exportado una vez elaborado. Las colonias representaban un valor acumulado de 3.000 millones y, según los cálculos, de ellas dependía la subsistencia de entre dos y seis millones de franceses. Hacia 1789 Santo Domingo era el mercado del nuevo mundo. Acogía en sus puertos a 1.587 navíos, un número superior al de Marsella, y sólo Francia utilizaba para el comercio con Santo Domingo 750 grandes navíos que daban empleo a 24.000 marineros. En 1789 las exportaciones británicas ascendían a 27 millones de libras, las de Francia a 17 millones de libras, y de éstas, 11 millones de libras correspondían al comercio con Santo Domingo. El comercio colonial británico en su conjunto sólo representó durante ese año cinco millones de libras.[15]

La burguesía marítima no quería ni oír hablar de cambio alguno en el sistema exclusivista. El ministerio y el gobierno estaban a lo que la burguesía dijese, y no sólo se negó a los colonos el permiso para comerciar con países extranjeros, sino que también se prohibió la circulación de moneda francesa en las islas, con excepción de la divisa más pequeña, no fuera que los colonos la utilizasen para adquirir mercancías extranjeras. En 1774 su endeudamiento alcanzaba los 200 millones, y hacia 1789 se calculaba entre 300 y 500 millones.[16] Si los colonos se quejaban del sistema exclusivista, la burguesía se quejaba de que los colonos no pagaban sus deudas, y presionó para que se tomasen medidas más estrictas contra el contrabando.

Por rica que fuese la burguesía francesa, el comercio colonial la sobrepasaba. Los burgueses de Inglaterra, los más prósperos comerciantes de esclavos, vendieron miles de esclavos de contrabando cada año a los colonos franceses y en particular a Santo Domingo. Pero aun cuando vendiesen los esclavos a Santo Domingo, los británicos observaban el progreso de esta colonia con inquietud y con envidia. Tras la independencia de los Estados Unidos en 1783, esta sorprendente colonia francesa tomó repentinamente tal impulso que casi dobló su producción entre 1783 y 1789. Sólo en esos años Burdeos invirtió cien millones en Santo Domin-

go. La burguesía británica era la gran rival de la francesa. Durante todo el siglo XVIII combatieron entre sí en todos los lugares del mundo. Los franceses se habían unido jubilosos a la empresa de expulsarlos de Norteamérica. Santo Domingo era ahora sin comparación posible la mejor colonia del mundo y sus posibilidades parecían ilimitadas. La burguesía británica investigó la nueva situación de las Indias Occidentales y, sobre la base de lo que vio, preparó una bomba de relojería para sus rivales. Sin esclavos, Santo Domingo estaba condenada. Las colonias británicas disponían de suficientes esclavos para todo el comercio que jamás pudiera llevarse a cabo. Con lágrimas deslizándose por las mejillas a causa de esos pobres y sufridos negros, aquellos burgueses británicos que no tenían intereses en las Indias Occidentales escenificaron una llantina colosal, abogando por la supresión del comercio de esclavos.

Una venal ralea de especialistas, halagadores aprovechados de la vanidad nacional, ha conspirado para esconder la verdad en lo que se refiere a la abolición. Hasta 1783 la burguesía británica había dado el comercio de esclavos por supuesto. En 1773, y una vez más en 1774, la Asamblea de Jamaica, temerosa de la insurrección y persiguiendo un aumento de los ingresos, fiscalizó la importación de esclavos. Tremendamente encolerizado el Consejo de Comercio británico desautorizó las medidas y comunicó al gobernador que sería despedido si refrendaba cualquier proyecto de ley en ese sentido.[17] Personas bien intencionadas se referían a la iniquidad de la esclavitud y del comercio de esclavos, del mismo modo que personas bien intencionadas hablaban en 1938 sobre el problema de los indígenas en África o la miseria de los campesinos hindúes. El doctor Johnson brindó por la inminente insurrección de los esclavos en las Indias Occidentales. Descarriados parlamentarios presentaron proyectos de ley para la abolición del comercio de esclavos que la Cámara de los Comunes rechazó sin mayores complicaciones. En 1783 lord North impugnó una demanda contra el comercio:[18] la petición honraba sentimientos cristianos y la humanidad compartida, etc., etc., pero el comercio era necesario. Con la pérdida de los Estados Unidos, sin embargo, surgió una nueva situación.

Los ingleses descubrieron que con la abolición del sistema mercantil con los Estados Unidos salían ganando en lugar de perdiendo. Fue la primera gran lección sobre las ventajas del libre comercio. Pero si los bri-

tánicos ganaban, las Indias Occidentales británicas sufrían. La emergente burguesía industrial vio el camino despejado para el libre comercio y una mayor explotación de la India, empezó a abusar de las Indias Occidentales, denominándolas "rocas estériles",[19] y planteó si el interés y la independencia de la nación debían ser sacrificados a 72.000 amos y 400.000 esclavos.[20]

La burguesía industrial estaba iniciando su victorioso ataque al monopolio agrícola que culminaría en la impugnación de las leyes del maíz de 1846. Los productores de azúcar de las Indias Occidentales eran monopolistas cuyos métodos de producción garantizaban un objetivo fácil, y Adam Smith[21] y Arthur Young[22], los precursores de la nueva era, condenaron el principio total del trabajo esclavo definiéndolo como el más caro del mundo. Además, ¿por qué no obtener azúcar de la India? La India, tras la pérdida de los Estados Unidos, asumía un nuevo protagonismo. Los británicos experimentaron con el azúcar en Bengala, los informes fueron magníficos y en 1791 llegaba el primer cargamento.[23] En 1793 el señor Randle Jackson impartía a los accionistas de la empresa un pequeño sermón sobre la nueva orientación. "Parecía como si la Providencia, al expulsarnos de América, no pudiera dejar a su pueblo favorito sin un sustituto generoso; o quién no diría que la Providencia no habría apartado de nosotros un miembro para impresionarnos más gravemente con el valor de otro."[24] Tal vez no era buena teología, pero sí era buena economía. Pitt y Dundas vieron la oportunidad de capturar el mercado continental de Francia por medio del azúcar de la India. Había algodón e índigo. La producción de algodón en la India se duplicó al cabo de unos pocos años. En la India el coste del trabajo se reducía a un penique por día.

Pero los intereses creados de las Indias Occidentales eran fuertes, los hombres de Estado no actúan meramente de manera especulativa, y estas posibilidades por sí mismas no hubiesen justificado ningún cambio repentino en la política británica. Fue el milagroso crecimiento de Santo Domingo lo que resultó decisivo. Pitt descubrió que aproximadamente el 50% de los esclavos importados hacia las islas británicas eran vendidos a las colonias francesas.[25] Era el comercio de esclavos británico, por tanto, el que estaba incrementando la producción colonial francesa y poniendo el mercado europeo en manos francesas. Gran Bretaña se estaba degollando a sí misma. E incluso los beneficios de estas exportaciones no tenían

visos de durar. Ya unos pocos años antes los comerciantes de esclavos habían sufrido pérdidas de 700.000 libras en un año.[26] Los franceses, deseosos de surtirse de sus propios esclavos, estaban infiltrándose en África e incrementando su cuota comercial cada año. ¿Por qué habrían de continuar comprando a Gran Bretaña? Holanda y España hacían lo mismo. En 1786 Pitt, discípulo de Adam Smith, había visto la luz con claridad. Pidió a Wilberforce que emprendiese la campaña.[27] Wilberforce representaba la importante jurisdicción de Yorkshire, tenía una gran reputación, toda la humanidad, justicia, apego al carácter nacional, etc., etc., sonaría bien en sus labios. Pitt tenía prisa, era importante detener totalmente el comercio rápida y enérgicamente. Los franceses no disponían ni del capital ni de la organización para paliar adecuadamente la deficiencia de inmediato y con un solo golpe conseguiría arruinar a Santo Domingo. En 1787 advirtió a Wilberforce que si no conseguía que se aprobase la moción, *otro sí* lo conseguiría,[28] y en 1788 informó al Gabinete que no permanecería en él con aquellos que se opusiesen.[29] Pitt estaba bastante seguro del éxito en Inglaterra. Con auténtica flema británica intentó persuadir a los gobiernos europeos para que aboliesen el comercio apelando a su inhumanidad. El gobierno francés discutió la propuesta amigablemente, pero hacia mayo de 1789 el embajador británico escribió con tristeza que parecía como si todas las negociaciones con el gobierno francés no sirviesen sino "para cumplimentarnos y tenernos felices y contentos".[30] Los holandeses, menos corteses, respondieron con una abrupta negativa. Pero en ese momento Pitt tuvo un gran golpe de suerte. Francia empezaba a convulsionarse bajo efecto de ataques prerrevolucionarios contra todos los abusos evidentes y un año después de que se hubiese formado en Gran Bretaña la Sociedad Abolicionista, un grupo de liberales franceses, Brissot, Mirabeau, Pétion, Condorcet, el abate Grégoire, todos los grandes nombres de los primeros años de la revolución, siguieron el ejemplo británico y formaron una sociedad, los Amigos del Negro. El líder espiritual era Brissot, un periodista que había visto con sus propios ojos la esclavitud en los Estados Unidos. La sociedad tenía por objetivo la abolición de la esclavitud, publicaba un periódico y provocaba agitaciones. Esto le venía de perlas a los británicos. Clarkson fue a París para estimular "las energías adormecidas"[31] de la sociedad, donó su dinero y suministró a Francia propaganda británica contra la esclavitud.[32] Pese a los nombres que llegarían a ser tan famosos y al amplio número de participantes, debemos

cuidarnos de pensar que los Amigos del Negro representaban una fuerza. Los colonos los tomaban en serio, la burguesía marítima no. Fue la Revolución Francesa la que, con inesperada rapidez, apartaría a estos elocuentes franceses de la estimulante excitación de la propaganda filantrópica para enfrentarlos cara a cara con la realidad económica.

Éstas eran pues las fuerzas que en la década previa a la Revolución Francesa vinculaban a Santo Domingo con el destino económico de tres continentes y con los conflictos sociales y políticos de esa época grávida. Un comercio y un método de producción tan cruel e inmoral que se debilitaría bajo los efectos de la publicidad que una gran revolución arroja sobre las fuentes del bienestar; el poderoso gobierno británico determinado a hundir el comercio francés en las Antillas, provocando agitaciones a domicilio e intrigando en Francia con individuos que, sin presentirlo, pronto tendrían el poder en sus manos; el mundo colonial (dividido en sí mismo) y la burguesía francesa, cada uno empeñado en sus propios fines e, inconscientes del peligro inminente, separándose en lugar de uniéndose. No era necesario un líder audaz sino muchos líderes audaces, pero la ciencia de la historia no era lo que es hoy y ningún ser viviente podía predecir, como hoy podemos predecir, las convulsiones inminentes.[33] Mirabeau dijo, eso sí, que los colonos estaban durmiendo en las faldas del Vesubio, pero algo parecido venía diciéndose desde hacía siglos y los esclavos nunca habían hecho nada.

¿Cómo podría nadie temer por una colonia tan maravillosa? La esclavitud parecía eterna y los beneficios aumentaban. Nunca antes, y tal vez nunca después, había visto el mundo nada tan deslumbrante en proporción como los últimos años del Santo Domingo prerrevolucionario. Entre 1783 y 1789 la producción casi se duplicó. Entre 1764 y 1771 la importación media de esclavos osciló entre diez y quince mil. En 1786 fueron 27.000 y desde 1787 en adelante la colonia recibía más de cuarenta mil esclavos cada año. Pero la prosperidad económica no es garantía de estabilidad social, la cual descansa en el equilibrio siempre variable entre las clases. Fue la prosperidad de la burguesía la que inició la revolución inglesa del siglo XVII. Con cada impulso en la producción la colonia marchaba hacia su perdición.

El enorme aumento en el número de esclavos estaba saturando la colonia de africanos nativos, más resentidos, más intratables, más dispues-

tos a la rebelión que los negros criollos. Del medio millón de esclavos que habitaba en la colonia en 1789, más de dos tercios había nacido en África.

A estos esclavos se los utilizaba para roturar nuevas tierras. No había tiempo para aclimatarse y morían como moscas. Desde los primeros días de la colonia hasta mitad del siglo XVIII se había registrado alguna mejora en el trato dispensado a los esclavos, pero este enorme número de recién llegados a los que había que triturar y aterrorizar con el trabajo y la sumisión incrementó el miedo y la severidad. En 1784 los administradores, que visitaron una tienda de esclavos utilizada en ocasiones para el comercio sustituyendo a la cubierta del barco negrero, dieron cuenta de una espantosa escena de negros muertos y agonizantes arrojados a la basura. En 1788 se produjo el caso Le Jeune. En 1790 De Wimpffen afirma que ningún artículo del Código del Negro estaba siendo respetado. Él mismo había compartido mantel con una mujer, hermosa, acaudalada, muy admirada y que había ordenado arrojar al horno a una cocinera descuidada.

El problema de suministrar alimento a esta creciente población esclava estaba tensando en los términos más amargos el conflicto entre los plantadores y la burguesía marítima a propósito del sistema exclusivista, y con posterioridad a 1783 los plantadores habían forzado una pequeña apertura en la camisa de fuerza que los ceñía. Tras haber saboreado la sangre, pedían más.

Los mulatos educados en París durante la Guerra de los Siete Años habían vuelto a casa, y su educación y sus progresos inflamaron a los colonos de odio, envidia y miedo. Fue durante estos últimos años cuando se promulgaron las leyes más agresivas contra ellos. Sin permiso para ir a Francia, donde aprendían cosas que no les hacían ningún bien, debían permanecer en la isla incrementando de este modo las filas de los descontentos.

Con el aumento del comercio y de los beneficios, el número de plantadores que podían permitirse el lujo de dejar sus propiedades a cargo de administradores aumentó, y hacia 1789, además de la burguesía marítima, había un amplio grupo de propietarios absentistas en Francia vinculados por matrimonio a la aristocracia, y para los que Santo Domingo no era sino una fuente de ingresos dilapidados en la exuberante vida del París aristocrático. Tan lejos habían penetrado estos parásitos en

la aristocracia francesa que en una memoria de Santo Domingo dirigida al rey podía leerse: "Sire, su corte es criolla", sin alejarse demasiado de la verdad.

La prosperidad afectaba incluso a los esclavos. Muchos de ellos podían ahorrar dinero, comprar su libertad, acceder a la tierra prometida.

Éste era el Santo Domingo de 1789, la colonia más rentable que el mundo había conocido; para el ojo del observador, la más próspera y floreciente posesión sobre la tierra; para el analista, una sociedad desgarrada por contradicciones internas y externas y cuya estructura se rompería al cabo de cuatro años en tantos pedazos que no sería posible volver a recomponerlos nunca de nuevo.

Fue la burguesía francesa la que activó el botón. Esta extraña sociedad de Santo Domingo no era más que una abigarrada exageración, una demente caricatura, del Antiguo Régimen de Francia. La burocracia monárquica, incompetente y dispendiosa, no sabía gestionar las finanzas francesas; la aristocracia y el clero desangraban a los campesinos, impedían el desarrollo económico del país, acaparaban los mejores puestos y se consideraban casi tan superiores a los capacitados y vigorosos burgueses como los plantadores blancos se consideraban superiores a los mulatos.

Pero la burguesía francesa también era orgullosa, y ninguno de sus miembros era más orgulloso que la burguesía marítima. Ya hemos visto su riqueza. Sabían que eran el fundamento de la prosperidad del país. Estaban adquiriendo las tierras de la aristocracia. Construían grandes escuelas y universidades, leían a Voltaire y a Rousseau, enviaban sus ajuares a las colonias para que los lavasen y se impregnasen del color y el olor apropiados, enviaban su vino dos o tres veces a las colonias para que se impregnase del sabor adecuado. Ellos, junto a los otros burgueses, se quejaban de sus desventajas sociales; el caótico estado de la administración y las finanzas francesas perjudicaba sus negocios. El duro invierno de 1788 agudizó los problemas hasta el extremo. La monarquía estaba ya en la bancarrota, la aristocracia pujó por recobrar su pasado poder, los campesinos empezaron a rebelarse, y la burguesía entendió que había llegado el momento de gobernar el país de acuerdo con el modelo inglés en colaboración con sus aliados, la aristocracia radical. En la agitación que dio origen a la Revolución Francesa, la burguesía marítima tomó la delantera. La burguesía del Delfinado y de Bretaña, con puertos en Mar-

sella y en Nantes, atacó a la monarquía antes incluso de la apertura oficial de los Estados Generales, y Mirabeau, el primer líder de la revolución, fue el primer diputado por Marsella.

Desde todos los rincones del país afluyeron los *cahiers* o listados de quejas. Pero los franceses, como la gran mayoría de los europeos de hoy en día, tenían demasiadas quejas de por sí como para preocuparse por los sufrimientos de los africanos, y sólo unos pocos listados, principalmente los del clero, solicitaron la abolición de la esclavitud. Los Estados Generales se reunieron. Mirabeau, Pétion, el alcalde de París, el abate Grégoire, Condorcet, todos los miembros de los Amigos del Negro, eran diputados, todos pidieron la abolición. Pero la abolición, para la burguesía marítima, significaba la ruina. Por el momento, sin embargo, los Estados Generales se enfrentaron al rey.

Mientras la burguesía francesa conducía el asalto sobre la monarquía absoluta en Francia, los plantadores les tomaron el relevo en las colonias. Y, como en Francia, las divisiones geográficas de Santo Domingo y su desarrollo histórico moldearon el movimiento revolucionario y la inminente insurrección de los esclavos.

El orgullo de la colonia era la gran Llanura Norte, cuyo puerto principal era Le Cap. Limitada al norte por el océano y al sur por una cadena montañosa que ceñía a la isla en casi toda su extensión, tenía unos 70 kilómetros de largo y entre 20 y 30 kilómetros de ancho. Cultivada desde 1670, estaba cubierta de plantaciones separadas por escasa distancia las unas de las otras. Le Cap era el centro de la vida económica, social y política de la isla. En cualquier movimiento revolucionario, los plantadores de la Llanura Norte y los mercaderes y abogados de Le Cap habrían de ser siempre quienes tomasen la delantera. (Pero las cuadrillas de esclavos de la Llanura Norte, en estrecho contacto e informados con antelación de las diversas alteraciones de la situación política, estaban preparados a su vez para la acción política.)

Muy diferente resultaba la Provincia Occidental, con sus aisladas plantaciones diseminadas a lo largo de extensos territorios. En distritos como Artibonite, Verrettes, Mirabelais y St. Marc había muchos propietarios mulatos, algunos muy ricos.

La Provincia del Sur era una especie de paria, escasamente poblada, con una mayoría de mulatos. El extremo oriental, Cape Tiburón, esta-

ba a sólo 70 kilómetros de Jamaica y aquí el contrabando estaba sólidamente asentado.

A principios de 1788 la Provincia del Norte tomó la delantera. Formó un comité secreto para garantizar su representación en los Estados Generales. En París, el grupo de ricos nobles absentistas formó un comité con la misma finalidad, los dos grupos cooperaron y los nobles de París se negaron a aceptar el veto del rey. A finales de 1788 los colonos convocaron asambleas electorales y eligieron una delegación, algunos de cuyos miembros consistía en aliados de París. En su listado solicitaban la abolición de la justicia militar y la institución de un sistema de administración de justicia civil; toda la legislación y los impuestos que habrían de votarse por las asambleas provinciales estarían sujetos únicamente a la aprobación del rey y de un Comité Colonial con sede en París pero elegido por ellos mismos. Al restringir los derechos políticos a los propietarios de tierra, los plantadores excluían efectivamente a los pequeños blancos que apenas se interesaban por tales agitaciones. De los esclavos y mulatos, ni una palabra. Los esclavos no contaban y los mulatos se aseguraron el permiso de la aterrorizada burocracia para enviar una diputación a París por cuenta propia. Pero un cierto número de plantadores en Francia, y unos pocos en París, el Club Massiac, vieron con desconfianza este deseo de estar representados en los Estados Generales. La agitación a favor de la supresión del tráfico de esclavos en Inglaterra, la propaganda de los Amigos del Negro y el clima revolucionario en Francia los colmaron de oscuros presentimientos. La representación en los Estados Generales de unos pocos diputados no podía lograr nada, atraería todo el resplandor de la publicidad y despertaría el interés político por el estado de la sociedad en Santo Domingo, justamente lo que no deseaban. Pero aunque el grupo pro representación estuviese en minoría, el hecho de tener un objetivo positivo los llenaba de orgullo y confianza. Sus rivales, con mala conciencia y con el único objetivo de evitar problemas, no pudieron oponer ninguna resistencia eficaz. La representación colonial en una asamblea metropolitana era una innovación desconocida hasta entonces, pero los representantes de Santo Domingo, aprovechándose del fermento revolucionario en París, esquivaron las objeciones del rey y del ministro. Formularon una petición a la nobleza que fue acogida con desdén. Pero cuando Luis intentó intimidar al Tercer Estado, y los diputados acudieron a la sala de juego de pelota y juraron que siendo

los representantes del rey nunca levantarían la sesión, Gouy d'Arsy, líder de los colonos, orgullosamente encabezó a este grupo de nobles colonos en dirección a su histórica reunión. Agradecida por este apoyo inesperado, la burguesía lo saludó, y de este modo Francia admitió el principio de la representación colonial. Llenos de confianza estos propietarios de esclavos pidieron 18 escaños, pero Mirabeau se volvió irritadamente contra ellos: "Piden una representación proporcional al número de habitantes. Los negros libres son propietarios y pagan impuestos, y sin embargo aún no tienen derecho a voto. Y en cuanto a los esclavos, o bien son hombres o bien no; si los colonos los consideran hombres, liberémoslos y que sean electores y con opción a obtener escaño; si el caso es el contrario, ¿hemos tenido en cuenta, al nombrar diputados conforme a la población de Francia, el número de nuestros caballos y nuestras mulas?".

A Santo Domingo se le concedieron seis diputados. En menos de cinco minutos el gran orador liberal había planteado certeramente en palabras inolvidables y ante los oídos de toda Francia el caso de los Amigos del Negro. Los representantes de Santo Domingo comprendieron al fin lo que habían hecho; habían ligado la fortuna de Santo Domingo a la asamblea de un pueblo revolucionario y desde ese momento la historia de la libertad en Francia y de la emancipación esclava en Santo Domingo es única e indivisible.

Desconocedores de estos portentosos acontecimientos, los colonos de Santo Domingo iban de victoria en victoria. Como en Francia, los últimos meses de 1788 habían sido duros en Santo Domingo. Francia había tenido que prohibir la exportación de grano, y en estas circunstancias el sistema exclusivista se convertía en una imposición tiránica que amenazaba a la isla con la hambruna. El gobernador abrió ciertos puertos a los barcos extranjeros; el intendente, Barbé de Marbois, se mostró a favor de las primeras y pequeñas aperturas, pero se negó a sancionar otras. El asunto llegó al Consejo del Rey, que repudió al gobernador, volvió a llamarlo y nombró un nuevo gobernador, mientras los colonos pedían la cabeza del intendente. Tal era la situación cuando un día de septiembre un barco ancló en el puerto, y el capitán, acercándose velozmente hasta la orilla, bajó corriendo por las calles de Le Cap, anunciando los sucesos del 14 de julio. El rey había tomado medidas para dispersar por la fuerza la Asamblea Constituyente, y las masas de París, armadas por sus propios medios, habían tomado la Bastilla como símbolo de reacción feudal. La gran Revolución Francesa acababa de empezar.

III
PARLAMENTO Y PROPIEDAD

Casi todos los criollos de Santo Domingo ostentaban la escarapela roja, y los agitadores más notorios eran los plantadores fuertemente endeudados con la burguesía marítima. La milicia fue transformada en una Guardia Nacional a imitación de las Guardias Nacionales de la Francia revolucionaria. Los colonos se otorgaron para sí uniformes llamativos y decoraciones militares, se nombraron capitanes, brigadieres y generales. Lincharon a los pocos que les plantaron cara abiertamente y, no encontrando enemigo al que oponerse, se inventaron uno. Un destacamento de la Guardia Nacional abandonó Le Cap para enfrentarse a unos negros rebeldes y, tras perseguirlos cansinamente durante horas, volvió a la ciudad con uno de sus integrantes mortalmente herido, no por negros rebeldes (e inexistentes) sino por las balas de uno de sus compañeros. Cuando estalló la sublevación, dos años más tarde, sus primeros jefes fueron los negros que habían servido como guías en esta estúpida incursión.

Para evitar el linchamiento, Barbé de Marbois y algunos de los burócratas menos populares huyeron a Francia y el Comité Provincial, en desafío al gobernador, reclamó competencias normativas e inició los preparativos para unas elecciones en la Provincia del Norte. En enero de 1790 el ministerio concedió autorización para formar una Asamblea Colonial, y tres organismos provinciales convocaron dicha Asamblea en la ciudad de St. Marc.

De Peynier, el gobernador, era un hombre viejo y cansado, pero hasta un hombre enérgico se hubiese visto en aprietos. Y es que la monarquía absoluta, paralizada por la revolución en París, no podía seguir apoyando a sus representantes en las colonias. Apenas tuvieron noticia de la toma de la Bastilla, los pequeños blancos abandonaron a la burguesía, su aliada, y se unieron a la revolución. Sólo había una esperanza para los burócratas: los mulatos, y el gobernador dio instrucciones a los comandantes de distrito para que adoptasen una nueva postura frente a ellos. "Resul-

ta más necesario que nunca evitar todo aquello que pueda ofenderlos, animarlos y darles el mismo trato que a los amigos y a los blancos."[1] El prejuicio racial daba el toque de retirada. Por triste que resulte, así es como avanza la humanidad. Los oradores de los aniversarios, los historiadores, se encargan de servir la prosopopeya y las florituras.

El plan surtió magníficos resultados y los mulatos, por simple instinto defensivo frente a la violencia criminal de los pequeños blancos y los revolucionarios, prestaron un apoyo generalizado a la burocracia leal al rey y al ejército. La codicia fortificó los prejuicios. Al iniciarse la agitación, cuando los blancos ricos estaban al frente del movimiento, habían dado muestras de apertura hacia los mulatos ricos. Pero la entrada de los pequeños blancos alteró por completo esta tendencia. Los airados (y muy endeudados) políticos que encabezaban ahora la revolución en Santo Domingo y los pequeños blancos carentes de propiedades deseaban exterminar a los mulatos y confiscar sus propiedades. Sólo había 30.000 blancos. Mulatos y negros libres rondaban una cifra parecida, y aumentaban en mucha mayor proporción que los blancos. Resentidos a causa de la persecución, denominaron a los blancos intrusos y se denominaron a sí mismos patriotas. Los revolucionarios hicieron correr la voz de que, a menos que se mantuviera a raya a los mulatos, pronto superarían en número a los blancos y los expulsarían de la colonia. Y ahora los mulatos se habían unido a la contrarrevolución.

Casi a final de año llegaron noticias del triunfo de los mulatos en París. El 22 de octubre habían sido recibidos por la Asamblea Nacional y el presidente había manifestado, en respuesta a su petición, que ningún sector de la nación solicitaría en vano sus derechos a los representantes del pueblo francés reunido en asamblea. El 4 de diciembre, una de las luminarias de la revolución en ese momento, el conde Charles de Lameth, llevado de su entusiasmo revolucionario pronunció las siguientes palabras: "Soy uno de los grandes propietarios de Santo Domingo, pero declaro que preferiría perder todo cuanto poseo antes que violar los principios consagrados por la humanidad y la justicia. ¡Me declaro a favor de admitir a los mestizos en las asambleas administrativas y a favor de la libertad de los negros!". No sólo derechos políticos para los mulatos sino también la abolición de la esclavitud. Al conocer estos hechos, el Santo Domingo blanco montó en cólera. ¿Cómo podían saber que estas pala-

bras habían sido pronunciadas a la manera de Pickwick; que Lameth, un liberal de derechas, sería al fin uno de los más tenaces enemigos tanto de los derechos políticos de los mulatos como de la abolición? Empezaron a aterrorizar a los mulatos.

Lacombe, un mulato, solicitó para los suyos derechos políticos y sociales. Los blancos de Le Cap lo ahorcaron inmediatamente: alegaron que al encabezar su petición con la frase "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" se había apartado de la fórmula establecida. El señor de Baudière, un senescal de blancos cabellos, elaboró una petición moderada a favor de algunos mulatos que pretendían mejorar su situación. Los blancos de los distritos cercanos lo lincharon, pasearon su cabeza en el extremo de una pica y mutilaron vergonzosamente su cuerpo difunto. Los cabecillas de estos terrores eran los pequeños blancos: organizadores y capataces de las plantaciones y la masa ciudadana. En algunas parroquias del norte, los plantadores blancos habían convocado a los mulatos para las asambleas primarias. Los pequeños blancos impugnaron su celebración, y su ejemplo se difundió gradualmente por la geografía del país donde estos pequeños blancos disfrutaban el privilegio de tomar parte en asambleas de las que estaban excluidos los prósperos propietarios de color. Una asamblea primaria de la Provincia Occidental proclamó incluso que no debía permitírsele a hombres de color prestar el juramento cívico si no se añadía a la fórmula general la promesa de que respetarían a los blancos.

Los mulatos de Artibonite y Verrettes, prósperos y numerosos, se negaron a tomar ningún juramento de este tipo e invitaron a unirse en la insurrección a sus hermanos repartidos por toda la isla. Los blancos agruparon todas sus fuerzas y el levantamiento quedó abortado. Pero los plantadores más ricos reaccionaron ante esto completamente aterrados. Los jefes mulatos lograron huir y el número de arrestados fue muy escaso. Pese al clamor estridente de los pequeños blancos, los plantadores ricos se abstuvieron de cualquier tipo de represalias. A los plantadores de todo el país, y especialmente a los de la Provincia Occidental, empezó a inquietarles el comportamiento de los pequeños blancos. Antaño respetuosos, les había halagado durante un cierto tiempo que los tratasen como iguales. Pero seguían presionando, ansiosos por poner la revolución al servicio de su ambición de convertirse en funcionarios y amos. En las elecciones para la nueva asamblea se sirvieron de la intimidación y la violencia hacia

los blancos ricos para obtener mayorías. Los plantadores ricos comenzaron a escorarse hacia la autoridad real tan odiada hasta entonces, así como hacia un pacto con la otra casta de propietarios de esclavos, los mulatos ricos. La noticia de la toma de la Bastilla había llegado a Santo Domingo en septiembre. Ahora, apenas seis meses después, en vista de los pequeños blancos revolucionarios y de los revolucionarios extremistas de la Asamblea Colonial, el Santo Domingo opulento se puso de parte de los burócratas e inició el acercamiento hacia los mulatos ricos. Dios indudablemente había dispuesto que la sangre negra era inferior a la blanca, el exclusivismo era una imposición monstruosa, la burocracia era un lastre. Pero estos propietarios de cientos de esclavos ya estaban preparados para correr un tupido velo sobre esas centenarias evidencias de su casta, en vista de los peligros que presentían en el futuro.

La Asamblea Colonial, afirma Deschamps, se consideraba sinceramente una Asamblea Constituyente a pequeña escala. Pero los blancos provincianos de Santo Domingo no tenían el menor rescoldo del sentimiento exaltado que, en otras latitudes, había impulsado a la burguesía revolucionaria a dignificar su toma del poder con la Declaración de Independencia o de los Derechos del Hombre. No perdieron un segundo en esto pero asestaron golpe tras golpe al exclusivismo, repudiaron el control de la Asamblea Nacional y reservaron su respeto únicamente para el rey. Es aquí sin embargo donde empezaron sus problemas.

La Asamblea de la Provincia del Norte estaba integrada principalmente por abogados y comerciantes de Le Cap que representaban los grandes intereses financieros y comerciales de la burguesía marítima. Cualquier ruptura con Francia significaba la ruina para ellos. Con esta nueva constitución, los habitantes de St. Marc tendrían la última palabra en relación con los millones de francos que le adeudaban a Francia. Y cuando la Asamblea de St. Marc aprobó un decreto condenando la usura de los comerciantes y abogados de Le Cap, la Asamblea Provincial del Norte (por razón obviamente del más elevado patriotismo) rompió inmediatamente con St. Marc y retiró a sus miembros. Pero aunque se oponían a la Asamblea de St. Marc, los hombres de la Llanura del Norte eran también burgueses, vinculados a la burguesía marítima de Francia y, por tanto, favorables a la revolución y enemigos de la burocracia real. Santo Domingo contaba en consecuencia con tres partidos blancos: la burocracia monár-

quica, o en otras palabras la contrarrevolución, y cada vez más fuerte a medida que los plantadores ricos se apartaban de la Asamblea de St. Marc; la misma Asamblea de St. Marc, los patriotas como se calificaban a sí mismos; y la Asamblea Provincial del Norte, atenta a ambos bandos pero por el momento favorable al gobierno como vínculo con Francia. Los tres despreciaban a los bastardos mulatos, y los tres los necesitaban. La Asamblea Provincial del Norte había comenzado por mostrar signos de apertura hacia ellos. La burocracia monárquica cultivaba abiertamente buenas relaciones. La Asamblea de St. Marc daba ahora los primeros pasos a la espera de apoyo en la lucha por la independencia.[2] Los mulatos no les prestaban atención y en consecuencia los patriotas volvieron a reafirmarse en la creencia de que la libertad para los hombres de color era contraria a las leyes de Dios y de los hombres y debían ser exterminados. Enzarzados en este clima feroz, hasta ellos llegó el decreto del 8 de marzo, aprobado por la Asamblea Constituyente francesa.

La burguesía francesa estaba condenada a enfrentarse con el problema colonial más pronto o más tarde, pero lo demoró tanto tiempo como pudo.

En septiembre de 1789, la delegación mulata acudió al Club Massiac y solicitó el apoyo de los blancos para los derechos que pretendían recabar de la Asamblea Nacional. El Club Massiac desestimó la petición. Pero estos plantadores también deseaban la independencia y secretamente intentaron hacer tratos con Raimond, el líder mulato: derechos para los mulatos a cambio de apoyo a la independencia.[3] Raimond se negó. Ahora todo dependía de la Asamblea Nacional. Pero los blancos de las colonias juraban que la concesión de los derechos a los mulatos significaba la ruina de las colonias y la burguesía no deseaba la ruina colonial. De pronto las masas de París irrumpieron en la escena política, otorgaron un fundamento inconmovible a sus reivindicaciones y terminaron de completar la confusión colonial de la burguesía.

La toma de la Bastilla el 14 de julio había hecho algo más que intimidar al rey y a la corte. Había atemorizado a la burguesía, que se apresuró a formar una Guardia Nacional de la que estaban estrictamente excluidos los pobres. Pero la burguesía se apresuró a sacar también partido del golpe asestado a la monarquía. Formuló la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, defendiendo que todos los hombres habían nacido libres e iguales y aboliendo para siempre las distinciones

estamentales del feudalismo. La Constituyente votó el borrador final casi por unanimidad, pero el rey no firmó y organizó en secreto la contrarrevolución. Noticias de todo esto llegaron a París y las masas, las mujeres sobre todo, emprendieron la marcha hacia Versalles. Confiando aún en el rey lo llevaron a París (lejos, pensaban, de sus pérfidos asesores) y la Asamblea fue con él. Presionado una y otra vez no por la burguesía, sino por el pueblo, el rey terminó firmando. Esto ocurría a principios de octubre y una quincena más tarde, el 22 de ese mes, los mulatos comparecían ante una asamblea en la que aún resonaban los ecos de la famosa declaración y reclamaron los Derechos del Hombre. La burguesía no supo qué hacer, qué decir. Raimond, su líder, era un distinguido abogado de París; Ogé era miembro de los Amigos del Negro y también era amigo del abate Grégoire, de Brissot, del marqués de Condorcet y de toda esa ilustre partida. Era tal su talento que se decía de él que no había posición a la que no pudiese aspirar. ¿Cómo podía una asamblea que acababa de aprobar los Derechos del Hombre negarse a liberar a estos hombres de las injusticias cometidas contra ellos? Basaron sus demandas no en abstracciones sino en su riqueza y ofrecieron seis millones como activo para la deuda nacional. Era un caso irresoluble, y el presidente les dio una calurosa si bien prudente bienvenida. Pero los colonos de París rechazaban todo esto por completo. Amenazaron a la burguesía con el espectro de la revuelta de los esclavos, por un lado, y con su propia independencia por el otro, y la burguesía marítima, temerosa de sus inversiones millonarias y su comercio, se ruborizó y se apresuró a guardar la Declaración de los Derechos del Hombre en sus bolsillos cada vez que se planteaba la cuestión colonial. Para su desgracia, la burguesía no era homogénea y el ala radical en el Parlamento abrazó la causa de los mulatos. La Asamblea, hasta entonces unánime en lo que a los Derechos del Hombre se refería, se dividió en dos, la extrema derecha y la extrema izquierda, con los indecisos de por medio.

A la derecha estaban los diputados coloniales, los propietarios absentistas, los agentes de los colonos y los representantes de la burguesía marítima en todas sus ramificaciones. Los colonos buscaban la independencia, o al menos un amplio grado de autonomía, con el objetivo de abolir el sistema exclusivista y liberarse de la burocracia monárquica. La burguesía marítima, codo a codo con éstos en su ataque a la burocracia, estaba decidida a retener lo más posible del sistema exclusivista. Ambas partes

estaban de acuerdo en la necesidad de lo que denominaban "orden" en las colonias, y los colonos, como buenos conocedores, decían que el "orden" sólo podría mantenerse si se mantenía a los mulatos en su sitio. En la Asamblea los diputados coloniales hablaron lo menos posible, se abstuvieron en todas las resoluciones, postergaron todo debate relativo a las colonias, acusaron a los Amigos del Negro de servir a intereses extranjeros, negaron que los mulatos y los negros libres sufrieran perjuicios y prometieron que los agravios sufridos por los mulatos y los negros libres serían suprimidos en las asambleas coloniales. Conspiraron con la burguesía marítima para impedir el retorno de los mulatos y los negros a Santo Domingo, y extendieron incluso esta prohibición a los blancos que simpatizaban con la causa de los mulatos. Cuando se formularon quejas al ministro, éste respondió que no había impartido orden alguna que prohibiese embarcarse libremente pero que carecía de autoridad para poner fin a esta obligación. No sería la última vez en la historia en que la contrarrevolución y los bandos más opulentos de la revolución coincidiesen sobre una posición común a propósito del problema colonial.

En el otro lado estaban los radicales, humanitarios y filósofos, los intelectuales de la época, encabezados por los Amigos del Negro. Considerados como soñadores y nada pragmáticos, la solución que proponían, derechos para los mulatos y progresiva abolición de la esclavitud, hubiese servido mejor a los intereses de Francia y, como el tiempo llegaría a demostrar, de los mismos colonos. Pero ¿cuándo ha prestado la propiedad oídos a la razón, salvo bajo la coacción de la violencia? Frente a la riqueza, los contactos y el compadreo sin escrúpulos de los intereses creados, hasta los propagandistas radicales estaban desamparados. Su energía radicaba en las masas, y las masas de París no se interesaban aún por la cuestión colonial, aunque prestaron apoyo generalizado a las demandas de los mulatos.

Pero a excepción de unas cuantas iniciativas poco entusiastas de los Amigos del Negro, todos conspiraron para dejar a los esclavos en el olvido.

Al principio la derecha marcó el rumbo que más le interesaba, pero la cuestión colonial causaba continuas divisiones en la burguesía, la forzaba a avergonzarse de sí misma, minaba su moral y debilitaba su capacidad para enfrentarse a los grandes problemas internos que la acechaban. Las palabras de Mirabeau tintineaban en los oídos de los colonos, que

deseaban suprimir los problemas coloniales de todo debate general y proponían remitirlos a una comisión colonial constituida por diez comerciantes y diez colonos. La sesión concluyó tumultuosa. El 3 de diciembre se inició un gran debate y la moción favorable a la comisión fue rechazada. Al día siguiente, Charles de Lameth formuló su grandilocuente declaración, y a partir de ese momento se dio por sobrentendido que la concesión de derechos a los mulatos era el primer paso hacia la abolición misma de la esclavitud.

El 30 de enero de 1790, los mulatos, apoyados por los Amigos del Negro, volvieron a formular su petición. "Protestantes, actores, judíos, delincuentes", a todos había concedido la asamblea derechos políticos. Los mulatos, sin embargo, seguían estando excluidos. La asamblea hizo oídos sordos, pero en febrero las noticias que llegaban de Santo Domingo, Martinica y Guadalupe eran tan sombrías que el 2 de marzo la asamblea nombró a una comisión para que examinase los documentos e informase en el plazo de cinco días. Era exactamente lo que perseguían el Club Massiac, los diputados coloniales y la burguesía marítima, y lo tenían todo preparado. La comisión, aparentemente neutral, se componía de doce miembros, diez de los cuales representaban una u otra rama del comercio colonial. Y además los conspiradores nombraron a Barnave como presidente.

Barnave es una de las grandes figuras de la Revolución Francesa. Era burgués hasta la médula, y un abogado de mente fría y calculadora. Para él, una vez que la burguesía había obtenido su Constitución y limitado el derecho a voto, la revolución estaba terminada. Como buen burgués sentía un inmenso respeto por la sangre azul y noble. Intimaba con los Lameth y se alojaba en su casa; a través de ellos entró en estrecha relación con los terratenientes absentistas y con la nobleza del Club Massiac. El Club Massiac no hubiese podido encontrar mejor abogado. Barnave era un reputado polemista y gozaba de popularidad. Aún lo envolvía el aura revolucionaria de unas pocas palabras exaltadas sobre las víctimas de aquellos días de julio. El Club Massiac tenía puestos sus ojos en él desde hacía largo tiempo. En febrero el presidente del club le envió el memorándum sobre la cuestión colonial que Barnave había solicitado, y así fue como, tras ser nombrado el 2 de marzo, para el día 8 de ese mismo mes ya tenía listo su informe. En su alocución de ese día ante la comisión propuso todo aquello que un colono razonable podría desear. Se permitiría

a los colonos elaborar su propia Constitución y modificar el sistema exclusivista, sujetos en ambos casos a la aprobación de la Asamblea Nacional. En el anteproyecto de decreto no se hace referencia a los términos "esclavos" o "mulatos", pues la asamblea no soportaba oírlos. Pero Barnave incluyó a los "colonos y su propiedad" bajo la salvaguardia especial de la nación, y los esclavos formaban parte de la propiedad. El decreto declaraba asimismo culpable de crimen contra la nación a todo aquel que incitase al enfrentamiento con cualquier sector del comercio con las colonias, directo e indirecto. Ésta era una advertencia a los Amigos del Negro y sancionaba con el silencio oficial toda especulación relativa a la abolición del tráfico de esclavos. Arrebatados y en trance ante tanta sabiduría y delicuescencia, los burgueses puntuaron con sus aplausos la lectura del decreto mientras Mirabeau, Pétion y otros diputados de la izquierda que intentaron invocar los Derechos del Hombre eran acallados. Los extremistas de Santo Domingo se opusieron al decreto por considerarlo insuficiente, pero la asamblea los rechazó con desprecio.

Los Amigos del Negro habían sido derrotados, pero se prepararon para el debate sobre las instrucciones que habrían de acompañar el decreto. Barnave no hizo referencia alguna ni en su discurso introductorio ni en las instrucciones mismas a la candente cuestión de los derechos de los mulatos y de los negros libres. La asamblea pugnaba enérgicamente por obviar este espinoso problema, pero el abate Grégoire rompió la conspiración del silencio. El artículo 4 de las instrucciones otorgaba el voto a "todas las personas" de 25 años de edad que cumpliesen ciertos requisitos de propiedad y residencia. Grégoire manifestó que, a su entender, esto incluía a los mulatos. Un diputado de Santo Domingo protestó. Otro diputado sugirió cerrar la discusión. De Lameth, el mismo que se había manifestado tan ruidosamente tres meses antes, convino en que la "desatinada propuesta" de Grégoire no era merecedora de discusión y la asamblea decidió no discutirla. La burguesía no se enfrentaría a la cuestión, envió este ambiguo decreto a Santo Domingo y rezó para que todo saliese bien.

El decreto del 8 de marzo provocó rugidos de cólera en los revolucionarios de St. Marc. El artículo 4 decía personas, y ellos demostraban que los mulatos no eran personas: si personas quería decir hombres, entonces el decreto debía incluir a los esclavos. Otorgar derechos a estos mulatos implicaría firmar el propio certificado de defunción, ya que

estos amigos de la burocracia contrarrevolucionaria entrarían de lleno a una nueva asamblea. Juraron que nunca concederían derechos políticos a una "raza bastarda y degenerada" y pusieron en marcha otra campaña de terror contra los mulatos. Pero los burócratas empezaban a envalentonarse. Muchos diputados de St. Marc empezaban a renunciar a su cargo, indignados por las pretensiones de sus colegas y temerosos de las consecuencias. De los 212 de un principio sólo quedaba la mitad. Sintiéndose cada vez más respaldados, los monárquicos decidieron acabar con la revolución en Santo Domingo, y De Mauduit, comandante de las tropas, marchó contra los patriotas.

La Asamblea de St. Marc carecía de fuerza a la que recurrir. En el puerto de Puerto Príncipe había un barco, el *Léopard*, cuya tripulación había sido ganada para la causa del Partido Patriota por la Municipalidad. Indefensos ante las tropas de De Mauduit y amenazados por la aniquilación, 85 patriotas, 64 de los cuales eran padres de familia, decidieron embarcarse en el *Léopard* y partir hacia Francia para presentar sus argumentos personalmente. La burocracia, ostentando la blanca escarapela monárquica, siguió controlando el territorio durante algún tiempo y todas las partes decidieron aguardar a que Francia se pronunciase. Ahora bien, todos aprovecharon entretanto para afilar sus cuchillos. La justicia política, estaba claro, se hallaba del lado del ejército más fuerte. A los mulatos, los triunfantes burócratas les prohibieron utilizar la blanca escarapela real. Rechazados en Francia, humillados en su patria, los mulatos organizaron una revuelta. Fue la querella entre burguesía y monarquía la que lanzó a las masas parisinas a la esfera política. Fue la querella entre blancos y mulatos la que terminó por despertar de su letargo a los esclavos.

Si no instigado por los Amigos del Negro, sí al menos con su consentimiento, Ogé abandonó París para ponerse al frente de la insurrección en Santo Domingo. Y en la tarea contó con la ayuda y el apoyo nada más y nada menos que de Clarkson.[4]

Ogé viajó en secreto a Londres donde fue recibido por Clarkson.[5] Allí obtuvo dinero y cartas de recomendación para adquirir armas y municiones en los Estados Unidos. Desembarcó en Santo Domingo el 21 de octubre de 1790 y, en compañía de su hermano y de Chavannes, uno de los muchos mulatos que había combatido en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, elevó el estandarte de la revolución.

Pero Ogé era un político y sus dotes no eran las adecuadas para la tarea que tenía por delante. Miles de mulatos estaban a la espera de la señal del líder. En lugar de esto pronunció dos sonoras proclamas, no para sus seguidores, sino para las autoridades de Le Cap, pidiéndoles que promulgasen el decreto del 8 de marzo. En lugar de amenazarlos con un alzamiento de los esclavos, buen liberal como era, les garantizó por adelantado que no era ésa su intención y apeló a los intereses comunes de los blancos y de los mulatos propietarios de esclavos. Ogé no cometió crimen alguno, pero Chavannes masacró a algunos blancos. Las escarapelas rojas y blancas agruparon sus fuerzas. Las fuertes lluvias e inundaciones impidieron que los mulatos de todo el país se concentrasen. Pero el impetuoso Ogé se lanzó al frente de varios centenares de hombres sobre Le Cap. Derrotado, huyó junto con algunos compañeros hacia territorio español, de donde fue extraditado.

Los blancos torturaron a Ogé y a sus compañeros a lo largo de un juicio que duró dos meses. Los condenaron a ser conducidos por el verdugo hasta la puerta principal de la iglesia parroquial, sin sombrero y en camisa, y de rodillas allí, con una soga alrededor del cuello y con candiles en las manos, fueron obligados a confesar sus crímenes y pedir perdón, tras lo cual los llevaron a la plaza de los desfiles donde les rompieron brazos, piernas y codos en un potro, los ataron a continuación sobre ruedas, de cara al sol, para permanecer así expuestos hasta que a Dios le pareciese bien mantenerlos vivos. Posteriormente serían decapitados, y sus bienes y propiedades confiscados. Hasta en la muerte debía mantenerse la división racial. La sentencia especificaba que debían ser ejecutados en el lado de la plaza opuesto a aquel donde se ejecutaba a los blancos. Chavannes el soldado escuchó la sentencia en silencio, pero Ogé no pudo resistirlo y suplicó clemencia. Dos días después, el hermano de Ogé sufría el mismo destino y veintiuna personas más eran ahorcadas. A trece los enviaron a galeras de por vida. La Asamblea Provincial del Norte asistió en pleno a las ejecuciones. El brillante Ogé y sus éxitos en París habían sido el orgullo de todo el Santo Domingo mulato, y la perfidia de este juicio y de esta ejecución se convirtió en un recuerdo irrestañable en la mente de los mulatos.

Fueron las noticias sobre la tortura y muerte de Ogé las que hicieron que Francia entera cobrase conciencia del problema colonial. Hasta ese momen-

to la burguesía francesa no se había visto nunca inquietada por la presión de las masas. La Asamblea Constituyente se negó a aceptar las protestas de los hombres del *Léopard*; disolvió la Asamblea de St. Marc, ordenó elecciones para constituir una nueva asamblea y envió a dos regimientos de tropas para que ayudasen al gobernador. Pero en sus instrucciones seguía dejando el destino de los mulatos en manos de los colonos. Todo el Santo Domingo blanco, tanto el favorable como el contrario a la independencia, estaba unido en una causa común: el mantenimiento de la esclavitud. ¿Derechos para los mulatos? Los que hoy se les concediesen serían derechos para los negros mañana. Se enfrentaron al problema de los mulatos como si representase el primer reducto defensivo de sus preciosas cuadrillas de esclavos. La burguesía francesa se hizo eco de sus puntos de vista, acalló a los Amigos del Negro en el Parlamento, intimidó a los del centro y mantuvo el *statu quo* colonial. Una vez más las masas parisinas rompieron el frente reaccionario e hicieron progresar la revolución.

La gran burguesía había acabado casi por completo con la revolución. La Constitución que había elaborado dividía a las masas en activas, las cualificadas por razón de propiedad, y pasivas: los pobres que habían combatido en las calles. Los distritos, las asociaciones de las masas, fueron abolidos, y la Guardia Nacional burguesa se aplicó a una enérgica vigilancia policial de París. Se encadenó y se amordazó a las masas; y sin las masas, los demócratas radicales eran meras voces. Si el rey y la reina hubiesen sido abstracciones políticas y no seres de carne y hueso, hubiesen vivido y muerto como monarcas constitucionales dotados de inmenso poder. Pero sus concesiones seguían pareciéndoles meramente momentáneas, y sin cesar conspiraban con potencias extranjeras para que interviniesen militarmente. El pueblo lo sabía, como lo sabe siempre en el curso de una revolución, y en abril de 1791 las masas parisinas pasaron una vez más a la ofensiva. El 18 de abril Luis y su familia intentaron abandonar París por Saint-Cloud. Durante dos horas una gran multitud bloqueó el paso del carruaje y la familia real se vio obligada a regresar. Durante esos días turbulentos llegaron las noticias del martirio de Ogé. París, enfebrecido, las saludó con saña revolucionaria. No tardó en representarse una tragedia ante inmensos auditorios en la que Ogé aparecía como un héroe. Cuando el 7 de abril volvió a plantearse la cuestión colonial ante el Parlamento, el abate Grégoire tomó la palabra y solicitó un aplazamiento de cuatro días con objeto de preparar el debate.

Moreau de Saint-Méry se opuso de plano, pidiendo el voto inmediato a la vieja usanza. Pero esto ya no podía funcionar. La propuesta de aplazamiento fue aceptada y se fijó una fecha. La burguesía se enfrentaba al fin cara a cara con el problema colonial.

El debate fue uno de los más agitados que se vivió en la Asamblea Constituyente. Robespierre avivó en los diputados la conciencia del peligroso juego en que incurrían al violar de ese modo los principios mismos en que se fundaba su posición:

"Si sospechase que entre aquellos que se han opuesto a los derechos para los hombres de color hubiese alguno que detestase la libertad y la Constitución, pensaría que sólo perseguían los medios de atacar con fortuna vuestros decretos y vuestros principios. Cada vez que se plantee una cuestión que implica directamente el interés de la metrópoli os dirán: apeláis sin cesar a los Derechos del Hombre pero vosotros mismos creéis tan poco en ellos que habéis santificado constitucionalmente la esclavitud (hubo murmullos en la Asamblea). El interés supremo de la nación y de las colonias reside en que permanezcáis libres y en que no derribéis con vuestras propias manos los pilares de la libertad. Que mueran las colonias (violentas interrupciones) si el precio a pagar por ellas es vuestra felicidad, vuestra gloria, vuestra libertad.[6] Lo repito: que mueran las colonias si el deseo de los colonos es amenazar con forzarnos a decretar aquello más ventajoso para sus intereses. Declaro en nombre de la Asamblea, en nombre de aquellos que no desean derribar la Constitución, en nombre de toda la nación que desea la libertad, que no sacrificaremos a los diputados coloniales ni la nación, ni las colonias ni al resto de la humanidad".

Fue espléndido, pero no era la abolición. Las objeciones de Robespierre iban dirigidas exclusivamente a la palabra esclavitud, no al hecho en sí. Todo conspiraba para que el hecho en sí quedase en silencio, aunque estaba en la mente de todos.

Admitido a hablar en la tribuna de la Asamblea a favor de los suyos, Raimond expuso sumariamente que a los mulatos debían concedérseles derechos de manera que, aliados con los blancos, mantuviesen a los esclavos en su sitio.

Hora tras hora se sucedieron las exposiciones y los argumentos, los abucheos y los aplausos, testimoniando de ese modo la magnitud de los intereses presuntamente en liza y la profundidad de las pasiones

desatadas. Se prolongó cuatro días, con toda la clase política de París buscando posicionarse en un sentido o en otro. Entre los espectadores, los representantes comerciales de la burguesía marítima disfrutaban de asientos reservados. Redactaban notas para los oradores, expresaban gestos de aprobación o disensión, y a causa de su prestigio y experiencia comercial ejercían una inmensa influencia sobre los diputados indecisos o mal informados. Pero todos los organismos populares, los jacobinos, los Amigos de la Constitución, etc., detestaban al Club Massiac y su lamentable propaganda a favor de la esclavitud; el estamento político se decantaba claramente a favor de los mulatos: la defensa de los Derechos del Hombre en el extranjero equivalía a su defensa en el propio país. Los partidos se mantenían equilibrados y la votación de resoluciones y enmiendas estaba ahora de un sitio, ahora del otro. Al caer la noche del cuarto día, con los diputados exhaustos e incapaces de llegar a una decisión, Rewbell se levantó y expuso una propuesta de compromiso. A todo mulato cuyos dos padres hubiesen sido libres se le concedería el voto. Sólo había cuatrocientos en esta situación, pero parecía una salida. La propuesta de compromiso fue aprobada por una mayoría aplastante y los espectadores refrendaron con aplausos una difícil victoria, pequeña en sí, pero de implicaciones considerables. Sólo a un determinado tipo de hombre de color se le concedía por el momento sus derechos, la victoria de los demás era únicamente cuestión de trabajo y paciencia.

Los ricos sólo caen derrotados cuando sus vidas están en peligro. Carente de experiencia revolucionaria, la burguesía no había purgado las oficinas ministeriales donde la burguesía monárquica continuaba conspirando para la restauración del poder real. Los diputados coloniales se dirigieron por escrito a la Asamblea Constituyente para declarar su intención de no participar en más sesiones y conspiraron con los burócratas para sabotear el decreto. Al cabo de muchas semanas la Asamblea Constituyente se encontró con que, desde el momento en que se había aprobado el decreto, la mayor parte de la Comisión Colonial se había negado a continuar con su trabajo. Nuevos diputados nombrados para ejecutar la decisión del Parlamento informaron que no participarían en una comisión cuyo principal objetivo era oponerse a la decisión que se suponía debían llevar a cabo. El decreto quedó congelado en las oficinas del minis-

tro y en la noche del 20 de junio la revolución retrocedió un paso atrás, dándoles a Barnave y a sus amigos su oportunidad.

Luis, una vez completados sus planes de invadir Francia a la cabeza de la contrarrevolución europea, huyó a Varennes, dejando a sus espaldas un documento en el que repudiaba la Constitución que había jurado obedecer. El perjurio de la familia real estaba ahora a la vista de todos los franceses, incluidas las masas que, alertadas por Marat, sabían que esto iba a pasar y habían hecho todo lo posible por impedirlo. En la arena política la burguesía ya había tenido de las masas más que suficiente, y al huir el rey su principal preocupación pasó a centrarse en París mucho más que en un monarca traidor. En medio de esta grave crisis Barnave surgió como su líder y representante más genuino. Recordó a la Asamblea lo ocurrido el 14 de julio (el día en que se desató la revolución y se había puesto a estos caballeros en su sitio). La burguesía debía armarse, pero no contra el rey, sino para poner a las masas en su sitio. Formuló un llamamiento para armar a los ciudadanos, es decir, a la Guardia Nacional burguesa. Bajo la firme orientación de Barnave la Asamblea Constituyente transfirió el Poder Ejecutivo a sus propias competencias.

Si el pueblo hubiese vigilado a Luis, nunca se hubiese escapado, y ahora fue el pueblo quien lo atrapó antes de que lograse establecer contacto con los enemigos de su país. Barnave fue enviado en calidad de comisario encargado de devolverlo a París, y este prototípico burgués le ofreció sus servicios a la reina en el carruaje: el París revolucionario era el enemigo común. El 22 de junio un diputado exclamó: "El rey y la familia real han sido secuestrados...". Para la Asamblea Constituyente era preferible que el pueblo pensase que el rey se había ido contra su voluntad. Los radicales intentaron protestar. La Asamblea Constituyente optó por no escucharlos y seguir a Barnave.

Pero hay veces en que no es posible tomarle el pelo a la gente, y las masas tomaron las calles día tras día pidiendo que se fuese el rey perjuro. El 14 de julio, segundo aniversario de la toma de la Bastilla, las masas se concentraron en el Champ de Mars para solicitar la dimisión del rey, y la Guardia Nacional burguesa, a las órdenes de Lafayette, disparó sobre ellos. A ojos de los revolucionarios el cerco de la reacción se estrechaba. Marat tuvo que esconderse. Danton huyó a Londres. Barnave, los hermanos Lameth, Malouet y Vaublanc (ya hemos visto a estos dos intentando demostrar que los esclavos eran felices) se unieron al séquito del rey y tomaron

el control de la Asamblea. En agosto llegaban cartas del gobernador Blanchelande que detallaban la violenta acogida dispensada por los plantadores al decreto del mes de mayo. Blanchelande, que recibía instrucciones del Club Massiac, se alineó con éstos previendo los desastres que se avecinaban si el decreto era aplicado oficialmente en el momento de su recepción: Barnave y sus amigos aún guardaban en su mano el despacho oficial. Un nuevo ministro dio órdenes estrictas para que fuese enviado inmediatamente. Presionados, los funcionarios encargados de aplicar la orden la desobedecieron y el decreto nunca llegó oficialmente a Santo Domingo, los comisarios encargados de velar por su aplicación nunca partieron. Peticiones y protestas afluyeron desde Santo Domingo. Las peticiones (muchas de ellas ficticias) afluyeron también desde las ciudades costeras.

Con el París revolucionario acobardado y sumiso, los demócratas del Parlamento habían perdido su influencia, el centro estaba bajo control de los *feuillants*, y en la última semana de existencia de la Asamblea, Barnave, que no había asistido a la Comisión Colonial desde la derrota del 15 de mayo, apareció en la tribuna e impulsó la rescisión efectiva del decreto de mayo. "Este régimen", exclamó Barnave, "es absurdo, pero es el establecido, y de no sujetarlo con mano firme se desatarán los más terribles disturbios. Este régimen es opresor, pero da sustento a varios millones de franceses. Este régimen es bárbaro, pero habrá barbaridades mucho mayores si os entrometéis con él careciendo de los conocimientos necesarios". La hipocresía burguesa no suele ser garantía del saber más acertado, y un gran imperio se aviene mal con una mentalidad honrada. Barnave era honrado pero estúpido. En lugar de seguir el ejemplo de sus amigos al otro lado del canal y proclamar con orgullo que la Asamblea Constituyente limitaba los derechos de los mulatos para favorecer en realidad sus más auténticos intereses, machacó a la Asamblea Constituyente con cada una de sus palabras y dio alas a sus enemigos en París y en Santo Domingo. Pero la Asamblea, con su postura defensiva frente a la revolución, cedió y el 24 de septiembre rescindió el decreto del 15 de mayo. El 28 de septiembre otro decreto ordenó la partida de nuevos comisarios para Santo Domingo, y el 29 la Asamblea cerró el período de sesiones.

La cuestión colonial no era para la Asamblea Constituyente un problema menor. Lejos de constituir una asamblea de especuladores teóricos y visionarios, tal como los conservadores gustan de representarlos, los

representantes políticos de la burguesía eran sobrios hombres de negocios, sobrios en demasía, pues no albergaban prejuicios raciales, se avergonzaban profundamente de la injusticia que estaban contribuyendo a perpetuar, pero, ante el dilema de tener tanto que perder, se dejaron asustar por los diputados coloniales. Esta cobardía les costó caro tanto en el extranjero como en su propio país. Fue la cuestión colonial la que consumió la moral de la Asamblea Constituyente. Jaurès, tan débil en materias coloniales, pero tan competente en asambleas parlamentarias, ha estudiado esta desmoralización con la profunda lucidez de un gran parlamentario. Hasta ese momento, dice Jaurès, los burgueses revolucionarios habían sido razonablemente honestos.[7] Si habían restringido el derecho de voto, al menos lo habían hecho abiertamente. Pero para evitar que se otorgasen a los mulatos los Derechos del Hombre tuvieron que recurrir a sucias maniobras y arteras negociaciones que terminaron por destruir su integridad revolucionaria. Fue la conciencia culpable de la Asamblea Constituyente a propósito de la cuestión colonial quien la puso a merced de los reaccionarios al huir el rey Luis. "De no ser indudablemente por los compromisos de Barnave y de todo su partido a propósito de la cuestión colonial, la actitud general de la Asamblea tras la huida a Varennes hubiese sido diferente." Pero no era a los mulatos a quien temían, sino a los esclavos. La esclavitud corrompió a la sociedad de Santo Domingo y corrompía ahora a la burguesía francesa en la plenitud y magnificencia de su herencia política.

La reacción triunfó. Pero las fases de una revolución no se deciden en los Parlamentos, que simplemente las registran. Los radicales estaban agrupando sus fuerzas en el Club Jacobino, que tiraría de la revolución hasta ultimarla. Barnave y los Lameth habían sido durante mucho tiempo oráculos del club, pero un día después de que la asamblea clausurase sus sesiones, el club los expulsó a causa del papel que habían desempeñado en la privación de los Derechos del Hombre para los mulatos. La brecha inminente desde la masacre del Champ de Mars estaba ahora abierta.

Y mientras tanto, ¿qué ocurría con los esclavos? Habían oído hablar de la revolución y la habían interpretado conforme a su imaginería: los esclavos blancos de Francia se habían rebelado, habían matado a sus señores y ahora estaban disfrutando de las bendiciones de la tierra. Era

gravemente inexacto de hecho, pero habían captado el espíritu de la cuestión. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Antes de que acabase 1789 hubo levantamientos en Guadalupe y Martinica. A comienzos de octubre, en Fort Dauphin, uno de los futuros núcleos de la insurrección de Santo Domingo, los esclavos empezaban a agitarse y celebraban enormes cónclaves nocturnos en los bosques. En la Provincia del Sur habían observado las discrepancias de sus señores a favor y en contra de la revolución y mostraban signos de inquietud. En plantaciones aisladas hubo levantamientos. Todos sangrientamente reprimidos. Circulaba entre ellos literatura revolucionaria. Pero los propios colonos servían mejor de ejemplo que todas las hojas revolucionarias llegadas hasta la colonia. De Wimpffen les preguntó si no les asustaba hablar continuamente de libertad y de igualdad en presencia de sus esclavos. Pero se habían desatado demasiado sus pasiones y no podían dominarlas. Su inmediato recurso a las armas, sus linchamientos, los asesinatos y mutilaciones de mulatos y enemigos políticos estaban enseñando a los esclavos cómo se ganaban o se perdían la libertad y la igualdad.

De los hombres que habrían de conducir a sus hermanos hacia la libertad ninguno que sepamos estaba aún en activo. Dessalines, que tenía ya 40 años, trabajaba como esclavo para su amo negro. Christophe escuchaba las conversaciones en el hotel donde trabajaba pero carecía de ideas constructivas al respecto. Toussaint se limitaba a leer su Raynal. "Sólo hace falta un jefe valiente." Llegaría a decir más tarde que, desde el momento en que empezaron las revueltas, se sintió destinado a grandes cosas. A qué exactamente no era algo que supiese; él y sus hermanos esclavos se limitaban a contemplar cómo sus dueños se destruían unos a otros, tal como los africanos los vieron en 1914-1918 y volverán a verlos antes de que pase mucho tiempo.[8]

Pero el Santo Domingo blanco no estaba concediendo demasiada atención a los esclavos en 1791, ni tampoco demasiada a los mulatos, siempre que no fuera para lincharlos y saquearlos. La debilidad del gobierno había desatado la rivalidad entre los grandes y los pequeños blancos, y las escarapelas blancas y rojas se disputaban la supremacía en torno de los lemas de libertad e igualdad, con la especial ferocidad de los propietarios de esclavos y el temperamento ardiente de los trópicos. En marzo estaba prevista la llegada de dos regimientos de soldados a Santo Domingo con

el fin de ayudar al gobierno a preservar el orden. Los habitantes de Puerto Príncipe maniobraron arteramente para apartarlos del gobierno monárquico y atraerlos a su causa. Les abrieron los cafés, los festejaron con música y bailes y con cantidades ilimitadas de comida y bebida, les dijeron que el gobierno era la contrarrevolución, como realmente era el caso. Los soldados se negaron a obedecer a sus comandantes y al gobernador, y se unieron al partido de los patriotas. Los propios soldados de De Mauduit, hasta entonces leales, quedaron atrapados en el ardor revolucionario, bajo el fuego cruzado de la población y de los que acababan de llegar de Francia. Prendieron a De Mauduit, lo asesinaron y mutilaron su cuerpo sin ahorrarle la menor brutalidad. Hostiles como eran los pequeños blancos y los patriotas a los mulatos ricos, no despreciaron la alianza con los patriotas mulatos. A una mujer mulata que agarraba los pies de De Mauduit para que lo decapitasen más fácilmente se la premió asignándole la dirección de un hospital. Rigaud, un líder mulato que había sido encarcelado por De Mauduit, fue liberado por la multitud. Una nueva Municipalidad asumió las funciones de gobierno y un desertor maltés, de nombre Pralotto, asumió el mando de la artillería. Las parroquias de la Provincia Occidental aceptaron al nuevo gobierno y De Blanchelande, el gobernador, huyó a Le Cap, donde comerciantes y abogados lo retuvieron virtualmente prisionero.

Todo esto ocurrió en marzo de 1791, pero algo más había tenido lugar. Los soldados franceses, al desembarcar en Puerto Príncipe, habían abrazado fraternalmente a todos los mulatos y negros, diciéndoles que la Asamblea en Francia había declarado a todos los hombres libres e iguales. En muchos lugares cercanos a Puerto Príncipe los negros estaban incautándose armas y rebelándose. En un lugar concreto salieron a la calle con tanta energía y determinación que fue preciso recurrir a la *maréchaussée* y a todos los propietarios de la zona para reprimirlos. Los colonos tuvieron que disparar y cargar sobre ellos, y los esclavos sólo se rindieron al morir sus jefes. Una docena fueron ahorcados. Los ahorcamientos permitirían arreglarlo todo, y el marqués de Caradeu, un rico plantador, comandante de la Guardia Nacional de Puerto Príncipe, se ganó la admiración de otros propietarios de esclavos por su energía y talento como propagandista de la horca: "Si exterminarlos plantea algún problema, no tenemos más que llamar a Caradeu, que ha hecho volar cincuenta cabezas en la plantación Aubry [...] y para que todo el mundo lo supiese las

ensartó sobre picas a lo largo de los arbustos que bordean su plantación, como si de una palmera se tratase". Para este tipo de individuos, las noticias del decreto del mes de mayo otorgando los derechos a cuatrocientos mulatos eran un síntoma peligroso y un ultraje innombrable. Lincharon a los mulatos, pisotearon la enseña francesa, abjuraron de Francia, no podían mencionar a Francia o a los franceses sin prorrumpir en juramentos y maldiciones. La nueva Asamblea que vendría a reemplazar a la disuelta Asamblea de St. Marc se reunió en Léogane a principios de agosto y aprobó una serie de resoluciones concebidas para salvaguardar la independencia. Para acercarse al lugar donde se estaban ventilando los problemas, los miembros decidieron transferir la sede a Le Cap, donde se hallaba el gobernador. Pero varios diputados nunca consiguieron llegar, en el camino fueron asesinados por los negros rebeldes del norte. Afortunadamente para ellos, no tenían diputados en París que adormeciesen su voluntad escuchando las promesas parlamentarias. Olvidados e ignorados por los políticos de toda rama y creencia, se habían organizado por sí solos y atacaban al fin para conquistar su libertad.

IV
LAS MASAS DE SANTO DOMINGO COMIENZAN

Eh! Eh! Bomba! Heu! Heu!
Canga, bafio té!
Canga, mouné de lé!
Canga, do ki la!
Canga, do ki la!
Canga, li!

Los esclavos trabajaban en la agricultura y su objetivo, como el de los campesinos revolucionarios en todas las latitudes, era el exterminio de sus opresores. Pero sus condiciones de vida y de trabajo, hacinados por centenares en las inmensas factorías azucareras que se extendían por la Llanura del Norte, los aproximaban a un proletariado moderno más que a cualquier otro grupo de trabajadores de la época, y el levantamiento fue, por tanto, un movimiento de masas metódicamente preparado y orquestado. Sabían por amarga experiencia que las tentativas aisladas estaban condenadas al fracaso, y en los primeros meses de 1791 se preparaban para la revolución en Le Cap y sus alrededores. El vudú era la herramienta de la conspiración. A pesar de todas las prohibiciones, los esclavos recorrían largos trayectos para cantar, bailar, practicar los ritos, conversar; y ahora, desde que se había iniciado la revolución, para conocer las noticias políticas y elaborar sus planes. Boukman, un *Papaloi* o Alto Sacerdote, un negro gigantesco, oficiaba de líder. Era capataz de una plantación y estaba al corriente de la situación política por sus contactos tanto con blancos como con mulatos. A finales de julio de 1791 los blancos de Le Cap y alrededores estaban preparados y a la espera. El plan había sido fraguado a escala gigantesca e implicaba exterminar a los blancos y apoderarse de la colonia. Había quizás unos 12.000 esclavos en Le Cap, de los que 6.000 eran hombres. Una determinada noche los esclavos de los suburbios y alrededores de Le Cap prenderían fuego a las plantaciones. A esta señal, los esclavos de la ciudad habrían de masacrar a

los blancos mientras los esclavos de la llanura completaban la destrucción. Habían evolucionado mucho, mucho, desde Mackandal y sus grandiosas tentativas de envenenamiento.

El plan no salió del todo bien. Pero casi, y la ambición y capacidad organizativa de esta revuelta muestran a Boukman a la cabeza del linaje de grandes líderes a los que seguirían profusa y rápidamente los esclavos en años venideros. Que tan vasta conspiración no fuera descubierta sino prácticamente hasta el momento en que estalló da testimonio de su solidaridad. A comienzos de agosto los esclavos de Limbé, que fue entonces y siguió siéndolo hasta el fin uno de los núcleos de la rebelión, se alzaron prematuramente y fueron aplastados. El levantamiento de Limbé puso de manifiesto que era peligroso seguir retrasándose. Tres días después, representantes de las parroquias de toda la llanura se reunieron para elegir el día. Algunos diputados de camino hacia Le Cap para la primera sesión de la Asamblea Colonial, cuyo comienzo estaba previsto para el 25 agosto, se encontraron con grupos de esclavos en los caminos que los hostigaron y que llegaron incluso a agredirlos. El 21 de agosto se habían tomado algunos prisioneros y el gobernador, De Blanchelande, procedió a interrogarlos en persona al día siguiente. No les extrajo mucha información, pero entendió vagamente que se desencadenaría una insurrección de algún tipo. Adoptó medidas de precaución para salvaguardar a la ciudad contra los esclavos de la urbe y ordenó que se patrullasen los suburbios. Pero estos blancos despreciaban demasiado a los esclavos como para considerarlos capaces de organizar un movimiento de masas a gran escala. No consiguieron sonsacar a los prisioneros la identidad de los líderes, y ¿qué medidas de seguridad podían adoptarse contra los miles de esclavos repartidos por centenares de plantaciones? Se filtró que una parte de la chusma blanca de Le Cap, siempre dispuesta al pillaje y el vandalismo, estaba vinculada a una cierta trama. Esto preocupaba a De Blanchelande mucho más que los negros.

En la noche del 22 de agosto estalló una tormenta tropical, acompañada de relámpagos, ráfagas de viento y densos chaparrones. Valiéndose de antorchas para alumbrar su camino, los líderes de la revolución accedieron a un claro de los densos bosques de Morne Rouge, una montaña que rodeaba Le Cap. Boukman impartió allí las últimas instrucciones y, tras los conjuros de vudú, tras sorber sangre de cerdo sacrificado, sugestionó a sus seguidores por medio de una plegaria en criollo que,

como tanto de cuanto se dice en ocasiones semejantes, ha llegado hasta nosotros. "El dios que creó al sol que nos alumbra, que riza las olas y gobierna las tormentas, aunque oculto tras las nubes, nos contempla. Ve todos los actos de los blancos. El dios de los blancos incita al crimen, pero el dios de los negros inspira la bondad. Nuestro buen dios nos ordena vengar nuestras ofensas. Él dirigirá nuestras armas y nos ayudará. Derribemos el símbolo del dios blanco que tan a menudo nos ha obligado a llorar, escuchemos la voz de la libertad, que habla en el corazón de todos nosotros."

El símbolo del dios de los blancos era la cruz que todos ellos, católicos, llevaban alrededor del cuello.

Esa misma noche empezó todo. Los esclavos en la plantación de Gallifet recibían un trato tan privilegiado que se había convertido en adagio de los esclavos la expresión: "feliz como negro de Gallifet". Sin embargo, obedeciendo a un fenómeno constatable en todas las revoluciones, fueron ellos los que dieron el primer paso. Todas las partidas de esclavos asesinaron a sus amos y quemaron la plantación hasta los cimientos. Las medidas de seguridad que había tomado De Blanchelande preservaron a Le Cap, pero la preparación había sido meticulosa y exhaustiva, y al cabo de unos pocos días la mitad de la famosa Llanura del Norte era un despojo llameante. Desde Le Cap el horizonte entero aparecía como una tea de fuego. Desde allí se elevaban densas columnas negras de humo entre las que se alzaban lenguas de fuego hasta tocar casi el cielo. Durante casi tres semanas los habitantes de Le Cap apenas pudieron distinguir el día de la noche, mientras una lluvia de caña requemada, impulsada por el viento como copos de nieve, se abatía sobre la ciudad y las embarcaciones, presagiando la destrucción completa de la población y el puerto.

Los esclavos se entregaron a una destrucción implacable. Como los campesinos de la Jacquerie o los luditas insumisos, buscaban la salvación en el recurso más elemental, la destrucción de lo que sabían era la causa de sus padecimientos; destruyeron mucho, porque habían sufrido mucho. Sabían que mientras las plantaciones siguiesen en pie su destino consistiría en trabajarlas hasta caer reventados. No había más opción que destruirlas. Por sus amos habían conocido la violación, la tortura, la degradación y, a la menor provocación, la muerte. Retribuyeron con creces lo aprendido. Durante dos siglos la civilización superior no los

había imbuido sino que el poder sirve para imponer la voluntad sobre aquellos a los que se controla. Ahora que el poder estaba en sus manos pusieron en práctica lo aprendido. En el fragor de los primeros combates asesinaron a todos cuantos se pusieron por delante, pero no a los curas, a los que temían, ni a los médicos, que habían sido amables. Sus mujeres habían sufrido incontables violaciones y ellos violaron ahora a todas la mujeres que cayeron en sus manos, muchas veces sobre el cuerpo de sus esposos que aún estaban desangrándose, o de sus padres, o de sus hermanos. "¡Venganza! ¡Venganza!" Era el grito de guerra, y uno de ellos llevaba como estandarte el cadáver de un niño blanco ensartado en el extremo de una pica.

Y sin embargo se portaron con sorprendente moderación,[1] en ese momento y también después, con mucha más humanidad que la demostrada o la que demostrarían sus amos hacia ellos. No perseveraron largo tiempo en este espíritu vengativo. La propiedad y los privilegios engendran siempre crueldades mucho más feroces que la venganza de los pobres y los oprimidos. La primera tiende a perpetuar la injusticia inflingida, la segunda es una pasión momentánea que no tarda en aplacarse. A medida que la revolución se propagaba dejaron de cobrarse la vida de los hombres, mujeres y niños sorprendidos en las plantaciones. Sólo con los prisioneros de guerra no ahorraron compasión. Les abrieron la carne con pinzas al rojo vivo, los quemaron a fuego lento, clavetearon a un carpintero entre dos de sus tablones. Pero en los anales de la época no consta ejemplo alguno de torturas tan diabólicas como enterrar a un hombre hasta el cuello y untar los orificios de su rostro para atraer insectos, o hacerlo estallar con dinamita o ninguna otra de las mil bestialidades a las que habían sido sometidos. En comparación con lo que a sangre fría habían sufrido a manos de sus dueños, sus actos resultan insignificantes, y los espoleó a cometerlos la ferocidad con que los blancos de Le Cap trataban a todos los prisioneros esclavos que caían en sus manos.

Como es habitual, la energía del movimiento de masas arrastró en su estela a sectores revolucionarios de las clases inmediatas. Se unieron a él los negros libres. Un plantador de Port Margot había enseñado a su capataz negro a leer y a escribir, le había concedido la libertad, le había dejado en su testamento diez mil francos y había concedido a la madre del capataz tierras para que pusiese en marcha una plantación de café.

Este negro, sin embargo, encabezó el levantamiento de los esclavos de la plantación de su amo y de su propia madre, prendió fuego a la plantación y se unió a la revolución, donde se le asignó un puesto de responsabilidad. Los mulatos odiaban a los esclavos negros por ser esclavos y por ser negros. Pero cuando efectivamente vieron a los esclavos tomar la iniciativa a semejante escala, muchos jóvenes mulatos de Le Cap y alrededores se apresuraron a unirse a los negros, tan despreciados hasta entonces, para luchar contra el enemigo común.

Tuvieron la fortuna de que las tropas en Le Cap fuesen escasas y de que, temeroso de los esclavos y de la chusma blanca de la ciudad, De Blanchelande prefiriese actuar a la defensiva. Un ataque de las tropas regulares repelió a los esclavos pero De Blanchelande cedió a la ansiedad y el miedo que cundía en la ciudad y ordenó su retirada. De este modo la revolución se adueñó de los campos. Estimulados, los negros extendieron la destrucción hasta las llanuras. De haber tenido interés material de algún tipo en las plantaciones no las hubiesen saqueado tan obcecadamente. Pero no tenían ninguno. Al cabo de varias semanas se concedieron una pausa para reorganizarse. Fue en ese momento, al mes de iniciada la revuelta, cuando Toussaint Bréda se unió a ellos, para entrar humildemente en la historia.

Parece comprobado que Toussaint había mantenido secreta comunicación con los líderes, pero al igual que tantos otros cuya educación supera el nivel más elemental, carecía del arrojo de aquéllos a la hora de actuar y esperó para ver cómo evolucionaban los acontecimientos. Mientras, repudiando la destrucción, preservó el orden entre los esclavos de su amo e impidió que los campesinos revolucionarios prendiesen fuego a la plantación. Cuando todos los blancos del condado huían hacia Le Cap, madame Bayou de Libertas permaneció en su plantación, amparada por Toussaint. El propio Bayou de Libertas se hallaba con un grupo de plantadores no lejos de allí, en guardia contra los esclavos, pero acudía todos los días a la plantación. Toussaint, que conservaba en ese momento, como siempre, el dominio sobre sí mismo y sobre quienes lo rodeaban, mantuvo esta situación insostenible durante casi un mes. Pero a medida que progresaba la insurrección, vencido por la tensión de defender la propiedad, de defender a su amo y a su ama, y al conocer que la vida de madame De Libertas peligraba, decidió que toda una forma de existen-

cia había llegado a su fin y que era el momento de iniciar una nueva. Le dijo a madame De Libertas que había llegado la hora de que partiese hacia Le Cap, la instaló junto con algunos enseres en una calesa y la envió a la ciudad, custodiada por su hermano Paul. A su propia esposa y a sus dos hijos los envió a lugar seguro en la parte española de Santo Domingo. A continuación, emprendió lentamente el camino hacia el campo de los esclavos rebeldes.

La persona que tan metódicamente había decidido unirse a la revolución era un hombre de 45 años, edad avanzada para aquellos tiempos, el pelo ya gris, al que todos conocían por Old Toussaint, el viejo Toussaint. Sobre el caos del Santo Domingo de aquel momento y de años posteriores sentaría las bases de un Estado Negro que perdura hoy en día. Desde el momento en que se unió a la revolución se convirtió en líder, y progresó, sin encontrar gran rivalidad, hasta desempeñar un papel protagonista. Hemos enumerado claramente las fuerzas sumamente impersonales enfrentadas en la crisis de Santo Domingo. Pero son los hombres quienes hacen la historia, y la historia protagonizada por Toussaint fue como fue por el tipo de persona que fue Toussaint.

Había contado con excepcionales oportunidades, y tanto su cuerpo como su mente se hallaban muy por encima de lo normal en un esclavo. La esclavitud embota el entendimiento y degrada la personalidad de quien la sufre. No había nada de dicho embotamiento ni de dicha degradación en Toussaint.

Su puesto como encargado del ganado le había granjeado experiencia como administrador, autoridad y trato con los que gestionaban la plantación. Los hombres que por mera capacidad y personalidad llegan a ocupar cargos normalmente reservados a personas de diferente extracción social, clase o educación realizan estas tareas con una meticulosidad excepcional y una gran devoción por el trabajo. Además de esta educación práctica Toussaint, como hemos visto, sabía leer y escribir. Había leído los *Comentarios* de César, de los que había extraído ciertas nociones de política, de estrategia militar y de la relación existente entre la una y la otra. Tras leer y releer el prolijo volumen del abate Raynal sobre las Indias Orientales y Occidentales llegó a obtener una sólida formación sobre la política y la economía no sólo de Santo Domingo sino también de todos los grandes imperios europeos que participaban por entonces

de la expansión colonial y del comercio. Contaba, en fin, con la excepcional experiencia de los tres últimos años de la revolución en Santo Domingo. La plantación estaba situada a sólo tres kilómetros y medio de Le Cap y sus deberes lo obligaban a visitar asiduamente la ciudad. Las masas populares llegan a saber muchas cosas durante una revolución, y más aún un hombre como Toussaint. Había tenido oportunidad por lo tanto de cultivar su intelecto tanto en cuestiones nacionales como extranacionales: desde el inicio mismo maniobró con asombrosa seguridad no sólo entre los partidos locales de Santo Domingo sino también entre las fuerzas internacionales.

Un rasgo importante de cara a su futuro era que su carácter no estaba mancillado en absoluto. Ya desde la infancia Toussaint no había recibido latigazos, contrariamente a tantos otros esclavos que sí los habían recibido. El mismo Toussaint relata que tanto él como su esposa se contaban entre los pocos afortunados que habían adquirido una cierta cultura y que solían ir caminando tomados de la mano, muy felices, hacia la parcela que algunos esclavos cultivaban para subvenir a sus propias necesidades. Aparte de sus conocimientos y su experiencia, la energía propia de su personalidad lo había impregnado de un formidable control sobre sí mismo, tanto mental como físico. De niño era tan frágil y enclenque que sus padres ni siquiera confiaban en que sobreviviese, y lo apodaban "Varita". Siendo aún niño decidió cultivar no sólo el intelecto sino también un cuerpo vigoroso, se ejercitó en los más duros ejercicios y a los doce años ya superaba en proezas atléticas a todos los demás niños de la plantación. Podía atravesar a nado ríos turbulentos, saltar sobre un caballo al galope y dominarlo a su antojo. A los sesenta años seguía siendo uno de los mejores jinetes de Santo Domingo, cabalgaba diariamente más de ciento cincuenta kilómetros, y a lomo de su caballo parecía tan apuesto y distinguido que se lo conocía como El Centauro de la Sabana.

De joven había sido mujeriego. Después decidió sentar cabeza. Se negó a vivir en concubinato contrariamente al hábito dominante entre todas las clases de Santo Domingo, pero sobre todo entre los esclavos, y se casó con una mujer que ya tenía un hijo. Tuvo otro hijo con Toussaint, y ambos vivieron juntos en la mayor armonía y placidez, tanto en la época en que Toussaint fue dueño de todo Santo Domingo como en los días en que no era más que un simple esclavo. Por el tipo de vida que tantos vivían en las colonias, por la reputación de que gozaba entre los negros, por las

oportunidades a que se prestaba su posición, esto era infrecuente en alguien que había iniciado la vida como Toussaint lo había hecho y que, en los días de grandeza, gustaba de la compañía de las mujeres atractivas.

Fue taciturno desde pequeño, rasgo que lo singularizaba entre los suyos, gente comunicativa y vehemente. Era muy bajo, feo y contrahecho, pero aunque lo envolvía un aura de benevolencia, sus ojos tenían una expresión acerada y nadie se atrevía a reír en su presencia. Su cultura comparativamente superior, su triunfo vital, su carácter y personalidad le conferían inmenso prestigio entre los negros que lo conocían, y ya era un hombre con cierto ascendiente entre los esclavos mucho antes de la revolución. Sabedor de su superioridad nunca albergó la menor duda de que su destino era llegar a convertirse en líder, y tampoco aquellos con los que entró en contacto precisaron demasiado tiempo antes de darse cuenta de que era así.

No sería posible concebir algo mejor calculado para trastornar su bien amueblada cabeza que el espectáculo con el que se encontró en el campamento de los esclavos. Muchos individuos iban completamente desnudos; otros se cubrían con los andrajos de satenes y sedas saqueados en las plantaciones. El armamento del que disponían se componía de un puñado de pistolas y revólveres confiscados, viejas espadas oxidadas, aperos de labranza, varas con punta de hierro, aros de acero, en suma, todo cuanto había caído en sus manos. Carecían de munición y la caballería montaba viejos jamelgos o mulas exhaustas. Estaban divididos en dos grandes bandos: uno a las órdenes de Biassou, el otro encabezado por Jean François, mientras que el tercer líder era Jeannot. Jean François era nativo de Santo Domingo, agraciado, muy inteligente y con un espíritu orgulloso que lo había impulsado a huir de su amo y convertirse en cimarrón mucho antes de que estallase la revolución. Además de su excepcional inteligencia era muy valiente, muy sobrio, tenaz hasta descartar la derrota. Biassou sabía expulsar fuego por la boca, estaba siempre borracho, siempre presto a los actos más temerarios y peligrosos. También había disfrutado de una vida comparativamente más fácil por haber servido a una orden religiosa, los Padres de la Caridad, no lejos de Le Cap. Jeannot era el esclavo que había encabezado la descabellada expedición de los blancos de Santo Domingo en los primeros días de la revolución, cuando, vestidos con sus uniformes militares, habían partido en busca de un enemigo con el que ejercitarse.

Al igual que sus más cultos amos blancos, los esclavos se apresuraron a investirse con todas las atribuciones y títulos del estamento militar. Los oficiales se denominaban a sí mismos generales, coroneles, mariscales, comandantes, y los líderes se invistieron a sí mismos con retales de uniformes, cintas y galones encontrados en las plantaciones o arrebatados a los enemigos muertos en combate. Biassou se hacía llamar a sí mismo brigadier. Jeannot también. Más tarde Jean François se atribuyó el título (a la manera de los gobernadores coloniales de la época) de almirante, generalísimo y caballero de la orden de San Luis, mientras que Biassou, tras una querella con Jean François, asumió el título de "virrey de los territorios conquistados".

No obstante, Jean François y Biassou, a pesar de estos disparates que perseguían en última instancia impresionar a sus inferiores, como las hombreras doradas, los arreos y diversos atavíos de la realeza del siglo XX, eran personas nacidas para mandar. Nada sino una disciplina de hierro hubiese logrado mantener el orden en ese grupo heterogéneo de hombres recién liberados de la esclavitud, y tanto Biassou como Jean François lo impusieron con mano inflexible. Jeannot era un monstruo degenerado que solía beber la sangre de sus víctimas blancas y cometer abominables crueldades. Jean François lo arrestó, lo juzgó y, en abierto contraste con la actitud de los colonos blancos durante el caso Le Jeune, ordenó que fuese fusilado. Jean François no tardó en prever que se avecinaba una larga guerra e impuso el cultivo de suministros. Los líderes esclavos evidenciaban de este modo un incipiente sentido del orden, la disciplina y la capacidad para gobernar. Muchos emisarios de la contrarrevolución monárquica se abrieron paso hasta las filas de los esclavos. Numerosos sacerdotes permanecieron junto a ellos. Pero ni siquiera los mulatos consiguieron derrocar a estos líderes negros, y tanto Jean François como Biassou, que se hallaban al frente al inicio de la revolución, siguieron siendo los cabecillas de sus bandas respectivas hasta el final. Toussaint se unió a la banda de Biassou. Gracias a sus conocimientos sobre hierbas Biassou lo nombró médico de los ejércitos del rey, y desde el comienzo mismo Toussaint ocupó un lugar privilegiado en sus consejos.

Las masas poseídas por la fiebre revolucionaria necesitan sobre todo de una dirección clara y enérgica. Pero el primer asalto había fracasado y ni Jean François ni Biassou, pese a su capacidad para imponer orden, sabían qué hacer después. De Blanchelande les transmitió un

comunicado urgiéndolos a que se rindiesen. Se negaron, pero en su respuesta se arrogaron el título de servidores de Dios y del rey, e ingenuamente invitaban a los blancos a reunir todas sus posesiones y abandonar la isla en manos de aquellos que la habían regado con el sudor de su frente.

A estos desconcertados líderes políticos Toussaint les aportó sus mayores conocimientos y los vicios políticos que normalmente suelen ser connaturales.

Los esclavos se habían rebelado porque querían ser libres. Pero ninguna clase dominante tolera algo así. Las escarapelas blancas acusaron a los patriotas y a los Amigos del Negro de incitar a la revuelta, mientras que las escarapelas rojas acusaban a los monárquicos y a los contrarrevolucionarios de Francia. Los pequeños blancos acusaron a los mulatos y los masacraron en las calles a plena luz del día.[2]

La Asamblea asumió la responsabilidad sobre la colonia. Desestimando la ayuda de Francia, envió delegados a parlamentar con los británicos en Jamaica, con los españoles, a los Estados Unidos. No era la revolución la causa del temor. Le asustaba más los esclavos de Le Cap y la chusma de la ciudad, siempre dispuesta a sembrar la anarquía a la espera del botín. Estos pequeños blancos se negaban a luchar a menos que se les concediese como recompensa dos tercios de cuanto pudiera encontrarse en las plantaciones. Pero la mayoría de los mulatos, temiendo por su propiedad, se ofrecieron como voluntarios y ofrendaron a sus mujeres e hijos como rehenes en señal de buena voluntad. La asamblea (que aún desconocía el revés del 24 de septiembre) prometió no sólo aplicar el decreto del 15 de mayo sino extenderlo a todos los mulatos tanto si los padres eran libres como si no. Pero sólo sería posible, afirmó la asamblea, una vez que el decreto hubiese llegado a la colonia y hubiesen cesado los desmanes.

Para engañar a los mulatos los plantadores empezaron a tramar estratagemas, pero contra los esclavos sólo conocían un arma: el terror. Los negros cubrieron sus empalizadas con las cabezas de sus víctimas blancas. La Asamblea Colonial ensartó cabezas de negros sobre picas que flanqueaban todas las carreteras que conducían a Le Cap. Cuando Boukman cayó muerto (luchando valerosamente) la asamblea exhibió su cabeza en Le Cap sobre un cartel con la leyenda: "Ésta es la cabeza de Boukman,

el jefe de los rebeldes". Los blancos levantaron tres cadalsos en Le Cap y desgarraron en el potro a veinte o treinta negros cada día. Con su indiferencia habitual hacia el esclavo, incluso como propiedad, masacraron a todos los que se encontraron, incluso a los de plantaciones que no se habían rebelado. Los amos denunciaron a quienes los habían ayudado a escapar. Los esclavos que acudían a sus amos en busca de amparo frente a los campos devastados, o simplemente porque tenían miedo y los asustaba la revolución, fueron asesinados sin contemplaciones. El resultado fue que todos, tanto los intrépidos como los cobardes, entendieron enseguida que la única esperanza era la revolución, y corrieron a unirse a ella. En pocas semanas el número de rebeldes llegó a 100.000.

En ayuda de los esclavos y para confusión de los plantadores blancos llegaron noticias de una revolución mulata en el oeste. A principios de agosto salió de Puerto Príncipe un grupo de mulatos, hartos de las persecuciones y linchamientos de los pequeños blancos, cuyo poder en los ayuntamientos revolucionarios era despótico en ese momento, y se congregaron en La Croix-des-Bouquets, un distrito situado a unos cinco kilómetros de la capital. Desde todos los rincones de la Provincia Occidental los contingentes de mulatos empezaron a confluir hacia allí, y gracias a sus conocimientos, no tan generalizados como entre los blancos, pero inmensamente superiores a los de los negros semisalvajes, consolidaron inmediatamente un sólido núcleo de poder. El más famoso de todos ellos era Rigaud, un mulato auténtico, o sea, hijo de blanco y negra. Había recibido una esmerada educación en Burdeos y a continuación había aprendido el oficio de orfebre. Al contrario que Toussaint, Jean François y Biassou, ya poseía instrucción militar. Se había alistado como voluntario en el ejército francés que había combatido en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos, se había convertido en oficial interino y había vuelto a prestar servicio en Guadalupe. Odiaba a los blancos, no sólo por las iniquidades que habían cometido con él, un soldado educado y cosmopolita, sino también porque envidiaban su negocio de orfebrería, en aquella época un próspero negocio.

Beauvais representaba un tipo de persona muy diferente. Pertenecía a una familia mulata que durante mucho tiempo había disfrutado de libertad y de riqueza. Se había educado también en Francia, se había ofrecido como voluntario en el ejército y había combatido como oficial interino

en la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos. Al volver a la patria se había dedicado a la enseñanza. No era sólo una persona de valor excepcional. Alto, gallardo, distinguido, tenía fama de ser uno de los hombres más apuestos de Santo Domingo, y en esa época y en ese país licenciosos destacaba por su modo de vida circunspecto y sus ademanes elegantes. Era muy querido por su propia gente y ni siquiera a los blancos les hubiese costado desentenderse (a hurtadillas) de su color.

Rigaud y Beauvais eran los soldados. El político era Pinchinat, que había pasado largos años de estudio en Francia. En los primeros días de la revolución volvió a Santo Domingo para liderar a los mulatos. En 1791 era ya un hombre de casi 60 años, un hombre al que le gustaba la vida muelle y relajada, y que reservaba para los blancos todo el rencor de un carácter viciado. Era un político reputado y ampliamente acreedor a la consideración de hombre de genio que le había asignado Pamphile de Lacroix.[3] "Qué hombre para escribir y hacer tratados", escribió sobre él otro líder mulato, "es único".

Con estos líderes, y entrenados para combatir en la *maréchaussée*, los mulatos conformaban una fuerza formidable. Por este motivo la contrarrevolución monárquica en el oeste intentó inmediatamente utilizarlos.

Humus de Jumecourt, comandante del distrito de La Croix-des-Bouquets y Cul-de-Sac, propuso una alianza en la que se les garantizaban todos los derechos a cambio de su apoyo a la contrarrevolución, o, para utilizar sus propios términos, el gobierno legal de la isla. Pinchinat se negó, pero propuso a cambio unirse en un frente común contra su enemigo común, la Municipalidad de Puerto Príncipe y la Asamblea Provincial Occidental. De Jumecourt aceptó y tanto los comandantes monárquicos como los blancos ricos del oeste empezaron a unirse a los mulatos en La Croix-des-Bouquets. Algunos negros libres ocupaban altos puestos de mando en esta tropa, de manera que había blancos a las órdenes de los despreciados negros. Al ejército de los mulatos se incorporó también una sección de cimarrones denominados "los suizos", a semejanza del cuerpo de guardia de Luis XVI. Con total desprecio por los hombres de color y odiándolos por su persistente monarquismo, los patriotas atacaron La Croix-des-Bouquets. Fueron severamente derrotados, y "los suizos" se batieron con enorme valor. Días más tarde, los mulatos y los blancos de los distritos circundantes celebraron un cónclave en La Croix-des-Bouquets, en el que los mulatos presentaron ante los blancos el borrador de

un concordato al que incorporaban sus demandas de completa igualdad. La cláusula novena y final consistía en cuatro palabras: "Si no, guerra civil". Los blancos aceptaron inmediatamente sus demandas.

Los patriotas de Santo Domingo estaban ya dispuestos a olvidar los prejuicios raciales a cambio de algo concreto. Tras su derrota en el campo de batalla, Caradeu, líder de los patriotas, ofreció a Beauvais derechos para los mulatos a cambio de un acuerdo sobre la independencia que dejase al margen a los monárquicos.[4] Beauvais se negó. En ese momento la práctica totalidad de los plantadores ricos había abandonado a los patriotas, y ni siquiera los comerciantes acaudalados de Puerto Príncipe hubiesen deseado trato alguno con ellos. El 19 de octubre todas las partes firmaron un concordato que incorporaba todas las demandas de los mulatos. La Asamblea Provincial Occidental debería ser disuelta inmediatamente, habría de convocarse a los diputados blancos de la Provincia Occidental para que volvieran a la Asamblea Colonial, deberían reclutarse dos batallones de la Guardia Nacional entre los mulatos, se rehabilitaría la memoria de Ogé, y todo ello presentado para su ratificación por la Asamblea Nacional y la aprobación del rey. El líder de los blancos extendió la mano en señal de amistad.

"Os traemos finalmente palabras de paz; ya no venimos a negociar con vosotros, venimos sólo a concederos vuestras demandas, venimos animados por el espíritu de justicia y de paz para conferir auténtico reconocimiento a vuestros derechos, para pediros que consideréis a los ciudadanos blancos sólo como amigos y hermanos a los que la colonia amenazada os invita, os pide que os suméis a fin de prestarle urgente ayuda en sus tribulaciones. Aceptamos en su totalidad y sin reservas el concordato propuesto. Desafortunadas circunstancias que sin duda no ignoráis nos plantean una sombra de duda. Pero nuestro coraje ha vencido todos los obstáculos, y hemos acallado todos los mezquinos prejuicios, el despreciable deseo de dominio. Ojalá llegue el día en que la antorcha de la razón que nos ha iluminado a todos arda memorable para siempre. Ojalá sea un día de olvido para todos nuestros errores, de perdón para todas nuestras heridas. Luchemos a partir de ahora en pro del bien común."[5] Los "mezquinos prejuicios" y "el despreciable deseo de dominio" no eran sino los pequeños blancos, que se veían relegados a un segundo plano. Pero las noticias de la rebelión de los esclavos en el norte habían atemperado a todos los dueños de esclavos, que deseaban la paz.

Todas las 14 parroquias de la Provincia Occidental aceptaron los términos, y el 24 de octubre se celebró la gran ceremonia de reconciliación en Puerto Príncipe. Los líderes blancos y los líderes mulatos marcharon codo a codo hacia Puerto Príncipe, seguidos por sus tropas, saludados por salvas de artillería y gritos de "unidad y fidelidad". En medio de la excitación general un capitán de la Guardia Nacional saltó sobre un carruaje con armas y proclamó a Caradeu comandante de la Guardia Nacional de la Provincia Occidental. Sonó una renovada salva de aplausos cuando nombró a Beauvais su adjunto. A continuación acudieron todos a la iglesia para celebrarlo con un tedéum, tal como estipulaba el concordato. Subsistía otra dificultad: "los suizos". ¿Qué hacer con ellos? Los blancos sostenían que enviarlos de vuelta a las plantaciones sería perjudicial para los esclavos y se acordó deportarlos a una playa desierta de México.[6] Entre los líderes, Rigaud y Pétion, mulatos, defendieron a "los suizos"; Lambert, un negro libre, apoyó la deportación. Fuera de juego "los suizos", la paz parecía asegurada, los derechos de los mulatos garantizados y la contrarrevolución bien situada para entrar en acción.

Pero en Le Cap la Asamblea estaba encolerizada por los acontecimientos en el oeste. Los comandantes de las fuerzas locales, M. de Rouvrai y M. de Touzard, instaron a los patriotas del norte para que concedieran los derechos a los mulatos. "Pero, dirán ustedes, ¿debemos ceder a las amenazas de una casta inferior, concederles derechos cívicos, como pago por los perjuicios que nos causan? [...] Un día", dijo De Rouvrai, "las desdeñosas sonrisas con que acogen las importantes verdades que me atrevo a comunicarles se tornarán en lágrimas de sangre. [...] En la guerra de 1756 Inglaterra quiso apoderarse de Cuba y se le ordenó a lord Albermarle que sitiase La Habana. Desembarcó con 18.000 hombres; seis meses después sólo le quedaban 1.800. [...]

¿Dónde, pregunto, dónde está el ejército que nos permita alcanzar nuestros objetivos? [...] ¿Hay alguien más aparte de los mulatos? No. Entonces, ¿por qué rechazar su ayuda?

No he acabado aún, aún tengo algunas otras verdades para ustedes, y se las voy a exponer. Francia tiene en este momento su mirada fija en Santo Domingo. [...] Es imposible que las reclamaciones de los mulatos no lleguen a oídos de Francia, y aunque fueran injustas, serían bien recibi-

das. El decreto constitucional que suponen ustedes irrevocable, que consideran como un metal precioso, será inevitablemente modificado [...]".

La Asamblea prometió otorgar los derechos a los mulatos, pero una vez cesasen las hostilidades. Ciertamente, estaba en curso una revuelta de los esclavos. Pero en ese momento ya se había apelado a la ayuda de Francia, y otorgar derechos a los mulatos, que los sobrepasaban en número, hubiese significado entregar la colonia, tanto su poder civil como militar, a estos nuevos ricos bastardos y a sus aliados de la contrarrevolución. Los resultados de esta desgraciada alianza eran ya constatables en el oeste. Tenían a De Blanchelande, el gobernador, en su poder y concentraron toda su cólera en el concordato.

El oeste no estaba dispuesto a sacrificar su unidad y repudió las proclamas de la Asamblea y del gobernador. Pero seis días después de la ceremonia de reconciliación, llegó a la colonia el decreto del 24 de septiembre, en virtud del cual la Asamblea Constituyente retiraba todos los derechos a los mulatos y una vez más dejaba su destino en manos de los colonos blancos. Los "mezquinos prejuicios" y "el despreciable deseo de dominio" volvieron a agitarse en las cabezas, y las heridas apenas cicatrizadas se abrieron de nuevo. Las intrigas de Barnave & Co. volvían a la patria, y para enraizarse.

Se fijó el 21 de noviembre para la ratificación del concordato. Puerto Príncipe fue dividido en cuatro distritos electorales y tres habían votado ya a favor de la ratificación. Esto significaba la ruina para los pequeños blancos, y Pralotto y su banda ya estaban detrás de algún pretexto para reventar el proceso. Llegó bajo la forma de un negro libre, un miembro de las fuerzas mulatas, que o bien fue insultado o bien insultó él mismo a unos blancos. Fue capturado y ahorcado de inmediato. Pese a la moderación de los mulatos, se iniciaron disturbios callejeros. Los mulatos, cogidos por sorpresa, se retiraron. Estalló un incendio en la ciudad, de cuya provocación fueron acusados. Pralotto y sus seguidores asesinaron a ricos ciudadanos blancos, a mulatos, hombres, mujeres y niños; y saquearon el barrio rico de la ciudad, donde las llamas se extendieron hasta convertir dos tercios de Puerto Príncipe en cenizas, con una pérdida aproximada de 50 millones de francos.

Los mulatos habían sido muy pacientes, y contemporizadores, pero en ese momento perdieron la cabeza. Pinchinat, el hombre de las proclamas, formuló un sonoro llamamiento a empuñar las armas.

"Vayamos, hermanos, y sitiemos Puerto Príncipe y hundamos nuestras manos llenas de sangre, vengadoras del insulto y la perfidia, en el pecho de estos monstruos europeos. Demasiado hemos servido, y durante demasiado tiempo, como juguete de sus pasiones y sus insidiosas maniobras: demasiado y demasiado tiempo hemos sufrido bajo este yugo de hierro. Destruyamos a nuestros tiranos, y que con ellos se hunda hasta el más mínimo vestigio de nuestra degradación, desgarremos hasta sus raíces más profundas el árbol de los prejuicios. Reclutad a unos, persuadid a otros, prometed, amenazad, arrastrad hacia vosotros a los ciudadanos blancos decentes. Pero por encima de todo, amigos míos, unidad, entereza y rapidez. Traed armas, pertrechos, cañones, municiones, provisiones y agrupaos de inmediato bajo el estandarte común. Ahí es donde debemos morir, o vengarnos por Dios, la naturaleza, la ley y la humanidad, hasta ahora ultrajadas en estos climas de horror."

El hermano de Rigaud escribió a sus amigos: "Parto hacia la venganza. [...] Si mi destino no es morir en esta expedición, volveré pronto junto a vosotros. [...] Larga vida a la libertad, a la igualdad, al amor". Los blancos ricos y los comandantes monárquicos seguían a los mulatos, pero los hermanos Rigaud, Beauvais y Pinchinat (pese a su apodo de "los suizos") eran revolucionarios genuinos, daban preferencia a la libertad antes que a la propiedad. En un acceso de exaltación y cólera conminaron a los esclavos de la Provincia Occidental y los atrajeron hacia la revolución. En el norte desarrollado los esclavos encabezaban a los mulatos, en el oeste retrasado los mulatos mandaban a los esclavos. No es necesario ser muy listo para prever las consecuencias.

En el sur, los blancos y los mulatos estaban a punto de firmar un concordato a imagen y semejanza del modelo del oeste. Todos los términos habían sido ya aceptados cuando Caradeu efectuó una visita al sur y sus intrigas resultaron tan eficaces que el pacto de unidad se rompió. En cuanto llegaron a Puerto Príncipe noticias de la división, mulatos y blancos empuñaron las armas cada uno por su lado. Los mulatos se apoderaron de Jacmel y otras ciudades. Los blancos del sur, superados en número por los mulatos, sublevaron en defensa propia a los esclavos.

En el norte, algunos mulatos y algunos propietarios firmaron un concordato. La Asamblea lo desautorizó y estos mulatos se unieron a los esclavos.

Los blancos cometieron horribles atrocidades con los mulatos. Mataron a una mujer embarazada, extrajeron al bebé de su vientre y lo arrojaron a las llamas. Los quemaron vivos, les inocularon la viruela. Por supuesto, los mulatos se vengaron en idéntica medida.[7]

Pero tanto aquí como en cualquier otro lugar fueron los plantadores blancos quienes empezaron y superaron a todos sus rivales en atrocidad, instruidos como estaban en la violencia y la crueldad después del trato que habían dispensado a los esclavos.

Éste era el Santo Domingo al que llegaron para reinstaurar el orden los tres comisarios, Saint-Leger, Mirbeck y Roume, tras desembarcar en Le Cap el 29 de noviembre de 1791. La Asamblea les dio la bienvenida y se instalaron con una pompa imponente. Formularon un comunicado anunciando falazmente la inminente llegada de grandes contingentes de tropas. Para su sorpresa y felicidad esto obró una especie de sortilegio.

Biassou, Jean François y los demás líderes negros, incluido Toussaint, habían llegado a un callejón sin salida tras cuatro meses de insurrección. Una insurrección necesita obtener victorias, y a los blancos les bastaba con mantener el control sobre la línea de fortificaciones conocida como el Cordón del Oeste e impedir que la insurrección progresase hacia la Provincia Occidental. Los antiguos esclavos podían devastar el país, pero la misma devastación les vedaría la posibilidad de sobrevivir. Empezaron a morir de hambre. Asustados por lo que consideraban una posición desesperada, temerosos de la derrota y la sumisión, Jean François y Biassou ofrecieron la paz a los comisarios a cambio de dejar en libertad a varios centenares de sus cabecillas. Jean François sabía que era una traición. "Los falsos principios", escribió este hombre, que durante cuatro meses había dirigido una revuelta de trabajadores, "alimentarán la tenacidad de estos esclavos, dirán que han sido traicionados". Pero si los comisarios concedían libertad a los citados cooperarían con las tropas del rey y perseguirían a los que se negasen a rendirse. Jean François sabía que iba a ser una cuestión ardua y peligrosa y en estos términos se expresó, prueba de la pasión por la libertad que inflamaba el corazón de los negros. Pero estaba dispuesto a colaborar en la medida de lo posible, y para aplacar su conciencia se refirió en términos desleales a sus seguidores, escribiendo que eran una multitud de negros africanos incapaces de decir dos palabras seguidas en francés. Dentro de la larga

y cruel relación de líderes que han traicionado a unas masas valientes pero analfabetas éste ocupa un lugar señero, y Toussaint estaba implicado hasta la médula. Aunque ocupaba una posición subordinada, le correspondió el papel principal en las negociaciones, y la obra maestra de correspondencia diplomática que los delegados de los esclavos presentaron en el estrado de la Asamblea puso de relieve el abismo existente entre los hombres que unas pocas semanas antes habían pedido a los blancos que abandonasen la isla y un Toussaint ya en plena madurez política. Hasta el final de sus días apenas supo hablar el francés, no podía escribir literalmente ni tres palabras sin cometer los más groseros errores sintácticos y ortográficos. Años después, cuando gobernaba en Santo Domingo, le escribió a Dessalines en estos términos: "Je vouss a vé parlé pour le forli berté avan theire...", cuando lo que quería decir era: "Je vous avais parlé du Fort Liberté avant-hier..." (le hablé anteayer de Fort Liberté). Nunca consiguió hacerlo mejor. Pero dictaba en el corrompido francés local, o *creole,* y sus secretarios escribían y reescribían hasta que Toussaint lograba dar con el sentido exacto de lo que quería decir.

La carta[8] se inicia poniendo de relieve que la sentencia del rey acepta formalmente la Constitución francesa, y "de manera muy clara y precisa" exige espíritu de "justicia y moderación" para contribuir a la restauración de un país que ha sufrido las repetidas sacudidas de una gran revolución. Dicho espíritu de reconciliación habría de surcar también el océano. "Pasemos ahora a la ley colonial del 28 de septiembre de 1791. Esta ley otorga a las colonias el derecho a decidir sobre el estatus de los hombres libres de color y los negros libres." Toussaint y los demás traidores no sólo querían libertad sino también derechos políticos. Pero las promesas no bastaban. Defenderían las decisiones de la Asamblea Colonial "hasta la última gota de su sangre", pero estas decisiones deberán "revestirse de las formalidades necesarias". Seguía una larga disculpa por los traumas con los que habían contribuido a la aflicción de "esta rica e importante colonia". Pero no conocían las nuevas leyes en el momento de redactar la primera carta. "En este momento, cuando se nos informa de las nuevas leyes, en este momento, cuando no podemos dudar de la aprobación de la madre patria a todos los actos legislativos que procedan a decretar sus señorías en materia de régimen interno de la colonia y estatus de sus ciudadanos, en este momento no es nuestra intención mostrarnos reacios." Tras otra prolongada invocación a la Asamblea para

que no desaproveche esta oportunidad de restablecer rápidamente el orden "en una colonia tan importante", la carta afronta la espinosa cuestión de los esclavos. "Las leyes que hayan de entrar en vigor sobre el estatus legal de las personas libres y no libres deberían ser idénticas en toda la colonia." Esto era obviamente un dedo apuntando a los concordatos de la Provincia Occidental. "Redundaría incluso en su interés declarar, por medio de un decreto refrendado y sancionado por el gobernador, su intención de preocuparse por la suerte de los esclavos, dándoles a conocer que son objeto de su solicitud." En cuanto los esclavos recobrasen la confianza en sus jefes, siempre que la Asamblea otorgase a éstos la tarea de pacificación, los esclavos obtendrían satisfacción, lo que facilitaría la restauración del "roto equilibrio". La carta concluía con una expresión de buena voluntad y el deseo de una rápida solución. La libertad de los líderes, no obstante, era "indispensable". Firmaban la carta Jean François y Biassou, otros dos más y dos comisarios *ad hoc,* uno de ellos era Toussaint. Con su hábil uso del vínculo tanto moral como político entre la madre patria y la colonia, con la referencia a la oportunidad de restaurar la pasada prosperidad "de esta gran e importante colonia", como un anzuelo oscilando antes los ojos de los colonos, con su firme pero elegante insistencia en los derechos políticos, debidamente certificados por ley, para los hombres liberados, con su prolija referencia a todo aquello que nada implica salvo paz, buena voluntad, etc., la carta bien podría pasar por obra de un individuo cuya existencia hubiese transcurrido en menesteres diplomáticos. El autor, sin embargo, conociendo el temperamento de los colonos, se había tomado hasta la molestia de sugerirles el modo de engañar a los esclavos para que volvieran a su condición; ningún imperialista actual, con trescientos años a su espalda de tradicional engaño, sería capaz de engalanar sus garras con palabras más floridas; la "restauración del roto equilibrio" como modo de referirse a la esclavitud es una expresión digna de una Comisión Rogatoria de la Sociedad de Naciones. Jean François había escrito que la cuestión no era fácil pero sí factible; de que no sólo eran capaces sino que podían hacer este trabajo de Judas da buena prueba esta carta. La traición política no es monopolio de la raza blanca, y esta abominable traición casi a renglón seguido de la insurrección muestra que el liderazgo político es una cuestión de programa, estrategia y táctica, no del color de quien lo ostenta, su común vínculo con el pueblo ni los servicios prestados.

Los altivos y poderosos colonos se negaron. ¿Tratar con estos bandoleros que habían asesinado, quemado y violado? Imposible. Los comisarios protestaron en vano. Los colonos, absolutamente convencidos de que podrían devolver sin dificultades a estos perros rabiosos a sus perreras, respondieron que sólo perdonarían a aquellos criminales arrepentidos que volviesen al trabajo. El mensaje terminaba con la lacónica orden a los delegados: "¡Largo de aquí!". Los colonos blancos fueron incapaces de entender que Biassou ya no era un esclavo sino el jefe de 40.000 hombres. Cuando recibió el mensaje su ira se desató y se acordó de los prisioneros blancos. "Pagarán la insolencia de la Asamblea, que se ha atrevido a escribirme con tal falta de respeto", y ordenó matarlos a todos. Toussaint, que siempre odió el inútil derramamiento de sangre, aplacó a su jefe.

Los decepcionados comisarios acordaron una entrevista con Jean François. La Asamblea Colonial los acusó de tramar una contrarrevolución. Los comisarios los invitaron a enviar delegados.

Jean François apareció en el lugar y hora convenidos, conduciendo a su caballo de la brida. Al verlo, M. Bullet, un colono, fue presa de tal acceso de ira que lo golpeó con un látigo de caballerías. Jean François, ciego de cólera, apeló a sus propios hombres y en ese momento la paz pendió de un hilo. En esas peligrosas circunstancias Saint-Leger tuvo el ingenio y el valor de adentrarse él solo entre los negros hostiles y hablarles en términos conciliadores. Los conmovió tanto este comportamiento inesperado que el mismo Jean François se arrojó a los pies de los hombres de Francia. Reiteró su promesa. Por la libertad de cuatrocientos de sus líderes y el olvido del pasado volvería a llevar a sus hombres a la esclavitud. Los comisarios le pidieron como garantía de buena voluntad que entregase a los prisioneros blancos. Aceptó y Jean François pidió a su vez que le devolviesen a su esposa, prisionera en Le Cap, y a quien los blancos no se habían atrevido a ejecutar por miedo a las represalias. La entrevista terminó amistosamente, Jean François aseguró a los comisarios que "lo conmovía ver al fin a hombres blancos dando muestras de humanidad".

Al día siguiente envió a Le Cap los prisioneros prometidos. Pero los negros habían conseguido enterarse de que probablemente algo se estaba tramando en el aire. Los prisioneros estaban fuertemente custodiados, hasta por el propio Toussaint, pero, aun así, apenas bastaba para defen-

derlos contra la hostilidad de quienes se encontraban a su paso. Los miembros de la delegación se presentaron ante el estrado de la Asamblea. El presidente ni se dignó a hablar con ellos, se limitó a comunicarse únicamente mediante notas. "Continúen dando prueba de arrepentimiento y digan a quienes los envían que se dirijan a los comisarios: sólo mediante su intercesión podrá la Asamblea tomar una decisión en torno a su destino." Quería dejar claro a los negros que los comisarios estaban subordinados a la Asamblea, y lo consiguió. Hasta tal punto llegó el desdén de la Asamblea, que ni siquiera incluyó tales negociaciones en las actas. Toussaint disponía de plenos poderes, y en un vano intento de quebrar el orgullo de los colonos redujo el número de personas que habrían de ser liberadas de cuatrocientos a sesenta.[9] Los colonos no quisieron ni oír hablar de ello. Entonces y sólo entonces tomó Toussaint una decisión inalterable sobre la que nunca titubeó y por la cual moriría. Libertad total para todos, una libertad que sólo se alcanzaría y se preservaría apelando al propio coraje. Los revolucionarios más extremos están moldeados por las circunstancias. Es probable que, al contemplar las salvajes hordas de negros que lo rodeaban, su ánimo claudicase ante la perspectiva de la guerra y las atrocidades que irían ligadas a la libertad, si es que alguna vez llegaban a alcanzarla. Estaba dispuesto a ir muy lejos para enfrentarse a los colonos. Probablemente confiaba en ciertas concesiones que garantizasen un mejor trato. Pero lo habían empujado a tomar una decisión y, como era habitual en él, no volvió a dar nunca ningún paso atrás. Al volver comunicó a sus jefes que no esperasen nada de los comisarios.[10] No tenían más competencia que la de actuar como mediadores, y sus poderes estaban subordinados a los de la Asamblea. Biassou prescindió de una entrevista que había solicitado.

A partir de ese momento era la guerra, y la guerra requería soldados bien instruidos. Toussaint abandonó su puesto de médico de los ejércitos del rey y, asumiendo el título de brigadier general, empezó a formar un ejército. Sólo en una ocasión a lo largo de su carrera política dejó de estar a la altura de la acción enérgica y correcta que requiere una situación de emergencia.

En la Provincia Occidental, Rigaud, Beauvais y Pinchinat estaban utilizando como agente entre las cuadrillas de negros a un joven esclavo llamado Hyacinth. Sólo tenía 21 años, pero iba de plantación en planta-

ción proclamando, como tantos líderes de las revueltas campesinas, que estaba inspirado por la divinidad. Podemos juzgar el retraso de los esclavos occidentales al inicio de la revolución por el hecho de que tanto Hyacinth como otro hombre, Romaine la pitonisa (*sic*), fortificaban su autoridad apelando a divinos atributos, mientras que Jean François y Biassou en el norte tenían por objetivo desde el comienzo una revolución social. Los negros se unieron en masa al ejército confederado de mulatos y blancos en La Croix-des-Bouquets, y el 31 de marzo tuvo lugar en Puerto Príncipe la batalla entre confederados y patriotas. Los esclavos eran casi en su totalidad nativos africanos. Armados únicamente con cuchillos, azadas, hoces y varas con punta de hierro, se aprestaron a entrar en combate. Encabezados por Hyacinth, cargaron contra las bayonetas de los voluntarios de Puerto Príncipe y de los soldados franceses, sin acobardarse ni arredrarse ante las descargas del cañón de Pralotto que masacraba sus filas: si morían, volverían a despertar en África. Hyacinth, agitando un rabo de toro en su mano, iba de fila en fila gritando que su talismán lo protegía contra la muerte. Cargó contra sus vanguardias, atravesó ileso las balas y el fuego de artillería. Los africanos, con tales líderes a su cabeza, eran irresistibles. Aferraron por el cuello los caballos de los dragones y derribaron a los jinetes. Introdujeron sus armas en las bocas de los cañones para extraer las balas y gritaron a sus compañeros: "Venid, venid, son nuestros". El cañón se disparó y los despedazó. Pero muchos otros se abalanzaron sobre los rifles y los soldados, los rodearon entre sus brazos y los silenciaron. Nada podía frenar su frenesí y al cabo de seis horas las tropas de Puerto Príncipe se retiraron en desbandada. Habían perdido a un centenar de soldados, pero casi 2.000 esclavos yacían muertos sobre el campo de batalla. El ejército combinado sitió entonces Puerto Príncipe.

Los blancos no sólo estaban luchando junto a los mulatos, sino que también instaron al gobernador para que impidiese que los enemigos de la paz procedentes de la Asamblea Colonial perturbasen el oeste. Le enviaron los concordatos, afirmaron que se atendrían a ellos dijese el gobernador lo que dijese. Le pidieron que los publicase, que los enviase al rey, al Legislativo francés, a los comerciantes de los grandes puertos, a todos.[11]

Fueran cuales fueran las reservas que habían interpuesto al firmar este pacto con los bastardos mulatos, los blancos se mostraban dispuestos ahora a cimentar la alianza y Roume quedó abrumado por la cantidad de

apelaciones en este sentido. La revolución, dice Karl Marx, es la locomotora de la historia. He aquí una locomotora que había viajado a sorprendente velocidad, pues en abril de 1792, cuando aún no habían pasado tres años desde la toma de la Bastilla, los patriotas blancos de Puerto Príncipe estaban sitiados por un ejército mixto compuesto de comandantes monárquicos, plantadores blancos, mulatos color café y esclavos negros, ninguna de las partes obligada sino, en ese momento, todos libres y como iguales. Gran parte de los ricos no esperaban sin duda sino a que se instaurase el "orden" para volver a poner a los esclavos en su sitio, pero el mero hecho de la asociación revolucionaria y la igualdad momentánea significaba que los tiempos pasados habían terminado y que ya nada volvería a ser como antes.

La Asamblea Colonial, aparte de la guerra con los esclavos y con los mulatos, había entablado un fiero conflicto de prioridades con los comisarios. De hecho, en Le Cap los patriotas habían logrado arrestar por algún tiempo al gobernador y tramaban asesinar a Mirbeck, que emprendió el viaje de vuelta a Francia el 30 de febrero. Saint-Leger había partido a Puerto Príncipe. Allí los patriotas, espoleados por la Asamblea de Le Cap, amenazaron con deportarlo y buscó refugio entre los confederados. Saint-Leger y Roume estaban seriamente alarmados en ese momento, no por los esclavos rebeldes, sino por el desarrollo de la contrarrevolución. De la misma forma que Barnave, los Lameth y sus amigos de Francia, el Santo Domingo blanco estaba cada vez más hastiado de la escarapela roja y empezaba a respetar cada vez más la autoridad real. El Ejército Confederado se componía enteramente de escarapelas blancas. Pero en ese preciso momento Pinchinat celebró una reunión con Saint-Leger, y lo que trató con ese caballero lo llevó a partir de inmediato hacia Francia. Roume también debía marcharse tres días después, pero una conversación sorprendida al azar le advirtió de un complot monárquico y se quedó en Santo Domingo para desactivarlo. Los monárquicos pensaban efectivamente que Santo Domingo ya estaba maduro para cobrarse sus ganancias. Pero se equivocaban. Pinchinat había jugado con astucia. Los monárquicos habían confiado en utilizar a los mulatos. Ahora se encontraban con que, en realidad, habían sido ellos los utilizados. Como más tarde le confiaría Beauvais a Roume, "nunca fuimos las cobayas de las escarapelas blancas. Teníamos que conquistar nuestros dere-

chos, necesitábamos ayuda. Hubiésemos alistado al mismo diablo si se hubiese puesto a mano. Estos caballeros se ofrecieron y nosotros los utilizamos, dejando que mientras tanto nos considerasen sus víctimas".

El decreto del 4 de abril vino a refrendar la victoria de los mulatos y a permitirles un apoyo abierto a la Revolución Francesa... durante cierto tiempo.

La cuestión colonial había puesto a prueba los nervios de una agotada Asamblea Constituyente, la totalidad de cuyos miembros estaba excluida por ley de la Legislativa que se reunió el 1 de octubre. Los nuevos diputados no estaban en mejor situación por lo que a la cuestión colonial se refería ya que, además de los Derechos del Hombre para los mulatos, ahora se enfrentaban a una rebelión de los esclavos.

A la derecha se encontraban los *feuillants*, o Partido del Rey, dirigidos en cuestiones coloniales por un Vaublanc que había aprobado la condición de los esclavos, incluidos los mulatos. La izquierda había salido fortalecida de las elecciones. Pero aunque había más de un centenar de diputados jacobinos en el Legislativo, estaban divididos; en la extrema izquierda estaban Robespierre y los montañeses, en la derecha los *brissotins*, o seguidores de Brissot, que la historia conoce mejor como los girondinos. Las masas de París organizadas en la Comuna apoyaban a los jacobinos. Robespierre y los montañeses lucharían por los derechos de los mulatos. También lo haría Brissot, pero el grupo de Brissot estaba integrado por Vergniaud, Guadet y otros diputados de las ciudades marítimas. Los girondinos se denominaban así por la provincia de la Gironda, con capital en Burdeos. Vergniaud era diputado por Burdeos y todas las ciudades marítimas seguían resueltamente en contra de conceder los Derechos del Hombre a los mulatos.

Su temor fue provocado en primera instancia por el modo en que llegaron a Francia las noticias de la insurrección. París tuvo acceso a ellas por medio de un periódico inglés. El embajador británico informó sobre la gravedad del levantamiento; las noticias habían llegado a Londres procedentes de Jamaica. El *Moniteur* se preguntaba día tras día por qué no había noticias de De Blanchelande. El 7 de noviembre el *Moniteur* publicó una copia de la carta que los colonos habían dirigido al gobernador de Jamaica. Sólo el día 8 se dio lectura en el Parlamento a una carta de De Blanchelande solicitando tropas. La burguesía marítima empezó a

contemplar a estos colonos con ojos diferentes: los mulatos al menos eran fieles a Francia y apoyaban enérgicamente la esclavitud.

El primer punto se refería a las tropas necesarias para sofocar la revuelta. Pero en una revolución, la revolución es lo primero. El ala derecha y el ala izquierda del Legislativo querían saber cuántas tropas habría que enviar y bajo el mando de quién. El rey seguía al frente del Ejército y la Marina. Los oficiales eran monárquicos y firmes defensores de la contrarrevolución. Los ministros y cortesanos del rey seguían en funciones, tanto en París como en Santo Domingo. Poner un ejército y una flota en manos de estos individuos era suministrar armas que, una vez suprimida la insurrección, tal vez antes, podrían volverse contra la revolución misma, dejando por completo la más próspera colonia de Francia en manos de los monárquicos. Jacobinos y *feuillants* debatían ardorosamente la cuestión día tras día. Pero aunque el problema consistía en reprimir una rebelión de los esclavos, el Legislativo, como la Constituyente, no toleraba el uso de la palabra "esclavo". Cuando un diputado dijo en el curso de una intervención: "Pero los esclavos son propiedad de los colonos..." se escucharon las protestas y demandas habituales para que el orador fuese llamado al orden. El Legislativo, más orientado a la izquierda, era, quizá por ello, más puntilloso aun que la Asamblea Constituyente. La Comisión Colonial pretendía como de costumbre solventarlo todo en el seno del ministerio y no elaboró ningún informe. Pero los Amigos del Negro eran mucho más influyentes en ese momento y Brissot dio la voz de alerta. Si la comisión no presentaba su informe en el plazo de diez días, abriría un debate el 1 de diciembre. Durante este intervalo llegaron a París delegados de la Asamblea Colonial, y el 30 de noviembre uno de ellos, Millet, expuso el punto de vista de los colonos. Es probable que nunca, en ninguna asamblea parlamentaria, un solo discurso haya encerrado semejante sarta de mentiras y difamaciones.

Según la descripción de la esclavitud formulada por Millet ésta era la forma más feliz de sociedad conocida tanto en tiempos antiguos como en tiempos modernos. "Vivimos en paz, señorías, en medio de nuestros esclavos. [...] Que un hombre inteligente y educado compare el deplorable estado de estos hombres en África con la fácil y plácida existencia de que disfrutan en las colonias. [...] Con todas la necesidades cubiertas, rodeados de favores desconocidos en la mayor parte de los países europeos, seguros en el disfrute de su propiedad, pues disponen de propiedad y

es sagrada, cuidados en la enfermedad con un dispendio y una atención que inútilmente se buscaría en los hospitales de los que tanto se jacta Inglaterra, protegidos, respetados en las enfermedades de la vejez; en paz con sus hijos, y con su familia [...] liberados cuando prestan servicios relevantes: éste es el cuadro, real y sin florituras, del gobierno de nuestros negros, y este gobierno interno se ha perfeccionado especialmente durante los últimos diez años con un cuidado del que no es posible encontrar ejemplo alguno en Europa. Los vínculos más sinceros ligaban al amo y al esclavo; dormíamos seguros en medio de estos hombres que llegamos a considerar como hijos nuestros y muchos de nosotros no teníamos ni cerrojos ni candados en nuestras puertas."

Éste, al parecer, era el destino de los esclavos hasta 1787, el año anterior al caso Le Jeune. ¿Y el terror, para mantener subyugados a los esclavos, *del que dan fe miles de documentos? Sobre esto, ni una palabra. Cierto,* hubo un pequeño número de feroces y severos amos. "Pero, ¿qué suerte corrían estos viles individuos? Marcados para la opinión pública, contemplados con horror por todas las personas respetables, apartados de la sociedad, desacreditados económicamente, vivían en oprobio y deshonor y morían en la pobreza y la desesperación [...]."

¿Qué cambió este idílico estado de cosas? Y entonces entra en escena el villano.

"Y sin embargo, señores, una sociedad cobra forma en el seno de Francia y prepara desde la lejanía la destrucción y las convulsiones que ahora padecemos. [...] Y lejos de autorizarnos a continuar con nuestro trabajo, esta sociedad nos obliga a abandonarlo a la vez que propaga la insubordinación entre nuestros esclavos y la ansiedad entre nosotros."

Tras dirigir esta andanada contra los Amigos del Negro, Millet se volvió contra la misma Asamblea. Conocía su talón de Aquiles. "Pronto afirman que esta sociedad pedirá la supresión del comercio de esclavos, es decir, que los beneficios que reporta para el comercio francés se entreguen a extranjeros, pues su romántica filosofía nunca persuadirá a las potencias europeas de que su deber es abandonar el cultivo de las colonias y renunciar a los habitantes de África, presa de la barbarie de sus tiranos, en lugar de emplearlos ellos mismos. Bajo amos considerados explotan un territorio que permanecería inculto sin su aportación, y cuya rica producción resulta, para las naciones que la poseen, una gran fuente de progreso y de prosperidad."

¿Los mulatos? Ellos y los blancos habían convivido pacíficamente: más aún, felizmente. "Los vínculos de afecto y de compenetración existentes entre ambos tipos de personas" se reforzarían con las leyes justas y humanas que aprobaría una Asamblea Colonial. Pero también en este punto los Amigos del Negro desvirtuaban falazmente la postura de los blancos motejándola de vanidad pretenciosa e intento de resistirse a unas reclamaciones justas.

Pero ningún hombre puede resistirlo eternamente, y menos aún hombres formados en la tradición intelectual francesa. Antes de llegar a la conclusión, Millet dejó caer bruscamente el elegante velo para dar una visión del Santo Domingo blanco en toda su brutal crudeza.

"Estos toscos individuos [los negros] son incapaces de entender la libertad y disfrutarla sabiamente, y la imprudente ley que osase destruir sus prejuicios sería para ellos y para nosotros un decreto de muerte."

La Asamblea Legislativa escuchó en silencio. No era ningún juego malabar con la palabra "esclavitud": era la esclavitud misma, presentada ante la burguesía para que la ratificase por toda la eternidad. Jaurès observa que no hubo ningún abucheo, ninguna de esas molestas interrupciones con las que el Legislativo acostumbraba expresar su desaprobación ante la mera palabra "esclavitud". Cuando Millet hubo concluido, el presidente invitó a los delegados a asistir a la sesión. Pero esto era demasiado. Alguien de la extrema izquierda se levantó airado. "¡Cómo, Sr. Presidente! Su señoría invita a la sesión a hombres que acaban de ultrajar la filosofía y la libertad, hombres que acaban de insultar..." Pero con los beneficios del comercio de esclavos la Asamblea se jugaba demasiado, y la izquierda carecía de empuje para semejante empresa.

Al día siguiente Brissot tomó la palabra, y en nombre de los mulatos pronunció un formidable y celebrado discurso. Describió a los blancos ricos como hombres ansiosos de obtener la paz y dispuestos a conceder derechos políticos a los mulatos; de los patriotas, en su mayor parte profundamente endeudados con Francia e inclinados a la independencia, dijo que envidiaban a los mulatos libres de deudas económicas y que estaban determinados a mantener los privilegios de raza, tanto más preciosos para ellos cuanto que descansaban sobre bases tan frágiles.

"Es así como podemos explicar la existencia simultánea, en el corazón del colono mismo, del odio contra el hombre de color que reclama

sus derechos, contra el comerciante que reclama sus deudas y contra un gobierno libre que reparta justicia para todos."

La burguesía volvió a enfrentarse una vez más por los derechos de los mulatos. Esta vez el enfrentamiento duró cuatro semanas, dentro y fuera del Parlamento. Vaublanc ocupó el lugar del ausente Barnave, pero los Amigos del Negro contaban con un nuevo argumento bajo la forma de los concordatos entre blancos y mulatos, y la burguesía marítima estaba convencida en ese momento de que la única manera de salvar a la colonia era concediéndoles sus derechos a los mulatos: las negociaciones entabladas por los patriotas con otros países les habían abierto los ojos a la naturaleza real de estos caballeros. Vergniaud y Guadet lograron convencer a sus patronos de que la vieja política era falsa. Los grandes armadores, comerciantes y mercaderes se desentendieron de los colonos. El grupo de Barnave, los *feuillants*, dominaba el ministerio que gobernaba en ese momento, pero la revolución volvía a cobrar aliento. Los *feuillants* fueron depuestos el 10 de marzo y en su lugar entró un ministro girondino, con Roland a la cabeza, pero con madame Roland y Brissot como líderes espirituales. El 24 de marzo, el Legislativo aprobó un decreto por amplia mayoría, otorgando plenos derechos políticos a los hombres de color. Algunos trataron de argumentar que las decisiones de la Asamblea Constituyente eran sacrosantas, pero un diputado de la izquierda, acompañado de grandes aplausos, desafió la teoría de que el Legislativo estuviese ligado para siempre a los decretos de la Constituyente y orgullosamente subrayó la soberanía del pueblo sobre los derechos de las asambleas formales. Se nombró a tres nuevos comisarios dotados de supremos poderes y se destacaron amplios contingentes para velar por la aplicación del decreto y respetar el orden, y el 4 de abril la firma del rey convertía el decreto en ley.

Pero ¿qué ocurría con los esclavos? Los esclavos se habían rebelado por la libertad. La revuelta debía ser reprimida. Pero al menos podría haber una promesa de perdón, de trato respetuoso en el futuro. Sobre esto, ni una palabra. Ni por parte de Vaublanc a la derecha ni de Robespierre a la izquierda. Robespierre se ridiculizó a sí mismo criticando violentamente la palabra "esclavitud", que propuso sustituir por la expresión "no libres". Brissot dejó caer una alusión afirmando que era desafortunada, y ahí quedó todo.

"La causa de los hombres de color es pues la causa de los patriotas del antiguo Tercer Estado y finalmente de las personas oprimidas duran-

te tanto tiempo." Así había hablado Brissot, y Brissot, representante del Tercer Estado, estaba preparado para ayudar al Tercer Estado de los mulatos y para darle al pueblo, tanto en Francia como en Santo Domingo, frases. Los campesinos franceses seguían reclamando a la Asamblea que los liberase de las cargas feudales. Los *brissotins* no iban a hacerlo. No era su intención tocar la propiedad, y los esclavos eran propiedad. Blangetty, un diputado, presentó una moción para graduar el derecho a voto. El Legislativo ni siquiera la debatió. El 26 de marzo, dos días después del decreto favorable a los mulatos, Ducos se atrevió a proponer la libertad para todos los niños mulatos, "fuera cual fuese el estatus de su madre". El Legislativo procedió a votar hoscamente la cuestión anterior, y a Ducos ni siquiera se le concedió el turno de palabra para que defendiese su moción. Los Amigos del Negro, buenos liberales, estaban ahora en el poder y guardaban a propósito de la esclavitud un silencio tan espeso como cualquier colono. Los esclavos, ignorantes en materia de política, habían acertado al no esperar nada de estos elocuentes hacedores de frases. Toussaint, el astuto estudiante de política francesa, leía y tomaba nota.

De todos los líderes negros que aspiraban a la libertad para todos, Toussaint era el único que en esos primeros meses de 1792 estaba organizando con miles de negros ignorantes e indisciplinados un ejército capaz de enfrentarse a las tropas europeas. Los insurgentes habían desarrollado un método de ataque basado en su aplastante superioridad. No se abalanzaban como fanáticos en formaciones masivas. Se situaban por grupos, eligiendo lugares arbolados como forma de envolver al enemigo, buscando aplastarlo por la propia evidencia de los números. Llevaban a cabo estas maniobras preliminares en el más absoluto silencio, mientras sus sacerdotes (los negros) entonaban el *wanga*, y las mujeres y los niños cantaban enloquecidos. Una vez que éstos llegaban al paroxismo, los guerreros entraban en combate. Si encontraban resistencia se retiraban reservando sus fuerzas, pero a la menor fragilidad defensiva que advirtiesen se volvían extremadamente fieros, precipitándose hacia los cañones y cayendo como una nube sobre sus oponentes. Al principio ni siquiera sabían utilizar las pistolas que caían en sus manos y solían aplicar la llama por la punta equivocada. Con estos hombres ("incapaces de hablar dos palabras en francés") había que hacer un ejército. Toussaint podía

haber contado con miles de seguidores. Es característico de él que empezase con unos pocos centenares de hombres elegidos, fieles a él, que aprendieron a su lado el arte de la guerra desde el principio, a medida que luchaban codo a codo contra las tropas francesas y los colonos. En el campo los instruía y los entrenaba con regularidad. En julio de 1792 no contaba más que con quinientos hombres leales, lo mejor de las tropas revolucionarias. Estos hombres, y no los discursos del Legislativo, serían decisivos en la lucha por la libertad. Pero nadie prestaba mucha atención a Toussaint y a sus seguidores negros. Los *feuillants* y los jacobinos de Francia, los blancos y los mulatos de Santo Domingo, seguían considerando la revuelta de los esclavos como un gigantesco motín que sería reprimido en el momento debido, una vez suturada la fractura entre los propietarios de esclavos.

V
Y LAS MASAS DE PARÍS COMPLETAN

Seis mil hombres, cuatro mil de la Guardia Nacional y dos mil tropas regulares, zarparon de Francia en quince barcos con el fin de acabar con todas estas reyertas entre los propietarios de esclavos de Santo Domingo y suprimir la rebelión de los negros. Los comisarios eran Sonthonax, un jacobino del ala derecha, amigo de Brissot; Polverel, que había instigado para que Barnave y sus secuaces fueran expulsados de las filas jacobinas, y a su vez seguidor también de Brissot; y un tal Ailhaud, un tipo sin relevancia. Para la tarea que se les había asignado, la expedición era la apropiada. Pero no logró sobrevivir a las disensiones que desde julio de 1789 estaban desgarrando a Francia entera. Los comisarios eran revolucionarios y los oficiales superiores leales al rey. Antes de hacerse a la mar, disensiones jerárquicas indispusieron al comandante, Desparbes, con los comisarios y aquél dirigió a las tropas palabras "equívocas e inconstitucionales". Se armó tal revuelo que la cuestión llegó a oídos de oficiales y de soldados. Opiniones divergentes en torno al desembarco volvieron a enfrentarlos y no bien pusieron pie en tierra se dividieron en dos bandos. Los guardias nacionales eran civiles de la revolución; las tropas, soldados del rey. En lugar de movilizar el conjunto de sus tropas para atacar a los esclavos, Desparbes, nada más desembarcar, conspiró con los monárquicos locales de manera que los guardias nacionales fueron distribuidos entre los diversos sectores a las órdenes de oficiales monárquicos. Los comisarios llevaban consigo la revolución a bordo del navío. Y la revolución saldría a su encuentro en su punto de destino. Pero también, lo cual era infinitamente más importante para los esclavos, la habían dejado atrás.

Zarparon de Rochefort a mitad del mes de julio. No habían llegado aún a Santo Domingo cuando las masas parisinas, hartas de parlamentarios abstrusos e incompetentes, tomaron las riendas y expulsaron del trono a los Borbones.

Para desviar la atención de las reclamaciones campesinas, de la reivindicación proletaria que exigía un precio umbral para los alimentos, de éstas y de otras cuestiones candentes de la revolución, los girondinos precipitaron al país, 17 días antes del decreto del 4 de abril, en una guerra con Austria. Una parte del ejército era monárquica, la otra revolucionaria. María Antonieta filtraba al enemigo los planes militares. La Francia revolucionaria parecía incapaz de organizarse y los monárquicos esperaban a los extranjeros para alzarse y masacrar la revolución. Acobardados frente a la contrarrevolución, acobardados aún más frente a las masas parisinas, los girondinos se abstuvieron de adoptar medidas contra los monárquicos y las gentes de París, presas de la exasperación, tomaron las Tullerías el 10 de agosto. Encerraron en la cárcel a la familia real, disolvieron el Legislativo y convocaron un nuevo Parlamento, la Convención Nacional. Las masas administraron severa justicia a los organizadores del complot monárquico que había dado origen a las masacres de septiembre y asumieron la defensa de Francia con sus callosas, robustas y honestas manos. El gobierno girondino proponía evacuar París. Los trabajadores lo impidieron. Armaron diariamente a 2.000 voluntarios y, apaciguada la retaguardia monárquica por tiempo indefinido, se pusieron en marcha coreando entusiastas canciones para expulsar a la contrarrevolución de suelo francés. A ellos se debió la salvación de la Francia revolucionaria.

¿Qué tiene esto que ver con los esclavos? Todo. Bajo condiciones normales, ni de los trabajadores ni de los campesinos de Francia cabría esperar que tomasen partido alguno en la cuestión colonial, como tampoco cabría esperarlo de los trabajadores británicos o franceses hoy en día. Pero en ese momento iban a por todas. Estaban atacando la monarquía, la tiranía, la reacción y la opresión de todo tipo, y entre ellas se encontraba la esclavitud. El prejuicio racial es aparentemente el más irracional de todos los prejuicios y, por una reacción perfectamente comprensible, los trabajadores de París habían pasado de la indiferencia de 1789 a reservar un odio particular por el sector de la aristocracia que se denominaba a si misma "aristócratas de piel".[1] El 11 de agosto, el día después de la toma de las Tullerías, Page, destacado agente de los colonos en Francia, escribió a Santo Domingo en tono casi desesperado. "El único espíritu que prevalece aquí es el del horror hacia la esclavitud y el entusiasmo por la libertad. Es una locura que embriaga todas las cabezas y crece

día a día."[2] A partir de ese momento las masas de París se decantarían por la abolición, y sus hermanos negros de Santo Domingo contaban, por primera vez, con fervorosos aliados en Francia.

La Convención Nacional sería elegida y celebraría sus debates bajo la influencia de estas masas. Los esclavos de Santo Domingo habían demostrado a la Francia revolucionaria, con su rebelión, su capacidad para luchar y morir por la libertad; y el curso lógico de la revolución en Francia había situado en primer plano de la escena a unas masas que, al hablar de abolición, se referían a la abolición teórica y práctica. Pero se precisa tiempo, capacidad de organización, para que el sentir de las masas se traduzca en acción, y por ahora la revolución debía enfrentarse a prioridades más urgentes que la esclavitud.

Al desembarcar el 18 de septiembre, ni los nuevos comisarios ni los habitantes de Santo Domingo sabían nada de lo que había ocurrido el 10 de agosto.

Venían para solucionar principalmente el problema de los mulatos. Se encontraron con la agradable sorpresa de que ya estaba resuelto. Tres años de guerra civil, un año de rebelión de los esclavos, habían enseñado a los plantadores blancos a obrar, al fin, con un poco de sentido. Fue conocer el decreto y aceptarlo: tanto los blancos del norte como los del oeste y los del sur. El 14 de julio de 1792 los blancos ofrecieron una cena a los hombres de color, que los hombres de color les devolvieron pocos días después. El gobernador, el comandante de la base naval, el tesorero, todos escribieron a los comisarios para decir que los blancos habían aceptado unánimemente el decreto.[3] Obviamente, persistía el prejuicio racial. No es algo que pueda erradicarse ni en un día ni en un año. Pero los blancos querían paz, y en la ceremonia de recepción el presidente blanco de la asamblea, el alcalde blanco de Le Cap, todos se refirieron a la reyerta con los mulatos como algo del pasado. Dos fenómenos los inquietaban. Uno, la esclavitud. "No hemos traído a medio millón de esclavos desde las costas africanas para convertirlos en ciudadanos franceses", comunicó el presidente de la asamblea a Sonthonax, y Sonthonax lo tranquilizó. Sólo reconozco, dijo, a dos clases de hombres en Santo Domingo, los libres, sin distinción de color, y los esclavos. Pero el segundo fenómeno era la revolución. Tanto las escarapelas rojas como las escarapelas blancas confiaban en la ayuda de los comisarios.

Los monárquicos veían en los comisarios a unos funcionarios designados por el rey, los revolucionarios los veían como miembros del Club de los Jacobinos. Sonthonax se adhirió, inevitable en un jacobino y *brissotin,* a la revolución. Reorganizó el gobierno de manera que el poder se concentrase en manos de la comisión e incluyó en su consejo tanto a mulatos como a negros libres. El paso siguiente era obviamente atacar a los esclavos antes de que las tropas empezaran a acusar los efectos del clima. Pero tal vigoroso ataque nunca llegó a materializarse.

A principios de octubre alcanzaba Santo Domingo la noticia de lo ocurrido el 10 de agosto. No era mera cuestión de lealtad a un monarca. La burguesía prescinde con bastante celeridad de su rey en favor de la república si así conviene a la salvación de su propio pellejo y sus posesiones. El 10 de agosto significaba algo más. Significaba la aspiración al poder de las masas, y no con discursos, sino con armas. No habría tregua alguna en ningún lugar de Francia después del 10 de agosto. Los monárquicos leales a Desparbes y los revolucionarios detrás de Sonthonax se abalanzaron unos contra otros. Los mulatos apoyaron a Sonthonax, que se impuso, y deportaron a Desparbes y a otros líderes monárquicos a Francia. La revolución triunfaba. Pero Sonthonax estaba decidido a abolir la discriminación que sufrían los mulatos, y a los pequeños blancos y a la chusma, aunque revolucionarios, los indignaban los tratos de favor que Sonthonax dispensaba a los hacendados mulatos. Los corroía la envidia y el prejuicio racial. Sonthonax los denominaba "aristócratas de piel" y se atenía al espíritu y a la letra del decreto del 4 de abril. La división de los gobernantes ensanchaba una vez más un hueco para que los gobernados pudiesen respirar mejor.

Sin embargo, esta buena suerte aparente no tenía esencialmente nada de casual. El primer síntoma de que una sociedad está profundamente desequilibrada y desfondada es que las clases gobernantes no logran ponerse de acuerdo sobre el modo de capear la situación. De tal división surge la fractura, y en ese enfrentamiento porfían las clases gobernantes pero sólo hasta que empiezan a temer que sean las masas quienes accedan al poder. La rebelión, sin embargo, parecía encontrarse ahora en su último estertor. Laveaux, el comandante francés, derrotó a Toussaint con la simple ayuda de unos pocos soldados y obligó a los esclavos rebeldes a abandonar sus posiciones. El hambre y las enfermedades los diezmaban. Quince mil personas hambrientas, hombres, mujeres y

niños, con sus soldados vencidos y expulsados hacia las montañas, acudieron a suplicar que los devolviesen a sus plantaciones. Toussaint y el escaso centenar de soldados instruidos que lo rodeaba desde hacía poco más de un año no tenían a quien recurrir en medio de la multitud, y, aunque con mayores efectivos, Jean François y Biassou estaban en posición aún más débil que la suya. Candy, tras encabezar a un grupo de mulatos, había desertado de los negros para unirse a los comisarios, primer avatar de las vacilaciones entre los mulatos que tan desastrosas consecuencias habrían de tener en el futuro. A principios de 1793, cuando se preparaba para el asalto final que pondría la puntilla a la insurrección, Laveaux recibió de los comisarios la orden de retirarse.

La revolución había rebasado las fronteras de Francia. El 21 de enero de 1793 el rey fue ejecutado. Los ejércitos revolucionarios estaban cosechando triunfos y las clases dominantes de Europa preparaban defensas contra este nuevo monstruo: la democracia. En febrero estalló la guerra con España, después con Gran Bretaña, y para defender las costas contra enemigos extranjeros Sonthonax recabó la presencia de Laveaux. La ola revolucionaria volvió a propagarse una vez más por la llanura, para ya no volver a perder ímpetu, y Toussaint empieza a vislumbrarse en este momento como el hombre del futuro.

Los negros no sabían aún dónde radicaban sus auténticos intereses. Y si no lo sabían no era por su culpa, ya que la Revolución Francesa, en manos aún de liberales y "moderados", tendía inexorablemente a conducirlos de vuelta hacia la pasada esclavitud. Y así, cuando los españoles de Santo Domingo ofrecieron a los negros una alianza contra el gobierno francés, los negros, por supuesto, la aceptaron. Se trataba de hombres blancos que les ofrecían pistolas, municiones, suministros, que los valoraban como soldados, los trataban en pie de igualdad y les pedían que matasen a otros blancos. Se reunieron en tropel para unirse a las fuerzas españolas y Jean François y Biassou fueron nombrados lugartenientes generales de los ejércitos del rey de España. Toussaint también se unió, pero discutió condiciones con los españoles para hacerlo como líder independiente y no como subordinado de Biassou. Disponía de seiscientos hombres, bien formados y absolutamente leales, y recibía un título oficial de coronel.[4] Como todos los demás negros, Toussaint emprendió el ataque contra la atea, antimonárquica república y se fajó en nombre de

la monarquía, tanto la española como la francesa. Pero, para él, estos conceptos no eran ya sino mera política, no convicciones.

Es la madurez de Toussaint la que resulta tan sorprendente. Jean François y Biassou estaban perfectamente satisfechos con sus nuevos cargos oficiales. Pero Toussaint propuso al marqués de Hermona, su superior inmediato, un plan para conquistar la colonia francesa y conceder la libertad a todos los negros.[5] El marqués de Hermona dio su visto bueno pero don García, el gobernador, se negó. Frustrado en este punto, Toussaint escribía antes de junio una carta a Laveaux[6] –no llevaba aún ni cuatro meses con los españoles– ofreciendo sus servicios a los franceses para luchar contra los españoles si Laveaux reconocía la libertad de los negros y concedía una amnistía general. Laveaux se negó y Toussaint, consternado, permaneció al lado de los españoles.

Pero las cosas iban de mal en peor con los franceses, y el 6 de agosto, Chanlatte, un oficial mulato, una de las creaciones de Sonthonax, ofreció a Toussaint "la protección" de la República a cambio de la rendición de sus tropas. En política todo término abstracto enmascara la traición. Toussaint se negó, e insulsamente replicó que "los negros deseaban *un rey y sólo depondrían sus armas cuando a éste se le hubiese* rehabilitado". Sin duda Chanlatte pensó que se trataba de un africano ignorante y fanático, pues muchos historiadores, aun después de estudiar la carrera de Toussaint, continuaron pensando que tenía algo de fe "africana" en la realeza. Nada estaba más lejos de la mente de Toussaint. Aunque aliado con los españoles, continuó agrupando vigorosamente a los negros bajo el lema de libertad para todos. El 29 de agosto hizo pública una proclama:

> Hermanos, amigos, yo soy Toussaint L'Ouverture, mi nombre quizás os resulte conocido. He iniciado la venganza. Quiero que la Libertad y la Igualdad prevalezcan en Santo Domingo. Lucho por darles vida. Uníos a nosotros, hermanos, y aliaos a nosotros en la misma causa, etcétera.

Su muy humilde y muy obediente servidor.
(Firmado) TOUSSAINT L'OUVERTURE,
General de los Ejércitos del Rey,
por el Bien Público.[7]

Este curioso documento muestra que Toussaint había sustituido ya su apellido Bréda por L'Ouverture,[8] y que contaba con razones para suponer que su nombre no era desconocido. Pero lo más digno de atención es la confianza con que nada entre dos aguas al mismo tiempo. Utiliza el prestigio de su posición como general de los ejércitos del rey, pero exhorta a los negros en nombre de la libertad y de la igualdad, las palabras clave de la Revolución Francesa, y de las que la monarquía era enemiga declarada. Ninguna lo conduciría al logro de sus metas, de manera que se valía de ambas.

Sonthonax seguía gobernando con severidad el norte, donde los blancos se resignaban a regañadientes al triunfo de la revolución, y los mulatos se aferraban golosamente a todos los puestos de poder. Sonthonax, pese a que reprobaría más tarde esta codicia, se apoyaba en ellos y deportó, para que los juzgasen en Francia, a todos cuantos oliesen a contrarrevolución. De allí acababa de llegar Galbaud, nombrado gobernador en sustitución de De Blanchelande, arrestado y enviado a Francia por Sonthonax. Cuando Galbaud llegó a Le Cap, Sonthonax estaba en Puerto Príncipe visitando a Polverel. Los blancos de Le Cap, la mayoría a favor de la contrarrevolución, acogieron con una apoteósica bienvenida a Galbaud, que tenía propiedades en Santo Domingo. Sonthonax y Polverel, conscientes de lo que esto significaba, emprendieron raudamente el viaje desde Puerto Príncipe para despedir a Galbaud y a su comitiva y embarcarlos con destino a Francia. Pero no entraba en los cálculos de Galbaud marcharse de rositas. Los marineros se pusieron de su parte. Desembarcó con un ejército, los blancos de la contrarrevolución se aliaron con él y entre ambos lograron expulsar de la ciudad a los comisarios y a sus fuerzas. Sonthonax, anticipándose a la derrota, al exterminio, ordenó que se prestasen armas a todos los esclavos y prisioneros de Le Cap, al tiempo que prometía perdón y libertad a los esclavos insurgentes que rodeaban la ciudad. Dejó que todos ellos se abalanzasen sobre Galbaud y sobre los blancos. Los marineros de Galbaud, ebrios de vino y de victoria, empezaban a entregarse al pillaje apenas cesados los combates cuando 10.000 negros emprendieron el descenso desde las colinas en dirección a la ciudad. El sendero de las montañas discurría a la orilla del mar y, durante horas, los marineros que permanecieron en la cubierta de los navíos atracados en el puerto pudieron contemplar el enjambre humano que caía sobre

Le Cap. La contrarrevolución huyó hacia el puerto abandonándolo todo en su retirada. Galbaud tuvo que arrojarse al mar para acceder a un bote y, para rematar la confusión de los monárquicos, estalló un fuego que incendió hasta sus cimientos dos terceras partes de la ciudad, destruyendo propiedades valoradas en cientos de millones de francos. Diez mil refugiados se apiñaron en los navíos atracados en el puerto y zarparon hacia los Estados Unidos de América, la gran mayoría para no volver jamás. Era el final de la dominación blanca en Santo Domingo.

Así es como el Santo Domingo blanco se destruyó a sí mismo. La leyenda actual sostiene que la abolición de la esclavitud desembocó en la destrucción de los blancos, lo cual es una vergonzosa mentira, uno de los instrumentos característicos de los que se valió en el pasado la reacción para ocultar sus crímenes y poner coto a los avances del presente. En mayo de 1792 los blancos no lograban ponerse de acuerdo sobre si otorgar o no los derechos a los mulatos, y Roume afirma que, cuando llegó el decreto del 4 de abril, se publicó al día siguiente.[9] Demasiado tarde. De haberlo hecho un año antes, al inicio de la rebelión esclava, hubiesen podido controlarla antes de que se propagase. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Por prejuicio racial? Absurdo. ¿Por qué Carlos I y sus seguidores no se comportaron razonablemente con Cromwell? En 1646, dos años después de Marston Moor, la señora Cromwell y la señora Ireton tomaron el té con Carlos en Hampton Court. Cromwell, gran revolucionario pero también gran burgués, deseaba llegar a un entendimiento. ¿Por qué ni Luis ni María Antonieta ni la corte se comportaron razonablemente con los revolucionarios moderados antes del 10 de agosto? ¿Por qué no lo hicieron? En Francia había que descuajar a la monarquía de raíz. Los que están en el poder nunca ceden, y sólo admiten la derrota como modo de tramar e ingeniar mecanismos que les permitan recuperar su perdida autoridad y sus privilegios. Si los monárquicos hubiesen sido blancos, los burgueses mulatos y las masas de Francia negras, la Revolución Francesa hubiese pasado a la historia como un conflicto racial. Pero aunque en Francia todos eran blancos, el combate fue similar. La lucha de clases desemboca o bien en la reconstrucción de la sociedad o bien en la ruina compartida de las clases contendientes. La Revolución Francesa sentó las bases de la Francia moderna, el país en su conjunto era lo bastante fuerte como para soportar el impacto y sacarle partido, pero tan corrupta y podrida estaba la sociedad esclava de Santo Domingo que no pudo soportar tensión de ningún tipo y tuvo la muerte que merecía.

Sonthonax regresó a Le Cap, una ciudad casi devastada. Para su sorpresa, los esclavos rebeldes, concluido el pillaje, no se mantuvieron junto a los comisarios. Recogido el botín, volvieron a su vida errante en las colinas, al lado de sus aliados españoles. Los franceses enviaron delegados para atraerlos pero todos, incluido Toussaint, replicaron que sólo podían obedecer a un rey y que sólo reconocerían a los comisarios cuando tuviesen un rey, demagógico argumento que les había sido metódicamente inculcado por los españoles. Los oficiales monárquicos desertaban de Sonthonax para unirse a los españoles y ahora, para terminar de rematar las dificultades de los comisarios, a los esclavos que no se habían rebelado les despertaba el fermento revolucionario del entorno y se negaban a seguir siendo esclavos. Salieron en tropel a las calles de Le Cap, exaltados como en una misa evangélica, y gritando a favor de la libertad y la igualdad. En las plantaciones ajenas hasta ese momento a la destrucción ocurría otro tanto. Los propietarios blancos de esclavos que permanecían en Santo Domingo habían aprendido mucho en los últimos dos años. Uno de ellos, propietario de cientos de esclavos, le dijo a Sonthonax que sería conveniente declarar la abolición. Sonthonax se enteró de que Jean François estaba a punto de agrupar a los negros bajo su estandarte, apelando a la libertad de todos. Golpeado por todos los costados y en busca de apoyo contra el enemigo interno y contra el enemigo externo, Sonthonax declaró la abolición de la esclavitud el 29 de agosto de 1793. Era su última baza y debía jugarla bien.

En la Provincia Occidental, Polverel, aunque insatisfecho, aceptó el decreto y convenció a los blancos que se habían quedado para que no lo bloqueasen. A falta de otra alternativa, aceptaron momentáneamente. Pero el decreto fue un fiasco. Los liberados por Sonthonax siguieron siéndole siempre fieles; pero Jean François, Biassou y los demás soldados experimentados mantuvieron su alianza con los españoles, y Toussaint, aunque no fiel a los españoles, siguió reacio a aliarse con los franceses.

Los esclavos del sur, que se habían rebelado contra blancos tanto como contra mulatos, empezaban a cosechar grandes victorias. Pero el control del oeste seguía en manos de los mulatos. Hacía mucho que Rigaud y Beauvais, con ayuda de sus aliados blancos, habían capturado Puerto Príncipe. Tras expulsar a los monárquicos, los mulatos consolidaron su dominación gracias a su ejército. Pero cuando cesaron los combates, seleccionaron a varios de los esclavos más valientes y les ofrecieron ser libres

si lograban convencer a los demás de que aceptasen la esclavitud (manteniéndolos a raya al mismo tiempo). La oferta fue aceptada y 100.000 esclavos fueron conducidos de vuelta a las plantaciones: el destino inevitable de toda clase que permite que otra la domine. Confiando en sus esclavos, muchos de los propietarios mulatos del oeste, pese a tener el gobierno en sus manos, se volvieron contra el decreto de abolición y abandonaron la revolución a la que tanto le debían. La propiedad, blanca y mulata, estaba otra vez bajo la enseña de la contrarrevolución.

Sonthonax intentó desesperadamente ganarse la voluntad de los esclavos negros. Pero pese a todas las tentativas de acercamiento de Laveaux, instándolo a que considerase el decreto de abolición como prueba de buena voluntad hacia los negros, Toussaint no se unió a los franceses. Su grupo crecía rápidamente, no sólo en número, también en calidad. Muchos de los oficiales monárquicos que habían desertado prefirieron, en lugar de alistarse con las tropas españolas, unirse a una tropa de negros que antes habían sido franceses, confiando en ganar influencia sobre ellos y utilizarlos para sus propios fines. Con ellos aprendió Toussaint la estrategia militar ortodoxa: los utilizó para formar sus tropas y organizó un eficaz estado mayor. No había mapas del distrito. Convocó a los habitantes del lugar: de ellos aprendió la geografía local y sus nociones de geometría le permitieron elaborar valiosos mapas. Uno de sus guías fue Dessalines, hombre incapaz de leer ni escribir, con el cuerpo marcado por los latigazos, pero un soldado formidable y al que pronto se asignaría un alto puesto de mando.

No sólo su intrepidez en el combate, también su dominio de la política y la intriga iban granjeándole a Toussaint cada vez más poder. Cuando el teniente coronel Nully desertó para unirse a Toussaint, los franceses nombraron en su lugar a Brandicourt. Con trescientos hombres elegidos Toussaint le tendió una emboscada a Brandicourt. Mientras los hombres de Brandicourt se acercaban, le fue preparando una acogida a base no de fuego sino de desafío: "Alto. ¿Quién va?" "Francia es la que va." "Que se acerque entonces su general y se dirija a nosotros, nada tiene que temer." Brandicourt, que estaba en medio de sus soldados, ordenó el ataque, pero sus hombres le rogaron que parlamentase con Toussaint. Un solo paso al frente y Brandicourt fue capturado y conducido a presencia de Toussaint, que le ordenó redactar una declaración de derrota.

Con lágrimas en los ojos Brandicourt le escribió a Pacot, su segundo, que había sido hecho prisionero y que dejaba en sus manos adoptar la decisión que creyera más conveniente. Toussaint rompió la misiva e insistió en que Brandicourt les escribiese a los suyos la orden directa para que se rindiesen. Brandicourt la escribió y al recibir la carta Pacot (que mantenía secretos contactos con Toussaint) les dijo a los demás oficiales: "Hagan ustedes lo que quieran, yo me rindo". Los tres destacamentos se unieron a las fuerzas de Toussaint, sin un disparo. Cuando Toussaint volvió a su campo al frente de este ejército blanco, sus propios hombres se quedaron tan atónitos que le resultó difícil convencerlos de que los recién llegados eran aliados, y la sorpresa del marqués de Hermona, su superior, no fue menor.

Esta victoria sin derramamiento de sangre puso en manos de Toussaint la plaza de Dondon. Marchó sobre Marmelade, donde a lo largo de toda la jornada se sucedieron violentos combates. Vernet, el comandante mulato, a quien Polverel llamó cobarde, se encontró en un grave aprieto y no tardó en desertar para unirse a Toussaint junto con 1.200 hombres. Toussaint tomó Ennery y el comandante del fuerte se alió a él. Sólo la población de Plaisance lo separaba de Gonaïves; pero una legión mulata procedente del oeste lo rechazó y reconquistó Ennery. Tras un breve intervalo para reorganizar a los suyos Toussaint se hizo de nuevo con Ennery y en diciembre de 1793 marchó sobre Gonaïves. De regreso se apoderó de Plaisance y el comandante del lugar, Chanlatte, se unió a él con todas sus tropas. Todas las guarniciones de St. Marc, Verrettes, Arcahaye, aisladas y desahuciadas, se rindieron a Toussaint y se incorporaron a su ejército. La abolición de la esclavitud, fundamento de la propiedad en Santo Domingo, había debilitado la moral de los comandantes republicanos, y entre unirse a la contrarrevolución bajo Toussaint o ser masacrados por su ejército, la elección no era difícil, especialmente porque al general negro lo aureolaba ya una gran reputación por su humanidad, algo muy raro en el Santo Domingo de aquellos tiempos. Así fue como en los primeros meses de 1794 Toussaint logró controlar todo el cordón occidental, desde la colonia española hasta el mar, aislando la Provincia del Norte de la Provincia Occidental y la del Sur. Los españoles dominaban todas las plazas fortificadas de la Provincia del Norte salvo Le Cap y otras dos más, y nadie ignoraba que el mérito era de Toussaint. Toussaint seguía subordinado a Jean François y a Biassou,

pero ahora disponía de 4.000 hombres y bajo su mando había negros, mulatos y blancos, antiguos oficiales del Antiguo Régimen y antiguos republicanos. Pero la mayoría eran negros, y Dessalines, Christophe y Moïse habían sido esclavos. Toussaint ostentaba un poder indiscutible, maestro consumado ya en el arte de la guerra y hábil negociador. Pero, aunque había luchado bajo la enseña de la contrarrevolución, era consciente de sus poderes y restregaba en las mismas narices de los oficiales españoles el llamamiento a la libertad para todos los negros.

Jean François y Biassou, sus rivales, se habían convertido ahora en ídolos para los colonos franceses refugiados. Dos años antes no les hubiesen dirigido ni siquiera la palabra, pero la revolución es una excelente pedagoga y estos plantadores franceses, "nuevos súbditos del rey de España",[10] como se denominaban a sí mismos, comparaban a Jean François y a Biassou con los "grandes generales de la antigüedad" y confiaban en que les despejasen las montañas, "restableciesen el orden", para a continuación tomar Le Cap. Biassou, Jean François y Hermona tramaron un plan de campaña y Biassou empezó a reunir sus tropas, prescindiendo de varios destacamentos establecidos por Toussaint. Toussaint desplazó estos destacamentos y alzó a los negros. Persistió, para cólera e indignación de los colonos, en violar las "sagradas promesas" del rey de España prometiendo "libertad general para todos los esclavos que hubiesen vuelto a su deber" y que contribuyesen a preservar el orden. Los colonos alababan a Biassou, "cuya conducta era merecedora de admiración general", pero maldecían a Toussaint y a su libertad para todos, lo acusaban de traidor al rey y pedían su cabeza. Toussaint ejercía extraordinaria capacidad de dominio sobre todos sus colaboradores y el marqués de Hermona, que le profesaba enorme admiración, ni podía ni estaba dispuesto a mover pieza.

Y mientras Toussaint obraba estos prodigios en el norte, vino a añadirse la complicación de los ingleses, que intentaron tomar por asalto Santo Domingo, en ese momento aparentemente indefenso.

Desde el inicio mismo de la revolución, los plantadores habían amenazado con pedir protección a los británicos, y tras la rebelión esclava de 1791 le ofrecieron la colonia a Pitt. Pero Santo Domingo guardaba escasa semejanza con la India, o con África, lugares que podían saquear con total comodidad. Interferir aquí significaría la guerra con Francia. En con-

secuencia, los británicos se abstuvieron, no sin empezar a tramar planes y proyectos de conquista. En diciembre de 1792, el teniente coronel John Chalmers, experto en cuestiones de las Indias Occidentales, escribía un memorándum a Pitt a propósito de, así lo denominaba, la "vasta, vasta relevancia" de Santo Domingo.[11] "La deplorable situación de las Indias Occidentales francesas", decía Chalmers, "parece requerir la enérgica protección de Gran Bretaña". Y esta protección, qué curioso, prometía alta rentabilidad. "El provecho que Santo Domingo puede reportar a Gran Bretaña es ilimitado y le daría el monopolio del azúcar, el añil, el algodón y el café. Esta isla aportaría durante años tal impulso y vigor a nuestra industria que en todos los rincones del Imperio resonaría su gozoso eco. Acabaría a su vez con la emigración desde nuestros tres reinos hacia los Estados Unidos, que proseguirá en su avance y desarrollo (de no hacernos con esta propiedad) hasta convertirse en verdaderamente alarmante y perjudicial."

Chalmers coincidía con doctas opiniones británicas respecto de la decadencia de las Indias Occidentales británicas. "Las posesiones de Gran Bretaña en las Indias Occidentales son relativamente inconsistentes, insignificantes, muy diseminadas y, por todo ello, defensivamente frágiles." Aquí se presentaba la oportunidad para paliar este lamentable estado de cosas. Mediante una alianza con España, "ofensiva y defensiva", ambos países lograrían mantener a Francia y a los Estados Unidos alejados de las Indias Occidentales, consolidando sus respectivas posiciones. Gran Bretaña tendría que aspirar a Santo Domingo en su totalidad, pero si las circunstancias o las potencias aliadas conviniesen en que la isla entera resultaba "demasiado onerosa para su valor político", Gran Bretaña debía retener en cualquier caso la parte norte.

El patriótico coronel concluía con una observación singular. "Por sombría y amenazadora que resulte la actual situación de Europa, una guerra breve y bien conducida, concluida con una rápida pacificación, podría reportar el mayor y más duradero beneficio. Confiamos humildemente en que las partes beligerantes sepan apreciar la profunda necesidad de confinar [a Francia] dentro de los límites establecidos a la muerte de Enrique IV, incluidos todos sus dominios en el exterior con la excepción de Santo Domingo y la isla de Borbón."

La inquietud del coronel Chalmers por la "vasta, vasta" relevancia de Santo Domingo resultaba completamente injustificada. Tales eran exacta-

mente las impresiones de Pitt. Cuando la guerra parecía inminente, Dundas despachó a cuatro colonos franceses en presencia de Williamson, gobernador de Jamaica, con una carta de presentación. Inmediatamente declarada la guerra dieron comienzo las negociaciones y el 3 de septiembre de 1793 se firmaron las capitulaciones.[12] La colonia aceptaría la protección de Gran Bretaña hasta que se firmase la paz. Se introducirían modificaciones al sistema exclusivista, pero volverían a implantarse el Antiguo Régimen, la esclavitud, la discriminación de los mulatos y todo lo demás. A Clarkson y Wilberforce no les quedó sino lamentar y deplorar[13] la peculiar tibieza que ahora mostraba Pitt hacia la causa que había defendido tan vehementemente hacía sólo unos pocos años.

Si alguna vez existió algo parecido a la oportunidad de oro, nunca debió de estar tan a mano. Desde todos los rincones de la isla afluyeron escritos asegurando a los británicos que serían bien recibidos por todas las personas en posesión de propiedad, ¿y acaso contaba alguien más en Santo Domingo? Todos los gastos se reembolsarían sobre la base de los ingresos de Santo Domingo. El general Cuyler comunicó a Dundas que no albergaba "aprensión de ningún tipo en relación con nuestra victoria en las Indias Occidentales".[14] Pitt y Dundas dieron el curso más rápido posible a la expedición, con indiferencia temeraria hacia la propia seguridad de Gran Bretaña. Ciertas demoras llegaron incluso a sacar a Dundas "de sus casillas".[15] Para Pitt, "asegurarse las Indias Occidentales era prioritario".[16] De lo que Santo Domingo representaba entonces da cumplida fe el que la partida de la expedición no debía retrasarse ni siquiera ante el posible riesgo de que Francia invadiese Gran Bretaña. "Habrá que recurrir entonces a cargas adicionales para que el país cuide de su propia defensa interna."[17] Dos años más tarde, este mismo Dundas comunicaría al Parlamento que la guerra en las Indias Occidentales se había librado "en nombre de este país [...] no una guerra en busca de riquezas o de expansión, sino una guerra por la propia seguridad".[18] Dundas sabía que ningún parlamentario lo creería. Pero el Parlamento siempre ha aceptado este tipo de oratoria para mantener a la opinión pública tranquila.

El 9 de septiembre los novecientos hombres que componían la expedición británica salieron de Jamaica para desembarcar en Jérémie el día 19. En ningún país nadie supera a los dueños de la propiedad a la hora de agitar la bandera y reclamarse patriotas, pero sólo mientras no se toque sus posesiones: por preservarlas desertarían de su Dios, de su rey y de

su país en un abrir y cerrar de ojos. Todo el Santo Domingo de los propietarios salió apresuradamente a darles la bienvenida a los británicos, los defensores de la esclavitud. Junto a los franceses permanecieron militares como los hermanos Rigaud y Beauvais, los destacamentos a sus órdenes, o políticos como Pinchinat, pero los propietarios mulatos, sobre todo en la Provincia Occidental, preferían a sus esclavos antes que la libertad y la igualdad. Todo cuanto se había luchado en Puerto Príncipe quedó olvidado. Cuando Beauvais le reprochó su actitud a Savary, el alcalde mulato de St. Marc, éste no ocultó su punto de vista. "En la medida en que las instrucciones de los comisarios civiles aseguren un futuro próspero y feliz, yo las ejecutaré una por una; pero en cuanto advierta que fomentan la conflagración en ciernes que prospera ahora en todas partes, tomaré medidas para salvaguardar a nuestros conciudadanos y preservar nuestra propiedad." El hermano de Ogé se puso del lado de Savary.

Ante semejante bienvenida no hubo obstáculo que frenase a los británicos. A comienzos de 1794 estaba en sus manos toda la fachada marítima del golfo de Puerto Príncipe, exceptuando la capital; la totalidad de la Provincia Occidental; gran parte del sur, salvo un pequeño territorio controlado por las tropas de Rigaud; y la importante fortaleza de Môle St. Nicholas. Desde las demás islas de las Indias Occidentales llegaban noticias aún más alarmantes sobre los éxitos de Gran Bretaña y de la contrarrevolución. El 3 de febrero un destacamento británico de 7.000 hombres y 19 navíos zarpó de Barbados y en dos meses capturó Martinica, Santa Lucía y Guadalupe. Williamson, el gobernador de Jamaica, había tenido acceso a información según la cual en el mismo Le Cap "todas las personas con propiedades"[19] (la frase es suya) aguardaban para darles la bienvenida. Le escribió a Dundas sobre el "prodigioso"[20] comercio que mantenían ahora con Santo Domingo y su esperanza de que este comercio mejoraría, consecuentemente, las arcas británicas. Dundas lo felicitó efusivamente por este triunfo[21] sorprendentemente rápido.

Fue un momento crucial en la historia. Si los británicos conseguían controlar Santo Domingo, la más próspera colonia del mundo, recobrarían su poder sobre los mares de América. En lugar de ser abolicionistas se hubiesen convertido en los más poderosos abogados y practicantes del comercio de esclavos,[22] a escala mucho mayor de la que nunca se hubiera practicado. Pero había otro problema más urgente. Si los británicos

completaban la conquista de Santo Domingo, el imperio colonial de la Francia revolucionaria desaparecía; sus vastos recursos pasarían directamente a los bolsillos de Gran Bretaña, y Gran Bretaña podría volver a Europa y lanzar su ejército y su marina contra la revolución.

Sonthonax, Polverel y Laveaux, que lo sabían, lucharon por salvar a Santo Domingo para la revolución. "Si es necesario esconderse tras una doble o triple fila de colinas", le dijo Sonthonax a sus seguidores de Le Cap, "yo os enseñaré a hacerlo. No tendremos más asilo que los cañones, ni más comida que agua y plátanos, pero viviremos y moriremos libres". Los británicos trataron de sobornar a Laveaux porque los revolucionarios, por supuesto, eran despreciables individuos cuya conducta estaba guiada por el dinero o la ambición. Laveaux, que bajo el Antiguo Régimen había pertenecido a la nobleza, solicitó la intervención del mayor James Grant que, no obstante, se negó. "Mejor morir, ciudadano", escribió Sonthonax a uno de sus oficiales. "Sí, mejor morir mil veces antes que tolerar de nuevo la caída en la esclavitud y la servidumbre de los habitantes de Santo Domingo. Si morimos no les dejaremos a los ingleses más que huesos y cenizas." Los británicos lo instaron a que entregase Puerto Príncipe. Respaldado por un puñado de hombres se negó con desdén y los británicos se retiraron. Pero a finales de mayo un ejército combinado de soldados británicos y emigrados franceses atacó la ciudad. Con la ayuda de traidores lograron acceder a una importante fortaleza de las afueras; Sonthonax y Polverel, escoltados por Beauvais y por un pequeño destacamento de negros, huyeron a Jacmel. Era el 4 de junio y los ingleses celebraron la toma de la capital el mismo día de la onomástica del rey. Lo demás era sólo cuestión de días.

Toussaint, que era oficial español y en consecuencia aliado de los británicos, veía cómo se venían abajo todas sus secretas esperanzas ante los triunfos de los ingleses. Seguía los progresos de la abolición en Inglaterra.[23] Pero en cuanto la conquista de Santo Domingo pareció insinuarse como una posibilidad real, la Ley sobre Abolición inició la trayectoria parlamentaria del estancamiento perenne. La república francesa, la monarquía constitucional británica, la autocracia española, aunque la una pudiera sonreír y la otra fruncir el entrecejo conforme a las exigencias del momento, ninguna se molestaba siquiera en disimular que, a la postre, el destino final de los negros sería o bien el látigo del capataz o bien

la bayoneta. En cuanto los británicos se adueñaran de Santo Domingo, españoles e ingleses se volverían contra los negros y los condenarían de nuevo a la esclavitud. Sonthonax la había abolido, pero sin autoridad alguna. Sólo el gobierno republicano de Francia estaba autorizado para pronunciarse sobre esto, y el gobierno republicano no había dicho ni una palabra.

Pese a la sensibilidad de Francia hacia los esclavos, la Convención permaneció más de un año de brazos cruzados. Mientras Brissot y los girondinos ocupasen el poder no se tocaría nunca el tema de los esclavos. Pero Brissot y los suyos no iban a durar. No iban a controlar las especulaciones financieras de la burguesía, no iban a fijar el precio umbral de los alimentos, no iban a imponer impuestos a los ricos para costear la guerra, no iban a aprobar la legislación que conculcase los derechos feudales y no iban a ratificar la incautación de tierras por parte de los campesinos. París les daba miedo y no iban a imponer un sólido gobierno central para todo el país, y pese a las incesantes insurrecciones y confabulaciones monárquicas, seguían aferrados a un sistema federal que preservase a la burguesía de provincias de un control ejercido por el París revolucionario. Ellos fueron, no Robespierre ni los montañeses, quienes instituyeron los tribunales militares con objeto de frenar no la contrarrevolución sino toda propuesta de "ley agraria o cualquier otra ley subversiva para la prosperidad territorial, comercial o industrial". Robespierre no era comunista en absoluto pero sí estaba dispuesto a ir más allá que los girondinos, y las masas, conscientes ahora sí de lo que querían, se apartaron de los girondinos y trasladaron su apoyo a Robespierre y los montañeses: la extrema izquierda. Dumouriez, el general girondino al mando, desertó a la contrarrevolución. Las masas parisinas abandonaron la Comuna de París, hasta ese momento núcleo del París revolucionario, y organizaron su propio célula independiente, el famoso Evêché; y tanto el 31 de mayo como el 2 de junio, con firmeza pero con gran moderación, forzaron a los líderes girondinos a retirarse de la Convención y los pusieron bajo arresto domiciliario, ofreciendo rehenes propios como aval de su libertad. Cuando la historia se escribe como hay que escribirla, es la moderación y la caudalosa paciencia de las masas, no su ferocidad, lo que ha de provocar el asombro de la humanidad. Los girondinos huyeron y se dispersaron por las provincias, donde se unieron a la contrarrevolución.

En esos días difíciles Robespierre y los montañeses gobernaron Francia con firmeza. La Convención abolió al fin las leyes feudales, puso fin a los abusos más sangrantes y se ganó la confianza del pueblo. Pese a las intrigas políticas de los dirigentes, el gobierno (aunque hostil al comunismo) se ganó la confianza del pueblo, porque no podía depender de nadie más. Una extraña exaltación mezcla de sacrificio y devoción se transmitió por toda la Francia revolucionaria y por París. Como en la Rusia de Lenin y Trotski se le habló honestamente al pueblo de sacrificio o victoria, se reconocieron abiertamente los errores, y aunque los reaccionarios de hoy no tienen ojos sino para los miles de personas que cayeron bajo la guillotina, París marcó, entre marzo de 1793 y julio de 1794, uno de los momentos supremos en la historia política. Nunca hasta 1917 volverían a ejercer las masas tanta influencia política –pues no se trataba más que de influencia– sobre ningún gobierno. Durante esos escasos meses en que estuvieron más cerca que nunca del gobierno, no se olvidaron de los negros. Los sentían como hermanos y odiaban a los viejos propietarios de esclavos, que sabían a favor de la contrarrevolución, como si hubiesen sido franceses mismos los que habían sufrido bajo el látigo.

No fue sólo París sino toda la Francia revolucionaria. "Campesinos, trabajadores, sirvientes, jornaleros del campo",[24] todos los franceses estaban imbuidos de un odio virulento contra la "aristocracia de piel". A muchos los había conmovido tanto el sufrimiento de los esclavos que habían dejado de tomar café, imaginándolo empapado en la sangre y el sudor de hombres convertidos en bestias.[25] La noble y generosa clase trabajadora francesa y los millones de honestos ingleses inconformistas que escuchaban a sus párrocos y daban su apoyo al movimiento inglés por la abolición de la esclavitud: tales son las personas a quienes los hijos de África y los amantes de la humanidad recordarán con afecto y gratitud, no a los verbosos liberales franceses ni a los hipócritas de la "filantropía más el cinco por ciento"[26] en las Cámaras del Parlamento británico.

Ésta era la Francia a la que, en enero de 1794, llegaron tres diputados enviados por Santo Domingo a la Convención: Bellay, un esclavo negro que había comprado su libertad; Mills, un mulato, y Dufay, un hombre blanco. El 3 de febrero asistieron a la primera sesión. Lo que ocurrió allí fue completamente inesperado.

El presidente del Comité para los Decretos se dirigió a la Convención: "Ciudadanos, el Comité para los Decretos ha comprobado las cre-

denciales de los diputados de Santo Domingo. Considero que están en regla, e insto a que se los autorice a ocupar su lugar en la Convención". Camboulas se levantó. "Desde 1789 han sido destruidas la aristocracia de nacimiento y la aristocracia de religión; pero la aristocracia de piel se mantiene. También ésta se halla en su último estertor, y la igualdad ha sido consagrada. Un hombre de raza negra y un hombre de raza amarilla están a punto de unirse a esta Convención en nombre de los ciudadanos libres de Santo Domingo." Los tres diputados de Santo Domingo accedieron al salón de actos. El negro rostro de Bellay y el amarillo de Mills levantaron largas y repetidas salvas de aplausos.

Los siguió Lacroix (de Eure-et-Loire): "La Asamblea está ansiosa por contar en su seno con alguno de los hombres de color que han estado oprimidos durante tantos años. Hoy en día cuenta con dos. Solicito que su presentación sea saludada con un abrazo fraterno del presidente".

La moción fue aprobada entre aplausos. Los tres diputados de Santo Domingo avanzaron hacia el presidente y recibieron el beso fraterno mientras todo el salón de actos estallaba en un nuevo y estruendoso aplauso.

Al día siguiente, Bellay, el negro, pronunciaba un largo y furibundo discurso, exhortando a los negros para que abrazasen la causa revolucionaria y solicitasen a la Convención la abolición de la esclavitud. Cuadraba bien que una persona negra y ex esclava fuese la encargada de presentar uno de las actos legislativos más importantes que una asamblea política haya aprobado jamás. Nadie tomó la palabra después de Bellay. En lugar de ello Levasseur (del Sarthe) presentó una moción: "Al elaborar la Constitución de los franceses no prestamos atención de ningún tipo a los desventurados negros. La posteridad tendrá grandes reproches que formularnos por ello. Reparemos el error: proclamemos la libertad de los negros. Señor Presidente, no tolere que la Convención se deshonre a sí misma con un debate sobre la cuestión". La asamblea lo aclamó, puesta en pie. Los dos diputados de color aparecieron en la tribuna y se abrazaron mientras el salón de actos se llenaba con los aplausos tanto de los miembros como de los visitantes. Lacroix escoltó al mulato y al negro hacia el presidente que les dio el beso presidencial, mientras estallaban de nuevo los aplausos.

Cambon llamó la atención de la Cámara sobre un incidente que había tenido lugar entre el público.

"Una ciudadana de color que asiste con regularidad a las sesiones de la Convención ha sido presa de una alegría tan intensa al ver que concedíamos la libertad a todos sus hermanos que se ha desmayado (aplausos). Solicito que el hecho conste en actas y que esta ciudadana sea admitida al auditorio y reciba al menos el reconocimiento de sus virtudes cívicas." La moción prosperó y la mujer caminó hacia el banco delantero del anfiteatro para tomar asiento a la izquierda del presidente, enjugándose las lágrimas en medio de otra explosión de euforia.

Lacroix, que había tomado la palabra el día anterior, propuso entonces el anteproyecto de decreto. "Insto a que el ministro de Marina delegue inmediatamente consejeros a las Colonias para comunicar la feliz noticia de su liberación, y propongo el siguiente decreto: la Convención Nacional declara abolida la esclavitud en todas las colonias. Declara en consecuencia que todos los hombres, sin distinción de color, domiciliados en las colonias, sean considerados ciudadanos franceses y disfruten de todos los derechos garantizados por la Constitución."

Lejos quedaba tanta palabrería y gesticulación, el sabotaje de los Barnaves, la memoria interesada de los Brissots. En 1789 Grégoire había propuesto la igualdad para los mulatos y la abolición gradual. Lo habían tratado como a cualquiera que en la Unión Sudafricana de hoy en día propusiese la mera igualdad social y política para los africanos educados y la liberación de la esclavitud para el resto. Como a Grégoire, lo hubiesen acusado de bolchevique y ya podría darse con un canto en los dientes si lograba escapar al linchamiento. Sin embargo cuando las masas se rebelan (como se rebelarán un día) e intentan acabar con una tiranía de siglos, no sólo los tiranos sino toda la "civilización" levanta sus brazos horrorizada y pide que se restituya el "orden". Si una revolución lleva aparejados grandes costes indirectos, muchos son herencia de la codicia de los reaccionarios y la cobardía de los que se denominan moderados. El daño se había cometido en las colonias francesas mucho antes de la abolición y el culpable no era la abolición sino su rechazo.

En esa época Santo Domingo era la única de las colonias francesas que había abolido la esclavitud, y la generosa espontaneidad de la Convención era sólo un reflejo del desbordante deseo que inundaba a toda Francia de acabar con la tiranía y la opresión allá donde se presentasen. Pero la generosidad del espíritu revolucionario era a la vez la opción política más acertada. Robespierre no estuvo presente en la sesión y no apro-

bó la iniciativa. Danton entendió que la Convención se había extralimitado por exceso de entusiasmo, y consideró que debería haber obrado con más prudencia. Pero a este maestro de la estrategia revolucionaria no se le escapó que el decreto, al ratificar la libertad conquistada por los negros, estaba otorgándoles un interés concreto en la lucha contra la reacción británica y española. "Los británicos están acabados," gritó, "Pitt y sus manejos han sido fulminados".

Pero mientras la revolución exultaba con orgullo justificado, los ricos enfurecían, con su obstinación y desvergüenza pertinaces. En cuanto se aprobó el decreto, la burguesía marítima envió a los diputados de la Convención una "comunicación [...] a propósito de la concesión del voto para los negros".

"¡Bravo! Cien veces bravo, caballeros. Éste es el grito que resuena en todos nuestros lugares de trabajo cuando llega la prensa diaria y nos informa sobre las grandiosas operaciones que se traen ustedes entre manos. Ciertamente, disponemos de todo el tiempo del mundo para leer porque ya no hay ningún trabajo por delante. Ya no se cargan barcos en nuestros puertos y mucho menos se construyen. Las fábricas están desiertas e incluso han cerrado las tiendas. Y así, gracias a sus sublimes decretos, cada día es una fiesta para nuestros trabajadores. Contamos con más de trescientos mil en nuestras diferentes ciudades sin otra ocupación que, cruzados de brazos, discutir las noticias del día, los Derechos del Hombre y la Constitución. Es cierto que cada día tienen más hambre, pero ¡quién se acuerda del estómago cuando están alegres los corazones!"

La Convención, también burguesa, no sintió alegría alguna pasado el primer arrebato,[27] pero las masas y los radicales saludaron el decreto como "otro gran avance en la selva de los atropellos".[28]

No se sabe con certeza cuándo llegó la noticia a las Indias Occidentales. Pero el 5 de junio, el día posterior a las celebraciones del cumpleaños del rey y la captura de Puerto Príncipe, los comandantes ingleses de San Cristóbal conocieron la noticia de que siete barcos franceses habían escapado a la flota británica para desembarcar en Guadalupe. Al frente estaba Victor Hugues, un mulato, "una de las grandes personalidades de la Revolución Francesa e incapaz de arredrarse ante nada",[29] liberado de su puesto como fiscal público de Rochefort y enviado a las Indias Occidentales. Hugues sólo se llevó a 1.500 hombres, pero transmitió también el mensaje de la Con-

vención a los negros. No había ningún ejército negro en las islas de Barlovento como sí lo había en Santo Domingo. Tuvo que formar uno recurriendo a negros sin experiencia. Pero les infundió el mensaje revolucionario y los vistió con los colores de la República. El ejército negro se abalanzó sobre los victoriosos británicos, empezó a expulsarlos de las colonias francesas, después llevó la guerra hasta las mismas islas británicas.

Toussaint conoció la noticia en algún momento del mes de mayo. El destino de los franceses de Santo Domingo pendía de un hilo, pero ahora que el decreto de Sonthonax había sido ratificado en Francia, no dudó un solo momento e inmediatamente le comunicó a Laveaux que estaba dispuesto a unirse a él. Laveaux, entusiasmado, aceptó la oferta y consintió en nombrarlo brigadier general; Toussaint respondió con una energía y una audacia que dejó estupefactos a todos en Santo Domingo. Envió al desahuciado Laveaux buenas municiones procedentes de los arsenales españoles. Después persuadió a todos sus seguidores para que cambiasen de bando, y todos aceptaron: los soldados franceses, los ex esclavos de las bases y todos sus oficiales, negros y blancos monárquicos que habían desertado de la República para unirse a él. Su compostura durante la misa era tan devota que el marqués de Hermona al verlo comulgar un día observó que si Dios bajase a la tierra un día no podría encontrar espíritu más puro que el de Toussaint. Una mañana de junio, tras comulgar con su devoción habitual, Toussaint cayó sobre el desprevenido Biassou y desbarató sus tropas. A continuación, tras una campaña tan brillante como aquella en la que había capturado las líneas militares para los españoles, volvió a capturarlas para Francia, bien conquistándolas o bien ganándose la confianza de los comandantes militares y de los hombres, de manera que cuando se unió a los franceses contaba con una tropa de 4.000 hombres, la Provincia del Norte había sido casi reconquistada, y los españoles, Biassou y Jean François no sólo estaban derrotados sino también desmoralizados. Los británicos, tras recibir con retraso nuevos refuerzos, calculaban ya cuánto podrían rebañarle del Santo Domingo conquistado a sus aliados, los españoles. Para este tipo de cuestiones, le escribió Dundas a Williamson, cuanto más tengamos en poder nuestro más fundadas nuestras pretensiones. Sobre ellos cayó Toussaint para arrebatarles el pastel, con uno de sus saltos de tigre. Capturó todas sus posiciones en la orilla derecha del Artibonite, los obligó a huir cruzando el río y, de no haber sido por una suerte de inesperadas fatalidades, les hubiese arrebatado incluso la plaza fuerte de St. Marc.

VI
LA ASCENSIÓN DE TOUSSAINT

La relación de fuerzas en Santo Domingo se había invertido por completo, y aunque en ese momento pocos lo reconocían abiertamente, Toussaint y los negros eran a partir de este momento los elementos cruciales de la revolución. Ahora Toussaint era un oficial francés al mando de un ejército de 5.000 hombres que defendía una línea de plazas fortificadas entre la Provincia del Norte y el oeste, y que había progresado en la Provincia Occidental hasta alcanzar la orilla derecha del río Artibonite.

En el sur, Rigaud había sustituido a Beauvais y proseguía su propia campaña contra los británicos. A causa de su fragilidad marítima, la República no podía suministrar ayuda de ningún tipo. Ni los ingleses ni los españoles carecían, gracias a la flota y las riquezas británicas, de armas o dinero. Los británicos dominaban varios de los distritos más fértiles de la colonia, y la Llanura del Norte, antes próspera, estaba prácticamente devastada pese a encontrarse de nuevo bajo posesión francesa. Los dueños de la propiedad traicionaban a la República siempre que podían. Igualdad y libertad era cuanto podía ofrecer la República. Pero con ellas bastaba. Durante años Pitt y Dundas siguieron invirtiendo dinero y hombres en las Indias Occidentales, para enfrentarse a aquellos a quienes les gustaba tildar de rebeldes. Favorecidos por el clima, campesinos negros recién salidos de la esclavitud y mulatos leales al mando de sus propios oficiales infligieron a los ingleses la derrota más severa sufrida por una expedición militar británica desde los tiempos de la reina Isabel hasta la Primera Guerra Mundial. Fue una historia que permaneció completamente olvidada durante más de un siglo, hasta que en 1906 la desenterró Fortescue, el historiador del Ejército británico. Fortescue atribuye la culpa a Pitt y a Dundas "que estaban plenamente al tanto de que en esa ocasión no se enfrentarían sólo a paupérrimos y enfermizos franceses sino a la población negra de las Indias Occidentales. Pese a ello condujeron a sus tropas hacia estas islas pestilentes, a la espera de poder

destruir así el poder de Francia, para encontrarse, demasiado tarde, con que no habían sino prácticamente destruido al Ejército británico".[1]

Laveaux estaba solo en este momento al frente de la colonia, después de que a Sonthonax y a Polverel, acusados de traición y otros delitos por algunos colonos emigrados, se los hubiese obligado a volver. Ambos habían abandonado a la monarquía para abrazar la causa jacobina, y habían logrado grandes avances antes del decreto del 4 de febrero. Aunque Toussaint daba cumplida cuenta de sus actos a Laveaux, su superior, en la práctica ejercía un control no supervisado sobre el grueso de la tropa y también sobre el distrito. Todo dependía del ejército. La mayoría de los soldados de Toussaint eran africanos nacidos lejos de la colonia, incapaces, según los despectivos términos de Jean François, de articular dos palabras en francés. La alta oficialidad se componía también, como el propio Toussaint, de ex esclavos. Aparte de Dessalines estaban Christophe, que dejó su hotel para salir en busca de la banda de Toussaint en las montañas; su hermano, Paul L'Ouverture, y Moïse, que había atravesado el Atlántico de niño para ser adoptado por Toussaint, y que ahora pasaba por ser sobrino suyo. El ejército, salvando algunos oficiales blancos, era una milicia revolucionaria en todos los sentidos, y en ello radicaba el secreto de su fuerza.

Si para esta milicia la República, la libertad y la igualdad eran los pilares morales, su eje era el propio Toussaint. Había ocupado por vez primera una posición de mando en octubre de 1792, y menos de dos años después lo encontramos escribiendo más de una vez que la larga experiencia le había enseñado la necesidad de estar al pie del terreno, de otro modo las cosas siempre salen mal.[2]

Su presencia contagiaba ese efecto electrizante característico de los grandes hombres de acción. "Les expuse la posición del enemigo y la necesidad absoluta de repelerlo. Los valerosos republicanos Moïse, J.B. Paparet, Dessalines y Noel respondieron por boca de todos los jefes que afrontarían todos los peligros, que llegarían hasta donde hiciese falta y que me seguirían hasta el fin." Los soldados, aunque exhaustos, respondieron con idéntico valor y se precipitaron contra el fuego de mosquetes y cañones "sin sacar un arma, las pistolas enfundadas". "Nada", exclamaba Toussaint, "podría resistirse al valor de los *sansculottes*". En cierta ocasión, habiéndose quedado sin municiones, combatieron a pedradas. Toussaint convivía con sus hombres y cuando sus milicianos carga-

ban, él iba a la cabeza. Si había que mover un cañón, arrimaba el hombro, lo que en cierta ocasión a punto estuvo de costarle una mano aplastada. Todos lo conocían desde hacía apenas unos meses, cuando no era sino el viejo Toussaint. Compartía con ellos todas las fatigas y peligros. Pero era reservado, impenetrable y severo, con los hábitos y maneras del aristócrata de pura cepa.

"He recibido su carta, así como las actas de la reunión", escribe a uno de sus oficiales. "Observo con agrado que han rechazado al enemigo, y sólo me merece elogios el modo en que se han ensañado con él, con un coraje digno de los buenos republicanos.

Pero constato, ciudadanos, con mucha amargura, que las órdenes que impartí en tres ocasiones para que penetrasen en territorio del enemigo y lo desalojasen de allí no han sido obedecidas. Si hubieran condescendido a ejecutarlas [...] todas las posiciones de la otra orilla del río Artibonite habrían sido destruidas. [...] Han pisoteado mis órdenes sobre el barro."

Sus dotes extraordinarias, sus silencios, su brusca manera de hablar imponían cierta distancia hasta a los oficiales más cercanos. Lo veneraban, pero inspiraba más respeto que cariño. Incluso Dessalines, el Tigre, flojeaba ante Toussaint, y ese exceso de reserva y de ensimismamiento, aunque espontáneo en él y destinado a revelarse en algún momento con todas sus consecuencias, resultó de incalculable valor durante aquellos primeros e indisciplinados días.

A veces la tropa ni siquiera tenía nada que comer y los soldados debían salir por caña de azúcar. En agosto al menos llegó un pequeño suministro de armas, pero eran malas. "He recibido dos mil pistolas, aunque en mal estado. [...] Las repararé, muchas son demasiado cortas y las entregaré a los dragones. [...] Gran parte de las pistolas del 7º y 8º regimientos están en mal estado."

Los británicos y los españoles, que disponían de todo cuanto necesitaban y sabían en qué estado se hallaban los hombres de Toussaint, infiltraron agentes entre su tropa para ofrecerles armas, vituallas y un salario digno. Pero no consta que tuviesen éxito alguno con los hombres de Toussaint. La milicia revolucionaria tenía la moral demasiado alta.

Toussaint contaba a su favor con la libertad y con la igualdad, las consignas revolucionarias. Eran armas poderosas en época de esclavos, pero

las armas están para ser usadas y Toussaint las utilizó con la destreza y finura de un espadachín.

Bandas de cimarrones infestaban el frente de batalla, la más poderosa formada por 5.000 individuos a las órdenes de Dieudonné. Rigaud y Beauvais intentaban halagarlo para que cooperase con ellos, pero Dieudonné, a quien no le inspiraban confianza, dijo que no obedecería a ningún mulato e inició negociaciones con los británicos. Los británicos habían hecho lo posible por comprarlo, pero en esta campaña tenían alrededor del cuello la soga de su política reaccionaria. Ni siquiera podían permitirse mentir como bellacos: demasiado peligroso, sus ricos aliados hubiesen desertado inmediatamente. Hasta en sus componendas con Dieudonné pecaron de tal cautela que éste terminó por recelar de sus intenciones y los dejó plantados. A oídos de Beauvais y Rigaud llegaron rumores de las negociaciones de Dieudonné con los británicos y le suplicaron a Toussaint que hiciera valer su influencia. Con una sola carta zanjó y trastocó por completo la situación.

"[...] No doy crédito a los funestos rumores que corren sobre ti, dicen que has abandonado a tu país para aliarte con los ingleses, los enemigos declarados de nuestra libertad y nuestra igualdad.

¿Es posible, querido amigo, que justo cuando Francia triunfa sobre todos los monárquicos y nos reconoce como hijos suyos en virtud del favorable decreto del 9 de termidor, cuando nos concede todos los derechos por los que luchamos, te dejes tú engañar por nuestros antiguos tiranos, que se aprovechan de varios desventurados hermanos nuestros sólo para cargar de cadenas a todos los demás? Durante algún tiempo los españoles pusieron una venda ante mis ojos, pero pronto entendí sus manejos. Me aparté y les he dado su merecido.

Volví a mi país, que me recibió con los brazos abiertos y me ha recompensado con creces. Te ruego, querido hermano, que sigas mi ejemplo. Si razones particulares te impiden confiar en los generales Rigaud y Beauvais, sí que puedes hacerlo en el gobernador Laveaux, que vela como un buen padre por todos nosotros y es en quien delega nuestra madre patria. Espero que a mí no me rechaces, ya que soy negro como tú, y no albergo más deseo, tenlo presente, que ser testigo de tu felicidad y la de todos nuestros hermanos. Por lo que a mí se refiere, creo que la única forma de alcanzarla es ponerse de parte de la República Francesa. Sólo bajo esta bandera seremos de verdad libres e iguales. Así opino, queri-

do amigo, y estoy seguro de no equivocarme. [...]" La carta merece relectura; cada frase golpea de lleno su objetivo.

"Si has sido víctima de las mentiras de los ingleses, como me parece muy factible, créeme, querido amigo, abandónalos. Únete a los republicanos honestos y expulsemos juntos del país a estos monárquicos. Son unos canallas y pretenden imponernos las vergonzosas cadenas de las que tanto nos costó liberarnos." Toussaint reclamaba unidad. "Recuerda, mi querido amigo, que la República Francesa es una e indivisible y en eso está el origen de su fuerza y de su victoria sobre todos sus enemigos."

El tiempo demostraría hasta qué punto eran sinceras estas referencias constantes de Toussaint a la República Francesa.

Sus emisarios dieron traslado de esta carta hasta las posiciones de Dieudonné y la leyeron ante los soldados reunidos. Al oírla, los negros estallaron en invectivas contra Dieudonné y sus amistades, concluyente prueba de que pese a su ignorancia, su incapacidad para labrarse su camino entre el laberinto de proclamas, mentiras, promesas y trampas que los acechaban, pese a todo, lo que querían era luchar por la libertad. Laplume, adjunto de Dieudonné, se aprovechó de esta decepción y arrestó en el acto a Dieudonné y a dos de sus seguidores. También tras esto se ocultaba la mano de Toussaint, pues les había recalcado a sus hombres que si los británicos lograban meterse a Dieudonné en el bolsillo, ellos tendrían que aproximarse a los otros cabecillas y convencerlos "del modo más enérgico" de que estaban siendo utilizados. A Dieudonné lo encerraron en la cárcel, pero Laplume, en vez de aliarse con Rigaud o con Beauvais, se unió a las tropas de Toussaint y con él se llevó a 3.000 hombres. Toussaint escribió inmediatamente a Laveaux para pedirle que a Laplume lo nombrase coronel. "Te juro que esto surtirá un efecto espléndido", y Laveaux ratificó el nombramiento. Rigaud y Beauvais no pudieron sentirse muy felices. Tres mil hombres eran una inmensa adquisición, y Toussaint los obtuvo gracias a una carta y a una delegación.

Si el ejército era el instrumento, las masas eran el fundamento del poder de Toussaint, cuyo incremento corría paralelo a la influencia que ejercía sobre ellas. Apenas abandonada la degradación de la esclavitud, las masas habían accedido a un universo de asesinatos y violencias indiscriminados. Los españoles invitaron a ochocientos franceses a retornar a Puerto Príncipe desde los Estados Unidos. Concluido el sermón en la

parroquia, Vásquez, el sacerdote, hizo una señal a Jean François, que había pasado la mañana con él en el confesionario. Soldados españoles se unieron a los de Jean François y metódicamente asesinaron a casi mil franceses, hombres, mujeres y niños. Éstos por lo menos ya no volverían a reclamar sus propiedades. Con tal modelo de civilización se la veían los antiguos esclavos. Se sucedían continuas refriegas en la Provincia Occidental por el control de vastas extensiones de tierras devastadas, requemadas. En las zonas de combate el hambre la padecían todos: ricos y pobres, blancos y negros. No es de extrañar en absoluto que los trabajadores negros estuviesen en permanente estado de sublevación.

El miedo al retorno de la esclavitud siempre estaba latente tras estos disturbios. Los británicos no tenían intención alguna de abolir la esclavitud, como tampoco los españoles. Los regimientos de negros sólo fueron autorizados en 1795,[3] e incluso entonces estaban taxativamente prohibidas las promesas de libertad para quien sirviese a los británicos.[4] Pero esto era demasiado inflexible, y los británicos enrolaron negros en sus filas a cambio de una paga. Todos los bandos confundían a los infelices negros jugando con sus miedos y acusando al otro bando –Toussaint y los franceses incluidos– de querer restaurar la esclavitud. Ingleses y españoles podían apuntalar su propaganda ofreciendo armas y dinero. Jean François decía a los negros que sólo un rey estaba autorizado a concederles la libertad y que por eso debían luchar por el rey de España. Algunos plantadores les ocultaron a sus esclavos la información sobre el decreto. Entre los negros cundía ya la desconfianza hacia los plantadores blancos. Ahora, las maquinaciones de los británicos y de los españoles les habían enseñado a quienes empezaban a entender de política que casi todos los blancos de las colonias eran iguales, aves carroñeras cebándose en la ignorancia y la bisoñez de las grandes masas de trabajadores negros.

Por estos negros faltos de disciplina cívica, a la deriva en un país desgarrado por la revolución y la guerra, con el deseo de libertad por única certeza, pero aturdidos y utilizados por todos los bandos, Toussaint albergaba una profunda y apasionada compasión. "¡Oh, africanos, hermanos!" exhorta en una de sus proclamas. "¡Me habéis merecido tantos desvelos, tantas fatigas, tanto penar, vosotros que para sellar vuestra libertad tuvisteis casi que desangraros!" Por autócrata que fuese, así sentía a los suyos. Solía utilizar la frase "siempre son los negros los que más sufren",

y uno puede sentir el espontáneo brote de horror que debió embargarlo al conocer la noticia de una rebelión campesina, instigada por los británicos, en un distrito de la Provincia del Norte. "No os costará mucho adivinar quién ha asestado este terrible golpe. ¿Es posible que los trabajadores vayan a ser siempre el juguete y el instrumento de venganza de los monstruos que se han abatido sobre esta colonia? [...] La sangre de tantas y tantas víctimas clama venganza, y ni la justicia humana ni la divina pueden seguir demorando el castigo a los culpables."

A la primera señal de insurrección, Toussaint acudía el primero. Los distritos más problemáticos estaban situados en torno de Limbé, Plaisance, Marmelade y Port-de-Paix, núcleos incipientes de la rebelión en la Provincia del Norte y destinados a mantenerse en la vanguardia hasta el final. A principios de 1796, por ejemplo, Toussaint escucha un día que los campesinos de Port-de-Paix han empuñado las armas y masacrado a varios blancos. Recorre en una noche el largo trayecto entre Verrettes y Port-de-Paix. Agrupa a los negros y les imparte instrucciones para que actúen debidamente. Si se sienten ofendidos, el asesinato no es el mejor remedio. Uno de ellos toma la palabra en nombre de todos. "¡Oh, general! Nos quieren convertir otra vez en esclavos. No existe aquí la igualdad que al parecer se disfruta en el lugar del que usted viene. Nos miran con ojos torvos, nos acosan [...]" Venden sus productos por debajo de su valor, y los blancos les quitan sus pollos y sus cerdos. Si protestan, a la cárcel, y para salir hay que pagar.

"Vuestras razones me parecen justas," dice Toussaint, "pero aunque se pudiese llenar una casa con vuestras razones, estaríais equivocados a los ojos de Dios". Le piden que se encargue de organizarlos. "Arregladlo todo, seremos tan buenos que nadie podrá acordarse de lo que acabamos de hacer."

Al día siguiente Toussaint convoca una reunión de todos los negros del distrito. Los obliga a jurar que trabajarán duro y serán obedientes. Nombra a uno comandante. Los campesinos exclaman: "¡Larga vida a la República! ¡Larga vida a la libertad, a la igualdad, larga vida al gobernador Laveaux, larga vida a Toussaint L'Ouverture!". Después de esto se pusieron a bailar y despidieron a Toussaint entre aclamaciones.

Desgraciadamente sobrevino otra rebelión poco después, y tanto el cabecilla como doce de sus camaradas fueron juzgados por un tribunal militar y fusilados el mismo día. Toussaint fue de nuevo al lugar y descubrió

que los británicos habían estado conspirando entre ellos, entregándoles armas y municiones. Toussaint no arrestó a nadie, no fusiló a nadie, pero con sus palabras consiguió persuadirlos para que volviesen al trabajo.

No siempre había tanta suerte. "Fui a hablar con ellos e intenté hacer que entrasen en razones. [...] Sacaron las pistolas y como recompensa por el interés recibí un balazo en la pierna que todavía me escuece."

Pero estos años, 1795 y 1796, están marcados por la creciente confianza que van depositando en él los braceros de la Provincia del Norte, no sólo como soldado, sino como alguien que lucha por sus intereses y en quien pueden confiar para resolver sus problemas, el hombre que estaba a su lado en la lucha contra la esclavitud. Con la incesante actividad que desplegó en defensa de sus intereses captó su confianza y entre la población analfabeta, hambrienta, desharrapada y ansiosa la palabra de Toussaint en 1796 era ley: la única persona en el norte que les merecía obediencia.

Pese a la ignorancia y la confusión, había un nuevo espíritu en el exterior. El Santo Domingo negro había cambiado y no volvería a ser nunca el mismo, ya luchase contra ingleses, españoles o franceses. Hasta Jean François, monárquico, rechazaba las propuestas de apertura de Laveaux con marcado desdén. "Mientras no vea a M. Laveaux y a otros caballeros franceses de su alcurnia entregando a sus hijas en matrimonio con los negros, no creeré en su supuesta igualdad."

Todos los negros franceses, desde los braceros de Port-de-Paix que reclamaban igualdad hasta los oficiales del ejército, estaban embargados de un inmenso orgullo por ser ciudadanos de la República Francesa, "única e indivisible", que había traído la libertad y la igualdad a este mundo. Los oficiales de diferente color rechazaban las invitaciones a un grupo en particular;[5] como buenos republicanos, se negaban a agachar la cabeza o hacer reverencias ante el marqués español, a quien sacaba de quicio la impertinencia de estos negros.[6] Cinco años de revolución habían forjado estos cambios asombrosos. Toussaint se dirigía siempre a los negros como ciudadanos franceses: ¿qué pensaría Francia si llegase a saber que su conducta no era digna de auténticos republicanos?

La devoción a la República y el odio por la monarquía y todo lo que representaba inundan los documentos de la época. Jean François había emitido un comunicado, "en nombre del rey, su señor", ofreciendo a sus "hermanos" de Dondon provisiones, armas y todo cuanto necesita-

sen tan pronto como se aliasen con los españoles. La respuesta de las autoridades de Dondon fue hiriente.

¿Algunos oficiales se habían ofrecido a rendirse? "Si hubiese entre nosotros individuos tan despreciables como para volver a aceptar las cadenas, se los entregaríamos de buena gana. [...]

La libertad que los republicanos nos ofrecen es, dicen ustedes, falsa. Nosotros somos republicanos y, en consecuencia, libres por derecho natural. La sola palabra 'real' expresa todo cuanto hay de vil y de mezquino, arrogarse el derecho de reducir a la esclavitud a hombres que son como los reyes y a quienes la naturaleza ha hecho libres.

El rey de España os ha proporcionado abundantes armas y municiones. Utilizadlas para apretar más vuestras cadenas. [...] En cuanto a nosotros, nos basta con piedras y palos para haceros bailar la *Carmagnole* [...].[7]

Habéis recibido comisiones y disponéis de garantías. Conservad vuestras libreas y pergaminos. Un día os servirán como les sirvieron sus engorrosos títulos a nuestros antiguos aristócratas. Si el rey de Francia que arrastra sus miserias de corte en corte tiene necesidad de esclavos para engalanar su boato, que los busque entre otros reyes con tantos esclavos como súbditos.

Termináis, mezquinos esclavos como sois, ofreciéndonos la protección del rey, vuestro señor. Aprended y decidle a Casa Calvo [el marqués español] que los republicanos no tratan con reyes. Que venga y vosotros con él, estamos preparados para recibirlo como reciben los republicanos. [...]"

Tal era el estilo, el tono de Toussaint y de sus hombres. Ni británicos ni españoles podrían doblegarlo. Todo cuanto podían ofrecer era dinero, y hay períodos en la historia de los hombres en que el dinero no es suficiente.

Un ejército cada vez más nutrido y la confianza de los liberados trabajadores negros significaban poder. Pero Toussaint pronto entendió que el poder político es sólo un medio para alcanzar un fin. La salvación de Santo Domingo pasaba por reconstruir su agricultura. La tarea era casi sobrehumana para una sociedad desorganizada, dependiente del trabajo de personas que acababan de salir de la esclavitud y sitiada en todas direcciones por la violencia y la desaforada codicia de franceses, españoles y británicos. Toussaint se aplicó a ello desde los primeros días de su mandato.

"El trabajo es necesario", proclamó, "es una virtud, contribuye al bienestar general del Estado". Sus directrices fueron severas. Los obreros eran enviados a trabajar las 24 horas tan pronto como Toussaint se hacía con el gobierno de una comarca, y permitió que los comandantes militares de las parroquias tomasen las medidas necesarias para retenerlos en las plantaciones. En la República, escribió, no hay cabida ni para lerdos ni para inútiles. Era trabajo forzado, restricción de movimientos. Pero la necesidad rompía todas las barreras. Conservó la confianza de los trabajadores porque insistió en que se les pagasen sus salarios, y aplicó idéntica severidad a los propietarios blancos. Todos, "propietarios o no", fueron asignados a sus respectivas parroquias y plantaciones. Si los hacendados no obedecían, se les confiscaban sus propiedades. Desde el inicio mismo de su carrera administrativa Toussaint tuvo muy clara en su mente la política hacia los blancos, y siempre se atuvo a ella.

Conocía a estos propietarios hacendados, franceses hoy, británicos mañana, monárquicos, republicanos, profundamente exentos de todo principio salvo del que los ayudase a preservar sus plantaciones. Pero poseían los conocimientos, la educación, la experiencia que precisaba la colonia para recobrar su prosperidad. Habían viajado por Francia y los Estados Unidos. Habían adquirido cultura, don privativo de una pequeña elite mulata y fuera por completo del alcance de los esclavos. Toussaint les reservaba por tanto el trato más respetuoso, favorecido por un carácter magnánimo que aborrecía el espíritu revanchista y el derramamiento inútil de sangre. "Nada de represalias, nada de represalias", ordenaba una y otra vez a sus hombres después de cada campaña. Lo que estos blancos querían eran sus plantaciones y Toussaint les dio sus plantaciones, siempre dispuesto a perdonar su perfidia a cambio de que trabajasen la tierra. Cuando en cierta ocasión le arrebató Mirabelais a los británicos encontró allí a más de trescientos blancos emigrados de la Provincia del Norte. Nada más fácil que cortarles las manos a estos esclavistas que habían traicionado a su país. Ellos, ciertamente, no le hubiesen ahorrado este trato. Toussaint los convocó y los obligó a prestar el voto de fidelidad a la República. Varios querían volver a sus comarcas, le pidieron salvoconductos y Toussaint se los concedió. Por supuesto, les habían embargado las plantaciones. Toussaint cursó investigaciones e indagaciones para que les fuesen restituidas.

Colocó a blancos en su gabinete con la seguridad de un antiguo gobernador monárquico. "He nombrado a Guy comandante militar y a Dubuisson su adjunto. Son dos franceses valientes que han contribuido mucho a la conversión de sus compatriotas. [...] He confiado la administración a Jules Borde que, en mi opinión, es un buen republicano y posee las dotes necesarias para desempeñar estas responsabilidades. Cuenta con el apoyo de sus compatriotas, que aprueban mi elección." Recomienda a un criollo blanco que lo había acompañado en una expedición: "[...] se comportó con honor. Apenas dudo de su capacidad cívica". No sabemos qué pasaba por la cabeza de estos blancos (que recordaban el pasado) al verse así reconocidos, examinados y premiados por un antiguo esclavo. Pero no consta en archivo ninguna reacción adversa o de franca hostilidad. Tal vez era algo que detestaban en privado, pero que hubiese sido muy difícil manifestar abiertamente. Toussaint contaba con su ejército de ex esclavos, con sus oficiales ex esclavos, que mantenía intacto y limpio de cualquier posible elemento distorsionador. Pero su empatía con la angustiosa situación de los blancos era tal que éstos no podían por menos que encariñarse con él. "Mi corazón", escribe a Laveaux tras recibir noticias de una sublevación, "sufre ante el desdichado destino al que se han visto abocadas varias personas blancas víctimas de esta situación". Así sentía hacia todos, fueran blancos o negros. Paulatinamente los blancos se fueron percatando de que podían contar con su tutela frente a trabajadores dispuestos a masacrarlos al más leve indicio de un retorno a la esclavitud. A medida que progresaba la confianza en él, muchos emprendían la vuelta a las plantaciones. Las mujeres blancas dieron cuenta a Laveaux de las atenciones y ayudas que les había dispensado este "hombre sorprendente", el viejo ex esclavo, con su despreciada piel negra, y ahora padre de todos. De acuerdo con el propio testimonio de Laveaux, la parroquia de Petite-Rivière, donde visitó a Toussaint, ofrecía el grato espectáculo de ver a más de 15.000 trabajadores reincorporados al trabajo, imbuidos todos ellos de gratitud a la República: negros, blancos, mulatos, obreros, propietarios, bendiciendo unánimes al "virtuoso jefe" a cuyos desvelos debían el mantenimiento de la paz y el orden.

¿Qué puede haber pensado Laveaux, ex conde durante el Antiguo Régimen y francés culto de una época culta, mientras recibía semana tras semana estas cartas de Toussaint, el ex esclavo? Extraordinarias resulta-

ban algunas de esas cartas. Toussaint también dominaba el arte de la declamación, los sutiles escritos estratégicos como su epístola a Dieudonné o los comunicados militares.

"El enemigo no tomó la precaución de consolidar la retaguardia en el camino de St. Marc para proteger su retirada. Mediante una estratagema lo incité a salir al camino y actué del siguiente modo. Desde la población de Verrettes el enemigo podía espiar todos mis movimientos, así pues, ordené a mi ejército marchar a la vista del enemigo en dirección a Mirabelais y hacerle pensar de este modo que estaba concentrando grandes refuerzos en ese lugar; un momento antes, sin embargo, había ordenado a mis hombres que a favor de una colina, y sin que el enemigo se percatase, volviesen a entrar en la población de Petite-Rivière. Cayó de lleno en la trampa; hasta daba la impresión de que apuraba la retirada. Obligué entonces a una gran formación de caballería encabezada por mí a cruzar el río para dar rápido alcance al enemigo y mantenerlo ocupado, y así dar tiempo a mi infantería, que venía por detrás con un cañón, a alcanzarme. La maniobra fue un gran éxito. Había tomado la precaución de enviar un cañón de ocho milímetros desde Petite-Rivière hasta la plantación de Moreau en Detroit a fin de dañar al enemigo en su flanco derecho cuando pasase. Mientras lo hostigaba con la caballería, mi infantería avanzó muy rápido con el cañón. En cuanto llegó hasta donde estaba ordené formar a dos columnas por la derecha y por la izquierda para que atacasen los flancos del enemigo. En cuanto estas dos columnas estuvieron a tiro de pistola, castigué al enemigo a la manera republicana. Continuó batiéndose con energía, pero el primer disparo de cañón que ordené y que provocó graves pérdidas entre sus hombres lo hizo abandonar primero un carromato y después un cañón propio. Redoblé la carga y después capturé los otros tres cañones, dos carros llenos de municiones y otros siete llenos de heridos que no tardaron en ser enviados a retaguardia. Fue entonces cuando el enemigo empezó a huir en desbandada, sólo para que aquellos que encabezaban la retirada se encontrasen justo frente a la boca del cañón que había emplazado en Detroit, dentro de la plantación de Moreau. Cuando el enemigo se vio rodeado por delante, por detrás y por todos los flancos, este buen hombre, el impertinente Dessources, se apeó de su caballo y se arrojó entre las zarzas junto al resto de su ejército gritando: 'Sálvese quien pueda'. La lluvia y la oscuridad me llevaron a abandonar la persecución. Esta batalla duró desde las

once de la mañana hasta las seis de la tarde y me costó seis muertos y otros tantos heridos. La carretera quedó sembrada con los cadáveres de los enemigos a lo largo de varios kilómetros. Mi victoria ha sido absoluta y si el celebrado Dessources tiene la suerte de volver a entrar en St. Marc será sin cañón ni equipaje y, como se dice en pocas palabras, sin ni siquiera el tambor y la corneta. Lo ha perdido todo, hasta el honor, si es que los viles monárquicos pueden tener algo de esto. Recordará durante mucho tiempo la lección republicana que tuve la suerte de enseñarle.

Tengo el gusto de transmitirle, General, las alabanzas que se merece Dessalines. [...] El batallón de los *sansculottes*, sobre todo, que se enfrentaba al fuego por segunda vez y mostró un enorme coraje."

Aquí encontramos no sólo al soldado innato sino también al escritor innato. En este informe resuena el eco de los capitanes de antaño. El batallón de Dessources era un renombrado destacamento de criollos blancos, y la noticia de esta victoria de los *sansculottes* negros sobre los antiguos plantadores se propagó por la colonia, elevando el prestigio de los negros y concitando el foco de atención general sobre Toussaint.

En la administración era el mismo que en la guerra. Laveaux parece haberle dado desde un principio carta blanca a Toussaint, y Toussaint formó todo un gabinete a la manera de un dictador fascista, con la salvedad de que cumplió, realmente.

Los ingleses han abierto un dique para que el río Artibonite inunde la parte inferior de la llanura y así impedir que los soldados de Toussaint sigan progresando. Las lluvias lo han dilatado hasta tal punto que ahora alcanza una anchura no inferior a 64 metros. Toussaint lo bloquea a base de raíces, troncos y rocas. Emplea desde hace ya ocho días a más de ochocientos hombres en esa labor y ahí seguirán hasta concluir porque si lo deja así, cuando llegue la estación de las lluvias, el país quedará anegado en cuanto el río se salga de su cauce y se perderán los cultivos.

Creo, advierte a Laveaux, que debería enviar algunos barcos equipados con cañones para patrullar ante Caracol, Limonade, etc., y así impedir que desembarquen barcos neutrales en alguno de estos puertos. "Es de vital interés para nosotros interceptar los suministros y ayudas que puedan recibir por vía marítima."

España y Francia firmaron la paz en el Tratado de Basilea en septiembre de 1795. Toussaint le aconseja a Laveaux desconfiar de que los españo-

les vayan a respetar la neutralidad. Los conoce bien. Los españoles odian que a los negros se les conceda la libertad, sin duda seguirán en contacto con los británicos y Laveaux ha de seguir velando por la seguridad de las comunicaciones.

Desplaza la ciudad de Verrettes. Su posición estratégica es frágil a causa de los terrenos colindantes, que la ocultan. Traza los planes para una nueva ciudad en medio de una espléndida sabana a nivel del mar, completamente despejada.

Guerra, política, agricultura, relaciones internacionales, cuestiones complejas de tipo administrativo, problemas menores, Toussaint salía al paso de todo ello a medida que iban surgiendo los problemas, tomaba decisiones y aconsejaba a Laveaux, pero siempre, y con un tacto que lo define, como subordinado. Cuando Laveaux recibió su recompensa por desatender las advertencias de Toussaint respecto de una traición de los españoles, Toussaint le regaló un cordial "ya te lo había dicho". Incluso tras tomar decisiones que sabía irrevocables las presentaba a Laveaux para que fuese éste quien las sancionase. En ninguna de sus cartas cree necesario justificar ningún cargo o queja formulada contra él por Laveaux, y sin embargo escribe: "Siempre recibiré con agrado las advertencias que tenga a bien dirigirme. Siempre que sean merecidas, darán fe de la amistad que me profesa". Surgió un intenso vínculo de amistad entre ambos, hombres de tan diferente linaje y cuyos destinos estaban llamados a cruzarse a consecuencia de la revolución. Laveaux era un individuo amable, serio, comprometido con la emancipación de los negros. Toussaint, infinitamente reservado y suspicaz, depositaba una fe absoluta en Laveaux y no volvió a entregar nunca su confianza a ningún otro, ni negro, ni blanco ni mulato. Laveaux sentía lo mismo por él, y en una de las cartas que de él se conservan se dirige a Toussaint en estos términos: "Mi más apreciado amigo, Toussaint". En medio de toda la problemática militar, política o de otra índole nos encontramos este apunte de profundo afecto mutuo. "Aquí le envío algo muy importante. Le envío unas trufas. Tenga la amabilidad de comérselas a la salud de quien por la presente le desea lo mejor y lo saluda muy afectuosamente. Cuente con el respeto y la fidelidad de todos mis oficiales.

P.D. General, con la impaciencia de volver a verlo que aumenta de día en día me pregunto: ¿va a tenernos mucho más tiempo privados de este placer?"

Siete días después la visita parece a punto de consumarse: "Observo con agrado que no piensa retrasarse en venir a vernos. Lo espero con la mayor impaciencia al igual que todos mis hombres, que desean ardientemente volver a verlo y demostrarle su adhesión".

Laveaux, las contestaciones de Toussaint lo revelan claramente, escribía en una vena similar. Toussaint acusaba gentilmente recibo de las amables palabras del comandante. "No sé cómo expresar mi agradecimiento por todas las amables palabras que me ha dirigido, ni mi felicidad por poseer un padre que me dispensa tanto amor. No dude que este hijo suyo es su más sincero amigo y le será fiel hasta la muerte. Mi ejército le agradece todas sus atenciones y me pide le transmita toda su adhesión y fidelidad [...].

Un abrazo muy sincero y la garantía de que comparto todas sus dificultades y todos sus problemas."

La fiebre amarilla acabó con millares de soldados ingleses, pero siempre llegaban más refuerzos, siempre afluía el dinero para financiar a contingentes de propietarios de esclavos franceses, blancos y mulatos, y tropas negras. En ocasiones las intrigas internas y el dinero británico debilitaban considerablemente la posición de Toussaint. Pero al fin la libertad y la igualdad triunfaron, como Danton sabía que triunfarían. Toussaint y Rigaud mantuvieron a raya a los ingleses. Victor Hugues los venció batalla tras batalla: 1795, afirma Fortescue, es el año más funesto en la historia del Ejército británico. Era el decreto del 4 de febrero el que había hecho esto posible. Toussaint, detallista en todo, envió una delegación personal a la República de Francia para testimoniar su lealtad e informar de su diligencia en el cumplimiento del deber, como soldado y como encargado de velar por la agricultura, y también, sin duda, para sondear la política francesa. No se le escapaba nada. Se había unido a los franceses y había asumido el mando en mayo de 1794. A comienzos de 1796 era procónsul de su jurisdicción, gobernando y batallando como si fuera esto lo único que había hecho en su vida.

Ante el despliegue de tantas dotes, energías y encanto personal, Laveaux cayó rendido por completo. En los primeros meses de 1796, todo Santo Domingo sabía que Toussaint L'Ouverture, el general negro, era el favorito en los consejos del gobernador, y también su ojito derecho.

VII
LOS MULATOS LO INTENTAN Y FRACASAN

La preeminencia engendra desavenencia. Desde hacía tiempo los blancos monárquicos de la revolución tenían marcado a Toussaint como enemigo número uno. Uno de éstos, tras dar a conocer un listado de los republicanos más peligrosos, lo presentó como acreedor a una consideración especial, "el tal Toussaint, el gran villano". Pero los blancos ya no tenían fuerza en Santo Domingo. Los dirigentes en potencia eran los mulatos y, en la perspectiva de los mulatos, la creciente reputación de Toussaint y la amistad del líder negro con Laveaux suponían una amenaza para la dominación que entendían suya por derecho propio. Los mulatos y varios negros libres copaban la mayoría de los mandos en el ejército (al margen de los ejercidos por Toussaint), en los ayuntamientos y en la administración general. Villate, el comandante de Le Cap, era mulato. A la cabeza de los mulatos del sur se hallaban Rigaud, Beauvais y Pinchinat, que traían en jaque a los ingleses y buscaban la creación de un Estado mulato. Los mulatos que habían conocido la esclavitud preferían alinearse con sus líderes de casta, que necesitaban engrosar su número.

En la Provincia Occidental, sin embargo, los mulatos eran una pesadilla. La mayor parte de los ricos hacendados se habían unido a los británicos, pero los plantadores franceses que negociaron con Williamson habían abjurado el decreto del 4 de abril (después de tantas oratorias y panfletos ¿a quién le importaba eso ahora?); no se conformarían con nada que no fuese el retorno de la colonia a su situación anterior. Williamson indicó al gobierno británico que, tan pronto como recibiese autorización para aplicar las disposiciones del Código Negro, conquistaría inmediatamente la colonia.[1] Dundas se negó.[2] Lo que sin duda pasaba en ese momento por la mente de Williamson era la posibilidad de formular las promesas, conquistar la colonia y traicionar después los compromisos. Dundas acaso pensaba que unos miles de refuerzos bastarían para

derrotar a los negros insurrectos evitando la promesa anticipada de concesiones peligrosas.

Pese a estos desaires, los propietarios mulatos persistían en mantener un incómodo sesgo pro británico. Cada vez que Toussaint conquistaba un territorio, recurría a su táctica habitual y los acogía con los brazos abiertos si prestaban el voto de lealtad a la República. Pero tan pronto como se daba la espalda, volvían a intrigar y a confabular a favor de los ingleses. El primer gran ataque sobre St. Marc tuvo en su origen una traición de los mulatos, y en St. Marc, Mirabelais, Verrettes y toda la comarca del río Artibonite fueron ellos el brazo derecho de los británicos que, sin su apoyo, hubieran sido expulsados mucho antes de 1798. Por culpa de los mulatos Toussaint perdió muchas de sus plazas más importantes. "Cuál no sería mi sorpresa al enterarme hoy de que los rebeldes de St. Marc, junto con los de Mirabelais, nos han tomado Verrettes y otros varios puertos más, y han obligado a los nuestros a replegarse. [...] La causa de este revés radica únicamente en la perfidia de los hombres de color de esta comarca. Nunca se me había traicionado de esta forma. Y juro que a partir de este momento voy a tratarlos de manera muy diferente de como he venido haciendo hasta ahora. Siempre les he dado un trato paternal cuando han sido mis prisioneros. El pago de esta chusma desagradecida ha sido intentar vendernos a nuestros enemigos." Tras arduas intrigas entre los republicanos de la vasta y hermosa comarca de Mirabelais, Toussaint se vio coronado al fin con el triunfo e informó jubiloso a Laveaux de que estaba una vez más en posesión de esa zona "sin verter una sola gota de sangre", algo a lo que daba siempre una gran importancia. ¡Ay! Pocas semanas después su guarnición fue expulsada. Los mulatos habían vuelto a engañarlo. "Estos bribones conspiran más que nunca [...] hay una conspiración. [...] Debes saber que hay un hombre de color al frente de esto." Los mulatos serían capaces de desertar del ejército de Toussaint en el curso de una batalla para unirse al enemigo. "Sinvergüenzas", "cabrones", "desgraciados", Toussaint no se mordía la lengua. Los mulatos corrieron la voz de que Toussaint tenía intención de entregar el país a los ingleses. "Todo el odio de estos desgraciados va dirigido contra mí. Se valen de estas imposturas para excitar a la población." Pero más tarde se desliza en sus quejas un tono diferente. "Los enemigos de la libertad y la igualdad han jurado deshacerse de mí. [...] moriré en alguna de las emboscadas en las que intentan envolverme. Cuando

me atrapen, que me atrapen bien, porque si no se acordarán de mí. [...] Estos caballeros afirman que es preciso a toda costa librarse de mí." Chanlatte, dice, está al frente de una conspiración, y Chanlatte era un oficial del ejército republicano. Toussaint, anteriormente esclavo, con su ejército de ex esclavos dirigidos por ex esclavos, la más poderosa fuerza de Santo Domingo, era esencialmente el hombre de los trabajadores negros, y no eran sólo los mulatos que cortejaban a los ingleses sino también los mulatos republicanos los que veían como una amenaza la estrecha intimidad surgida entre Toussaint y Laveaux, y el interés y la popularidad de Laveaux entre las masas negras. No era una cuestión de color sino una cuestión de clases en su más cruda expresión, pues los negros que anteriormente habían sido libres seguían siendo fieles a los mulatos. Personas de cierta alcurnia y relevancia bajo el Antiguo Régimen seguían viendo a los ex esclavos como personas que, esencialmente, habían nacido para ser gobernadas.

Laveaux quería desinteresadamente a los negros, y quería a Toussaint por los servicios que había prestado y porque era Toussaint. Sus informes al Ministerio estaban colmados de alabanzas a los negros. Pero también los quería porque temía a los mulatos, y percibía en ellos un contrapeso frente al poder de los mulatos.

Los mulatos pensaban que podrían gobernar el país por sí solos, su meta era la independencia y ciertos blancos isleños conspiraban con ellos. Estos ciudadanos mulatos, advirtió Laveaux al Ministerio,[3] quieren dominarlo todo, quieren ocupar todos los puestos, quieren todos los beneficios. Los mulatos y los antiguos negros libres de Le Cap no podían tolerar que un ex esclavo triunfase en los negocios u ocupase determinada posición.[4] Villate saturó de mulatos la Guardia Nacional de Le Cap, arrestó a antiguos esclavos, desobedeció órdenes de Laveaux, le escribió cartas insultantes e intrigó con los mulatos del sur. "¡Ah! Si Rigaud se hubiera comunicado conmigo la colonia se habría salvado hace mucho tiempo." Laveaux supo de éstas y otras observaciones similares de Villate, y pidió ayuda al Ministerio.

"Los líderes de origen esclavo son ahora el sostén de la libertad y la República. Tengo el firme convencimiento de que sin ellos se habría generado ya un amplio movimiento a favor de la independencia." La constante amenaza de los mulatos y la paralela batalla contra los ingleses

estaban minando la resistencia de Laveaux. "Por amor a mi país, a la *madre patria*, he tenido que sobrellevar todo esto con una paciencia sobrehumana." Pero no podría sobrellevarlo mucho más.

Los cuarteles generales de Laveaux estaban en Port-de-Paix. En julio de 1795 la Convención firmó la paz con España, y en octubre remitía instrucciones a Laveaux para que la sede del gobierno se desplazase a Le Cap; Villate había gobernado Le Cap durante tres años y ahora venía Laveaux, gobernador y comandante en jefe, para reducirlo a él y a los suyos a un rango subordinado. Nada más llegar liberó de sus prisiones a los negros. Muchos mulatos vivían sin pagar alquiler en casas abandonadas por los antiguos propietarios. Perrod, el tesorero, tasó las casas, los obligó a pagar y entonces los mulatos alzaron la voz contra la tiranía. Empezaban a aparecer nubarrones en el horizonte. A principios de 1796, Pinchinat y un colega suyo de camino hacia París hicieron alto en Le Cap. En lugar de seguir viaje a París, Pinchinat se demoró con trámites en Le Cap, se lo invitó a visitar los cuarteles donde saludó a los soldados, escribió numerosas cartas al sur y entonces volvió al sur para preparar una coartada.

Si la intimidad y admiración de Laveaux por Toussaint tenía un claro trasfondo político, la intimidad y admiración de Toussaint por Laveaux respondía al mismo principio. A Toussaint nunca se le escapaba nada. Venía siguiendo las maniobras de los mulatos y las de Villate desde hacía algún tiempo, desde el comienzo mismo de su asociación con Laveaux. Tras ser nombrado comandante del Cordón Occidental, le preguntó al coronel Pierre Michel, ex esclavo, por qué no lo había mantenido al corriente de las intrigas de Villate en Le Cap. Durante los dos años siguientes entre Toussaint y Villate reinó el enfrentamiento. Villate se quejó a Laveaux de que Toussaint prohibía a los propietarios vender su café a Le Cap. Toussaint negó indignado la acusación y adjuntó como prueba de su falsedad una copiosa documentación. "Lo creo demasiado justo, general, como para no postergar su juicio [...] y confío en que no me considere capaz de cometer semejante falta. [...] Si Villate hubiese sido auténtico amigo mío, me hubiera informado de las acusaciones en mi contra que obraban en su poder. Pese a estas intrigas de mis hermanos de Cap François, nada tengo que decir contra ellos. Sigo y seguiré considerándolos siempre mis hermanos y amigos. Con la ayuda de Dios, en su momento descubriréis la verdad." Toussaint fue siempre muy mirado con

su reputación. Si tenía un defecto lo asumía. Pero en este caso su indignación y santurronería parecen justificadas. Cuando era objeto de una traición de los mulatos, Toussaint los insultaba, maldecía a los monárquicos, a los británicos y a los españoles, pero nunca incurrió, pese a las intrigas que lo envolvían y la intimidad de las cartas, en una sola insinuación maliciosa contra nadie. Toda su vida persiguió la conciliación con los enemigos y la solución pacífica a todos los problemas.

Pero no era persona que descuidase la guardia. Tenía sus agentes en Le Cap. A principios de marzo sabía que la conspiración de los mulatos estaba atada y podría estallar en cualquier momento. ¿Por qué, si no, le habría escrito a Laveaux la siguiente carta, dos días antes del 20 de ese mes? "Sí, general, Toussaint se considera discípulo suyo. Toussaint lo venera. Su tumba será también la suya y arriesgará su vida por ayudarlo. Sus armas y su espíritu estarán siempre a su servicio, y si su destino fuese morir algún día, se llevará consigo el dulce consuelo de haber defendido a su maestro, a su virtuoso amigo y también la causa de la libertad."

Sin embargo es casi seguro que no le confío a Laveaux ninguna de sus sospechas, porque a Laveaux, aunque consciente de la tensión, lo cogieron casi totalmente por sorpresa.

A las diez de la mañana del 20 de marzo Laveaux estaba en sus aposentos de Le Cap, charlando con otro oficial. De pronto irrumpieron unos seis u ocho individuos, mulatos todos ellos, "ni negros, ni blancos". Pensó que se trataba de alguna disputa y que acudían a él para que la ventilase. Lejos de esto, los intrusos lo colmaron de insultos y maldiciones. Su guardaespaldas se apresuró a defenderlo, pero los atacantes arrestaron a Laveaux, a otro oficial y al guardaespaldas. Laveaux calzaba sus zapatillas, que perdió en el curso de la refriega. Descalzo y sin peluca, los mulatos arrastraron al gobernador, zarandeándolo, hasta la cárcel. Perrod, el tesorero, ya se encontraba allí. Durante dos días permanecieron en prisión, incomunicados y sin ayuda de ningún tipo. Al día siguiente a las ocho representantes municipales se presentaron ante Laveaux, dijeron que su arresto había sumido al municipio en la desesperación, que era un acto abominable, etc., etc., y que confiaban poder sacarlo muy pronto.

Pero el municipio también estaba involucrado en el complot. Apenas arrestado Laveaux, se decretó que Laveaux y Perrod habían "perdido la confianza ciudadana". Villate fue nombrado gobernador de

Santo Domingo. Villate escribió a Pageot, comandante militar del norte, y a Casa Calvo, del Santo Domingo español, para comunicarles su nuevo nombramiento.

Pero la conspiración no tuvo nunca el menor viso de culminar con éxito. El ubicuo Toussaint había visto todo su desarrollo y había apostado a sus hombres. Pierre Michel dirigía un batallón en Fort Liberté, no lejos de Le Cap. Pierre Michel había viajado desde África en un barco negrero y había sido esclavo. La revolución lo había liberado, no sabía ni leer ni escribir, pero había ido ascendiendo paso a paso hasta convertirse en coronel. Era un buen soldado, dictaba claros y concisos informes y después escribía con tinta sobre la firma que otro había trazado para él a lápiz. Era un hombre muy despierto, audaz y ambicioso, hábil para la intriga. A la vez que cooperaba con Toussaint contra Villate, conspiraba a su vez contra Toussaint, a la espera de que llegase para él su oportunidad de adueñarse del norte. Así eran los hombres forjados por cinco años de revolución.

En cuanto conoció el arresto de Laveaux, Michel comprendió lo que se estaba tramando. Puso bajo sus órdenes a los oficiales leales al gobierno. Inmediatamente informó por escrito a Toussaint, que se encontraba en Gonaïves, a 75 kilómetros, y ordenó a todos los líderes negros de la comarca que formasen a los trabajadores armados y marchasen sobre Le Cap para liberar "a su amigo, Laveaux". Arrestó a un correo de Villate, encontró en su poder una lista con seis nombres y envió la lista a Toussaint, su oficial superior, para que tomase medidas. Las masas negras de la ciudad convocadas por los simpatizantes del gobierno se echaron a las calles al grito de "Justicia! ¡Justicia!".

Toussaint se encontraba en Gonaïves cuando le llegó la información sobre el *coup d'état*. "¡Qué!", escribió a Laveaux. "Tienen la osadía de amenazarlo y levantarse en armas contra usted. ¿Qué se proponen? O vuelven a su sitio o ya me encargaré yo de ajustarles las cuentas."

Ordenó que dos batallones marchasen sobre la ciudad, uno de ellos al mando del temido Dessalines. Escribió cartas amenazadoras a direcciones donde sospechaba que Villate podría contar con apoyos, y estas cartas bastaron para apaciguar a los incipientes revolucionarios.

Envió una de sus encendidas proclamas a los ciudadanos de Le Cap. "[...] Al desobedecer al gobernador habéis desobedecido a Francia. ¿Qué

dirá la madre patria cuando sepa los procedimientos irregulares que habéis empleado contra su representante. [...] Echad una mirada, echad una mirada al distrito del Artibonite y veréis las inauditas crueldades que practican los ingleses contra vuestros hermanos. Algunos son embarcados y arrojados al mar, y a los demás les marcan la cara y los encadenan como a los esclavos de las galeras. Hasta las mujeres de color tienen que abandonar sus hogares y ocultarse en los bosques para ponerse a salvo de la barbarie de nuestros enemigos. Vosotros, por el contrario, podríais vivir tranquilamente en vuestras casas. Pero os dedicáis a sembrar cizaña. [...]" Pocos días después Toussaint llegaba a Le Cap al frente de su guardia de caballería. Para entonces la insurrección ya casi estaba sofocada. A Laveaux lo habían puesto en libertad, y Villate había huido de Le Cap junto con un pequeño grupo de secuaces. Las masas negras en la ciudad y el campo apoyaban decididamente a Laveaux. Toussaint, triunfante, se batió por la paz. A través de emisarios invitó a Villate a que volviese a Le Cap, y los emisarios se fueron en compañía de un centenar de mujeres negras. Villate les dijo que ojalá Laveaux fuese asesinado por los mismos negros a los que dispensaba tantos favores. Con todo, accedió a recibir a Toussaint, siempre que fuera Toussaint quien viniese a verlo personalmente. Toussaint, temiendo una emboscada, se negó a acudir. Entretanto, las mujeres negras que acompañaban a los delegados pudieron oír insinuaciones de los soldados de Villate, volvieron apresuradas a los cuarteles de Laveaux en las afueras de Le Cap y corrieron por toda la ciudad gritando que Laveaux y Perrod tenían dos barcos en el puerto cargados con cadenas para devolver a los negros a la esclavitud. Inmediatamente los soldados que habían apoyado a Laveaux rodearon su casa, pidiendo su sangre. Estaban a punto de matarlo cuando Toussaint apareció ante la multitud, los condujo hasta el almacén principal del puerto, abrió las puertas, les demostró que no había cadenas. Los negros se dieron por satisfechos, no sólo por la demostración práctica, también por la confianza de Toussaint, un general, negro y, como ellos, un ex esclavo.

Pero aunque la rebelión fuera sofocada, Laveaux, consciente de su debilidad, no quiso tomar represalias. Bloqueaban el puerto de Le Cap doce barcos británicos y dos norteamericanos. Los líderes mulatos, obviamente, seguían dispuestos a rebelarse. Laveaux sospechó que se había fraguado un complot y se vio obligado a echar mano de todas las medidas posi-

bles para impedir una insurrección a la que podrían sumarse los ingleses. Los mulatos clamaban por el reparto del poder: no podía concentrarse en manos de un solo hombre.

El 1 de abril Laveaux fue a Le Cap en compañía de Toussaint y reunió al pueblo y al ejército en la plaza de los desfiles. Sabía que los mulatos confiaban en que hiciese algunos cambios a su favor en la composición de su gobierno, reintroduciendo a Villate y confiriéndole mayores poderes. Para sorpresa de todos y júbilo de los negros proclamó a Toussaint asistente directo del gobernador y juró que no adoptaría medida alguna sin consultárselo previamente. Lo calificó como salvador de la autoridad legalmente instituida, el Espartaco negro, el negro entrevisto por Raynal que vendría a vengar los ultrajes cometidos a su raza. Toussaint, abrumado de gratitud, acuñó una de sus frases casuales: "Después de Dios, Laveaux".

Los historiadores franceses eligen esta fecha como la del encumbramiento de Toussaint, en la mentalidad de los negros, por encima de los mulatos y de los representantes franceses, y no sin condenar a Laveaux. Es privilegio de los historiadores el conocimiento *a posteriori*, cuando ya han ocurrido los hechos, y cuanto más tonto el historiador más pretende conocer. Laveaux estaba desamparado. Toussaint quería que prescindiese de Villate. "El Catecismo nos ordena que perdonemos a quienes nos ofenden, señor, y perdonemos a quienes nos han ofendido. Pero en un ejército, sin subordinación no hay disciplina, y sin disciplina no hay ejército. Si el teniente no está subordinado a su capitán, el subteniente, el sargento y el soldado tampoco lo estarán. Eso es al menos lo que yo pienso, general." Laveaux sería incapaz de dar ese paso. Temía que la guerra civil condujese a la pérdida de la colonia. Pero escribió al Ministerio explicando sus medidas. Al nombrar a Toussaint "había tenido en cuenta los proyectos de estos malhadados individuos". Laveaux estaba seguro de que Rigaud también formaba parte de la conspiración. Se había frenado a los mulatos por ahora, pero la autoridad francesa en la colonia peligraba y Laveaux estaba al borde de la crisis.

"Ah, ciudadano", rogaba al ministro, "no pierda tiempo. Envíe tropas, una tropa poderosa, envíe comisarios, envíe leyes y cuanto haga falta para que sean respetadas. Ante cualquier demora Francia perderá los cuatro años de duros y esforzados trabajos que han acometido los republicanos".

El gobierno francés, alarmado por el resurgir de las aspiraciones mulatas, se apresuró a enviar una comisión que desembarcó en Le Cap el 11 de mayo de 1796. Se componía de cinco personas, tres que ya habían desempeñado un papel en la historia de Santo Domingo, el mulato Raimond, Roume, cuya misión era adueñarse de la parte española de Santo Domingo, cedida a Francia por España en el Tratado de Basilea, y nuestro viejo amigo Sonthonax. Sonthonax, por suerte para él, había llegado a París justo después de la caída de Robespierre. Se había defendido bien en el proceso y había sido triunfalmente eximido de los cargos planteados contra él por los colonos. Se sabía de su buena disposición hacia los negros y ahora no eran los negros sino los mulatos quienes inspiraban pavor a Francia. Sonthonax llegó pues con instrucciones expresas de mantener a los mulatos a raya. Se llevó con él a sólo 1.200 hombres, pero bien armados y pertrechados. El 17 de agosto, cuatro meses después del desembarco de Sonthonax, el Directorio refrendaba el ascenso de Toussaint, decidido por Laveaux, al rango de general de división, así como el de Pierre Michel y otros ex esclavos al de generales de brigada. Francia, embarcada aún en una guerra a vida o muerte en Europa, buscaba apoyo en los negros no sólo contra los ingleses, sino también contra la amenaza de independencia de los mulatos. Así fue como la responsabilidad de Toussaint al frente de los negros empezó a crecer exponencialmente.

VIII
LOS PROPIETARIOS BLANCOS DE ESCLAVOS, UNA VEZ MÁS

Sonthonax, tan dictatorial y terco como siempre, movía los hilos de la Comisión y promovió una política marcadamente favorable a los negros. Quería a los negros, afirmaba que le hubiera gustado ser negro, y convivía sin recato alguno con una mujer mulata.

Si todos los blancos se hubiesen parecido a Sonthonax, los trabajadores negros se habrían despojado de sus prejuicios contra los blancos, o sea, contra lo que éstos representaban, la esclavitud. Hubiesen hecho cualquier cosa por Laveaux y por Sonthonax. Pero los negros no podían confiar en los antiguos propietarios de esclavos; los ingleses sobornaban, intrigaban, entregaban dinero y pistolas, y las insurrecciones se sucedían a lo largo de toda la colonia. Sonthonax escribió en secreto al Directorio que los negros odiaban a los blancos, pero que él entendía la razón de ese odio. Tres semanas después del desembarco hizo público un comunicado en *creole* informando que a todo aquel acusado de ir propagando por los mercados o cualquier otro lugar público que la libertad concedida a los negros no era duradera, o que un hombre podía ser propiedad de otro hombre, se lo consideraría un traidor y se lo castigaría en consecuencia. Para confortar a un pueblo tan sensible a las libertades abolió las restricciones contra los morosos y puso en libertad a todos los que habían sido encarcelados por este motivo.

Se esforzó por inculcarles la obligación del trabajo. Todo el mundo es libre en Francia, decía, pero todos trabajan. No obstante, se oponía firmemente a toda coacción. Su consigna: trabaja duro, pero no olvides que nadie tiene derecho a obligarte a disponer de tu tiempo. Prohibió rigurosamente el castigo en las plantaciones. Creó escuelas en las que se impartía a los negros educación elemental y donde se aprendía la historia de Grecia y de Roma. Envió a los hijos de los negros y de los mulatos a Francia para que se educasen en escuelas especiales que la República había creado para ellos. Anunció que no concedería comisión de nin-

gún tipo a quien no supiera firmar con su nombre. Y así, en cada casa de Le Cap podía verse a mujeres y a hombres negros, algunos con los 50 cumplidos, esforzándose por aprender a leer y a escribir. En jurisdicciones rurales los trabajadores le pedían incluso a Sonthonax que enviase como profesores a niños europeos que sabían leer y escribir. Los negros eran conscientes de su ignorancia y estaban dispuestos a aprender de los blancos, a ser guiados por hombres de Francia, hombres como Laveaux y Sonthonax, a dejar que niños blancos les enseñasen. Lo único que pedían es que los liberasen para siempre del miedo a la esclavitud. Pero los ingleses estaban allí, invirtiendo enormes sumas para volver a esclavizarlos. Los negros sabían que los antiguos propietarios de esclavos, para los que trabajaban ahora como hombres libres, aprovecharían la primera oportunidad de volver a convertirlos en esclavos. Su esperanza era Toussaint, un hombre negro, un ex esclavo, con su ejército de hombres negros, ex esclavos. Todos los trabajadores negros de Santo Domingo tenían los ojos puestos en él.

Toussaint, a la llegada de Sonthonax, ocupaba el segundo puesto en el escalafón militar después de Laveaux. Contaba con la confianza del gobierno francés, que le enviaba regalos y cartas de felicitación, y se ocupaba de la educación de sus hijos en París. Con Laveaux y Sonthonax, representantes del gobierno francés en Santo Domingo, sus relaciones eran inmejorables. Los mulatos estaban desacreditados en el norte, y Toussaint, con su ejército y el apoyo de las masas, era el hombre más poderoso de Santo Domingo. ¿Se remonta a ese momento su vaga ambición de convertirse en dueño de la isla? Muchos están convencidos de que así es, pero se trata, sin duda, de una apreciación equivocada. De lo que no hay duda es de que Toussaint quería convertirse en comandante en jefe, y ahora con extremada sutileza sugirió a Laveaux que él podía ayudarlo a volver a Francia si tal era su deseo.

La Constitución francesa del Año III había otorgado a Santo Domingo siete diputados en las dos cámaras. Las elecciones estaban fijadas para septiembre de 1796, y en agosto Toussaint le comunicó a Laveaux que podía ayudarlo a convertirse en representante: Laveaux había sacrificado su salud, su esposa, sus hijos, y necesitaba tomarse un descanso alejado de las intrigas y las facciones de Santo Domingo. El pretexto que ofreció era perfecto. Laveaux había ejercido sus funciones en Santo Domingo durante los años de la revolución y la invasión de los británicos. Sin

un solo viaje a Francia, había arrostrado sobre sus hombros el peso de la guerra, primero contra los esclavos, y después contra los españoles y los británicos, tanto como gobernador como comandante en jefe. Sus cartas al ministro dan fe de hasta qué punto acusaba esta tensión y en cuanto se le presentó la oportunidad la cogió enseguida. En cualquier caso no sospechaba de los motivos de Toussaint, y si lo hacía, no tenía ningún reproche que formularle. Continuaron manteniendo la más estrecha amistad tras el retorno de Laveaux a Francia, continuaron cultivando su correspondencia privada y Laveaux nunca dejó de ser el más ferviente defensor de Toussaint.

Pero en esos comicios, pese a que se hubieran celebrado muy poco después de la llegada de Sonthonax, también éste resultó elegido representante de la colonia en el Parlamento francés. Una de las razones por las que Toussaint le sugirió a Laveaux que volviese era su deseo de contar con una persona de confianza para representar a los negros en Francia. E idéntica es la razón por la que Sonthonax quería volver. La situación política se había alterado en Francia desde la abolición unánime de la esclavitud, y quienes apoyaban la libertad de los negros tenían buenas razones para sentirse intranquilos.

Robespierre y los montañeses se habían mantenido en el poder hasta julio de 1794. El Terror había salvado a Francia, pero ya mucho antes del mes de julio Robespierre consideraba que se había ido demasiado lejos y ahora se había rezagado respecto de las masas revolucionarias. En las calles de París, Jacques Varlet y Roux exhortaban al comunismo; no en la producción pero sí en la distribución, reacción lógica frente a los beneficios excesivos que acaparaba la nueva burguesía. Robespierre, sin embargo, por muy revolucionario que se considerase, seguía siendo un burgués y había llevado hasta el punto extremo a la revolución burguesa. Persiguió a los trabajadores: y bajo el Terror murieron muchos más trabajadores que aristócratas. En junio de 1794, los ejércitos revolucionarios cosecharon una gran victoria en Bélgica; e inmediatamente el pueblo se dio cuenta de que continuar con el terror era una ferocidad facciosa y no una necesidad revolucionaria. El ala derecha y el ala izquierda de la Convención se unieron para hacer mella en este siniestro dictador, y cuando se dirigió al pueblo no pudo encontrar el eco de otros tiempos. Respondieron algunos seguidores, pero hubo retrasos, llovía, se volvie-

ron a sus casas. El ardor revolucionario que insuflase sus alas desde agosto de 1792 se había consumido, asesinado a manos del propio Robespierre. Éste parecía imbuido de un miedo constante a una escisión entre la extremada fiebre revolucionaria de París y el resto del país, pero segó su propia ala izquierda y de este modo selló su propia perdición.

Lo trágico era que las masas de París, al abandonarlo a su suerte, estaban abriendo la puerta a enemigos aun peores. A Robespierre lo sucedió la nueva cúpula militar, los especuladores financieros, los que adquirían las propiedades eclesiásticas, la nueva burguesía en pleno. Eran enemigos de la monarquía (que los hubiese guillotinado de haber podido alcanzar otra vez el poder) y estaban ávidos de igualdad social, pero también decididos a mantener a las masas en su sitio y a aliarse con la antigua burguesía, e incluso con parte de la aristocracia, en una explotación conjunta de las nuevas oportunidades generadas por la revolución. Cuando las masas entendieron el curso que seguían los acontecimientos intentaron, por dos veces en 1795, reafirmar su anterior influencia. Pero la nueva burguesía francesa era demasiado potente. Las masas fueron derrotadas, la reacción prosperó, y a medida que iban ganando posiciones los antiguos propietarios de esclavos empezaron a salir de sus calabozos y escondrijos para alzar de nuevo la cabeza y pedir el restablecimiento del "orden" en Santo Domingo y en las colonias.

Ya el mismo día posterior al decreto, la Convención se sintió bastante insatisfecha con la abolición. Robespierre parecía dudar de que las colonias tuviesen en el fondo utilidad alguna, y tal vez con la idea de llegar a un acuerdo de algún tipo con Gran Bretaña se mostró contrario a que se plantease el problema colonial, con lo cual éste quedó paralizado.[1] El afortunado Sonthonax, un *brissotin* y en consecuencia enemigo de Robespierre, había vuelto a Francia antes de la caída de este último, y una vez más estaba expuesto al riesgo de la guillotina. Pero con la muerte de Robespierre, el problema colonial salió de nuevo a la palestra. Antes de que se disolviese la Convención, Boissy d'Anglas alabó la magnífica defensa de Santo Domingo organizada por Toussaint, Rigaud y sus ejércitos, y afirmó que el país había contraído una deuda mayor para con ellos. Gouly, un diputado colonial, se opuso sin éxito a esta resolución. Pero pronunció un largo discurso, con palabras que dejaban traslucir, entre líneas, las garras del retorno de la esclavitud, y la Convención ordenó que se imprimiese este documento.

La nueva Constitución otorgaba a Francia un Directorio de cinco miembros y dos Cámaras, el Consejo de los Ancianos y el Consejo de los Quinientos. Ambos organismos, elegidos por sufragio parcial, se reunieron en noviembre de 1795. La nueva burguesía dominaba en ambas. Los jacobinos, cansados, desacreditados, eran minoría. Vaublanc, que había huido después del 10 de agosto, integraba, dentro de un grupo poderoso, el Consejo de los Quinientos, y los colonos emigrados avivaban una incesante agitación dentro y fuera del Parlamento con objeto de que se "reinstaurase el orden" en las colonias. ¿Qué era este "orden"? A los negros no les cabía la menor duda de cuál era el tipo de "orden" que los colonos emigrados querían restaurar. No pronunciaban la palabra "esclavitud" abiertamente –la revolución aún coleaba– pero hasta el Santo Domingo negro empezaron a llegar noticias de que, en Francia, Page (el autor de la carta del 11 de agosto), su amigo Bruley, Vaublanc y otros destacados enemigos de la libertad en las colonias volvían a operar. Los negros tenían oportunidad de cruzarse con blancos de la isla cuyas palabras y actos dejaban presagiar un posible retorno de la esclavitud. Siempre habían considerado amiga a la República. Pero ahora, a medida que iban conociendo mejor lo que ocurría en Francia, quiénes se sentaban en el nuevo Parlamento y qué se decía en él, se espesaron sus dudas y empezaron a preguntarle a todo extranjero que desembarcaba en la isla procedente de Francia si la República había sido sincera al concederles la libertad.

La República de 1794 había sido sincera al otorgarles la libertad, pero la República de 1796 también podía serlo al arrebatársela. La burguesía marítima y los colonos, además del clamor para que se instaurase de nuevo el "orden" (mientras negros y mulatos bajo Toussaint y Rigaud enjugaban la sangre vertida por culpa de Gran Bretaña, principal enemiga de la República), dirigían sus zarpazos contra Sonthonax, acusándolo de ejecutar a blancos y de ser el instigador de todos los problemas.

Sonthonax llegó a Santo Domingo en mayo de 1796, pero para esa fecha ya estaba en marcha la preparación de los comicios de agosto en Santo Domingo, y las fuerzas reaccionarias coloniales estaban progresando tan vertiginosamente en Francia que decidió, tanto en defensa propia como en defensa de los negros, que lo más apropiado era volver a Francia en calidad de diputado.

La burguesía marítima y los plantadores habían sembrado infinita cizaña en el problema colonial, hasta que llegaron las masas parisinas y le

dieron a la colonia una oportunidad de adaptarse a la nueva situación. Ahora, con el poder una vez más al alcance de la mano, renacía su codicia, su deshonestidad, las malas artes de siempre. La cizaña que iban a sembrar en esta ocasión no se parecería en nada a la del 14 de julio de 1789 o el 10 de agosto de 1792. Cuando todo acabase, culparían a los revolucionarios.

Sonthonax obtuvo fácilmente su elección, pero él quería irse y todos le pedían que se quedase. Santo Domingo aún estaba convulso y su influencia era poderosa. Para los negros su nombre era como un talismán, y en el curso de una insurrección que estalló en el núcleo revolucionario de Port-de-Paix, donde los blancos fueron masacrados, los trabajadores se alzaron al grito: "¡Larga vida a Sonthonax! ¡Larga vida a Sonthonax!". Obviamente, los negros, como los caballos, los perros, los gatos u otros animales salvajes, no juzgaban a un hombre por el color de su piel sino por sus actos. Espías británicos, bien respaldados económicamente, pululaban constantemente en su entorno avivando levantamientos y fomentando desórdenes. Los monárquicos franceses también lo hacían. La situación era extremadamente inestable y todos, blancos y negros, le pedían a Sonthonax que no se fuese. El Ayuntamiento de Le Cap, los oficiales mulatos y negros, Clairveaux,[2] Moïse y Christophe le pidieron que se quedase. Moïse, a quien se le suponía un odio implacable por los blancos, le dijo a Sonthonax que si se iba él pediría el relevo, porque la colonia caería con toda seguridad en la anarquía,[3] y en una reunión de los comisarios, Raimond, Leblanc y Giraud le dijeron que si se iba ellos también lo harían.[4] Temían por su vida. Sometido a tales presiones, Sonthonax se quedó.[5] Si en Francia se lo tenía por asesino de blancos y perturbador del orden en la colonia, Sonthonax no era en realidad sino el nexo de unión entre negros y blancos, siempre que fuesen republicanos. Pero con los antiguos propietarios de esclavos, que llevaban precisamente la voz cantante en Francia, era inmisericorde. Toussaint también presionó para que se quedase, y lejos de amañar la elección de Sonthonax con el fin de librarse de él, como algunos se apresuran a sostener, Toussaint comunicó al Directorio que la seguridad en la colonia dependía de que Sonthonax se mantuviese en sus funciones de comisario, al menos hasta que se firmase la paz con Gran Bretaña.

Por desgracia Sonthonax, genuino elemento revolucionario, también era el delegado de la República Francesa, enviado para asegurar el gobierno de Francia, no de los mulatos, sobre la colonia.

El baluarte de los mulatos era el sur, donde Rigaud continuaba la guerra contra los ingleses con tanto ardor y talento que se hizo acreedor a incesantes alabanzas, incluidas las de un historiador inglés conservador.[6] Hacia 1797 Rigaud se había adueñado de una considerable extensión en el sur. Disponía de 6.000 hombres y de un destacamento de caballería. Cada jefe de batallón estaba al frente de un acantonamiento, investido de poderes absolutos, y desempeñando cometidos civiles y políticos. Ningún negro ostentaba un grado superior al de capitán y, al contrario que Toussaint, Rigaud mantenía a los blancos rígidamente subyugados, excluyéndolos de toda posición de relieve.

La mentalidad de Rigaud era indudablemente limitada. Siempre llevaba una alisada peluca castaña con la que pretendía por todos los medios parecerse lo más posible a un hombre blanco. Esta susceptibilidad al color viene acompañada normalmente en los hombres de acción de una profunda irritación contra la raza opresora, y la rígida organización que había impuesto, el excluir a negros y blancos de toda forma de poder, se debía en parte, sin duda, a su propio carácter personal. Pero fundamentalmente se debía a las circunstancias intrínsecas de los mulatos. Los negros los superaban irremisiblemente en número. Los mulatos conocían mejor que los ignorantes negros la propaganda de los emigrados y las intrigas para volver a imponer la supremacía blanca. Toussaint no tenía la menor confianza en los blancos, pero el retraso de los negros era tal que forzosamente debía servirse de ellos. Los mulatos estaban mejor preparados. Aunque no todos habían recibido educación, el número de instruidos era suficiente como para gobernarse. Y si llegaban a implantar una oligarquía monárquica, no sólo los acontecimientos pasados sino también los futuros vendrían a demostrar que los blancos iban a ser los últimos cuyas reclamaciones mereciesen atención.

Rigaud y sus seguidores habían abandonado la esclavitud pero se mostraban inflexibles con los trabajadores negros. Les inculcaron que debían su libertad a los mulatos, los confinaron en las plantaciones, las cárceles de Rigaud se poblaron de blancos y de negros aherrojados, nunca un solo mulato. Su principal consejero era Pinchinat, y ambos dieron tal impulso a la agricultura que Rigaud nunca solicitó un solo crédito al gobier-

no francés y costeó su propio armamento. Sin embargo era sincero en su amistad por la República. Rechazó todos los sobornos que le tendieron los británicos y, al contrario que Toussaint, fusiló sin compasión a cuantos conspiraron con los ingleses, mulatos incluidos. Fueran cuales fuesen las directrices de Sonthonax, a Rigaud lo debería haber dejado solo, al menos hasta que se firmase la paz. Embargado sin embargo de un exceso de confianza no dejó de hostigar a Rigaud, aun careciendo de medios para imponer su voluntad. Al poco de llegar a la colonia envió al sur una comisión integrada por tres individuos, los generales Desfourneaux y Rey, blancos, y Leborgne, mulato. Desfourneaux tenía por misión tomar el control del ejército de Rigaud, mientras que a la Comisión en conjunto le correspondía velar por la igualdad entre los ciudadanos de color (las instrucciones de Sonthonax eran particularmente enérgicas en este punto). Los comisarios debían investigar si el complot del 20 de marzo tenía algún tipo de contactos en el sur, debían arrestar a Pinchinat (que era el ídolo del sur y de los mulatos de toda la colonia) y llevarlo a Le Cap para que explicase su papel en esta conspiración. Toussaint instó a Sonthonax para que no intentase nada de esto. Él y Rigaud se respetaban, de hecho se profesaban mutua admiración. Rigaud nunca envidió en absoluto a Toussaint por ser negro,[7] y cooperó en la guerra contra los británicos bajo las órdenes de Toussaint. Toussaint pensaba que Sonthonax debía empezar por organizar una conferencia. Aconsejó con especial fervor a Sonthonax que no enviase a Rey, enemigo de Rigaud y al que había intentado asesinar en Les Cayes. Sonthonax no lo escuchó.

Nunca se ha enviado expedición alguna hacia un fracaso tan seguro, y su aventura da una valiosa idea del caos social con el que Toussaint tenía que lidiar.

Aunque receloso, Rigaud dio la bienvenida a los comisarios y les dispensó el trato más respetuoso. Los comisarios se percataron cumplidamente del poder que ejercían Rigaud y sus oficiales. Pero como si no le dieran importancia, allá donde iban trataban de indisponer a los trabajadores contra el gobierno de Rigaud, diciéndoles que los mulatos los estaban oprimiendo. Se contagiaba el desasosiego entre trabajadores y soldados al paso de los comisarios.

Su comportamiento personal dejó mucho que desear. Despilfarraban el dinero, se pasaban horas jugando y apostando en sus aposentos, se

divertían con mujeres disolutas de una forma disoluta. Rigaud se había comprometido con una joven llamada Marie Villeneuve. Rey la sedujo, y cuando Rigaud vino a visitarlo le dijo, sonriendo: "Rigaud, voy a presentarte a la muchacha más guapa de Les Cayes, pero promete que no se lo dirás a nadie". Lo llevó a la habitación, retiraron las cortinas y tras las cortinas apareció Marie Villeneuve. Rigaud, conocido por su temperamento irascible, se abalanzó sobre Rey, lo derribó de un puñetazo y a punto estaba de tirarlo desde el balcón cuando aparecieron los criados y consiguieron salvarle la vida. Uno de los comisarios le pidió estúpidamente a Rigaud su opinión sobre lo que ocurriría si arrestaban a Pinchinat. Con todo, Rigaud y los mulatos continuaron dando pruebas de una ejemplar paciencia. La delegación trató de organizar una incursión contra territorio enemigo. Desfourneaux, que asumió el mando, desatendió los consejos de los oficiales locales y su columna fue severamente derrotada. Al volver, presa de ira, arrestó al tesorero del sur como se le había ordenado y también a un oficial mulato que había cometido alguna falta. Mientras lo conducían hacia el puerto se cruzaron con un grupo de soldados precisamente a las órdenes de este oficial. Logró evadirse, buscó amparo entre sus hombres, y así terminó por estallar la insurrección que venía larvándose desde hacía tiempo.

Los soldados europeos y la Guardia Nacional permanecieron fieles a los delegados del gobierno, pero el bando de Rigaud contó con la adhesión de todos los mulatos. Esa noche el hermano de Rigaud sublevó en armas a los trabajadores negros que, por duro que fuese su destino, estarían siempre de parte de quien, para ellos, fuese su aliado en la causa contra la esclavitud. Beauvais trató de hacer las paces entre ambos bandos, consciente de que en buena parte la culpa era de los comisarios, pero respetando a la vez su autoridad como representantes del gobierno. Los mulatos se negaron a prestarle atención y dijeron que esperaban la decisión de Rigaud. Rey y Desfourneaux huyeron, y tanto mulatos como negros se entregaron a una orgía de sangre matando a centenares de blancos, todos ellos por supuesto favorables a la Comisión. Leborgne y Kerverseau, otro oficial europeo, sólo consiguieron salvarse gracias a la intercesión de Beauvais, quien pese a su incapacidad para frenar la revuelta no los dejó solos ni un momento.

Rigaud era el único legitimado para imponer calma en la situación, pero Rigaud no aparecía. Cuando se enteró de las matanzas de Les Cayes

se limitó a musitar una y otra vez una frase por la que sentía especial predilección: "¡Qué terrible es la cólera del pueblo!". Al fin Kerverseau y Leborgne dieron permiso a Rigaud para que restableciese el orden. Rigaud hizo público un comunicado en el que declaraba oficialmente que tenía en sus manos el control del gobierno y los disturbios cesaron de inmediato. Él y los suyos habían sido víctimas de una grosera provocación, pero también eran culpables de rebelión. Sonthonax se negó a recibir a los emisarios municipales de Les Cayes encargados de explicar estos desafortunados sucesos. El sur probó con Roume, el otro comisario. Roume también se negó a escuchar. El municipio delegó en dos blancos la tarea de defender sus tesis en París. La llegada de estos dos individuos a París se retrasó, y una vez allí volvieron sus armas contra Rigaud, convirtiéndose en sus detractores en lugar de en sus defensores. Sonthonax reorganizó la división geográfica de Santo Domingo para que dos distritos del sur quedasen bajo jurisdicción del gobierno. Los naturales, espoleados por Rigaud, expulsaron a los funcionarios enviados por Sonthonax para asumir las funciones. Sonthonax condenó en una circular pública estos hechos. Los ciudadanos de Les Cayes arrastraron por las calles el documento, atado a la cola de un asno. A Pinchinat, elegido entre otros como representante del sur en el Parlamento francés, se le denegó permiso para ocupar su escaño una vez en París. La fractura entre el sur dirigido por Rigaud y el gobierno, tanto en Santo Domingo como en Francia, era insalvable. Pero Rigaud envió un representante para que le expusiese sus argumentos a Toussaint. Sonthonax se enteró e intentó arrestarlo. Toussaint se opuso y prestó amparo al delegado de Rigaud. Fue así como, durante los últimos meses de 1796 e inicios de 1797, Toussaint mantuvo estrechos contactos con Rigaud, cuya posición era muy inestable. Los británicos dispusieron de buenas oportunidades a lo largo de todo este confuso período y hubieran tenido a su alcance la conquista de la colonia en ese momento. Han llegado incluso a sostener que en esa época Rigaud inició negociaciones con ellos. Como quiera que fuese, los mulatos, rechazados por la República, estrecharon más el vínculo con los negros de Toussaint, pero mientras Rigaud y los suyos consideraban a Sonthonax su peor enemigo, Toussaint seguía manteniendo relaciones amistosas con el comisario. Con negros, mulatos y blancos detrás de él, el melifluo y discreto Toussaint estaba convirtiéndose gradualmente en el gozne alrededor del cual giraba todo en Santo Domingo.

Sonthonax continuó gobernando enérgicamente. A excepción de Raimond, los restantes delegados se fueron. Roume se hallaba en la parte española de Santo Domingo. Sonthonax intrigó en el entorno de los generales negros, pero con el único fin de hacerse con más poder y sin miras a coartar de ningún modo la libertad de que disfrutaban. Rochambeau, un general blanco, se quejó de la riqueza y la influencia de los generales negros, Sonthonax lo despachó a Francia de inmediato. La arrogancia de los blancos o de los emigrados blancos encontraba en Sonthonax a un enemigo tan rocoso como cualquier trabajador negro. Sonthonax quería barrer a los aristócratas de la faz de la tierra. Toussaint solía pasarle una ayuda a su antiguo amo, Bayou de Libertas, que ahora estaba en los Estados Unidos. Quería que volviese, pero también que al hacerlo respetase la ley dictada contra los emigrados, y a Sonthonax le complacía especialmente este ejemplo cívico de Toussaint. Sonthonax organizaba frecuentemente actos revolucionarios, obligaba a que los niños pasasen horas en la escuela cantando himnos revolucionarios.

Pero se empleaba también en reflotar la colonia. Le Cap había sido parcialmente reconstruida, y la agricultura empezaba a cobrar nuevo impulso. En una plantación de la Llanura del Norte, un negro llamado Brossard se había ganado tanto la confianza de los negros como la de los blancos. Bajo la promesa de reservar para los campesinos una cuarta parte de la producción consiguió convencerlos para que volviesen al trabajo, y reunió el capital suficiente para volver a iniciar la producción. El experimento se saldó con excelentes resultados y el gobierno recurrió a este nuevo principio para explotar las plantaciones. Toussaint animó a sus generales y otras personalidades a que adoptasen este sistema con el que todos salían ganando, incluido el Estado. Dessalines llegó en un momento dado a disponer de treinta plantaciones a su servicio. Toussaint consiguió que ciertos refranes se hicieran populares a base de repetirlos una y otra vez. Uno de ellos, "no quiero ser negro costeño", se refería a las primitivas necesidades de los africanos en la costa de los esclavos. "Lo que garantiza a los negros la libertad es una agricultura próspera", otra frase que siempre tenía en los labios y que hizo fortuna entre los negros. El bandolerismo, la molicie, el crimen, todo esto siguió existiendo como siguió existiendo en Francia hasta la llegada de Bonaparte; pero aun desgarrada y devastada como se hallaba la isla de Santo Domingo, en los primeros meses de 1797 la colonia daba muestras inequívocas de empe-

zar a resurgir. Toussaint fue nombrado comandante en jefe y gobernador a propuesta de Sonthonax, que lo instaló en Le Cap con una ceremonia de boato impresionante.

El nombre de Sonthonax andaba en boca de todos los negros. Hete aquí, asombroso espectáculo, a un hombre blanco que protegía las libertades y derechos de todos, fueran trabajadores o generales, como si él mismo hubiese sido esclavo.

El 17 de agosto de 1797 Toussaint fue a Le Cap y rindió visita a Sonthonax. Pocos minutos después acudió al comisario Raimond y le dijo que la colonia peligraría gravemente si Sonthonax no se marchaba de inmediato. Dijo que no quería emplear la violencia contra Sonthonax, dado su rango oficial, pero que, por ser Raimond comisario y compartir con Sonthonax la hermandad de esta función, a él le correspondía invitarlo a que se marchase a París y ocupar su puesto en sustitución. Dijo que no podía dar razones.

Raimond reaccionó tan perplejo como si acabaran de golpearlo, y no le faltaban razones para ello. Toussaint y Sonthonax eran íntimos amigos. ¿Qué pasaba aquí? Reaccionó, también, alarmado. Era una decisión muy seria y de incalculables consecuencias. Al día siguiente Toussaint le confió a Raimond que Sonthonax estaba tramando una catástrofe, que los blancos aún residentes en Santo Domingo iban a ser asesinados. Acusó a Sonthonax de apoyar una sublevación de los negros contra los blancos. Discutieron inútilmente con Toussaint e intentaron convencerlo de la gravedad de la decisión, que podría llevar aparejado sembrar la anarquía y la guerra civil en una colonia al fin pacificada. Raimond y Pascal, secretario general de la Comisión, acudieron ante Sonthonax y le comunicaron los rumores a los que habían tenido acceso. Se presentó entonces Toussaint, y Sonthonax explicó que prefería hablar a solas con él. ¿Por qué? Sonthonax no consiguió convencerlo y finalmente accedió a marcharse, siempre que Toussaint le concediese un salvoconducto oficial.

Al día siguiente aparecieron de nuevo Raimond y Pascal, y Toussaint, sin levantar el silencio en torno a las razones, les mencionó el citado salvoconducto. Ambos comisarios fueron al encuentro de Sonthonax, volvieron con un borrador y le pidieron a Toussaint que lo firmasen tanto él como sus oficiales. Toussaint convocó a todos y se dio lectura al documento. Algunos, ya devotos de Sonthonax, se negaron a firmar; otros se

preguntaban qué podría haber detrás de todo esto y dijeron que preferían aguardar hasta conocer cuáles eran las intenciones del propio comisario. Pascal salió en busca de Sonthonax y le pidió que desvelase el misterio y aclarase qué se proponía. Pero Sonthonax, al entender la actitud de estos generales, se negó a decir nada y se dispuso incluso a defenderse. Toussaint les dijo entonces a los oficiales que podían firmar o no, como quisiesen. Sonthonax, dijo, tenía la intención de irse a Europa para ocupar su cargo de diputado y había solicitado este salvoconducto. Los había convocado para firmarlo, no para discutirlo, puesto que esto iría contra la ley. Algunos firmaron, incluidos Moïse y Christophe. Otros se fueron, aunque una parte de éstos regresó poco después con intención de firmar. Toussaint no les dio permiso. Dijo que no estaba pidiéndoles ningún favor, que estaba dispuesto a firmar la carta él solo y aceptar toda la responsabilidad. Esto era típico en Toussaint, que se había formado como esclavo y después como soldado. Nunca se molestaba en explicar demasiado a los subordinados. Su trabajo consistía en obedecer.

El documento abundaba en agradecimientos a Sonthonax por el trabajo realizado, e instaba a que alguien como él defendiera desde Francia la libertad de los negros. Raimond le llevó a Sonthonax la carta con las firmas y Sonthonax respondió con otra efusiva epístola. Toussaint, que siempre condujo las intrigas diplomáticas de la manera más ceremoniosa, contestó con una más. A Sonthonax se le concedieron tres días, pero intentó ganar tiempo, llamando a la puerta de los oficiales que le eran fieles. Un día a las cuatro de la mañana Toussaint ordenó que se disparase el cañón de alarma, e instruyó al general Agé para que le dijese a Raimond que si Sonthonax no se marchaba de inmediato él mismo entraría en la ciudad y lo embarcaría por la fuerza. Era el final de Sonthonax. Acompañado de su amante mulata, de Raimond y de algunos oficiales fieles, Sonthonax atravesó las calles de Le Cap en dirección al barco. La población lo vio marchar, muda de asombro, entristecida. Gozaba de inmenso favor entre los negros, pero Toussaint le había dicho que se fuera, y después de eso no había salvación posible.

¿Qué había detrás de este episodio extraordinario, enigma que a día de hoy sigue sin resolverse? La explicación de Toussaint, su secreto tan guardado, era que Sonthonax, desde finales de 1796, le había sugerido en varias ocasiones su intención de masacrar a los blancos y decla-

rar independiente a la colonia. Esto era lo que Toussaint había escrito en una larga carta[8] al Directorio donde explicaba en términos dramáticos las diversas entrevistas en las que Sonthonax le había comunicado este proyecto.

He aquí en parte la historia de Toussaint. Toussaint fue nombrado comandante en jefe el 2 de mayo de 1797. Ese día, concluida la ceremonia, cabalgaba en dirección a Gonaïves cuando Sonthonax le salió al paso, lo invitó a su casa y una vez más volvió a abordar la cuestión.[9]

"Me alegra, me alegra mucho, me encanta verlo convertido en comandante en jefe de las fuerzas armadas de la colonia. En nuestra posición podemos hacer ahora exactamente lo que nos venga en gana. Cuenta usted con gran influencia entre toda la población. Forzosamente tenemos que llevar a la práctica nuestro plan. Éste es el momento más adecuado, las circunstancias nunca han sido tan favorables, y nadie está más capacitado para actuar que usted o yo."

Toussaint replicó:

"Es decir, comisario, que quiere usted destruirme [...] matar a todos los blancos y convertirnos en independientes. Me había prometido sin embargo no volver a hablarme de estos proyectos".

"Sí, pero como ve es absolutamente indispensable."

Así continúa, página tras página, este curioso diálogo dramático, con los mismos actores, el mismo tema y sólo variaciones temporales y geográficas. ¿Cuánto había de verdad en ello? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Cuando Sonthonax asumió en París la defensa contra estas acusaciones, alegó que había abandonado Santo Domingo de voluntad propia, lo cual era mentira. Dijo que había descubierto un complot tramado por sacerdotes y emigrados, orquestado por Toussaint, para desembarazarse de la Comisión. Lo cual era absurdo. Acusó también a Raimond de conspirar con Toussaint, de invitarlo por medio del documento a partir hacia Francia. Pero tanto Pascal como Raimond podían refutar fácilmente esta declaración. Si alguien debía ser acusado de independentista, dijo Sonthonax, sólo podía ser Toussaint, y acusó a Toussaint de rodearse de blancos emigrados, de organizar la revuelta de 1791, de luchar al servicio del rey de España, al que sólo abandonó tras conocer las negociaciones de paz y entender que el rey de España no volvería a necesitarlo. Todo esto era en parte fabulaciones, en parte incongruencias. Si bien Sonthonax no era culpable, tampoco su defensa era convincente.

Pero tampoco resultaría más fácil entender la postura de Toussaint. Ciertamente mentía al describirse a sí mismo ofendido por Sonthonax y sus traidores proyectos. Hasta pocos días antes de su visita a Le Cap, Toussaint y Sonthonax eran y habían sido íntimos amigos. Toussaint declaró que Sonthonax venía formulándole estos proyectos desde finales de 1796. El 1 de febrero de 1797 había escrito al ministro pidiéndole que no diese crédito a las insinuaciones de que Sonthonax y Raimond conspiraban contra los intereses de Francia, y reclamando la permanencia de Sonthonax: "La seguridad de Santo Domingo, su recuperación, pasa porque el Directorio no permita su retorno. [...] Mi adhesión a Francia, el amor a la madre patria y a mis hermanos, me obligan a formularle esta petición". El 15 de junio, en una carta a Sonthonax, Toussaint añadía bajo su firma "su eterno amigo". El 16 de junio le escribía a Mentor, otro negro, que las medidas de la Comisión habían sido íntegramente aprobadas. "¡Cuánto se alegrará Sonthonax! Me alegraría estar junto a él para abrazarlo y comunicarle mi satisfacción. Esta satisfacción me ayuda a olvidar por un momento mis vejaciones."[10]

Sin embargo, unas pocas semanas después, insistía para sorpresa de todos y con todo el vigor de su voluntad de hierro en que Sonthonax debía marcharse. Nada de cuanto había ocurrido en Santo Domingo puede darle explicación a esto. La explicación, como tantos otros fenómenos de la historia de Santo Domingo, había que buscarla en Francia. Lo que estaba ocurriendo en Francia alteró los puntos de vista de Toussaint, y con ello alteró también el curso de la revolución negra.

Los plantadores en el París de 1797 eran tan vociferantes si no tan poderosos como lo habían sido en 1791. En Francia la revolución estaba muerta. Babeuf había llegado a la conclusión de que sólo era posible lograr la igualdad política por medio de un cambio drástico en la organización económica. La policía del Directorio informó que los trabajadores y trabajadoras estaban leyendo ávidamente los escritos de Babeuf. Pero la derrota y la desilusión habían quebrado el luchador entusiasmo de antaño. El intento de Babeuf fracasó lamentablemente y la burguesía se aprovechó de la tendencia reaccionaria como modo de estabilizarse. A respetables diputados jacobinos, que probablemente nunca habían oído el nombre de Babeuf hasta que no fue capturado, se los acusó de terrorismo y de incitar a la anarquía, y de los 216 miembros anteriores de la Convención, cuya

retirada estaba prevista para marzo de 1797, apenas una docena fueron reelegidos. Hasta tal punto había progresado la tendencia reaccionaria que el presidente de los Ancianos era Barbé de Marbois, el intendente expulsado de Santo Domingo por los patriotas en 1789.

De modo que Vaublanc y su partido, que habían salido inmensamente reforzados de las últimas elecciones, continuaron adelante como en los buenos y viejos tiempos. ¿Por qué están armados los negros?, preguntó Bourdon. ¿Para destruir a todas las facciones? Los desafortunados colonos blancos habían disminuido en número de 40.000 a 25.000. Pocos días después Bourdon transmitió un nuevo comunicado al Directorio en relación con determinadas masacres y tachó a los informes oficiales de embustes. ¿Por qué sufrían los blancos de Santo Domingo? El Directorio estaba perdonando a los monárquicos instalados en Francia: de las 1.500 solicitudes cursadas para la devolución de los derechos a los emigrados sólo 166 habían sido rechazadas. Sin embargo en las colonias la persecución continuaba. Finalmente en mayo el Directorio pudo divulgar una comunicación procedente de Santo Domingo. Su autor era Toussaint.

El odio a los ingleses, decía, había unido a todos los bandos. Los ingleses habían puesto el remate final a sus atrocidades inventando corazas remachadas con afiladas piezas de acero que dejaban caer entre los soldados republicanos cuando se iniciaba el combate cuerpo a cuerpo, sabedores de que la mayoría de los negros iban descalzos. Pero esta odiosa invención se había vuelto contra ellos: "Nuestros soldados han desafiado a estas armas con un coraje invencible y han demostrado que no hay obstáculo capaz de detener a quienes portan las armas de la libertad".

Al oír estas conmovedoras palabras, en las que aún retumbaba lejanamente el eco de toda una época, los diputados estallaron en entusiastas aplausos y pidieron que fuese impresa. Pero Vaublanc se enfureció y montó en cólera, dijo que era todo una sarta de mentiras, que no podía inventarse nada más ridículo, y el 27 de mayo prorrumpió en el ataque más furibundo que se había lanzado hasta la fecha contra Sonthonax. "Está cubierto con la sangre de los blancos. Ha aprobado leyes atroces, que no se les hubiesen ocurrido ni a los tigres de Libia si los tigres hubiesen tenido la desgracia de necesitar leyes. Ha elevado los impuestos; se ha guardado en los bolsillos enormes sumas de las que no ha dado cuenta alguna." Todo esto era incierto. Si Sonthonax había ordenado la muerte de blancos había sido en defensa de la República. No había roba-

do; hasta el fin de sus días fue siempre un hombre pobre. Era su legislación a favor de los negros lo que provocaba la cólera de Vaublanc y de los colonos. Vaublanc culpaba a Sonthonax y a Laveaux de haber contribuido más que nadie a fomentar el espíritu de insubordinación entre los negros. Día tras día se cebaba contra Sonthonax y contra los negros (los mismos negros sin los cuales la colonia habría pasado con toda seguridad a manos inglesas). Barbé acusaba a los trabajadores negros de ser los dóciles y serviles instrumentos de los crímenes de Sonthonax. Delahaye afirmó que Santo Domingo necesitaba nuevos agentes dotados de enormes poderes.

El 1 de junio el Directorio envió a la Cámara un mensaje de Raimond en el que detallaba todas las medidas que se habían puesto en práctica para dar nuevo impulso a la agricultura. Bourdon afirmó que eran una ristra de falsedades, que los propietarios estaban siendo expulsados y que los comisarios se estaban guardando el dinero en sus bolsillos. Vaublanc afirmó que con el comunicado de Raimond había viajado en el mismo barco Martial Besse, un general criollo que aseguraba que la colonia había caído en la anarquía absoluta. Pidió la destitución de Sonthonax. Garran-Coulon se encargó de la defensa de Sonthonax, pero finalmente prosperó una moción de Vaublanc y de Villaret-Joyeuse aprobada por inmensa mayoría, y el 3 de junio la asamblea decidía destituir a Raimond, Roume y Sonthonax. En el curso de su alocución Villaret-Joyeuse afirmó que el régimen militar era el único capaz de salvar a Santo Domingo y a los desventurados blancos de las garras de los negros. Éste y Vaublanc solicitaron que Santo Domingo fuese declarado en estado de sitio hasta que se firmase la paz. El 12 de junio la Asamblea de los Ancianos aprobó la moción a favor de la destitución.

Sonthonax tenía con toda seguridad amigos en Francia que lo mantenían informado. Toussaint, sabemos, contaba con sus propios agentes. Pero aun sin estas privilegiadas fuentes de información, Santo Domingo estaba al corriente de todo ello por las noticias que aparecían día tras día en el *Moniteur*, el periódico oficial. El *Moniteur* del 12 de junio incluía el anuncio de una carta de lord G... al Directorio solicitando un pasaporte para un representante inglés interesado en discutir términos de paz en París. La paz llevaba mucho tiempo flotando en el aire. Si iban a discutirse términos de paz, Francia podría pronto concentrar su atención en Santo Domingo y enviar tropas. Sonthonax conocía las dimen-

siones de la contrarrevolución en Francia. Podía divisar con exactitud a qué punto conduciría la incesante y cada vez más abrumadora reacción. Por lo que a él se refería, sería decapitado, y en la colonia volvería a implantarse en último término la esclavitud. No podría haberse expresado tan libremente al dirigirse a Toussaint como éste describía en su escrito. Pero no es imposible que, asqueado, harto de la reacción y asustado por lo que iba a ocurrir, hubiese propuesto a Toussaint hacerse con el poder en la colonia, suprimir en ella a los propietarios blancos de esclavos y proclamarla independiente. Toussaint, extremadamente prudente, habría rechazado estas propuestas sin por eso alimentar animadversión de ningún tipo hacia Sonthonax, el amigo de los negros. Pero en algún momento del mes de julio a Toussaint le llegaron noticias del decreto que ordenaba la destitución de Sonthonax y de la reacción frente a los discursos de Vaublanc, Barbé y los otros. Era evidente que se estaba incubando una guerra terrible, y que tanto él como su aliado, Rigaud, caídos en desgracia con el Directorio, iban a tener que empuñar las armas. Con su determinación habitual se mentalizó para arrojar a Sonthonax a los lobos de una vez. ¿Qué otra razón podría existir para su violento *viraje*?

Fueran cuales fuesen las razones para que destituyese a Sonthonax, el hecho en sí era de un enorme calado. A partir de ese momento, el gobierno de Francia sospecharía que Toussaint tramaba una maquinación para convertir la isla en independiente, y Toussaint temía una maquinación francesa para volver a imponer la esclavitud. El Directorio en sí no tenía intención alguna de volver a imponer la esclavitud. Pero el Directorio muy bien podía no seguir al frente del gobierno, y lo que hiciesen los sucesores nadie podría predecirlo. A partir de ese momento es cuando Toussaint, arrastrado por los acontecimientos, entiende la necesidad de aferrarse al poder, incluso a costa de desafiar a Francia.

La exactitud con que se adelantó a la evolución política francesa la ponen de relieve los acontecimientos de los meses posteriores. Para los individuos que estaban cosechando ahora los frutos de la revolución, la restauración del "orden" en Santo Domingo era sólo una instancia más de una ola reaccionaria general en la que pretendían embarcar a Francia lo antes posible. Aceptaron diputados hasta entonces inadmisibles, suprimieron los clubes revolucionarios, revocaron las leyes relativas a la deporta-

ción y destitución de sacerdotes que no prestasen el juramento a la República, reorganizaron la Guardia Nacional de manera que los elementos más democráticos quedasen excluidos. Pero iban demasiado rápido. Algunos de sus cabecillas estaban intrigando incluso con la monarquía, y la nueva burguesía no quería saber nada del retorno ni de la monarquía ni del feudalismo; hasta las fatigadas y traicionadas masas habrían apoyado a sus nuevos señores contra estos credos desfasados y desacreditados. El Directorio, podrido él mismo en la corrupción, asistía a esta ola reaccionaria sabiéndose incapaz de atajarla. De pronto consiguió las pruebas de una conspiración monárquica y decidió utilizarlas contra estas cínicas reliquias del Antiguo Régimen, fueran monárquicas o no. En la noche del 18 de fructidor (3 de septiembre) fueron arrestados. Un *coup d'état* expulsó a 65 de ellos a las Guayanas y contuvo durante un cierto tiempo el declive de la revolución. Entre los 65 se encontraban Vaublanc, Villaret-Joyeuse, Barbé de Marbois, Bourdon, Delahaye y Dumas, todos ellos implacables enemigos del nuevo régimen en Santo Domingo. La libertad de los negros se salvó durante un tiempo, pero Toussaint había quedado seriamente impresionado.

El 5 de noviembre dirigió una carta al Directorio que representa un momento clave en su carrera.[11] No sabía entonces del *coup d'état* del 18 de fructidor, cuando a Vaublanc y a su banda les habían servido el postre. Escribía aún convencido de que el grupo reaccionario de los antiguos propietarios de esclavos disponía de una fuerte influencia en la legislatura. No acusaba abiertamente al Directorio en sí. Pero daba a entender que ya no tenía confianza en él, y que a partir de este momento los negros iban a escrutar los movimientos de todos los partidos franceses.

"El impolítico e incendiario discurso de Vaublanc no ha afectado apenas a los negros en comparación con la seguridad que albergan respecto de los planes que están tramando los propietarios de Santo Domingo: las declaraciones insidiosas no deberían surtir efecto alguno sobre los sabios legisladores que han decretado la libertad para las naciones. Pero los ataques a esa libertad que proponen los colonos son tanto más temibles cuanto que sus detestables planes se recubren con el velo del patriotismo. Sabemos que buscan imponer algunos de estos planes mediante promesas ilusorias y falaces, para que vuelvan repetirse en esta colonia pasadas escenas de horror. Pérfidos emisarios se han introducido ya entre nosotros para hacer fermentar el caldo destructivo preparado por los

liberticidas. Pero no lo conseguirán. Juro que la libertad mantendrá su lugar sagrado. Mi adhesión a Francia y mi conocimiento de los negros hacen que sea deber mío informarlos tanto de los crímenes que están preparando como del juramento que renovamos: enterrarnos bajo las ruinas de un país en el que vuelve a alentar la libertad antes que sufrir el retorno de la esclavitud.

Les corresponde, ciudadanos del Directorio, despejar de nuestros espíritus la tormenta que los enemigos eternos de nuestra libertad incuban al amparo del silencio. Les corresponde imponer un tono ilustrado a esta legislatura, impedir que los enemigos del sistema actual se propaguen sobre nuestras desventuradas costas para mancillarlas con nuevos crímenes. No permitan que nuestros hermanos, nuestros amigos, sean sacrificados a hombres que desean reinar sobre las ruinas de la especie humana. Pero no, sus conocimientos los salvarán de las peligrosas serpientes que nuestro común enemigo os reserva. [...]

Adjunta a esta carta encontrarán una declaración que los pondrá al corriente de la unidad existente entre los propietarios de Santo Domingo residentes en Francia, en los Estados Unidos, o sirviendo bajo bandera británica. Verán en ella la determinación, inequívoca y metódicamente elaborada, de restablecer la esclavitud; verán que su determinación los ha llevado a cubrirse con el manto de la libertad con el único propósito de asestarle golpes más mortales. Verán que se aprovechan del miedo que me provoca lo que pueda ocurrirles a los niños para arrastrarme hacia sus pérfidos puntos de vista. No es sorprendente que estos hombres que sacrifican su país a sus intereses sean incapaces de concebir cuántos sacrificios puede tolerar el amor a un país en un padre que es mejor que ellos, puesto que yo baso incuestionablemente la felicidad de mis hijos en la de mi país, que ellos y sólo ellos desean destruir.

Nunca dudaré entre mi felicidad personal y la seguridad de Santo Domingo; pero no tengo nada que temer. A la solicitud del gobierno francés he confiado mis hijos [...] temblaría horrorizado si fuese a manos de los colonos donde los hubiese enviado como rehenes; pero aunque así fuese, deben saber que al castigarlos por la fidelidad de su padre sólo añadirían un grado más a su barbarie, sin esperanza alguna de llegar a hacerme vacilar en mi deber. [...] ¡Qué ciegos son! No pueden ver hasta qué punto esta conducta odiosa por su parte puede llegar a convertirse en señal de nuevos desastres e irreparables desgracias, ni que están lejos

de volver a obtener lo que a su juicio perdieron cuando se declaró la libertad para todos, ni que se exponen a su ruina total y exponen la colonia a su inevitable destrucción. ¿Creen que los hombres que han conocido la bendición de la libertad se quedarán de brazos cruzados viendo cómo se la arrebatan? Sólo soportaron sus cadenas mientras no conocieron mejor condición que la de la esclavitud. Pero hoy que la han abandonado, si tuviesen mil vidas las sacrificarían todas antes que verse sometidos de nuevo a la esclavitud. Pero no, la misma mano que ha roto nuestras cadenas no volverá a esclavizarnos. Francia no revocará nuestros principios, no nos retirará el mayor de sus beneficios. Nos protegerá contra todos nuestros enemigos; no permitirá que se pervierta su sublime moralidad, que se destruyan aquellos principios que más la honran, que se degraden sus más altos logros y que se revoque su Decreto del 16 de pluvioso que honra a toda la humanidad. *Pero si, para restablecer la esclavitud en Santo Domingo, se pretendiese llevar esto a cabo, entonces declaro que sería aspirar a lo imposible: hemos sabido cómo enfrentarnos al peligro para obtener la libertad; sabremos afrontar la muerte para defenderla.*[12]

Ésta, ciudadanos del Directorio, es la moral del pueblo de Santo Domingo, los principios que os transmiten a vosotros por mi boca.

Los míos ya los conocéis. Basta con renovar, mi mano en la vuestra, el juramento que presté, dejar de vivir antes de que la gratitud muera en mi corazón, antes de que deje de serle fiel a Francia y a mi deber, antes de que el dios de la libertad sea profanado y pisoteado por los liberticidas, antes de que puedan arrebatar de mi mano la espada, las armas, que Francia me confió para la defensa de sus derechos y los de la humanidad, para el triunfo de la libertad y la igualdad."[13]

Pericles escribiendo sobre la democracia, Paine sobre los Derechos del Hombre, la Declaración de Independencia, el manifiesto comunista, éstos son algunos de los documentos políticos que, sea cual sea la sabiduría o debilidad de su análisis, han impulsado a los hombres y continuarán impulsándolos, porque los escritores, algunos a su pesar, golpean cuerdas y despiertan aspiraciones latentes en el corazón de la mayoría en todas las épocas. Pero Pericles, Tom Paine, Jefferson, Marx y Engels eran hombres de educación liberal, formados en la tradición de la ética, la filosofía y la historia. Toussaint fue un esclavo, seis años antes era un esclavo, y ahora acarreaba sobre sus hombros el peso de la guerra y

el gobierno, dictando sus pensamientos en ásperas palabras de un dialecto entrecortado, escritas y reescritas hasta que el fervor de sus secretarios y su voluntad conseguían moldearlas en forma adecuada. Personas superficiales han interpretado su carrera en términos de ambición personal. Esta carta es su respuesta. Tenía ambición personal. Pero logró lo que logró porque, soberbiamente dotado, encarnaba la determinación de su pueblo a no dejarse nunca, absolutamente nunca, esclavizar.

Soldado y administrador por encima de todo, su declaración es una obra maestra de la prosa no superada por ningún escritor de la revolución. Líder de una masa retrasada y analfabeta, Toussaint se encontró sin embargo a la vanguardia del gran momento histórico de su época. Los negros estaban cumpliendo su papel en la destrucción del feudalismo europeo que había iniciado la Revolución Francesa, y las palabras "libertad" e "igualdad", los lemas revolucionarios, significaban más para ellos que para cualquier francés. Ésa era la razón de que, en la hora del peligro, Toussaint, pese a no haber recibido instrucción, fuese capaz de encontrar el tono y el acento de Diderot, Rousseau, Raynal, Mirabeau, Robespierre y Danton. Y en cierto sentido los superó a todos. Porque hasta estos maestros de la palabra escrita y de la palabra hablada se encontraron a menudo, debido a las complejas clases de su sociedad, obligados a detenerse, a dudar, a puntualizar. Toussaint pudo defender la libertad de los negros sin reservas, y esto dio a su declaración una fuerza y determinación difíciles de encontrar en los grandes documentos de la época. La burguesía francesa no pudo entenderla. Correrían ríos de sangre antes de que pudieran entender el tono al que había llegado. Toussaint no había escrito de manera rimbombante ni retórica: había escrito la escueta y sobria verdad.

IX
LA EXPULSIÓN DE LOS BRITÁNICOS

Toussaint envió a un emisario blanco, el coronel Vincent –oficial de ingenieros– para que explicase al Directorio las medidas que había adoptado contra Sonthonax. Rigaud lo felicitó por la expulsión de Sonthonax y Toussaint, investido de poder absoluto, se preparó para barrer por completo a los británicos de Santo Domingo.

Pitt y Dundas se aferraron melancólicamente, durante años, a su esperanza de conquistar la isla. En noviembre de 1795, y con la muy probable intención de ganarse a Rigaud, Dundas dio autorización a Forbes para conceder a los mulatos privilegios similares a los de los blancos.[1] Pero mantuvo la prohibición de prometer libertad a las tropas negras. Hubiese equivalido a vender el caballo para preservar la cuadra. Pero el intento de conquistar a Rigaud fracasó.

El 18 de febrero de 1796, Dundas se dirigió a la Cámara de los Comunes. En su alocución se opuso a la moción presentada a favor de la abolición de la esclavitud y el comercio de esclavos. En principio Dundas coincidía con los promotores de la moción; tal coincidencia de principio era pura rutina, pero Dundas añadía:

"Con quienes calificaban el principio general del comercio de esclavos como inconveniente, impolítico e incompatible con los principios de justicia y humanidad de la Constitución británica él estaba y estaría siempre de acuerdo. [...] Se oponía a la moción por considerar que, de ser aprobada por la Cámara, pondría en peligro la paz del país. Dada la convulsa situación actual, si dicha resolución se convirtiese en ley, las colonias quedarían enteramente en poder del enemigo". Ni siquiera al necio de Barnave se le había pasado por la cabeza argumentar que la esclavitud debía mantenerse en beneficio de los esclavos. Dundas prosiguió:

"La guerra que este país sostiene en las Indias Occidentales no es una guerra emprendida en busca de riquezas o de expansión nacional, sino que es una guerra por la seguridad".

Pero la sangría de hombres y de dinero era excesiva. A finales de 1796, al cabo de tres años de guerra, los británicos habían perdido en las Indias Occidentales 80.000 soldados, de los que 40.000 eran víctimas mortales, una cifra que superaba el total de bajas del ejército de Wellington por muerte, oficiales apartados del servicio, deserción u otras causas desde el comienzo hasta el final de la Guerra de la Independencia española.[2] Los costes únicamente en Santo Domingo habían ascendido a 300.000 libras en 1794, 800.000 en 1795, 2.600.000 en 1796, y sólo en enero de 1797 superaban las 700.000 libras.[3] A principios de 1797 el gobierno británico optó por retirarse reservando exclusivamente el control de Môle St. Nicholas y de la isla de la Tortuga. Toussaint, curiosamente, ignoraba todo esto; él y Rigaud, firmes aliados desde la expulsión de Sonthonax, organizaron la campaña final. En enero de 1798 se preparaba para el ataque decisivo a Mirabelais, mientras que Beauvais, Rigaud y Laplume atacarían en diversos lugares del sur a fin de impedir la concentración de tropas británicas.

Toussaint, ansioso por ganar para la colonia a los propietarios blancos y mulatos que vivían en territorio ocupado por los ingleses, prohibió rigurosamente a sus soldados toda forma de pillaje o vandalismo, y transmitió a los traidores una serie de comunicados prometiéndoles el perdón y los plenos derechos como ciudadanos franceses si mantenían fidelidad a la República. Partidario siempre a ultranza de observar unas normas civilizadas en medio del conflicto armado, creyó necesario arengar al general John White por las barbaridades cometidas por las tropas que estaban a sus órdenes.

"Aunque soy negro, aunque no he recibido una educación tan esmerada como usted o los oficiales de su Graciosa Majestad Británica, infamias semejantes me parecerían un oprobio para mi país y una vergüenza para su nombre."[4]

Mediante una combinación de superioridad militar y propaganda Toussaint logró siete victorias en siete días. Maitland dio la partida por perdida y pidió una tregua. Procedería a evacuar totalmente la Provincia Occidental a cambio de respetar la vida y haciendas de los habitantes que estaban bajo dominio británico. Era exactamente lo que a Toussaint le interesaba, y ya se habían iniciado las negociaciones cuando Toussaint supo que el general Hédouville, elegido por el Directorio agente único para la colonia, había llegado a la parte española de Santo Domingo.

A los cinco individuos que gobernaban Francia bajo lo que se conoce como Directorio los había perturbado seriamente la llegada a Francia del deportado Sonthonax. Nunca habían albergado intención de restaurar la esclavitud, y habían saludado efusivamente las medidas adoptadas por Sonthonax para la educación de los trabajadores negros. Pero los colonos emigrados no les dieron tregua alguna, y en julio de 1797, después de que las asambleas hubiesen votado la destitución de Sonthonax, nombraron al general Hédouville agente especial para Santo Domingo. Hédouville, un militar experimentado, había demostrado notables dotes diplomáticas en la pacificación de La Vendée, el núcleo más peligroso y contumaz de la contrarrevolución en Francia. Los acontecimientos que precedieron al 18 de fructidor habían mantenido considerablemente ajetreados a los miembros del Directorio, y esos mismos acontecimientos habían despachado a los colonos más turbulentos hasta la Guayana. Si Sonthonax hubiese llegado a Francia antes de la deportación de Vaublanc y sus secuaces, hubiera podido darse por satisfecho con sólo evitar el presidio. Pero una vez más llegó justo después de la caída de sus enemigos y fue calurosamente acogido. Los miembros del Directorio, sin embargo, estaban totalmente alarmados. Toussaint había depuesto a su representante, constaban acusaciones y contraacusaciones de conspirar a favor de la independencia. Entonces llegó la carta de Toussaint advirtiendo que los negros lucharían hasta morir al menor indicio de una vuelta al antiguo régimen. Aquí surgía una nueva complicación. Ahora no eran tanto los mulatos quienes debían ser temidos sino los negros, su ejército negro y su general negro. Inmediatamente cambió la actitud hacia Rigaud. Hédouville recibió órdenes de marcharse, y de hacer cuanto fuese necesario para mantener bajo control los poderes de Toussaint hasta que Francia pudiese enviar tropas. Hédouville podría verse obligado a utilizar a Rigaud contra Toussaint. El Directorio no sabía. De manera que dejó a Hédouville manos libres para perdonar o arrestar a Rigaud en los términos que considerase más adecuados o factibles. El Directorio fingía aceptar la deportación de Sonthonax a instancias de Toussaint, y fingía estar en buenas relaciones con él. Pero eran tan profundas las dudas de Hédouville en cuanto a la recepción que le reservaba Toussaint que eligió Santo Domingo como lugar de desembarco, en los cuarteles generales de Roume. Llegó a finales de abril, justo a tiempo de conocer los últimos éxitos del irresistible negro.

Hédouville se había procurado información a partir de todas las fuentes posibles sobre los hombres con los que iba a encontrarse, y en particular sobre Toussaint. Y nadie lo dejó con duda de ningún tipo sobre el tipo de hombre que era Toussaint. El general Kerverseau, un capacitado militar de sólida y recta personalidad, le indicó la única línea posible de actuación.

"Es un hombre dotado de una inteligencia extraordinaria y cuya lealtad a Francia no puede ponerse en tela de juicio, cuya religión es garantía de su moralidad y cuya firmeza sólo es igualada por su prudencia, cuenta con la confianza de hombres de todas las razas y tiene una influencia sobre los miembros de la suya propia que nada puede contrarrestar. Con él tiene usted la posibilidad de hacerlo todo; sin él, no tiene usted la posibilidad de hacer nada."

Es importante que retengamos dos frases en la apología de Kerverseau. La primera, la total entrega de Toussaint a Francia. La segunda, que el Toussaint de 1798, al cabo de cuatro años, contaba con la confianza de blancos, mulatos y negros. Se había fijado a sí mismo esta meta, pese a todas las provocaciones a que había debido plantar cara, y su triunfo era total.

¿Qué pretendería hacer Hédouville? Toussaint lo ignoraba, pero ordenó que fuese recibido con los máximos honores. En la correspondencia que cruzó con el nuevo agente se muestra cortés pero reservado. "Permítame hacerle una observación en tanto que oficial de la República. [...] Hay hombres que aparentemente desean la libertad de todos, pero que en su fuero interno han jurado enemistad a este voto. [...] Lo que digo es verdad, y lo sé por experiencia." Toussaint dio muestras de frialdad incluso al referirse a Roume, amigo leal de los negros, tal como su correspondencia privada pone de relieve.[5] "Si el comisario Roume me aprecia, mi aprecio por él es recíproco y respeto sus virtudes." Toussaint no confiaba en ninguno de ellos.

Pero en cuanto supo de la llegada de Hédouville se apresuró a informar a Rigaud. Aunque confortado por Pinchinat desde París, Rigaud no sabía exactamente qué medidas planeaba Hédouville contra él. Pidió apoyo a Toussaint frente a Hédouville, y le envió a un agente confidencial para analizar cuestiones que no se atrevía a plantear por escrito.[6] La solidaridad entre el líder negro y el líder mulato era absoluta.

A la vez que proseguía las negociaciones con Maitland, Toussaint concedió amnistía a todos los plantadores que se habían unido a los brită-

nicos y a todos los trabajadores que habían luchado a cambio de un salario inglés. La única excepción fueron los plantadores que realmente habían luchado en las filas británicas, o aquellos monárquicos que habían llegado a Santo Domingo desde el exterior. Era un gesto habitual en un hombre que durante toda su vida pareció completamente al margen de la humana y compartida pasión por la venganza, y que nunca permitió que nada lo desviase de su meta, la reconstrucción de Santo Domingo y la reconciliación de todos sus habitantes, blancos, mulatos y negros. Sometió los términos de la amnistía a Hédouville, que los ratificó. Maitland intentó suscitar distorsiones de competencias entre Toussaint y Rigaud. Toussaint cortó radicalmente el juego, recordándole a Maitland que el superior de Rigaud era él. No presionó demasiado a Maitland, sin embargo. Lo único que Toussaint deseaba era que el inglés abandonase Santo Domingo. Todas las propuestas y contrapropuestas fueron sometidas al refrendo de Hédouville, y el 30 de abril se firmó la convención por la cual los británicos deberían evacuar íntegramente la Provincia Occidental.

Los militares emigrados, Dessources y algunos más, vizcondes y caballeros, violentaron los términos de la amnistía, destruyeron cañones y depósitos de municiones, mataron animales e incendiaron plantaciones. Por su parte, los africanos de Toussaint, hambrientos y harapientos, cayeron sobre las ciudades, pero con tal disciplina que no se cometió acto alguno de vandalismo o saqueo. Tan admirable fue el comportamiento de sus tropas y de su hermano, Paul L'Ouverture, en La Croix-des-Bouquets que ciudadanos de las diversas razas le escribieron a Toussaint para testimoniar su satisfacción por contar con semejante oficial al mando en su distrito. Solicitaron una visita del propio Toussaint.

La entrada en Port-Républicain[7] fue majestuosa, romana. Los trabajadores negros, sobre quienes tanto se había inculcado la noción de que su destino era haber nacido para servir, salieron a ver un ejército negro saludado como si fuese el salvador de Santo Domingo, y los blancos corrían a postrarse ante aquel al que denominaban su liberador. En primera fila venía el clero, con la cruz, la bandera e incensarios de penetrante aroma, y a continuación los que anteriormente fueran súbditos de Su Majestad Británica. En mitad de la vía se había levantado un inmenso arco triunfal. Las mujeres blancas de más holgada posición, a lomos de sus monturas o en carruajes sin cortinas, escoltadas por una guardia de honor

compuesta de jóvenes criollos blancos, salieron a recibir al comandante en jefe. Las muchachas les arrojaron flores y guirnaldas. Modélicamente cortés en todo momento, Toussaint descendió de su caballo y agradeció la unánime deferencia hacia su persona. Cuatro de los más ricos plantadores de Cul-de-Sac acercaron con orgullo una tarima, y otros se postraron de hinojos, pidiéndole a Toussaint que se subiese a ella. Toussaint descubrió la presencia entre ellos de hombres que habían contado entre sus más fervorosos enemigos, e indignado y humillado se negó. "El estrado y el incienso," dijo, "corresponden sólo a Dios".

Esa noche la ciudad fue iluminada. En todas las grandes mansiones hubo bailes y ciento cincuenta personalidades fueron invitadas a un gran banquete. Al día siguiente el alcalde hacía público un comunicado en el que se alababa el trabajo de Toussaint calificándolo como "obra maestra de la política, la sabiduría y la humanidad". La respuesta de Toussaint fue ilustrativa.

"Aprended a valorar, ciudadanos, la grandeza de vuestra actual situación política. Al adquirir los derechos que la Constitución otorga a todos los franceses, no olvidéis los deberes que lleva aparejados. [...] Trabajad duro para que florezca la agricultura, único pilar de un Estado y única fuente de bienestar público, y para que Santo Domingo prospere. Comparad en este sentido la conducta del gobierno francés, que no ha dejado de proteger, con la conducta del gobierno inglés, que no ha dejado de destruir. La visión de los campos que he atravesado de camino hacia aquí me ha llenado de pesar. El estado en que se encuentran hubiese debido bastar para que entendieseis desde hace tiempo que al uníos a los ingleses abrazabais una quimera. Pensabais que ganaríais, y en lugar de eso habéis perdido. [...]

La libertad sin trabas de que gozará el trabajador, la recompensa que la ley concede a su trabajo, lo mantendrá ligado a la tierra que cultiva.

La era del fanatismo ha terminado. El reinado de la ley ha sucedido al de la anarquía. [...] Con la sabiduría que da la experiencia, el Directorio ha enviado a esta tierra a un único agente elegido entre los ciudadanos más dignos de confianza. La gloria que ha adquirido con justicia en Europa, las virtudes que lo caracterizan, son la garantía de nuestra felicidad. Ayudémoslo en su importante misión con una obediencia absoluta, y mientras siembra las semillas de la felicidad que tiene en mente, yo velaré por vuestra seguridad, vuestra tranquilidad y vuestra felici-

dad, mientras vosotros respetáis los solemnes votos de permanecer fieles a Francia, observar su Constitución y respetar sus leyes. [...]"

Toussaint, hombre de acción, tendía a escribir y hablar como un filósofo. Este ambicioso y conciso discurso era un programa para el país y un gesto personal dirigido a Hédouville.

Sin darle tiempo a Rigaud para que alcanzase Le Cap, los británicos, ansiosos ya de apoderarse por lo menos de una parte de esta maravillosa isla, lanzaron un repentino y vigoroso ataque contra Rigaud en el sur. Rigaud estaba ahora en peligro y recurrió a Toussaint en busca de ayuda. Antes de que llegasen los refuerzos de Toussaint, Maitland realizó otra tentativa de apartar a Rigaud de Toussaint. Rigaud contestó que proseguiría la guerra con él hasta el final.

Toussaint se entrevistó con Hédouville en Le Cap, después salió rápidamente al encuentro de Rigaud en Port-Républicain, y ambos se vieron las caras por primera vez. Rigaud, que durante mucho tiempo había deseado encontrarse con este "hombre virtuoso," trató a Toussaint con la deferencia debida a un comandante en jefe, y Toussaint, perfecto siempre en cuestiones de tacto personal, se dirigió a Rigaud como su viejo camarada. Con ayuda de los refuerzos de Toussaint los británicos fueron derrotados y los dos se subieron al carruaje de Toussaint para ir al encuentro de Hédouville. La leyenda (que cuenta con todos los datos a su favor) sostiene que al llegar a Le Cap existía entre ambos un acuerdo tácito para apoyarse mutuamente frente a cualquier intriga tramada por el agente del Directorio.

Lo que ocurrió en esta entrevista entre Hédouville y Rigaud es una de las grandes tragedias de Santo Domingo. Hédouville colmó a Rigaud de atenciones, prometió que Francia le daría pruebas de la más alta consideración, lamentó los problemas que afligían a la colonia, le dijo que el método más seguro para solventarlos consistía en ayudarlo a conseguir el fin último de las secretas instrucciones que había recibido: privar del poder absoluto a Toussaint L'Ouverture. Rigaud entrevió la ocasión de reconciliarse con Francia... y se arruinó, se arruinó a sí mismo, arruinó a su raza y arruinó al país para toda una generación.

La posición de los mulatos, desde agosto de 1791, fluctuaba continuamente entre la burguesía francesa y los trabajadores negros. La inestabilidad de los mulatos no se debía a razones de sangre, sino a su escalafón interme-

dio en la escala social. Lo lamentable fue que a Rigaud, dictador del sur, le faltó olfato para darse cuenta de que los franceses lo utilizarían contra Toussaint para a continuación, inevitablemente, volverse contra él.

Se dice en Santo Domingo que Toussaint (cuyos métodos eran siempre oblicuos) se escondió para espiar a hurtadillas la conversación entre Rigaud y Hédouville. No era necesario. En el curso de esta misma visita Hédouville ya empezó a dar muestras de un cambio de actitud hacia Toussaint. El capitán del barco que había transportado a Hédouville informó a Toussaint de lo agradable que sería para él transportarlo a Francia en ese mismo barco. "Su barco no es lo bastante grande para mí", dijo Toussaint. Alguien más le dejó caer otra insinuación sobre lo del viaje a Francia, los honores y la acogida que lo aguardaban en ese país. "Me iré cuando este árbol", y acarició una retama recién plantada en el jardín, "sea lo bastante grande como para llevarme hasta allí".

Toussaint estaba advirtiendo a Hédouville y a sus colegas de que con él no iban a tomarse libertades de ningún tipo. Sobrado de recursos diplomáticos como estaba, afectó sentirse extremadamente impresionado por las cortesías que le había dispensado y le dispensaría Maitland. Una y otra vez repetía que los franceses nunca lo habrían tratado con tanto mimo. No era verdad, y él lo sabía. Laveaux, Sonthonax y los habitantes de Port-Républicain lo habían colmado de honores y de atenciones. Pero Toussaint quería que Hédouville se diese por enterado. Le refirió incluso por vía epistolar las atenciones de Maitland, confiaba en que Hédouville no tuviese objeciones a que un oficial de la República fuese objeto de las mismas. De manera que, mientras cumplía con su deber y trataba a Hédouville con todos los respetos debidos, Toussaint se valía de todos los medios directos e indirectos para ponerlo al corriente de que con él no se jugaba, reclamando al mismo tiempo la consideración y el respeto debidos a su rango. Hédouville, arrogante y pagado de sí mismo, parecía incapaz de entender que estaba tratando con el hombre que estaba a la cabeza de un ejército victorioso, apoyado por las grandes masas populares de dos de las provincias del país y que no necesitaba aprender nada sobre las sutilezas y refinamientos diplomáticos de Francia. Hédouville continuó acosando al negro iletrado que se expresaba en un francés lamentable.

Rigaud lo había abandonado y Hédouville sólo aguardaba la primera oportunidad para asestarle el golpe. Pero Toussaint siguió adelante con

la misión que se había impuesto a sí mismo: expulsar a los ingleses de la colonia y sufrir en el envite los menores daños posibles. Las fuerzas de Maitland se agrupaban ahora en Môle St. Nicholas por el norte y en Jérémie por el sur. Toussaint ingenió en ese momento, mientras seguía reuniendo grandes contingentes para tomar estos lugares por asalto si fuese necesario, una de sus más brillantes improvisaciones en el campo de la negociación diplomática.

Todos los blancos de las Indias Occidentales, alarmados ante el mal ejemplo que suponían Toussaint y sus negros, contemplaban con horror la idea de que Maitland llegase a un acuerdo con un negro, y en nadie resultaba ello tan patente como en el duque de Balcarres, gobernador de Jamaica. Mientras duraron las negociaciones no dejó en ningún momento de pedirle a Maitland que mantuviese el control sobre Môle St. Nicholas. Pero Toussaint quería conquistar Môle St. Nicholas sin derramamiento de sangre, y también quería un acuerdo comercial con los Estados Unidos, que sólo sería factible con el permiso de la flota británica. De modo que, a la par que negociaba, enviaba continuos mensajes al arisco Balcarres, advirtiéndole que Jamaica estaba muy cerca de Santo Domingo, y que le resultaría muy fácil enviar a unos cuantos negros en canoa para que incendiasen las plantaciones e iniciasen una revolución.[8] Balcarres por supuesto puso a Maitland al corriente, y Maitland, como soldado, supo apreciar el sentido de tales amenazas. O bien los británicos conquistaban a Toussaint, o bien hacían las paces con Toussaint, y Maitland sabía que Toussaint era inexpugnable. En consecuencia, Maitland informó a Toussaint que deseaba tratar con él "sobre temas importantes". Toussaint le despejo todas las dudas en relación con lo que a él le interesaba: "Confío en que se refieran al anuncio de la evacuación definitiva de aquellas zonas que siguen ocupando los ingleses en esta parte de la República [...] sería lo único que detendría o demoraría mi intervención. [...] Aunque Jérémie sea una fortaleza, le aseguro que asediaré sus muros; puedo perder 2.000 hombres, pero asumiré el riesgo".

Maitland aceptó la evacuación de Jérémie. Toussaint se aseguró la autoridad de Hédouville para emprender estas nuevas negociaciones y envió a su representante para que discutiese con Maitland distrito por distrito excepto Môle St. Nicholas. Pero Maitland renunció entonces a la esperanza de conservar incluso dicha fortaleza y propuso la evacuación com-

pleta de Santo Domingo. Toussaint aceptó, sin dejar de mantener a Hédouville escrupulosamente al tanto de todo ello.

Toussaint, aunque prudentemente cortés con Maitland, hizo gala de más autoridad que nunca. Maitland propuso que, a cambio de plegarse a la evacuación, desmantelaría las fortificaciones. Toussaint se negó y las exigió en el mismo estado en que Maitland las había encontrado. "Me honra que respete usted esta exigencia, si no me veré obligado a interrumpir las negociaciones." Maitland aceptó.

Pero Maitland, después de enviar un delegado ante Toussaint, envió a otro ante Hédouville con el fin de pactar unas cláusulas especiales, no relativas a las condiciones de evacuación sino a la entrega en efectivo de Môle St. Nicholas. Maitland actuó de buena o quizá no de buena fe. Pocos días después y sin incidente de ningún tipo se firmó una cláusula similar para la rendición de la fortaleza de Tiburón, tras la entrada de las tropas de Rigaud en Jérémie. Hédouville diría después que Maitland actuó así para excitar los celos de Toussaint.[9] Si así fue, su conducta resulta aún más cuestionable.

Sabía que Toussaint negociaba con Maitland la evacuación de Môle, pero ansioso por incrementar su prestigio, envió a un emisario personal ante el comandante británico del fuerte y aprobó un decreto de amnistía a la manera de Toussaint. Pero los términos acordados no resultaron satisfactorios para Maitland. Los rechazó, e informó a Toussaint, que de este modo se enteró de que Hédouville estaba negociando a sus espaldas con el comandante en jefe enemigo. Toussaint, consciente de que no podía ponérsele ninguna tacha a su conducta, atacó a Hédouville sin compasión.

"Mi franqueza me impide disimular, Agente Ciudadano, que esta falta de confianza me ha afectado profundamente. [...]

Contradiciendo abiertamente su autorización, sin tener en cuenta mi puesto de comandante en jefe del ejército de Santo Domingo, sin reflexión previa, sin entender ni siquiera que era necesario informarme, ha delegado usted agentes de rango inferior a las negociaciones [...] y les ha conferido poderes que anulan los míos propios. Me parece, sin embargo, que de acuerdo con la jerarquía militar soy yo, primer jefe del ejército, quien debería haber transmitido sus órdenes a los oficiales de menor rango. [...] Hubiese preferido que me declarase con franqueza su convencimiento en mi incapacidad para negociar con los ingleses. [...] Me

hubiera evitado la desagradable necesidad de contraer compromisos escritos y dar mi palabra de honor. [...]

El general Maitland, al solicitar la negociación conmigo, entendió la jerarquía militar; y si él me reconoció a mí como comandante en jefe, yo lo reconocí a usted como representante de la nación, pues sólo negocié después de haber solicitado su aprobación. ¿Qué he hecho para merecer esta falta de confianza?"

Había arrinconado a Hédouville y no le ahorró ningún golpe. Pero ni siquiera entonces deseaba una ruptura, y concluyó afirmando que le bastaba con la confianza de Hédouville para salvar entre ambos la colonia y para volver a impulsar la agricultura. Hédouville montó en cólera, se jactó de todas sus proezas y de las dotaciones militares que había tenido bajo su mando, dijo que Toussaint no era quién para enseñarle lo que debía hacer. Ignoraba hasta qué punto era peligroso jugar a lo que estaba jugando. Si Toussaint no hubiese sido más que el jefe de una cuadrilla de rebeldes, Francia habría perdido la colonia en agosto de 1798. Mientras Hédouville azuzaba irreflexivamente al hombre de cuyo ejército e influencia dependía todo, los ingleses, tras fracasar en el intento de conquistar a Toussaint por las armas, hicieron un supremo esfuerzo de conquistarlo mediante esa combinación de mentiras y artimañas que responde al nombre de diplomacia.

Maitland, un británico imbuido de prejuicios, no consideraba muy inteligente a Toussaint.[10] Pero Maitland había visto que los negros de Santo Domingo, ahora que disponían de experiencia militar, de líderes y de organización, eran una barrera para cualquier expedición europea. Con toda certeza los franceses enviarían una expedición para volver a imponer su autoridad, y un ejército francés se desangraría hasta la muerte en la isla. Maitland asumió como un deber propio fortalecer en la medida de lo posible a Toussaint a fin de que contase con las mayores oportunidades de derrotar a los franceses. Invitó a Toussaint a una entrevista, lo abrazó, le prodigó honores militares, revisó las tropas por él, le entregó magníficos regalos (en nombre de Jorge III) y le propuso declarar la independencia de la isla para que la gobernase como rey.[11] Le garantizó la protección de los ingleses, "una potente escuadra de fragatas británicas estará siempre estacionada en los puertos o en las costas para velar por su seguridad",[12] y se limitó a pedirle a cambio el comercio exclusi-

vo con la isla. Los americanos estaban anudando un próspero comercio con Santo Domingo, Maitland había enviado un delegado americano ante Toussaint y era seguro que volverían con los británicos.

Pese a las acusadas diferencias entre Toussaint y Hédouville, Toussaint se negó. Como Rigaud, Toussaint disponía de suficiente poder para mover sus peones a su antojo. Francia estaba neutralizada, y Toussaint podía obtener en Inglaterra todo el apoyo y los recursos que necesitase. Su negativa es el exponente de su rivalidad con Rigaud. Los británicos, no lo ignoraba, formarían la alianza y a continuación, en cuanto hubiese roto relaciones con Francia, llegarían a un acuerdo a costa suya con Francia o bien, con su sólida escuadra de fragatas destinadas a la protección de Toussaint, bloquearían la isla, lo derrocarían y volverían a entronizar la esclavitud. Toussaint rechazó todo eso por completo. Las cartas de Maitland denotan, cierto, su comprensión, compartida por tantos otros franceses conocedores de la isla, del poder que representaban los negros de Santo Domingo. Los británicos respetarían la componenda en aras del honor inglés, aunque también porque no podían hacer otra cosa. Pero en cuanto se firmase la paz, sería otra historia. Esto no es especulación en absoluto. Antes de acabar el año Maitland escribió de hecho a Dundas para cerciorarse de que la traición prevista no se iría al traste. "Creo innecesario añadir que tan pronto como se restablezca la paz mi punto de vista en torno de esta cuestión cambiará de inmediato." Era innecesario. Dundas entendía. Para despejar cualquier posible malentendido, Maitland añadía:

"A fin de rebajar el poder de Francia y eliminar la peor amenaza, es decir, que Francia se adueñe de todos los recursos de los que Santo Domingo podría abastecerla y que cooperarían a nuestra destrucción, tal vez sería bueno aceptar el mal menor (en tiempo de guerra) consistente en apoyar la autoridad de Toussaint, pero sólo hasta el restablecimiento de la paz y de algo que se parezca a un gobierno estable en Francia; tanto con vistas a una vuelta al sistema colonial original si éste fuese practicable como con vistas a que Francia dilapide medios humanos y monetarios en este intento [...]".[13] Estaba redactada en la mejor tradición del estilo utilizado por las civilizaciones superiores para elevar a los pueblos atrasados. Pero Toussaint se limitó a expresar que lo sentía y a declinar el ofrecimiento, muchas gracias.

Esto es historia. Pero si aquí acabase todo, resultaría ilegible. Además de constatar la resistencia material frente a la rebajada noción de la exis-

tencia humana que profesaba Maitland, frente a la vergonzosa barbarie de Maitland y de sus mentores situados en cargos superiores, conviene observar los elevados principios que regían la existencia profundamente práctica del ex esclavo. Toussaint estaba entregado entonces, como lo estuvo siempre, a la causa de la Francia republicana. Esta entrega lo llevaría en última instancia a una muerte cruel y prematura. Pero a la vez le otorgó una vida espléndida. Para todos los negros, la Francia revolucionaria que había decretado la igualdad y la abolición de la esclavitud era una luz que brillaba entre las naciones. Francia realmente era para ellos la madre patria. Toussaint, que siempre acarició en su mente el progreso de los negros como pueblo, no quería romper con Francia, con su idioma, sus tradiciones, sus costumbres, para unirse a la esclavizadora Inglaterra. Permanecería leal a Francia mientras Francia fuese fiel a los negros.

Pero la guerra impidió que Francia pudiese enviar suministros a la colonia, y Toussaint suscribió un acuerdo secreto con Maitland: barcos británicos y americanos llevarían a unos determinados y escogidos puertos mercancías que se pagarían con productos de Santo Domingo. Más no estaba dispuesto a conceder.

Cuando Balcarres supo que Maitland procedía a una evacuación total de Santo Domingo, envió una queja por escrito al gobierno. La respuesta fue una obra maestra. Tras detallar pormenorizadamente las diversas ventajas de la evacuación, concluía con resignación: no se puede hacer otra cosa.[14]

Tanto en el campo de batalla como en la Cámara de los Comunes Toussaint había desarmado a los generales británicos como había desarmado a los españoles, obteniendo todo cuanto necesitaba al menor precio posible para él mismo.

Así acabó la malhadada expedición a Santo Domingo. "Después de largo y atento estudio", escribe Fortescue, "llego a la conclusión de que las campañas de las Indias Occidentales, tanto en el este como en el oeste, que constituyeron la esencia de la política militar de Pitt, le costaron al ejército y a la marina de Gran Bretaña casi cien mil hombres, la mitad muertos y la otra mitad incapacitada para el servicio".[15] Por un puñado de islas olvidadas todavía en poder de Inglaterra "se ha sacrificado a los soldados británicos, se han dilapidado las reservas del país, su influencia en Europa se ha debilitado, su vigor quedó agarrotado y postrado durante seis fatales años".[16]

Fortescue parece no advertir que Pitt y Dundas aspiraban a la más floreciente colonia del mundo, una rica salida para un mercado de esclavos que de otro modo dejaría de ser rentable.

Fortescue achaca la culpa a todos y a todo, a Pitt y a Dundas por la incompetencia, el clima, la fiebre. La fiebre acabó con muchos más hombres que los negros y los mulatos, pero ya hemos visto lo limitado de los recursos y lo extenso de las intrigas internas a que se enfrentó Toussaint. Santo Domingo no era el primer lugar donde la fiebre se interpuso en el camino de los invasores europeos. Fue el decreto de abolición, el coraje de los negros, la capacidad de sus líderes lo que se impuso. El magnífico gesto de los obreros franceses hacia los esclavos negros, enfrentándose a su propia clase blanca dominante, había ayudado a salvar a la revolución en la Europa reaccionaria. Gracias a Toussaint y a sus levas de toscos soldados, entonando la *Marsellesa* y el *Ça Ira,* Gran Bretaña, el país más poderoso de Europa, no pudo atacar a la revolución en Francia. "El secreto tras la impotencia de Inglaterra durante los primeros seis años de la guerra puede resumirse en dos palabras fatales: Santo Domingo."[17]

Hédouville conocía todo esto, nadie podía conocerlo mejor, pero a su juicio la expulsión de los británicos no era sino una buena razón más para quitarse de en medio a Toussaint, de una vez y para siempre. Francia quería volver a imponer su autoridad en la colonia. Se trataba de una política, y no existe gratitud en la política. Pero Toussaint era un negro, alguien que había sido esclavo, y ahora que de nuevo había conquistado la colonia para Francia, Hédouville y los miembros de su gabinete no sólo intrigaron contra él sino que lo insultaron groseramente. Como quiera que Toussaint solía atarse un pañuelo en torno de la cabeza, algunos de ellos se jactaban de que con cuatro hombres podrían acceder al territorio del viejo mono del pañuelo y capturarlo. No sólo llegó esto a oídos de Toussaint, sino que gradualmente empezó a correrse entre las masas de negros que el agente y sus hombres eran hostiles a Toussaint, y quien fuera hostil a Toussaint era hostil a los negros. Y sin embargo es curioso y característico de Toussaint que las polémicas más agrias se desatasen en torno de la cuestión de los emigrados blancos, a los que Toussaint, ex esclavo, protegía, y por lo que Hédouville, ex noble, atacaba a Toussaint.

Roume también recomendó la conciliación con los emigrados, pero aconsejó al Directorio que examinase minuciosamente a todos los plantado-

res y sólo autorizase la entrada de aquellos que se hubiesen retractado de sus anteriores prejuicios. Toussaint, por el contrario, abrió las puertas a todos cuantos prestasen el voto de fidelidad. Aparte de por su educación y sus valiosos conocimientos, tal vez pensó que sólo si volvían y se les ofrecía la posibilidad de disfrutar de sus posesiones dejarían de intrigar y tramar complots para el retorno de la esclavitud. Los necesitaba ahora más que nunca como contrapeso al poder de los mulatos. Algunos de estos emigrados habían sido excluidos de la amnistía original por encabezar tropas negras a sueldo de los británicos. Pero Toussaint sabía que la agricultura de Santo Domingo necesitaba de estos negros, sabía también que Maitland se llevaría a los negros directamente a Jamaica, donde los esperaba la esclavitud. Maitland estaba dispuesto a negociar a favor de estos negros si a sus oficiales también se los aceptaba, y Toussaint aceptó. Hédouville lo acusó de proteger a los enemigos de la República. Toussaint le recordó la amnistía a la que Hédouville había dado el visto bueno así como las especiales circunstancias de estos oficiales emigrados.

Toussaint, sinceramente católico, había perdonado a ciertos emigrados que juraron fidelidad tras asistir a un servicio religioso. Hédouville lo acusó de infringir la norma republicana por la que toda asociación oficial con la religión quedaba prohibida. Puesto que las peleas y rencillas eran constantes, Toussaint dimitió de su puesto de comandante en jefe.

Lo que sentía en ese momento podemos apreciarlo a través de la carta que envió a Hédouville cuando éste se negó a pronunciarse sobre la dimisión. Esta carta es, quizá con una sola excepción, la más sorprendente de la voluminosa y sorprendente correspondencia de este ex esclavo iletrado, que hasta la edad de 45 años, o sea, seis años antes, probablemente no había recibido nunca, y mucho menos escrito, una carta.

"No tenía usted ninguna necesidad de mencionarme sus instrucciones para que tuviese yo bien presente el valor y la dignidad de las mismas. Me basta con saber que es Francia quien lo envía para contar con toda mi veneración. Respeto demasiado al Directorio del que es usted agente como para no respetarlo también en persona y desear su aprobación; las muestras de confianza con que me ha honrado el Directorio son demasiado preciosas para mí como para no desear las suyas propias en igual medida. Pero es precisamente porque estos sentimientos están profundamente inscritos en mi corazón, porque su estima y confianza me resultan infinitamente preciosas, por lo que, ante el temor de perderlas,

considero necesario expresarle mi exasperación. Leal a mi deber y a mis principios, sólo puedo atribuir la desgracia que ha caído sobre mí a las pérfidas maniobras de quienes han intrigado a mis espaldas, contra mi persona y también contra la paz y el orden. [...] Si he solicitado permiso para retirarme es porque, tras haber servido honorablemente a mi país, tras haberlo liberado de las garras de poderosos enemigos que luchaban por controlarlo, tras haber sofocado el fuego de las guerras intestinas que lo consumió largo tiempo, tras haber dejado en segundo plano y durante años a una familia amada para la que he terminado por convertirme en un extraño, tras haber renunciado a mis propios intereses, sacrificado mi tiempo y mis horas por el triunfo de la libertad, deseo ahora preservar mis últimos años de una afrenta que sería la vergüenza de mis hijos. La acusaría tanto más cuanto que sé que no la he merecido, y que ciertamente no sobreviviré a ella. No le oculto que, puesto que está usted postergando indefinidamente la respuesta a mi solicitud, la presentaré directamente al Directorio. Los seres humanos se muestran generalmente tan inclinados a envidiar las glorias ajenas, son tan celosos del bien que ellos mismos no han podido conseguir, que un hombre se gana con frecuencia enemigos por el simple hecho de haber prestado grandes servicios. La Revolución Francesa proporciona numerosos ejemplos de esta terrible verdad. Son muchos los grandes hombres que han expiado en el exilio o en el patíbulo los servicios que habían prestado a su país y sería imprudente para mí permanecer expuesto durante más tiempo a los dardos de la calumnia y la malevolencia.

Un retiro honorable y apacible en el seno de mi familia es ahora mi única ambición. Ahí, como a la cabeza de mis ejércitos, estaré siempre dispuesto a dar el mejor ejemplo y aconsejar en los mejores términos. Pero he aprendido demasiado sobre el corazón del hombre como para no tener la certeza de que sólo en el seno de mi familia encontraré la felicidad."

Estas palabras venían sin duda de adentro. Vaublanc y otros como él estaban en la Guayana, Toussaint no temía la esclavitud en un futuro inmediato. Intuía que Hédouville se libraría de él. Resistir habría significado la guerra civil, también contra Rigaud. "Mi conducta durante algún tiempo, y sobre todo desde su entrevista con el general Rigaud, ha sido una continua infracción a la ley." Y antes de enfrentarse a una guerra civil motivada únicamente por su posición personal, Toussaint prefirió mar-

charse. Hédouville no había dejado de insinuarle que a pesar de ser comandante en jefe estaba subordinado al agente. "Conozco sus competencias," escribió Toussaint. "Por eso le envié mi dimisión, y si no las conociese, usted se hubiera encargado de instruirme, recordándome una y otra vez que dispone de poder para despedirme, lo cual me hace pensar que tiene un gran deseo de hacerlo."

No era fanfarronería de ningún tipo. Toussaint envió a un secretario al Directorio para concertar los términos de su dimisión. No habían pasado seis meses desde que los ingleses se habían retirado de Santo Domingo. Toussaint estaba bebiéndose su copa hasta las heces, pero aún entonces, como demuestra su carta, no pensaba ni por un momento en la independencia de la colonia. Se retiraría. Si en algún momento había algún intento de conseguir la libertad para todos, estaría allí.

Las masas de Santo Domingo lo salvaron. Hédouville estaba negociando con el Directorio su sustitución y la de los generales negros, que serían reemplazados por tres generales blancos,[18] pero no se atrevía a ejecutarla, tan grande era la inquietud en el país y en el ejército. Hédouville intentó implantar un sistema para que los propietarios retuviesen a los trabajadores como aprendices por espacio de seis y nueve años, una estupidez que los ingleses intentaron repetir con un clamoroso fracaso después de la emancipación de los esclavos en sus propias colonias en 1833. Los negros podrían haberlo aceptado viniendo de Toussaint o de Sonthonax, pero no de Hédouville. Los soldados no habían recibido su paga, pese a los urgentes apremios de Toussaint, y estaban resentidos por causa de esta negligencia y también por los ataques a su general. Empezaron a aflorar temores en relación con la libertad de los negros. Hédouville se quejó de que Toussaint y los generales estaban propagando entre los trabajadores calumnias contra él. Quería que, como buenos ciudadanos franceses, se quedaran formales en su sitio; mientras ordenaba su dimisión por no saber ya qué hacer con ellos y una vez más ponía a los hombres negros en el lugar que les correspondía.

Aumentó la tensión. Hédouville empezó a darse cuenta de lo que se le venía encima sin Toussaint. Pidió a Toussaint que distribuyese entre los comandantes de distrito un auto destinado a apaciguar a los negros y disuadirlos de su presunta intención de rebelarse y masacrar a los blancos. Esta difamación del carácter de los trabajadores provocó la repulsa de Toussaint, y la idea de que los negros no estaban sino a la espera de

una oportunidad para masacrar a los blancos fue resultándole cada vez más infundada a medida que procedía a distribuir el documento. Hédouville intentaba recuperar ahora el terreno perdido con Toussaint. Intentó algunos acercamientos mediante amistades interpuestas. Toussaint replicó amablemente, pero sin abandonar su circunspecta compostura.

Hédouville deseaba restaurarle a la autoridad civil el cometido de velar por el orden, y naturalmente se encontró casi enseguida con la oposición de los generales de Toussaint. Toussaint había licenciado a parte de las tropas, hombres que volvieron al trabajo voluntariamente. Pero Hédouville disolvía las tropas negras y confiaba la vigilancia costera exclusivamente a tropas blancas. Los negros contemplaban estas maniobras con extrema suspicacia. Hédouville no era Laveaux ni Sonthonax. A los negros no les importaba nada lo que hubiese hecho o dejado de hacer en La Vendée. Amonestó severamente a Moïse, de manera injusta; Moïse replicó con idéntica severidad. El país estaba en tal estado de tensión que cualquier incidente podía desencadenar una insurrección. Toussaint no iría a Le Cap. Le dijo a Hédouville que según informaciones en su poder su vida peligraba allí. Hédouville le pidió que acudiese a Fort Liberté, donde acampaba Moïse, para aplacar la tensión. Toussaint encontró una excusa para demorarse. Si Hédouville quería gobernar, bien, que gobernase.

De pronto estalló una reyerta personal entre los hombres de la guarnición de Fort Liberté en ausencia de Moïse, el comandante. Los soldados, representantes de los trabajadores, entraron en conflicto con la Municipalidad, compuesta principalmente de mulatos y de antiguos negros libres. Una palabra de Toussaint hubiese bastado para poner paz. En lugar de esto Hédouville envió a otro negro, Manginat, y le confirió autoridad para deponer a Moïse y asegurarse el mando. Ciertamente a Hédouville le asistían todos los fundamentos legales para despedir a Moïse. Pero no sólo era una acción injustificada, era estúpida, porque Moïse, después de Toussaint, era el hombre con más carisma del ejército y además era el sobrino de Toussaint.

Al volver al fuerte, Moïse se encontró a Manginat proclamando los poderes con que lo habían investido. "No puede usted hacer la guerra y yo sí puedo, ciudadano Manginat", le dijo. "Ándese con cuidado." Pero Manginat, comisionado por Hédouville, insistió en hacer valer sus derechos. La Guardia Nacional y un destacamento de tropas europeas abrieron fuego, uno de los hermanos de Moïse cayó muerto, el otro fue captura-

do, Moïse tuvo que huir al galope para salvar su vida. En cuanto llegaron a Hédouville noticias de lo sucedido cesó a Moïse en sus funciones y ordenó que lo capturasen, vivo o muerto. Al enterarse de que Moïse había sido apartado del ejército por órdenes de Hédouville, Toussaint ordenó a Dessalines que marchase sobre Le Cap y arrestase a Hédouville.

Toussaint le había dado al agente cuerda suficiente, y el agente se había ahorcado con ella. Al principio hizo frente a la situación, pero Moïse alzó a los trabajadores negros de la llanura, y cuando Hédouville empezó a sentir que la cuerda se tensaba cada vez más en torno de su cuello, envió al coronel Vincent y a un sacerdote para que parlamentasen con Toussaint e intentasen taponar el conflicto. Pero Toussaint había tomado ya su decisión, y actuó con la rapidez y contundencia acostumbradas. Amigo como era de Vincent, lo arrestó y lo encarceló. Ordenó a un destacamento que interceptase a tres de los oficiales de Hédouville que servían a las órdenes de Rigaud y le llevaban cartas. Intentaron resistirse y fueron asesinados. Toussaint marchó entonces sobre Le Cap. Hédouville no lo esperó. Las tropas de Dessalines combatían ya en los suburbios de la capital. Hédouville lanzó una proclama acusando a Toussaint de traición y huyó a bordo de uno de los barcos atracados en el puerto. Toussaint, al llegar a Le Cap, invitó a Hédouville a volver a la orilla, pero Hédouville declinó la invitación y partió para Francia, acompañado de casi mil funcionarios, blancos, mulatos y los antiguos negros libres, que detestaban a Toussaint y a sus generales ex esclavos. Municipio y ciudadanos se apresuraron a darle la bienvenida a Toussaint, agradeciéndole que hubiese restablecido el orden.

Se había cruzado el Rubicón, y al día siguiente durante una arenga en Fort Liberté Toussaint reafirmaba enérgicamente su autoridad. "Mientras yo expulsaba a los ingleses de la colonia [...] Hédouville nombraba a un negro para destruir al valiente general Moïse y al Quinto Regimiento que tanto contribuyó a que nuestros enemigos evacuasen la colonia. Es con ellos con quienes queréis acabar. Y cuando los hayáis matado, ¿no sabéis que miles de valientes negros vendrán a vengar al valiente general Moïse y al Quinto Regimiento?, ¿no veis que estos desventurados europeos, sus esposas y sus hijos, quedarán expuestos a una masacre? [...] ¿Y qué dirá Francia?

Rehabilito en sus funciones a Moïse. [...] Quien a hierro mata a hierro muere [...] Hédouville afirma que estoy contra la libertad, que quiero

rendirme a los ingleses, que quiero la independencia; ¿quién puede amar más la libertad, Toussaint L'Ouverture, de esclavo Bréda, o el general Hédouville, antiguo marqués y caballero de Saint-Louis? Si realmente quisiera rendirme a los ingleses ¿los habría expulsado? [...] Recordad que sólo hay un Toussaint L'Ouverture en Santo Domingo, y que con escuchar su nombre debéis rendirle pleitesía."

Éste era el nuevo Toussaint. No tenía ninguna intención de romper con Francia, pero Hédouville, el representante de Francia, había sido una fuente constante de tensión y problemas. De ahora en adelante sería él quien gobernaría. Esa noche Toussaint cenó con Moïse y en el curso de un largo monólogo se expresó con toda claridad. Es una de las pocas ocasiones en que tenemos la oportunidad de vislumbrar lo que pasaba por su mente.

"Hédouville ha difundido el rumor de que volvió a Francia en busca de refuerzos. [...] Yo no quiero combatir con Francia, he preservado a este país para Francia hasta el día de hoy, pero si viene a atacarme me defenderé.

¿No sabe el general Hédouville que en las montañas de Jamaica hay negros que han obligado a los ingleses a firmar tratados? Bien, yo soy negro como ellos, sé hacer la guerra y además cuento con ventajas que no están a su disposición; porque puedo procurarme ayuda y respaldo."

Toussaint se refería claramente a los británicos. Pero aunque sabía que los ingleses atraparían al vuelo la oportunidad de aliarse con él, sólo formaría una alianza en caso de que Francia lo atacase.

"Finalmente", les dijo a Moïse y a los demás, "he hecho lo que debía hacer. No tengo nada que reprocharme a mí mismo. Me río de cuanto pueda decir Hédouville, que venga cuando quiera".

Resuena un eco de responsabilidad asumida semejante al del momento en que Sonthonax embarcó. Toussaint operaba a solas, tomando sus decisiones sin asesoramiento ni ayuda de nadie, y sus oficiales, soldados y trabajadores lo seguían ciegamente.

¿Hacia dónde iba? Ni él lo sabía. En su lúcida mente le iba dando forma poco a poco, sin ayuda de la experiencia o la educación, a un satisfactorio tipo de relación con Francia que permitiese mantener el vínculo en beneficio mutuo de ambas partes, y sin embargo gobernaría como todos estos comisarios, agentes, etc., no podrían gobernar. Lo encontraría sin tardar mucho. Mientras tanto envió a Vincent a parlamentar con

Roume en Santo Domingo, para pedirle que aceptase el cargo que había dejado vacante Hédouville hasta que llegasen instrucciones de París. Pero Roume ya era comisario. Cuando Hédouville había abandonado Francia eran ya tantas las dudas del Directorio sobre la acogida y el futuro que lo aguardaban en Santo Domingo que a un miembro de su comitiva se le encomendó un paquete sellado y que únicamente se abriría en caso de que muriese o se lo obligase a abandonar la isla. Cuando el paquete se abrió lo que había dentro era el nombramiento de Roume. Roume se instaló pues como sucesor de Hédouville. El fiel Vincent, que aprobaba enteramente la expulsión de Hédouville, fue enviado a París para presentar los comunicados y explicaciones de Toussaint.[19] En su informe Toussaint acusaba a Hédouville de servir a los intereses del partido derrotado el 18 de fructidor. Una y otra vez se refería a este *coup d'état*. Las maquinaciones de Vaublanc y de los emigrados lo obsesionaban a él y a los trabajadores negros de Santo Domingo.

Naturalmente, Hédouville llegó a París antes que Vincent.

Por él supo[20] el Directorio que la colonia estaba prácticamente perdida para Francia y que sólo había una oportunidad de salvarla:

"La exportación de azúcar y café en barcos ingleses y americanos hará que fluya el dinero en la colonia, y él (Toussaint) no dejará de atribuírselo a los méritos de su gestión.[21] Estoy igualmente seguro de que antes o después esta preciosa isla se independizará del dominio francés. No me atrevo a sugerirles la decisión que haya de adoptarse para debilitar el poder de quienes la gobiernan, pero si aún no es buen momento para adoptar medidas vigorosas, quizá ya consideren relevante sembrar semillas de discordia entre ellos, de manera que el odio que mulatos y negros se profesan sea más acerbo, y Rigaud y Toussaint se encuentren enfrentados. No sé aún cómo garantizar la pureza en las motivaciones del primero de estos dos, pero para hacerle justicia debo confesar que su comportamiento sólo me merece elogios. Encontrarán pruebas de esto en su correspondencia. Si hubiese podido confiar enteramente en él no habría dudado en ir al sur, pese a la poca seguridad que ofrece la navegación por esas aguas controladas por los ingleses. [...]"

Aunque los prejuicios raciales seguían ahí, no había hostilidad entre Toussaint y Rigaud. Las palabras de Hédouville demuestran que fue él quien deliberadamente intentó suscitarla, sin ni siquiera tener ninguna certeza a propósito de Rigaud. Antes de presentar el plan al Directorio

ya dio el primer paso; escribió una carta a Rigaud liberándolo de toda obediencia a Toussaint y autorizándolo a tomar posesión de los distritos de Léogane y Jacmel, incorporados al sur en virtud de un decreto anterior que aún no había sido ejecutado. Esperaba atizar de este modo una conflagración y mantener avivado su fuego hasta que Francia pudiese entrar en liza. Hédouville y sus superiores pertenecían a la misma estirpe de Maitland. Hozaban libremente y sin tapujos el lodazal inmundo de sus concepciones y sus necesidades políticas, confundidos entre los mismísimos dirigentes de sus países, mas con todo eran la escoria misma de la civilización humana y los valores morales. El historiador que quiera atenuar dicha conducta apelando al supuesto espíritu de la época, o a la omisión, o al silencio, demostraría que su relación de los sucesos no es fiable. Hédouville era al fin y al cabo un producto de la gran Revolución Francesa. Voltaire y Rousseau se habían convertido en nombres de andar por casa y murieron antes de que estallase la Revolución. Jefferson, Cobbet Tom Paine, Clarkson y Wilberforce ya habían izado banderas y estaban viviendo vidas que a ojos de Maitland y los de su estirpe los convertían en subversivos enemigos de la sociedad. Tenían sus razones. Como las tienen sus congéneres de hoy en día. Abruman nuestros periódicos, colman nuestras radios. El tipo está siempre ahí, entre nosotros, como también lo están sus defensores.

X
TOUSSAINT OBTIENE EL PODER

En sus doce años de política, nacional e internacional, Toussaint sólo cometió un grave error: el que le costaría su carrera. Las necesidades estratégicas supo preverlas siempre con antelación y nunca dudó en poner en práctica cualquier política que demandasen. Ahora que había despedido a Hédouville, representante oficial del gobierno francés, su superior reconocido, Toussaint entendió que había llegado el momento de acabar con el estado mulato de Rigaud. El gran peligro lo constituía en este momento una expedición francesa y era suicida permitir que Rigaud y sus mulatos continuasen controlando el sur y el oeste. Con toda seguridad recibirían con los brazos abiertos a las tropas francesas y asegurarían la ruina del estado negro.

Es fácil juzgar mal a Rigaud. Para él Francia seguía siendo aún la madre patria que había dado libertad a los mulatos y a los negros. "Me apena ver esto, el más cruel golpe que se haya asestado nunca contra aquellos de nosotros a los que la Revolución ha dado una nueva vida en Santo Domingo. La autoridad del Directorio quedará anulada en esta colonia. Toda Francia creerá que deseamos *independizarnos*,[1] como una multitud de locos ya dice y profesa."

Rigaud envió su dimisión a Toussaint. Si hubiese sido aceptada, Beauvais lo hubiese sucedido inevitablemente, y acaso Beauvais, Toussaint y Roume hubiesen logrado convertir la unidad en realidad. Rigaud suplicó: "Él [Roume] le consultará sin duda sobre la elección de mi sucesor. Yo le garantizo una vez más, Ciudadano General, mi fidelidad a Francia y mi respeto y absoluta consideración hacia su persona". Cuánto derroche, cuánto derroche de coraje, de entrega y de ideales hacia los burgueses rapaces y corruptos que seguían siendo aún, a ojos del perplejo Rigaud, los portadores del estandarte de la libertad y la igualdad.

Roume se negó a aceptar la dimisión de Rigaud y a partir de ese momento la guerra civil era inevitable. En el legajo que contenía el nombra-

miento de Roume había otros dos legajos. ¿Qué contenían? No lo sabemos. Pero muy bien podrían tratarse de instrucciones para mantener en su sitio a los dos partidos costase lo que costase. Roume no quería la guerra, pero actuaba como si su interés pasara por evitar un entendimiento estrecho.

La tentativa de dimisión de Rigaud –tenía intención de retirarse a Francia– y el tono de sus cartas a Toussaint demuestran hasta qué punto se sentía inseguro. Pero el gobierno francés ejecutó hábilmente su diabólica tarea. Hédouville sugirió que, para no alarmar a Toussaint, el Directorio lo culpase a él públicamente. Confrontado con el retorno de Hédouville, el Directorio expresó a Toussaint el pesar ante estos hechos, pero fingió mantener la confianza en Toussaint. Sin embargo Bruix, el ministro colonial, escribió cordialmente a Rigaud.[2] Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores, escribió en tono alentador a Toussaint[3] y a Rigaud.[4] Francia se desentendía alegremente mientras la caldera seguía en ebullición.

Maitland abandonó Santo Domingo en octubre o noviembre de 1798, y el 12 de diciembre apareció el siguiente recuadro en la *London Gazette.*

"Ningún acontecimiento en la historia de la guerra que se desarrolla actualmente ha resultado más significativo para la causa de la humanidad o para los intereses permanentes de Gran Bretaña que el tratado firmado por el general Maitland con el general negro Toussaint en el momento de evacuar Santo Domingo.

En virtud de este tratado se reconoce de hecho la independencia de esta valiosa isla, preservada contra todo intento por recobrarla que puedan llevar a cabo los franceses. No sólo sin costes para Inglaterra en fortificaciones o ejércitos sino también con el beneficio de asegurar para nosotros su comercio exclusivo.

Toussaint L'Ouverture es un negro, y en la jerga militar ha sido calificado de rebelde. Pero según todas las informaciones es un negro nacido para reivindicar los derechos de esta raza y demostrar que el carácter de los hombres nada tiene que ver con el color de su piel. Los últimos acontecimientos en Santo Domingo pronto concitarán la atención pública. Parece como si estuviesen calculados a gusto de todos. Constituye un triunfo haber rescatado de las garras del Directorio esta isla formidable desde la que, caso de haber consolidado posiciones, podrían haber amenazado incesantemente y tal vez hasta incluso asaltado la más pre-

ciada de nuestras posesiones en las Islas Occidentales; y por otro lado es un gran avance para la causa de la humanidad que se haya constituido y organizado en las Indias Occidentales un gobierno liderado por un dirigente o un rey negro. Que la raza negra a la que el mundo cristiano infamemente se ha acostumbrado a degradar. [...] Todo liberal inglés debe sentirse orgulloso de que en este país haya tenido lugar esta feliz revolución. [...]"

Los británicos, tras haber sido expulsados de la isla en septiembre, afectaban en diciembre ser los autores de la "feliz revolución", y se complacían de la liberación de un pueblo cuya esclavización les había costado la vida de 100.000 hombres. Además de aplacar la vanidad nacional, esta información mentirosa sería también, por supuesto, leída por el Directorio. Habiendo introducido así otra cuña entre Toussaint y los franceses, Maitland partió para los Estados Unidos con objeto de negociar el reparto del comercio con el país.

Harcourt fue enviado con antelación a Santo Domingo, pero Toussaint no tenía intención alguna de negociar con los británicos. Pidió explicaciones a Harcourt por la noticia que había aparecido en la prensa. Harcourt respondió con evasivas y cometió la increíble estupidez de decirle a Toussaint que los británicos estaban concluyendo con él estos acuerdos "no tanto por ventajas comerciales o militares de ningún tipo, sino para testimoniarle su satisfacción por la buena fe y la puntualidad en la ejecución de sus compromisos [...]".[5]

Cuando Maitland llegó a los Estados Unidos se encontró con que Toussaint había estado concluyendo sus propias negociaciones con el gobierno estadounidense. El presidente había refrendado ya un acuerdo y nombrado un representante comercial para Santo Domingo. Nadie ha infligido más sufrimiento a los negros que los capitalistas de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Han sido los más obstinados sacerdotes del prejuicio racial en el mundo. Sin embargo los norteamericanos competían con los británicos en sus halagos al negro Toussaint y al comercio con Santo Domingo. John Hollingsworth, de John Hollingsworth and Co., le escribió a Toussaint: "Implícita es la confianza que deposito en usted y tengo el gusto de añadir además que, de acuerdo con mis informaciones, esta confianza es mutua, lo que para mí constituye un no pequeño motivo de satisfacción, ya que he defendido la negociación propuesta de la manera más enérgica".[6]

Cuando los agentes británicos se enteraron de hasta qué punto había llegado Toussaint en sus transacciones con los norteamericanos se olvidaron de esas negociaciones que presuntamente sólo buscaban agradar a Toussaint, se pusieron duros y amenazaron con bloquear la isla con fragatas británicas si no se permitía la entrada a puerto de sus barcos en igualdad de condiciones con los norteamericanos. Éste era el dilema de Toussaint. Francia estaba en guerra con Gran Bretaña. Como todos los negros franceses, Toussaint detestaba a los ingleses. Pero la economía de Santo Domingo estaba al borde del colapso. Y aunque intentó evitar un acuerdo comercial con los enemigos de Francia, al final no le quedó más remedio que admitir la entrada de barcos británicos bajo bandera norteamericana o española en los puertos de Santo Domingo. Roume sugirió que arrestase a Maitland, lo cual hubiese sido muy fácil. Toussaint se negó. En lugar de esto le leyó a Maitland la carta de Roume y también su propia respuesta a la carta de Roume, rechazando en términos indignados tan baja sugerencia. Maitland quedó muy impresionado.

El acuerdo entero era irregular en todos sus términos. Maitland sabía que Toussaint no tenía ninguna autoridad. Toussaint sabía que carecía de ella. Con la paz, todos estos problemas quedarían zanjados. En cualquier caso, enfrentarse así a Gran Bretaña, enzarzada en ese momento en una guerra con Francia, era peligroso, pero también un acto que denotaba a un prudente y valiente hombre de Estado. Hasta Roume, agente del gobierno francés y colocado así en una posición muy difícil, tuvo que admitir que Toussaint estaba justificado. El propio Directorio refrendó el acuerdo con los Estados Unidos en el *Moniteur* del 26 de vendimiario, Año VIII (19 de octubre de 1799).[7] Toussaint no se anduvo con secretos. Admitió abiertamente que había cláusulas secretas en la Convención [promesas mutuas de no atacarse mutuamente], pero que estas cláusulas secretas eran necesarias para la salvación de Santo Domingo y no constituían en modo alguno una traición a Francia.[8] Hasta Rigaud se unió al coro de las alabanzas: "Aunque mis enemigos, que no cejan en perjudicarme, han logrado debilitar su amistad hacia mí, sigo admirando como siempre su talento y sus méritos. [...] Le tributo el elogio que merece".

Pero el tratado comercial con los Estados Unidos no podía concluirse sin el consentimiento de los británicos. Rigaud, sin embargo, no dijo nada sobre esto. Toussaint, por su parte, excluyó del acuerdo a los puertos

del sur. Y, antes incluso de haber firmado junto a Maitland el 13 de junio de 1799, volvió una vez más a la carga contra Rigaud.

En una manifestación pública Rigaud se defendió vehementemente contra la acusación de que no quería obedecer a Toussaint porque era negro.

"En verdad, si hubiera llegado al punto de que no quisiese obedecer a un negro, si tuviese la estúpida presunción de creer que estoy por encima de dicha obediencia, ¿en qué podría basarme para pedir la obediencia de los blancos? ¿Qué lamentable ejemplo estaría dando a aquellos que están bajo mis órdenes? Además, ¿hay tanta diferencia entre el color del comandante en jefe y el mío propio? ¿Es un tinte de color, más o menos oscuro, el que destila principios filosóficos o atribuye méritos a un individuo? Y si un hombre es de color ligeramente más claro que otro, ¿significa esto que debe obedecerlo en todo? ¡Que yo no estoy dispuesto a obedecer a un negro! Desde la misma cuna y durante toda mi vida he obedecido a los negros. ¿No tengo el mismo origen que el general Toussaint? ¿No me trajo mi madre al mundo como un negro? ¿No tengo un hermano mayor de color negro al que he profesado siempre un profundo respeto y al que he obedecido siempre? ¿Quién me enseñó los principios básicos de la educación? ¿Acaso no era negro el director de la escuela de Les Cayes? ¿No está claro que he estado acostumbrado durante toda mi vida a obedecer a los negros? Y todo el mundo sabe que los primeros principios quedan profundamente impresos en nuestros corazones. He consagrado toda mi vida a la defensa de los negros. Desde el comienzo de la revolución he afrontado todos los peligros por la causa de la libertad. Nunca he traicionado mis principios y nunca lo haré. Además, creo demasiado en los Derechos del Hombre como para pensar que exista en la naturaleza un color superior a otro. De un hombre sólo me interesa que sea hombre."

Estas palabras no hubiesen podido ser escritas antes del 14 de julio de 1789. Verdadero hijo de la revolución, a Rigaud lo hería en el alma que pudiera llegar a pensarse que sus diferencias con Toussaint se debieran al color de Toussaint. Toussaint se manifestaba con la misma energía, y aunque acusaba a la clase mulata de conspirar contra él, se defendió de la acusación de odiar a los mulatos refiriéndose al gran número de mulatos que estaban luchando en su ejército contra Rigaud.

"Sin duda las susceptibilidades, las envidias nacidas de las diferencias de color, se manifestaron en ocasiones hasta extremos irracionales, pero

las exigencias del servicio y una férrea disciplina habían fundido más que nunca a los tres colores en las filas del ejército. Idéntico estado de cosas prevalecía en la administración civil y ésta fue una de las más felices consecuencias que reportó la igualdad política consagrada por los principios de la revolución. Las rivalidades raciales no eran en ese momento la causa de partida de un conflicto en ciernes. Lo complicaron, y se convirtieron en uno de sus elementos, cuando muchos oficiales de color, en varios lugares del país, se pusieron del lado de Rigaud y Toussaint tuvo que tratarlos como a traidores. [...]"[9]

Ésta es la opinión de M. Pauléus Sannon, haitiano a su vez, y nadie ha escrito con mayor lucidez y profundidad sobre la revolución de Santo Domingo y sobre Toussaint L'Ouverture. También él percibe claramente a los mulatos como una típica clase intermedia, con toda la inestabilidad política inherente que ello representa.

"Había también una tradición política más arraigada entre los hombres de color, así como una disposición particular, constatada a menudo, que tendía a volverlos particularmente susceptibles a todas las esperanzas o ansiedades generadas por los acontecimientos públicos. Fue esta actitud mental la que provocó el conflicto entre los responsables militares y los llevó a asumir todas las tendencias de una guerra racial."

Y concluye: "Toussaint L'Ouverture no detestaba a los mulatos más que Rigaud a los negros. Y si cada uno se defendía de las acusaciones que pretendían imputar a estos prejuicios su rivalidad era porque ambos necesitaban el respaldo unánime de una facción en un conflicto en el que las facciones se confundían con las clases y las clases con los colores".

Parece que Toussaint creyó por un momento que había logrado ganar para su causa a Beauvais y que, por intermedio de Beauvais, había unido a la colonia. Publicó una proclama atacando a Rigaud y alabando a Beauvais. Éste, por causa del carácter amable que le granjeó el respeto de todo el mundo, desempeñó un mediocre papel en esta crisis. Tal era su influencia y la importancia estratégica de sus órdenes que, si se hubiese declarado enérgicamente a favor de Toussaint, Rigaud hubiera quedado casi maniatado. Si se hubiese declarado a favor de Rigaud, Toussaint se hubiese encontrado en un grave aprieto. Pero era tan débil la fractura de clase y la connotación de color al inicio del conflicto que Beauvais, un mulato entre mulatos, no supo decidir. Finalmente renunció a

sus prerrogativas y zarpó para Francia, consecuente en última instancia e incapaz de tomar partido en esta lucha fratricida y maliciosamente suscitada por los eternos enemigos de la paz en Santo Domingo.

Rigaud asestó el primer golpe y se apoderó de Petit-Gôave. Pero este excelente soldado, tan brillante contra los ingleses, audaz, perseverante y prudente al mismo tiempo, combatió peor que nunca en esta campaña crucial.

Mientras Rigaud vacilaba y volvía sus ojos hacia Francia, Toussaint se olvidaba por completo de Francia. Envió a Dessalines al sur y él se dirigió hacia el norte para aplastar a los rebeldes. En el norte los negros libres se rebelaban a favor de Rigaud y hasta incluso Pierre Michel, antiguo esclavo, se unió a ellos para luchar contra Toussaint, antes de caer en combate. Ante la audacia estratégica de Toussaint, que ejecutaba sumariamente a los traidores, los rebeldes vacilaban. "No dudemos en dar muerte a los que intenten la más mínima maquinación."

Pese a la inseguridad de Rigaud, el sur mulato combatió espléndidamente en un principio. Todo su orgullo estaba herido, y es fácil entender su resentimiento. Estaba todo el odio acumulado entre mulatos y negros. Toussaint había intentado refrenarlo, pero persistía. Los hermanos Rigaud y los demás líderes mulatos habían conocido una larga relación de triunfos militares y administrativos desde los primeros días de la revolución. Las victorias de Rigaud contra los ingleses eran casi tan heroicas como las de Toussaint. La moral entre la población mulata era elevada: cuando los británicos sitiaban las ciudades, las mujeres recorrían las murallas de arriba abajo aportando ayuda a los hombres con una temeridad y una indiferencia a la muerte que ponía de manifiesto su temperamento revolucionario. Todos los mulatos estaban entregados a la República. Rigaud había ejecutado sin compasión a los mulatos que lo habían traicionado, aun cuando las mujeres mulatas le suplicasen clemencia de rodillas. Había deportado a los blancos emigrados. Pensaban que Toussaint, engañado por los antiguos blancos a los que odiaban, vendido a los británicos, contra los que habían vertido tanta sangre, era a su vez un traidor a la República y un tirano que intentaba consolidar un poder negro. Lucharon contra él como tigres.

La suerte del conflicto dependía al fin de lo que ocurriese con Jacmel, bloqueada por tierra y por mar. Durante cinco meses Jacmel resistió, defendida por un oficial excepcionalmente competente, Pétion, que había

desertado de las filas de Toussaint. Los sitiados se alimentaron de caballos, perros, gatos, ratas, cuero, hierbas, hasta que no les quedó nada que llevarse a la boca. Rigaud, extrañamente paralizado, luchó sin convicción, pensando que Francia llegaría. Al fin la resistencia de Jacmel se quebró. La famélica guarnición se abrió paso entre los hombres de Dessalines y la victoria final de Toussaint parecía cada vez más inminente.

Bonaparte, vencedor de las batallas intestinas de la burguesía por alcanzar el poder, seguía demasiado atareado con Europa como para prestarle atención a Santo Domingo. Pero Hédouville le aseguró que Toussaint se había vendido a los ingleses. La conversación entre Toussaint y Moïse había sido transcrita por la secretaria[10] blanca de Moïse y remitida a Francia. El informe de Vincent,[11] sin embargo, era totalmente favorable a Toussaint. Esto no alteró los planes de Bonaparte, pero de momento había que contentar a Toussaint. Bonaparte nombró una nueva Comisión, compuesta por Vincent, Raimond y el general Michel, y le asignó la misión de lograr un acuerdo de paz entre los dos contendientes. Bonaparte había sido informado por Vincent de que Toussaint era el protector de los europeos, y, mucho más importante aún, el hombre más poderoso de la colonia. Confirmó a Toussaint en su puesto de comandante en jefe y gobernador, pero evitó cuidadosamente aliarse con ninguno de los dos en esta disputa. No escribió directamente a Toussaint, pero a través de los cónsules envió una carta a los ciudadanos de Santo Domingo garantizándoles su libertad pero notificándoles que, en virtud de la nueva Constitución que les había otorgado a los franceses, las colonias dejarían de estar representadas en el Parlamento francés, aunque seguirían gobernadas por "leyes especiales". Pidió que en los estandartes militares figurase una inscripción mencionando que debían su libertad a Francia.

Cuando Vincent desembarcó en Santo Domingo, el prejuicio racial cundía. En toda la colonia negros y mulatos sostenían que los blancos habían prendido la mecha de la guerra civil para debilitar a ambos bandos y entronizar la esclavitud.[12] Pese a que los blancos militaban a favor de Toussaint, fue honda su irritación cuando éste los reclutó para el ejército y los obligó a dar la cara y luchar contra Rigaud. Pero la repulsa de los trabajadores negros hacia los comisarios de Francia era muy profunda. No querían, clamaban, que ningún pueblo los gobernase, querían que Toussaint lo hiciese. Moïse arrestó a Vincent, a quien detestaba,

y Vincent, expuesto a grandes privaciones, estuvo a punto de ser asesinado por sus guardias. Toussaint presentó disculpas a Vincent, pero aunque las iniquidades tenían su probable origen en un espontáneo arrebato racial, el arresto difícilmente tenía explicación al margen de sus órdenes.

A Toussaint le complació ser confirmado en su puesto de comandante en jefe del nuevo régimen. Dentro de la guerra de comunicados que mantenía con Rigaud, esto venía a contrarrestar irrefutablemente la acusación de que había traicionado a Francia. Pero la vaguedad de la carta confirmó sus peores sospechas. ¿Cuáles eran estas "leyes especiales"? ¿Por qué no le había escrito personalmente Bonaparte? Se negó a inscribir las palabras en la bandera.

La prioridad, con todo, era la guerra. Los habitantes del sur empezaban a estar hartos del conflicto. Toussaint dijo que alguien debería ir a hablar con Rigaud, y le preguntó a Vincent si tenía arrestos para ello. Pero cuando Vincent dijo que sí, Toussaint se quedó desconcertado. Temía una trampa. Fue durante esta visita cuando, por primera vez, Vincent advirtió que a Toussaint no le agradaba su presencia.[13]

Sin embargo Vincent se presentó ante Rigaud. El hombre que gobernaba en el sur, y que durante tantos años había ocupado el segundo lugar en la historia de Santo Domingo, superado únicamente por Toussaint, se había convertido en un individuo ausente. Durante la entrevista el odio hacia Toussaint le nubló la razón y dio la impresión de ser una persona al borde de cometer suicidio. ¿Cómo podía Francia confirmar en su puesto al traidor Toussaint? Seguiría resistiendo. Pero Rigaud había perdido la confianza de sus seguidores. Vincent no era sólo el enviado de Toussaint. Era el representante de Francia y la población celebró su llegada. ¿Por qué habrían de continuar peleando? ¿Por qué, de hecho, la pelea? Durante la tregua fijada por Vincent, los habitantes de una ciudad, St. Louis, acogieron incluso a Dessalines y a sus oficiales y los invitaron a cenar. Vincent llegó a temer en determinado momento por su vida, tan violentas eran la rabia y la desesperación del engañado y traicionado Rigaud. Rigaud se planteó hacer saltar por los aires Cavaillon, capital oficial del sur, pero el capitán de la guarnición se negó a seguir sus órdenes. Comprendiendo al fin que todo estaba perdido, Rigaud zarpó con destino a Francia, negándose a un encuentro con Toussaint. Su barco encalló y sólo consiguió llegar a París el 7 de abril de 1801. Solicitó una

entrevista con Bonaparte, que escuchó en silencio su prolija salmodia y le dijo: "General, sólo lo culpo de una cosa: de su derrota".

Durante los años de historia como Estado independiente mulatos y negros de Santo Domingo han sostenido el incesante conflicto de clases, a veces elevado a guerra civil, como ocurre habitualmente en todas las sociedades sean del mismo color o no. Pero a la más leve amenaza de una invasión extranjera esta sociedad siempre ha presentado un compacto frente común ante el enemigo. La amarga experiencia les legaría esta lección. Sin embargo, nunca hubo una oportunidad tan favorable para un acuerdo de cooperación como en los albores de su historia, bajo dos hombres como Toussaint y Rigaud, entre los que había reinado tanta admiración y entendimiento mutuo hasta que Hédouville llegó a la isla. El papel de Hédouville no nos interesa. El error fatal lo cometió Rigaud. Su perspectiva no alcanzó tan lejos como la de Toussaint cuando cortés pero firmemente se negó a dejarse atrapar como una mosca en la tela de araña que le había tejido Maitland.

Con la victoria, en agosto de 1800, Toussaint sólo había resuelto la mitad del problema. Hasta ese momento se había caracterizado por su humanidad con los rivales vencidos y la política conciliatoria hacia sus enemigos, incluidos los blancos emigrados a los que todo el Santo Domingo republicano odiaba y de los que desconfiaba. Pero en las guarniciones del sur los oficiales seguían siendo principalmente mulatos. Dejarlas tal como estaban, después de las penalidades de la guerra civil, significaba que en caso de desembarco de una expedición francesa sería recibida con brazos aún más abiertos que en tiempos de Rigaud. Setecientos de los mejores soldados de Rigaud optaron por abandonar el sur y salir hacia Cuba antes que servir a las órdenes de Toussaint. Le pidió a Clairveaux, uno de sus comandantes mulatos, que gobernase el sur. Se trataba de una concesión al sentir de los mulatos, pero Clairveaux se negó. De este modo, la tarea de la pacificación recayó desafortunadamente sobre Dessalines.[14]

Toussaint no confiscó propiedades, ni siquiera las de quienes siguieron a Rigaud y abandonaron la colonia. Una cuarta parte de los ingresos de estas plantaciones fue a parar a los trabajadores, la mitad la devolvió al erario público, y la cuarta parte restante quedó en poder de los propietarios. Las mujeres mulatas conspiraron contra él, pero incluso durante la guerra Toussaint dijo que no se enfrentaría a las mujeres, sin prestar

nunca demasiada atención a su "cotorreo"; aun cuando su culpabilidad quedase demostrada, se limitaba a encarcelarlas y vigilar que no les ocurriese nada malo. Durante las privaciones de la guerra y en tiempos posteriores las trató con un cuidado especial. Pero no podía confiar en el ejército forjado por Rigaud, tan leal a Rigaud como a él el suyo. En consecuencia encomendó a Dessalines que, a pesar de la amnistía, llevase a cabo una purga entre las tropas. Trescientos prisioneros de Léogane fueron fusilados y otros cincuenta lo fueron en Port-Républicain, casi todos oficiales. Toussaint tuvo que poner fin a esto. "Dije que se depurase el ejército, no que fuese aniquilado." En líneas generales, se comportó con bastante humanidad.[15] Pero la población de Santo Domingo había firmado la paz bajo la palabra de Toussaint, que tenía la reputación de cumplirla siempre. Había combatido contra británicos y españoles y había respetado escrupulosamente las reglas de la guerra. Muchos emigrados blancos, traidores a su país, ahora disfrutaban de sus plantaciones y vivían feliz y pacíficamente bajo su protección tras cuatro años de servicio en el ejército británico; mientras que el sur asistía a la expulsión de los hermanos Rigaud y al asesinato a sangre fría, por los soldados de Toussaint, de hombres que habían vertido su sangre luchando por la República contra estos mismos blancos. Una exacerbada amargura contra Toussaint y Dessalines alentaba en los corazones de los mulatos del sur. Toussaint era consciente de lo que había hecho y también del peligro. Pero no podía hacer nada para evitarlo. Costase lo que costase debía emplazar en el sur un ejército de confianza, para cuando desembarcase una expedición francesa.

El sur estaba ahora bajo control. El siguiente foco de peligro que debía salvaguardar era la parte española de Santo Domingo. Bonaparte le había prohibido expresamente a Toussaint que se anexionase esta colonia. Toussaint sería el amo en ese instante de toda la isla, de todos sus recursos y de todas sus fortalezas. Pero ésta era exactamente la razón por la que Toussaint pretendía conquistarla. No iba a dejar este flanco expuesto a una expedición francesa.

Roume había apoyado hasta ese momento a Toussaint contra Rigaud. Aun cuando la Comisión de Vincent, Raimond y Michel estaba de camino, Roume les había escrito en privado[16] para expresarles la admiración y la fe que depositaba en Toussaint, su temor a que se limitasen sus poderes, pero también su confianza en que Toussaint no se embarcaría

en la loca aventura de la independencia. Roume había recibido instrucciones secretas para incitar a Toussaint a atacar Jamaica.[17] Esto maniataría aún más a Toussaint y provocaría una ruptura con Gran Bretaña. Roume le expuso el plan a Toussaint, pero, y aun sin oponerse a él,[18] Toussaint no se implicaría en un conflicto con Gran Bretaña sólo para agradar a Francia. Se enviaron agentes a Jamaica para avivar una sublevación, pero no es seguro si por órdenes de Roume o de Rigaud. En cualquier caso, los británicos se encolerizaron hasta el punto de tomar por asalto el armamento que Toussaint transportaba en embarcaciones para sitiar Jacmel. Toussaint protestó inmediatamente, los británicos le pagaron un millón y medio de francos de compensación y se reanudaron las buenas relaciones.[19] Toussaint estaba decidido a no pelearse con los británicos y los británicos estaban decididos a no pelearse con Toussaint. El plan para involucrar a Toussaint en Jamaica había fracasado. La batalla se libraría contra España, contra la parte española de Santo Domingo.

Los españoles aún retenían el control; antes de suceder a Hédouville como comisario, Roume no había sido sino una especie de ministro residente. En los últimos días de diciembre, mientras proseguía el sitio de Jacmel, Toussaint solicitó autorización a Roume para anexionarse la colonia. Los españoles, dijo, estaban incautándose de negros en la parte francesa de la isla para venderlos como esclavos. Era verdad, pero también era meramente un pretexto. Roume lo había hecho lo mejor que había podido, pero no podía seguir apoyando a Toussaint puesto que las órdenes de Bonaparte eran expresas. Roume se vio obligado a defenderse, y puesto que Toussaint había autorizado la entrada de representantes comerciales británicos en Santo Domingo, Roume publicó una proclama exhortándolo a que los expulsase de la colonia y demostrase que las acusaciones de deslealtad a Francia no eran ciertas. Toussaint se negó, y Roume solicitó permiso para volver a Francia. Toussaint podría haber penetrado en el Santo Domingo español, pero abundaba en él ese gusto de los dictadores por legalizar hasta sus actos más arbitrarios. Deseaba la autorización de Roume. Repentinamente miles de negros, impulsados por los agentes de Toussaint, Moïse sobre todo, marcharon sobre Le Cap, amenazando con saquear la ciudad si Roume no firmaba el decreto que permitiese salvar a sus hermanos de la esclavitud. Roume se negó. Durante casi una quincena Le Cap estuvo paralizada por el miedo a la

destrucción. Para sacárselo de encima, Moïse ordenó a Vincent dirigirse a Môle St. Nicholas. Aunque intransigentes, los trabajadores fueron disciplinados y mantuvieron un orden perfecto. Toussaint llegó al fin y le pidió a Roume que firmase. "Ya he tomado una decisión", contestó Roume. "Francia me vengará." Toussaint lo amenazó. "Si no firma el decreto [...] será el fin para todos los blancos de la colonia, y entraré en territorio español a sangre y fuego." Roume firmó, pero envió un documento secreto al gobernador español urgiéndolo a no entregar la colonia a los agentes de Toussaint. Toussaint arrestó a Roume y lo envió a Dondon, donde se mantuvo bajo vigilancia a él, a su esposa y a sus dos hijas. A continuación, con la autorización de Roume, Toussaint y Moïse atacaron el Santo Domingo español. Las tropas españolas fueron derrotadas y el 21 de enero de 1800 el gobernador español transfería oficialmente el gobierno de la colonia.

Toussaint recurrió a sus habituales métodos conciliatorios. Nombró a Clairveaux, el mulato, gobernador de la provincia y a su hermano Paul lo elevó a comandante de la guarnición de Santo Domingo. Dirigió comunicados a los habitantes, escrupulosamente respetados, en los que prometía la amnistía total para la isla.

Toussaint había logrado convertirse ahora, en menos de diez años, en amo y señor de toda la isla, un territorio casi tan vasto como Irlanda. "Encontré la colonia desmembrada, arruinada, saqueada por los bandoleros de Jean François, por los españoles y por los ingleses, que se pelearon por sus despojos. Hoy está libre de enemigos, calmada, pacificada, y se han tomado medidas para reconstruirla por completo." Se había jactado de ello tras la partida de Maitland. Y ahora, más que nunca, era cierto.

Pero aún quedaba Bonaparte, con sus "leyes especiales". Antes de abandonar Santo Domingo, Toussaint escribió a Bonaparte para recabar su aprobación por lo que acababa de ejecutar. Acusó a Roume de intrigar contra él y de oponerse a su deseo de tomar posesión de la antigua colonia española. "Tras haber decidido apoderarme de Santo Domingo por las armas, me vi obligado previamente a invitar al ciudadano Roume a dimitir de sus funciones oficiales y retirarse a Dondon hasta nueva orden. [...] Está a la espera de su decisión. Cuando quiera verlo, se lo enviaré."

Toussaint desafiaba. Ni siquiera ensayó algún tipo de defensa: "Sean cuales sean las calumnias que mis enemigos hayan creído oportuno ver-

ter sobre mí, me abstendré de justificarlas; pero aunque la prudencia me impone el silencio, mi deber me obliga a impedir que Roume cometa desafueros". Esto era más que un desafío. Bordeaba peligrosamente la impertinencia, y Bonaparte era el último hombre en este mundo con el que uno podía permitirse tales libertades.

Toussaint había quemado sus naves. Con visión, con valor, con determinación, estaba sentando los cimientos de una nación independiente. Pero, excesivamente confiado en sus propios poderes, estaba cometiendo también un terrible error. No con Bonaparte, no con el gobierno francés. Nada pone tan de manifiesto su genio como su negativa a confiar las libertades de los negros a las promesas del imperialismo francés o británico. Su error consistió en olvidarse de su propio pueblo. No entendían lo que estaba pasando, no entendían hacia dónde iba Toussaint. Toussaint no se molestó en explicárselo. Era peligroso explicar, pero aún era más peligroso no explicar. Su temperamento, hermético e introvertido, se bastaba consigo mismo. De este modo las masas pensaron que había conquistado Santo Domingo a España para acabar con el tráfico de esclavos, y no para salvaguardarse contra Francia. Su mutismo los confundió, pero no engañó a Bonaparte. Dessalines, su intrépido lugarteniente, no tenía esos escrúpulos. Terminada la guerra con Rigaud, Dessalines les dijo a sus soldados: "La guerra que habéis ganado fue una guerra de nada, pero aún os quedan dos más, mucho mayores. Una es contra los españoles, que se niegan a entregar sus posesiones y han ofendido a vuestro valiente comandante en jefe; la otra es contra Francia, que intentará volver a convertiros en esclavos tan pronto como haya acabado con sus enemigos. Venceremos en ambas guerras". Así era, y así es, como se habla a las masas, y no es casualidad que fuera Dessalines, y no Toussaint, quien condujo finalmente a la isla hacia la independencia. Toussaint, encerrado en sí mismo, inmerso en el juego diplomático, proseguía su tortuoso camino, confiando excesivamente en que bastaba con que abriese la boca para que las masas lo siguiesen.

XI
EL CÓNSUL NEGRO

Mientras Francia y Gran Bretaña estuviesen en guerra, Toussaint estaba a salvo. Pero ahora la paz podía llegar en cualquier momento, y con la paz llegarían las "leyes especiales" de Bonaparte.

La colonia estaba devastada por sus doce años de guerra civil y las guerras contra otros países. De los 30.000 blancos que habitaban la colonia en 1789, sólo quedaban 10.000. Los demás habían sido asesinados o habían emigrado. De los 40.000 mulatos y negros libres sólo quedaban unos 30.000, y acaso un tercio del medio millón de esclavos había perdido la vida. Las plantaciones y los cultivos habían sido sistemáticamente aniquilados. Durante casi diez años la población, ya suficientemente embrutecida anteriormente, no había conocido otra cosa que el derramamiento de sangre y la violencia indiscriminada. Bandas de cimarrones asolaban el país. El único cuerpo disciplinado era el ejército, y Toussaint instituyó una dictadura militar.

El último baluarte de la libertad era el florecimiento de la agricultura. Tal era la consigna de Toussaint. El peligro era que los negros podrían incurrir en la práctica de cultivar una pequeña parcela de terreno y producir lo justo para abastecer sus necesidades. Toussaint no permitió la disolución de las antiguas propiedades, en lugar de ello vinculó el interés de los trabajadores a su propio trabajo, asegurándoles una paga y un cuarto de la producción. Los generales que ostentaban el poder en las diversas jurisdicciones tenían a su cargo velar por la productividad de la mano de obra y la prosperidad de los cultivos. Toussaint confinó a los negros en las plantaciones bajo rígidos castigos. Tenía que afrontar la tarea colosal de transformar a una población de esclavos, silenciada durante años, en una comunidad de trabajadores libres, y estaba haciéndolo de la única manera que sabía. Como representante de los trabajadores supervisó personalmente que se les pagaba su cuarto de la producción.[1] Esto solo ya era suficiente para marcar un cambio entre el antiguo y el nuevo despotismo.

Porque, detrás de dicho despotismo, el nuevo orden era muy diferente del antiguo. Los trabajadores negros eran libres, y aunque pudiese existir descontento con el nuevo régimen, como en el París de 1800, no había ninguna nostalgia del antiguo. Y si anteriormente el horario de los trabajadores era desde el amanecer hasta bien entrada la noche, ahora el trabajo empezaba a las cinco de la mañana y continuaba hasta las cinco de la tarde. Ningún capataz se atrevía a golpear a los trabajadores. Dessalines utilizó el látigo sobre negros en su provincia y Toussaint amenazó con retirarle el mando a la primera queja.[2] No era sólo cuestión de humanidad. Cualquier régimen que tolerase prácticas de ese tipo estaba condenado porque la revolución había forjado una nueva estirpe de individuos.

El cambio se había manifestado por vez primera en agosto de 1791. Roume, que sabía tanto de los trabajadores negros como cualquier otro francés, lo había perfilado en detalle.[3] En el norte se habían echado a la calle para defender la monarquía, la nobleza y la religión contra los blancos pobres y los patriotas. Pero pronto fueron alistados en regimientos, se curtieron en el combate. Se organizaron en secciones armadas y milicias populares, e incluso mientras luchaban por la monarquía adoptaron instintivamente, y respetaron escrupulosamente, todas las variantes de organización republicana. Se establecieron lemas y consignas entre los jefes de las secciones y las divisiones, y se crearon puntos de contacto desde una punta de la isla, las llanuras y ciudades del norte hasta la otra. Esto aseguraba a los líderes la posibilidad de convocar a los trabajadores y repartirlos a su antojo. Tales métodos fueron ampliados a los distritos de la Provincia Occidental y fielmente respetados por los trabajadores negros, ya luchasen por España y la monarquía o por la República. Roume aseguró a Bonaparte que conocía estas consignas, incluso durante la insurrección que lo obligó a autorizar la conquista del Santo Domingo español.

Al escribir en 1911 sobre la Revolución Francesa, Hilaire Belloc sostuvo que esta capacidad instintiva de las masas para la organización revolucionaria era algo peculiarmente francés.[4] Se equivocaba. Coetáneos de los franceses, los esclavos semisalvajes de Santo Domingo se mostraban sujetos a las mismas leyes históricas que los avanzados trabajadores del París revolucionario; y un siglo después las masas rusas iban a demostrar una vez más que este poder innato se despliega de modo natural en todos los países cuando la agitación es profunda y cuando una dirección sólida y de confianza despeja claramente la perspectiva.

El pueblo estaba fuertemente disciplinado. Incluso cuando las masas cayeron sobre Le Cap y amenazaron a Roume, su conducta fue irreprochable, no destruyeron nada, se limitaron a interponer su demanda de que cesase el tráfico de esclavos en el Santo Domingo español, y esperaron.[5]

En el fondo, el movimiento popular había adquirido una inmensa confianza en sí mismo. Los antiguos esclavos habían derrotado a los colonos blancos, a los españoles y a los británicos, y ahora eran libres. Se interesaban por la política francesa, porque los afectaba profundamente. Hombres negros que habían sido esclavos se habían convertido ahora en diputados del Parlamento francés, hombres negros que habían sido esclavos negociaban ahora con el gobierno francés y con gobiernos extranjeros. Hombres negros que habían sido esclavos ocupaban ahora los puestos de mayor responsabilidad de la colonia. Estaba Toussaint, el antiguo esclavo, increíblemente magnificado y poderoso e incomparablemente el hombre más importante de Santo Domingo. No había por qué avergonzarse de ser negro. La revolución los despertó, abriéndoles los ojos a la posibilidad de obtener grandes logros, dándoles confianza y orgullo. Esa debilidad psicológica, esa sensación de inferioridad con que los imperialistas envenenan a los pueblos coloniales en todas las latitudes, todo eso había desaparecido. Roume y los demás franceses que vivían en Santo Domingo y conocían el pueblo que había salido de la revolución nunca dejaron de advertir al gobierno francés de la catástrofe que provocaría cualquier intento de restaurar la esclavitud, o de hecho imponer su voluntad sobre estas personas por la fuerza o por cualquier medio. Los mulatos y los antiguos negros libres acusaban el despotismo de Toussaint, pero en principio las masas le daban su apoyo incondicional.

Confiado en sí mismo, Toussaint reorganizó la administración con energía y sagacidad. Dividió la isla en seis departamentos, y las fronteras que trazó entonces perviven hoy en día. Creó juzgados de paz ordinarios y dos tribunales del contencioso administrativo, uno en la parte francesa de la isla y otro en la parte española, así como un Tribunal Supremo en la capital. Existían también tribunales militares especiales para tramitar rápidamente los delitos de robo y bandolerismo en las carreteras, abundantes desde los años de la revolución y la guerra.

El erario del antiguo régimen era complejo y abstruso. Toussaint solicitó en primer lugar "un inventario exacto de nuestros recursos";[6] a

continuación abolió los numerosos gravámenes e impuestos que no constituían sino una fuente de fraudes y abusos. Dio a la *gourde*, la divisa local, una cotización armonizada en toda la isla. Toda mercancía o producto importado o exportado pagaba un canon del 20%. Todo bien mueble pagaba la misma cantidad. Se aplicaba el mismo impuesto a todo bien fabricado para consumo interno de la colonia.

De este modo pudo desembarazarse de los numerosos funcionarios que requería el antiguo régimen; cada contribuyente sabía cuánto tenía que pagar, y la simplicidad del sistema y su estricto control elevó los niveles de transparencia.

Ensayó sus intuiciones por lo que a la práctica fiscal se refiere. Bajó el impuesto por bienes inmuebles del 20 al 10%, y aconsejado por Stevens, el cónsul de los Estados Unidos, no tardó en abolirlo por completo. El impuesto del 20% sobre las importaciones actuaba como freno a la demanda de los comerciantes, y Toussaint lo rebajó al 10%; posteriormente, y con objeto de proteger a los más necesitados, rebajó el impuesto sobre los artículos de primera necesidad al 6%. Toussaint estaba aprendiendo pronto. Todo esto ocurría a lo largo de 1801.

El contrabando había sido una constante de todo el antiguo régimen. Toussaint organizó una policía costera. Los agentes que comerciaban con el extranjero eran vigilados muy de cerca; constaba una lista con sus nombres en las oficinas aduaneras y podían ser suprimidos sumariamente de la misma en caso de prácticas deshonestas. Por un delito similar los funcionarios aduaneros podían ser enviados a los tribunales militares. Frente a estos funcionarios corruptos Toussaint actuaba sin contemplaciones.

Contra Raimond, que había tomado partido por Roume contra él, Toussaint no guardaba ningún resentimiento. Raimond estaba capacitado y Toussaint lo nombró administrador del patrimonio nacional, una importante fuente de ingresos.

La parte española de Santo Domingo representaba un problema especial. Estaba retrasada y los españoles odiaban a Toussaint y a sus generales negros. Para ganarse su voluntad, Toussaint confiaba en una administración prudente y en una política conciliatoria. Les concedió su propio Tribunal de lo contencioso. Reparó las antiguas carreteras y construyó una nueva, espléndida, desde Santo Domingo hasta Laxavon, situada a más de 200 kilómetros. Sólo había 22 factorías de azúcar en toda la parte

española y muy poca agricultura, dependiendo los habitantes de la ganadería y de la madera para satisfacer sus escasas necesidades. Los invitó a practicar la agricultura al estilo francés. Toussaint rebajó los aranceles por importación y exportación al 6% dada la pobreza del país. Para fomentar la agricultura prohibió la exportación de madera, norma que corregiría más tarde. Le sorprendió la riqueza que encerraba en potencia el Santo Domingo español, y a través de una brillante descripción del país invitaba a que viniesen a poblarlo colonos que disfrutarían de concesiones.

Toussaint conocía el retraso de los trabajadores; los obligó a trabajar, pero veló por dotarlos de civilización y cultura. Creó tantas escuelas como pudo. Católico convencido y persuadido de los efectos benéficos de la religión sobre las costumbres, fomentó la práctica de la religión católica y escribió al viejo amigo de los negros, el abate Grégoire, para que lo asesorase. Favoreció a los hijos legítimos y a los soldados casados, y prohibió a sus oficiales y comandantes que tuviesen concubinas en las casas de sus esposas, un legado de la vieja y promiscua sociedad blanca. Deseaba que los negros adquiriesen el porte social de las mejores clases blancas, con sus modelos de Versalles. Sorprendido por la gallardía y prestancia de un oficial francés, Toussaint dijo a quienes lo rodeaban: "Así quiero que sean mis hijos".

En torno de su puesto de gobernador instituyó "círculos" sociales, grandes y pequeños. Todo aquel que era invitado a un "gran círculo" debía asistir. Toussaint vestía el uniforme habitual de oficial de regimiento, en contraste con la brillantez de los uniformes que lo rodeaban. Cuando aparecía Toussaint todos los invitados, hombres y mujeres, se ponían en pie. Recorría el salón hablando y saludando a todos, después se retiraba por la misma puerta por la que había entrado, con reverencias hacia el lado derecho y hacia el lado izquierdo dirigidas a la concurrencia.

El "pequeño círculo" tenía carácter de una audiencia pública. Todos los ciudadanos accedían al gran salón del palacio del gobernador, y Toussaint abordaba el encuentro con ellos en los términos que resultasen más convenientes. Al cabo de un momento se retiraba a un pequeño despacho situado frente al cuarto que utilizaba como estudio, invitando a las personas con quienes desease departir. Se trataba por lo general de los blancos más distinguidos, hombres dotados de los conocimientos y la experiencia que él precisaba y de la que estaban tan lamentablemente desasistidos los trabajadores y algunos de sus generales. Allí hablaban sobre

Francia, que él nunca había visto, sobre la religión, la agricultura y el comercio. Cuando quería dar por concluida la audiencia Toussaint se levantaba, los acompañaba hasta la puerta y los concurrentes se retiraban.

Toussaint levantó hermosos edificios en Le Cap y construyó un enorme monumento para conmemorar la abolición de la esclavitud.

La iniciativa personal, la moralidad social, la educación pública, la tolerancia religiosa, el libre comercio, el orgullo cívico, la igualdad racial... este ex esclavo actuó conforme al dictado de sus luces y su entendimiento para sentar los cimientos del nuevo Estado. En todos sus comunicados, leyes y decretos insistía en los principios morales, la necesidad del trabajo, del respeto a la ley y el orden, el orgullo de Santo Domingo, la veneración por Francia. Se esforzaba por transmitir a la población cierta comprensión de los deberes y responsabilidades que implican la libertad y la ciudadanía. Era la propaganda de un dictador, pero no para innobles fines personales ni por los mezquinos intereses de una clase que oprime a otra. Su gobierno, como la monarquía absoluta en sus días de mayor progreso, preservaba un equilibrio de clases, pero cuyas raíces se hundían en la defensa de los intereses de los trabajadores pobres. Con la formación de una clase negra gobernante, ya habían empezado a surgir las complicaciones. Pero a lo largo de ese período su forma de gobierno fue la más adecuada.

El éxito coronó sus iniciativas. La agricultura prosperó, y un nuevo Santo Domingo empezó a cobrar forma con asombrosa rapidez. En Le Cap se construyó un hotel, el Hotel de la République, cuyo estilo podía compararse con el más hermoso hotel de cualquier lugar del mundo. Lo frecuentaban negros, blancos isleños y americanos, todos en pie de igualdad. En la misma mesa se codeaban individuos particulares, generales, oficiales de todos los rangos y altos funcionarios. Toussaint acudía allí con regularidad y ocupaba, como cualquier otro, alguno de los asientos disponibles; repetía a menudo que las distinciones jerárquicas no tienen ningún sentido al margen del servicio público.

El prejuicio racial, maldición de Santo Domingo durante doscientos años, empezaba a diluirse rápidamente. Algunos norteamericanos empezaban a contraer bodas con mujeres mulatas. El estigma del color de piel no tenía futuro una vez que tantos negros y mulatos habían accedido a los puestos de responsabilidad del país. Viajeros que visitaron Le Cap durante ese año espléndido coincidieron en que reinaba un nuevo espíritu en el país.[7] En los teatros volvía a levantarse el telón y algunos acto-

res negros dieron muestras de un talento sorprendente. Los pobres, sin duda, ponían su sudor y su retraso para mayor lucro de la nueva clase dominante. En cualquier caso, también a ellos les iba, por lo menos, mejor que antes. Mientras de una parte todos los observadores se maravillaban de la autoridad, el tono social y la cultura de quienes, doce años antes, habían sido esclavos, de otra cabe juzgar el éxito de la administración de Toussaint por el hecho de que en un año y medio había reconvertido en tierra agrícola dos tercios de las extensiones cultivadas en los días más prósperos del antiguo régimen.[8]

Éstas eran las ideas y el método de gobierno de Toussaint. El propio Toussaint era fruto de la revolución; pero sería un absurdo error suponer que la creación de un ejército disciplinado, la derrota de los ingleses y los españoles, la derrota de Rigaud, la creación de un gobierno fuerte en toda la isla, la relación cada vez más armónica entre las razas, los ilustrados objetivos de la administración..., sería un vasto error suponer que todo esto era inevitable. En un determinado momento, mediados de 1794, las posibilidades latentes bajo el caos empezaron a abrirse paso y coaligarse en virtud de su poderosa personalidad, y a partir de ese momento es imposible decidir donde concluyen las fuerzas sociales y donde comienza el sello de la personalidad. Basta con decir que, sin Toussaint, la historia sería completamente diferente. Por ello es esencial analizar qué tipo de hombre era Toussaint.

Era su portentosa actividad lo que sorprendía a todos. Nadie sabía nunca qué estaba haciendo: si se iba, si se quedaba, adónde iba, de dónde venía. Tenía cientos de caballos de pura raza repartidos en establos a lo largo de todo el país, y normalmente recorría 150 kilómetros cada día, cabalgando mucho más rápido que sus guardaespaldas y llegando a su destino solo o con dos ayudantes. Inspeccionar la agricultura, el comercio, las fortificaciones, los ayuntamientos, las escuelas, hasta la distribución de los galardones a los escolares distinguidos: en todos estos cometidos volcaba su incansable actividad Toussaint a lo largo de todo el país, y nadie sabía cuándo o dónde aparecería el gobernador. Deliberadamente cultivaba el secreto. Podía abandonar por ejemplo una ciudad en su carruaje rodeado por sus guardias y al cabo de unos kilómetros apearse y cabalgar en dirección opuesta. Y después de estas repentinas incursiones a lo largo del país era capaz de llegar a su gabinete y

dictar cientos de cartas hasta bien entrada la madrugada. Dictaba a cinco secretarios al mismo tiempo,[9] y como le dijo a Hédouville durante una de sus peleas, se responsabilizaba plenamente de todo lo que llevase su firma, sin estamparla nunca bajo ningún documento que no hubiese leído previamente. Aplicaba a su correspondencia los mismos métodos que a su administración. Un secretario podría tomar nota de la mitad de una carta importante, a continuación Toussaint lo despachaba para una misión a más de setenta y cinco kilómetros y concluía la carta recurriendo a otro.

Era tan absolutamente dueño de su cuerpo como de su mente. No dormía más de dos horas cada noche, y durante largos períodos se contentaba con dos plátanos y un vaso de agua por todo alimento.[10] Ignoraba el miedo a los desafíos físicos, pero debía protegerse para no ser envenenado, y en las diversas ciudades donde pernoctaba les pedía a las ancianas negras que le preparasen *callaloos,* una especie de caldo de legumbre. Podía confiar en estas ancianas. No eran seres ambiciosos y estaban demasiado orgullosas de él como para desearle ningún mal. En el campo dormía vestido, sin quitarse ni las botas ni las espuelas; en las ciudades siempre dejaba cerca de la cama un par de pantalones. A cualquier hora de la noche emisarios y oficiales lo encontraban dispuesto a recibirlos con decorosa dignidad.

El control que ejercía sobre sus soldados no se debía únicamente a sus habilidades como general. Poseía esa temeraria valentía física que arrastra a los hombres a seguir a un líder hasta en las causas más desesperadas. Desde el inicio hasta el final de su carrera encabezó las cargas a la vanguardia de su ejército siempre que fue necesario un esfuerzo supremo. En cierta batalla persiguió él solo al comandante español durante casi dos kilómetros y volvió con dos prisioneros más, y en diez años fue herido diecisiete veces. Hasta en los desplazamientos más triviales se exponía a riesgos de todo tipo. Cuando ya era comandante en jefe estuvo a punto de ahogarse en cierta ocasión mientras intentaba atravesar a caballo un río desbordado, y sólo logró escapar arrojando lejos de sí su espada. Conseguía que sus soldados llevasen a cabo proezas casi inimaginables. Durante el ataque contra el Santo Domingo español sus soldados llegaron a realizar, en un momento en que era necesario actuar con presteza, casi setenta kilómetros por día, y eso que debían demorarse para esperar a la caballería.[11]

Parecía como si un talismán protegiese su vida. Durante la guerra civil contra el sur sus enemigos intentaron tenderle dos emboscadas. En la primera su médico, sentado con él en la diligencia, fue alcanzado y murió a su lado, varios de sus oficiales fueron desmontados y una bala le partió en dos la pluma de su sombrero. Pocos días después y en ese mismo trayecto su diligencia fue acribillada a balazos. Pocos minutos antes, Toussaint había salido de la diligencia y en ese momento cabalgaba por delante. No es extraño que él mismo llegara a creerse el Espartaco negro anunciado por Raynal y predestinado a lograr la emancipación de los negros. Los trabajadores lo adoraban como si fuera el representante directo de Dios en la tierra.

Sus ayudantes eran negros, uno de ellos su sobrino. Pese a la amplitud de sus puntos de vista y sus metas conciliatorias, Toussaint mantenía un ejército compuesto abrumadoramente por negros y ex esclavos. Pero sus consejeros personales eran todos blancos: Vincent, Pascal, que había llegado como secretario de la Comisión en 1796, y dos sacerdotes italianos. Le gustaba hablar con los ricos plantadores blancos. Pero nadie, ni hombre ni mujer, logró nunca influir en él de ningún modo. Sólo se le conoce un único amigo, Laveaux. Impenetrable, no confiaba en nadie, no se fiaba de nadie. Si una debilidad tenía era su gusto por dejar perplejos a los auditores. Pero cuidaba su reputación y era muy prudente en sus contactos personales. Tenía la extraordinaria facultad de satisfacer a todos cuantos venían a verlo, y era conocido en toda la isla como una persona que no faltaba nunca a su palabra. Hasta Sonthonax, el abogado jacobino y también por su parte refinado conspirador, declaró en la Cámara francesa que Toussaint era incapaz de mentir. Pero esto fue antes de que Toussaint lo acusase de planear la independencia.

Pese a su complexión desmañada y la fealdad de sus rasgos conseguía en último término provocar una viva impresión en todos con quienes entraba en contacto. En sus últimos años su presencia exhalaba una extraña distinción. Su paso era marcial, sus maneras imperiosas. Sencillo en la esfera de su vida privada, vestía sin embargo relucientes uniformes en ocasiones oficiales, y sus asistentes siguieron su ejemplo de elegancia y magnificencia. Sabía escuchar a un oficial subordinado con dignidad y al mismo tiempo con afabilidad. Podía apreciar a simple vista los

signos exteriores que delatan el respeto y el afecto, y a la vez con grácil desdén no darse por enterado. Tenía instinto para encontrar el modo correcto de tratar a todo tipo de personas.

Cuando los trabajadores negros acudían a él, preocupados por su libertad y por el dominio de los blancos, Toussaint tomaba un vaso de cristal y lo llenaba con granos de maíz negro, en los que a continuación mezclaba algunos granos de maíz blanco. "Vosotros sois el maíz negro; los blancos que quieren esclavizaros son el maíz blanco." A continuación agitaba el vaso y se lo enseñaba de nuevo. "Ved, sólo hay unos pocos blancos esparcidos por aquí y por allá." Los negros se marchaban confortados. Acudían a él para decirle que no querían prestar obediencia ni a los blancos ni a los mulatos (debido casi con total seguridad a insultos o injusticias que hubiesen sufrido de parte de estos antiguos señores). Toussaint tomaba un vaso de vino y un vaso de agua, los mezclaba y les mostraba el resultado. "¿Cómo podríais distinguir quién es quién? Debéis vivir todos juntos." Los negros se alejaban satisfechos.

Un negro que codiciaba una plaza de juez vino a ver a Toussaint. No estaba capacitado para el puesto, pero Toussaint no quería herir sus sentimientos. "¿Sabrás latín, por supuesto?", le preguntó Toussaint. "¡Latín!" Toussaint hilvanó unos latinajos que había oído o visto en alguna parte, quizás en algún documento oficial o en algún sermón. El candidato se retiró, reconciliado con su incompetencia y maravillado por la cultura del gobernador.

Toussaint se sentía absolutamente a sus anchas rodeado por el pueblo, pero a la vez, hombres como Maitland o como los blancos del país no dejaban de asombrarse ante la elegancia de su trato y su encanto personal. En el diamante de Toussaint no había nada de bruto. Tres mujeres blancas del antiguo régimen y que ahora vivían en el extranjero le escribieron pidiendo la devolución de sus propiedades. La respuesta de Toussaint deja entrever el secreto de su éxito con los miembros de todas las clases:

"He recibido las cartas con las que me honran. [...] He hecho siempre cuanto estaba en mi mano para preservar la propiedad de todos y cada uno de los ciudadanos; la suya, ciudadanas [...] no ha sufrido los desgraciados incidentes inherentes a una revolución; está intacta. La competencia para retirar el embargo que pesa sobre sus propiedades no me corresponde a mí; está en manos del agente del Directorio. Yo debo limitarme a asegurarles que su decisión será ejecutada puntualmente.

Durante más de tres años, ciudadanas, le he pedido a la ciudadana Descheaux, su madre, que volviese a su propiedad; mi consejo, por desgracia para ella y para ustedes, no ha prevalecido sobre el de su hermano. Aún había tiempo para que ustedes se beneficiasen [...] mediante un decreto que mencionase el nombre y la autorización del gobierno francés. Su madre, sin embargo, ha preferido seguir los dictados de su hermano, Cockerel, en lugar de permanecer en St. Marc para beneficiarse de las ventajas de la amnistía y recuperar la posesión de su propiedad. Su madre se ha ido con su hermano; ya no está en mi mano hacer que vuelva a casa.

Por lo que se refiere al esposo de la ciudadana Fontanges, ya no puedo hacer nada para impedir que sea descartado por su condición de emigrante. Esto equivaldría a situarme por encima de la ley, lo que nunca se me ha pasado por la cabeza ni forma parte de mis principios. Cuando el agente decida levantar su embargo [...] tomaré todas las medidas necesarias para situar al ciudadano Fortier, al que me recomiendan, en posición de velar por sus intereses de la manera más ventajosa. Si mi consejo pudiera serle de alguna utilidad se lo daré, si lo desea, con el mayor placer, muy complacido de aprovechar esta oportunidad para testimoniar aquí el infinito valor que para mí tiene su buena voluntad, siempre que esté en armonía con mi deber.

Acepten, ciudadanas, mis más respetuosos saludos. Sinceramente deseo su felicidad y que pronto se reencuentren con su madre".[12]

Es tal vez en su correspondencia donde con mayor facilidad podemos advertir la amplitud y sensibilidad del genio autodidacta de Toussaint. En su carta a los comisarios de 1791, su correspondencia con Laveaux, sus acercamientos a Dieudonné, su carta al Directorio en 1796, su discurso en Port-Républicain, tras la expulsión de los británicos, sus cartas a Hédouville y su dimisión, en todas estas cartas, así como en la leve pero meticulosa misiva antes citada, su visión de las necesidades reales es certera, su gusto intachable y la perpetua alteración de perspectivas está siempre imbuida de pasión revolucionaria, de una vasta humanidad y de una acrisolada distinción personal. Estas cartas son la mejor demostración de que, fuera cual fuese lo que se trajera entre manos, lo llevaba a cabo con una elegancia innata.

Dentro de una comunidad en la que muchos no habían abandonado aún un estadio arcaico e ingenuo, el carácter personal y la conducta del

líder, salido del pueblo, no podían dejar de tener una significación social. Pese a su despotismo, su intransigencia, su inaccesibilidad, su insomne suspicacia ante todos los seres de su entorno, su capacidad para la diplomacia de altos vuelos y la intriga de salón, Toussaint siguió siendo hasta el fin de sus días un hombre de corazón sencillo y tierno, nunca suplantada su humanidad por los ríos de sangre que fluyeron en torno de su vida, durante tanto tiempo, y tan caudalosos. Su política de "no represalias" nacía de un horror genuino al derramamiento inútil de sangre. No soportaba en particular ver sufrir a las mujeres y a los niños. Mientras su ejército padecía hambre durante la campaña contra los británicos, Toussaint repartió alimentos a las blancas indigentes de la zona. Terminada la guerra civil, dispensó las mismas atenciones hacia las mujeres y los niños mulatos. Era incapaz de mezquindades, villanías o revanchismos de ningún tipo. Biassou, su viejo enemigo y rival, fue asesinado y dejó viuda en el Santo Domingo español. Toussaint le concedió una pensión y cuando fue personalmente a Santo Domingo veló porque la viuda volviese a su hogar con honores y dignidad. A la viuda de Chavannes, el mulato que había muerto con Ogé, Toussaint le concedió una pensión de 6.000 francos anuales. En muchas ocasiones Toussaint optaba por la deportación allí donde un dictador moderno hubiese fusilado. Albergaba esa curiosa indiferencia y desdén hacia las debilidades humanas que caracterizó a Bonaparte, quien perdonaba una y otra vez las traiciones de su familia y asistía sin amargarse personalmente a las intrigas y complots que Murat, Talleyrand y Fouché tejían contra él. Toussaint podía acometer despiadadamente a hombres como Rigaud, que hacían peligrar sus planes, pero cuando un día se capturó a un oficial blanco que había desertado al bando inglés, se limitó a sonreírle y a exclamar: "Ah, veo que nuestra amistad es demasiado estrecha como para que la suerte nos separe por más tiempo", y en eso quedó todo.

Tuvo suerte con su familia, que contribuyó a aumentar su prestigio. Su hermano, Paul, fue un oficial distinguido. Moïse y Belair, sus sobrinos, descollaban por su valor. Su sobrino, Chancy, era su edecán. Nadie hubiera podido afirmar que debían su posición a algo más que a unos méritos evidentes. Su esposa vivía en una plantación del interior, dedicada al cultivo de café. Cada vez que sus deberes oficiales le daban un respiro, Toussaint se escapaba hasta allí. Los visitantes ocasionales podían verlos tomados de la mano, como en los viejos días, cuando los dos

eran esclavos. Su hermana se casó con un oficial francés; el viejo Pierre Baptiste, que llegaría hasta los cien años, rechazaba todos los honores y riquezas pero vivía plácidamente en Le Cap. Cada vez que Toussaint iba a la ciudad, su primera visita era para el viejo al que debía los rudimentos de su educación.

Le gustaban los niños y los niños gustaban de Toussaint. Cabalgando un día desde Gonaïves hasta Ennery, una pequeña huérfana llamada Rose, de diez años, salió corriendo tras él, gritando: "Papá, papá, llévame contigo". Toussaint desmontó, subió a la niña al caballo y cabalgó hacia su hogar, junto a su esposa. "He aquí a una huérfana que acaba de decir que soy su padre. He aceptado el título. Acepta tú también el de madre." Y así fue como Rose pasó a convertirse en un miembro más de la familia L'Ouverture. En actos de esta naturaleza se manifestaban sus lazos con un pueblo sencillo y rural. No actuaba así por reclamo propagandístico. Le venía dado por naturaleza, del mismo modo que su respeto por los ancianos, a los que siempre cedía el paso en la calle. Le gustaba la música y siempre había flores en su habitación.

Su poder se cimentaba en el respaldo de los trabajadores negros. El marco de su poder era el ejército. Pero desde el más simple trabajador negro hasta los generales franceses y los más educados, cosmopolitas y experimentados de los blancos locales, todos reconocían que tanto por su trabajo como por su idiosincrasia personal, Toussaint era la primera personalidad de Santo Domingo, y digno de figurar en primera fila fuera cual fuera el ámbito elegido. Exigía, y otorgaba, obediencia incuestionable. Contaba con asesores, pero sus proclamas, edictos y leyes llevan su sello personal y todas las memorias y leyendas que rodean su persona coinciden en que no dejaba nada en manos ajenas, elaborándolo todo por sí solo, consultando con amigos y adivinos, pero al fin ajustando el perfil de sus proyectos a su estilo introspectivo, antes de abordar individualmente cada uno de sus pormenores.

Al cabo de un tiempo dejó de interrogar el futuro. Dotado de una energía y una voluntad torrenciales, poseía el fatalismo de quienes saben que su causa cuenta con argumentos para enfrentarse a cualquier peligro inminente. Suponía que su fin sería el habitual en los revolucionarios. En respuesta a una pregunta, un indiscreto español de Santo Domingo le señaló certeramente en un momento dado el destino de Colón. Toussaint no evitó el paralelismo.

"Sé muy bien que Colón sufrió la ingratitud de España, y que tal es el destino de los que sirven bien a su país; tienen poderosos enemigos. Por lo que a mí respecta, tal es el destino que me espera y sé que moriré víctima de la calumnia." Tal estoicismo de romano convierte a Toussaint, a pesar de su catolicismo, en un fiel exponente de la Revolución Francesa.

Con la excepción permanente de Bonaparte, ninguna otra figura aislada de la Revolución Francesa tomada en su conjunto llegó tan lejos y en tan poco tiempo.

Pero Toussaint no era un fenómeno, no era una rareza negra. Las mismas fuerzas que moldearon su genio intervinieron en la plasmación de sus generales, oficiales negros y mulatos. Agé, su jefe de personal, era blanco, pero todos los generales superiores eran negros o mulatos, principalmente negros. Había dos generales de división, uno Dessalines, el otro Clairveaux, un mulato. Dessalines era el más famoso de los generales negros. Algunos le atribuían un talento militar superior al de Toussaint; sin embargo no aprendió a firmar su nombre hasta que llegó a una edad avanzada. Gobernaba el departamento del oeste con mano de hierro, y aunque carecía de todo instinto constructivo para las tareas de gobierno poseía una astucia, una sagacidad y una determinación temerarias que al cabo de muy poco tiempo resultarían de inestimable valor para su pueblo. No simpatizaba en absoluto con la política de reconciliación hacia los blancos que practicaba Toussaint, pero, deslumbrado por los dones de este último, lo veneraba y le prestaba una obediencia incuestionable. A finales de 1801 se casó con una de las mujeres más notables de Santo Domingo, una negra de belleza e inteligencia notables, ex amante de un plantador al que debía una buena educación. Tenía mucha comprensión hacia los blancos, y entre ella y Toussaint consiguieron mantener a Dessalines a raya.

De los siete generales de brigada restantes, Vernet era mulato y el último en orden de nombramiento. Todos los demás eran negros. El favorito de Toussaint era su sobrino, Charles Belair, y muchos pensaban que Toussaint lo nombraría sucesor. En 1801 tenía sólo 23 años y había sido asistente de Toussaint desde los 18. Se había batido valerosamente contra los británicos, así como en la guerra civil contra el sur. Atractivo, de maneras elegantes, le gustaban los desfiles y actos militares. Odiaba a los blancos y Sanite, su esposa, que compartía ese odio, lo incitaba a tratarlos con dureza.

Moïse era de otra pasta, un "buen tipo", espléndido soldado, mujeriego, el militar más famoso de todo el ejército, venerado entre los negros del norte por el coraje con que los había defendido contra los blancos. Ocupó un lugar muy alto en la estima de Toussaint, hasta que se negó a llevar a la práctica en el norte la severa legislación laboral elaborada por Toussaint. La agricultura de la región se resintió y Toussaint envió observadores para supervisar la gestión de Moïse y espiar sus veladas críticas a la política practicada por Toussaint con respecto a los blancos. A primera vista parecía destinado a ser su sucesor, y los blancos decidieron que si Moïse llegaba a gobernar se marcharían.

En cierto sentido el más destacado de los generales negros era Maurepas. Era el único que no había sido esclavo, y procedía de una vieja familia libre. Leía mucho, tenía una gran cultura y se conocía al dedillo la práctica militar. Gobernaba su distrito aplicando justicia e igualdad para todos.

Christophe, ex hotelero, no sabía ni leer ni escribir, pero también sorprendió a los franceses por su conocimiento del mundo y la facilidad y autoridad con que ejercía sus funciones. Era un negro de habla inglesa, pero al contrario que Toussaint aprendió a hablar el francés con sorprendente fluidez. Gustaba del lujo, era amigo de los blancos y practicaba un buen gobierno.

Laplume (el mismo que había arrestado a Dieudonné) era un viejo incompetente, un mal soldado, pero afable y amado por todos en el sur, tanto negros como blancos.

Vivían en casas que costaban una fortuna y que hubiesen destacado en el mismo París. Cuando Maurepas invitó al general Ramel, el francés no daba crédito a sus ojos ante la elegancia, la conversación y las evidentes dotes de Maurepas.[13] Todos los generales, oficiales y colonos franceses que escribieron informes o memorias sobre estos generales u oficiales negros en la cumbre de su poder se hacen eco de la ductilidad y la rapidez con que habían aprendido las funciones de gobierno. Pamphile de Lacroix dijo de estos antiguos esclavos que habían progresado más rápido de lo que lo hubiesen hecho los obreros o campesinos franceses en una situación similar.[14] Probablemente era cierto, y la razón es que los líderes negros no estaban tan influidos por las ideas de la clase dominante como lo hubiese estado un obrero o un campesino francés. El apoyo de las masas los había encumbrado y los había mantenido en

el poder supremo, y con la responsabilidad habían ganado en confianza. En un informe elaborado para uso particular de Hédouville, el autor anotó en una larga lista el color de cada oficial y de cada funcionario, y los adjetivos bueno, malo o regular están repartidos equitativamente entre soldados y administradores, independientemente del color.[15] Pero muchos de los negros, analfabetos, debían recurrir a secretarios blancos. Toussaint estaba enviando niños negros y mulatos para que se educasen en Francia a cargo del erario público, de manera que al volver gobernasen el país. Todo lo que necesitaba era tiempo.

Pero la paz no era el destino de Santo Domingo. Los blancos propietarios de esclavos eran la causa de las discordias en la isla, mientras que la burguesía marítima francesa tenía siempre en su mente los fabulosos beneficios del comercio de esclavos. Los blancos, sin ninguna otra opción, aceptaron el régimen de Toussaint. Entendían, con la susceptibilidad de quien ha sido dueño de propiedades durante mucho tiempo, que su vida no corría peligro mientras Toussaint estuviese al frente, y hablaban y se desenvolvían como si le fueran absolutamente fieles. Cuando Toussaint volvió a Le Cap tras la campaña en el sur se encargaron de dirigir las celebraciones. Lo recibió un enorme arco triunfal, salieron versos en su honor de labios de una bellísima mujer blanca que ciñó a su cabeza una corona de laurel. El viejo Toussaint, siempre elegante, abrazó a la bella rapsoda. Hubo también otros abrazos de carácter menos oficial. Las mujeres criollas de Santo Domingo, pertenecientes a varias de las más distinguidas familias del antiguo régimen, se sintieron transportadas por su personalidad y su poder. En menos de doce años habían logrado quitarse de encima la férrea coraza de prejuicios tras los que habían sido criadas. Competían por llamar su atención y le enviaban cartas apasionadas, mechones de pelo y chucherías de todo tipo. Toussaint no era reacio, pero sí discreto. La inmoralidad sin tapujos de los altos cargos públicos, les recordó a sus generales, ejerce un efecto perverso sobre los valores de la ciudadanía.[16] Era exactamente lo que cabría esperar que Toussaint dijera, o pensase.

Y sin embargo, pese a toda esta intimidad entre los blancos y la nueva clase negra gobernante, Toussaint sabía que, al contrario que Sonthonax, Laveaux, Roume y Vincent, los revolucionarios del primer período, estos viejos propietarios de esclavos y sus mujeres no querían a los trabajadores, fuera cual fuese la presunta lealtad de los hombres o la atrac-

ción que las mujeres pudieran sentir por él como individuo. Fue 1798 el año en que escribió de manera tan amable a las mujeres blancas que solicitaban la devolución de sus propiedades, y a lo largo de todo ese año Toussaint y Hédouville discreparon continuamente en relación con la política que debería adoptarse hacia los emigrados blancos. Sin embargo durante ese mismo período en que los blancos de Puerto Príncipe se postraban y se deshacían ante él tuvo lugar un incidente que pone de relieve lo que en verdad pensaba Toussaint sobre los blancos como tales.

Un colono deseaba un puesto al frente de un almacén y se lo pidió a Toussaint. Toussaint dijo que no. La mujer del colono intentó repetidamente acercarse a Toussaint, en vano. Poco tiempo después dio a luz un hijo y le pidió a Toussaint que fuese su padrino. Toussaint, habitualmente tan suave y conciliador, por una razón u otra esta vez dejó aflorar sus pensamientos.

"Me pide, Señora, que apadrine a su hijo: esto no tiene otro objeto que engatusarme para que otorgue a su marido el puesto que desea, porque su corazón le dicta algo completamente ajeno a lo que me está pidiendo."

"¿Cómo puede pensar eso, General? En absoluto, mi esposo lo adora, todos los blancos lo queremos mucho."

"Señora, conozco a los blancos. Si yo tuviera su piel, sí, pero soy negro, y conozco la aversión que sienten por nosotros. ¿Ha reflexionado bien en lo que me pide? Si acepto, ¿cómo puede estar segura de que, cuando alcance la mayoría de edad, su hijo no le reprochará haberle dado a un negro por padrino?"

"Pero, General. [...]"

"Señora", la interrumpió Toussaint señalando hacia el cielo, "Dios que lo gobierna todo es el único ser inmortal. Soy general, es cierto, pero soy negro. Cuando yo muera, quién sabe si mis hermanos no volverán a convertirse en esclavos para morir de nuevo bajo el látigo de los blancos. Las obras de los hombres no son duraderas. La Revolución Francesa ha iluminado a los europeos, que nos aman y nos compadecen, pero los colonos blancos son enemigos de los negros. [...] Quiere usted ese puesto para su esposo. Bien, le daré el puesto que solicita. Que sea honesto y recuerde que yo no puedo verlo todo, pero a Dios no se le escapa nada. No puedo aceptar ser el padrino de su hijo. Podría tener que verse expuesta a los reproches de los colonos y quizá también un día a los de su hijo".[17]

Tales eran sus ideas; no cambiaron nunca. Sin embargo dirigió una mirada severa sobre la discriminación racial. Mantuvo su poder y los derechos de los trabajadores valiéndose de un ejército abrumadoramente negro. Pero dentro de ese marco invitó a todos a volver, mulatos y blancos. La política era a la vez prudente y factible, y si sus relaciones con Francia se hubieran normalizado, Toussaint hubiese llevado a cabo todo cuanto confiaba en llevar a cabo. Pero Santo Domingo no sabía a qué carta quedarse en relación con Francia. Subsistía el temor a perder la libertad, y los trabajadores negros no aprobaban la política de Toussaint. Pensaban que mostraba excesiva amabilidad hacia sus antiguos enemigos.[18]

Esta animadversión de los negros por los blancos no era ninguna violación de la libertad y la igualdad, sino en realidad la más adecuada política revolucionaria. Era miedo a la contrarrevolución. Habían querido a Sonthonax, colmándolo de bendiciones, obligando a sus hijos a que rezasen por él cada noche. Cincuenta años después sus viejos ojos aún se iluminaban al hablar con los viajeros sobre este maravilloso hombre blanco que les había dado libertad e igualdad, no sólo de palabra sino también de hecho. Pero los hombres como Sonthonax, Vincent, Laveaux y Roume eran escasos, y con la crisis de la revolución en Francia había llegado un hombre como Hédouville. Los trabajadores negros tenían bajo el punto de mira a los blancos locales y se resentían de la política de Toussaint. No eran los blancos de la isla lo que inspiraba temor a Toussaint. Era la contrarrevolución en Francia. Pero los negros podían ver en los ojos de sus antiguos propietarios la nostalgia de los viejos tiempos, y el odio. Poco después de que Toussaint formulase una de sus severas proclamas confinando a los negros en las plantaciones, algunos de estos blancos dirigieron su propio comunicado a los trabajadores. "Afirmáis que sois libres. Pero seréis obligados a volver a mi casa y allí os trataré como antes y os demostraré que no lo sois."[19] Tal era el espíritu que con tanta frecuencia provocaba matanzas de blancos. Toussaint impuso severas multas a los culpables, ordenó encarcelar a todo aquel que no pudiese pagar, incluidas las mujeres, y rebajó a los oficiales con esta mentalidad a la categoría de soldados rasos. Pero aun así continuó favoreciendo a los blancos. Todas las mujeres blancas estaban autorizadas a ingresar en todos los "círculos". Sólo las esposas negras de los oficiales negros de alta graduación tenían ese privilegio. A una mujer blanca se la llamaba "madame", a una mujer negra "ciudadana". Toussaint perdía de vista el apoyo de las

masas, lo daba por supuesto, su obsesión era la conciliación con los blancos de la isla y con los blancos en el extranjero.

¿Qué haría Bonaparte? Toussaint, continuando con su política, tendió gestos de amistad hacia todos los que se hallaban fuera. Madame de Beauharnais, la madre de Josefina, tenía una plantación en Léogane. Tras la evacuación de los británicos, Josefina le escribió una carta a Toussaint hablándole de la plantación, que estaba en ruinas. Se inició una correspondencia. Toussaint reparó y restauró la plantación a expensas de la colonia y envió los ingresos a madame Bonaparte. Josefina se hizo amiga de los dos hijos de Toussaint, que acudían a menudo a comer y a cenar a su casa. Pero Toussaint quiso en un momento dado que sus hijos volviesen y Bonaparte lo impidió. Toussaint se preparó para la guerra inevitable. Fue ésta una de las razones por las que pidió a sus generales que tratasen a los trabajadores de manera despiadadamente estricta.

Compró 30.000 rifles a los Estados Unidos. Armó con ellos a los trabajadores. Al pasar revista, Toussaint tomaba en ocasiones un rifle, lo blandía y a la vez gritaba: "¡Aquí tienes tu libertad!". No le daba miedo armar a las masas. Confiaba en el pueblo porque sus intereses no diferían de los intereses del pueblo. Ocultó depósitos de armamento y munición en lugares secretos del interior del país. Reclutó levas entre los que estaban físicamente aptos para el servicio e instruyó al ejército regular. Nada reacio a las innovaciones, introdujo un código para impartir órdenes utilizando el silbato. Se preparaba, recurriendo a todos los medios concebibles (excepto uno). Los negros tendrían que luchar. Esta guerra devastaría Santo Domingo como ninguna guerra lo había devastado hasta entonces, arruinaría el trabajo, daría nueva veda al vandalismo y la crueldad, y esta vez a una escala no conocida anteriormente. Pero toda expedición a gran escala sólo podía tener como único objetivo la restauración de la esclavitud. Atrapado en este cruel dilema, Toussaint actuaba febrilmente, esperando contra toda esperanza, escribiendo a Bonaparte, reclamando trabajadores especializados, profesores y administradores para que lo ayudasen a gobernar la colonia.

Bonaparte no respondía nunca y Toussaint podía entender el motivo. Si Bonaparte le escribía una carta personal, o bien tendría que aceptar o bien condenar. Si Bonaparte aceptaba, la posición de Toussaint recibiría la sanción final. Si Bonaparte lo condenaba, Toussaint tendría que declarar la independencia y quizás aferrarse a un trato con los británicos, si es que dicho trato no existía ya.

Inmediatamente después de la victoria en el sur, Toussaint, no obstante, había decidido regularizar su propia posición y poner coto a las disputas internas por el futuro dotando a Santo Domingo de una Constitución. Para ello convocó a una asamblea de seis notables, uno por provincia, e integrada por blancos y por hacendados mulatos: no había ni un solo negro. Como ha sido la norma hasta hoy, estaba pensando en el efecto que causaría esto en Francia, no en el efecto sobre sus propias masas, en las que confiaba excesivamente. Los miembros de su asamblea eran meras figuras decorativas. En la Constitución se reconoce a Toussaint L'Ouverture desde la primera línea hasta la última, y en ella encerró todos los principios de su gobierno.[20] La esclavitud quedaba abolida para siempre. Todas las personas, independientemente de su color, tendrían derecho a ocupar todo tipo de empleos, y no existiría otra distinción que la establecida por las virtudes y talentos de cada cual, ni otra superioridad que la otorgada por la ley en el ejercicio de una función pública. Toussaint incorporó a la Constitución un artículo que preservaba los derechos de todos los propietarios ausentes de la colonia "por la razón que fuese" salvo si figuraban en la lista de emigrados proscrita en Francia. Por lo demás, Toussaint concentraba todo el poder en sus propias manos.

Cada administración municipal se compondría de un alcalde y cuatro administradores. Serían nombrados por el gobernador y por un período de dos años a partir de la lista de 16 que le fuese presentada.

La Iglesia estaba estrictamente subordinada al Estado. El gobernador asignaba a cada ministro religioso sus ingresos correspondientes, y bajo ningún pretexto se le permitía al clero formar asociaciones en la colonia. Las leyes habrían de ir precedidas por la fórmula: "La Asamblea Central de Santo Domingo, a propuesta del gobernador [...]". E incluirían la fórmula: "El gobernador ordena [...]". Todos los departamentos administrativos, finanzas, policía, ejército, caían bajo su responsabilidad y a él correspondía rendir cuentas directamente a Francia de todo lo relativo a la colonia. Se reservaba la facultad de censurar todo material impreso.

La Asamblea Central podía aceptar o rechazar las leyes, pero la asamblea estaba en manos del gobernador, elegido por los administradores principales, a los que él designaba. La Constitución nombraba a Toussaint gobernador vitalicio, con poder para designar a su sucesor.

Las Constituciones son lo que en la práctica resultan ser. La Francia de 1802 no podía apelar al despotismo para discutirle a Toussaint esta

Constitución. Lo que sí hubiese sorprendido a cualquier francés es que la Constitución, pese a jurar respeto a Francia, excluía por completo la presencia de cualquier funcionario francés. Toussaint quería que viniesen y que colaborasen en las tareas de gobierno, pero siempre bajo control del gobierno local. Era virtualmente la independencia, con Francia como hermana mayor, guía y mentor. Toussaint carecía de antecedentes que pudieran guiarlo, pero sabía lo que quería. Cuando se le objetaba cuál era el lugar reservado para Francia en el nuevo gobierno, replicaba: "El gobierno francés enviará comisarios para hablar conmigo". Absoluta independencia local por una parte, pero por otra capitalidad francesa y administradores franceses contribuyendo al desarrollo y la educación del país, y un alto funcionario francés como vínculo entre ambos gobiernos. El poder local quedaba demasiado bien salvaguardado como para que podamos denominar a dicho plan un protectorado en el sentido político de esta deshonesta palabra. Todas las pruebas parecen dar a entender que Toussaint, actuando a su manera, había dado con esa forma de alianza política que hoy se conoce como dominio.

Reteniendo su férreo control sobre la realidad, la mirada del viejo Toussaint se proyectaba más allá de Santo Domingo con un vigor imaginativo no superado por ningún contemporáneo. En la Constitución autorizaba el comercio de esclavos porque la agricultura de la isla precisaba mano de obra. Ahora bien, en cuanto los africanos desembarcasen se convertirían automáticamente en hombres libres. Pero aunque acarrease sobre sus hombros todas las responsabilidades de gobierno, Toussaint acariciaba el proyecto de poner proa hacia los Estados Unidos con armas, municiones y un millar de sus mejores soldados, y una vez allí conquistar grandes extensiones de terreno, poniendo fin al comercio de esclavos y convirtiendo a millones de negros en hombres "libres y franceses" como eran los negros de Santo Domingo en su propia Constitución. No era ninguna quimera. Toussaint había enviado millones de francos a los Estados Unidos, a la espera del día en que sus fuerzas estuviesen preparadas.[21] Toussaint tenía ya 55 años. ¿Qué espíritu lo movía? Las ideas no llueven del cielo. La gran revolución lo había proyectado más allá de sus humildes recompensas y su oscuro destino, y las trompetas de su época heroica resonaban hasta en sus propios oídos. En él, nacido esclavo y líder de esclavos, la plasmación concreta de la libertad, igualdad y fraternidad era la matriz de las ideas y la fuente de la que emanaba todo

poder, rebasando el estrecho entorno de la isla y abarcando al mundo entero. De no haber sido por la revolución, este extraordinario individuo y su grupo de brillantes aliados hubiesen vivido toda su vida como esclavos, al servicio de las lamentables criaturas a quienes pertenecían, contemplando descalzos y desharrapados el paso por su vida de empavonados gobernadores de segunda fila y mediocres funcionarios europeos, tal como están hoy en día en África tantos africanos de talento.[22]

Se le ha concedido demasiada importancia a la Constitución. No era más que una encarnación formal de la posición hacia la que Toussaint había ido evolucionando constantemente desde que había expulsado a Hédouville. El método del que se sirvió para publicarla contiene los tonos de misterio habituales en él. Ordenó a su asamblea blanca y mulata que preparase el documento. Les encomendó la tarea y él se fue para capturar Santo Domingo a los españoles. Cuando volvió la Constitución estaba lista. Nadie conocía el contenido salvo él y su asamblea. De repente le dijo a Vincent que le permitiría salir hacia Francia si llevaba la Constitución a Bonaparte. Vincent aceptó, porque no había visos de que se le presentase ninguna otra oportunidad de abandonar la isla. Toussaint le pidió que fuese a Gonaïves y, dada la amistad de Vincent con la familia, se despidió de madame L'Ouverture. En cuanto Vincent se fue, Toussaint publicó la Constitución, en julio de 1801. Hubo una ceremonia religiosa, un gran banquete, iluminaciones y gran júbilo popular. La Constitución de Toussaint significaba despotismo, y ni mulatos ni negros libres se sintieron nada satisfechos. Pero, ¿qué pasaba por la cabeza de esos millares de personas que cantaban y bailaban?

Cuando Vincent volvió se presentó ante Toussaint y le reprochó que fuese a publicar un documento tan ambicioso sin la sanción del gobierno francés, y cuando vio los pormenores del texto constitucional quedó horrorizado. Consultó a Pascal y ambos convinieron en que Toussaint debía retirar el texto. Era como pedirle a la isla de Santo Domingo que abandonase el mar Caribe para unirse a Francia.

Toussaint escuchó con suma paciencia. "No hay espacio en ella para ningún funcionario francés", dijo Vincent. "Francia enviará comisarios para que dialoguen conmigo", dijo Toussaint.[23] "Lo que hace falta es que Francia envíe delegados comerciales y embajadores, como han hecho los norteamericanos y ciertamente harán los españoles. Y hasta los ingleses."

Era una dura indirecta. Hasta Vincent (a veces) sospechaba de Toussaint. Qué difícil para ellos entender que Toussaint estaba utilizando a los británicos y siguiéndoles el juego diplomático, pero que detestaba a estos baluartes de la reacción europea como los detestaba cualquier hijo leal de la revolución.

"Sé que el gobierno inglés es el más peligroso para mí y el más insidioso para Francia. Hizo cuanto pudo para obtener el derecho único de comercio con la isla, pero yo les di sólo lo que no pude privarme de darles. Era preciso para mí." ¿Por qué no me escribe Bonaparte?, le preguntó a Vincent: le escribe al rey de Inglaterra.

Pascal, hasta ese momento otro leal seguidor, desaprobó también la Constitución y Toussaint lo retiró de su cargo. Vincent se quejó a Moïse y Christophe: también la condenaron. Christophe dijo que Toussaint había ido demasiado lejos y Moïse calificó a Toussaint de viejo lunático. "Se cree el rey de Santo Domingo."

La publicación impresa de la Constitución inquietó sobremanera a Vincent. Imprimir significaba (en aquellos días) que la decisión tomada era irrevocable. Toussaint lo aceptó así. No le hubiera costado nada enviar una copia escrita. Pero quería hacer las cosas a su manera. Hubo una última y amarga entrevista entre ambos. Vincent hizo cuanto pudo para que Toussaint recapacitase. Todos los negros eran libres. No podía privar a la isla del derecho a ser gobernada desde Francia.

"Facilíteme un listado de sus compañeros de armas, los que más hayan contribuido a la expulsión de los británicos y al resurgir de la agricultura. Estoy seguro de que el gobierno les demostrará su gratitud."

Toussaint, habitualmente tranquilo, fue presa de una violenta agitación. Replicó que le causaría un enorme placer ver recompensados a algunos de sus compañeros. Pero cuando Vincent le preguntó qué quería para él mismo, replicó bruscamente que no quería nada; que sabía que su destrucción era el objetivo final, que sus hijos nunca disfrutarían lo poco que había logrado reunir, pero que sus enemigos aún no habían acabado con él. A este arranque personal se añadieron algunas reflexiones que hirieron hasta tal punto al suspicaz Vincent que éste ni siquiera las transcribió. Pero podemos figurarnos de qué se trataba. Amargura por los insultos y omisiones que él atribuía a su color, la posición imposible en que se encontraban él y su gente: la sumisión, que significaría de nuevo la esclavitud; o el desafío, que significaría la guerra y la devastación com-

pleta de la isla; su aislamiento, los amigos blancos y negros contra él; todo eso debió de cooperar para arrancarle las palabras que normalmente nunca salían de su boca salvo cuando lo consideraba necesario, y aun entonces diciendo únicamente lo que deseaba decir. Se separó bruscamente de Vincent, esquivó al millar de personas que lo aguardaban y saltó a su caballo para alejarse al galope y tan rápido que hasta sus guardaespaldas se quedaron sorprendidos.

Durante este intervalo de unas pocas semanas Vincent parece haber albergado dudas sobre Toussaint. Vincent era blanco. Nunca podría temer a la esclavitud de la misma manera que un hombre negro, nunca ese insomne temor a la traición del hombre blanco, tan intenso en esa generación negra de Santo Domingo. Vincent, recto como era, dio por supuesto que los estadistas franceses actuarían con una decencia elemental hacia estos hombres negros de cuyos servicios a favor de Francia él había sido testigo. Por su parte, le parecía que Toussaint estaba corriendo simplemente detrás de sus propias ambiciones personales. Antes de irse contactó con Christophe. ¿Estaría dispuesto a dejar Le Cap, la jurisdicción bajo su mando, e ir a St. Iago para recibir a la expedición francesa que sin duda alguna iba a llegar? Permitiría evitar muchos problemas. Christophe, evasivo, dijo que haría cuanto estuviese en su mano para preservar la paz. Vincent tuvo que contentarse con esta equívoca respuesta. No sabía qué hacer. Volvió a su patria vía los Estados Unidos y desde Filadelfia escribió a Toussaint, advirtiéndolo contra los proyectos de independencia.

Vincent hizo cuanto humanamente podía hacerse. Incluso al intentar apartar a Christophe de Toussaint estaba actuando, pensaba él, en pro de los mejores intereses para Francia y Santo Domingo. Para él la restauración de la esclavitud era algo impensable. Le daba tan poco crédito a ello como millones de británicos hubieran dado poco crédito a las intrigas de Baldwin, Hoare y Eden con Laval y Mussolini tras el rechazo del envío de armas a Abisinia, las grandiosas promesas de fidelidad a la Sociedad de Naciones y a la idea de seguridad colectiva. Muchos subordinados honestos han sido así instrumento involuntario de una traición perpetrada desde arriba; el problema es que cuando se enfrentan a la brutal realidad se alían al fin con su propio bando y a causa de la confianza misma generada por su integridad resultan infinitamente más dañinos que el enemigo declarado.

XII
LA BURGUESÍA SE PREPARA PARA RESTABLECER LA ESCLAVITUD

Toussaint no se equivocaba en absoluto en sus suposiciones. ¿Qué régimen ha favorecido más la prosperidad de las colonias?, se preguntó Bonaparte, y cuando le dijeron el Antiguo Régimen decidió restaurarlo y, junto con él, la esclavitud y la discriminación de los mulatos.

Bonaparte odiaba a los negros. La revolución había elevado a un valiente y brillante general mulato, el general Dumas,[1] a la categoría de comandante en jefe de uno de sus ejércitos, pero Bonaparte lo odiaba por su color y se cebó con él. Pero a Bonaparte le importaban muy poco las colonias, y su prejuicio contra los negros apenas ejerció influencia alguna en sus políticas más importantes. Quería beneficiar a sus leales y el clamor de los colonos encontró en él oído atento. La burguesía de las ciudades marítimas ansiaba las fabulosas riquezas de días lejanos. El ardiente deseo de liberar a toda la humanidad, del que había emanado el grito a favor de los negros en los grandes días de la revolución, agonizaba exhausto ahora por los más miserables barrios de París y de Marsella, atormentado por las bayonetas de Bonaparte y por la policía de Fouché.

Pero la abolición de la esclavitud era uno de los recuerdos de los que más se enorgullecía la revolución; y los negros de Santo Domingo disponían, y esto sí que es fundamental, de un ejército y unos líderes entrenados para combatir al estilo europeo. Éstas no eran tribus salvajes armadas con lanzas, frente a las que los soldados europeos armados con sus rifles pudieran conquistar la gloria inmarcesible.

Ajetreado con sus campañas europeas, Bonaparte nunca perdía de vista Santo Domingo, porque nunca perdía nada de vista. Sus oficiales le presentaban un plan y otro plan, pero la flota británica y la insospechada resistencia de los negros disuadían de toda intervención. Sin embargo, a comienzos de marzo de 1801 un cambio de planes en su política estuvo a punto de empujarlo a dejar Santo Domingo en manos de Toussaint.

La burguesía francesa y la burguesía británica estaban enzarzadas en ese combate por la supremacía mundial que duró casi veinte años y que devastó Europa. Bonaparte codiciaba la India y, tras malgastar el primer impulso vía Egipto, engatusó al zar Pablo de Rusia y entre ambos prepararon una incursión tierra adentro para arrebatarles a los británicos lo que los británicos les habían arrebatado a los hindúes. Bonaparte no podía luchar en dos hemisferios a la vez y el 4 de marzo le escribía a Toussaint una carta pletórica de buenas intenciones.[2] Había estado muy ocupado, pero ahora que ya se vislumbraba la paz había conseguido encontrar tiempo para leer las cartas de Toussaint. Lo nombraría capitán general de la isla. Pidió a Toussaint que impulsase la agricultura y articulase el ejército. "No está lejos la hora, confío, en que una división de Santo Domingo sea capaz de contribuir en esa región del mundo a la gloria y los dominios de la República."

Pero la burguesía británica, expulsada de América, se daba ahora perfectamente cuenta de la importancia de la India. En connivencia con Alejandro, hijo de Pablo, Pitt tramó el asesinato del francófilo zar, Pablo.[3] Siete días después de haber escrito la carta a Toussaint, Pablo fue estrangulado y al día siguiente la flota británica zarpó hacia el Báltico. Cuando lo supo, Bonaparte comprendió enseguida que Pitt lo había vencido, que era el final de la incursión hindú. La carta y las instrucciones a Toussaint jamás se enviaron y Bonaparte se preparó para destruir a Toussaint. Uno de los méritos supremos de Toussaint consiste en haber entendido que, si bien la civilización europea era valiosa y necesaria, e incluso se esforzó por asentar sus cimientos entre su pueblo, nunca se dejó cegar por la ilusión de que confiriese superioridad moral de ningún tipo. Reconocía en los imperialistas franceses, británicos y españoles la insaciable rapacidad, la falta de escrúpulos a la hora de vulnerar cualquier juramento por sagrado que fuese, la inclinación a cometer cualquier crimen, engaño, traición, crueldad, destrucción de la vida y la hacienda de todos aquellos que estuviesen indefensos.

Cuando Vincent llegó a París los preparativos ya estaban avanzados, pero en la Constitución encontró Bonaparte una buena excusa. El pobre Vincent había intentado persuadir a Toussaint para que le diese crédito a Bonaparte acusando de traidora a la Constitución. Ahora intentaba persuadir a Bonaparte para que diese crédito a Toussaint negando que la

Constitución fuese una traición. Bonaparte acusó a Toussaint de estar vendido a los británicos. Vincent defendió enérgicamente a Toussaint. Bonaparte insultó a Vincent, maldijo a esos "africanos enjoyados", afirmó que no dejaría en la colonia la hombrera de un solo uniforme sobre los hombros de un negro. Vincent le señaló que tal vez Gran Bretaña ayudase a Toussaint. Bonaparte se jactó de que, si bien Gran Bretaña había dado muestras de oponerse a la expedición, cuando él amenazó con investir a Toussaint de poderes ilimitados y reconocer su independencia, los británicos no habían abierto la boca. (Bonaparte pensaba que los ingleses temían las repercusiones de un Santo Domingo independiente sobre su propia colonia esclava de Jamaica. Pero Pitt, Dundas y Maitland esbozaban una sonrisa y se frotaban las manos por anticipado.) Vincent intentó llamar la atención sobre los peligros que entrañaba la expedición. Bonaparte calificó a Toussaint de "esclavo rebelde", lo llamó cobarde y le dijo a Vincent que se apartase de su presencia. A Vincent le sorprendió la violenta reacción de Bonaparte. Si éste era el espíritu con el que irían los franceses a Santo Domingo, marchaban derechos hacia la sima. Tan inquieto ahora por la suerte de Francia como por la de Santo Domingo, tomó la enérgica decisión de enviar un comunicado al ministro, alertándolo en tonos descriptivos sobre el vigor de la colonia y el extraordinario genio del hombre que gobernaba allí.

"A la cabeza de tan vastos recursos se halla el hombre más activo e incansable que quepa imaginar; no es faltar en lo más mínimo a la verdad asegurar que su presencia es ubicua y, sobre todo, que se halla siempre en el lugar donde resulta más juiciosa, apropiada y esencial; su gran sobriedad, la facultad que parece haberle sido otorgada en exclusiva de no descansar jamás, el privilegio que posee de poder reiniciar inmediatamente el trabajo en su oficina después de días agotadores, de contestar a un centenar de cartas cada día y agotar a sus secretarios; más que eso, el arte de encandilar y confundir a todos hasta arrastrarlos a la tribulación: todo esto hace de él un hombre tan superior a cuantos lo rodean que el respeto y la sumisión linda en el ánimo de muchos con el fanatismo. Ha impuesto sobre sus hermanos de Santo Domingo un poder ilimitado. Es el dueño absoluto de la isla y nada puede contrarrestar sus deseos, sean cuales sean, pese a que algunos hombres distinguidos, pero muy pocos negros entre ellos, conocen sus planes y los contemplan con horror."

Vincent describía a Toussaint como superior a todos en Santo Domingo, pero si se relee este extracto descubrimos que este valiente, sincero, inteligente y experimentado oficial estaba describiendo obviamente al ser humano más extraordinario que había conocido en su vida, dotado de capacidades que a él se le escapaban. En los escritos de la época relativos a las grandes figuras de la Revolución Francesa y la era napoleónica, esta nota de sorpresa, este "no doy crédito a lo que veo", aparece sólo a propósito de tres individuos, Bonaparte, el almirante Nelson y Toussaint L'Ouverture.

Bonaparte se indignó hasta tal punto que desterró a Vincent a la isla de Elba.

Queridos y respetados a título individual por todos sus contemporáneos, Vincent y Beuvais fracasaron, como fracasará todo el que no entienda que en una revolución cada cual debe elegir cuál es su parte y aferrarse a ella.

Pero aunque Bonaparte pudiese escupir la palabra "negro" en el mejor estilo de un traficante de esclavos, no había nadie en Francia capaz de adivinar mejor que él las dificultades. Al principio pensó que sería fácil. Los colonos que habían abandonado la isla en los primeros días de la revolución consideraban a los esclavos una muchedumbre pintoresca de negros insurrectos que pondría pies en polvorosa en cuanto apareciese ante ellos el primer hombre blanco. ¿Cómo iban a ser algo más que unos acobardados y pusilánimes negros? ¿Que habían derrotado a los británicos? Absurdo. La fiebre. Un general de la última Comisión, el general Michel, que no había visto a los ejércitos de Toussaint en acción, tildaba a sus oficiales de cuadrilla de incompetentes presuntuosos.

Pero Roume, Pascal y Vincent, que querían a los negros y sabían por eso de lo que eran capaces, se oponían a cualquier suerte de expedición. Pascal afirmaba que los negros más ilustrados, o sea, aquellos que habían sido libres antes de la revolución, no amaban a Toussaint, pero que la mitad de la población lo seguía ciegamente, considerándolo guiado por Dios. La más sorprendente era la actitud de Roume. Roume ni siquiera era francés, sino un criollo de Tobago. Y sin embargo, pese al severo trato que había recibido de Toussaint, seguía creyendo en su lealtad a Francia. Escribió que la actitud irregular de Toussaint se debía a su miedo a la esclavitud. Que Bonaparte le otorgue plenos poderes civi-

les y militares y le garantice el futuro. Concluida la guerra devolverá la colonia.[4]

A Malenfant, antiguo colono reconvertido ahora en oficial en Santo Domingo, se le ofreció un puesto en la expedición. Redactó un memorándum colmando de elogios a Toussaint y a los trabajadores, y alertó a Bonaparte contra la catástrofe en que se estaba embarcando. Cuando se encontró con Leclerc, el capitán general, pocos días antes de que zarpase la flota, Leclerc lo acusó de cobardía. "En cuanto vean un ejército, los negros depondrán sus armas en bloque. Se darán por más que satisfechos con que los perdonemos."

"Está usted mal informado, General. [...]"

"Pero hay un colono que se ha ofrecido para arrestar a Toussaint en el interior del país, con ayuda de 60 granaderos."

"Es más valiente que yo, pues yo no lo intentaría ni con 60.000."

"Es muy rico, Toussaint. Tiene más de cuarenta millones."

Pacientemente, Malenfant le explicó que era imposible que Toussaint dispusiese de esa suma. Malenfant compartía la misma opinión de Roume a propósito de Toussaint. Diría más tarde que si Bonaparte hubiese enviado a Laveaux a Santo Domingo con 3.000 hombres todo habría salido bien. Toussaint era un hombre eminentemente razonable, y entre él y Laveaux hubiesen pactado un *modus vivendi* que hubiese creado condiciones idóneas para el capital francés en la isla. No ocurriría así. Leclerc se tomó a risa las reconvenciones de Malenfant y le ordenó que se retirase.

A Bonaparte nunca se le pasó por la cabeza una idea tan disparatada. Vincent le había informado sobre la fortaleza del ejército de Toussaint, con sus soldados y oficiales curtidos y experimentados tras diez años de batallar constante, durante los cuales el gran estratega había ido incorporando cada vez más y más hombres a su ejército. Como para ahorrarse excesivas palabras, distribuyó sus operaciones por todos los puertos de Francia, Holanda y Bélgica. Los preámbulos de paz eran firmados el 1 de octubre de 1801. Ocho días después Bonaparte pronunciaba la última palabra, y aun pese a la demora impuesta por vientos desfavorables, la partida de la expedición no se postergó sino hasta el 14 de diciembre.

Era la mayor expedición que había zarpado nunca desde Francia, 20.000 veteranos a las órdenes de algunos de los mejores oficiales de Bonaparte. El jefe del Estado Mayor era Dugua, a quien Bonaparte había enco-

mendado Egipto antes de iniciar su incursión sobre Palestina. Boudet había dirigido la vanguardia de Dessaix, cuya ofensiva *in extremis* había salvado a Bonaparte de una derrota desastrosa en Marengo. Boyer había estado al frente de las patrullas encargadas de vigilar el Alto Egipto; Humbert había dirigido la expedición contra Irlanda. Contaba con hombres experimentados en la guerra de guerrillas de La Vendée. El general Pamphile de Lacroix, que zarpó con la expedición y escribió una notable historia de la campaña y de la revolución de Santo Domingo, nos dejó su impresión. "El ejército de Leclerc se componía de un inmenso número de soldados de gran talento, finos estrategas, maestros de las tácticas, oficiales de ingenieros y de artillería, bien formados y sobrados de recursos."[5] En el último momento Bonaparte alteró su organigrama y situó a su cuñado, Leclerc, a la cabeza, como señal de la importancia que concedía a la operación. Paulina, la esposa de Leclerc, viajaba con su hijo en la expedición. Iban también músicos, artistas y toda la parafernalia de una corte. Se restauraría la esclavitud, arrancaría de nuevo la civilización, sería una feliz experiencia para todos.

Y en estos meses finales y cruciales Toussaint, plenamente consciente de las maniobras de Bonaparte, estaba muy ocupado en dar al traste con el asidero al que había venido aferrándose.

En el norte, alrededor de Plaisance, Limbé, Dondon, la vanguardia de la revolución no estaba satisfecha con el nuevo régimen. La disciplina de Toussaint era severa, pero infinitamente más benigna que la pasada esclavitud. Los viejos revolucionarios negros objetaban tener que trabajar para los blancos. Moïse era el comandante de la Provincia del Norte, y Moïse simpatizaba con los negros. "Haga lo que haga mi viejo tío, no puedo convertirme en verdugo de los míos. Siempre me censura plegándose a los intereses de la metrópoli; pero éstos son los intereses de los blancos, y yo sólo me reconciliaré con ellos cuando me devuelvan el ojo que perdí en combate."

Lejano quedaba el tiempo en que Toussaint hubiese abandonado el frente para cabalgar en la noche e interesarse por las inquietudes de los trabajadores negros, para explicarles que, pese a proteger a los blancos, era sobre todo su líder.

Revolucionarios de los pies a la cabeza, estos individuos enérgicos, legítimamente hermanados con los *cordeliers* de París o con los obreros de

Viborg en Petrogrado, organizaron otra insurrección. Su meta era masacrar a los blancos, derrocar a Toussaint y, confiaban algunos, poner a Moïse en su lugar. Todos los observadores, y Toussaint incluso, pensaban que los trabajadores seguían a Toussaint por causa de sus pasados servicios y su incuestionable superioridad. Esta insurrección demostró que lo seguían porque Toussaint representaba esa emancipación completa respecto de su anterior degradación que constituía su objetivo principal. En cuanto vieron que se apartaba de su meta, se prepararon para derrocarlo.[6]

No eran simples disturbios protagonizados por un puñado de negros descontentos o perezosos. Se habían generalizado en el norte. Los revolucionarios eligieron un momento de descuido, aprovechando que Toussaint estaba en Petite Rivière asistiendo a la boda de Dessalines. La mecha hubiera debido prenderse en Le Cap el 21 de septiembre, pero información sobre lo que iba a ocurrir llegó a oídos de Christophe, que actuó justo a tiempo para sofocar sus primeras manifestaciones en diversos barrios de la ciudad. Los días 22 y 23 la revuelta estalló en los distritos revolucionarios de Marmelade, Plaisance, Limbé, Port Margot y Dondon, donde estaba acuartelado el famoso regimiento de los *sansculottes*. En la mañana del día 23 volvió a reproducirse en Le Cap, mientras grupos armados que asesinaban a cuantos blancos se encontraban a su paso irrumpían en los suburbios para unirse a las bandas que asolaban la ciudad. Al tiempo que Christophe daba cuenta de estos grupos, Toussaint y Dessalines se abalanzaron sobre los rebeldes de Marmelade y Dondon, que se dispersaron en cuanto hicieron acto de aparición Toussaint y su terrible teniente Moïse, que evitó el encuentro directo con Toussaint, atacando a otros rebeldes y derrotándolos. Pero en varios distritos los negros se habían sumado a la revuelta al grito de "¡Larga vida a Moïse!". Razón de sobra para que Toussaint lo arrestase y ni siquiera le permitiese argumentar su defensa ante el tribunal militar. Los documentos, dijo, eran suficientes. "Me complace que los comisarios no se demoren en celebrar un juicio tan necesario para devolver la paz a la colonia." Tenía miedo de que Moïse pudiese llegar a ocupar su puesto.[7]

Espoleada por la insinuación de Toussaint, la Comisión emitió su veredicto, Moïse fue fusilado. En la muerte fue acorde con lo que había sido su vida. Moïse se plantó ante el muro de ejecución, ante las tropas de la guarnición, y con firmeza en la voz le ordenó al pelotón de fusilamiento: "Disparad, amigos míos, disparad".

¿A qué aspiraba Moïse exactamente? Nunca lo sabremos. Cuarenta años después de su muerte Madiou, el historiador haitiano, resumió los puntos principales del programa político de Moïse, cuya veracidad no obstante ha sido puesta en tela de juicio. Toussaint se negó a la división de las haciendas más extensas. Moïse propugnaba el reparto de pequeñas parcelas entre oficiales de menor graduación e incluso entre la tropa. Toussaint anteponía los intereses de los blancos antes que los de los mulatos, Moïse buscaba forjar una alianza de negros y mulatos frente a los franceses. Es cierto que sus simpatías se decantaban claramente del lado de los trabajadores y que odiaba a los antiguos propietarios de esclavos. Pero no era antiblanco. Lamentaba amargamente las humillaciones por las que había tenido que hacer pasar a Roume y sabemos de la alta estima en que tenía a Sonthonax. No disponemos de mucho material para las conjeturas, pero todo da a entender que fue un hombre especialmente interesante y muy posiblemente complejo. Los antiguos propietarios de esclavos lo odiaban y ejercían presión sobre Toussaint para que se librase de él. Christophe también envidiaba a Moïse y Christophe era un hombre que amaba la sociedad de los blancos. Fuera o no culpable de traición, Moïse tenía demasiados enemigos como para huir indemne a las implicaciones del "Larga vida a Moïse" que coreaban los revolucionarios.

Para los negros del norte, insatisfechos ya con la política de Toussaint, la ejecución de Moïse fue el punto final. No podían entenderlo. Como era (y es) inevitable, pensaban en términos raciales. Tras el propio Toussaint venía Moïse, su sobrino, como símbolo de la revolución. Era él quien había encabezado a los trabajadores contra Hédouville. Era también él quien había encabezado la insurrección que privó a Roume de autoridad para tomar el Santo Domingo español, una insurrección cuyo sentido, para los trabajadores, consistía en acabar con el tráfico de esclavos que practicaban los españoles. Moïse había arrestado a Roume, y más tarde a Vincent. Y ahora, por defender a los negros contra los blancos, Toussaint lo había fusilado.

Toussaint reconoció su error. Ya en el curso del último encuentro entre ambos había sacudido su placidez habitual la ruptura con los franceses y con Vincent, pero esto no era nada en comparación con los remordimientos que lo mortificaban ahora tras la ejecución de Moïse. Nadie de su entorno lo había visto nunca tan agitado. Intentó dar rienda suelta a

sus razones por medio de una extensa proclama: Moïse había sido el alma de la insurrección; Moïse era un joven disoluto. Todo inútil. Moïse había sido un miembro demasiado prominente de su junta durante demasiado tiempo.

Pero Toussaint estaba tan tocado que no vio otra alternativa sino la de aumentar la represión. ¿Por qué tenían los negros que apoyar a Moïse poniéndose en su contra? No se paró a plantearse esta pregunta o, si lo hizo, no supo calibrar la respuesta. En las zonas rebeldes fusiló sin contemplaciones. Alineaba a los trabajadores y se dirigía a ellos uno por uno; la vacilación de las respuestas o la inseguridad eran los supuestos en que se basaba para decidir quién debía morir. Intimidados por su despliegue de poder, los trabajadores se rindieron.

Aprobó una tanda de leyes que superaban en rigor a todo cuanto se hubiese decretado hasta entonces. Impuso un rígido sistema de salvoconductos a toda la población. Confinó a los trabajadores en las plantaciones con mucha mayor severidad que anteriormente y delegó en administradores y capataces la responsabilidad de aplicar a rajatabla esta ley bajo amenaza de cárcel. Todo aquel que fomentase el desorden podía ser condenado a seis meses de trabajos forzados y con el pie encadenado. Prohibió a los soldados que visitasen las plantaciones salvo para ver a sus padres, y aun así sólo por breves períodos de tiempo: lo atemorizaban ahora los contactos del ejército revolucionario con el pueblo, una señal infalible de degeneración revolucionaria.

Y mientras minaba la moral de las masas negras, Toussaint se afanaba en tranquilizar a los blancos. Los rumores de la expedición suscitaban un júbilo que algunos no se recataban en ocultar, y Toussaint, en vez de reservarles el mismo trato que a los trabajadores negros, se limitaba a deportarlos. A buen seguro, había otros que sentían así, pero que consideraban más juicioso mantener la boca cerrada. El nuevo orden contaba sin embargo con el beneplácito de muchos que veían con horror la perspectiva de violencia y destrucción que seguiría inevitablemente al desembarco de una expedición francesa. Algunos empezaron a preparar el equipaje y a solicitar salvoconductos. Uno de los criollos más influyentes de Santo Domingo, un hombre bien educado y juicioso que aceptaba de lleno el nuevo Santo Domingo,[8] acudió a Toussaint y le pidió un pasaporte. Esto es lo que temía Toussaint: que un régimen inestable se rom-

piese sin ni siquiera haberle dado la oportunidad de cohesionarse. Toussaint fue rápidamente hasta la puerta para cerciorarse de que no había espías detrás (una costumbre suya). Al volver cruzó con Nogerée una mirada cara a cara y le espetó: "¿Por qué quieres irte si sabes que te estimo, si sabes que te aprecio?".

"Porque soy blanco, y pese a los nobles sentimientos que alberga usted por mí, preveo que está a punto de convertirse en el colérico caudillo de los negros."

De manera un tanto injusta acusó a Toussaint por haber deportado a los blancos que se alegraban de la expedición. Toussaint justificó vehementemente su decisión:

"Tuvieron la osadía y la imprudencia de alegrarse por esta noticia, como si la expedición no estuviese destinada a destruirme a mí, destruir a los blancos, destruir la colonia".

Era esta perspectiva la que sembraba de desasosiego y moldeaba el criterio de una mente esencialmente creativa y ordenada como la suya.

"En Francia se hacen la idea de que constituyo un poder independiente, por eso están armándose contra mí; contra mí, que rechacé la oferta del general Maitland de declararme independiente bajo tutela de Inglaterra, que rechacé siempre las propuestas que me presentó Sonthonax en este sentido."

Sabía que la expedición estaba en marcha, pero aun así seguía confiando en que habría algún modo de evitar la catástrofe inminente.

"Ya que es su deseo, no obstante, salir hacia Francia, lo consiento, pero que su viaje al menos no resulte inútil. Por intermedio suyo enviaré cartas al Primer Cónsul, instándole a que preste máxima atención a cuanto le diga. Dígale quién soy, dígale que la agricultura prospera, que el comercio prospera; en suma, póngale al corriente de todo cuanto he hecho aquí. En función de todo cuanto he hecho aquí es como debo y como deseo ser juzgado. Veinte veces he escrito a Bonaparte para pedirle que envíe comisarios civiles, para conminarle a que envíe aquí a los antiguos colonos, blancos instruidos en la administración de los asuntos públicos, buenos artesanos, buenos obreros: nunca me ha contestado. De repente se ampara en la paz (sin dignarse a informarme de noticias filtradas hasta mí a través de los ingleses) para enviar en mi contra una formidable expedición cuyas filas, según veo, incluyen a mis enemigos personales y a personas que son una lacra para la colonia, y que yo expulsé.

Vuelva ante mi presencia en menos de 24 horas. Deseo –ah, cómo deseo– que tanto usted como mis cartas lleguen a tiempo de alterar las determinaciones del Primer Cónsul, de hacerle entender que al arruinarme a mí arruina a los negros: no arruina sólo a Santo Domingo sino también todas las colonias occidentales. Si Bonaparte es la personalidad más importante en Francia, Toussaint lo es en el archipiélago de las Antillas."

No tenía falsa modestia en cuanto a su significación en Santo Domingo.

Reflexionó un instante, a continuación exclamó en tono firme que había negociado con los ingleses la compra de 20.000 hombres en África, pero no por traición, sino para convertirlos en soldados franceses. "Conozco la perfidia de los británicos. La información que me han brindado sobre la expedición que se encamina hacia Santo Domingo no me obliga a nada con ellos. ¡No! ¡No me rearmaré nunca por ellos!"

Pero la realidad cayó sobre él una vez más.

"Me levanté en armas para luchar por la libertad de los negros, que Francia era el único país en proclamar, pero que no tiene ningún derecho a anular. Nuestra libertad ya no está en sus manos: está en nuestras propias manos. La defenderemos o moriremos."

Esta extraña dualidad, tan confusa para quienes al fin tendrían que empuñar las armas, persistió hasta el final. Y sin embargo, en ese momento en que lo asaltaban las mayores tribulaciones, lejos de su acostumbrada claridad mental y de sus enérgicas acciones, Toussaint se mostró como uno de esos escasos individuos en quienes el poder es un medio para alcanzar un fin, el desarrollo de la civilización, la mejora de sus congéneres. Sus mismas dudas son señal de una mentalidad superior. Dessalines y Moïse no hubiesen dudado. Toussaint hizo pública otra proclama, casi enteramente consagrada a tranquilizar a los propietarios blancos que "siempre encontrarán en nosotros fervorosos protectores, auténticos amigos, celosos defensores [...]".

¿Qué significaba todo esto para los que habían sido esclavos? Al referirse a la expedición, la confusión mental de Toussaint se hace palpable casi línea por línea. "Los hombres de buena fe [...] no podrán dar crédito a que Francia, que abandonó Santo Domingo a su suerte cuando sus enemigos se la disputaban [...] envíe ahora un ejército para aniquilar a quienes no han dejado nunca de respetar su voluntad. [...]"

Después de sembrar la duda entre el pueblo respecto de la intención de los franceses, Toussaint proseguía: "Si efectivamente ocurre que este

crimen del que ahora el gobierno francés es sospechoso llegara a producirse realmente, baste con decir que cuando un niño conoce los derechos otorgados por naturaleza a su progenitor se muestra obediente y sumiso a su padre y a su madre; pero si, a pesar de la obediencia y la sumisión, tanto el padre como la madre son tan desnaturalizados como para intentar aniquilarlo, no queda otra solución sino dejar la venganza en manos de Dios".

Así pues, quedaba en manos de Dios la defensa de los negros frente a la esclavitud. ¿Qué pasaba con su ejército, y con su gente, y con él mismo, el líder?

"Valerosos soldados, generales, oficiales, no escuchéis a los perversos. [...] Seré yo quien os muestre la senda que debéis recorrer. [...] Soy un soldado, no le tengo miedo a nadie salvo a Dios. Si debo morir, moriré como un soldado y con honor, sin miedo a los reproches."

Toussaint no podía admitir que la clase dirigente francesa fuera tan depravada, o que hubiera perdido hasta tal punto el sentido de la dignidad, como para tratar de imponer otra vez la esclavitud. Su intuición política lo llevó a poner en marcha todos los resortes defensivos, pero no podía encontrar justificación, ni para él ni para los suyos, en el hecho de que resultase más fácil encontrar decencia, gratitud, justicia o humanidad en una jaula de tigres hambrientos que en las juntas de gobierno de las potencias imperialistas, ya fueran los gabinetes de Pitt o los de Bonaparte, los de Baldwin, Laval o Blum.

La crítica no es suficiente. ¿Cómo debería haber obrado Toussaint? Al cabo de ciento cincuenta años de historia y del estudio científico de la revolución que iniciaran Marx y Engels, y que ampliaran Lenin y Trotski, podemos sentirnos autorizados a indicar un curso alternativo.

Lenin y los bolcheviques se enfrentaron, tras la Revolución de Octubre, a un problema muy semejante al de Toussaint. La cultura de la burguesía rusa era relativamente primaria, pero Lenin admitió francamente que era superior a la del proletariado y que era preciso utilizarla hasta que el proletariado evolucionase. Excluyó rígidamente a la burguesía del poder político, pero propuso que sus miembros fueran nombrados para puestos importantes y bien retribuidos, con mejores salarios en ocasiones que los miembros del Partido Comunista. Hasta comunistas que habían sufrido y luchado bajo el zarismo fueron apartados al cabo de un

tiempo y sustituidos por burgueses competentes. Para sondear la enorme capacidad intelectual de Toussaint basta constatar que, pese a carecer de formación, él intentó hacer lo mismo, con su ejército negro y con sus generales ocupando un espacio político semejante al del partido bolchevique. Si mantuvo a blancos en el ejército fue por la misma razón por la que los bolcheviques mantuvieron también a oficiales zaristas. Ninguna de ambas revoluciones contaba por sí misma con oficiales suficientemente formados e instruidos, y la situación cultural de los jacobinos negros, hablando en términos comparativos, era mucho peor que la de los bolcheviques rusos.

Toda la teoría política bolchevique consistía en que las victorias del nuevo régimen irían atrayendo gradualmente a aquellos que se hubieran visto obligados a aceptarlas por la fuerza. Toussaint confiaba en algo similar. Si fracasaba, sería por la misma razón por la que la revolución socialista rusa fracasaría, aun después de todos sus triunfos: por la derrota de la revolución en Europa. Si los jacobinos hubieran logrado consolidar la república democrática en 1794, Haití habría seguido siendo una colonia francesa, pero cualquier intento de volver a imponer la esclavitud hubiese resultado sumamente inconcebible.

Fue por cuestión de método, no de principio, por lo que Toussaint fracasó. En política la cuestión racial es subalterna a la cuestión de clase, y pensar el imperialismo en términos raciales es catastrófico. Pero subestimar el factor racial entendiéndolo como algo meramente incidental no es un error menos grave que considerarlo algo fundamental. Había obreros jacobinos en París que se hubiesen enfrentado por los negros a las tropas de Bonaparte. Pero el movimiento internacional no era lo que es hoy, y ninguno de ellos estaba en Santo Domingo. Los trabajadores negros no tenían delante sino a los antiguos propietarios blancos de esclavos. Éstos hubieran aceptado el nuevo régimen, pero nunca hasta el punto de luchar por él contra un ejército francés, y las masas lo sabían. Toussaint, por supuesto, también lo sabía. Nunca confió en Agé, su secretario de Estado, francés, e incluso pidió al lugarteniente de Agé, Lamartinière, que lo mantuviera bajo vigilancia. Pero mientras Lenin mantenía exhaustivamente informados al partido y a las masas sobre cada paso que daba, explicando cuidadosamente la posición exacta de los servidores burgueses en el Estado de los Trabajadores, Toussaint no explicó nada, permitió que las masas llegasen a creer que a sus expensas se estaba favo-

reciendo a sus antiguos enemigos. Al dar la imagen de que optaba por los blancos en contra de los negros, Toussaint cometió el crimen imperdonable a ojos de una comunidad que responsabilizaba a los blancos de tantos males. Que se les devolviesen sus propiedades ya era bastante malo. Que se les otorgasen privilegios era intolerable. Y matar a Moïse, el negro, por favorecer a los blancos era más que un error, era un crimen. Era casi como si Lenin hubiese matado a Trotski por ponerse del lado del proletariado en contra de la burguesía.

La posición de Toussaint era extraordinariamente delicada. Santo Domingo era, después de todo, una colonia francesa. Admitido esto, no hubiese sido posible, antes de que la expedición resultase insoslayable, expresarse con franqueza; en cuanto Toussaint entendió que la expedición era inevitable, ya no quedaba espacio para las dudas. Debería haber manifestado a los suyos que una expedición poderosa no podía tener otro objetivo más que imponer la esclavitud, debería haber exhortado al pueblo para que resistiese, debería haber declarado la independencia, debería haber confiscado la propiedad de todos cuantos se negasen a aceptarlo y distribuirla entre quienes lo apoyaban. Tanto a Agé como a los restantes oficiales debería haberles presentado una opción clara: aceptar o marcharse. Caso de aceptar con intenciones traidoras, los oficiales negros habrían estado prevenidos contra ellos, cada uno habría sabido cuál era su lugar y los hubiesen eliminado a la menor vacilación frente al enemigo. A los blancos se les debería haber presentado una opción similar: aceptar el régimen negro que había garantizado y seguiría garantizando el mantenimiento de sus propiedades, o marcharse; a los traidores en tiempos de guerra se les habría tratado como a todos los traidores en tiempos de guerra. Muchos plantadores eran favorables a la independencia. Hubieran debido quedarse y aportar sus conocimientos, dada la situación, al nuevo Estado. No sólo los antiguos esclavos habían seguido a Toussaint. Lamartinière era un mulato tan blanco que sólo quienes conocían su origen hubiesen podido saber que tenía antepasados negros, pero estaba absoluta y completamente entregado a la causa de Toussaint. Como también lo estaba Maurepas, que anteriormente había sido un negro libre. Con Dessalines, Belair, Moïse y otros centenares de oficiales, ex esclavos y anteriormente libres, hubiese resultado fácil para Toussaint contar con el apoyo de las masas negras. Con este ejército, con algunos de los negros y mulatos mejor educados así como con los cam-

pesinos que le habían prestado un apoyo incondicional en todo momento, Toussaint hubiese resultado invencible. Con todo bien claro y con su poder definido, muchos que en otras circunstancias hubiesen dudado se hubiesen precipitado a ponerse del lado de quien actuaba con resolución. Una vez lograda una victoria decisiva, no hubiese sido imposible volver a iniciar negociaciones con un gobierno francés ahora escarmentado y establecer las relaciones deseadas.

Eran los trabajadores ex esclavos y el ejército de ex esclavos los que dirimirían la cuestión, y la política de Toussaint los invalidaba a ambos.

Había dejado un ejército de lealtades enfrentadas. Militaban en él franceses cuyo deber consistiría en luchar contra Francia. Ni ellos, ni los mulatos ni los antiguos negros libres temían por su libertad.

En lugar de atraer más a los trabajadores negros Toussaint los apartó de sí. Aun después de la revolución no habría sido demasiado tarde. Lenin aplastó la revuelta de Kronstadt con mano de hierro, pero inmediatamente después, y de manera tan abrupta como para atraer las protestas de quienes insistían puntillosamente en la disciplina de partido, propuso la Nueva Política Económica. Esta capacidad para darse rápidamente cuenta del peligro fue lo que salvó a la Revolución Rusa. Toussaint aplastó la insurrección como era su obligación. Pero en lugar de advertir el origen de una revuelta nacida del miedo al mismo enemigo contra el que estaba armándose, fue más severo con los revolucionarios que en ningún momento anterior. Casualmente el día de la ejecución de Moïse, el 21 de noviembre, coincidió con el día señalado por Bonaparte para la partida de la expedición.

En lugar de represalias Toussaint debería haber recorrido el país, y valiéndose del poder de convocatoria que tan bien dominaba debería haberle hablado al pueblo, explicarle la situación y lo que de él se esperaba. En vez de esto, persistió en una política que sumió a las masas en un estado de estupor.[9] Se ha dicho que tenía en cuenta las consecuencias en Francia. Su severidad y sus proclamas tranquilizando a los blancos tenían por objeto demostrarle a Bonaparte que todas las clases se hallaban seguras en Santo Domingo, y que podía confiarse en él como justo gobernador de la colonia. Probablemente es cierto, y es también su mayor condena.

Bonaparte no iba a dejarse engatusar por el sentido de la justicia de Toussaint ni por su imparcialidad, ni por sus cualidades para gobernar.

Allí donde los imperialistas no encuentran desorden, lo instigan artificialmente, como en el caso de Hédouville. Necesitan una excusa para inmiscuirse. Pero pueden encontrarla fácilmente y al final acaban por inmiscuirse sin ni siquiera necesidad de excusa. Es la fuerza lo que cuenta, y sobre todo la fuerza organizada de las masas. Un líder debe pensar siempre en sus propias masas, pero sobre todo en el momento del combate. Lo que importa es lo que ellas piensen, no lo que piensen los imperialistas. Y si para que entendieran claramente Toussaint debía tolerar una masacre de los blancos, tanto peor para los blancos. Había hecho por ellos cuanto había podido, y si la cuestión racial ocupaba en Santo Domingo el lugar que ocupaba, no era por culpa de los negros. Pero Toussaint, como Robespierre, había destruido su propia ala izquierda y con ello había sellado su propia perdición. La tragedia es que no había ninguna necesidad de que lo hiciese. Robespierre se volvió contra las masas porque era burgués y las masas comunistas. El enfrentamiento era inevitable, y lamentarse por él es vano. Pero entre Toussaint y su pueblo no había ninguna diferencia esencial ni de apariencia ni de objetivos. Consciente de que el problema racial era un problema político y social, intentó hacerle frente de un modo puramente político y social. Fue un grave error. Lenin, en su tesis para el Segundo Congreso Comunista Internacional, advirtió a los revolucionarios blancos –advertencia de la que estaban profundamente necesitados– que el efecto de la política imperialista sobre la relación entre los pueblos avanzados y retrasados había sido de tal magnitud que los comunistas europeos deberían otorgar amplias concesiones a los habitantes de los países coloniales a fin de superar el justificado prejuicio que sienten éstos por todas las clases de los países opresores. A medida que iba allegándose más poder, Toussaint dejó caer esto en el olvido. Ignoró a los trabajadores negros, los atribuló cuando más los necesitaba, y confundir a las masas equivale a infringir el más severo de los golpes a la revolución.

Su debilidad personal, el reverso de su energía física, también jugó su parte. Corrió el telón hasta para sus propios generales. Su talante natural era reservado y silencioso, y la disciplina militar el yunque de su educación. Impartía órdenes y esperaba que tales órdenes fuesen obedecidas. Nadie supo jamás qué se traía entre manos. Soltó de pronto que Sonthonax debía irse e invitó a sus generales a que firmasen o no firmasen la carta, a su antojo. Cuando Vincent les habló a Christophe y

Moïse sobre la Constitución, ninguno de ambos supo a qué se refería. Las amargas quejas de Moïse sobre Toussaint y sobre los blancos venían obviamente de un hombre al que Toussaint no había explicado nunca los motivos de su política. No se hubieran necesitado grandes poderes de persuasión para animarlos a seguir a un líder enérgico. Es lo que a su manera Moïse intentaba llegar a ser, y aun cabe subrayar más la debilidad de Toussaint si consideramos que Dessalines había dado con el camino correcto. La arenga ante su ejército se había hecho famosa, y existía otra versión –probablemente la repitió más de una vez– que respondía a este tenor: "Si Francia quiere hacer alguna estupidez aquí, debemos unirnos todos y rebelarnos, tanto hombres como mujeres". Sonoras aclamaciones saludaron a esta enérgica declaración, mil veces más valiosa que los equívocos pronunciamientos de Toussaint destinados a tranquilizar a los blancos. Dessalines no tenía el menor deseo de tranquilizar a los blancos.

Los blancos eran blancos del antiguo régimen. A Dessalines no le importaba lo que dijeran o lo que pensasen. A los trabajadores negros correspondía empuñar las armas; y era a ellos a quienes correspondía tranquilizar. No es que Toussaint se hiciera ilusiones de ningún tipo en relación con los blancos. No se hacía ninguna en absoluto. Cuando la guerra se desató realmente, envió un lacónico mensaje a sus comandantes: "No dejéis nada blanco detrás de vosotros".[10] Pero el error ya era irreparable.

Sin embargo el error de Toussaint tenía su origen en las mismas cualidades que le hacían ser quien era. Es fácil comprender hoy en día, como comprendieron sus generales cuando ya estaba muerto, dónde se equivocó. No quiere decir esto que ni ellos ni ninguno de nosotros lo hubiera hecho mejor de haber estado en su lugar. Si Dessalines podía ver con tanta claridad y sencillez era porque los vínculos que ligaban a este iletrado soldado con Francia eran extraordinariamente tenues. Veía con tanta claridad lo que tenía ante las narices porque no veía nada más allá. El error de Toussaint fue el error de un hombre ilustrado, no el de alguien en las tinieblas.

En los últimos días de diciembre, la flota del almirante Villaret-Joyeuse, con los 12.000 hombres del primer contingente a bordo, zarpó en dirección al puerto de Samana Bay. Toussaint, desde lo alto de un acantilado

cercano, contempló a solas los navíos. No estaba acostumbrado a la guerra naval y el número de barcos lo abrumó; al volver a su oficina exclamó: "Vamos a morir todos. Francia entera ha venido a exterminarnos". No era miedo. Nunca tenía miedo. Pero hay ciertos rasgos de carácter que están muy arraigados en los grandes hombres. Después de todo cuanto dejaba a sus espaldas, seguía siendo el mismo Toussaint que en 1791 había dudado antes de unirse a la revolución y que había permanecido durante todo un mes protegiendo la plantación de su amo para que no fuese destruida. Sólo que esta vez no se trataba de una plantación ni de un puñado de esclavos, se trataba de una colonia y de la vida de cientos de miles de personas.

XIII
LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

La derrota de Toussaint en la Guerra de la Independencia, su encarcelamiento y muerte en Europa son considerados unánimemente una tragedia. Contienen auténticos elementos trágicos porque aun en el clímax de la guerra Toussaint intentó preservar el nexo con Francia, esencial para que Haití perseverase en su largo y difícil camino hacia la civilización. Convencido de que la esclavitud no volvería a imperar nunca en Santo Domingo, no estaba menos convencido de que esclavos llegados no hacía tanto tiempo desde África nunca podrían alcanzar la civilización "por sí solos". Mientras seguimos el desarrollo de sus incertidumbres y la inevitable catástrofe consiguiente, hemos de tener muy en cuenta que no hay en sus tergiversaciones, en su incapacidad para adoptar las firmes, pragmáticas decisiones que tanto jalonaron su carrera, que llegaron a convertirse en perfecta expresión de su personalidad, ningún conflicto con los dilemas insolubles de la condición humana, ninguna fragmentación de una personalidad que sólo en la lucha por alcanzar lo inalcanzable puede encontrarse a sí misma. Toussaint era un hombre íntegro. La Revolución Francesa había moldeado a un hombre que exigía mantener el vínculo con la Francia de la libertad, la igualdad, la fraternidad, la que ni siquiera había debatido la abolición de la esclavitud. El significado de la Francia revolucionaria era lo que estaba perpetuamente en sus labios, en sus declaraciones públicas, en su correspondencia, en la intimidad espontánea de la conversación privada. Era el estadio más elevado de existencia social que le cabía imaginar. No sólo era su marco mental. Nadie de su entorno, marcado por el retraso social y unas condiciones de vida primitivas, era tan consciente de su necesidad práctica. Siendo el tipo de persona que era por naturaleza, y también por el abanico de nuevas e intensas experiencias que a él le habían sido deparadas y a las que muy pocos tienen acceso, así era como Toussaint percibía el mundo que lo rodeaba. El cauce irreal de su postura frente a los anti-

guos amos, tanto los que se habían quedado en la isla como los que estaban fuera, brotaba no de una lealtad o de un humanitarismo abstractos, sino de comprender que sólo ellos poseían lo que la sociedad de Santo Domingo precisaba. Pensaba que sabría manejarlos. No es improbable que hubiese sabido. Se encontraba en una situación estrictamente comparable a la del estadista norteamericano más importante, Abraham Lincoln, en 1865: si es que en realidad esto era factible, sólo él sabría hacerlo. A Lincoln no se le permitió intentarlo. Toussaint luchó denodadamente por el derecho a intentarlo.

Si estaba convencido del declive que aguardaría a Santo Domingo privado de los beneficios de una relación con Francia, no estaba menos seguro de que sería imposible volver a imponer la esclavitud. Atrapado entre ambas certidumbres, un Toussaint cuya suerte de segunda naturaleza venía dada por la profundidad de su campo de visión, por su modo expedito de actuar, se convirtió en el prototipo mismo de la vacilación. Su lealtad a la Revolución Francesa y a todas las puertas que la revolución abría a la humanidad en general, y a las gentes de Santo Domingo en particular, esto era lo que le había hecho ser el hombre que ahora era. Y esto es lo que lo condujo a su ruina.

Quizás al esperar algo más que la simple libertad se adelantaba a su época. A Dessalines le bastaba con esto, y tal vez lo que prueba que sólo la libertad era posible está en el hecho de que, para obtenerla, Dessalines, el fiel ayudante, tuvo que velar porque Toussaint fuera apartado de la escena. Toussaint estaba aspirando a lo imposible: ese imposible que, para él, era la única realidad válida. Las realidades a que está condenado el historiador simplificarán en ocasiones las alternativas trágicas que le hayan salido al paso. No obstante, estas constataciones objetivas y los juicios en que se apoyan no deben oscurecer o minimizar el carácter verdaderamente trágico de su dilema, uno de los más notables que se registran realmente en los anales de la historia.

Pero en sentido más profundo la vida y la muerte no son verdaderamente trágicas. Prometeo, Hamlet, Lear, Fedra, Ahab son otras tantas afirmaciones de los impulsos tal vez permanentes de la condición humana frente a las pretensiones de la sociedad organizada. Lo son de cara a la destrucción inminente o incluso real, y su desafío los eleva a cotas que transmutan su derrota en un sacrificio añadido a nuestra concepción de la grandeza humana.

Toussaint ocupa una categoría inferior. Sus espléndidas facultades no se elevan, declinan. Donde antes se distinguía ante todo por su lectura inmediata y audaz de cuanta situación le saliese al paso, ahora lo veremos, ya lo hemos visto, juzgando erróneamente los acontecimientos y a las personas, vacilando desde el principio y perdiendo tanto el respeto de sus enemigos como la confianza de sus amigos.

La *hamartia,* el flujo trágico que venimos interpretando desde Aristóteles, no se traducía en Toussaint por una debilidad moral. Era un error específico, una valoración absolutamente equivocada de los acontecimientos constitutivos. Sin embargo, la realidad histórica de su dilema viene a expiar hasta cierto punto sus carencias frente a la libertad imaginativa, la lógica creativa, de los grandes dramaturgos. Sería un error, por tanto, limitarse a verlo como una figura política en una remota isla de las Indias Occidentales. Si su historia no confina con la de las grandes creaciones dramáticas, su significado social y humano supera ampliamente los últimos días en Santa Elena y también esa apoteosis de acopio y degradación, el suicidio en la Wilhelmstrasse. Los trágicos griegos siempre tenían a sus dioses a mano para encarnar dramáticamente el destino, la *dike* que gobierna sobre un mundo siempre al margen de su, y de nuestra, creación. Pero ni el mismo Shakespeare podría haber encontrado encarnación tan dramática del destino como aquella a la que se enfrentaba Toussaint: el mismísimo Bonaparte; ni la imaginación más exaltada hubiese concebido la presencia de este coro, los ex esclavos, como árbitros de su propio destino. La certeza en Toussaint de que tal era la última, irresistible solución de un problema al que se negaba a limitarse es lo que explica sus errores y los mitiga.

Como Toussaint, Bonaparte no recurrió a la ayuda de nadie, trazó el plan de campaña *motu proprio.*

Lo dividió en tres fases. En la primera Leclerc se plegaría a todas las demandas de Toussaint, de manera que pudiera afianzarse en los puntos estratégicos del país.

"Logrado esto, será el momento de actuar con más firmeza. Ordénele que responda sin equívocos tanto a mi comunicación como a mi carta." Toussaint tendría que acudir a Le Cap y jurar fidelidad a la República. "En el mismo día" tanto él como sus seguidores, blancos y negros, serán embarcados rumbo a Francia aunque sin humillación, rodeados de hono-

res y consideraciones. (El único motivo era no irritar a la población innecesariamente: no debería quedar ni una hombrera sobre el uniforme de un negro.) Raimond (carente de todo apoyo popular) sería arrestado y volvería a Francia como un criminal. A lo largo de esta primera fase Leclerc trataría respetuosamente a Moïse, Dessalines y Toussaint, empleándose en atraer por todos los medios a hombres como Christophe, Clairveaux o Maurepas, caracterizados por ser "favorables a los blancos" o, dicho de otro modo, por haber puesto en práctica la política de Toussaint y haber tratado a los blancos con moderación y consideración. Ésta era la primera fase y se extendería a lo largo de 15 o 20 días.

Pero Bonaparte albergaba sus dudas respecto de Toussaint, Moïse y Dessalines. Si no acudían a jurar fidelidad (y a ser cortés pero enérgicamente deportados) se los declararía traidores, se practicaría contra ellos una "guerra a muerte" y caso de ser capturados serían fusilados en el plazo de 24 horas. Así concluiría la segunda fase. "En ese mismo día" y en todos los lugares "todas las personas dudosas, indiferentemente de cuál sea su color, serán arrestadas y todos los generales negros, independientemente de su rango, deportados". La última fase consistiría en desarmar a la población. La Guardia Nacional y la *gendarmerie* serían "reorganizadas", o sea, volverían a estar integradas exclusivamente por blancos, y a partir de ese momento Santo Domingo estaría preparado para que entrasen en vigor las "leyes especiales".

Lo primero era quebrar el poderío militar de los negros: ningún negro por encima del rango de capitán debería permanecer en la isla.

Lo segundo era el prestigio. Bonaparte conocía la imperialista importancia de un adecuado respeto a las blancas por parte de los nativos. Los antepasados nunca daban por concluida una conquista hasta que el vencedor no se hubiese acostado con la esposa o con la hija del monarca vencido. No es fácil inculcar el adecuado complejo de inferioridad a un hombre que se ha acostado con tu hermana. Bonaparte ordenó que toda mujer blanca que "se hubiese prostituido" con negros fuese enviada a Europa, independientemente de su condición. Leclerc no debía tolerar que nadie le viniese con monsergas sobre los "derechos de esos negros por culpa de los cuales se ha derramado tanta sangre blanca".[1] Fueran cuales fuesen su condición o sus méritos se los embarcaría de vuelta a Francia.

No quedó claro en qué iban a consistir las "leyes especiales", pero sí que a los mulatos también se les daría el trato merecido. Se había permitido

viajar con la expedición a Rigaud, Pétion, Villate y otros oficiales que no temían por sus derechos y cuya intención era suplantar a Toussaint y a sus generales. Bonaparte los puso a todos en el mismo barco, el *Vertu*. Si Toussaint daba su bienvenida a la expedición no se les permitiría ni desembarcar, se los deportaría de inmediato a Madagascar. Si surgían complicaciones, tendrían veda para verter la cuota de sangre que les correspondiese.[2]

Bonaparte condenaba en estas instrucciones la idea de volver a imponer la esclavitud. Mentía. Pero seguía afectando la pose de heredero de la revolución, y no se atrevía a aplicar su política reaccionaria a blancos y negros, no fuera que cayese en manos del sucesor de Leclerc (si es que Leclerc necesitaba sucesor) y por temor a las repercusiones en el ejército. Hasta cuando dio permiso a Leclerc para volver a imponer la esclavitud, Leclerc no informó de ello a su segundo, Rochambeau. Muchos oficiales, y todos los soldados, pensaban que defendían a la revolución contra Toussaint, un traidor vendido a curas, emigrados y británicos.

Sobre los pueblos colonizados y sin medios de contrarrestar la propaganda es sobre los que el imperialismo practica sus artes más rastreras, y lo que resulta asombroso en este documento no es su duplicidad. Es la plácida presunción de que los generales negros eran estúpidos y confiados. Sólo tres parecen haberle infundido temor a Bonaparte: Toussaint, Moïse y Dessalines.

Pero lo más sorprendente de toda esta historia, y lo que prueba hasta qué punto conocía Bonaparte la naturaleza humana, es que Pétion y Rigaud sabían que, de no encontrar resistencia, serían deportados a Madagascar. Y sin embargo, el brazo de la autoridad es tan poderoso que estaban dispuestos a aceptar esta rencorosa evidencia.[3] Las presunciones aparentemente osadas de Bonaparte constituían una política realmente eficaz. Esta plácida confianza identifica, por su capacidad para el engaño, a la clase gobernante madura. Explica la furia salvaje cuando aparece en su camino ese alguien que no se pliega en lo más mínimo a sus salmodias más solemnes. Bonaparte obró sabiamente cuando seleccionó en particular a Toussaint, a Dessalines y a Moïse. Salvo por los dos primeros, el plan habría sido un éxito total.

El 2 de febrero hacía su aparición Leclerc en el puerto de Le Cap al frente de 5.000 hombres del contingente de 12.000, y daba instruccio-

nes a Christophe, comandante de las tropas en la ciudad, para que preparase barracones a sus hombres. Christophe, pobre iluso, lo había dispuesto todo para la recepción, y de no haber sido por una reyerta entre Leclerc y Villaret-Joyeuse, así como por un viento desfavorable, Leclerc hubiese capturado Le Cap sin daño alguno. Pero Toussaint llegó al galope desde Samana, justo a tiempo para frenar a Christophe. No apareció en persona, pero, oculto en una habitación cercana, permitió que quien condujese las negociaciones fuera Christophe, a quien obligó a hablar en voz bien alta para escuchar su negativa.[4]

Mientras acudía al encuentro de Christophe, el enviado de Leclerc dejó caer, como al azar, ciertas proclamas de Bonaparte invitando a la población a cerrar filas en torno a Leclerc, el protector de las libertades, el que venía a instaurar la paz, etc., etc. Era todo cuanto los pequeñoburgueses necesitaban. Municipalidad y funcionariado civil, mulatos y negros libres, siempre envidiosos de los analfabetos generales negros de Toussaint y de su humilde extracción, resentidos ante el despotismo de Toussaint, dieron rienda suelta al júbilo y la satisfacción. Estúpidos como sólo un pequeño funcionario burgués puede serlo, imploraron a Christophe que diese la bienvenida a los expedicionarios franceses.[5] César Télémaque, alcalde de Le Cap, negro libre anteriormente y administrador muy dotado, encabezó esta locura, dio lectura oficial a la proclama y abrumó a Christophe para que cediese. Para reforzar los argumentos propios y de sus amigos llevó a una delegación compuesta por ancianos, mujeres y niños en presencia de Christophe. Los blancos y todos cuantos antes habían sido libres estaban exultantes, pero los oficiales del ejército, negros y mulatos, se mostraron ominosamente hostiles y declinaron dirigir la palabra a los franceses. Christophe, bajo la atenta mirada de su superior, se mantuvo firme y replicó a las amenazas de Leclerc con contraamenazas. Al día siguiente, el día 4, Christophe convocó a la guarnición, que juró el voto de lealtad hasta la muerte. Se les informó que Fort Liberté había caído en manos de los franceses. Era la guerra y Christophe se dirigió a la población para que evacuase la ciudad. Hombres, mujeres y niños emprendieron la penosa marcha hacia las colinas casi fronterizas con las zonas en que la ciudad moría. Un pequeño grupo de habitantes permaneció al lado de César Télémaque y de la municipalidad, esperando casi a su pesar esa intervención de algún tipo que vendría a evitar esta catástrofe final y definitiva. Los ojos estaban unánimemente fijos en el

mar. Por fin, mientras caía la noche, un navío se apartó de la escuadra y a favor de la incipiente oscuridad bogó hacia el puerto. Inmediatamente los centinelas de Christophe dieron la temida señal de alerta, una descarga de cañón, y al oírla los soldados se precipitaron a las calles empuñando antorchas. En poco tiempo todo fue pasto de las llamas. Una explosión tremenda se escuchó de pronto, había estallado el almacén de dinamita. Por efectos de la explosión se desgajaron rocas que cayeron rodando colina abajo y que aplastaron a mujeres y niños escondidos en las colinas. Toussaint ordenó que todos los ciudadanos, incluidos los blancos y Télémaque con los suyos, siguieran a las tropas. Las siguieron a regañadientes, lamentando amargamente que a Leclerc no se le hubiese dado la bienvenida.

Christophe se retiró a las montañas con sus soldados, que protegían a la población. Toda la noche el fuego ardió con furia, arrasando propiedades valoradas en más de cien millones de francos. Los delegados le habían descrito a Leclerc una ciudad próspera, pero cuando Leclerc desembarcó al día siguiente no encontró otra cosa más que brasas y cenizas: sólo 59 de las 2.000 viviendas seguían en pie. Para el francés, amargamente contrariado, era una señal de lo que le esperaba en los días posteriores, el comienzo de una devastación que retrotraería a Santo Domingo medio siglo en el tiempo.

Y aun en tales circunstancias Toussaint seguía dudando. En ruta hacia Gonaïves procedente de Le Cap se cruzó con un destacamento francés. Cuando se detuvo a parlamentar fue saludado con balas y a punto estuvo de perder la vida. Su caballo quedó herido, una bala perforó el bonete de uno de sus oficiales y Christophe tuvo que descabalgar y cruzar un río a nado para evitar caer prisionero o ser fusilado.

La guerra es una continuación de la política por otros medios, y Toussaint estaba cosechando ahora el fruto de la política practicada en años anteriores. Los campesinos, aun hostiles a los franceses, no respondieron a su llamada. No entendían por qué Toussaint les pedía luchar ahora contra estos blancos, cuando toda su política había consistido en reconciliarse con ellos.[6] No tenían difícil los detractores de Toussaint representarlo como a un tirano, íntimo de emigrados y sacerdotes –saltaba a la vista de todos–, maquinando la entrega de la colonia a los británicos para triunfar sobre sus propias ambiciones. Mulatos y negros que antes habían sido libres militaban abiertamente a favor de los franceses. Santo Domingo

era una colonia francesa. ¿Por qué habían de arrasar sus propiedades en nombre de las ambiciones de Toussaint?

El ejército no sabía a qué atenerse. Christophe casi había dejado entrar a Leclerc, y tras contubernios titubeantes con los oficiales al mando se decantó al fin por ayudar a Leclerc, para mayor confusión aun tanto de las tropas como de las masas. Port-Républicain, la capital, estaba controlada por Agé. Boudet, con 3.500 hombres a su mando, invitó a Agé a que entregase la ciudad. En un cónclave de oficiales, el oficial blanco a cargo del depósito de explosivos se negó a entregar las llaves. Lamartinière sacó su pistola y lo fulminó de un disparo en la misma mesa de reuniones. Con otra bala para Agé se hubiese ahorrado una inmensa cantidad de complicaciones. Pero ante tal demostración de lealtad, y dada la actitud de otros subordinados suyos, Agé intentó ganar tiempo. Urgido por Boudet replicó que él acataba únicamente las órdenes de Dessalines, su superior, que en ese momento se hallaba en St. Marc. ¿Qué resistencia era ésta? Alentado por la declaración, Boudet desembarcó sus tropas y marchó enérgicamente sobre la población. Otro oficial, leal a Rigaud, había entregado un importante fuerte a las vanguardias francesas. Hubo encarnizados combates de última hora, pero con semejante grado de confusión y deslealtad entre los oficiales al mando, la guarnición no logró resistir. Tras un frustrado intento de prender fuego a la ciudad antes de abandonarla, Lamartinière y sus hombres emprendieron la retirada. No sólo se había perdido la capital, casi íntegra, con todos los suministros intactos, sino que los franceses se apoderaron del tesoro, por valor de dos millones y medio de francos.[7]

A la noche siguiente Laplume, el general negro con jurisdicción sobre el sur, transmitía la declaración de que estaba dispuesto a rendirse. Conforme a lo que se había convertido en hábito durante las reyertas políticas de la revolución, la tropa y los oficiales siguieron a sus comandantes, que en muchos casos, casi todos, habían construido su ejército con sus propias manos. Hasta en Santo Domingo, donde el mando lo ostentaba Paul L'Ouverture, los franceses cosecharon otro triunfo fácil. Kerverseau, hasta entonces a las órdenes de Toussaint, se había pasado a Leclerc y se le había otorgado el mando de un destacamento francés. Avanzó sobre Santo Domingo y exigió la rendición. L'Ouverture se negó. Un grupo de pobladores franceses y españoles intentaron abrir la entrada a los franceses, pero Paul L'Ouverture los dispersó. Sin embargo, hasta el propio

hermano de Toussaint le escribió al gobernador para recabar sus órdenes mientras paralelamente se negaba a obedecer a Kerversau. Si el mismísimo hermano de Toussaint era presa de semejante inseguridad, ¿qué no ocurriría con las masas? Sólo entonces le escribió Toussaint para exigirle que resistiese hasta el final e intentase "incluso apresar a Kerverseau y a sus tropas": una lamentable y reveladora prueba de indecisión. Temiendo que pudiesen capturar a sus mensajeros, Toussaint les entregó otra carta, en la que aconsejaba a Paul una actitud conciliadora. En caso de ser arrestados, los correos (dos negros y un blanco) presentarían esta carta a sus captores, ocultando así las auténticas instrucciones. Los correos fueron asesinados, entre sus ropas aparecieron las cartas. Kerverseau envió la carta falsa a Paul, que le abrió las puertas de par en par. Mauviel, obispo de Santo Domingo, llevaba largo tiempo buscando influir sobre Clairveaux, la segunda autoridad del ejército de Toussaint. Al cabo de unos días Clairveaux claudicaría para rendirse a los franceses. Era traición, pero una traición comprensible si se ha sabido que el propio hermano de Toussaint, su subordinado, había dejado entrar a Kerverseau, en teoría por orden de Toussaint. Los franceses daban la bienvenida a los oficiales y soldados de Toussaint y los trataban como a camaradas. Las masas se quedaban perplejas, desarboladas, confusas, sin saber qué hacer. Afortunadamente para estos comandantes erróneamente dirigidos, Toussaint, Dessalines y Maurepas no prestaron atención alguna a las proclamas de Leclerc. Esto fue lo que salvó a los traidores, ya que las instrucciones de Bonaparte eran expresas, y de no haber sido por la resistencia de los seudoenemigos de Francia se hubieran arrancado las hombreras a los uniformes de estos negros estúpidamente confiados.

El 10 de febrero, una tropa de 1.500 hombres a las órdenes de Debelle, apoyada por los cañones de la flota, atacó la fortaleza mejor defendida de la costa norte, Port-de-Paix, donde la autoridad correspondía a Maurepas. Maurepas se negó a capitular y abandonó la ciudad para consolidar posiciones en las montañas. Pero Rochambeau se apoderó de Fort Dauphin; de este modo, a excepción de St. Marc, conquistada por Dessalines, el resto del litoral estaba casi enteramente en manos de Leclerc.

Para el 8 de febrero Toussaint seguía sin conocer la dimensión exacta de estas derrotas, pero a medida que encajaba los golpes se mentalizó para resistir, no para rendirse. El sueño del gobierno estable y el progreso hacia la civilización había terminado. Se había aferrado hasta el último

momento a la esperanza de la paz, pero a medida que el enemigo progresaba empezó a prepararse, entonces y sólo entonces, para la guerra. La circunspección había sido su error, pero en cuanto decidió enfrentarse cara a cara con la destrucción de Santo Domingo asumió todos los riesgos y quizá por eso su última campaña fue también la más gloriosa. Le expuso a grandes rasgos su plan a Dessalines. "No olvides, mientras aguardamos la estación de las lluvias que nos librará de nuestros enemigos, que no tenemos más recursos que la destrucción y el fuego. Recuerda que el suelo regado por nuestro sudor no debe proporcionar sustento alguno a nuestros enemigos. Rompe a cañonazos los caminos; arroja todos los cadáveres de hombres y caballos a las fuentes, quémalo y arrásalo todo a tu paso para que los que han venido a esclavizarnos tengan delante de sus ojos la imagen del infierno que merecen." Era demasiado tarde. El desarrollo de los acontecimientos pondría de manifiesto que si se hubiera limitado a movilizar antes a las masas y a purgar el ejército, el ataque francés hubiera sido neutralizado desde el comienzo. Su anhelo de evitar la destrucción fue el factor mismo que la desencadenó. Es el error recurrente en los moderados cuando se enfrentan cara a cara con una lucha revolucionaria.

Dessalines nunca llegó a recibir la carta. Pero este soberbio soldado y líder revolucionario era un hombre muy diferente de Christophe y los demás. No necesitaba instrucciones ni arengas para elegir el camino correcto. Cuando supo que Port-Républicain había sido capturado, palideció dentro de su piel negra, maldijo iracundo a quienes lo rodeaban y dejó escapar un grito de cólera. No debería haber ocurrido nunca, y la culpa era de Toussaint.

La iniciativa correspondía a los franceses y Dessalines no esperó a que lo atacasen. Salió a su encuentro en el sur y trabó contacto con Lamartinière en La Croix-des-Bouquets. Fingió que se retiraba en dirección a las montañas Cahos para engañar con una pista falsa a los franceses, a continuación partió rápidamente hacia Léogane, población rica en recursos y salida al mar de una fértil y floreciente llanura. Boudet envió una expedición en su búsqueda, pero Dessalines fue el primero en llegar a Léogane, prendió fuego a la ciudad, que ardió hasta sus cimientos, y devastó la llanura. La situación en que se hallaba ahora era crítica. No podía progresar hacia el sur. Laplume lo amenazaba desde ahí. La división

enviada tras sus pasos por Boudet, así como el propio Boudet en Port-Républicain, bloqueaban su retirada. Y novecientos hombres desembarcados en Arcahaye habían capturado esa ciudad costera para los franceses. Sólo las ignotas montañas propiciaban la huida. Dessalines condujo a sus hombres sobre simas vertiginosas y senderos remotos. Los franceses nunca llegaron a avistarlo, y tras varias marchas forzadas logró retornar a St. Marc, reorganizar sus fuerzas y dirigirse hacia el sur para enfrentarse con los franceses y controlar así su avance hacia sus propios cuarteles. Boudet atacaba por tierra y por mar. Amparándose en las anfractuosidades de todos los caminos, Dessalines obligó a Boudet a batirse por cada palmo de terreno, y los franceses precisaban para avanzar del recurso continuo a la artillería. En la batalla final Dessalines fue derrotado; pero tras marchas tan agotadoras y combates tan sangrientos, los hombres de Boudet estaban rendidos y no pudieron dar caza al ejército negro que se batía en retirada. Con el tiempo a su favor, Dessalines se retiró a St. Marc. Durante dos días mantuvo encendida una hoguera colosal en la plaza de los desfiles, y ordenó que se bañase en materiales inflamables toda la ciudad y su palacio recién construido. Encendió una cerilla, extendió su mano para aplicar la llama a su propia casa, sus hombres siguieron el ejemplo en toda la ciudad. Boudet, como Leclerc, no conquistó más que ruinas. Pero los franceses, por exhaustos y desanimados que se hallasen, no iban a disfrutar un momento de respiro. Dessalines entendió que Port-Républicain habría quedado desguarnecida y cabalgó rápidamente hacia el sur para asaltarla por sorpresa, saquearla y quemarla hasta borrarla del mapa. Mientras recorría la isla de punta a punta, desbaratando los contactos de sus inhumanos perseguidores con su gente, este antiguo esclavo, con las marcas del látigo aún frescas bajo su uniforme de general, se aproximaba a marchas forzadas a la conclusión que aún provocaba las vacilaciones de Toussaint. Declararía la independencia de la isla y expulsaría de ella a Francia. Los antiguos propietarios de esclavos aún sonreían alborozados al paso de la expedición francesa; él acabaría con todo cuanto fuese blanco, para siempre.

Hombres, mujeres, niños, masacró a todos los blancos que aparecieron en su camino. Prohibió que se les diese sepultura, dejó ristras de cadáveres pudriéndose al sol para que infundiesen terror en los destacamentos franceses que a duras penas intentaban dar caza a sus fulminantes columnas.

Leclerc intentó entonces atrapar a Toussaint tendiéndole una trampa en la que el cebo eran sus propios hijos. El plan había sido meticulosamente elaborado en París por Bonaparte, durante el anterior mes de octubre. Bonaparte no dejaba volver a los muchachos, y los enemigos de Toussaint no dudaron en manipularlos contra su padre.[8] Pero cuando llegó la hora de la expedición, Bonaparte requirió la presencia de los muchachos y la de su tutor, el abate Coisnon. Se dirigió a ellos con amabilidad, los colmó de regalos, les dijo que su padre había sido un gran hombre, que había servido muy bien a Francia, les aseguró que la expedición no tenía otra misión que reforzar las defensas de Santo Domingo frente a los enemigos, les dijo que adelantaría su partida para que comunicasen todo esto a su padre y pidió a su tutor que los acompañase en el viaje: su vocación sacerdotal sería de ayuda. Los invitó a cenar junto a oficiales de alto rango. Por un azar los chicos no adelantaron la partida, ellos y su tutor viajaron con Leclerc. Bonaparte le había entregado a Leclerc una larga y pomposa carta (firmada al fin de su propio puño y letra) en la que garantizaba la libertad a los negros y le pedía a Toussaint que asistiese a Leclerc en las tareas de gobierno del país (probablemente durante una semana más o menos antes de ser embarcado hacia Francia), todo ello salpicado por una corriente de amenazas subterráneas en caso de que se resistiese. Leclerc transmitió la carta a Toussaint por mano de los muchachos y del sacerdote, confiado en que las derrotas y deserciones lo hubiesen amilanado y la devoción filial viniese a completar la tarea. La multitud, dichosa de ver a los hijos del general, que volvían de París, salió al camino para vitorearlos, felicitarlos, abrazarlos, al tiempo que ellos transmitían un mensaje de buena voluntad. Sin saberlo, estaban quebrando el espíritu de resistencia del pueblo. Toussaint estaba lejos de allí, pero ese mismo día, a última hora de la noche, emprendió raudamente el retorno. Los muchachos se arrojaron en brazos de su padre y las lágrimas rodaron por las mejillas del adusto, veterano soldado. Hasta ese momento Coisnon se había mantenido prudentemente en segundo plano, pero (según su propia versión) consideró llegado el momento, dio un paso al frente pronunciando un solemne voto de lealtad a Francia y mostró la carta.

Toda esta elaborada farsa resultó un lamentable fracaso. Toussaint –qué bien conocía a estos hombres– ni se molestó en leer la carta hasta el final. Ojeó las primeras líneas y, cuando estaba a punto de tomar la palabra,

Coisnon lo cortó para iniciar una prolija loa a Bonaparte, la amable acogida que había dispensado a los chicos, el carácter pacífico de la expedición, etc. Con toda seguridad Dessalines hubiese disparado a bocajarro sobre Coisnon en ese mismo instante y se hubiera llevado con él a los muchachos. Pero Toussaint era de otra pasta. Elaboró una digna respuesta para Coisnon. Las palabras de Bonaparte anunciaban paz, las acciones de Leclerc declaraban guerra: "En medio de tantos desastres y actos de violencia no puedo olvidar que conmigo va una espada". Si el deseo de Leclerc era la paz, que ordenase interrumpir las maniobras de su ejército.

Conversaron hasta altas horas de la noche y Toussaint no pudo contener su indignación cuando entendió que le ofrecían a sus hijos en compensación por la derrota. Sin embargo esa noche, llorando una vez más, le dijo al sacerdote que aunque asumía el sacrificio de su vida por la libertad de los negros, devolvería a sus hijos para que Leclerc no pensase que los retenía por la fuerza o valiéndose de influencias indebidas. Dos días después la carta para Leclerc ya estaba redactada y Toussaint la envió junto con sus hijos, proponiendo en ella el cese de las hostilidades. Leclerc le envió de nuevo a Isaac y a Placide para que prometiesen a Toussaint que si se limitaba a negociar con él todo saldría bien. Nombraría a Toussaint lugarteniente en jefe. De no ser así, al cabo de cuatro días declararía a Toussaint en rebeldía. Lo que de verdad quería era tener a Toussaint entre sus manos.

Isaac y Placide suplicaron a Toussaint que se reuniese con Leclerc. Toussaint se negó. ¿Qué hacían sus enemigos, Rigaud, Pétion, Villate y Chanlatte en el ejército francés? Si ahora que gozaban de cierto poder a los negros les dispensaban los franceses este trato ¿qué cabría esperar de los franceses cuando los negros estuviesen indefensos?

Pero, conmovido por las súplicas de los muchachos y por su evidente amor a Francia, les dijo que no intentaría influir en ellos. Francia o Santo Domingo. "Hijos míos, elegid; sea cual sea vuestra decisión nunca dejaré de amaros." Su hijo Isaac se pronunció a favor de Francia, pero Placide se abrazó a su padre, exclamando entre sollozos que tenía miedo al futuro, que temía la esclavitud y que lucharía junto a él. Inmediatamente Toussaint le entregó el mando de uno de sus batallones, que entraría en combate pocos días después. Con una intuición instintiva para lo que iba a ocurrir, madame L'Ouverture se negó a prescindir de Isaac y lo obli-

gó a quedarse.[9] Afortunadamente para esta relación, disponemos de la correspondencia completa que Leclerc le envió desde Santo Domingo a Bonaparte, al Primer Cónsul y al ministro de Marina. Para quien se interesa por cualquier período histórico, pero en particular para quien se interesa por el imperialismo, constituye un documento de incalculable valor:

> "Tengo una gran necesidad de refuerzos. Debe entender la dificultad de la tarea. [...] La mayoría de mis tropas embarcaron hace cinco meses y tengo ya seiscientos enfermos. Los productos agrícolas están en buen estado.
>
> Sobre todo cuente con mi lealtad. Muchos de los que envidiaban mi puesto en París ya hubiesen sido barridos aquí. Le demostraré a Francia que su elección ha sido correcta."[10]

> "Tres meses antes de nuestra llegada [...] Moïse había intentado derrocar a Toussaint y para ello había iniciado la masacre de entre seiscientos y setecientos blancos. Toussaint lo fusiló y de este modo nos ha librado de él. [...]"[11]

> "Toussaint me ha enviado delegados con propuestas para el cese de las hostilidades. No les creí ni una palabra. Es el mayor tramposo y embustero de este mundo. [...][12]
>
> Tengo a más de mil doscientos hombres ya hospitalizados. Debemos contar con que el número de bajas en este país va a ser considerable. [...]
>
> Estoy aquí sin víveres y sin dinero. El incendio de Le Cap y de las zonas utilizadas por los rebeldes para retirarse me priva por completo de este tipo de recursos. Es preciso que el gobierno me envíe víveres, dinero, tropas. No hay otro modo de asegurar el dominio sobre Santo Domingo. No dispongo de recursos comerciales de ningún tipo; los comerciantes de Le Cap son sólo agentes de los americanos y los americanos son, entre todos los judíos, los más judíos de todos. [...]"[13]

Leclerc se había limitado a jugar con Toussaint. Tan pronto como llegaron sus refuerzos lanzó una proclama declarando en rebeldía a Toussaint y a Christophe, y se preparó para masacrarlos en la llanura de

Gonaïves. Desfourneaux abandonaría el río Salée y llegaría hasta Gonaïves a través de Limbé y de Plaisance. Hardy partiría de Le Cap y a través de Marmelade y de Ennery caería sobre Gonaïves. El punto de partida de Rochambeau sería Fort Dauphin y a través de St. Raphael llegaría hasta Gonaïves. Humbert y Debelle derrotarían a Maurepas y lo harían retroceder hasta Gonaïves, mientras que Boudet, procedente de Port-Républicain, cortaría la retirada y asestaría una estocada mortal a las fuerzas de Toussaint.

Toussaint, la mitad de sus 18.000 soldados ahora en las filas del enemigo, no podía más que demorar y hostigar su avance, devastar el país y privar a Leclerc de suministros, mientras se retiraba lentamente hacia las montañas. Era demasiado buen estratega como para aventurarse a defender cualquiera de los posibles puntos de desembarco de Leclerc, y había ocultado sus municiones y depósitos en lugares estratégicos, desde los que podía asegurar tantos pasillos de retirada como fuese posible. Caería sobre las vanguardias de Leclerc, atacaría por sorpresa, tendería emboscadas, no daría tregua a los franceses y a la vez evitaría toda escaramuza importante. Con la llegada de las lluvias, los franceses, exhaustos, caerían víctimas de la fiebre por millares, los negros descenderían de las colinas y los empujarían hacia el mar. Pero antes que nada, Toussaint debía desembarazarse del anillo de acero en que Leclerc lo estaba envolviendo.

Es preciso describir esta campaña en cierto detalle. Las maniobras políticas se conjugaban con el desarrollo de las operaciones militares, y la guerra era la prueba de fuego para los habitantes de Santo Domingo. El ejército de Bonaparte no había llovido del cielo, ni su milicia era exclusivamente el resultado de su particular e incomparable genio para dirigir un ejército. En última instancia era el resultado, uno de los más valiosos resultados, de las transformaciones revolucionarias que se habían operado en el seno de la sociedad francesa. Su chispa irresistible, su inteligencia, su capacidad de resistencia y su moral tenían su origen en la libertad social de nuevo cuño que había seguido a la destrucción del feudalismo; en la conciencia de que ellos, el pueblo, lo habían logrado, en su fe en sí mismos como estandartes de la libertad y de la igualdad en toda Europa. Ni a uno solo de los militares franceses en Santo Domingo se le hubiera pasado por la cabeza que estaba luchando para volver a imponer la esclavitud. La guerra, para ellos, era una guerra revolucionaria.

Pero a los soldados y generales de Toussaint, analfabetos y ex esclavos, los había moldeado la misma revolución. Un ejército es una reproducción a pequeña escala de la sociedad que lo ha creado. Si el ejército negro había vacilado frente a los franceses era porque la sociedad de Santo Domingo en su conjunto no sabía cómo reaccionar ante la expedición de Leclerc, no podía dar crédito a sus ruines propósitos. Pero los pocos miles de hombres que permanecían fieles a Toussaint eran la vanguardia de un ejército revolucionario que libraba una guerra revolucionaria. De momento el enemigo era superior en número. Aunque Toussaint contaba con el apoyo de una parte de los trabajadores, miles de mulatos y de hombres que habían sido libres se unían a Leclerc. Pero, cuando estos negros entraban en combate celebrando la libertad y la igualdad, estas dos palabras cobraban mucho más significado que en boca de los franceses. En una guerra revolucionaria estos factores tienen tanto peso como varias divisiones.

Hardy, desde Le Cap, se encontró a Christophe en Bois-Pin el 19 de febrero. Hardy expulsó de sus posiciones a Christophe, pero aquí aguardaba a los franceses el primer sobresalto. Derrotado, Christophe se retiró ordenadamente y se fortificó en Ennery. El 21 de febrero Hardy lo atacó con la energía napoleónica que ya había arrasado y arrasaría Europa entera hasta que el ejército francés recibiese su herida de muerte durante la campaña de Moscú. Christophe tuvo que batirse en retirada una vez más. Pero reunió a los suyos y volvió a consolidar posiciones en Bayonnais. Al día siguiente Hardy lo obligó a retirarse pero, como si de una premonición se tratase, no en desbandada. Con Gonaïves aún a cubierto, Christophe tomó posiciones en La Coupe-à-Pintades, dispuesto a enfrentarse a los franceses al día siguiente, el 23.

Toussaint estaba en Gonaïves. No aprobaba estos combates. Prefería la guerra de guerrillas y la sublevación popular, pero sus fieles estaban ansiosos por medir sus sables con los soldados de Bonaparte,[14] y a Toussaint no le quedaba más remedio que aceptar. Plaisance se rindió traidoramente a Rochambeau, y Toussaint, con seiscientos hombres y varios centenares de voluntarios, se apresuró a bloquear el avance de Rochambeau en Ravine-à-Couleuvres. Personalmente estaba viviendo una hora angustiosa. Su esposa y familiares habían tenido que abandonar el refugio en las montañas donde se habían ocultado y Toussaint ignoraba su paradero. Pero se armó para la batalla con su tradicional indiferencia hacia lo que el desti-

no pudiera depararle. Con un hombre de confianza y dos campesinos por toda compañía procedió a una exploración tan audaz sobre el terreno que uno de sus guías, por aventurarse demasiado lejos de las líneas, fue capturado por una patrulla y fusilado inmediatamente. De vuelta al campamento de su ejército, Toussaint arengó a sus soldados: "Vais a luchar contra hombres que no tienen ni fe, ni ley ni religión. Os prometen libertad, no persiguen más que esclavizaros. ¿Por qué han atravesado tantos barcos el océano sino para volver a colgaros las cadenas? Se niegan a reconocer vuestra sumisa obediencia y si no sois esclavos, sois rebeldes. La madre patria se ha descarriado bajo los designios del Cónsul y ahora ya no es para vosotros más que una madrastra. [...] Descubrid el pecho y aún veréis las marcas que dejó el hierro de la esclavitud. Durante estos diez años, ¿cuántas fatigas no habréis arrostrado en nombre de la libertad? Vuestros amos asesinados u obligados a huir; los ingleses humillantemente derrotados; la discordia zanjada, un país de esclavos purificado por el fuego y en pleno desarrollo, hermoso como nunca, bajo la estela de la libertad; esto es lo que habéis hecho y éstos los frutos de vuestro trabajo. Y esto es lo que el enemigo quiere arrebatar de vuestras manos. [...]"

Toussaint, que había desplegado tanta energía en el combate, se refirió con fiero orgullo a la destrucción que encontrarían en todas partes los franceses. Encontrarían su destino. "Sus huesos quedarán esparcidos entre estas rocas y montañas, o se mecerán entre las olas del mar. No volverán nunca más a ver su patria [...] y la libertad reinará sobre su tumba." Pero nunca una sola palabra sobre la independencia.

Rochambeau, henchido de orgullo racial, consideró más apropiado arengar a sus tropas recordándoles sus victorias en el Tíber, en el Nilo, en el Rin. No habían navegado miles de kilómetros para ser derrotados por esclavos.

La batalla empezó al alba. Y fue la más sangrienta de la guerra. Una y otra vez cargó Toussaint al frente de sus tropas. En el transcurso de la jornada llegó hasta él información sobre su esposa y su familia, ocultos no muy lejos del escenario del combate. "Cuida de que tomen el camino de Esther", le dijo a su informador. "Yo tengo otros deberes que cumplir." Los hombres arrojaron sus armas y se enzarzaron en un combate a vida o muerte. A últimas horas de la tarde, Toussaint se colocó a la cabeza de sus granaderos, repelió un último ataque a Rochambeau hasta obligarlo a cruzar el río y a continuación volvió a la otra orilla. Ambos

bandos reclamaron para sí la victoria, y así han seguido haciéndolo hasta el día de hoy.[15]

Ese mismo día Christophe fue expulsado de La Coupe-à-Pintades y Hardy avanzó con Leclerc sobre Gonaïves. Los demás convidados a esa cita no comparecieron. Ni Humbert, que había salido del norte, ni Boudet, que venía del sur, lograron llegar a tiempo para cerrar la maniobra envolvente. Su fracaso se debió a factores de la máxima importancia, reales y sintomáticos.

Humbert había salido de Port-de-Paix con 1.500 hombres y atacó a Maurepas con una tropa de 2.000 y un cuerpo de trabajadores voluntarios, decidido a empujar a Maurepas hasta la llanura de Gonaïves. Pero Maurepas rechazó su ofensiva y lo persiguió hasta la ciudad con tal determinación que, de no ser por oportunos refuerzos llegados de un barco de guerra atracado en el puerto, Humbert se hubiese visto obligado a embarcarse. Al conocer esto, Leclerc ordenó a Debelle que abandonase Le Cap y saliese con 1.500 hombres para unirse a Hardy, desalojar a Maurepas y hacerlo retroceder hasta Gonaïves. Atacaron conjuntamente. Maurepas los derrotó y una vez más los hostigó hasta la ciudad que, una vez más, hubiera caído en su poder de no ser por la flota. Leclerc ya no podía continuar enfrentándose a Christophe y Toussaint. Se vio obligado a enviar a Hardy y a Desfourneaux para que socorriesen a Humbert y Debelle. Igualmente catastróficas para los planes de Leclerc resultaron las maniobras de Dessalines en el sur. Tanto su audaz estrategia de retornar a Port-Républicain como la velocidad de sus maniobras desarbolaron a los franceses. Sólo la suerte, y una suerte asombrosa, como admitió Lacroix, el comandante de Port-Républicain, consiguió salvarlos.[16] En la Provincia Occidental había dos bandas de cimarrones, una de ellas dirigida por Lamour Derance, nombre que llegaría a hacerse célebre en esta guerra de la independencia. Por negros que fuesen, habían sido partidarios de Rigaud, y por si esto fuera poco odiaban a Dessalines, que en su época de comandante del distrito casi había aniquilado a la banda por su vandalismo y por practicar el vudú, rito que Toussaint había prohibido estrictamente. Desde sus escondrijos en las montañas vieron ahora que Dessalines se aproximaba y adivinaron sus intenciones. Corrieron a alertar a los franceses de Port-Républicain, prometiéndoles sumisión y alianzas. Franceses y criollos reaccionaron con idéntica sorpresa. Lacroix aceptó encantado las promesas, preparó

una emboscada y los 1.000 hombres que componían la vanguardia de Dessalines fueron diezmados de golpe. El efecto sorpresa que había tramado Dessalines se vino abajo, pero aun así prosiguió su avance sobre la ciudad. Tanteó una escaramuza preliminar para advertir que la ciudad estaba bien defendida y decidió retirarse. Boudet había ido tras él desde St. Marc, pero, confuso ante las maniobras de este endemoniado general negro, se quedó en Port-Républicain mientras Dessalines y Lamartinière partían hacia el norte al encuentro de Toussaint.

La primera tentativa de Leclerc había fracasado por completo. Las fuerzas de Toussaint, Christophe y Dessalines estaban intactas. Los tres tenían bajo control su nudo interno de comunicaciones y podían intercambiarse información. Es esta primera fase de la campaña la que demuestra la energía y capacidad del ejército nativo. De los generales de Toussaint, sólo dos opusieron una resistencia inmediata y sin fisuras frente a los franceses. Eran Maurepas y Dessalines. Ambos habían saldado con éxito sus campañas. Si Toussaint hubiese cesado a Agé, hubiese colocado a Lamartinière al frente de Port-Républicain con órdenes de deshacerse de los traidores, si hubiese instruido a su hermano Paul para que resistiese, colocado a Belair y a otros hombres de confianza en posiciones clave, si hubiese contado con Moïse para que sublevase como en los viejos tiempos a los trabajadores de la Llanura del Norte, entonces los franceses nunca hubiesen sido capaces de ocupar todas las ciudades costeras y se hubiesen encontrado con inmensas dificultades para mantener bajo control las que hubiesen conquistado. No menos importancia tiene el hecho de que, como el mismo Leclerc no tardó en admitir, las victorias de un lado o del otro decantarían a los indecisos. Un fuerte empuje del ejército negro y de los trabajadores negros hubiera hecho improbable la deserción de hombres como Laplume o Clairveaux. Entre, por un lado, Leclerc, el extranjero, y por otro las masas y el grueso del ejército unido de Toussaint, probablemente hubiesen optado por mantenerse leales. En todas las revoluciones son muchos los que dudan, y aunque una actitud resuelta no tiene por qué ser inmediatamente eficaz, la vacilación siempre es la garantía de perderlos a todos.

Este despojo de ejército, por esqueletizado que estuviese, había estado a la altura del primer desafío. Se acercaba la estación de las lluvias, doblegar a los generales negros seguía siendo una asignatura pendiente para

Leclerc, y la perspectiva de que llegase a lograrlo parecía tan lejana ahora como siempre. Pero entonces le sonrió otro golpe de buena suerte. Maurepas, que había derrotado a Debelle y a Humbert, comprendió que ahora Leclerc enviaría más destacamentos contra él, y se aprestó a evacuar sus posiciones y a entrar en contacto con Toussaint y con Christophe. Aparte de su educación y de su personalidad bien contrastadas, Maurepas tenía bajo su mando al mejor regimiento de Santo Domingo, la Novena Brigada, del que todos en Santo Domingo se enorgullecían porque era prácticamente invencible.

Pero Desfourneaux había vivido en Santo Domingo y luchado al lado de los soldados negros, a las órdenes de Toussaint. Y mientras los ejércitos de Leclerc atacaban, Desfourneaux escribía cartas como ésta: "Usted me conoce, comandante André, y sabe que nadie ha luchado con más denuedo por su libertad. Hace cinco años era usted un capitán bajo mis órdenes y siempre se condujo correctamente. El comandante en jefe me ordena informarle de que conservará su puesto si decide acudir a mí y unirse a nosotros para imponer el orden y la tranquilidad en su país. Si aprueba usted esta propuesta, envíeme a alguien para solventar los problemas inmediatamente. No he faltado nunca a mi palabra. Puede contar conmigo".[17] Desfourneaux pidió a otro de los oficiales de Toussaint que denunciase las abominables calumnias que estaban propagando los rebeldes respecto de las intenciones del gobierno. "Usted me conoce, no serviría en este ejército si la operación que lleva a cabo tuviese otra meta que la de consolidar su libertad y salvaguardar a su persona y a sus propiedades."[18] ¿Era sincero Desfourneaux? La cuestión es irrelevante. Eran las decisiones de Leclerc las que contaban, y aun cuando Desfourneaux fuese sincero, cuando Leclerc se quitó la máscara Desfourneaux no tuvo intención de unirse a los hombres a los que había engañado. Pero el efecto de estas invitaciones era poderoso. Si los franceses no habían venido sino a restablecer la autoridad de Francia, ¿para qué servía esta guerra? Ni siquiera entonces había decidido Toussaint declarar la independencia, ni había dicho nada sobre las intenciones de Leclerc de imponer la esclavitud. Su correspondencia revela que algunos oficiales se rebelaron contra la implacable orden de incendiar y volver a saquear el país. Guibert, que controlaba la posición clave de Gros-Morne, se rindió, y a partir de ese momento otros comandantes empezaron a cobrar conciencia de la compleja posición en que deserciones previas los ha-

bían colocado y paulatinamente, uno a uno, se rindieron a los franceses. Fueron recibidos con los brazos abiertos y confirmados en sus puestos. De este modo Maurepas se encontró ante un callejón sin salida. Maldijo a sus desleales subordinados, les dijo que querían volver a ser esclavos. Si su intención era pasarse al otro bando, podían, al menos, informarle previamente, dándole tiempo así para retirar sus tropas. Obviamente, estos oficiales no tenían ningún deseo de volver a ser esclavos, el núcleo del conflicto parecía girar aún en torno de la elección del bando deseado.

Ahora Maurepas podía quedarse y ser aniquilado, o unirse a los franceses y conservar el mando. Se rindió. Leclerc lo saludó efusivamente, y con muy buenas razones para ello. Había agitación entre las masas del norte, pero la rendición de Maurepas "contuvo el desarrollo y la propagación del nuevo movimiento de insurrección que Boyer [...] y el contralmirante Magon apenas podían sofocar con los soldados de la artillería y la flota de refuerzo".[19] Las vacilaciones de los líderes estaban matando el ardor revolucionario del pueblo. "Fue al efecto moral provocado por la rendición de Maurepas", continúa Lacroix, "a lo que debía el capitán general Leclerc la posibilidad de perseguir la revuelta de Toussaint L'Ouverture hasta su último escondrijo". Peor aun, para demostrar su lealtad, Maurepas fue enviado a limpiar el país de "forajidos" o, en otras palabras, de las masas rebeldes. Éste era a partir de ahora su cometido; Leclerc puso mucho cuidado en rodearlo de tropas blancas, y Maurepas perdió toda opción. Para debilitarlo, Leclerc distribuyó a buen número de sus hombres entre otros regimientos. De este modo las masas se vieron hostigadas y rodeadas de tropas blancas al servicio de hombres a los que hasta ese momento habían considerado sus más ardientes defensores.

Fortalecido moral y materialmente, Leclerc inició ahora otra operación destinada a converger sobre Toussaint, Christophe y Dessalines en Verrettes, en lugar de en Gonaïves. En vez de enemigo, Maurepas se había transformado en aliado, y Boudet acudía, con refuerzos, desde Port-Républicain. Leclerc empezaba a impacientarse.

> "Me he adueñado del Norte pero casi toda la región ha sido pasto de las llamas y no puedo albergar esperanzas de encontrar allí recurso alguno. Los campesinos se han congregado y se han armado en veinte puntos diferentes.

> Los rebeldes son dueños aún de una parte del oeste y han quemado las posiciones antes de abandonarlas: por el momento no puedo esperar suministros de esa zona. [...]
>
> El gobierno no debe dolerse del dinero que está gastando en defender la más hermosa colonia del mundo y preservar las que aún posee en las Antillas, pues es aquí donde se está ventilando actualmente la cuestión de si Europa llegará a preservar colonia de cualquier tipo en las Antillas."[20]

No lejos de Petite-Rivière, en el interior, se encuentra la fortaleza de Crête-à-Pierrot, presidiendo la entrada a las montañosas regiones Cahos, donde Toussaint reservaba sus fuerzas por el momento. No es una gran defensa natural, pues está emplazada sobre un terreno que se eleva hasta una altura no superior a los 600 metros, pero estaba sólidamente fortificada. En la confusión que siguió a sus primeros triunfos los franceses la habían abandonado, y Dessalines, que avanzaba con Lamartinière hacia el norte desde Port-Républicain, ya estaba a punto de destruirla hasta sus cimientos cuando Toussaint lo detuvo. Toussaint se había desembarazado de Rochambeau tras la batalla de Ravine-à-Couleuvres. Interpuso un pequeño destacamento ante Rochambeau, y el general francés salió tras él en una persecución que lo condujo en un vasto trayecto circular sobre las montañas Grand Cahos, para desaparecer por completo tras seguirlos durante varios días. Toussaint desvió mientras tanto el grueso de sus fuerzas y llegó justo a tiempo para encontrarse con Dessalines y plantear a sus generales una nueva estrategia. Consumido por la fiebre, superado en número, sitiado, estaba a punto de intentar el golpe más audaz de la contienda, una nueva ofensiva, y para ello deseaba tener a Crête-à-Pierrot bajo control. Se lo confió a Dessalines. Podía estar seguro ahora de que los hombres con los que contaba nunca se rendirían a los franceses y lo seguirían, en parte por convicción política, en parte por lealtad personal. Había entre ellos mulatos y negros, pero se dirigió a todos como si de sus hijos se tratase. "Sí, a todos os considero hijos míos: desde Lamartinière que es tan blanco como el blanco, pero sabe que tiene sangre negra en las venas, hasta Monpoint, cuya piel es como la mía. Os confío esta posición." Le dijeron que podía confiar en ellos, vivos o muertos, y a la cabeza de varios centenares de soldados Toussaint tomó rumbo hacia el norte. Atravesaría las vanguardias de Leclerc, sublevaría y organizaría a los trabajado-

res y, al amenazar o cortar la extensa línea francesa de comunicaciones con Le Cap, obligaría a Leclerc a alterar sus planes o a sumir sus tropas en la confusión. Doce años después, Napoleón intentaría, durante la más importante de todas sus campañas, la de 1814, una maniobra idéntica frente a los aliados que se agolpaban sobre París.

Dessalines asumió la defensa. Construyó rápidamente un reducto a cierta distancia de Crête-à-Pierrot, reservó destacamentos para la defensa de ambas plazas y salió al encuentro de Debelle, que se dirigía hacia el sur en dirección Verrettes para tomar contacto con Boudet. Dessalines no presentó batalla sino que se retiró hacia Crête-à-Pierrot, manteniendo sus tropas justo un palmo por delante de su enardecido perseguidor, Debelle. Cuando alcanzó el foso que rodeaba la fortaleza, Dessalines y todos sus hombres se precipitaron en él, dejando a los franceses al descubierto.

Una granizada de fuego disparada desde la fortaleza los barrió. Cuatrocientos hombres murieron en el acto y dos generales cayeron heridos. Los franceses se batieron rápidamente en retirada, buscaron posiciones en torno de la fortaleza y enviaron a buscar refuerzos de Leclerc. Dessalines accedió a la fortaleza y completó las maniobras defensivas. Pero su indocta mente ya había dado el salto hacia la decisión final y, al contrario que Toussaint, infundía confianza a sus hombres. Mientras preparaba la defensa se dirigió a ellos:

"Tened valor, os lo repito, tened valor. Los franceses no podrán resistir mucho más tiempo en Santo Domingo. Lucharán bien al principio, pero pronto enfermarán, morirán como moscas. ¡Escuchad! Si Dessalines se rinde a ellos cien veces, cien veces lo engañarán. Repito, tened valor, y veréis que cuando su número mengüe los hostigaremos, los derrotaremos, incendiaremos las cosechas y huiremos a las montañas. No podrán dominar el país y tendrán que marcharse. Entonces os haré *independientes*. No habrá más blancos entre nosotros."[21] Independencia. Era la primera vez que un líder se lo planteaba a sus hombres en estos términos. Aquí no sólo había un programa, sino también una estrategia. Los mentirosos y traidores Bonaparte y Leclerc se habían encontrado al fin con la horma de su zapato.

Mientras Dessalines permanecía en Crête-à-Pierrot, Lamartinière tomó a su cargo el reducto. Su esposa, Marie-Jeanne, se había unido a él y

desempeñaba su papel en la defensa. Con el torso al descubierto, las botas sucias, agujereado el sombrero por una bala, Dessalines patrullaba las murallas, empuñando su catalejo. Había diseminado pequeños grupos de centinelas en torno de la fortaleza, aguardando la llegada de los refuerzos franceses. Cuando tuvo noticias de Debelle, Leclerc comprendió que era preciso tomar Créte-à-Pierrot lo antes posible y ordenó que se concentrasen allí todas sus tropas. El primero que llegó fue Boudet. Dessalines, de pie sobre las murallas, depositó a su lado un barril de pólvora y levantando en su mano una antorcha encendida invitó a que abandonasen la fortaleza todos cuantos deseasen convertirse en esclavos de los franceses. "Nos van a atacar. Si los franceses ponen el pie aquí, haré que salte todo por los aires." Con un grito unánime la guarnición replicó: "Moriremos por la libertad". Un heraldo de Boudet llegó hasta la fortaleza, pero Dessalines estaba harto de mentiras y acabó con él, de un disparo; inmediatamente Boudet atacó uno de los puestos avanzados. Los negros retrocedieron hasta la fosa, saltaron, y una terrible descarga de mosquetes y artillería cortó en pedazos a los franceses. Las filas francesas se quebraron, Boudet estaba herido, y Lacroix dio orden de retirarse, dejando sobre el terreno una multitud de cadáveres y de heridos. Mientras estas tropas retrocedían llegó al frente de su división el jefe del Estado Mayor, Dugua, en compañía de Leclerc, y cargó al frente de sus hombres sobre la fortaleza. Alcanzaron las fosas y el inmisericorde fuego de la artillería de Dessalines los desbarató. Los franceses se tambaleaban. Al percatarse de ello los hombres de la guarnición prorrumpieron en sonoros hurras, tendieron planchas sobre el foso y con los tambores redoblando al ataque se lanzaron en persecución de los franceses que se batían en retirada. Los franceses se volvieron y cargaron con sus bayonetas. Los negros fingieron salir de estampida. Pero era sólo para saltar de nuevo a las fosas, y las descargas procedentes de la fortaleza volvieron a diezmar las filas francesas. Dugua cayó doblemente herido, Leclerc sufrió magulladuras y los franceses contabilizaron ochocientos muertos en un solo día. Pocos días después llegaba Rochambeau. Tras perder a Toussaint, sus tropas llegaban frescas y listas para el combate. Se le informó de las dos catástrofes previas, pero, tras silenciar a la artillería de Lamartinière con un bombardeo intensivo, Rochambeau lo atacó encabezando en persona la carga de su división. Fue rechazado, cayendo él mismo herido, y trescientos hombres de su división perdieron la vida.

Así fue como los franceses sufrieron 1.500 bajas en Crête-à-Pierrot. Doce mil hombres a las órdenes de Leclerc sitiaban ahora a los 1.200 hombres en la fortaleza. Dessalines se había ido para levantar en armas a los campesinos, pero antes la guarnición le dio su palabra de que no se rendiría. Entusiasmados por el arrojo y la determinación de su líder, los sitiados izaron la bandera roja en las cuatro esquinas de la fortaleza, dando a entender que no pensaban ceder ni un ápice.

La guarnición negra rechazaba una tras otra todas las acometidas, plantando cara a un batallón que la superaba diez veces en número, y Toussaint volaba hacia el norte para cortar las comunicaciones de Leclerc: las tres fases que había planeado Bonaparte se estaban enmarañando y Leclerc empezaba a ponerse muy, muy nervioso. Mediaba el mes de marzo y se aproximaba la estación de las lluvias. Febrilmente Leclerc obligó a que sus hombres fortificasen posiciones. Pétion formaba parte del ejército sitiador, junto a un escuadrón de mulatos y de hombres que habían sido libres, y Pétion fue quien discurrió estratagemas y artimañas para apoderarse de la fortaleza valiéndose de utensilios locales. Pero la aspereza de los combates y del esfuerzo en este clima extraño y malsano causaba estragos en los franceses. Nada tenía que ver esto con sus conquistas en Italia, Egipto, los Pirineos o el Rin. Dessalines los tenía en jaque permanente, lanzando incursiones constantes desde las colinas cercanas. Sometidos a esta tensión incesante, serían fácil presa de la fiebre en la estación lluviosa.

Y estos negros eran unos enemigos sorprendentes. Poseían la disciplina y organización de un ejército regular, y a la vez conocían todos los trucos y secretos de la guerrilla. Apareció un negro entre los soldados de Boudet y afirmó que era desertor. Mientras Boudet lo interrogaba, parecía paralizado de terror. En realidad era un espía, y en cuanto supo cuanto quería saber, se escapó. Boudet, que había sido el primero en percatarse de su juego, intentó detenerlo y el negro casi le arrancó un dedo. Después se precipitó bajo las patas de un caballo y despistó a sus perseguidores arrojándose a un río, para escapar bajo una lluvia de balas. Estaba herido y sobre la orilla opuesta se derrumbó, pero un grupo de camaradas logró rescatarlo.

La sistemática exterminación de los blancos a la que estaba procediendo Dessalines tenía sus efectos. Los soldados franceses se vengaban, Leclerc

y sus generales estaban fusilando a sus prisioneros, cientos de negros a la vez: seiscientos en cierta ocasión. Aunque no se sumaron de inmediato a la ofensiva, los trabajadores negros eran hostiles a los invasores blancos. Seguían sus movimientos desde lejos y atacaban los flancos. Si los franceses destacaban un contingente para dispersarlos, huían. En cuanto el contingente enlazaba con la tropa principal, los trabajadores volvían a reaparecer.

"Era evidente que habíamos dejado de inspirar un terror mortal, y ésta es la peor desgracia que puede sobrevenirle a un ejército."[22] Lacroix pudo apreciar los efectos sobre la población de este desafío indomable al famoso ejército del Primer Cónsul.

La hipócrita posición política del ejército francés se estaba cobrando ahora la contrapartida. Los soldados franceses seguían considerándose un ejército revolucionario. Pero en las noches podían oír a los negros de la fortaleza entonando la *Marsellesa,* el *Ça Ira* y otras canciones revolucionarias. Anota Lacroix la perplejidad de estos desorientados infelices que, al escuchar las canciones, volvían la cabeza hacia sus oficiales preguntándose: "¿Tendrán nuestros bárbaros enemigos a la justicia de su parte? ¿Hemos dejado de ser los soldados de la Francia republicana? ¿Nos hemos convertido en meros peleles de los políticos?".[23]

Un regimiento polaco, evocando su propio combate nacionalista, se negó a unirse a la masacre de seiscientos negros dictada por Leclerc, y más tarde Dessalines, cuando procedió a reorganizar el ejército nacional, llamaría a su propio regimiento "el regimiento polaco".

Toussaint se mostró inmisericorde con los blancos locales, pero reservó un trato cordial y afectuoso para con los prisioneros franceses, frecuentemente hablaba con ellos, les explicaba sus razones. Más tarde, a medida que el ejército se disgregaba, algunos soldados desertaron para unirse a los negros. Sólo bastaba para ello con que un destacamento altamente politizado de jacobinos blancos se uniese a las filas negras y tentase a los soldados de Leclerc.

Pero en la guarnición no había lugar ni para dudas ni para escrúpulos. Como no tenían agua, guardaban en la boca bolas de plomo para saciar la insoportable sed. Nadie profería una sola queja. Los oficiales le pedían al médico dosis de veneno para evitar que los franceses los apresasen vivos, y los heridos suplicaban a sus compañeros que, en caso de evacuación, los matasen antes de partir.

Provistos de abundante artillería, los franceses iniciaron un bombardeo de tres días para reducir a escombros la fortaleza y el reducto, con sus aliados negros y mulatos como inestimable ayuda. Los expertos artilleros de Pétion descargaron salva tras salva de cañonazos sobre la fortaleza. Cuando sus hombres rezongaban, resentidos de ocupar siempre la primera fila en el combate, Pétion los ponía firmes. "Imbéciles", mascullaba para sus adentros, como avergonzado de que sus palabras llegasen a oídos de los franceses. "¿No estáis orgullosos de ser los primeros? Estad tranquilos y seguidme." Para la defensa de un pontón Lacroix recurrió a Bodin, "ese negro indomable". "No se preocupe, mi general", respondió Bodin. "Tendrán que pasar sobre mi cadáver para conquistarlo." Inquieto al ver que la posición de otro de sus hombres peligraba, Lacroix se acercó para infundirle ánimos. "Tranquilo, general", replicó Henin. "He tenido durante diez años el gusto de combatir por la República. ¿Por qué no iba a tener el gusto de combatir durante quince minutos por la amistad?"

En ningún tipo de circunstancias hubiese sido fácil arrancarle las hombreras a los uniformes de estos negros, pero después de batirse con esta gallardía casi indolente, hubiera resultado doblemente difícil. A medida que la guerra deshojaba sus días, obstáculos vastos como cordilleras se interponían ante las instrucciones claras y precisas de Bonaparte.

Toussaint, que había empezado con poco más de un millar de hombres, fue captando paulatinamente a los trabajadores, atraídos por su presencia y su voz imponente. Apareció ante Ennery y la guarnición se dio a la fuga. Leclerc envió tras él a Hardy. Toussaint interpuso ante él un pequeño destacamento que despistó a Hardy y lo llevó en dirección equivocada, obligándolo a dar vueltas en círculo y a encontrarse al fin, como Rochambeau, sin enemigo alguno a la vista. Obligó a Christophe a desplazarse desde la montañosa comarca de Petite-Rivière hacia Grande-Rivière, en el norte, para proteger la carretera que discurría desde Le Cap hasta la parte española de la isla. En Marmelade, Grande-Rivière, Dondon, Sans-Souci, Port-Français, zonas controladas del norte a las que brutalmente había tenido que imponer su voluntad, los trabajadores empezaban a agruparse por millares. Uno de los suyos dominaba las montañas de Limbé, otro las colinas en torno a Plaisance. En Plaisance era Desfourneaux quien controlaba la situación, asegurando desde allí las

comunicaciones de Leclerc con Le Cap. Si tomaba Plaisance, Toussaint podría tenderle una mano a Christophe y a Maurepas, levantaría en armas toda la llanura del norte, capturaría Le Cap y luego, otra vez amo y señor del norte, atacaría a Leclerc por su retaguardia. En el fuerte Bedourete, su primer objetivo, fue él mismo quien encabezó, izando el sable, la carga de su ejército. En medio del fragor de la batalla llegaron desde Plaisance refuerzos de Desfourneaux, y el propio Toussaint se dirigió contra ellos. Le asombró ver los uniformes de la Novena Brigada, el destacamento de elite de Maurepas, sobre los soldados que venían hacia él. Comprendió inmediatamente. Enfiló su caballo hasta hallarse a pocos metros del enemigo y entonces alzó la voz: "Oficiales de la Novena, ¿tenéis valor para disparar a vuestro general, para disparar a vuestros padres, vuestros hermanos?". Los soldados negros rindieron su voluntad ante Toussaint, casi entregados.

Pero los europeos con quienes combatían dispararon una ráfaga sobre él. Soldados de su tropa acudieron prestos para ponerlo a cubierto. Un joven oficial aprovechó el momento para entregar a Toussaint una carta de Dessalines, pero un disparó lo alcanzó y se deslizó, muerto, entre los brazos de Toussaint. Otra bala hirió gravemente al capitán de sus dragones, que cabalgaba junto a él; sujetando al herido para que no se desplomase, Toussaint se alejó al galope.

Dessalines le informaba en su carta de que tanto Crête-à-Pierrot como el reducto estaban completamente sitiados por contingentes tan nutridos que no podría resistir mucho más. Toussaint abandonó la idea de avanzar sobre Le Cap y envió a un mensajero para informar a Dessalines que acudiría a liberar la fortaleza.

Pero Dessalines no podía esperar. El 24 de marzo, tercer día de asedio y bombardeos, los franceses capturaron a un negro y a una negra. El hombre dijo que era ciego, no había más que blanco en sus ojos y renqueaba malamente; la mujer dijo que era sorda. Presumiéndolos espías, los franceses los apalearon sin piedad, pero el hombre y la mujer se limitaban a gemir y a quejarse, mudos, postrados, como si no pudiesen caminar. Durante una de sus rondas Lacroix sintió piedad por ellos y ordenó que se los dejase en paz; pero sólo cuando los franceses amenazaron con fusilarlos se decidieron a erguirse y avanzar. En cuanto se vieron lejos de su alcance se pusieron a bailar y corrieron a la fortaleza para notificar que Dessalines había ordenado la evacuación.

Al caer la noche Lamartinière abandonó el reducto y se unió al contingente principal. Ya no quedaban más que ochocientos hombres; con todo, tratarían de abrirse paso. Magny superaba en rango a Lamartinière, pero en los momentos de crisis lo que cuenta es el valor, y Lamartinière asumió el mando por decisión unánime. Fue entre las ocho y las nueve de la noche cuando los hombres de la guarnición se abalanzaron sobre la división de Lacroix. Los sólidos parapetos y una recia descarga frenaron su embestida. Alteraron repentinamente la maniobra, retrocedieron para concentrar su ataque sobre la división de Rochambeau. Consiguieron penetrar a través de los franceses, Rochambeau tuvo que huir para ponerse a salvo en un bosque cercano, y Lamartinière y Magny, junto a setecientos hombres, lograron tomar contacto con Dessalines y rematar una de las gestas militares más destacadas de la época.

Toussaint llegó a la fortaleza demasiado tarde, sin saber que había sido evacuada. La exploración del terreno lo advirtió de flaquezas en las filas de Leclerc y pensó en atacarlo en su cuartel general para arrestarlo, a él y a toda su plana mayor. Actuaba con su audacia y su tesón acostumbrados, pero su visión política iba muy a la zaga de los acontecimientos. De haber capturado a Leclerc y a su estado mayor, los hubiese enviado a Francia junto con un informe detallando la conducta de Leclerc y reclamando al Primer Cónsul que enviase a alguien digno de confianza en cuyas manos pudiera delegar el gobierno. Aún parecía confiar en que, si derrotaba a Leclerc, Bonaparte vería al fin la luz y el valioso vínculo con Francia quedaría preservado. Pero ese tiempo ya había concluido. Dessalines había pronunciado la palabra "independencia". Magny, Lamartinière y la guarnición de Crête-à-Pierrot no se habían enfrentado a Leclerc, sino a Francia. El pensamiento de Toussaint seguía gobernado por el decreto del 4 de febrero de 1794. La revolución negra lo había rebasado.

La toma de Crête-à-Pierrot fue una gran victoria para Leclerc, pero una victoria muy cara. Los defensores habían huido con pérdidas escasas, las de Leclerc se cifraban en 2.000 hombres muertos y varios de los oficiales gravemente heridos (Dugua moriría), y cuando accedió a la fortaleza no encontró más que moribundos, un cañón dilapidado y todos los pertrechos y arsenales destruidos. Leclerc pidió a sus oficiales que la moderación presidiese el recuento de bajas que habría de constar en

los informes; aun así Bonaparte quedó profundamente consternado por el catastrófico desenlace de Crête-à-Pierrot y se encargó de hacérselo saber a los implicados.

Para preservar y consolidar sus comunicaciones con Le Cap, Leclerc envió a Rochambeau y a Hardy en dirección norte. Encomendó a Lacroix que entrase en Port-Républicain y procurase borrar la mala imagen que había suscitado entre la población la generalización de los controles en todo el país así como las pérdidas de Crête-à-Pierrot. Lacroix dispuso a sus hombres en filas de a dos en lugar de a tres, con secciones que marchaban muy distanciadas entre sí y con todos los oficiales a caballo. Enganchó piezas de artillería a los animales requisados. Los infiltró entre sus columnas y mediante esta elaborada exhibición consiguió en Port-Républicain el efecto moral que pretendía, o pensó al menos que lo había conseguido.

Con la toma de Crête-à-Pierrot, Leclerc consideró que no tenía por qué seguir cultivando las buenas relaciones con los mulatos. Ansioso de poner en práctica por lo menos alguna de las instrucciones de Bonaparte, ordenó el arresto de Rigaud y de su familia y su deportación a Francia. Buscó como pretexto alguna excusa insignificante, sin que ello sirviese para engañar a nadie. Cuando Rigaud subió a cubierta y un oficial le informó que había sido hecho prisionero y debía entregar su espada, Rigaud la arrojó al mar indignado: un modo involuntario de admitir la estupidez en que había incurrido al cambiar a Toussaint por Hédouville. En cuanto llegase a Francia lo encerrarían entre rejas. Con la marcha de Rigaud, le correspondía ahora a Pétion encabezar a los mulatos. Al parecer Pétion no supo nada de la deportación de Rigaud hasta que la lectura de un cartel clavado a la puerta de la casa de Lacroix en Port-Républicain lo puso sobre aviso. Sólo entonces, y por vez primera, entendió Pétion lo que el viejo Toussaint ya había entendido hacía muchos años. Madagascar (o su equivalente francés) seguía siendo una posibilidad abierta. Pétion, como Toussaint, era un hombre singularmente reposado, pero tras dar lectura al cartel exclamó en voz alta, para que los oficiales franceses lo oyesen: "Valió la pena hacerlo venir hasta aquí para que compartiese con nosotros esta decepción". Empezaba el tiempo de la madurez para los mulatos.

A Toussaint no le inspiró sino lástima el destino del desorientado Rigaud. "Contra mi voluntad trajeron hasta aquí a este general. Y contra mi voluntad lo deportan. Lamento su destino." ¿Por qué no intentó aproximarse a Pétion para pactar con él la independencia? El arresto

de Rigaud, su líder, dejó incrédulos a todos los mulatos. Pero Toussaint seguía tanteando secretamente la manera de llegar a un acuerdo con Leclerc, a pesar de hostigarlo, un acuerdo que Leclerc se apresurase a aceptar, satisfecho.

Pero ahora en Leclerc renacía la esperanza de obtener fácilmente la victoria. El 5 de abril llegaban a Le Cap 2.500 hombres de refuerzo y Leclerc varió su táctica. Sólo atacaría a los cabecillas negros en sus escondrijos de las montañas y no utilizaría en sus ataques sino algunas tropas de refresco y destacamentos mixtos y compuestos en parte por viejos soldados de Toussaint: si no conseguía destruirlos a la primera, los destruiría poco a poco. Hardy atacó a Christophe para expulsarlo de Dondon. Pero Christophe le hizo retroceder hasta Le Cap y se vengó de las derrotas anteriores que Hardy le había infligido. Boyer se midió con Sans-Souci y conquistó la fortaleza de Ste. Suzanne y los distritos colindantes. Los negros que integraban las tropas de Boyer desertaron y Sans-Souci hizo prisioneros a todos los blancos que no hubieran sido asesinados. Clauzet atacó Marmelade. Los negros lo rechazaron y tomaron numerosos prisioneros.

Si uno lee documentos ingleses o franceses sobre el conflicto de Santo Domingo estaría inducido a creer que los franceses habrían obtenido fácilmente la victoria de no haber sido por la fiebre amarilla. Pero hasta el mes de abril no se declaró ningún caso de fiebre amarilla. Toussaint se había quedado sin la mitad de sus hombres incluso antes de que hubiesen comenzado las operaciones. Leclerc había enrolado a miles de soldados negros, y algunos de los hombres de Toussaint habían militado con Leclerc. Sin embargo, durante las ocho semanas de febrero a marzo 5.000 de los 17.000 veteranos franceses desembarcados fueron hospitalizados, 5.000 fallecieron y la primera fase de la campaña aún no podía darse por concluida. "Combatir hasta la muerte" y dar caza a los generales negros que no se resignasen a ser deportados eran principios que habían fracasado por completo.

> "Ha llegado la estación de las lluvias. Mis hombres están rendidos y enfermos. [...] Los distritos de Grande-Rivière, Dondon, Marmelade resultan impracticables en esta época. Necesitaría de 4.000 a 5.000 hombres para garantizar su control. Su sustento acaso resulte imposible."[24]

> "Varias veces he intentado que Toussaint y todos sus generales se rindiesen. [...] Pero aunque lo lograse, Ministro Ciudadano, no podría adoptar las rigurosas medidas necesarias para garantizar a Francia la posesión indiscutible de Santo Domingo si no tengo a mi disposición 25.000 hombres armados.
>
> Le he indicado, Ministro Ciudadano, las dificultades de la situación en que me encuentro. No le será difícil entender lo que ocurriría si estallase la guerra con los ingleses. Serían una plaga en nuestras costas. No dejarían de aprovechar la oportunidad de bloquear mis comunicaciones por vía marítima y de atacar y cercar el Môle. Suministrarían ayuda a los rebeldes, que a su vez cobrarían nuevo ímpetu e intentarían abandonar su actual actitud defensiva para pasar de nuevo a la ofensiva."[25]

La situación en que se hallaba Leclerc era aún más difícil de lo que su carta deja traslucir. El mes de abril ya estaba terminando, comenzaba la estación lluviosa y Toussaint ocupaba posiciones ventajosas. Los negros del norte, enardecidos por las audaces maniobras de Toussaint, se agrupaban y apoyaban al ejército regular mediante acciones guerrilleras. Atacaban todos los flancos de las columnas francesas, sin dar tregua, esfumándose de pronto para surgir otra vez de la nada, no mucho más allá. Suspendían enormes peñascos sobre las vías de comunicación y los dejaban caer al paso de los soldados franceses, rocas que rodaban cuesta abajo por los precipicios y laderas de las montañas para sembrar el caos en las filas. Después de cavar grandes fosas en las carreteras las cubrían con ramas para que se precipitasen en ellas los jinetes franceses. Bloqueaban los senderos con matas espinosas y con troncos. Y mientras los franceses se esforzaban por retirar estos obstáculos, desde los árboles y enramadas adyacentes, desde eminencias cuidadosamente seleccionadas, disparaban sobre ellos a placer. Macaya en Limbé, Sylla en las montañas de Plaisance, Sans-Souci en Ste. Suzanne y en Vaillière, Dessalines en Marchand, próximo al río Artibonite, Charles Belair en Calvaire y en Plassac, cerca de Crête-à-Pierrot y controlando la entrada a las montañas Grand Cahos, todos estos generales y seguidores estaban absolutamente entregados a Toussaint, se habían vuelto inexpugnables en sus posiciones y estaban dispuestos a combatir a los franceses hasta morir.

El incansable Toussaint no contaba con los británicos, estaba preparando ya la ofensiva tan temida por Leclerc. Su plan era golpear a los franceses en cuatro puntos diferentes: Dessalines tomaría Marmelade, entonces se sumaría Belair y entre ambos atacarían Crête-à-Pierrot; Vernet, un mulato cuya lealtad no había vacilado, se haría con Gonaïves y al propio Toussaint le corresponderían Plaisance y Limbé. Pero desde el inicio mismo Toussaint había considerado esta guerra una catástrofe. Quería llegar a un acuerdo con Leclerc, y ahora Leclerc, abandonada ya la esperanza de arrestar y deportar a los generales negros, estaba tan ansioso de concluir un acuerdo como él.

En vez de repudiar a los franceses, de aproximarse a los mulatos, que aún tenían presencia en su ejército, de invocar a todos mediante una llamada general a la libertad, a la incautación de propiedades blancas y a la independencia, Toussaint escribió entonces la respuesta a la carta de Bonaparte y se la transmitió a Boudet. Le declaraba a Bonaparte lealtad y voluntad de acatar sus órdenes, y afectaba suponer que la conducta de Leclerc contravenía los dictados de Bonaparte. Si Bonaparte enviase a otro general para regir los destinos de la colonia todo saldría a pedir de boca. Si no, la resistencia continuada de Toussaint no serviría sino para contribuir al esfuerzo de Leclerc por causar todo el mal posible. Mediante esta propuesta concedía a Bonaparte la oportunidad de abandonar con dignidad una empresa descabellada, así como de enviar a otra persona que negociase los términos de la nueva relación con Francia deseada por Toussaint. Simultáneamente, esta nueva ofensiva generalizada permitiría a Toussaint infundir terror en el ánimo de Leclerc y los franceses, forzándolos a una tregua. Era una espléndida diplomacia, y una desastrosa política revolucionaria. Desde las alturas vertiginosas del liderazgo revolucionario la traición se desliza por pendientes tan abruptas y sinuosas que, por buenas que sean sus intenciones, los líderes nunca logran construir el vallado a suficiente altura.

Toussaint autorizó a Christophe para negociar con Leclerc, leyó las cartas enviadas por Leclerc a Christophe y supervisó las respuestas de este último. Leclerc sugería a Christophe que arrestase a Toussaint. Christophe rechazaba indignado esta traición. Leclerc comprendió que había ido demasiado lejos y le propuso a Christophe una reunión. Toussaint dijo a Christophe que fuese y prestase atención a cuanto Leclerc tuviese que decirle. Christophe acudió. Leclerc le aseguró su buena volun-

tad, prometió mantenerlos a él y a todos los oficiales en el mando y Christophe se rindió.

Fue un mazazo terrible para la revolución. Cuando Toussaint y todos los demás lo increparon, Christophe, famoso por su afición a la buena vida, replicó que estaba harto de vivir en los bosques como un proscrito. Se ha culpado a Christophe erróneamente. La culpa era únicamente de Toussaint. Su combinación de feroces ofensivas y secretas negociaciones era un procedimiento demasiado tortuoso para Christophe. Resultaba la política adecuada para una guerra entre dos Estados soberanos, pero no para una guerra revolucionaria. Cierto, las masas ignoraban tales negociaciones, pero lo que contaba eran los resultados. Christophe era ex esclavo, un hombre de la revolución, uno de los más ardientes defensores de Toussaint. Si él se rendía a los franceses, ¿por qué habían los trabajadores negros de seguir luchando? Una vez más las masas habían encajado un golpe demoledor: no provocado por las balas del enemigo, sino por aquello en lo que las masas son más vulnerables, la vacilación de sus propios líderes.

Con Christophe se iban 1.200 soldados, 100 baterías de artillería, gran cantidad de municiones y 2.000 nativos blancos. Limbé y Port-Français pasaron a manos de los franceses sin necesidad de un solo disparo, y Marmelade quedó al descubierto. Pero Leclerc estaba ahora completamente aterrorizado de Toussaint y optaba por negociar antes que por luchar. A Toussaint no lo afectaba decaimiento alguno. Informó por vía epistolar a Leclerc de que su perfidia actual era prueba de su maldad futura y que vendería cara una vida que en otros tiempos le había sido útil a la madre patria. Leclerc se mostró extremadamente conciliador; se valió de Christophe como intermediario e informó a Toussaint de que el día que aceptase acatar las órdenes de la República sería un día para celebrar. Toussaint envió a tres de sus asesores y a su secretario y tras una conferencia que duró varias horas se acordó que obedecería con tres condiciones: libertad incondicional para todos los habitantes de Santo Domingo, conservación de sus grados y funciones para todos los oficiales nativos y permiso para que Toussaint retuviese a sus empleados y se retirase al lugar que considerase más de su agrado dentro del territorio de la colonia. Bonaparte había impartido severas instrucciones a Leclerc para que no dejase a nadie en la isla por encima del grado de capitán. Toussaint obedecería sólo en caso de que cada oficial retuviese no sólo su gra-

do sino también sus funciones. ¡Qué cuidado ponen los imperialistas en mantener viva la ficción de que las tropas nativas sólo son eficaces bajo las órdenes de oficiales blancos! Era un ejército hecho y derecho el que Bonaparte quería decapitar, y era ese ejército el que Toussaint quería preservar. Pese al voto de obediencia, la victoria seguía del lado de Toussaint. Se entrevistó con Dessalines y con Charles Belair, su sobrino, y los convenció para que también ellos depusiesen las armas. No tenían otra opción y aceptaron; Lamartinière, Magny y el resto del ejército se entregaron a los franceses.

Todos en el ejército francés recibieron con tanto alborozo como perplejidad esta paz repentina. Lacroix y otro oficial, Lemmonier-Delafosse, dejaron testimonio del alivio que experimentaron los franceses ante esta rendición inesperada.[26] Los poderes de Toussaint eran tan evidentes que pese a la vergüenza de tener que negociar en estas condiciones no podían dejar de sentirse satisfechos. No pudieron tampoco dejar a un lado sus secretas humillaciones y temores ante la actitud de Toussaint. En ningún momento se comportó como un comandante derrotado. Leclerc le envió cartas zalameras, lo invitó a Le Cap. Sin advertírselo por adelantado a Leclerc, Toussaint cabalgó el 6 de mayo hacia la ciudad escoltado por su estado mayor, por un destacamento de dragones y por la compañía del general francés Hardy. Varios lo recibieron con abucheos, y Toussaint le confió a Hardy: "Así son los hombres en todas las latitudes. Yo he visto a estos que ahora me maldicen rendidos a mis pies; pero no tardaré en darles motivos para arrepentirse".

No tardaré en darles motivos para arrepentirse. ¿Cómo reaccionaría Hardy ante esto? Pero la mayoría de los ciudadanos de Le Cap salieron a vitorearlo: saludaban en él a un liberador, las madres alargaban el dedo para enseñárselo a sus hijos y las jóvenes tendían flores a su paso. Ya en los cuarteles de Leclerc, ordenó a los dragones que formasen en el patio con los sables enfundados y entró en compañía de sus asistentes. Su idea había sido acudir solo a Le Cap, pero le denegaron el permiso. Recibió la acogida calurosa de los oficiales de Leclerc y éstos ordenaron que se informase de su llegada a Leclerc, que cenaba en ese momento a bordo de un navío. Leclerc acudió presto, exclamó palabras de bienvenida, abrazó a Toussaint y lo invitó a pasar a su despacho privado.

"General", dijo, "sólo podemos felicitarlo y admirarlo por la responsabilidad con que ha asumido las tareas de gobierno en Santo Domingo [...]".

Toussaint, severo y distante, le preguntó por qué había traído consigo las espadas y el fuego a un país pacificado. Leclerc ensayó diversas disculpas. Toussaint no aceptó ninguna.

"De acuerdo", dijo Leclerc, "pero no era dueño de mis actos. Olvidemos el pasado, general, y brindemos por la reconciliación".[27]

En contraste con sus acostumbrados modos diplomáticos, Toussaint, respaldado por los sables de la escolta que lo aguardaba fuera, no respondió a las propuestas de Leclerc. Rechazó el puesto de lugarteniente en jefe. Paul L'Ouverture entró a saludarlo. Toussaint, que aún ignoraba todo sobre el confuso incidente con las cartas, lo rechazó en presencia de todos. Leclerc lo invitó a cenar, y aunque aceptó la invitación no probó bocado. Temiendo que lo envenenasen, se limitó a beber un vaso de agua y a probar ya en los postres una loncha de queso, cuidadosamente recortada del núcleo principal. Dos días después, Leclerc le pidió que despidiese a su escolta y Toussaint les mandó ir, instándolos a respetar el nuevo orden. Mientras oían sus palabras encabezados por Magny, el héroe de Crête-à-Pierrot, derramaron lágrimas por este triste epílogo a las espléndidas campañas emprendidas desde que no eran más que una horda de esclavos desharrapados hasta que se habían organizado en un pelotón decidido a conocer las tácticas y estrategias militares para luchar por conquistar su libertad. Toussaint estaba visiblemente emocionado, pero consiguió contenerse. Tras abrazar a sus oficiales, salió al camino y emprendió ruta hacia su plantación de Ennery. Salían muchedumbres a su encuentro. Le preguntaban: "General, ¿nos abandona?". "No, hijos míos", respondía Toussaint, "tenéis a todos vuestros hermanos en el ejército, y todos los oficiales conservan sus graduaciones". Ésta era la cuestión. ¿Podrían o no podrían los negros conservar su ejército?

Pocos días después Dessalines entraba en Le Cap para rendirse formalmente. También él traía una moral de acero. Los oficiales franceses deambulaban por las calles y nadie les prestaba atención, pero al grito de "¡Dessalines!" toda la población corrió a descubrirse ante él. Lacroix fue testigo y entendió el significado, constató también la desenvoltura y aplomo con que Dessalines se dirigía a él y a todos los franceses.

Dessalines y sus tropas se pusieron al servicio de Leclerc. Toussaint reemprendió con el vigor de siempre el cultivo de sus campos, satisfecho por el cese de las destrucciones, confiado en un ejército que seguía intacto. Aunque Leclerc no le inspiraba la menor confianza, se creía a salvo

por el momento. Seguiría los acontecimientos. A la menor señal de alarma, estaría presente. Fue su confianza absoluta en el ejército y el pueblo lo que lo arrastró a cometer su error. La intuición le decía que no podían ser derrotados. Pero no se había percatado, su mirada fija en los franceses, de que había perdido la confianza de Dessalines, que Dessalines había dejado de considerarlo un líder, y que, lejos de esto, se había embarcado ya en su propio camino hacia la independencia.

Abrumado y enojado por su incapacidad para ejecutar las instrucciones de Bonaparte, Leclerc cometió el error de enviar a Francia informes falsos.

> "[...] Dos días después el general Toussaint envió a su ayudante general con una carta bastante irrelevante, pero en la que pude apreciar un muy ostensible deseo de capitular. Le respondí a este general que aceptaría su rendición, pero que si no deponía las armas rápidamente, marcharía sobre él; y que, para cualquier otra cosa, encargase a uno de sus sirvientes de confianza que me comunicase sus deseos. Envió a su secretario privado acompañado de uno de sus asistentes, para informarme que deseaba obtener el rango de lugarteniente general con potestades especiales; que cada uno de sus generales debía ser reasignado en las funciones que hubiese desempeñado en el momento de mi desembarco y que sus propias tropas obedecerían exclusivamente a sus órdenes. Repliqué que no se le ofrecería cargo alguno, que se retirase a una de sus haciendas y que no podría abandonarla sin mi permiso; que tanto los generales como las tropas serían reclutados, pero sólo cuando yo lo juzgase adecuado y me pareciese ventajoso. Que por cuanto a él se refería no tenía más que rendirse a mí en Le Cap, que le daba mi palabra de honor de que estaría libre para ir donde quisiese después de la entrevista. Por lo demás, que debía reunir sus tropas y tenerlas dispuestas para ejecutar mis órdenes en el plazo de cuatro días. [...]
>
> Si por causa de las circunstancias puede dar ocasionalmente la impresión, Ministro Ciudadano, de que me desvío de mis instrucciones, créame que no pierdo nunca de vista su finalidad y que si en cierto modo cedo a las circunstancias es sólo para controlarlas mejor posteriormente, de manera que sirvan a la ejecución de mi plan.

Dado que mis informes, cuya impresión me ordena usted, aparecen aquí en los periódicos, es inapropiado insertar nada en ellos que pueda destruir las ideas de libertad e igualdad que pululan aquí en boca de todos."[28]

"El general Toussaint se ha rendido aquí. Se ha marchado tras acordar conmigo unos términos perfectamente favorables y mostrar su disposición a ejecutar todas mis órdenes. Creo que las obedecerá porque está persuadido de que si no lo hiciese yo le obligaría a arrepentirse."[29]

"La enfermedad provoca estragos entre los hombres que tengo bajo mis órdenes. [...]

Tengo en este momento a 3.600 hospitalizados. Durante los últimos 15 días he venido perdiendo entre 30 y 50 hombres cada día en la colonia y no pasa día sin que otros 200 o 250 ingresen en el hospital, del que sólo salen 50. Mis hospitales están saturados.

Para mantener a Santo Domingo bajo control necesito 25.000 europeos armados. Como ve sólo dispongo de la mitad. Debo recibir refuerzos sin demora. [...]"[30]

"Por lo demás, Ministro Ciudadano, asegúrele al Primer Cónsul que en ningún momento he perdido de vista las claras instrucciones que recibí, tanto políticas como comerciales, y que será un día dichoso para mí aquel en que el comercio nacional sea capaz de abastecer por sí solo a Santo Domingo y al ejército francés; así es como una guerra colonial ha de redundar en el triunfo del comercio."[31]

"He aquí un listado de las personas más eminentes que han muerto desde mi último comunicado. [...]

En el momento en que escribo, muchos generales y oficiales superiores están enfermos. De las 16 personas que vivían en la mansión del general Hardy, 13 han muerto.

Todos los secretarios del general Ledogin han muerto. En Le Cap se había creado una asociación de comerciantes de madera. La sede se componía de siete personas; las siete han muerto en un plazo de ocho días. He ordenado al responsable superior sanitario que redactase para mí un informe sobre esta enferme-

dad. De acuerdo con el informe parece que se trata de la denominada fiebre Amarilla o mal de Siam; esta enfermedad se enseñorea todos los años de las Antillas en el momento del paso del sol por este hemisferio, pero en Le Cap su incidencia es más profunda debido a las miasmas que exhalan las mansiones abrasadas. Esta enfermedad se manifiesta en algunas personas mediante síntomas consistentes o bien en ligeros dolores, dolores intestinales o temblores. En otras personas la enfermedad se manifiesta repentinamente y mata en el plazo de dos o tres días; pero de los afectados, ni un quinto ha logrado sobrevivir a la muerte. La enfermedad ataca por igual tanto a quienes ocupan posiciones acomodadas y pueden subvenir a sus necesidades como a aquellos cuyos medios no les permiten tomar las precauciones necesarias."[32]

"Mi posición empeora de día en día. La enfermedad devora a mis hombres. Toussaint no es de confianza, como de hecho ya esperaba, pero con su rendición he obtenido mi propósito, que no era sino apartar de él a Dessalines y a Christophe con sus tropas. Voy a ordenar su arresto, y creo que puedo confiar lo suficiente en Dessalines, ya ganado para mi causa, como para encomendarle que sea él quien detenga a Toussaint. No creo que lo eche de menos. Lo que me lleva a adoptar esta audaz resolución, Cónsul Ciudadano, es que me resulta necesario reimprimir en la colonia el sello de mi poder mediante algún tipo de acto contundente, pero si no recibiese refuerzos, mi posición empeoraría. No se sorprenda si le digo que podríamos echarlo de menos. Durante la última quincena este hombre se ha mostrado extremadamente reticente. No es que yo haya dado pábulo alguno a su desconfianza, pero echa de menos el poder. [...] En cuanto tenga plena seguridad sobre su persona, lo obligaré a partir hacia Córcega y daré orden para que sea encerrado en alguno de los castillos de esa isla. [...]

Le ruego dé la orden de que me envíen 10.000 hombres inmediatamente.

He tenido una salud muy frágil durante estos días. Ahora estoy un poco mejor, pero este clima resulta extremadamente insalubre para mí. Sólo deseo poder permanecer aquí hasta el próximo ventoso. Confío haber adelantado lo suficiente mi trabajo para

> entonces de manera que pueda dejar a mi sucesor libre de toda preocupación.
>
> Pese a los estragos y la mortandad, no hay signos de decaimiento en el ejército."[33]

La fiebre amarilla se había adueñado del ejército francés. Toussaint y Dessalines lo habían previsto, calculado; de no haber sido por Christophe y por Toussaint, es improbable en realidad que Dessalines se hubiese entregado. Pronto llegaría el momento de atacar, y Dessalines, que antaño había venerado a Toussaint, decidió ahora quitárselo de en medio a él y, por sus tendencias francófilas, también a Christophe. Fingió absoluta lealtad a Leclerc, le confió que la colonia nunca podría vivir en paz si no se expulsaba a Toussaint. Christophe y Clairveaux le repitieron idéntico mensaje a Leclerc: en su caso, sinceramente. Dessalines también era sincero al afirmar que Haití sólo alcanzaría la paz cuando se desembarazase de Toussaint, sólo que para él la paz pasaba por la destrucción de Leclerc y por la expulsión de la isla de todo cuanto oliese a Francia. Fiel y leal servidor de Toussaint, conocía suficientemente bien a su jefe como para cuestionarse que pudiera afrontar las decisiones que Dessalines juzgaba necesarias. Sabía qué era lo que hacía falta y no podía confiar más que en sí mismo para llevarlo a cabo. Desde los días de Crête-à-Pierrot, Dessalines tenía preparado su programa para la independencia nacional, y Rochambeau, que lo conocía bien, alertaba incesantemente a sus colegas de que Dessalines estaba meditando una traición. Leclerc sabía que el problema era Dessalines y, sintiéndose dueño del propio Dessalines, fue él quien dio el primer paso.

Toussaint no intrigaba. Leclerc lo acusaba de comportamientos sospechosos. Toussaint demostró que se limitaba a trabajar sus plantaciones, sin más. El 7 de junio el general Brunet escribió a Toussaint para citarlo en sus cuarteles generales. La carta rebosaba de buenas intenciones y su autor insistía en su sinceridad e integridad personales. La salud de Toussaint no era buena y sus amigos lo habían alertado de que Leclerc tenía intención de detenerlo. Sin embargo, decidió acudir. Quizá confiaba en las garantías de Brunet. Pero ni toda su carrera, ni sus políticas, ni su actitud hacia Leclerc desde el principio hasta el fin pueden corroborar esto. Si el miedo a ser arrestado lo disuadía de acudir a esta entrevista, se vería obligado a huir y a retomar las armas desde una posición

infinitamente peor a la que ocupaba cuando se negociara el acuerdo. Por otra parte, era improbable que Leclerc tuviese valor para arrestarlo cuando Dessalines, Belair y los demás aún estaban al frente de sus tropas. Era en este punto en el que se equivocaba. Eran las ocho cuando se encontró con Brunet, acompañado tan sólo por otros dos oficiales. Conversaron brevemente, y entonces Brunet pidió excusas para retirarse unos momentos. En cuanto Brunet se fue, irrumpieron en la casa varios granaderos con las bayonetas caladas a las órdenes de Ferrari, el hombre de confianza de Leclerc. Toussaint se levantó y desenvainó su espada. Ferrari se acercó a él, sin sacar la suya: "General, no hemos venido aquí para hacerle ningún daño. Nuestras órdenes se limitan a proteger su persona". Toussaint se rindió. Fue maniatado como un delincuente de poca monta. Arrestaron a su hombre de confianza. Arrestaron a su esposa, a su hijo y a su sobrina. Los sometieron a todo tipo de vejaciones. Allanaron su casa. Robaron su dinero, sus joyas y los documentos familiares. Destruyeron sus plantaciones. Zarandearon a la familia hasta subirla a bordo de una fragata que aguardaba en el puerto de Le Cap. Los embarcaron con destino a Francia.

Mientras Toussaint trepaba a cubierta dirigió algunas palabras a Savary, el capitán, palabras que sin duda ya había meditado cuidadosamente, el último legado para su pueblo.

"Al destruirme a mí, no hacéis sino talar en Santo Domingo el tronco del árbol de la libertad. Volverá a brotar de nuevo, sus raíces son infinitas y profundas."

Las noticias del arresto de Toussaint cayeron como una losa sobre la población. Más allá de lo que hubiese hecho o dejado de hacer, Toussaint significaba la libertad. En los alrededores de Ennery y en las montañas sonaron tambores de guerra, incitando a la insurrección. En las alturas de Plaisance, Dondon y alrededores dio comienzo una masiva sublevación contra Leclerc. Pero la población en su conjunto dio pocas muestras de interés. Leclerc se engañó, pero Lacroix y otros oficiales no. La indiferencia es el refugio del esclavo y esta calma antinatural sorprendió a algunos blancos. Las masas negras no hacían nada porque no sabían qué hacer. Veían que Maurepas, Dessalines, Christophe y sus oficiales seguían en sus puestos. Leclerc, como declarase desde su llegada, juraba no albergar ninguna intención de oponerse a la libertad. Toussaint

había luchado, después se había rendido, y ahora, como había dicho Leclerc, era culpable de traición. Leclerc proclamó que tenía en su poder dos cartas que demostraban la traición de Toussaint y publicó una de ellas. Era falsa, como atestigua el hecho de que confesó no tener ninguna cuando el gobierno le pidió pruebas para procesar a Toussaint. ¡Dejemos los argumentos retrospectivos y *postmortem* como territorio de caza en el que puedan hozar felizmente los profesores de estómagos satisfechos! Leclerc había recibido instrucciones para librarse de Toussaint y se había librado de Toussaint.

Pero el arresto no le sirvió de ninguna ayuda.

> "Si el Primer Consul desea disponer de un ejército en Santo Domingo para el mes de octubre deberá enviarlo desde Francia, pues los estragos provocados aquí por la enfermedad son demasiado espantosos como para describirlos en palabras. No pasa un solo día sin que me informen de la muerte de alguien cuya desaparición tengo buenos motivos para lamentar amargamente. [...] No es posible trabajar demasiado tiempo aquí sin poner en peligro la propia vida. Desde mi llegada a este país he sufrido con frecuencia de muy mala salud a causa del exceso de trabajo. El gobierno debe considerar seriamente el envío de alguien para reemplazarme.
>
> Me veo absolutamente incapacitado para permanecer aquí más de seis meses. Confío en que para esa fecha podré entregarle a quien me sustituya una colonia liberada de su actual estado bélico.
>
> Mi estado de salud es tan precario que podría considerarme afortunado si consigo sobrevivir hasta entonces."[34]

> "En uno de mis últimos despachos le puse al corriente, Ministro Ciudadano, de que había tenido el gusto de otorgar el perdón al general Toussaint. Este codicioso individuo no ha dejado, desde el momento mismo en que le otorgué el perdón, de conspirar en la sombra. Los informes que han llegado a mi poder en relación con su modo de comportarse desde el momento de la rendición, por conducto incluso del general Dessalines, no me dejan lugar a dudas respecto a este punto. [...] Di orden de que se lo arrestase. No fue cosa fácil. Voy a enviar a Francia, junto con toda su familia, a este hombre que resulta tan peligroso para Santo Domingo. El gobierno,

Ministro Ciudadano, debe encerrarlo en una fortaleza situada en pleno corazón de Francia para garantizar que no se escape ni pueda volver a Santo Domingo, donde disfruta de tanta influencia como el líder de una secta. Si al cabo de tres años este hombre reapareciese en Santo Domingo, tal vez sería capaz de destruir todo cuanto Francia ha construido en esta isla. [...] Le insto a que me envíe algunas tropas. Sin ellas no podré llevar a cabo el desarme de la población, y sin el desarme no podré adueñarme de esta colonia."[35]

"La mortalidad continúa y provoca terribles estragos. Cunde la desmoralización entre las tropas del oeste y las del sur. [...]"[36]

"Después de embarcar Toussaint, ciertos individuos intentaron provocar disturbios. Ordené su fusilamiento o su deportación. A partir de entonces algunas tropas coloniales dieron muestras de rebeldía: ordené que se fusilase a sus cabecillas.

En estas tropas anida ahora el descontento. Su disolución está resultando eficaz. Los generales negros tienen plena conciencia en este momento de que voy a destruir por completo su influencia en este país; pero no se atreven a izar el estandarte de la rebelión: 1) porque se detestan mutuamente y saben muy bien que yo los destruiría; 2) porque los negros no son valientes y esta guerra los aterra; 3) porque temen medirse al hombre que acabó con sus líderes. En tales circunstancias, avanzo firme y decididamente hacia mi objetivo. El sur y el oeste han sido prácticamente desarmados. En el norte se iniciará el desarme dentro de ocho días.

Se está organizando a la policía, y en cuanto el desarme haya concluido y la policía esté en su sitio, asestaré los golpes definitivos. Si tengo éxito, como es muy previsible, Santo Domingo volverá de verdad a la República. [...]

No puede mantener a Toussaint muy alejado del mar ni encerrarlo en un lugar seguro. Este hombre ha arrastrado a su país a tales extremos de fanatismo que su presencia volvería a sumirlo en el caos. [...]

Desde nuestro desembarco en esta tierra hemos estado siempre en la brecha.

El día en que por fin dejaron de existir razones para temer a las armas de nuestros enemigos apareció la enfermedad, que ha

> provocado horribles estragos en nuestras filas. Me consideraré afortunado si mi salud me permite poner en práctica todo lo que me propongo, pero nada me incita a pasar un segundo año en Santo Domingo. Es demasiado cruel vivir como estoy viviendo, recurriendo a ardides de todo tipo para mantenerme vivo. Si una vez concluidos mis trabajos el gobierno no me ha enviado un sucesor, apelaré a las competencias que me ha conferido de palabra el Primer Cónsul para abandonar Santo Domingo una vez completadas mis funciones."[37]

Era julio, el programa de Leclerc llevaba meses de retraso, sus hombres morían por millares y ahora tenía que desarmar el norte revolucionario. Se trataba de ahora o nunca. Lo más útil, por supuesto, era utilizar a los generales negros. La insurrección progresaba día tras día en el norte y tras el llamamiento a las armas se recrudeció allí para irradiar en dirección al sur y al oeste. Derance, Samedi Smith, Jean Panier y otros caciques locales del norte, del sur, del oeste, cada uno en su propia comarca, emplazaron a los negros a rebelarse. ¿Abandonar las armas? ¿Por qué? Sonthonax les había dicho: "Si queréis conservar la libertad, haced uso de las *armas* en cuanto las autoridades blancas vengan a requisarlas, pues esa orden es el precedente y la señal inequívoca de vuestra vuelta a la esclavitud".

Parecía que eran expulsados de un lugar pero volvían a aparecer en otro; una región era "pacificada", pero en cuanto se iban los soldados, destinados a otra, la sublevación volvía a estallar. Abatidos, los franceses empezaron a responsabilizar a Leclerc por no haberse quitado de en medio a todos estos generales negros y mulatos en el momento de arrestar a Toussaint. "Pero nadie advirtió que en la nueva insurrección de Santo Domingo, como en todas las que atacan a la autoridad constituida, no fueron los jefes reconocidos quienes prendieron la mecha de la revuelta sino personas en la sombra, en su mayor parte enemigos personales de los generales de color."[38] La historia se repite.[39] La maldición para las masas, tanto en el presente como en el pasado, es que los más ruidosos son siempre los que más se acobardan cuando llega el momento de la verdad o, peor aún, los que encuentran algún buen pretexto para colaborar con el otro bando. Christophe, Maurepas y los suyos dieron caza a estos "forajidos". A los franceses los asustaba

Lamartinière y llegaron a tenderle una emboscada aun cuando estaba bajo sus órdenes: una muerte lamentable para un oficial espléndido. Dessalines, como los demás, siguió a la caza de los "forajidos", esperando su hora.

Pero la insurrección progresaba, y a medida que aumentaba la fiebre seguía cobrándose sus víctimas. Los franceses no pudieron seguir enterrando a sus muertos conforme al rito habitual, de noche los arrojaban a enormes fosas comunes, para que los negros no fuesen testigos de que el ejército francés se pudría: como si así pudieran ocultarlo. Leclerc fue a la isla de la Tortuga para restablecer su maltrecha salud. En cuanto se sintió mejor volvió a Le Cap. Tan pronto como abandonó la isla estalló tras él una insurrección. Fue aplastada sobre el terreno, sólo para que estallara otra entre los negros de Môle St. Nicholas. A principios de julio empezó a propagarse por la isla el rumor de que el gobierno francés planeaba volver a imponer la esclavitud.

Una vez más, las masas habían demostrado más criterio político que sus líderes. Bonaparte estaba decidido de verdad. Richepanse había ejecutado en Guadalupe instrucciones similares a las de Leclerc. Allí gobernaban los mulatos. Los derrotó, deportó a sus líderes y a otros, unas 3.000 personas en total, y dejó sentir el peso de su bota sobre una población negra sometida. Las mentirosas cartas de Leclerc, jactándose de su victoria sobre Toussaint, habían completado el resto.

A los oficiales franceses les avergonzaba que Bonaparte conociese la verdadera historia de sus lides con los generales negros. Tras la derrota de Debelle a manos de Maurepas, Desfourneaux le escribió a Dugua: "[Debelle] ha sido atacado por Maurepas [...], ha tenido que batirse en retirada, gravemente herido. Tememos por su vida. Maurepas controla sus posiciones al frente de 3.000 hombres y seis baterías de artillería. [...] Esta información es muy exacta [...]".[40] Pero cuando Dugua transmitió esta información al ministro de Guerra, el mensaje se desvirtuó en los siguientes términos: "El general Debelle, después de varias batallas con Maurepas, general de brigada (y negro), ha obligado a rendirse a este cacique que considera más prudente servir a la República que morir ensartado por las picas de nuestros valerosos soldados, cuyo ardor parece irresistible".[41]

Con estos informes suavemente retocados, Bonaparte sólo pudo pensar que la campaña, pese a no estar rematada, no iba a dar grandes que-

braderos de cabeza, y que por tanto no había necesidad de seguir dando rodeos.

No eligió ni Santo Domingo ni Guadalupe como punto de partida. Eligió las colonias francesas que en virtud del Tratado de Amiens le había devuelto Gran Bretaña a Francia. En una sesión del Legislativo, en mayo, Bruix explicó la nueva política. "Los pueblos libres son celosos de sus nobles prerrogativas. Tienen su egoísmo; pero no deben dejar que este sentimiento los lleve a extralimitarse." No más allá, en cualquier caso, de las Indias Occidentales francesas. Una expresión frecuente para referirse a los negros consistía en denominarlos "los culpables", y muchos proponían masacrarlos como modo de infundir en ellos el terror. El abate Grégoire, todavía parlamentario francés en esa época, los escuchaba en silencio desde su estrado. Quizás este viejo y valiente sacerdote reproducía en su mente, con los ojos del recuerdo, no la escena de estos desalmados y rapaces representantes de la nueva Francia burguesa, sino la escena de aquella Convención, un 4 de febrero de ocho años atrás, cuando se había abolido la esclavitud sin ni siquiera llamar el tema a debate. Pero en aquella época las masas de París estaban en las calles. El abate Grégoire no decía nada, y cuando Bonaparte se percató de este hecho recabó su opinión. "Pienso", replicó Grégoire, "que basta con escuchar estos discursos para darse cuenta de que son blancos quienes los profieren. Si estos caballeros quedasen demudados aquí mismo y se convirtiesen en negros, hablarían de otra forma". Bonaparte lo injurió a la cara, y la vuelta de la esclavitud a Martinica, Île-de-Bourbon y otras islas fue aprobada por 211 votos contra 60.

Pero la burguesía marítima pedía más. Pocos días después se aprobaba de manera oficial reanudar el comercio de esclavos en todas las colonias, considerando a los nuevos africanos que llegasen como a los esclavos de los viejos tiempos; a esto le siguió paulatinamente la prohibición de entrada a Francia toda persona de color, la prohibición de los matrimonios mixtos y la discriminación de los mulatos. Bonaparte se frenó justo antes de declarar efectiva la esclavitud en Santo Domingo y Guadalupe. Pero antes incluso de haber aprobado en mayo el primero de los decretos ya había escrito a Richepanse y a Leclerc instándolos a que impusiesen la esclavitud cuando lo considerasen oportuno. Todo esto se rumoreaba por Santo Domingo mientras Leclerc seguía asegurando a los negros, con las instrucciones de Bonaparte celosamente guardadas aún en secreto, que no tenía intención alguna de imponer la esclavitud.

Nada más recibir las instrucciones finales de Bonaparte, Richepanse declaró restablecida la esclavitud. Cada barco devolvía a Santo Domingo colonos emigrados, ávidos de venganza y de recobrar los viejos tiempos. "No esclavitud, no colonia." Lo decían sin tapujos, mientras Leclerc negaba, y los negros y mulatos escuchaban alarmados. Agentes de la burguesía marítima se ocupaban ya de asignar pedidos.

Y entonces, un día del mes de julio, una fragata, la *Cockarde,* atracó en el puerto de Le Cap trayendo a bordo negros deportados de Guadalupe. Algunos saltaron esa noche al mar desde cubierta y nadaron hasta la orilla para darles a sus hermanos de Santo Domingo la noticia de que en Guadalupe volvía a regir la esclavitud. La insurrección se generalizó.

Esta inesperada revelación de las intenciones secretas de Bonaparte aterró mortalmente a Leclerc.

> "Olvide por algún tiempo la posibilidad de imponer aquí la esclavitud. Creo que puedo concluir todo lo necesario para legarle a mi sucesor la única tarea de llevar a efecto la decisión del gobierno. Pero después de mis innumerables proclamas públicas garantizándoles a los negros la libertad, no es mi deseo incurrir en contradicciones, sino garantizar al Primer Cónsul que mi sucesor lo encuentre todo preparado."[42]
>
> "Los distritos de Plaisance, Gros-Morne, Port-de-Paix, St. Louise, Le Borgne, se han sublevado [...] pero [...] confío en que ésta sea la crisis final.
>
> La enfermedad se está propagando de manera tan alarmante que no puedo hacerme una idea de cómo acabará esto. Sólo en los hospitales de Le Cap han muerto este mes cien hombres cada día.
>
> A las enfermedades y las sublevaciones ha de añadirse la escasez de fondos a que nos condenan. Si esta situación se prolonga un poco más, con los refuerzos que espero y con lo que están cobrando los hospitales, asistiré a la sublevación de mis propias tropas, porque no podré administrar sus necesidades."[43]
>
> "Mi posición no mejora; la insurrección se propaga, la enfermedad continúa. [...]
>
> Todos los negros están persuadidos, por las cartas que llegan desde Francia, por la ley que autoriza el comercio de esclavos, por

el decreto del general Richepanse que legaliza de nuevo la esclavitud en Guadalupe, de que el propósito es volver a someterlos a la esclavitud, y sólo tras largos y obstinados conflictos me será dado asegurar su desarme. Estos hombres no quieren rendirse. Forzoso es admitir que las circunstancias mencionadas casi han arruinado mi trabajo cuando estábamos en vísperas de zanjar todos los problemas internos. Las desafortunadas decisiones que ha tomado lo han echado todo a perder y han caldeado los ánimos. Ya no podremos reducir a los negros sino por la fuerza de las armas. Para ello necesitamos un ejército y recursos, sin esto la prosperidad de Santo Domingo está gravemente amenazada.

Le he solicitado, Ciudadano Ministro, un sustituto. Como muchas de mis cartas, ésa en particular no ha tenido respuesta. El gobierno debe considerar el envío de alguien que pueda reemplazarme cuando sea necesario. No es que esté pensando en tirar la toalla y abandonar mi puesto, pero es que mi salud empeora cada día, y no hay nadie aquí que pueda ocupar mi lugar en beneficio de la República.

Haré todo cuanto esté en mi mano para impedir que la insurrección siga avanzando desde ahora hasta el primer día de vendimiario. Para entonces ya estarán aquí, sin duda, los 9.000 hombres que me ha prometido. Penetraré en las comarcas rebeldes y emplearé tanta energía como en mi primera campaña. Me precederá el terror y lástima de quien no me obedezca ciegamente; mas para eso necesito dinero y tropas."[44]

"La muerte ha sembrado tan terribles estragos en mis tropas que, cuando intenté desarmar el norte, estalló una insurrección general.

[...] no tengo ningún miedo de Christophe, pero no estoy tan seguro de Dessalines. Los primeros ataques han expulsado a los rebeldes de las posiciones que ocupaban; pero se han acantonado en otras comarcas y en su insurrección prevalece auténtico fanatismo. Estos hombres se hacen matar, pero se niegan a rendirse. [...]

Le supliqué, Ciudadano Cónsul, que no hiciese nada que pudiese dar pábulo a la inquietud que sienten por su libertad hasta que yo no estuviese preparado, y ese momento estaba ya muy próximo. De pronto llegó aquí la ley que autoriza el comercio de escla-

vos en las colonias, y con ella cartas comerciales procedentes de Nantes o de El Havre consultando si es posible vender negros en esta isla. Por si esto fuera poco, el general Richepanse acaba de aprobar la implantación de la esclavitud en Guadalupe. En esta situación, Cónsul Ciudadano, el crédito moral que me había ganado aquí ha sido malgastado. No me sirve de nada la persuasión. Sólo puedo recurrir a la fuerza, y no dispongo de tropas.

[...] Ahora que sus planes para las colonias son de dominio público, envíe un nuevo ejército si desea conservar Santo Domingo, envíe sobre todo dinero, y le aseguro que si nos abandona a nuestra suerte, como ha hecho hasta ahora, la colonia estará perdida y, una vez perdida, no será posible volver a conquistarla.

Mi carta lo sorprenderá, Cónsul Ciudadano, después de las que he venido escribiéndole. Pero, ¿qué general podría contar con la muerte de cuatro quintas partes de su ejército y la inoperatividad de la restante; o con que se quedaría sin fondos tal como yo he quedado en un país donde todo vale su peso en oro y donde el dinero me hubiese permitido borrar buena parte del descontento? ¿Tiene alguna lógica esperar, en tales circunstancias, una ley como la relativa al comercio de esclavos, y sobre todo los decretos del general Richepanse para implantar la esclavitud y vetar a los hombres de color todo derecho a considerarse ciudadanos?

Le he expuesto mi situación real con toda la franqueza de un soldado. Me apena ver que todo mi trabajo aquí está a punto de resultar destruido. Si hubiese visto con sus ojos todas las penalidades que he arrostrado, y los resultados que he obtenido, se compadecería conmigo de la situación en que me encuentro; mas por amarga que resulte, aún conservo la esperanza de que todo acabe bien. Aplico castigos ejemplares, y puesto que el terror es el único recurso que me queda, lo empleo a fondo. En Tortuga, 60 de los 450 rebeldes han sido ahorcados. Ahora reina un orden perfecto.

Todos los propietarios o comerciantes procedentes de Francia hablan de esclavos. Es como si existiera una conspiración general para impedir el reingreso de Santo Domingo en la República.

[...] Envíeme refuerzos inmediatamente, envíeme dinero, porque me encuentro en una situación realmente difícil.

He trazado una imagen pesimista de mi situación. No piense en modo alguno que me siento superado por las circunstancias. Sean cuales sean, sabré estar siempre a su altura y le serviré con tanto celo como me lo permita mi salud. Ha empeorado y ya no puedo cabalgar. Tenga en cuenta que debe enviarme un sustituto. No hay nadie aquí en quien pueda delegar para la crítica situación en que va a encontrarse esta colonia durante algún tiempo. [...] Jérémie se ha sublevado. Es la única noticia que tengo de esa comarca.

Christophe y Dessalines me han pedido que no los deje en la isla cuando yo me vaya. Ello le dará una idea de la confianza que depositan en mí. Espero poder enviar a Francia o a cualquier otro lugar, durante los primeros días de brumario, a todos los individuos conflictivos. [...] Cuando me vaya, la colonia estará preparada para admitir cualquier régimen que considere oportuno aplicarle, pero corresponderá a mi sucesor rematar la tarea. Si está de acuerdo, yo no haré nada que contravenga los compromisos aquí expuestos.

El general Richepanse se conduce de manera nada diplomática y sumamente torpe por lo que a Santo Domingo se refiere; de no ser por las cabezas que he cortado, hace tiempo que me hubieran expulsado de la isla y no habría podido ejecutar sus planes."[45]

"Los generales negros dirigen las columnas; están bien rodeados.[46] Les he ordenado que impartan castigos ejemplares y son siempre mi instrumento cuando se ha de poner en práctica alguna actuación terrible. [...][47]

Los decretos del general Richepanse repercuten aquí y son fuente de grandes disturbios. Por haberse aprobado tres meses antes de lo debido, el relativo a la implantación de la esclavitud le costará al ejército y a la colonia de Santo Domingo la vida de un gran número de hombres.

P.D. Acabo de tener noticia de un sangriento combate sostenido por el general Boyer en Gros-Morne. Los rebeldes han sido exterminados; cincuenta prisioneros han sido ahorcados; estos hombres mueren con un fanatismo increíble; se burlan de la muerte; las mujeres también. [...] Esta locura es la consecuencia de las proclamas de Richepanse y de las incendiarias propuestas de los colonos."[48]

> "Tengo la impresión, basada en las órdenes que me imparte, de que no conoce claramente la posición en que me encuentro. Me ordena que envíe a los generales negros a Europa. Sería muy sencillo arrestarlos a todos en el mismo día; pero me sirvo de estos generales para sofocar unas revueltas que no cesan. [...]
>
> Acabo de destapar una vasta conspiración cuyo objeto era sublevar a toda la colonia hacia finales de termidor. Sólo se ejecutó parcialmente por carecer de un líder. No es suficiente con librarse de Toussaint, hay dos mil Toussaint de los que habría que librarse."[49]

Las masas estaban luchando y muriendo como sólo las masas revolucionarias saben luchar y morir, el ejército francés se pudría, Leclerc se hundía lentamente en la desesperación. Pero aun así estos generales negros y mulatos seguían luchando a favor de Leclerc contra los "forajidos", y los franceses contaban también con la lealtad de los mulatos y los que habían sido libres, confiados en que no compartirían el destino de Guadalupe y Martinica. En el mes de agosto, resentido hasta la indignación por la crueldad de los franceses, Charles Belair se unía a la insurrección, su corazón roto desde el arresto de Toussaint, que había llegado a denominarlo su Labieno; toda la población del Artibonite se rebeló con él, como si sólo hubiera estado esperando a alguien que los liderase. No le convenía esto a Dessalines. Belair era su rival, el favorito de Toussaint, y Belair les había salvado la vida a muchos blancos en los primeros días de la expedición. Dessalines lo invitó a un debate y le sugirió una alianza contra los franceses. Acudieron al encuentro Belair y Sanite, pues las mujeres luchaban ahora codo a codo con los hombres. Dessalines arrestó a ambos y se los envió a Leclerc. Fue un crimen de lesa traición, pero no lo mismo que traicionar la revolución, porque ese mismo mes de agosto Dessalines y Pétion, sin dejar de proseguir su cruzada contra los "forajidos", llegaban al fin a un entendimiento.[50] Pero el mulato Clairveaux, Christophe, Laplume, Paul L'Ouverture y Maurepas continuaban a la espera, Dios sabe de qué, y sin éstos ni Dessalines ni Pétion podían llegar a ninguna parte.

Con una tenacidad y habilidad que sorprendió a sus veteranos enemigos, los cabecillas locales no sólo repelieron los ataques sino que mantuvieron un acoso incesante sobre las avanzadillas francesas, sin conceder

ni una tregua, hasta dejar a los soldados exhaustos y crispados, miles de ellos vencidos por la fiebre amarilla. Cuando los franceses enviaban prolongadas incursiones contra ellos desaparecían en las montañas, dejando a su paso una estela de llamas, y cuando los franceses se retiraban, exhaustos, volvían a surgir para destruir otras plantaciones y extender sus ataques hasta las líneas francesas. Al quedar sin municiones, los trabajadores de las montañas que rodeaban Port-de-Paix cargaron contra esta estratégica ciudad, expulsaron a la guarnición, mataron a los blancos y se apoderaron del fuerte con 11.000 kilos de dinamita. ¿Quién acude a reconquistarlo? Maurepas, anteriormente líder de la comarca y luego el oficial que había rechazado valientemente los ataques de Humbert, Debelle y Hardy. Maurepas y los franceses contraatacaron con vigor y volvieron a apoderarse del fuerte, pero "con increíble frenesí los rebeldes [...] hombres, mujeres y niños volvieron a las montañas más o menos bien provistos". Las masas de la Llanura del Norte corrieron a ponerse bajo las órdenes de estos nuevos líderes.[51]

Amenazar a Leclerc es todo cuanto haría la banda de los antaño propietarios. Algunos de los negros que habían sido esclavos intentaron comprar su libertad a sus antiguos señores. Éstos se negaron y reclamaron como propiedad privada a altos oficiales y funcionarios, hombres que habían vertido su sangre en el campo de batalla y que se habían distinguido por sus servicios a la administración. Christophe confió al general Ramel que si la esclavitud, en su opinión, habría de ser restaurada tendría que arrasar a sangre y fuego Santo Domingo entero. Un general negro que cenaba en compañía de Lacroix señaló a sus dos hijas y preguntó: "¿Van a volver a ser esclavas?". Era como si no pudieran darle crédito, una vacilación e incertidumbre semejante a la de los liberales o los socialdemócratas europeos antes de que caiga sobre sus cabezas el rodillo del fascismo, o hasta que un Franco ejecute su metódica contrarrevolución.

Leclerc se limitaba a esperar refuerzos para arrestar y deportar a estos líderes. Era sólo el vigor de la insurrección lo que se interponía en su camino. Las masas luchaban instintivamente. Sabían que, fuera cual fuese el bando al que pertenecían los antiguos propietarios de esclavos, su única meta era volver a imponer la esclavitud. Sin embargo, estos gobernantes negros y mulatos de nuevo cuño seguían pegados a Leclerc.

Una noche Clairveaux y Christophe cenaban con Boudet y Lacroix, y Lacroix les preguntó a los dos hombres de color cuál era el motivo de que la insurrección se propagase. "Eres europeo", le respondió Christophe, "y eres joven. [...] Sólo has luchado en los ejércitos de la madre patria y por eso la esclavitud no te inspira prejuicios. Por eso voy a hablarte sin rodeos. La rebelión crece porque nunca ha sido mayor la desconfianza. Si tuvieras el color de nuestra piel, probablemente no serías tan confiado como yo, que he dejado a mi único hijo, Ferdinand, en manos del general Boudet para que pueda educarse en Francia. No me preocupan los forajidos que han prendido la mecha de la insurrección. El peligro no está ahí; el peligro está en la opinión general de los negros. Los negros de Santo Domingo tienen miedo porque saben del decreto de 30 de floreal, que impone la esclavitud y el comercio de esclavos en las colonias que el Tratado de Amiens ha devuelto a Francia. Están inquietos por ver que el Primer Cónsul pretende implantar el viejo sistema en estas colonias. Temen que todos los rumores de los corrillos locales lleguen hasta Francia y le inspiren al gobierno la idea de privar de libertad a los negros de Santo Domingo".

Leclerc estaba ahora frenético.

> "Si el gobierno de Francia desea conservar Santo Domingo, deberá enviar inmediatamente 10.000 hombres, Ciudadano Ministro, en cuanto reciba esta carta. Llegarán en nivoso, y el orden quedará enteramente restablecido antes de la estación cálida. Pero si esta enfermedad se prolonga tres meses más, el gobierno deberá renunciar a la colonia. [...]
>
> Aunque haya descrito una situación tan horrible, debo decir que no estoy falto de valor. [...] Llevo cuatro meses sobreviviendo sólo gracias a la astucia pues carezco de poder auténtico; juzgue pues si estoy capacitado para llevar a cabo las intenciones del gobierno."[52]
>
> "Toda la cadena montañosa desde Vaillières hacia arriba, incluida Marmelade, está amotinada. [...] Sólo podré proteger la llanura suponiendo que la enfermedad remita durante los diez primeros días de vendimiario. Desde el 8 de fructidor se manifiesta con renovada virulencia, estoy perdiendo entre 100 y 120 hombres cada día. Para controlar estas montañas después de haberlas con-

quistado me veré *obligado a destruir todas las provisiones allí existentes y a una gran parte de los trabajadores. Deberé afrontar una guerra de exterminio en la que perderé muchos hombres. Gran parte de mis tropas coloniales han desertado y se han unido a los rebeldes.*[53] Que el gobierno me envíe 10.000 hombres aparte de los refuerzos ya prometidos. Envíelos inmediatamente por barcos del Estado y no en navíos mercantes cuyo transporte es siempre lento. [...] Envíe dos millones de francos en moneda y no en papel. [...] De no ser así prepárese para una guerra interminable y cruel en Santo Domingo y quizá para la pérdida de la colonia. Es mi deber exponerle toda la verdad. Se la expongo. [...] Las noticias relativas al restablecimiento de la esclavitud en Guadalupe me han hecho perder gran parte de mi credibilidad entre los negros. [...]

Tenga también en cuenta el problema de mi sucesor pues estoy pensando seriamente en abandonar este país. [...]

[...] dejo esta carta para volver a mi lecho donde espero no estar postrado mucho tiempo. Espero que su salud sea mejor que la mía y sus pensamientos más agradables. Desde que llegué a este desventurado país no he tenido un solo momento de reposo."[54]

"Mi posición empeora día a día. Estoy atravesando por tales penalidades que no tengo la menor idea de cuándo o cómo conseguiré superarlas. [...] Me había hecho a la idea de que los estragos de la enfermedad cesarían en vendimiario. Me equivocaba; la enfermedad ha cobrado de nuevo renovada virulencia y el mes de fructidor me ha costado la vida de 4.000 hombres. Las informaciones de los habitantes del país me habían inducido a pensar que la enfermedad se mitigaría en vendimiario. Me dicen ahora que posiblemente durará hasta brumario. Si así es y si persiste con la misma intensidad, la colonia puede darse por perdida. Cada día que pasa la facción rebelde es más numerosa y la mía es más pequeña, debido a la pérdida de los blancos y a la deserción de los negros. [...] Dessalines, que no había pensado hasta ahora en sublevarse, empieza a considerarlo ahora. Pero yo conozco su secreto; no se me escapará. Éste es el modo en que descubrí sus intenciones. Por no ser lo bastante fuerte como para acabar con Dessalines, Maurepas y compañía, los azucé los unos contra los otros. Los tres

están dispuestos a encabezar la facción, ninguno se declara para evitar el miedo a los demás. En consecuencia ha empezado a elaborar informes negativos sobre Christophe y Maurepas, insinuándome que su presencia es nociva para la colonia.

Reitero lo ya dicho. Santo Domingo está perdido para Francia si para el 16 de nivoso no he recibido 10.000 hombres de una tacada.

Ya le he dado mi opinión sobre las medidas tomadas por el general Richepanse en Guadalupe. [...]

He descrito mi situación con tintes oscuros; tal es la realidad en toda su crudeza y la verdad en todos sus términos. Lamentablemente la situación de las colonias no es conocida en Francia. Existe allí una falsa idea del negro, y ése es el motivo por el que le envío un oficial que conoce el país y ha luchado en él. Los colonos y negociantes piensan que un decreto del gobierno francés bastaría para imponer la esclavitud. Yo no puedo decir qué medidas adoptaré, no sé qué voy a hacer. [...]"[55]

"Respondo en detalle a su carta del 9 de termidor.

General Toussaint. No carezco de pruebas para llevarlo a juicio si su deseo es procesarlo por su actuación previa a la amnistía que le concedí; por lo que se refiere a lo acontecido después de ese período, no tengo nada. Dado el estado actual de la cuestión, su juicio y ejecución servirá sólo para encolerizar más a los negros.

Deportados. Córcega seguirá siendo el destino de todos aquellos para los que ordene la deportación.

Situación actual. Todo mi ejército está destruido. [...] Los negros se distancian más de mí de día en día. El lamentable decreto del general Richepanse. [...]

Generales de color. Ésta es una cuestión muy delicada y si hubieran llegado ya 10.000 hombres, no tendría motivo alguno para seguir hablándole sobre ellos."[56]

Pero la lealtad de los generales negros a Francia seguía siendo firme.

No era que Christophe, por poner un caso, confiase en Leclerc. Christophe estaba tan ansioso que se mantenía en comunicación con algunos de los mismos forajidos a los que estaba dando caza. A medida que se

acercaba hacia lo ineluctable, buscó refugio en desafiar abiertamente a Leclerc. Una noche, se negó a acudir a una cena a la que había sido invitado mientras sus soldados no estuviesen disponibles para acudir en su rescate. Un oficial blanco llenaba su copa una y otra vez. En un acceso súbito de cólera Christophe se volvió hacia él. "Mira, francesito, si me hubiera bebido todo el vino que me has puesto estaría deseando beberme tu sangre y la de tu general también." La consternación se abatió sobre los comensales. Leclerc acusó a Christophe de traición y llamó a sus oficiales de escolta. "Inútil llamarlos", exclamó Christophe, "mis hombres están armados y a una sola palabra mía acudirán para arrestarlo. Sigo sujeto a usted como lo estaba a Toussaint; si él me hubiese dicho: 'arroja esta isla al mar', lo hubiera intentado en la medida de mis posibilidades. Así es como yo obedezco o mando". Condenó a Leclerc por traicionar a Toussaint, "cuyo genio nos llevó de la esclavitud a la libertad [...] cuya gloria inunda el mundo", y que ahora estaba atado a grilletes. Llamó a Leclerc parricida. "Fue este crimen, sin duda, lo que el Cónsul quiso premiar al otorgarle el gobierno de Santo Domingo." Leclerc, impotente, permaneció inmóvil en su silla, tragándose la bilis. Pero esto no era de gran ayuda para las masas.

Desesperado, Leclerc convocó a una reunión de los colonos y generales para estudiar las medidas que permitiesen acabar con la incesante insurrección.[57] Los colonos, sordos a lo que no fuera la nostalgia de los viejos y gloriosos tiempos, respondían unánimes: "No esclavitud, no colonia". Christophe acudió a esta reunión y alzó la voz contra esta política; su injusticia; sus consecuencias inevitables: la destrucción de la colonia, su pérdida para Francia. Los colonos se mostraron inflexibles. Sólo en ese momento los generales negros y mulatos parecieron comprender por un momento que no había esperanza. Sin embargo en fecha tan tardía como el 2 de octubre un tribunal militar constituido enteramente por negros juzgó a Charles Belair y a su esposa y decidió fusilarlos. Murieron valerosamente, los dos, su esposa mirando cara a cara al pelotón de fusilamiento y negándose a que le vendasen los ojos. Arrestados por líderes negros, condenados y fusilados por líderes negros: otro puñetazo en la mejilla de las masas negras.

Pero Dessalines ahora corría peligro. Había engañado a Leclerc, pero no a Rochambeau, que nunca cesó de advertir a los demás oficiales franceses para que desconfiasen de él.[58] Para asegurarse la confianza Des-

salines había perseguido y fusilado a los "forajidos" con la mayor ferocidad. Era octubre, habían pasado tres meses desde que alcanzase un acuerdo con Pétion. Pero, receloso de Christophe, Clairveaux, Maurepas y los otros, no logró hacer nada. Ni él ni Pétion estaban investidos de la decisiva autoridad a que hubieran podido recurrir Toussaint o Rigaud en una crisis semejante.

Pese al fusilamiento de Belair el día 2, cuando Dessalines fue a encontrarse con Leclerc varios días más tarde se dio cuenta de que estaba en peligro. Se inventó una dolencia, sentirse decaído, y pidió a Leclerc que lo enviase a Francia. Tranquilizado, Leclerc le dio ánimos, y le dijo que estaban a punto de llegar nuevas tropas desde Francia, que entre ambos asestarían un gran golpe. Leclerc comprobó que las piernas de Dessalines flojeaban al escuchar estas buenas noticias. "¡Será un terremoto!", gritó, y se fue. Brutal y tosco, con sus manos manchadas de sangre, Dessalines se merece ocupar su lugar entre los héroes de la emancipación humana. Era un soldado, un magnífico soldado, y no aspiraba a nada más. Pero el odio hacia los que merecían ser odiados y aniquilados había aguzado su ingenio, y su papel fue decisivo.

Se estaba acabando el tiempo. Leclerc apenas podía ya abandonar el lecho para sentarse trabajosamente ante su escritorio. Cuando escribió sus últimas cartas, la opinión que tenía sobre los negros había variado mucho de la opinión que tenía al iniciar su correspondencia.

> "El estado en que se encuentra la colonia de Santo Domingo debido a la fatal destrucción de su ejército y las insurrecciones provocadas por los decretos del general Richepanse en Guadalupe me parece tan inquietante que he decidido enviarle al general Boudet. [...] Créame lo que voy a decirle. *Tenemos en Europa una idea equivocada sobre el país en el que estamos luchando y sobre los hombres contra los que estamos luchando.* [...]"[59] [60]

> "Ninguna de sus cartas me anuncia qué medidas ha tomado el gobierno para reparar la pérdida de mi ejército, provocada por una epidemia que continúa sus estragos. Sin embargo, desde el mes de floreal mis comunicados lo han mantenido permanentemente informado de la catástrofe que ha provocado. En este momento, mi ejército está destruido. [...]"[61]

En la noche del 11 de octubre, en una recepción ofrecida por Paulina Leclerc, Clairveaux, el mulato, manifestó claramente y para que todos lo oyesen: "Siempre he sido libre; sólo bajo nuevas circunstancias he podido superar la vejación sufrida por causa del color de mi piel. Pero si sospechase alguna presunción de volver a instaurar la esclavitud, en ese mismo instante me convertiría en rebelde".

Los mulatos eran mayoritariamente hostiles al retorno de la esclavitud. Pese a las amenazas, sin embargo, Clairveaux seguía dubitativo. Fue Pétion quien actuó y forzó la mano. Pétion controlaba posiciones cerca de Le Cap, con tropas mulatas. Lo único que esperaban estos hombres era a sus líderes. A órdenes de Pétion amartillaron las pistolas, desarmaron a los europeos y, en un singular gesto de humanidad que más tarde lamentarían, les permitieron el regreso a Le Cap. Pétion se acercó entonces a Clairveaux, le dijo que las tropas coloniales se habían rebelado y que si no quería pagar con su cabeza estas defecciones la única opción que le quedaba era unirse. Sólo entonces se adhirió Clairveaux. Pétion y Clairveaux reunían entre ambos 3.000 soldados de color y fieles a su causa. Leclerc no tenía más de 300 soldados blancos en Le Cap y no albergaba la menor sospecha de una deserción de los mulatos. De no ser por la vacilación de Clairveaux, una acción repentina hubiese puesto enteramente a Le Cap y al mismo Leclerc en sus manos.[62] Pero tal como se desarrollaron los acontecimientos, los franceses tuvieron tiempo de sonar la alarma, reunir refuerzos y preparar defensas. Cuando Pétion y Clairveaux atacaron encontraron resistencia. Pero el miedo cundió entre la población blanca de Le Cap. Leclerc envió a un millar de negros a barcos atracados en el puerto para quitárselos de encima; y cuando se inició la batalla y se vio en peligro ordenó que los ahogasen. Los marinos los masacraron y los lanzaron por la borda.

Dessalines aguardaba en el oeste. Llevaba semanas preparándose, sin entregar las armas que había estado acumulando como al principio. En cuanto supo que Pétion y Clairveaux habían dado el primer paso, abandonó Gonaïves y salió hacia Petite-Rivière, dejándoles a sus partidarios la orden de que lo tuviesen todo dispuesto para sublevar a los trabajadores a una señal convenida. El sacerdote de Petite-Rivière lo invitó a desayunar y él aceptó, sin saber que ya había llegado la orden de detenerlo y que su arresto tendría lugar en el presbiterio. Madame Pageot, la sirvienta del cura, una mulata, dispuso la mesa y a continuación le

llevó a Dessalines un cuenco de agua para que enjuagase las manos. Mirándolo fijamente a los ojos, madame Pageot apoyó con firmeza los codos contra sus costados y después los movió hacia atrás, la señal para informarle que iban por él. Los soldados rodeaban ya la casa. Dessalines corrió el cerrojo sobre la puerta. El cura lo llamó para que viniese a desayunar. Dessalines replicó que cierta operación militar lo reclamaba. Saltó a lomos de su caballo y seguido por su escolta cabalgó hacia Artibonite, disparando tres salvas al aire y gritando: "¡A las armas! ¡A las armas!". Había faltado muy poco.

Christophe aún dudó un día o dos, pero el 14 de octubre se unió al fin a Pétion y a Clairveaux. Los mulatos del sur siguieron fieles a los franceses, pero en el norte y en el oeste las masas disponían ya de soldados instruidos y de líderes.

Leclerc, por su mala salud, o por la amargura, nunca comunicó estas noticias ni a su cuñado ni al ministro. Envió delegados a Christophe, le imploró que volviese, le prometió glorias y riquezas. Christophe respondió que ya poseía esas riquezas, y que ya consideraba gloria suficiente ser él mismo libre y asegurar la libertad de las personas de su raza. En la noche del 2 de noviembre, Leclerc murió. Pero antes de morir supo que había fracasado y que Santo Domingo estaba perdido para Francia. De los 34.000 soldados que habían desembarcado, 24.000 habían muerto, 8.000 estaban hospitalizados y lo que restaba eran 2.000 hombres exhaustos. Miles de valientes soldados negros habían muerto por no haber cometido otro crimen que el de negarse a volver a ser esclavos. La colonia estaba devastada, y negros y blancos se masacraban mutuamente, con progresiva ferocidad, en lo que se denominaba una guerra racial, pero cuyo origen no estaba en el color diferente de la piel sino en la codicia de la burguesía francesa. Leclerc sabía que, enviasen los refuerzos que enviasen, todo estaba perdido. Antes de morir confesó su amargura por una empresa iniciada contra hombres y mujeres dignos de mejor suerte, por los servicios que habían prestado y que aún seguirían prestándole a Francia. No le debemos ninguna gratitud por reconocerlo. De ningún modo compensaba la sangre que aún habría de verter y el sufrimiento que aún habría de arrostrar el pueblo de Santo Domingo para liberarse de estos abominables crímenes, avaricias, crueldades, sadismos, atrocidades, arrojados sobre ellos por Napoleón y su gobierno, en nombre de una civilización superior.

> "Desgraciadamente, en Francia no se conoce la situación de las colonias. Nuestra idea del negro es falsa. [...]
> Tenemos en Europa una falsa idea del país en el que luchamos y de los hombres contra los que luchamos."

En ese país, los antiguos esclavos de la Revolución de Santo Domingo establecieron su afinidad con la población de la Francia revolucionaria. Entre 1789 y Waterloo en 1815 el pueblo de Francia asombró a Europa y al mundo con la proyección colosal de sus éxitos en la guerra y en la paz. Nadie había sospechado anteriormente que un solo pueblo pudiese esconder tanto poder. Hilaire Belloc fue tal vez quien mejor lo ha expresado al afirmar que después de agosto de 1792 las clases reaccionarias de Europa se armaron contra este nuevo monstruo y se fijaron dos objetivos: alcanzar París y destruir la democracia. El primero, prosigue, les llevó 22 años; aún siguen embarcados en el segundo.

Algo similar podemos apreciar en Santo Domingo. La población había evolucionado. Nadie hubiese podido sospechar el poderío que llegarían a acumular cuando Boukman dio la señal y se inició la rebelión aquella tormentosa noche de 1791. Rebelión, guerra, paz, organización económica, diplomacia internacional, administración, en todo ello habían demostrado sus capacidades. Ahora la incipiente nación iba a presentarse a su examen final.

Lo que ocurrió en Santo Domingo tras la muerte de Leclerc es una de esas páginas de la historia que todo estudiante debería conocer, y ciertamente conocerá, algún día. A la guerra de liberación de los españoles contra Bonaparte, al incendio de Moscú por los rusos, mencionado en todas las relaciones de la época, se anticipó y los superó la batalla de los negros y mulatos de la isla de Santo Domingo. Ahí están los anales. Por su voluntad de sacrificio y su heroísmo, los hombres, mujeres y niños que expulsaron a los franceses de Santo Domingo no tienen nada que envidiar a quienes han combatido por la independencia en cualquier otro lugar o en cualquier otra época. Y la razón es sencilla. Habían entendido al fin que sin la independencia no podrían conservar la libertad, y la libertad era algo mucho más concreto para unos antiguos esclavos que las vagas figuras de la democracia política francesa.

Rochambeau sucedió a Leclerc, con la certeza de que triunfaría. Aunque en el norte y en el oeste los franceses sólo controlaban Le Cap y un

puñado de ciudades, el Santo Domingo español permanecía libre de agitación de cualquier tipo; la gran mayoría de mulatos del sur, especialmente los propietarios ricos, seguían siendo leales. Rochambeau enderezó hacia Le Cap para ocupar el mando y dejó al negro Laplume, que permanecería fiel hasta el final, al frente del sur. La situación de los franceses era crítica, pero Rochambeau pidió una remesa inmediata de 15.000 hombres para destruir a los "forajidos", a continuación otros 10.000 y finalmente otros 10.000. "Estos tres envíos son indispensables. [...] Un punto no menos crucial para el triunfo de nuestro ejército es la destrucción total o la deportación de los generales negros o mulatos, los oficiales y los soldados." ¡Cuántas fatigas por culpa de ese ejército negro! Rochambeau pidió que a ese desgraciado de Toussaint lo enviasen a galeras: "Si se le ocurre venir aquí, lo ahorcaré sin juicio".[63]

Bonaparte no tardó en enviarle 10.000 hombres. A la vez, la fiebre remitía y los convalecientes empezaron a reintegrarse en sus regimientos. Rochambeau capturó Fort Dauphin y Port-de-Paix, confiándose cada vez más. Lo que parecía confundirlo era la política de Dessalines y de Pétion. Christophe y Clairveaux atacaban, pero negros y mulatos habían reconocido desde hacía mucho a Dessalines como comandante en jefe y a Pétion como su asesor directo. Dessalines recorrió la isla entera reorganizando las milicias locales. Muchos de los pequeños caciques y sus soldados lo miraban, como era de esperar, con desconfianza. Dessalines y Pétion los atrajeron hacia su causa, o los cazaron, o los destruyeron. Cada día Dessalines reclutaba sumariamente nuevos soldados, preparando una campaña a gran escala. A mediados de enero Rochambeau pidió permiso para implantar la esclavitud.[64] Leclerc ni siquiera había osado atribuirse la autorización de Bonaparte, hasta tal punto era contrario el sentir de la Francia incluso posrevolucionaria al salvajismo reaccionario de la burguesía marítima.

Mientras aguardaba dicha autorización, Rochambeau inició por su propia cuenta la exterminación de los mulatos. Como superaban en número a los blancos, consideró que lo mejor para garantizar la supremacía blanca era librarse de tantos cuantos pudiese: Rochambeau odiaba a los mulatos más que a los negros. Una noche organizó un gran baile en Port-Républicain e invitó a varias mujeres mulatas. La fiesta era espléndida. A medianoche, Rochambeau interrumpe el baile y pide a las mujeres que accedan a una sala adyacente. Rodeaban la sala, sólo iluminada

por una lámpara, grandes crespones negros estampados con materiales blancos en forma de calaveras; en las cuatro esquinas había ataúdes. En medio de un pavoroso silencio las mujeres mulatas escucharon cantos fúnebres entonados por seres invisibles. Mudas de horror permanecieron inmóviles mientras Rochambeau explicaba: "Acaban ustedes de asistir a las exequias de sus esposos y hermanos".[65]

Los franceses los fusilaron y los ahogaron, a cientos de una vez, y a los ricos no sólo los fusilaron sino que también confiscaron sus propiedades.[66] A principios de marzo el sur mulato se había rebelado totalmente. Pero los españoles del oeste y Laplume seguían siendo leales a los franceses. Rochambeau recibió un total de 20.000 hombres tras la muerte de Leclerc.[67] Pero Dessalines, para entonces, ya estaba preparado.

No es posible describir minuciosamente esta guerra. Fue más una guerra entre personas que una guerra entre ejércitos; una guerra en la que las divisiones raciales subrayaban la lucha de clases: negros y mulatos contra blancos. Leclerc había abogado por una guerra de exterminio, y Rochambeau la sostuvo como tal. En fecha tan tardía como el 4 de noviembre Kerverseau, que había servido mucho tiempo a las órdenes de Toussaint, aún confiaba en que los franceses pudieran contar a su servicio con los "negros libres y con los propietarios tanto como con los blancos".[68] Pero confiaba en ello sin considerar las precipitaciones de Rochambeau. Una semana más tarde su tono cambiaba: "Esto ya no es una guerra. Es un combate entre tigres. De no estar arrebatado por una locura permanente no es posible combatir, y no dejo de decir a mis soldados: 'Ya no es valor lo que os exijo. Es rabia'. Pero no es posible vivir siempre arrebatado por un rapto de locura, el ser humano también necesita a veces llorar".[69] Y lloraba, pero luchaba.

Rochambeau ahogó a tantas personas en aguas de la bahía de Le Cap que durante mucho tiempo los habitantes de la comarca dejaron de consumir pescado. Siguiendo el ejemplo de los españoles en Cuba y de los ingleses en Jamaica, hizo traer 1.500 perros para dar caza a los negros. La llegada de estos animales fue una fiesta.[70] En terrenos de un antiguo convento jesuita se erigió un anfiteatro, y cierto día un joven negro fue introducido en el anfiteatro y atado a un poste, mientras los blancos de Le Cap, las mujeres vestidas con sus mejores galas, tomaban asiento y aguardaban (y pensar que Toussaint había fusilado a Moïse y a negros de Limbé, Dondon y Plaisance por su hostilidad manifiesta a estas mis-

mas personas). Al sonido de una música marcial llegó Rochambeau, rodeado por su séquito. Pero cuando soltaron a los perros, éstos no atacaron a la víctima. Boyer, jefe de la comitiva en sustitución del fallecido Dugua, saltó a la arena y de una estocada le abrió el vientre al negro. A la vista y el olor de la sangre, los perros se arrojaron sobre el negro y lo devoraron a dentelladas, entre aplausos que se contagiaban por toda la plaza bajo el redoble musical. Para fomentar en los perros el gusto por la sangre cada día se les entregaban negros, hasta que los perros, aunque inservibles para la guerra, se arrojaban sobre ellos en cuanto los veían.[71] Los franceses los quemaron vivos, los ahorcaron, ahogaron, torturaron y retomaron su viejo hábito de enterrar a los negros hasta el cuello cerca de nidos de insectos. No sólo era odio o miedo, sino también política. "Si Francia quiere volver a obtener el control de Santo Domingo debe enviar aquí 25.000 hombres de una vez, declarar esclavos a los negros y exterminar no menos de 30.000 negros y negras (estas últimas más crueles que los hombres). Estas medidas son espantosas, pero necesarias. O las adoptamos o renunciamos a la colonia. Quien diga otra cosa miente y engaña a Francia."[72] Ésta era la opinión generalizada entre los blancos. Matarlos a todos y allegarse nuevos negros que no supiesen nada ni de la libertad ni de la igualdad. Encadenaron a 16 de los generales de Toussaint a una roca y los dejaron abandonados durante 17 días. Ahogaron al viejo Pierre Baptiste. Ahogaron a la esposa y a los hijos de Maurepas ante sus propios ojos, mientras los marineros claveteaban un par de hombreras sobre cada uno de sus hombros desnudos. Algunos franceses, forzoso es decirlo, reaccionaron con horror ante estas salvajadas. Varios capitanes se negaron a obedecer la orden de ahogar a los negros que les fuesen entregados, pero en lugar de esto los vendían como esclavos. A otros los desembarcaron en playas desiertas de Santo Domingo u otras islas. Allix, comandante de Port-Républicain, se negó a aceptar a los 10.000 hombres que recibió, junto a la orden de atarlos a los pies de los que iban a ser arrojados por la borda. Rochambeau lo expulsó. Mazard, otro capitán, hizo tanto por salvar a los negros como hicieron muchos de sus colegas por ahogarlos. Pero eran gotas aisladas en el océano. Era la política *tory* que los británicos siguieron en Irlanda en 1921, no las reconvenciones del *Manchester Guardian* o la Sociedad de Amigos. Así es, así ha sido siempre.

Dessalines era un temperamento desigual, pero también era el hombre indicado para esta crisis, no Toussaint. Devolvió golpe por golpe. Cuan-

do Rochambeau acabó con la vida de 500 personas en Le Cap, a las que enterró en una fosa excavada por ellos mismos mientras aguardaban la ejecución, Dessalines tendió sogas en las ramas y ahorcó a otras quinientas ante los ojos de Rochambeau y de todos los blancos de Le Cap. Pero no fueron ni el ejército de Dessalines ni su ferocidad los que lograron la victoria. La logró el pueblo. Prendió fuego a Santo Domingo, lo arrasó de tal manera que, concluida la guerra, el país no era más que un desierto calcinado. ¿Por qué lo quemáis todo?, preguntó un oficial francés a un prisionero. Tenemos derecho a quemar nuestros campos porque un hombre tiene derecho a disponer de su objeto de trabajo, contestó este anarquista anónimo.[73] Lejos de dejarse intimidar, la población civil se enfrentó al terror con tanta valentía y determinación como para aterrorizar a los terroristas. Tres negros fueron condenados a ser quemados vivos. Una inmensa multitud se congregó en torno de los dos hombres que ardían, profiriendo horrendos gritos. Pero el tercero, un muchacho de 19 años al que habían vendado para que no viese a los otros dos, les increpó en *creole*: "Vosotros no sabéis morir. Vais a ver cómo se muere". Penosamente logró flexionar su cuerpo entre las ataduras y tomar asiento, a continuación colocó los pies sobre las llamas y dejó que ardiesen sin proferir ni una queja. "Yo estaba allí", dijo Lemmonier-Delafosse, "asistí a la muerte heroica de este infeliz, más digno que Mucio Escévola. [...] Éstos eran los hombres contra los que teníamos que luchar".[74] Otro fue arrojado a los perros y en vez de gritar, los acarició y los incitó mientras ofrecía brazos y piernas a sus colmillos para que lo desmembrasen.[75] Con las mujeres ocurría tres cuartos de lo mismo. Cuando Chevalier, un jefe negro, vaciló a la vista del patíbulo, su mujer lo dejó en evidencia. "¡Ignoras lo dulce que es morir por la libertad!" Con un aspaviento hacia el verdugo, colocó ella misma la soga en torno al cuello y se ahorcó. Una mujer animó a sus hijas, que también iban a ser ejecutadas: "Alegraos. No vais a engendrar esclavos".

Impotentes frente a esta fortaleza de ánimo, los franceses no veían en esto la energía de la revolución sino una peculiaridad innata de los negros. Según ellos, los músculos de los negros se contraían con tanta fuerza que eran inmunes al dolor. Esclavizaban al negro, decían, porque no era un hombre, y cuando actuaba como un hombre lo llamaban monstruo.

En la primavera de 1803 Bonaparte ultimaba imponentes arsenales que serían enviados a Santo Domingo al otoño siguiente. Con sublime des-

vergüenza responsabilizaba a los negros de lo que estaba ocurriendo en Santo Domingo. En una reunión del Instituto a la que asistió Grégoire declaró que, vistas las noticias que llegaban desde Santo Domingo, los simpatizantes de los negros harían bien en empezar a buscar escondites. Que los negros no se resignasen dócilmente a volver a ser esclavos era un crimen imperdonable; descargaron su venganza sobre el hombre al que consideraban principal responsable de su decepción. Era la resistencia de Toussaint la que había echado a perder todos los cálculos.

Para juzgar la frustrada voracidad de Bonaparte y de la burguesía francesa, su odio hacia el "esclavo rebelde" que había arruinado sus planes, basta con apreciar la brutalidad a la que lo sometieron. Toussaint desembarcó en Brest el 9 de julio, vio a su familia por vez primera desde que había salido de Le Cap, y no volvió a verlos nunca más. No sólo Leclerc, también Bonaparte lo temía, y Bonaparte también temía a la Revolución Francesa estrangulada por él y sus secuaces. En una calesa blindada y bajo instrucciones concebidas y ejecutadas en el más riguroso secreto, Toussaint fue conducido rápidamente a través de Francia. Bonaparte sospechaba al parecer de alguna tentativa de rescate. No había en Francia negros que pudieran acometerla y los únicos capaces de poner en práctica algo así eran jacobinos diseminados, exasperados por esta degradación final de la revolución: el restablecimiento de la esclavitud. Pero estos temores no eran exagerados. En cierta ciudad, varios oficiales franceses que habían estado a sus órdenes se enteraron de que Toussaint pasaría por allí y solicitaron permiso para saludar a su viejo comandante.[76] Eso fue todo.

El 24 de agosto, junto a su fiel criado, Mars Plaisir,[77] Toussaint fue encarcelado en la prisión de Fort-de-Joux, situada en las montañas del Jura, a casi mil metros de altura. Leclerc escribía sus frenéticas cartas dominadas por el miedo al líder negro. No podía enviar pruebas que sustentasen la acusación. Pero los gobiernos no necesitan pruebas, y Bonaparte no asesinó judicialmente a Toussaint porque temía las repercusiones en Santo Domingo de un juicio y de una ejecución. Pero había determinado librarse de Toussaint y Bonaparte decidió acabar con él a base de maltratarlo, con el frío, con el hambre. Obedeciendo instrucciones estrictas de Bonaparte sus carceleros lo humillaban, se burlaban de su nombre, lo obligaban a vestir la indumentaria del convicto, racionaron su alimento,

y cuando llegó el invierno racionaron su provisión de troncos de madera; su sirviente fue despedido.[78] Bonaparte envió a su asistente, Caffarelli, para entrevistar a Toussaint, para averiguar dónde ocultaba su tesoro e informarse de los acuerdos secretos que había suscrito con los británicos. Caffarelli se entrevistó con él siete veces y no consiguió sonsacarle nada: no había nada que sonsacar. Toussaint no tenía ningún tesoro. No se había vendido a los británicos.

Su régimen carcelario se volvió cada vez más riguroso. Sus carceleros, siguiendo siempre instrucciones de Bonaparte, vigilaban su comida, lo vigilaban mientras realizaba sus necesidades. Temían que pudiera escaparse y querían que muriese lo antes posible, pensando que, una vez desaparecido el gran líder, contarían con mejores oportunidades en Santo Domingo. Fue atendido por un médico al principio, pero pronto sus carceleros le suprimieron toda atención médica. "Siendo la constitución de los negros totalmente diferente a la de los europeos, se ha decidido retirarle el médico y el cirujano, inútiles en su caso."[79]

Tenía 57 años y su resistencia no tardó en quebrarse. Escribió largos informes relativos a su conducta, envió cartas a Bonaparte solicitando un juicio, apeló a su grandeza y magnanimidad.

> "He tenido la desgracia de incurrir en su ira; pero en cuanto a fidelidad y probidad, tengo la conciencia muy tranquila, y me atrevo a decir con certeza que entre los servidores del Estado nadie puede superar mi honestidad. Me consideré soldado suyo y fui el primer servidor de la República en Santo Domingo. Hoy estoy hundido, arruinado, deshonrado, víctima de mis propios servicios. Ojalá alcance a entender la situación en que me encuentro, son demasiado elevados sus sentimientos y demasiado justos como para abstenerse de todo pronunciamiento sobre mi destino. [...]"

En su advertencia al Directorio, en sus proclamas a los soldados y a su pueblo Toussaint ya había dado muestras, como las daba ahora en su duelo personal, de las limitaciones inherentes a su concepción política. La sombría cadencia con la que solicitaba el juicio da fe de su fatal sinceridad. Pese a la traición de Francia seguía viéndose a sí mismo como parte de una República francesa "única e indivisible". No podía pensar en otros términos. El decreto del 16 de pluvioso había significado para

él el comienzo de una era nueva para los negros de Francia. Su experiencia con los comisarios franceses, la inquietud por su pueblo, su disciplinado sentido de la realidad lo habían empujado por el sendero de la independencia. Pero había un límite que no podía franquear. Tenía la profunda convicción de que Francia no podría volver a imponer nunca la esclavitud en Santo Domingo y creía falsamente que, una vez salvaguardados los instrumentos para defender la libertad, ningún sacrificio sería demasiado grande si Francia abría los ojos. Éste es el motivo de que su principal preocupación en la cárcel fuese el destino de su esposa y sus hijos. En relación con el futuro de Santo Domingo mantenía un impenetrable silencio. Las palabras que dirigió al capitán del barco en el momento de embarcar fueron las últimas a este respecto. Preservar la libertad para todos había sido la labor a la que había consagrado su vida, y las palabras y el silencio posterior eran ciertamente deliberados.

Temblando de frío, pasó su primer invierno en una celda sin calefacción adecuada y con las paredes deshechas de humedad. Su constitución de hierro, que había resistido las privaciones y fatigas de diez años increíbles, se convulsionaba ahora frente a los troncos estrictamente racionados por Bonaparte. Un intelecto hasta ese momento siempre alerta cedía periódicamente a largos períodos comatosos. Antes de que llegase la primavera, Toussaint agonizaba. Una mañana de abril lo encontraron muerto, sentado en su silla.

No hay ningún drama como el drama de la historia. Toussaint murió el 7 de abril de 1803 y Bonaparte debió de pensar que ahora la guerra contra Santo Domingo estaba ganada. Pero durante las últimas horas de vida de Toussaint, sus compañeros de armas, que no conocían su destino, empezaban a redactar el borrador de la declaración de independencia.

Durante varios meses después de noviembre de 1802, la enseña que portaba el ejército nacional siguió siendo la bandera francesa, y en diciembre se rumoreó entre los franceses que los negros y mulatos no luchaban por la independencia dado que aún conservaban los colores franceses. Para acabar con todo esto Dessalines convocó una conferencia en Arcahaye. Del rojo, blanco y azul de la tricolor suprimió el blanco, y en lugar de las iniciales R. F. (*République Française*) inscribió "Libertad o Muerte". La nueva bandera fue desplegada el 18 de mayo. Ese mismo día, algunos oficiales del sur que navegaban hacia sus jurisdicciones estuvieron

a punto de ser capturados por un crucero francés. En lugar de rendirse, Laporte, el oficial principal, ordenó hundir el bote y apuntó con la pistola hacia sus sienes, mientras la tripulación desaparecía bajo las aguas gritando: "¡Larga vida a la independencia!". Pocas semanas después, los reunidos en la Conferencia de Arcahaye, en Santo Domingo, conocían la noticia de que había vuelto a estallar la guerra entre Francia e Inglaterra: la flota británica había aislado a Rochambeau.

Eran buenas noticias, pero los negros de Santo Domingo ya sabían ahora todo lo que había que saber sobre el imperialismo. La política británica fue oportunista. No demostraron hostilidad alguna contra las ciudades costeras y permitieron que los barcos americanos aprovisionasen a Rochambeau en Le Cap.[80] Probablemente esperaban a ver si Rochambeau podía lograr una victoria parcial, al menos en cierta parte de Santo Domingo, para pasar entonces a la acción y arrebatar la ciudad a los franceses. Pero llegado el momento apoyaron plenamente a Dessalines, proporcionándole armas y municiones. Dessalines, sin embargo, no buscó ningún tipo de alianzas y les pagó, tanto a los ingleses como a los norteamericanos, con dinero contante y sonante todo cuanto éstos le vendieron.[81]

La guerra en Europa marcó el momento decisivo. El Santo Domingo español seguía en calma, pero en el norte, el oeste y el sur la revolución por la independencia nacional expulsaba a los franceses de las posiciones fortificadas que ocupaban y los obligaba a replegarse sobre las ciudades costeras.

Era una guerra popular. Recurrían a las tretas más audaces para engañar a los franceses. Una noche Lacroix quiso efectuar una ronda de reconocimiento. Escuchó a menos de una descarga de mosquete una voz grave que decía: "Pelotón, ¡alto! Derecha, ¡ar!". Veinte veces se repitieron las mismas palabras a lo largo de una extensa franja de terreno. Poco después escuchó las voces de superiores que en *creole* ordenaban no fumar. Los franceses tomaron posiciones y aguardaron durante toda la noche un ataque por sorpresa. Al amanecer descubrieron que una partida de unos cien trabajadores les había estado tomando el pelo. "Estas jugarretas, si uno las tenía demasiado en cuenta, podían acabar con la moral; y si no las tenía en cuenta, podían acabar con tu vida."[82]

No sólo por tierra sino también por mar los negros y los mulatos emprendieron una ofensiva irresistible. Construían embarcaciones ligeras con las

que surcaban los ríos y las costas, atacando barcos, masacrando prisioneros y generalizando los saqueos. Los franceses estaban impotentes frente a ellos. Los negros empujaban sus botes hasta la orilla, los escondían y efectuaban operaciones guerrilleras contra los franceses, después desaparecían rápidamente navegando río abajo para surgir de improviso en el mar. Capturaron dos navíos que habían escapado al bloqueo, uno de Nantes, otro de El Havre, y mataron a toda la tripulación. Los franceses, expuestos a la aniquilación, se defendieron desesperadamente. Pero por efectos de la presión combinada de la ofensiva y el bloqueo, se produjo una ruptura entre el ejército y la población blanca de la isla. Rochambeau tenía sus arcas vacías e impuso fuertes impuestos; los blancos se rebelaron. En tiempos de Toussaint se habían mostrado inclinados a acatar sus órdenes. Aunque algunos no hubiesen preferido la presencia de Leclerc, respaldaron como colectivo a su ejército y acariciaron la oportunidad de consolidar su dominio. Pero ahora que se encontraban con sus plantaciones destruidas, con Santo Domingo en ruinas, sus vidas en peligro y sus posesiones confiscadas, se volvieron contra Rochambeau y le elevaron sus protestas, algunos ansiando únicamente la paz con los negros. Para los franceses, la empresa se tornó desesperada, por sus propias divisiones internas, por el contingente de personas contra el que combatían y por el espíritu que animaba al ejército negro. Así lo documentan los archivos que registran la historia de Haití, las memorias de los oficiales franceses supervivientes. El 16 de noviembre, negros y mulatos se reagruparon para un último ataque sobre Le Cap y las posiciones sólidamente fortificadas que rodeaban la ciudad.

Al mando estaba Clairveaux, el mulato, y junto a él se encontraba Capois Death, un oficial negro cuyo valor le había merecido este mote. El ejército nacional inició el ataque desde primeras horas de la mañana. A primeras de la tarde, bajo un fuego cruzado de mosquetes y artillería, Capois se lanzaba sobre los blocaos de Bréda y Champlin, al grito de "¡Seguidme!". Los franceses se habían parapetado sólidamente y resistían asalto por asalto de los negros, pero cada vez que uno se estrellaba contra la fortaleza otro empezaba a prepararse, sin descanso. El caballo de Capois se desplomó, abatido por una bala. Capois forcejeó hasta ponerse en pie, espumando de cólera, y dibujando con la espada un gesto de desprecio siguió avanzando. "¡Seguidme!, ¡Seguidme!"

Los franceses, que habían peleado en tantos campos de batalla, no habían visto nunca a un enemigo batirse de ese modo. Un rugido de admi-

ración confluyó desde las líneas que ocupaban ambos ejércitos. "¡Bravo! ¡Bravo!" Redoblaron los tambores. Los franceses declararon un alto el fuego. Un jinete francés irrumpió en dirección al puente. Traía un mensaje de Rochambeau. "El capitán-general transmite su admiración al oficial que acaba de cubrirse de gloria."[83] Sin que los negros disparasen, el jinete giró su montura y galopó de nuevo hacia el blocao, después volvieron a las armas. La guerra había sido hasta tal punto una pesadilla que para entonces es posible que todos estuvieran un poco lunáticos, tanto los blancos como los negros.

Medio siglo más tarde Lemmonier-Delafosse (que creía en la esclavitud) escribía sus memorias: "¡Pero qué clase de hombres eran esos negros! ¡Qué manera de luchar, y qué manera de morir! Si no se ha combatido contra ellos no es posible conocer su indómito valor cuando la estrategia ya carece de relieve y la muerte acecha cara a cara. He visto a una compacta columna despedazada por un impacto de artillería y cuyos supervivientes seguían avanzando, sin retroceder ni un ápice. Cuantas más vidas sacrificadas, mayor el coraje de sus compañeros. Cantaban al avanzar, porque los negros nunca dejan de cantar, y cualquier pretexto es bueno para una canción. La canción hablaba de hombres valientes y decía:

Al ataque, granaderos,
La muerte sólo es problema para el que muere.
No recuerdes a tu padre,
No recuerdes a tu madre,
Al ataque, granaderos,
La muerte sólo es problema para el que muere.

La canción valía por todas las republicanas. Por tres veces marcharon hacia el combate estos hombres valientes, empuñando sus armas, sin efectuar ni una descarga, y por tres veces fueron rechazados, pero sólo retrocedieron tras dejar tendidas sobre el campo de batalla las tres cuartas partes de su tropa. Sólo quien ha visto con sus propios ojos esas operaciones puede entender el arrojo de los hombres que las llevaron a cabo. Escuchar esa canción elevándose unánime hacia el cielo desde la garganta de dos mil hombres, sincopada por el ruido de los cañones, producía escalofríos. Sólo el valor de los franceses podría resistirlo. Nuestra larga red de trincheras, la excelente munición, la pre-

paración de nuestros soldados fueron en realidad nuestros mejores aliados. Pero durante mucho tiempo la imagen de esa compacta escuadra entonando su cántico mientras avanzaba hacia la muerte, bajo la luz de un sol espléndido, quedó profundamente impresa en mi mente, y hasta hoy, más de cuarenta años después, esa visión épica y majestuosa perdura tan vívidamente en mi imaginación como cuando la vi con mis propios ojos."

Hasta alguien que odiaba tanto a los negros como Rochambeau se había conmovido hasta el punto de permitirse ese gesto caballeresco. El hombre que capitaneaba a los negros, Dessalines, había tomado posiciones en una colina cercana. Pasaba por ser el más valiente entre los valientes, pero hasta él se sintió abrumado por el espíritu de Capois y de sus hombres. Admirado e incapaz de abrir la boca, siguió las maniobras sentado y jugueteando entre sus dedos con una cajita de rapé que llegaría a hacerse legendaria. Cayó una lluvia torrencial y con ella cesaron las hostilidades. Pero todo había acabado. Esa noche Rochambeau reunió a su consejo de guerra y tomó la decisión de evacuar la isla. Hacía sólo siete meses que Toussaint había muerto, pero su trabajo estaba terminado. De unos hombres que temblaban amedrentados en cuanto un rufián blanco les fruncía el entrecejo había logrado fraguar en diez años un ejército capaz de hacer frente por sí solo a los mejores soldados que Europa había visto nunca.

"Ya no hay dudas, mi querido General", escribía el exultante Dessalines a uno de sus oficiales en el sur, "de que este país es nuestro y de que la cuestión *¿quién se va a quedar con él?* ya está resuelta".

El 28 de noviembre, la víspera del día previsto para la partida, Rochambeau intentó negociar un acuerdo con los británicos en relación con los hombres y con los barcos que lo aguardaban en el puerto. Los británicos le impusieron las condiciones más severas y Rochambeau amenazó con desembarcar en Caracol y retirarse a la parte española de Santo Domingo, que seguía en manos de los franceses. Dessalines le advirtió que si no se retiraba inmediatamente sus barcos serían bombardeados con metralla al rojo vivo. Desde primeras horas de la mañana las fraguas de Fort Picolet habían estado funcionando a plena actividad y a Rochambeau no le quedaba otra alternativa que rendirse a los británicos. De los 60.000 soldados y marineros que habían zarpado de Fran-

cia la mayoría había muerto y el destino de los escasos supervivientes sería pudrirse y extinguirse durante años en las cárceles de Inglaterra.

El 29 de noviembre Dessalines, Christophe y Clairveaux (Pétion estaba enfermo) dieron a conocer una declaración preliminar de independencia, moderada en su tono, y en la que deploraban la sangre vertida durante años anteriores. El 31 de diciembre, en el curso de un encuentro de todos los oficiales celebrado en Gonaïves, se leyó la Declaración final de Independencia. Para subrayar la ruptura con Francia el nuevo Estado fue rebautizado con el nombre de Haití. Dessalines emprendió una tentativa de conquistar el Santo Domingo español, pero la Revolución Francesa nunca había contado allí con apoyos y fracasó. En octubre de 1804 se coronaba Emperador. Agentes comerciales de Filadelfia le regalaron la corona, que llegó a bordo de un barco estadounidense, el *Connecticut*. La toga que lució para la coronación alcanzó las costas de Haití, procedente de Jamaica, a bordo de una fragata inglesa armada en Londres. Hizo solemne entrada en Le Cap dentro de una calesa tirada por seis caballos que había traído para él un espía inglés, Ogden, a bordo del *Samson*.[84] Así es como el monarca negro entró en posesión de su herencia, asistido y vestido a medida por capitalistas ingleses y estadounidenses, con el apoyo por un lado del rey de Inglaterra y por el otro del presidente de los Estados Unidos.

A comienzos del nuevo año, 1805, los blancos de Haití fueron masacrados por orden de Dessalines. Todas las historias registran cumplidamente el hecho. En cierta ocasión un representante del gobierno británico[85] se lo echó en cara a un delegado de Haití en una reunión de la Sociedad de Naciones. Hubiese actuado con más prudencia de haber conocido la parte que había desempeñado su muy civilizado país en este presuntamente típico ejemplo de salvajismo negro.

La paciencia y la capacidad de aguante de los pobres son dos de los más poderosos baluartes de los ricos. Los trabajadores negros de Santo Domingo habían sido suficientemente provocados por los blancos como para justificar una masacre tres veces mayor. Pero hasta octubre de 1802, pese a saber que volverían a la esclavitud si perdían la guerra, aun conservaron, pobres infelices, ciertos vestigios de humanidad, e incluso entonces algunos de los blancos podrían haber escapado a la masacre. Lo único que querían los negros es que los dejasen en paz y tener la certeza de que

los blancos no volverían a intentar convertirlos en esclavos. Pero las cartas de Leclerc nos revelan que éste había optado por una guerra de exterminio. Que se trataba, dicho llanamente, de exterminar a tantos negros como fuese posible. Ahogar de golpe a más de mil negros en el puerto de Le Cap no fue un acto dictado por el miedo: fue deliberado. Marcó el inicio de la guerra racial, que Rochambeau completó intentando exterminar también a los negros y a los mulatos.

Pero, a medida que constataban las carencias políticas, y las carencias en armamento, de Rochambeau, los blancos de Santo Domingo cerraron una vez más filas contra los negros. La moderada proclama formulada el 29 de noviembre por Dessalines los tranquilizó. Dessalines llegó incluso a invitar a los emigrados blancos a volver y disfrutar de sus propiedades. Los negros no querían sus propiedades: "Lejos de nosotros tolerar tal injusticia". Los franceses en retirada ofrecieron también espacio en sus barcos a los blancos. Se negaron casi unánimemente.[86] Con la abominable hipocresía que los caracterizaba, buscaban acomodarse, ahora que su última batalla por la supremacía había fracasado, con un Estado negro independiente.

La razón de que no se los autorizase a ello se debe no tanto al odio justificado de los negros cuanto a la calculada brutalidad del imperialismo. Supongamos con entera libertad que Dessalines desease destruir a todos los blancos. Había negociado con Rochambeau la protección de los franceses heridos. En cuanto Rochambeau se fue, los masacró. Pero Christophe no tenía ciertamente ninguna intención de esta índole, y todo el historial de Clairveaux lo muestra como un hombre incapaz de concebir semejantes ideas. Sin embargo, cuando en el mes de diciembre se reunió el Congreso en Gonaïves, contó con la presencia de tres ingleses, uno de ellos Cathcart, espía. Juraron que Inglaterra comerciaría con Santo Domingo y protegería su independencia pero sólo cuando hasta el último de los blancos hubiera sido sacrificado.[87] Desde su codicia, el deseo de estos caníbales civilizados era introducir una cuña entre Haití y Francia que los desvinculase por completo, y en vez de utilizar su influencia en la dirección correcta optaron por formular estas propuestas a un pueblo cuya exasperación se había ido acumulando a lo largo de los siglos y al que la invasión de Leclerc, junto con las crueldades de Rochambeau, había puesto al borde del colapso. Éste es uno de los crímenes más infames e injustificados de toda esta miserable histo-

ria. Aunque no existe ninguna prueba, es muy probable que los estadounidenses también estuvieran involucrados en esto. Durante toda la campaña de Leclerc habían tomado partido por los negros, acusaron a Leclerc de "crimen, traición, asesinato y sacrilegio",[88] escribieron en sus periódicos sobre las pérfidas maquinaciones hacia el "desventurado Toussaint", y en general los consumió esa virtuosa indignación característica del capitalista anglosajón cada vez que la propiedad o los beneficios corren peligro. Que la gran mayoría de los británicos hubiesen reaccionado con horror ante tales barbaridades es indudable, como la gran mayoría de los franceses después del rechazo en 1794 a la esclavitud. Pero hoy como ayer los grandes intereses y sus intermediarios cometen los crímenes más salvajes en nombre del pueblo en su totalidad, al que engañan y atontan por medio de su propaganda mentirosa.

Dessalines rechazó en el Congreso la primera propuesta de declaración de independencia que le presentaron por considerarla demasiado moderada. La segunda, que contó con su aprobación, introducía una nota nueva: "Paz para nuestros vecinos. Pero maldito sea el nombre de Francia. Odio eterno a Francia. Éste es nuestro grito". Dessalines fue coronado en octubre de 1804. Los propietarios blancos seguían indemnes. La población negra, pese a las incendiarias proclamas de Dessalines, incitándolos contra los blancos, no los hostigó en absoluto. En enero se dio a conocer el edicto que ordenaba masacrarlos a todos, pero ni siquiera entonces tuvo lugar el holocausto.

En febrero y en marzo Dessalines llevó a cabo una campaña contra los franceses en Santo Domingo. Sitió Santo Domingo, y el vigésimo segundo día del asedio la ciudad estaba a punto de caer en sus manos cuando una escuadra francesa apareció en el puerto, dirigida por el almirante Missiessy. Al mismo tiempo se extendió el rumor de que otro escuadrón francés se encontraba en el puerto de Gonaïves. Dessalines, intuyendo que Haití estaba amenazado, levantó el sitio y volvió apresuradamente al país. Fue entonces cuando tuvo lugar la masacre total. La población, aterrada por la proximidad de la contrarrevolución, los mató a todos apelando a todo tipo de brutalidades imaginables. Después de la primera matanza Dessalines dio a conocer una proclama en la que prometía el perdón a todos los que se hubiesen ocultado. Salieron y los mató inmediatamente. Sin embargo Dessalines se preocupó mucho de proteger a los blancos británicos y estadounidenses, y dejó también con vida a los sacerdotes,

a los trabajadores cualificados y al personal sanitario. Toussaint había escrito a Bonaparte solicitando la ayuda de personas que respondiesen justamente a este perfil. Y hasta el fiero e inculto Dessalines, aún con las marcas del látigo sobre su piel, hubiera dejado que el pasado siguiera siendo pasado con sólo una muestra de benevolencia o generosidad del otro lado. No es idealismo. Conservamos las cartas de Bonaparte cuando estaba a punto de concentrar sus energías en el Este. Admitía que Toussaint gobernase. Y en Santa Elena confesó que la expedición había sido un error y que hubiese podido gobernar la isla en la persona de Toussaint L'Ouverture. Se había dejado convencer en último término por el único argumento al alcance de los imperialistas.

La masacre de los blancos fue una tragedia; no para los blancos. Por estos antiguos propietarios de esclavos, por los que quemaban "un poco de dinamita en el culo de un negro", por los que recibieron un buen trato por parte de Toussaint, y por los que, tan pronto como tuvieron la oportunidad, volvieron a sus antiguas crueldades: por todos éstos no hay necesidad alguna de derramar una lágrima o una gota de tinta. La tragedia fue la de los negros y los mulatos. No era política sino venganza, y la venganza no tiene ningún lugar en la política. Los blancos no podían inspirar ya ningún temor, y matanzas sin sentido y de estas proporciones degradan y animalizan a una población, sobre todo en el caso de un pueblo que estaba dando sus primeros pasos como nación y que tenía detrás un pasado tan amargo. El pueblo no lo necesitaba: lo único que querían era libertad, y la independencia parecía prometerla. Christophe y otros generales expresaron su enérgica desaprobación.[89] Si la influencia de británicos y estadounidenses se hubiese decantado por el lado de la humanidad, se hubiese frenado a Dessalines. En realidad, Haití sufrió espantosamente a causa del aislamiento posterior. Los blancos fueron expulsados de Haití durante generaciones y el desventurado país, arruinado económicamente, con su población carente de cultura social, vio cómo sus inevitables dificultades se veían duplicadas por esta masacre. Que la nueva nación sobreviviese ya es de por sí mérito más que suficiente, pues si los haitianos pensaban que habían acabado con el imperialismo se equivocaban.

Pitt, Dundas y el resto estaban muy satisfechos. La maravillosa colonia de Santo Domingo había dejado de ser rival. Fracasada su tentativa de quedarse con ella, se olvidaron definitivamente de las Indias Occidentales.

Pero Francia seguía codiciándola. Sólo la guerra con Inglaterra y la destrucción en Trafalgar de la flota francesa (debilitada por la pérdida de todos sus marinos en Santo Domingo) impidió otra expedición. La burguesía francesa esperaba su oportunidad. Continuamente planeaban restablecer la esclavitud. Mauviel, el obispo al que Dessalines había salvado la vida, actuó como espía e informó a Bonaparte sobre las diversas fortificaciones y planes de defensa. El reverendo caballero, a la vez que se lamentaba de "no ser un experto en el arte militar", presentó humildemente a Bonaparte un plan estratégico efectivo. La mayoría de los negros, de esto no le cabía duda, querían volver a ser esclavos. Pero por encima de todo en las colonias, "con la diferencia de color, con el clima cálido, era necesario refrenar la exuberancia de las pasiones. De no ser así los negros volverían a abandonarse a sus instintos brutales y cometerían nuevos excesos. Sólo hablándoles en nombre de Dios podría uno persuadirlos de que su estado de dependencia pertenecía al orden de la Divina Providencia".[90] Pero después del restablecimiento de la esclavitud habría una policía armada y una *gendarmerie*, con "columnas móviles patrullando todos los lugares" y navíos ligeros realizando rondas permanentes de los puertos. La religión, al parecer, no era suficiente.

¿Cómo lograr que estos futuros esclavos aceptasen la esclavitud? Otro caballero propuso que se les enseñase a leer pero no a escribir. De este modo podrían leer sus oraciones y libros de ejercicios espirituales, que les mostrarían las crueldades cometidas por los españoles y los ingleses sobre los pieles rojas. De manera muy especial quería que se mencionase en ellos un incidente en el que los ingleses invitaron a los pieles rojas a celebrar un tratado de alianza y los envenenaron con ron.[91] Sin embargo otra propuesta indicaba que una expedición "no sólo debería estimular la llegada del paralizado y adormecido capital de los ciudadanos de la propia Francia, sino que debería atraer también a inversores de otros países [...]". Esta propuesta procedía de Inglaterra o de los Estados Unidos, puesto que estaba escrita en inglés. A los gobernantes de Haití se los jubilaría y se los perdonaría.

Quienes conocían Santo Domingo sabían, no obstante, que la esclavitud no volvería nunca a los negros de la isla, y la propuesta de Lacroix era exterminar a los que se quedasen y aportar sangre nueva procedente de África.[92] Ésta era la opinión dominante. Lacroix era un soldado valiente y un hombre muy educado. Conocía personalmente a los líderes negros.

Aun después de la derrota escribió grandes panegíricos sobre ellos y sobre su gente, pero nada hay tan feroz como un imperialista en las colonias.

Finalmente[93] aquellos trabajadores negros de Haití, así como los mulatos, nos han dado un ejemplo digno de estudio. Pese a la reacción momentánea del fascismo, los criterios actuales de libertad e igualdad humana son infinitamente más avanzados y profundos que los vigentes en 1789. Juzgados comparativamente en función de estos criterios, los millones de negros africanos y la minoría educada son tan parias en esa vasta prisión como los negros y mulatos de Santo Domingo en el siglo XVIII. La perspectiva de un imperialista es la explotación eterna de África: el africano es retrasado, ignorante... Sueñan dentro de un sueño. Si en 1788 alguien le hubiera dicho al conde de Lauzerne, ministro; al conde de Peynier, gobernador; al general Rochambeau, el soldado; a Moreau de Saint-Méry, el historiador; a Barbé de Marbois, el burócrata, que los millares de mudas bestias apaleadas con látigos por la mañana mientras se dirigían al trabajo y apaleadas con látigos a medianoche, las mudas bestias resignadas a ser mutiladas, quemadas u otras brutalidades, hasta el punto de que algunos se resistían a moverse si no era a latigazos, si alguien les hubiera dicho a estos finos caballeros que al cabo de tres años los negros se sacudirían las cadenas y afrontarían el riesgo de ser exterminados antes que volver a ser esclavos, pensarían que su interlocutor se había vuelto loco. Mientras que si hoy en día alguien sugiriese a algún potentado colonialista blanco que entre aquellos negros sobre los que gobiernan hay hombres tan infinitamente superiores a ellos en habilidad, energía, perspectiva y tenacidad que al cabo de un siglo sólo se los recordará a ellos por haber estado en contacto con los negros, uno llegará a hacerse cierta idea de lo que los condes, marqueses y otros magnates coloniales del período pensaban sobre Jean-François, Toussaint y Rigaud cuando se inició la revuelta.

Los negros de África están más adelantados, más preparados de lo que lo estaban los esclavos de Santo Domingo. He aquí una convocatoria escrita por un anónimo negro de Rhodesia en la que alienta la misma llama que inflamó a Toussaint L'Ouverture:[94]

> Escuchad esto todos los que vivís en el país, pensad bien el trato que nos dan y pedid la tierra. ¿Es bueno el trato que nos dan? No; preguntémonos unos a otros y recordemos este trato. Por lo que deseamos para el 29 de abril, que nadie vaya a trabajar, y si alguien

> va a trabajar y lo vemos, en buen lío que se va a meter. Sabéis cómo nos hacen sufrir, cómo nos engañan por dinero, nos arrestan por descansar, nos persiguen y nos llevan a prisión por culpa de los impuestos. ¿Qué razones se nos dan? En segundo lugar, si no queréis escuchar estas palabras, pues bien, escuchad, este año de 1935, si no nos aumentan la paga, fuera impuestos, ¿pensáis que os matarán? No. Tengamos valor, veréis que Dios está con nosotros. Ved cómo sufrimos con el trabajo y cómo se nos humilla continuamente y se nos golpea. Muchos hermanos nuestros mueren por 22 chelines 6 peniques, ¿es éste el dinero que cuestan nuestras vidas? El que no sepa leer se encargará de decir a su compañero que el 29 de abril no se va a trabajar. Estas palabras no vienen de aquí, vienen de los sabios que están lejos y que nos dan valor para tener valor.
> Esto todo. Escuchad bien y si esto correcto, hagamos así.
> Todos somos Nkana.
> Africanos – Hombres y Mujeres.
> Yo me alegro.
> G. Loveway.

Hombres como Loveway son el símbolo del futuro. Surgirán otros, y otros. Entre aquellos que ya han pasado a la acción surgirán los líderes; no entre los negros aislados del Guys's Hospital o la Sorbona, ni entre los espadachines del *surréalisme* o la abogacía, sino entre los reservados reclutas de una fuerza de policía negra, el sargento en el ejército nativo francés o en la policía británica, familiarizándose con las tácticas y estrategias militares, leyendo un panfleto perdido de Lenin o Trotski como Toussaint leyó al abate Raynal.

Y el triunfo no tendrá como resultado el aislamiento de África. Los negros necesitarán obreros especializados y profesores. El socialismo internacional necesitará las aportaciones de un África libre mucho más de lo que la burguesía francesa necesitó de la esclavitud y del comercio de esclavos. El imperialismo alardea de explotar las riquezas de África en beneficio de la civilización. En realidad, dada la naturaleza misma de su sistema de producción basado en los rendimientos, estrangula el bienestar del continente: la capacidad creativa de los africanos. El africano tiene por delante un largo y difícil camino, y necesitará ayuda. Pero lo recorrerá rápido, porque caminará erguido.

NOTAS

INTRODUCCIÓN

[1] Para un análisis reciente de estas cifras, véase David Eltis, *The Rise of African Slavery in the Americas*, Cambridge, 2000, y Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge, 1999.

[2] El mejor de los informes globales recientes sobre esta cuestión puede encontrarse en Robin Blackbourn, *The Making of New World Slavery. From the Baroque to the Modern, 1492-1800*, Londres, 1997.

[3] Hay fuertes argumentos para sostener que su libro *Beyond a Boundary* (1963) ha ejercido una influencia comparable sobre un espectro de público más amplio.

[4] Seymour Drescher, "British Capitalism and British Slavery", en Seymour Drescher, *From Slavery to Freedom*, Londres, 1999, p. 369.

[5] Véase Joseph E. Inikopri y Stanley L. Engerman, eds., *The Atlantic Slave Trade*, Durham, Carolina del Norte, 1992.

[6] Carolyn E. Frick, "The French Revolution in Saint Domingue", en David Barry Gaspar y David Patrick Geggus, eds., *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, Bloomington, 1997, p. 55.

[7] David Patrick Geggus, "Slavery, War and Revolution in the Greater Caribbean", ibíd., p. 3.

I. LA PROPIEDAD

[1] Véanse las obras del profesor Emil Torday, uno de los mayores especialistas de su época en estudios africanos, particularmente la conferencia celebrada en Ginebra en 1931 en la Sociedad para la Protección de los Niños en África.

[2] Véase la conferencia del profesor Torday mencionada anteriormente.

[3] Véase Pierre de Vaissière, *Saint-Domingue, 1629-1789*, París, 1909. Incluye una relación admirable.

[4] De Vaissière, *Saint-Domingue*, p. 162.

[5] Éste era el comienzo y el final de su educación.

[6] Girod-Chantrans, *Voyage d'un Suisse en différentes colonies*, Neufchâtel, 1785, p. 137.

[7] *Saint-Domingue*, pp. 153-194. De Vaissière utiliza principalmente informes de los archivos coloniales franceses y otros documentos del período, dando referencias específicas en cada caso.

[8] Citado extensamente en De Vaissière, pp. 198-202.

[9] De Vaissière, p. 196.

[10] Por increíble que pueda sonar, el barón de Wimpffen lo refiere como evidencia ocular propia. El relato de su visita a Santo Domingo en 1790 es una obra de referencia. Una buena selección, completada con un excelente aparato de notas, fue publicada bajo el título *Saint-Domingue à la veille de la Révolution*, por Albert Savine, París, 1911.

[11] Véase *Kenya,* por el doctor Norman Leys, Londres, 1926, p. 184. "Determinada rivalidad por una mujer nativa es probablemente la explicación de la mayoría de los crímenes violentos cometidos por los africanos contra europeos en Kenia."

[12] Estas observaciones, escritas en 1938, trataban de utilizar la revolución de Santo Domingo como presagio del futuro del África colonial.

[13] Su nombre de esclavo era Toussaint Bréda.

[14] De Vaissière, pp. 186-188.

[15] Los colonos franceses no eran unos monstruos. Por el asesinato de dos personas de Kenia por los hijos de un obispo y un noble respectivamente y la ausencia de castigo serio de ningún tipo, véase *Kenya,* por el doctor Norman Leys, pp. 176-180. En una nota a pie de página en la p. 180 el doctor Leys cita al Secretario Colonial británico en 1924: "Casos de este tipo son infrecuentes en la historia de la colonia", y añade: "Una declaración muy lejos de ser exacta". Esto no implica en absoluto que todas las bestialidades de Santo Domingo sean practicadas en África. Pero los regímenes son estrictamente paralelos, de no ser así las condiciones anotadas por el doctor Leys no podrían existir.

II. LOS PROPIETARIOS

[1] De Vaissière, pp. 77-79.

[2] De Vaissière, p. 217.

[3] No confundir con los "pobres blancos" en los Estados Unidos o la Sudáfrica de hoy en día. Algunos de éstos, especialmente en los Estados Unidos, viven en condiciones de tanta pobreza como la de los negros de su comunidad.

[4] Alrededor de 2/3 de franco.

[5] De Vaissière, pp. 145-147.

[6] De Vaissière, p. 222.

[7] Lebeau, *De la Condition des Gens de Couleur Libres sous l'Ancien Régime,* Poitiers, 1903.

[8] Lebeau, *De la Condition*...; De Vaissière, capítulo III; *Saint-Domingue à la veille de la Révolution. Souvenirs du Baron de Wimpffen,* editado por Savine, pp. 36-38, etc.

[9] Sigue siendo cierto, en 1961.

[10] Macmillan, *Warning from the West Indies,* Londres, 1936, p. 49.

[11] Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire.*

[12] Esta sección se basa en la obra de Jaurès, *Histoire Socialiste de la Révolution Française,* París, 1922, pp. 62-84.

[13] Gaston-Martin, *L'Ère des Négriers, 1714-1774,* París, 1931, p. 424.

[14] Deschamps, *Les Colonies pendant la Révolution,* París, 1898, pp. 3-8.

[15] Brougham, *The Colonial Policy of the European Powers,* Edimburgo, 1803, vol. II, pp. 538-540.

[16] Deschamps, *Les Colonies pendant*..., p. 25.

[17] *House of Commons: Accounts and Papers,* 1795-1796, vol. 100.

[18] *Parliamentary History,* XXIII, pp. 1026-1027.

[19] *The Right in the West Indian Merchants to a Double Monopoly of the Sugar Market of Great Britain, and the expedience of all monopolies examined* (s. f.).

[20] Chalmers, *Opinions on Interesting Subjects of Law and Commercial Policy arising from American Independence,* Londres, 1784, p.60.

[21] Smith, *La riqueza de las naciones,* vol. I, p. 123. "La experiencia de todas las naciones y de épocas pasadas parece indicar [...] que en último término el trabajo realizado por hombres libres resulta más barato que el trabajo ejecutado por esclavos."

[22] Young, *Annals of Agriculture,* 1788, vol. IX, pp. 88-96. "El cultivo de azúcar por los esclavos es el tipo de trabajo más caro que existe en el mundo."

[23] *East India Sugar*, 1822, anexo I, p. 3.

[24] *Debate on the Expediency of cultivating sugar in the territories of the East Indian Company*, East India House, 1793.

[25] *Report of the Committee of Privy Council for Trade and Plantations*, 1789, parte IV, cuadros de Dominica y Jamaica. Véanse también las estadísticas de Dundas, 18 de abril de 1792.

[26] Clarkson, *Essay on the Impolicy of the African Slave Trade*, Londres, 1784, p. 29.

[27] Coupland, *The British Anti-Slavery Movement*, Londres, 1933, p. 74.

[28] Coupland, *Wilberforce*, Oxford, 1923, p. 93.

[29] *Fortescue MSS.* (Comisión de Manuscritos Históricos, British Museum). Pitt a Grenville, 29 de junio de 1788. Vol. I, p. 342.

[30] *Liverpool Papers* (Manuscritos Complementarios, British Museum). Lord Dorset a lord Hawkesbury. Vol. 38224, p. 118.

[31] R. I. y S. Wilberforce, *Life of Wilberforce*, Londres, 1838, vol. I, p. 228.

[32] *Cahiers de la Révolution Française*, París, 1935, núm. III, p. 25.

[33] Escrito en 1938.

III. PARLAMENTO Y PROPIEDAD

[1] Michel, *La Mission du Général Hédouville à Saint-Domingue*, Puerto Príncipe, Haití, 1929, vol. 1, pp. 11-12.

[2] Comisario Roume al Comité de Salud Pública, *Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Fonds Divers, Section Amérique*, núm. 14, folio 258. Véase también en este sentido, Garran-Coulon, *Rapport sur les Troubles de Saint-Domingue, fait au nom de la Commission des Colonies, des Comités de Salut Public, de Législation, et de la Marine, Réunis*, 4 volúmenes, París, 1798, vol. II, pp. 7-8.

[3] Garran-Coulon, *Rapport sur les Troubles de Saint-Domingue* ... Vol. II, p. 6

[4] Lacroix, *Mémoires pour Servir à l'Histoire de la Révolution de Saint-Domingue.* Paris, 1819. Vol. 1, pp. 54-55.

[5] Clarkson no hubiese ayudado a organizar una revuelta de los mulatos en una colonia británica. Clarkson sin embargo era una persona muy sincera y no es la sinceridad de muchos abolicionistas lo que se plantea aquí. Los misioneros inconformistas y sus congregaciones estaban movidos indudablemente por motivos humanitarios, reforzados por su propia hostilidad a la esclavitud en las factorías y las leyes relativas a la caza. Pero sin Pitt y sin los intereses que éste representaba, ¿hasta qué punto hubiesen sido eficaces?

[6] Robespierre nunca dijo: "Que mueran las colonias antes que vuestros principios". Fue una típica mentira reaccionaria que ha sobrevivido hasta el día de hoy.

[7] Jaurès: *Histoire Socialiste...*, vol. II, pp. 225-226.

[8] Recuérdese que está escrito antes de 1938.

IV. LAS MASAS DE SANTO DOMINGO COMIENZAN

[1] Este extremo ha sido criticado. Yo me reafirmo en él. *CLRJ.*

[2] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. I, p. 91.

[3] *Ibíd.*, p. 183.

[4] Saintoyant, *La Colonisation Française pendant la Révolution (1789-1799)*, París, 1930, vol. I, p. 59.

[5] Citado en Deschamps, *Les Colonies pendant...*, pp. 257-258.

[6] El capitán del barco les quitó todo el dinero y los dejó tirados en Jamaica. El gobernador inglés, muy irritado, volvió a meterlos en un barco de vuelta a Santo Domingo. La Asamblea Colonial ordenó la muerte de casi todos y se salvaron unos veinte, a los que enviaron al oeste con el fin de indisponer a los negros contra los mulatos.

[7] Para un resumen bien documentado de estas atrocidades, véase Schoelcher, *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, capítulo VI.

[8] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. I, pp. 148-152. Para la correspondencia completa, véase *Les Archives Nationales*, DXXV, 1.

[9] En años posteriores Toussaint solía referirse a esto. Véase Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, Puerto Príncipe, Haití, 1933, vol. III, p. 18.

[10] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. I, p. 157.

[11] Memorándum de los *Commissaires Conciliateurs des Citoyens Blancs de l'Artibonite*. *Les Archives Nationales*, DXXV, 2. Una de las ocho piezas reunidas por Roume y enviadas a Francia.

V. Y LAS MASAS DE PARÍS COMPLETAN

[1] Garran-Coulon, *Rapport sur les Troubles...*, vol. IV, p. 21.

[2] *Débats entre les accusés et les accusateurs dans l'affaire des Colonies*, 6 volúmenes, París, 1798. El informe oficial del juicio de Sonthonax y Polverel. Publicado por Garran-Coulon. Vol. II, p. 223.

[3] Anexos al informe de los comisarios enviado al ministro de Marina, 30 de septiembre de 1792, *Les Archives Nationales*, DXXV.

(a) D'Augy, presidente de la Asamblea Colonial, en un discurso dirigido a los comisarios en el momento de su llegada: "[...] no darle motivo alguno de duda en relación con nuestro perfecto respeto a la ley del pasado 4 de abril a favor de los hombres de color y los negros libres".

(b) Carta de Girardin, comandante de la base naval: "Me preguntan, caballeros, qué piensan los soldados y marineros sobre la ley del 4 de abril. Piensan que su aplicación es algo excelente tanto para esta ley como para todas las demás. Cuando la ley habla, saben cómo obedecer, siempre y cuando nadie intente corromperlos [...]". Girardin alertó a los comisarios contra los "facciosos" de Le Cap que deseaban romper "la armonía existente entre los respetables habitantes, blancos y negros [...]". Sugería que los comisarios desembarcasen en St. Marc donde "la unidad entre los ciudadanos es perfecta".

(c) Carta de De Blanchelande, gobernador, a los comisarios: "La ley del 4 de abril ha sido publicada y aceptada en toda la colonia".

Carta de Souchet, el tesorero, a los comisarios: "Encontrarán aquí una aceptación unánime a la ley del 4 de abril [...]".

Carta de Delpech, otro funcionario: "Verán [...] que el primer objetivo de su misión, garantizar la ejecución de la ley del 4 de abril, no les causará muchos problemas, pero tendrán que tomar muchas precauciones [...]".

El mismo Sonthonax escribe al ministro que Roume envió idénticas noticias desde el sur y el oeste.

Sin embargo, el señor Lothrop Stoddard, ateniéndose desquiciadamente a sus teorías raciales, llega hasta el punto de afirmar, en la p. 187 de su libro *The French Revolution in San Domingo* (Boston y Nueva York, 1914) que el gobernador y el comandante de la base escribieron informes especiales declarando que los soldados y marineros "compartían la repugnancia de los colonos por la ley del 4 de abril".

[4] Mariscal de campo.

[5] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, Puerto Príncipe, 1933, vol. II, p. 220. Toussaint menciona el plan y no da detalles, pero no podría ser de manera diferente a como señala, pues fue inmediatamente después de esto cuando escribió a Laveaux.

[6] Toussaint mismo en una carta de 18 de mayo de 1794 recuerda a Laveaux este ofrecimiento previo a los desastres de Le Cap que tuvieron lugar en junio de 1793. La carta se encuentra en *La Bibliothèque Nationale*, Departamento de Manuscritos. Las cartas de Toussaint a Laveaux y documentos afines dispuestos en orden cronológico llenan tres volúmenes. Son de primera importancia. El libro de Schoelcher *Vie de Toussaint-L'Ouverture* cita ampliamente estas cartas y puede ser consultado para mayor comodidad. Véanse pp. 98-99.

[7] *Lettres de Toussaint-L'Ouverture, La Bibliothèque Nationale* (Dept. de Manuscritos).

[8] L'Ouverture significa "la apertura". Se dice que o bien Laveaux o bien Polverel exclamaron al oír las noticias de otra victoria de Toussaint: "Este hombre consigue aperturas en todas partes", y a partir de esa frase se generó el nuevo nombre. No es improbable que los esclavos lo llamasen L'Ouverture por causa del hueco de su dentadura. Más tarde retiró el apóstrofo.

[9] Roume al Comité de Seguridad Pública. Informe de 18 de ventoso (1793), *Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères.* Un documento de gran valor.

[10] *Lettres de Toussaint-L'Ouverture, La Bibliothèque Nationale.* La fuente tanto de éste como de otros fragmentos citados es un escrito de reclamación enviado por los colonos emigrados al gobernador español, fechado el 4 de abril de 1794. Véase Schoelcher, p. 92.

[11] Chatham Papers, GD 8/334. Documentos misceláneos relativos a Francia, 1784-1795. (Oficina del Registro Público.)

[12] Documentos de la Oficina Colonial, Jamaica. CO 137/91, 25 de febrero de 1793.

[13] James Stephen a Wilberforce: "El Sr. Pitt, tristemente para él, para su país y para la humanidad, no muestra tanto celo como debería en la defensa de la causa de los negros, ni en este gabinete ni en el Parlamento". 17 de julio de 1797. R.I. y S. Wilberforce, *Vida de Wilberforce*, Londres, 1838, Vol. II, pp. 224-225.

[14] Fortescue MSS. (*Historical Manuscripts Commission*), vol. II, p. 405. 17 de julio de 1793.

[15] Fortescue MSS., Dundas a Grenville, 12 de octubre de 1793, vol. II, p. 444.

[16] *Ibíd.* A Grenville, julio de 1793, vol. II, pp. 407-408.

[17] *Ibíd.* Dundas a Grenville, 11 de octubre de 1793, vol. II, p. 443.

[18] 18 de febrero de 1796.

[19] Documentos de la Oficina Colonial, Jamaica, CO 137/91. A Dundas, 13 de julio de 1793.

[20] *Ibíd.* CO 137/92. A Dundas, 9 de febrero de 1794.

[21] *Ibíd.* CO 137/91. 13 de diciembre de 1793.

[22] En tierras nuevas y fértiles, como las que aún existían en Santo Domingo, y más tarde en Brasil, el esclavo, aunque caro, aún seguía dando buenos rendimientos, y a menudo era la única fuerza de trabajo disponible.

[23] Saintoyant, *La Colonisation Française...*, vol. II, p. 148.

[24] F. Carteau, *Les Soirées Bermudiennes*, Burdeos, 1802. Auténtico porque Carteau era un colono, opuesto a la abolición, y relata sus propias experiencias.

[25] *Ibíd.*

[26] Cecil Rhodes: "La filantropía pura es muy buena a su manera, pero la filantropía más el cinco por ciento es aún mejor".

[27] Saintoyant, *La Colonisation Française...*, vol. I, pp. 330-333.

[28] La frase es de Grégoire.

[29] Sir Harry Johnston, *The Negro in the New World*, Londres, 1910, p. 169.

VI. LA ASCENSIÓN DE TOUSSAINT

[1] Fortescue, *History of the British Army*, Londres, 1909, vol. IV, 2ª parte, p. 385.

[2] Éste y otros dos capítulos posteriores se basan principalmente en la correspondencia con Laveaux. Véase nota 6 en la página 351.

[3] Fortescue, *History of the British Army*, vol. IV, 2ª parte, p. 452.

[4] *Ibíd.*, p. 469.

[5] *Lettres de Toussaint-L'Ouverture. La Bibliothèque Nationale.*

[6] *Ibíd.*

[7] Tomado de una famosa canción francesa de la Revolución, el *Ça Ira*.

VII. LOS MULATOS LO INTENTAN Y FRACASAN

[1] A Dundas, 17 de enero de 1794. Documentos coloniales oficiales, Jamaica, CO 137/92.

[2] *Ibíd.*, CO 137/93. 5 de julio de 1794.

[3] Informes al ministro de Marina. *Les Archives Nationales*, DXXV, 50.

[4] *Ibíd.* Informe del 17 de mesidor, AÑO IV.

VIII. LOS PROPIETARIOS BLANCOS DE ESCLAVOS, UNA VEZ MÁS

[1] Saintoyant, *La Colonisation Française*..., vol. I, pp. 229-230.

Existía una curiosa alianza entre Robespierre, Fouquier-Tinville, jefe de los tribunales revolucionarios, y algunos de los colonos emigrados. Véase en particular un informe de Dufay, el miembro blanco de los tres primeros representantes por Santo Domingo. *Les Archives Nationales*, DXXV, 57.

[2] Clairveaux, Maurepas y otros cien signatarios a Sonthonax, 30 de septiembre de 1796. *Correspondance du Citoyen Sonthonax*, vol. II, p. 370. *La Bibliothèque Nationale.*

[3] *Ibíd.* Moïse a Sonthonax. 21 de septiembre de 1796. *Correspondance du Citoyen Sonthonax*, vol. II, p. 372.

[4] Informe de las Deliberaciones de la Comisión por Pascal, el secretario, 25 de vendimiario, AÑO V. *Les Archives Nationales*, DXXV, 45.

[5] Copia de las actas de la Asamblea Electoral, 20 de fructidor, AÑO IV, y los días siguientes. *Les Archives Nationales*, DXXV, 45.

La creencia largamente aceptada de que Toussaint amañó la elección de Sonthonax para librarse de él está por tanto en directa contradicción con los hechos.

[6] Fortescue, *History of the British Army*, Londres, 1906, vol. IV, parte 1.

[7] Es otra de las tenaces leyendas ahora desmontadas por la masa de documentos que reproduce Michel, *La Mission du Général Hédouville*...

[8] Informe del 18 de fructidor, AÑO V (5 de septiembre de 1797). *Les Archives Nationales*, AF III, 210. Reproducido en parte en Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, pp. 24-40.

[9] *Ibíd.*

[10] *Les Archives Nationales*, AF 1212. Citado de Schoelcher, *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, p. 194.

[11] Informe del 14 de brumario, AÑO VI. *Les Archives Nationales*, AF III, 210. Reproducido en parte en Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 36.

[12] La cursiva es del propio Toussaint.

[13] Probablemente una cita de una de las cartas dirigidas a él por el Directorio.

IX. LA EXPULSIÓN DE LOS BRITÁNICOS

[1] Fortescue, *History of the British Army*, vol. IV, parte 1, p. 468.
[2] *Ibíd.*, p. 496.
[3] *Ibíd.*, p. 546.
[4] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, pp. 57-58. Vol. II, caps. 3 y 4, contiene una relación exhaustivamente documentada de la última fase de la guerra, con largos extractos de la correspondencia de Toussaint con Maitland, Hédouville, etc. Salvo mención expresa, los fragmentos citados en este capítulo son una reproducción de esos capítulos.
[5] La correspondencia de Roume durante este período puede consultarse en *Les Archives Nationales*, AF III, 210.
[6] Michel, *La Mission du Général Hédouville...*, p. 135.
[7] Anteriormente Puerto Príncipe.
[8] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. II, pp. 334-335.
[9] Informe al Directorio de frimario, AÑO VII. *Les Archives Nationales*, AF III, 210.
[10] Maitland a Dundas, 26 de diciembre de 1798, Public Record Office, War Office Papers, WO 1/170 (345).
[11] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. I, p. 346. Lacroix afirma que él mismo vio las propuestas entre los papeles de Toussaint.
[12] *Ibíd.*
[13] Maitland a Dundas, 26 de diciembre de 1798. Véase arriba nota 10.
[14] Portland a Balcarres, 6 de enero de 1799. Public Record Office, CO 137/101.
[15] Fortescue, *History of the British Army*, vol. IV, parte 1, p. 565.
[16] *Ibíd.*, p. 565.
[17] *Ibíd.*, p. 325.
[18] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, p. 116-117.
[19] *Les Archives Nationales*, AF III, 210.
[20] Informe de frimario, AÑO VII. *Les Archives Nationales*, AF III, 210.
[21] ¿Por qué no? *CLRJ*.

X. TOUSSAINT OBTIENE EL PODER

[1] La cursiva es de Rigaud.
[2] 4 de ventoso, AÑO VII (22 de febrero de 1799). *Les Archives du Ministère de la Guerre*. B.7 1.
[3] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, p. 148.
[4] 19 de germinal, AÑO VIII (8 de abril). *Les Archives du Ministère de la Guerre*. B.7 1.
[5] Por lo que se refiere a estas negociaciones, véase la correspondencia de Toussaint incautada por los franceses. *Les Archives du Ministère de la Guerre*. B.7 1.
[6] *Les Archives du Ministère de la Guerre*. B.7 1.
[7] Ardouin, *Études sur l'histoire de Haiti* (París, 1853), vol. IV, p. 46.
[8] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, pp. 151-152. El Convenio está reproducido íntegramente en Schoelcher, *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, pp. 416-419.
[9] *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, p. 140.
[10] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II. Véanse notas en pp. 121 y 126.
[11] *Précis sur l'état actuel de la colonie de Saint-Domingue*. *Les Archives Nationales*, AF III, 1187.
[12] *Précis de mon voyage à Saint-Domingue*, 20 de pluvioso, AÑO X. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1212.

[13] *Ibíd.*

[14] Era comandante de la Provincia Occidental pero el sur estaba subordinado a él.

[15] Se dice a menudo que Toussaint masacró a miles de mulatos. Esto es maná caído del cielo para historiadores hostiles a la raza negra. Desgraciadamente para ellos, no es cierto. Si alguien odió con saña a Toussaint fue el historiador mulato Saint-Remy, que reunió en su biografía sobre él toda la maledicencia a que tuvo acceso. Sín embargo Saint-Remy, haitiano él mismo, y que escribió en 1850, reseña que la "moderación de L'Ouverture fue sorprendente después del triunfo que acababa de obtener". La cifra de 10.000 mulatos muertos que recoge Lacroix es absurda. Para un análisis de esta mentira muy extendida véase el libro de Schoelcher, *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, pp. 268-269.

[16] Michel, *La Mission du Général Hédouville*..., p. 139.

[17] Carta de ventoso, AÑO VII. *Les Archives du Ministère des Colonies.*

[18] Schoelcher, *Vie de Toussaint-L'Ouverture.* Notas en pp. 270-271.

[19] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, p. 207.

XI. EL CÓNSUL NEGRO

[1] Esto fue admitido por el general Leclerc en el decreto de 4 de julio de 1802. *Les Archives du Ministère de la Guerre.* B.[7] 5.

[2] Gragnon-Lacoste, *Toussaint-L'Ouverture*, París y Burdeos, 1877, p. 194.

[3] Informes al ministro, 19 y 22 de pradial, AÑO VIII. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1187.

[4] Hilaire Belloc, *The French Revolution*, Home University Library.

[5] Roume, comunicado del 19 y el 22 de pradial, AÑO VIII. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1187.

[6] Nemours, *Histoire Militaire de la Guerre d'Indépendance de Saint-Domingue*, París, 1925, vol. I, pp. 67-93. Un resumen y análisis de los hechos más conocidos con material adicional.

[7] Beard, *Life of Toussaint L'Ouverture*, p. 138.

[8] Nemours, *Histoire Militaire de la Guerre*..., vol. I, pp. 17-19. Nemours condensa las pruebas que lo demuestran. Idlinger, el tesorero (blanco) de la isla bajo Toussaint, declara lo mismo en una memoria escrita para el gobierno francés en 1804. Véase *Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Fonds Divers, Section Amérique*, núm. 14, folio 202.

[9] Nemours, *Histoire Militaire de la Guerre*..., vol. I, p. 126.

[10] Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. I, p. 406.

[11] Nemours, *Histoire Militaire de la Guerre*..., vol. I, p. 146.

[12] Schoelcher, *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, p. 289.

[13] Memorias del general Ramel. Véase la introducción a *Toussaint L'Ouverture*, una obra de teatro de Lamartine, París, 1850, p. xxiv.

[14] Después de 400 años llevando la civilización a los nativos, los británicos y los holandeses de Sudáfrica no consiguen encontrar a un representante de los africanos en el Parlamento de Ciudad del Cabo. En 1936 los sudafricanos blancos privaron a los nativos del derecho al voto que habían disfrutado en la provincia del Cabo durante generaciones.

[15] Notas de un colono para uso de Hédouville. Reimpreso en Michel, *La Mission du Général Hédouville*..., pp. 85-103.

Por lo que se refiere a las notas y memorándums de los generales negros por parte de hombres blancos, franceses y colonos, que los conocieron bien, véanse también Gaston Nogerée, Informe al gobierno francés, 1801. *Les Archives Nationales*, F. 7, 6266; Lamarti-

ne, *Toussaint L'Ouverture*, pp. xvi-xxviii; Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. II, pp. 308-345; Idlinger, *Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Fonds divers, Section Amérique*, núm. 14.

[16] Cuando los franceses capturaron Puerto Príncipe en 1802, Lacroix, que se quedó al frente, encontró entre los efectos personales de Toussaint "mechas de cabello de todos los colores, anillos, corazones dorados atravesados por una flecha, llavines [...] y una infinidad de cartas de amor. [...]" (*Mémoires pour Servir*..., vol. II, p. 105). Esto no encaja con las teorías raciales del señor Lothrop Stoddard. En la página 388 de su libro, *The French Revolution in San Domingo*, escribe lo siguiente acerca de las relaciones entre las mujeres blancas y los generales negros: "Los generales negros habían abusado mucho de su poder en este sentido. Por lo que se refiere a los graves deslices de Toussaint a este respecto, véase Lacroix II, 104-105". ¿Cuántos beberán en las fuentes de Lacroix? Piensan naturalmente tras leer a Stoddard que Toussaint y sus generales violaron a mujeres blancas o las obligaron a dormir con ellos por miedo. Thiers, en su famoso libro *History of the Consulate and the Empire*, así lo afirma. Es un ejemplo característico del manto de mentiras que recubre a la auténtica historia del imperialismo en los países coloniales.

[17] Malenfant, *Des Colonies et particulièrement de celle de Saint-Domingue*, París, 1819.

[18] Proclamación de Christophe I, 1814. Impreso en Beard, *Life of Toussaint L'Ouverture*, p. 326.

[19] Ardouin, *Études sur l'histoire*..., vol. IV, p. 256.

[20] La Constitución está reproducida íntegramente en Nemours, *Histoire Militaire*..., vol. I, pp. 95-112.

[21] Saint-Anthoine, *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, p. 325.

[22] Escrito en 1938.

[23] *Précis de mon voyage*...

XII. LA BURGUESÍA SE PREPARA PARA RESTABLECER LA ESCLAVITUD

[1] El padre de Alejandro (padre) y abuelo de Alejandro (hijo). Francia ha erigido un monumento a los tres en la plaza Malesherbes, París.

[2] Correspondencia de Napoleón.

[3] Eugene Tarlé, *Bonaparte*, Londres, 1937, pp. 116-117.

[4] Al ministro. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1187.

[5] *Mémoires pour Servir*..., vol. II, p. 319.

[6] Georges Lefebvre, *La Convention*, vol. I, p. 45, discursos mimeografiados impartidos en la Sorbona (véase Bibliografía, p. 366). "Los jacobinos, además, tenían una apariencia autoritaria. Consciente o inconscientemente, su deseo era actuar con la gente y por la gente, pero defendiendo el derecho a su autoridad, y cuando se pusieron al frente de los asuntos públicos dejaron de consultar al pueblo, suprimieron las elecciones, proscribieron a los *hebertistas* y a los *enragés*. Es posible describirlos como déspotas ilustrados. Los *sansculottes*, por el contrario, eran extremadamente demócratas: deseaban el gobierno directo del pueblo por el pueblo; si exigían una dictadura contra los aristócratas deseaban ejercerla ellos mismos y obligar a sus líderes a actuar conforme a sus deseos."

Los *sansculottes* de París, en particular, veían con mucha claridad lo que requería cada fase de la revolución al menos hasta alcanzar su punto de mayor efervescencia. La dificultad estaba en que no disponían ni de la educación, ni de la experiencia ni de los recursos necesarios para organizar un Estado moderno ya fuera temporalmente. *Ésta era en buena parte la postura de los revolucionarios de Plaisance, Limbé y Dondon en relación con Toussaint. Los*

acontecimientos no tardarían en demostrar hasta qué punto estaban en lo cierto y hasta qué punto cometió Toussaint, al no escucharlos, el mayor error de su carrera.

Para un análisis muy equilibrado del modo en que los *sansculottes* elaboraron ellos mismos y forzaron sobre un reticente Robespierre las grandes políticas que salvaron a la revolución, véase Lefebvre (conferencias mimeografiadas), *Le Gouvernement Révolutionnaire* (2 de junio de 1793-9 de termidor II), folio II.

[7] El mismo Toussaint no admitió esto mucho tiempo después. Véase Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1899, p. 228.

[8] Conocemos esto gracias a su informe a Bonaparte. *Les Archives Nationales*, F. 7, 6266.

[9] Idlinger, tesorero de la colonia. Informe dirigido al gobierno francés. *Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Fonds divers, Section Amérique*, núm. 14.

[10] Mauviel, obispo de Santo Domingo, memorándum a Napoleón. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1187.

XIII. LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

[1] Las instrucciones están impresas con detalle en *Die Kolonialpolitik Napoleons I*, por Roloff (Múnich, 1899), como apéndice.

[2] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 48. No son éstas las instrucciones.

[3] *Ibíd.*

[4] Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. II, pp. 69-88.

[5] Lacroix, *Mémoires pour Servir*... Lacroix tomó parte en las negociaciones.

[6] "[...] él [Toussaint] era favorable a los colonos blancos, especialmente a aquellos que ocupaban nuevas posesiones; y el cuidado y la parcialidad que prodigaba hacia ellos llegaba hasta el punto de ser severamente censurado por estar más unido a ellos que a su propia gente. Este lamento de los negros no dejaba de tener su fundamento; durante algunos de los meses anteriores a la llegada de los franceses había enviado a la muerte a su propio sobrino, el general Moïse, por no obedecer sus órdenes a propósito de la protección a los colonos. Esta acción del gobernador, y la gran confianza que tenía en el gobierno francés, fueron la causa principal de la débil resistencia que encontraron los franceses en Haití." Éste es un extracto de un manifiesto publicado por Christophe en 1814, cuando Haití volvió a estar amenazado. (Reimpreso en Beard, *Life of Toussaint L'Ouverture*, Londres, 1853, p. 326.) Toussaint no confiaba en el gobierno francés tal como afirma Christophe. No se hubiese armado hasta el punto y de la manera que lo hizo si realmente hubiese confiado en ellos. Pero permitió que la gente pensase que confiaba en los franceses.

[7] El comandante de la vanguardia de Boudet era Pamphile de Lacroix.

[8] Carta enviada a sus hijos por Toussaint, 22 de pradial, AÑO VII. *Les Archives Nationales*, F. III, 210.

[9] Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. II, pp. 119-126.

[10] Leclerc al Primer Cónsul. 9 de febrero de 1802. Las cartas han sido transcritas a partir de los Archivos del ministro de Guerra por el general Nemours. Véase *Histoire Militaire de la Guerre d'Indépendence*..., vol. II, pp. 53-120.

[11] 15 de febrero de 1802. Al ministro de Marina.

[12] "O Wad some power. [...]"

[13] 15 de febrero de 1802. Al ministro de Marina.

[14] Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. II, p. 228.

[15] El general Nemours, un haitiano, gran admirador de Toussaint, y autor de un minucioso estudio de esta campaña, contradice la historia tradicional haitiana. Describe la

batalla como una derrota de Toussaint. Pero basa sus conclusiones, entre otros factores, en la supuesta traición de Maurepas. En el volumen II de su obra, sin embargo, corrige la supuesta traición de Maurepas a partir de pruebas obtenidas tras la publicación del volumen I. El resultado de la batalla debe permanecer por el momento incierto. Véase Nemours, *Histoire Militaire*..., vol. I, pp. 210-211 y vol. II, pp. 250-252.

[16] *Mémoires pour Servir* ..., vol. II, p. 143. "Me salvó milagrosamente la buena suerte."

[17] Nemours, *Histoire Militaire*..., vol. II, p. 230.

[18] *Ibíd.*, p. 231.

[19] Lacroix, *Mémoires pour Servir* ..., vol. II, p. 48.

[20] 27 de febrero de 1802. Al ministro de Marina.

[21] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 121.

[22] Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. II, pp. 161-162.

[23] *Ibíd.*, p. 164.

[24] 19 de abril de 1802. Al ministro de Marina.

[25] 21 de abril de 1802. Al ministro de Marina.

[26] El general Nemours ha enumerado abrumadoras pruebas del convencimiento entre los oficiales franceses respecto al poderío de los negros en el momento de la rendición. *Histoire militaire*..., vol. III.

[27] Isaac L'Ouverture, *Mémoires.*

[28] 26 de mayo de 1802. Al ministro de Marina.

[29] 5 de mayo de 1802. Al ministro de Marina.

[30] 8 de mayo de 1802. Al ministro de Marina.

[31] 8 de mayo de 1802. Al ministro de Marina.

[32] 6 de junio de 1802. Al ministro de Marina.

[33] 6 de junio de 1802. Al ministro de Marina.

[34] 11 de junio de 1802. Al ministro de Marina.

[35] *Ibíd.*

[36] 4 de julio de 1802. Al ministro de Marina.

[37] 6 de julio de 1802. Al ministro de Marina.

[38] Lacroix, *Mémoires pour Servir*..., vol. II, p. 225.

[39] Michelet había mostrado ya idéntico punto de vista a propósito de la Revolución Francesa. Pero su mayor representante es Georges Lefebvre, el gran historiador contemporáneo de la Revolución Francesa, que una y otra vez examina exhaustivamente todas las pruebas disponibles e insiste en que no sabemos ni nunca sabremos quiénes fueron los auténticos líderes de la Revolución Francesa, individuos anónimos, oscuros, muy alejados de los legisladores y de los oradores públicos.

G. Lefebvre, *La Fuite du Roi*, p. 187 (discursos mimeografiados): "Es erróneo conceder demasiada importancia a las opiniones que pudieran albergar los girondinos o Robespierre sobre lo que debería hacerse en el futuro. No es ésta la perspectiva bajo la que debe abordarse la cuestión. Debemos prestar más atención a los líderes oscuros y a la gente que los escuchaba en las tiendas, los pequeños talleres y los callejones oscuros del viejo París. De ellos dependía el negocio y, evidentemente, por el momento seguían a los girondinos. [...] Por ello es en la mentalidad popular, en la profunda e incurable desconfianza que se había engendrado en el alma del pueblo, en relación con la aristocracia, y que se había iniciado en 1789, y en relación con el rey, desde el momento de la huida a Varennes, es ahí donde debemos buscar la explicación de lo ocurrido. El pueblo y sus líderes desconocidos sabían lo que querían. Seguían a los girondinos como después siguieron a Robespierre, sólo en la medida en que su consejo resultase aceptable.

¿Quiénes eran, pues, estos líderes a los que el pueblo prestaba atención? Sabemos de algunos. Sin embargo, como en todos los días decisivos de la revolución, lo que más nos gustaría conocer está para siempre fuera de nuestro alcance; nos gustaría tener el diario de los más oscuros de estos líderes populares; podríamos entender, por así decir en el acto, cómo empezó uno de estos grandes días revolucionarios; no lo tenemos."

[40] Nemours, *Histoire Militaire...*, vol. II, p. 261.

[41] *Ibíd.*, p. 266.

[42] 2 de agosto de 1802. Al ministro de Marina.

[43] *Ibíd.*

[44] 6 de agosto de 1802. Al ministro de Marina.

[45] 6 de agosto de 1802. Al Primer Cónsul.

[46-47] Leclerc lo enfatiza.

[48] 9 de agosto de 1802. Esta carta no figura entre las recogidas por el general Nemours. La cita Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1899, p. 258. Ésta es la historia oficial francesa.

[49] 25 de agosto de 1802. Al ministro de Marina.

[50] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 120.

[51] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. II, p. 223.

[52] 13 de septiembre de 1802. Al ministro de Marina.

[53] La cursiva es de Leclerc.

[54] 17 de septiembre de 1802. Al ministro de Marina.

[55] 26 de septiembre de 1802. Al Primer Cónsul.

[56] 26 de septiembre de 1802. Al ministro de Marina.

[57] Proclamación de Christophe, 1814. Reimpreso en Beard, *Life of Toussaint L'Ouverture*, p. 326.

[58] Rochambeau a Quantin. 2 de brumario, AÑO XI (24 de octubre de 1802). *Les Archives du Ministère de la Guerre.* B7. 8.

[59] 27 de septiembre de 1802. Al Primer Cónsul.

[60] La cursiva es de Leclerc.

[61] Octubre de 1802. Al ministro de Marina.

[62] Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution...*, p. 271.

[63] *Ibíd.*, p. 326. Lacroix no toca esta sección. A pesar de escribir en fecha tan tardía como 1819, no se atrevía a reflejar por escrito toda la verdad. Pero escribió un memorándum para Napoleón en el que refleja con minuciosidad el curso de los acontecimientos. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1212.

[64] Al ministro colonial. 25 de nivoso, AÑO XI (14 de enero de 1803). *Les Archives du Ministère des Colonies.*

[65] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 150. Relatan este incidente dos de los primeros historiadores de la isla, Ardouin y Delattre, a los que remite Sannon.

[66] Lacroix, Memorándum a Napoleón. *Les Archives Nationales*, AF IV, 1212. Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution...*, pp. 371-372.

[67] Lacroix, *Mémoires pour Servir...*, vol. II, p. 253.

[68] Kerverseau a Lacroix. 4 de noviembre de 1802. *Les Archives du Ministère de la Guerre*, B7. 8.

[69] *Ibíd.*, 11 de noviembre de 1802.

[70] Beard, el autor inglés, afirma que las mujeres blancas de Le Cap acudieron a recibir a los perros el día del desembarco y los saludaron dándoles besitos.

[71] Memorándum Lacroix. *Les Archives Nationales.* Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Overture*, vol. III, pp. 152-153.

[72] Carta desde Le Cap, 6 de octubre (14 de vendimiario, AÑO XI). *Les Archives Nationales.* Citado en Lothrop Stoddard, *The French Revolution in San Domingo*, p. 347. Inútil decir que Stoddard no formula objeción de ningún tipo contra esta política.

[73] Memorándum Lacroix. *Les Archives Nationales.*

[74] Lemmonier-Delafosse, *Seconde campagne de Saint-Domingue précédée de souvenirs historiques et succints de la première campagne*, París, 1846.

[75] Memorándum Lacroix.

[76] Isaac L'Ouverture, *Mémoires.*

[77] Era mulato: típico en Toussaint.

[78] Nemours, *Histoire de la Captivité et de la Mort de Toussaint-L'Ouverture*, París, 1929. El informe definitivo sobre la cautividad de Toussaint junto con muchos de los documentos más importantes impresos en su totalidad.

[79] Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution...*, p. 224. Poyen cita el informe oficial del carcelero.

[80] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 185.

[81] *Ibíd.*, p. 185.

[82] Lacroix, Memorándum a Napoleón. *Les Archives Nationales,* AF IV, 1212.

[83] Sannon, *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 195.

[84] Véase abajo, nota 87.

[85] Lord Cecil.

[86] Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution ...*, p. 436.

[87] Guy, *La Perte de Saint-Domingue. Du Traité d'Amiens au Couronnement de Dessalines. D'après les mémoires...conservés aux Archives des Colonies. Fonds Moreau,* f. 283. M. Camille Guy, *Bulletin de géographie historique et descriptive,* núm. 3, 1898, pp. 17-18.

[88] Extractos de documentos estadounidenses en los Archivos Leclerc. *Les Archives du Ministère de la Guerre.* B^7. 6.

[89] Poyen, *Histoire Militaire de la Révolution...*, p. 470.

[90] Mauviel, Memorándum a Napoleón. *Les Archives Nationales,* AF IV, 1212.

[91] Varios Memorándums sobre América. *Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères.*

[92] Lacroix. Memorándum a Napoleón.

[93] Véase el Prólogo a la edición Vintage, p. vii.

[94] Orden 5009.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS (MANUSCRITOS)

ARCHIVOS FRANCESES

Les Archives Nationales poseen miles de informes oficiales y correspondencia privada que abarcan todo el período comprendido entre 1789 y 1804. Éste es el principal campo de investigación.

Les Archives du Ministère de la Guerre contienen asimismo una vasta colección de documentos: la correspondencia de Leclerc y los documentos de sus oficiales, junto con otras colecciones misceláneas como, por ejemplo, partes de la correspondencia de Toussaint (capturada durante la guerra), papeles relativos a su viaje a través de Francia, etcétera.

Les Archives du Ministère des Colonies poseen no sólo cartas de Santo Domingo, sino también copias de las cartas enviadas por el Ministerio a los oficiales franceses en las colonias.

Les Archives du Ministère des Affaires Étrangères poseen una pequeña y miscelánea colección de documentos, algunos de gran importancia.

La Bibliothèque Nationale

El Departamento de Manuscritos posee tres volúmenes con la correspondencia entre Toussaint y Laveaux y dos volúmenes de la correspondencia de Sonthonax. Estos documentos tienen un inmenso valor.

ARCHIVOS DE SANTO DOMINGO

La Mission du Général Hédouville por A. Michel se basa en la colección del doctor Price Mars, y en el libro se declara que esta colección contiene manuscritos originales de primera magnitud. Es de esperar que algún día lleguen a publicarse extractos de este volumen.

ARCHIVOS BRITÁNICOS

The Public Record Office posee la correspondencia original del secretario de Estado con los oficiales británicos en Jamaica durante este período (CO 137) así como documentos del Ministerio de Asuntos Exteriores (Francia); ambos se ocupan extensamente de Santo Domingo.

The British Museum contiene manuscritos dispersos relativos al comercio de esclavos y a las Indias Occidentales.

El autor no puede reclamarse un examen exhaustivo de estos archivos. Sólo el material existente en *Les Archives Nationales* hubiese requerido años. Pero el terreno ha sido cubierto ya en buena parte por otros autores, lo que facilita la investigación independiente.

Desgraciadamente, la *suppressio veri* y la *suggestio falsi* no son los únicos demonios con los que uno debe lidiar. Amargas experiencias han enseñado la lección de que es imprudente confiar en nada por principio y el examen de citas aparentemente presentadas *bona fide* (con la referencia debidamente adjunta) ha dejado traslucir dolorosos ejemplos de falta de escrúpulos.

FUENTES PRIMARIAS (IMPRESAS)

Los debates de las Asambleas revolucionarias se encuentran en *Le Moniteur* de la época. Resultan indispensables.

La Correspondencia de Napoleón.

La gran colección de documentos relativos a la historia de París durante la Revolución Francesa y publicados bajo los auspicios del Consejo Municipal de París. No sólo son el fundamento para cualquier estudio moderno de la revolución, sino que, dispersas entre esta documentación, se hallan importantes referencias a la cuestión colonial, a Santo Domingo, a Toussaint L'Ouverture, etc. Los más útiles para la revolución de Santo Domingo son *La Société des Jacobins*, por Aulard (6 vols.); *Les Clubs Contre-Révolutionnaires*, por Challamel (1 vol.); *Paris pendant la Réaction Thermidorienne et sous le Directoire*, por Aulard (4 vols.); *Paris sous le Consulat*, por Aulard (4 vols.).

A todo ello ha de añadirse el *Recueil des Actes du Directoire Exécutif* editado por Debidour y publicado bajo la dirección del Ministerio de Instrucción Pública.

El Club Massiac, La Provincia del Norte, La Provincia Occidental, La Provincia del Sur, las Cámaras de Agricultura, las Cámaras de Comercio, Raymond, Vincent, Laveaux, los diputados de las Asambleas francesas, los emisarios públicos y privados de funcionarios, individuos privados, toda organización o persona concebible que participó o estuvo remotamente ligada con estos acontecimientos publicó panfletos, muchos de los cuales son de carácter semioficial o incluso oficial. La literatura panfletaria es por esta razón muy abundante. La Bibliothèque Nationale atesora una impresionante colección; la del British Museum, pese a su carácter mucho más restringido, es buena.

BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL

Pese a la relevancia e interés de la cuestión, durante mucho tiempo no resultó fácil encontrar en inglés o en francés un volumen conciso que tratase de manera exten-

sa y ponderada la revolución de Santo Domingo. Por su lucidez y objetividad, los modernos escritores haitianos superan fácilmente a todos los demás. Para un somero examen se recomiendan los siguientes libros:

MICHEL, Antoine, *La Mission du Général Hédouville à Saint-Domingue*, Imprenta "La Presse" 618. Rue Dantes Destouches, Puerto Príncipe, Haití, 1929.

Una obra proyectada en cinco volúmenes y de la que sólo llegó a aparecer uno. Basado en documentos originales, analizados juiciosamente y con imparcialidad, este libro aporta mucha información nueva y contribuye a deshacer muchos mitos.[1]

FORTESCUE, sir John, *History of the British Army*, vol. IV, partes I y II, Londres, 1906.

Fortescue proporciona una narración exhaustiva de la expedición británica. El modo en que aborda la historia de Santo Domingo, basándose en la investigación realizada en archivos británicos, es muy útil, pero sólo para quienes pueden entender la mentalidad *tory*. Así, Fortescue describe seráficamente la relación que unía a los esclavos con sus señores y cree que el trato planteado por los británicos, o sea, la obtención de la libertad tras militar cinco años en el ejército británico, podía compararse razonablemente con el principio francés de libertad inmediata para todos; y cuando en 1798 Toussaint y Rigaud empiezan su colaboración para expulsar a los británicos de Santo Domingo, Fortescue simplemente no puede entender la razón.

LACROIX, Pamphile de, *Mémoires pour Servir à l'Histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, 2 vols., París, 1819.

Lacroix participó en la expedición de Leclerc y gran parte de su trabajo se basa en información de primera mano y en su experiencia personal. Investigaciones modernas demuestran que en muchos puntos se equivocaba. Es parcial a favor de los franceses. Con todo, su libro es indispensable y merece plenamente su reputación.

NEMOURS, general A., *Histoire Militaire de la Guerre d'Indépendance de Saint-Domingue*, 2 vols., París, 1925 y 1938.

Este libro abarca la Guerra de la Independencia hasta la rendición de Toussaint. El general Nemours es un haitiano que ha trabajado personalmente sobre el terreno y que ha investigado exhaustivamente los archivos de Francia. Es un admirador entusiasta de Toussaint pero a la vez excepcionalmente justo.

POYEN, coronel A. de, *Histoire Militaire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1899.

Se trata de la narración oficial francesa. Poyen malinterpreta la campaña en su totalidad, tanto el plan ofensivo de Leclerc como el plan defensivo de Toussaint. (Véase la *Histoire Militaire* de Nemours, vol. I, capítulos XIV a XVI.) Cita con frecuencia las cartas de Leclerc y sin embargo declara explícitamente (p. 331) que el gobierno francés nunca se propuso volver a imponer la esclavitud: no conoce límites el cinismo de estos historiadores imperialistas. No obstante, Poyen es un historiador docto y meticuloso y resulta útil para el período que siguió a la muerte de Leclerc, al que no se refieren ni Lacroix ni Nemours.

[1] A. Michel murió en 1938.

EL COMERCIO COLONIAL FRANCÉS

DESCHAMPS, L., *Les Colonies pendant la Révolution*, París, 1898.
GASTON-MARTIN, *L'Ère des Négriers, 1714-1774*, París, 1931. Es un estudio exhaustivo y ponderado.
GASTON-MARTIN y otros, *La Doctrine Coloniale de la France en 1789, etc.*
Núm. III de la serie moderna: *Cahiers de la Révolution Française.*
Se trata de un compendio útil pero algunas secciones inducen a error. Así, uno de los autores se refiere al decreto de 4 de febrero de 1794, en virtud del cual se abolió la esclavitud, como al decreto "que costaría la vida de tantas personas" (p. 57), y también como "una fuente de trastornos", lo cual falsea la realidad.
SAINTOYANT, J., *La Colonisation Française pendant la Révolution, 1789-1799*, 2 vols., París, 1930.
Saintoyant ha efectuado un admirable estudio de las colonias francesas durante todo el período. Por ser la más importante, Santo Domingo merece un tratamiento amplio. El autor escribe desde la perspectiva de un francés que lamenta la pérdida de una gran colonia francesa, pero no manipula su información ni evita verdades que pueden incomodar. Saintoyant subestima seriamente las dificultades a las que se enfrentaron los comisarios franceses, en particular Sonthonax y Roume. Para los escritores burgueses resulta casi imposible entender que los parámetros y procedimientos administrativos satisfactorios en tiempo normal resultan, precisamente por esa razón, inútiles a la hora de intentar formarse un juicio sobre un período revolucionario.
SAINTOYANT, J., *La Colonisation Française pendant la période Napoléonienne, 1799-1815*, París, 1931.
SANNON, P., *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, Imprenta Aug. A. Heraux, 3 vols., Puerto Príncipe, Haití, 1920-1933.
La mejor biografía hasta la fecha de Toussaint.
SCHOELCHER, V., *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, París, 1899.
Schoelcher es un radical francés del siglo XIX. Odia la esclavitud, odia a Bonaparte, y aunque su corazón late en el lugar debido, aunque abunda en sagaces comentarios, le falta la autocrítica necesaria para resultar fiable. Pero ha digerido ingentes volúmenes de material original de los que entresaca y publica numerosos extractos. Todos los autores modernos sobre la revolución de Santo Domingo están en deuda con él y su libro es de lectura obligatoria, aunque manejándolo con extrema prudencia.
VAISSIÈRE, P. de, *Saint-Domingue, 1629-1789. La Société et la Vie Créoles sous l'Ancien Régime*, París, 1909.
Este libro es una obra maestra por su metódica investigación y por su vívida exposición. Imposible encontrar mejor introducción a la revolución, aunque el lector debe estar alerta frente a la tendencia en De Vaissière de apoyar a la aristocracia local.

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Es imposible entender la revolución de Santo Domingo si su estudio no se pone en estrecha relación con la revolución en Francia. Afortunadamente la escuela que

se ocupa de la Revolución Francesa dentro de la historiografía francesa es una de las grandes escuelas historiográficas de la civilización occidental, combina el rigor intelectual con el espíritu y el gusto nacional, y conserva ese respeto por la Revolución sin el cual no es posible escribir su historia.

Su mayor representante es Michelet, que escribió hace un centenar de años. Su padre era un hombre del '93; pudo hablar con muchos supervivientes de la Revolución; examinó los archivos del Ayuntamiento de París que más tarde quedarían destruidos, durante la Comuna de 1871; accedió a la Revolución Francesa tras estudiar en impresionante profundidad la historia europea y la historia francesa que la precedieron. No tiene apenas nada nuevo que decir sobre la cuestión colonial, pero creo que muchas páginas de Michelet son la mejor preparación para entender lo que realmente sucedió en Santo Domingo.

Los inevitables avances en materia de investigación, erudición y punto de vista tienen su eco en la obra de cuatro historiadores merecidamente aclamados.

AULARD, cuyas simpatías se decantaban por los girondinos y por Danton, se centró en los acontecimientos políticos de la Revolución.

MATHIEZ, que se inspiró en los acontecimientos de la Revolución Rusa, consagró toda una vida a rehabilitar la figura de Robespierre.

El estudio moderno de la Revolución surge con anterioridad a estos dos maestros, en Jaurès, que escribió el primer volumen de su historia a comienzos de siglo y completó la obra antes de la Revolución Rusa. Jaurès sentó de una vez y para siempre las bases económicas de la Revolución; estudió, con la perspicacia que cabría esperar de un gran parlamentario, los parlamentos revolucionarios; fue uno de los primeros líderes laboristas europeos y muestra una comprensión muy cercana de los grandes movimientos de masas que Aulard no había tenido en cuenta y que a Mathiez, aun reconociendo su importancia, le habían repelido.

El historiador que corona con su obra esta labor de más de un siglo es Georges Lefebvre, cuya historia de la Revolución en un solo volumen, y cuya serie de conferencias mimeografiadas para sus estudiantes de la Sorbona son la adecuada culminación a toda una vida de infatigable investigación, comprensión y ponderado juicio de todas las partes, grupos e individuos que tomaron parte en la Revolución, una obra quizá sin parangón.

Durante el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, Daniel Guérin, fuertemente influido por el marxismo y por la degradación sufrida por la Revolución Rusa desde sus postulados leninistas, ha elaborado un brillante, original, bien documentado e iconoclasta estudio centrado en torno al conflicto entre Robespierre y los diversos movimientos de masas.

Por desgracia no todos estos libros están traducidos al inglés. El mejor manual en inglés sigue siendo la breve historia de Kropotkin escrita hace cincuenta años. Kropotkin pensaba que la Revolución era un acontecimiento maravilloso y no tenía empacho ni temor en reconocerlo abiertamente. Muchos norteamericanos han llevado a cabo meticulosos estudios de períodos o aspectos particulares, y tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se han publicado compendios en un solo volumen que intentan incorporar las últimas investigaciones. Pero resultan

de poco valor, puesto que los escritores, particularmente en Inglaterra, normalmente intentan ser lo que se conoce como "justos con ambas partes". Esto conduce a que el lector vea la mayoría de los explosivos incidentes de la Revolución, que fue en realidad una serie de gigantescas explosiones, como si se tratasen de unos excesos desafortunados. Un historiador reaccionario podría dejar de lado gran parte de las acciones e ideas creativas de las fuerzas revolucionarias, pero sería muy improbable que no llegase a reflejar el choque de un conflicto irresistible, las fuerzas que emergen repentinamente persiguiendo objetivos insospechados. En una revolución los excesos son la norma general, y el historiador que no acepte esto no acepta la revolución, y no puede escribir su historia.

A lo largo de toda mi exposición he querido mostrar la influencia directa de la Revolución sobre los acontecimientos y las personalidades principales de Santo Domingo. En las páginas 357-358 incluyo una cita de Lefebvre, y en otros lugares he intentado mostrar los estrechos paralelismos, hasta ahora insospechados, que podemos encontrar entre dos pueblos separados por tan enorme distancia y tan diferentes en cuanto a sus orígenes y composición. El estudio de los acontecimientos, en Francia y en Santo Domingo, no dejará de desenterrar otros más.

SANTO DOMINGO ANTES DE LA REVOLUCIÓN
(Historia y geografía)

BOISSONADE, P., *Saint-Domingue à la Veille de la Révolution et la Question de la Représentation aux États-Généraux*, París, 1906. Un erudito trabajo de investigación.

CHARLEVOIX, Père, *Histoire de l'Île Espagnole ou de Saint-Domingue*, Amsterdam, 1733. Una obra poco relevante.

D'AUBERTEUIL, Hilliard, *Considérations sur l'État Présent ... de Saint-Domingue*, París, 1776. Un estudio realizado por un hombre de juicio imparcial, notable por su actitud comprensiva hacia los esclavos.

DE WIMPFFEN, barón F., *Voyage à Saint-Domingue pendant les années 1788, 1789 et 1790*, París, 1790. Éste es un libro de viajes que vale la pena leer, no sólo por su descripción de la colonia, sino por el libro en sí.

EDWARDS, Bryan, *A Historical Survey of the French Colony of San Domingo, etc.*, Londres, 1796. Un buen trabajo y de gran calado.

LABAT, Père, *Nouveaux Voyages aux Îles de l'Amérique*. Un libro de viajes muy famoso.

MOREAU DE SAINT-MÉRY, *Description Topographique, Physique et Politique de Saint-Domingue*, 2 vols., Filadelfia, 1797. Una obra mediocre, docta y ambiciosa, pero con toda la parcialidad de la época a favor de los blancos, por ejemplo, su superioridad respecto a los mulatos, etcétera.

Abundan las autobiografías y libros de viaje del período, entre otras, por Duccoeurjoly, Descourtilz, Girod-Chantraus, coronel Malenfant y Malouet. Descourtilz (*Voyage d'un Naturaliste*, París, 1809) se encontraba prisionero en Crête-à-Pierrot durante el asedio y ha preservado ciertas informaciones históricamente útiles.

ABOLICIÓN DEL COMERCIO DE ESCLAVOS BRITÁNICO

BROUGHAM, H., *The Colonial Policy of the European Powers*, Edimburgo, 1803.

CLARKSON, T., *Essay on the Impolicy of the African Slave Trade*, Londres, 1788. Su título es la mejor explicación de este libro.

CLARKSON, T., *History of the Rise, Progress and Accomplishment of the Abolition of the African Slave Trade*, Londres, 1839. Los dos libros de Clarkson demuestran que no se hacía ninguna ilusión sobre la base económica de su alegato.

COUPLAND, R., *Wilberforce*, Londres, 1923.

COUPLAND, R., *The British Anti-Slavery Movement*, Londres, 1933.

Ambos libros se caracterizan por, entre otros defectos, su arrogante sentimentalismo, típico de la postura frente a la abolición de los eruditos de Oxford. En tanto que punto de vista oficial, cabe recomendarlo por su absoluta incomprensión del problema.

RAGATZ, L. F., *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean*, Londres, 1928. Ésta es otra de esas monumentales monografías sobre historia de Europa que los eruditos estadounidenses vienen ofreciéndonos con tanta profusión.

WILBERFORCE, R. I. y S., *Life of Wilberforce*, Londres, 1838.

Historia Parlamentaria.

Debates Parlamentarios.

Actas oficiales del Parlamento.

LOS MULATOS

LEBEAU, A., *De la Condition des Gens de couleur Libres sous l'ancien Régime*, Poitiers, 1903.

LOS ESCLAVOS

FROSSARD, A., *La Cause des Négres Esclaves*, 2 vols., Lyon, 1789.

PEYTRAUD, L., *L'Esclavage aux Antilles Françaises avant 1789*, París, 1897.

SANTO DOMINGO (1789-1804)

Tres libros resultan indispensables.

ARDOUIN, B., *Études sur l'Histoire d'Haiti*, 6 vols., París, 1853. Ardouin ha escrito un libro muy curioso. Ardouin es mulato y odia a Toussaint, odia a los franceses (Roume, Sonthonax y todos los demás), y moldea sus pruebas para que se ajusten a sus propósitos. Un erudito haitiano le ha informado a este autor de que en el

texto de Ardouin ha detectado en determinadas cartas la supresión de partes que podrían resultar comprometedoras para los puntos específicos que estuviese intentando demostrar. No hay ninguna razón para dudar de ello. Sin embargo Ardouin ha cubierto un territorio muy amplio. Su odio agudiza su exactitud sorprendente y su libro resulta una de las fuentes más valiosas para cualquier trabajo serio sobre la revolución de Santo Domingo.

GARRAN-COULON, J., *Débats entre les accusés et les accusateurs dans l'Affaire des Colonies*, 6 vols., París, 1798. Éste es el informe oficial del juicio de Sonthonax y Polverel. Contiene gran masa de información, gran parte de la misma rebatida sobre el terreno por los detractores y tanto más válida por ello.*

GARRAN-COULON, J., *Rapport sur les Troubles de Saint-Domingue...*, 6 vols., París, 1799. Éste es el informe oficial de los tres primeros años de la revolución preparados por el Legislativo basándose en la imponente cantidad de material a su disposición. Es una mina de información.

Existen otras historias generales de utilidad, en particular:

DALMAS, M., *Histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, 2 vols., París, 1814.

JUSTINE PLACIDE, *Histoire de l'Île d'Haiti*, París, 1826.

MADIOU, T., *Histoire d'Haiti*, 2 vols., Puerto Príncipe, 1817.

LEMMONIER-DELAFOSSE, *Seconde Campagne de Saint-Domingue*, El Havre, 1846.

Su autor tomó parte en esta campaña.

STODDARD, T. Lothrop, *The French Revolution in San Domingo*, Boston y Nueva York, 1914. Industriosa e ingeniosamente, Lothrop Stoddard perpetró su *vendetta* contra la raza negra. Su tesis no es otra sino que la raza blanca se destruyó a sí misma en Santo Domingo por su determinación de preservar su pureza racial, y con ayuda de extractos de la correspondencia de irresponsables individuos privados, e ignorando todo aquello que no se ajusta a sus postulados, construye un espejismo a manera de prueba. En varias notas a pie de página damos ejemplos de sus métodos.

MÉTRAL, A., *Histoire de l'Expédition des Français à Saint-Domingue, sous le Consulat de Napoléon Bonaparte*, París, 1825. El libro incluye las Memorias de Isaac L'Ouverture. Isaac escribe apoyándose en su memoria y comete evidentes errores, pero su testimonio es útil en muchos puntos.

BIOGRAFÍAS DE TOUSSAINT L'OUVERTURE

Son en general muy malas. La más conocida y la más útil es la de Gragnon-Lacoste, *Toussaint L'Ouverture*, París, 1877. Se trata de un panegírico que, no obstante, preserva cierta información útil.

* El libro parece que es raro. El autor sólo pudo encontrar una copia en París, en la biblioteca del Ministerio de Marina.

WAXMAN, P., *The Black Napoleon*, Nueva York, 1931. Un libro superficial.

SAINT-REMY, *La Vie de Toussaint L'Ouverture*, París, 1850.

Saint-Remy, mulato, odiaba a L'Ouverture como al veneno, y su biografía es un despectivo ajuste de cuentas. Tres años más tarde, Saint-Remy parecía haberse aplacado. Publicó las "Mémoires" de Toussaint, una apología, escrita para Bonaparte, por Toussaint, en el Fort-de-Joux, y centrada principalmente en sus actividades justo antes y durante la expedición de Leclerc. La introducción de Saint-Remy es casi amistosa.

NEMOURS, A., *Histoire de la Captivité et de la Mort de Toussaint-L'Ouverture,* París, 1929. Un documento exhaustivo y muy bien documentado.

Durante la guerra napoleónica Marcus Rainsford y James Stephen escribieron panegíricos de Toussaint en inglés. Estos libros son poco más que panfletos propagandísticos.

En 1855 el reverendo J. R. Beard publicó una vida de Toussaint en la que lo hace pasar por un ejemplo admirable de sacerdote protestante convertido en revolucionario. Beard, no obstante, tenía una gran capacidad de lectura y su información en general es correcta.

En 1935, *The Black Consul*, una traducción del ruso, por Anatoli Vinogradov, fue publicada en Londres. El autor incluye una larga bibliografía introducida por una nota en la que declara haber utilizado "sólo aquellas fuentes cuya autenticidad está bien contrastada". Singularmente afortunado en esta seguridad sobre la autenticidad de las fuentes, hace un uso singularmente desafortunado de las mismas. Confunde a los mulatos con los negros y lleva a Toussaint a París con la delegación mulata; le da a Dessalines una educación universitaria absolutamente gratuita en París (p. 355), arruinando de este modo la mayor lección de la revolución; hace que Biassou escriba un "notable" artículo impreso como panfleto en París (p. 318); convierte a Vincent en negro (p. 331), menciona a Rigaud en una ocasión (p. 378), denominándole "un Rigaud mulato"; y perpetra idénticos atentados contra la historia francesa. El libro no merecería ser mencionado aquí de no ser por la entusiástica acogida con que fue recibido por casi toda la prensa británica.

CÉSAIRE, Aimé, *Toussaint L'Ouverture, Présence Africaine.* Se trata de una biografía aparecida recientemente por el aclamado poeta, dramaturgo y político originario de la isla de Martinica en las Indias Occidentales francesas. El libro, como cabía esperar, es extremadamente satisfactorio y aporta un excelente cuadro de Toussaint y la revolución de Santo Domingo. Considero, no obstante, que le falta la chispa y permanente iluminación que tanto distingue a las restantes creaciones de Césaire.